
Casandra Barrios Soler
PACTO de sangre
elit
LGTBI

Portadilla

Casandra Barrios Soler

PACTO de sangre

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Casandra Barrios Soler
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Pacto de sangre, n.º 30 - octubre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA). HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Dreamstime y Shutterstock

I.S.B.N.: 9791370170240

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Laura entró en el hospital Luis Alcañiz de Xàtiva con su pelo rubio deshecho y la camisa mal abotonada. Tropezó con alguien, pero no se disculpó. Solo podía pensar en ella. Recorrió los pasillos, que desprendían su característico olor a desinfectante, tratando de recuperar la calma perdida. Pero los escasos metros que la separaban de la UCI no fueron suficientes para alejar la angustia que dominaba sus pasos.

En la puerta, la esperaban su jefe y algunos de sus compañeros con los vasos de plástico llenos de un café, ya frío, cuyo aroma no conseguía imponerse al de los productos químicos. Al verla, la miraron un segundo con la expresión impersonal que tenían ensayada para las malas noticias; la que ella les devolvió acalló su discurso aprendido.

Los apartó con un gesto de la mano y se asomó al cristal. Había cerrado sus ojos ante el sonido de las máquinas y solo los abrió tras llenarse los pulmones de aire. No quería derrumbarse. Pero tuvo que apoyar una mano en la pared que las separaba para no caer de rodillas, y apretar la mandíbula con fuerza para retener las lágrimas. Volvió a mirarla y una nueva punzada la atravesó.

No podía creer lo que veía. Allí yacía, tumbada e inmóvil, rodeada de cables y máquinas. Nada en su rostro le recordaba a la mujer que tan bien conocía. Cerró de nuevo los ojos. La visión era insoportable.

Se giró hacia su jefe y no le hicieron falta palabras. El hombre asintió y le indicó, con un leve movimiento de cabeza, que lo siguiera. Se sentaron en dos sillas, incómodas y azules, de la pequeña sala de espera, vacía a aquellas horas de la madrugada. Laura clavó su mirada azul en sus pequeños ojos marrones.

—La encontraron hace poco más de una hora —comenzó el jefe de policía—, en un parque cercano a su casa. Estaba tendida en el suelo, inconsciente, y presentaba múltiples golpes en la cara y en el cuerpo. Todavía seguimos hablando con los testigos, pero parece que nadie vio nada. —Laura se levantó decidida y volvió a mirarlo. El hombre sonrió y se metió la mano en el bolsillo de su pantalón—. Esta es la dirección, nosotros nos quedaremos aquí por si despierta y para asegurarnos de que está bien. —Laura leyó el papel y le echó un último vistazo—. Te llamaré si hay alguna novedad —concluyó él con una sonrisa.

Ella no pudo corresponderle. Echó a andar y salió del edificio tan deprisa como había entrado. Se subió a su moto y encendió el motor. Su sonido y el aire fresco la ayudaron a centrarse. Tenía trabajo. Atravesó la ciudad en un suspiro y llegó a la escena del crimen: la plaza de Calixto III. Sus compañeros ya habían acordonado la zona y trataban de controlar a la muchedumbre alcoholizada que había salido de los locales de la plaza del Mercado, a escasas dos calles.

Se acercó y observó cada centímetro de acera y cada mueca de los curiosos. Sus ojos expertos no tardaron en localizar el lugar exacto en el que había caído. Las manchas de sangre, aún frescas, lo delataban. Frunció el ceño. Pese a la cantidad perdida, nada en la escena parecía indicar que allí se hubiese producido una pelea. Una pareja de policías con uniforme fue a su encuentro para contarle lo poco que habían averiguado.

—Inspectora —uno de los agentes, el que parecía mayor, tomó la palabra, mientras su compañero se quedaba en segundo plano, sosteniendo con fuerza una pequeña libreta a rayas—, hemos interrogado a un buen número de testigos, pero parece que nadie vio nada. Todos estaban en el interior de los locales y solo salieron al oír el revuelo de la ambulancia y la policía.

—¿Y quién llamó? —Su mirada seria y profesional los hizo estremecer. Todos en el cuerpo conocían la fama de Laura. Había sido la primera de su promoción y la más joven en convertirse en inspectora. Eran pocos los casos que se le habían resistido.

—Fue una llamada anónima de cinco segundos. Solo decía que había una mujer herida en esta plaza. Cortó antes de que se le pudiera preguntar nada más.

—¿Ya han intentado rastrearla? —Su tono inquisitivo produjo un nuevo estremecimiento en los dos agentes.

—Así es. —El novato revisó la libreta. Fue pasando las páginas hasta que encontró la que buscaba, casi al final. Releyó para sí las pocas líneas, escritas con una letra pequeña y prieta, antes de seguir—. Se hizo desde una de las pocas cabinas telefónicas que aún quedan, justo aquí al lado.

—¿Y las cámaras de seguridad? —Laura había dejado de mirarlos para centrarse en su alrededor en busca de cualquier cosa que pudiese darle información.

—Están revisando las imágenes, pero todavía no hay nada —el policía mayor había vuelto a tomar la palabra. Laura asintió sin mirarlos y torció el gesto.

—Informadme si encontráis a alguien que pueda decirnos algo útil —ordenó en el mismo tono duro y serio que había empleado durante todo el interrogatorio, mientras se alejaba de la pareja.

—¿Y usted? —el novato, sin dejar de apretar su libreta, pronunció las palabras con un hilo de voz.

La inspectora no se molestó en contestar, pasó por debajo del cordón policial y se dirigió hacia las manchas de sangre donde los de la científica estaban recogiendo muestras. Los rodeó en silencio, escudriñándolo todo. Pronto se percató de que nada en aquel perímetro la ayudaría a encontrar sus respuestas. Salió de él y se internó por las callejuelas colindantes. Caminaba despacio en busca de algún rastro que seguir. Había demasiada sangre como para que el agresor no se hubiese manchado. «Al huir, debiste dejar alguna evidencia de tu paso», pensó.

Los minutos se sucedían y las calles se le acababan. Decidió agrandar un poco el perímetro y llegó al final de la calle de San Agustín. Echó un vistazo sin esperanza a ambos lados, recorriendo con la mirada cada centímetro de la calle Almas, que se extendía tan solitaria y oscura como siempre. Maldijo por lo bajo y se giró para

regresar. Aunque algo que vio por el rabillo del ojo la obligó a detenerse.

Aunque su mente cansada quería convencerla de que sería un gato, una de sus corazonadas la retenía. Se debatió un par de segundos y, al final, su instinto ganó. Sacó la pistola y se aproximó al bulto tumbado que, con cada paso, se parecía menos a un felino. Al llegar ante el portal, la luz de la luna no iluminaba a ningún animal, sino a un hombre joven, inconsciente, tumbado de espaldas y encogido sobre sí mismo.

Lo tocó con la punta de un pie, mientras sujetaba su arma con firmeza. Él se encogió un poco más. Aquello disipó su teoría de que fuese una segunda víctima y reforzaba la que lo señalaba como culpable. Lo cogió por el brazo y lo zarandeó. Él soltó un quejido y se movió. Pese a la escasez de luz, Laura vio con claridad las manchas de su camisa. Retrocedió y lo apuntó con el cuerpo lleno de una rabia que lo quemaba todo a su paso. Él abrió los ojos, enrojecidos por el alcohol, y la miró sin saber qué estaba pasando.

Laura le leyó los derechos y lo esposó. Lo levantó con esfuerzo y lo condujo de vuelta a la plaza. El hombre avanzaba, tambaleante. Vomitó dos veces en los escasos metros que los separaban de su destino. Aquello aún la enfureció más. No podía creer que un miserable como aquel, la hubiese dejado en ese estado tan lamentable.

En la plaza, sus compañeros le quitaron la camisa y la metieron en una bolsa de pruebas. Laura se quedó apoyada en su moto observando cómo se lo llevaban. Suspiró y se masajeó las sienes. No sabía muy bien adónde debía dirigirse. Una vez completado su trabajo, toda su determinación y seguridad se habían esfumado. Se sentía sola y cansada. En su cabeza, todavía resonaban los pitidos de las máquinas y, en su retina, seguía grabada su imagen postrada en aquella cama de hospital.

Se subió a la moto, con un regusto agrio en la boca provocado por su miedo a perderla, y supo adónde debía dirigirse. «Aquí ya no puedo hacer nada, y ella me necesita», se dijo.

Las luces de sus focos eran lo único que iluminaba la carretera. La sensación de velocidad y la suavidad del asfalto deslizándose bajo

ella, como siempre, la ayudaron a despejarse. Mientras conducía, acalló a la vocecita molesta que le imploraba descansar. «No puedo volver a casa. Aún no. No estoy de humor para enfrentarlo. Además, tengo que estar a su lado».

Cuando llegó, su jefe estaba fumando un cigarrillo en la entrada. La esperaba. Le sonrió y lo observó. Desde que entró en el cuerpo, siempre la había tratado con la amabilidad de un padre. Era un hombre de unos sesenta años, bajo, algo rechoncho y calvo; con un frondoso bigote grisáceo en el que aún se entreveían algunos mechones negros. Vestía su viejo traje, gastado y con refuerzos en los codos, camisa blanca y una corbata hortera mal anudada. En su cinturón, brillaba la placa de policía junto a la funda de la pistola que solo había disparado un par de veces en todos sus años de servicio. Se le acercó y se apoyó en la pared, a su lado. Sus pequeños ojos marrones, cansados, la contemplaron con dolor. Laura había fijado los suyos en el cielo nocturno, temiendo sus noticias. Aunque deseó equivocarse, su voz no tardó en perforarle los oídos y el corazón.

—Ha entrado en coma. —Laura cerró los ojos y apretó la mandíbula—. Pero los médicos son optimistas. —Ella lo miró y sus ojos se lo dijeron todo. Él cogió aire; no tenía sentido mentirle—. Lo siento. —Ella negó con la cabeza y torció el gesto.

—No eres tú quien le ha hecho esto, Cosme. Él pagará por ello. —Su jefe levantó la ceja. Laura sonrió en una mueca vengativa—. Lo he encontrado. Estaba escondido en un rincón, a escasos metros de la escena, borracho y cubierto de sangre. Estoy segura de que los análisis confirmarán que es suya.

—Enhorabuena. —Cosme sonrió aliviado y miró su reloj, aún quedaban un par de horas para el amanecer. Laura lo observó de reojo.

—Váyase a casa, jefe. —Quiso sonreírle, pero solo logró una mueca fácil de leer para Cosme. Se percató de que, aunque el arresto la había relajado, perduraba cierta tensión y rabia en sus facciones y en el ligero temblor de sus manos—. Me quedaré aquí y luego acudiré a comisaría para el interrogatorio.

Cosme asintió y le puso una mano sobre el hombro. Apagó el cigarrillo y se encaminó hacia su coche. Antes de subirse, se giró.

—He dejado a un agente cerca de la habitación, por si acaso. Se quedará allí hasta que confirmemos tu teoría. —Abrió la puerta, pero no entró. Sabía que debía darle algo con lo que llenar las horas muertas—. Haz el favor de revisar sus objetos personales. El médico nos dijo que había algo raro en la forma en la que llegó.

Ella asintió y lo vio marcharse. Se quedó allí de pie, disfrutando de la brisa y reuniendo fuerzas para enfrentarse a aquella habitación. Comprobó su móvil y lo guardó nada más revisar la pantalla. Había demasiados mensajes y llamadas perdidas de Aitor. Contempló una última vez el cielo. La luna creciente brillaba con tonos anaranjados. Atravesó las puertas automáticas de cristal y una oleada de calor sofocante, mezclada con el penetrante olor a productos químicos, le sirvieron de bienvenida.

Recorrió los pasillos con calma, arañando esos últimos segundos de preparación. Llegó ante los ascensores, pero prefirió las escaleras que subió despacio, contando los peldaños. En el rellano, su compañero la saludó. Ella apenas lo vio. Sus ojos estaban presos por su silueta dormida. La observó durante un segundo y le juró encerrarlo. Se despidió besándose en la palma y apoyándola en el cristal. Sus mejillas se enrojecieron un tanto ante aquel gesto de afecto pueril. Se alegró de que el agente ya no le estuviera prestando atención. No quería echar por tierra la imagen de inspectora dura y seria que tanto le había costado construir.

Se dirigió al puesto de información de la planta e interrogó a una joven enfermera que no pudo aguantarle la mirada y tuvo que centrarla en la pantalla del ordenador. Se levantó, desapareció un par de minutos y regresó con una sonrisa y una caja. «Sus cosas», pensó Laura. La cogió como si se tratase de un objeto sagrado, temiendo que su tacto impío la hiciese desaparecer.

Ni siquiera le dio las gracias. Rehízo el camino y se sentó en la sala de espera con la caja sobre las rodillas. Notaba el corazón desbocado golpeándole las sienes, y el sudor empapándole la espalda. Se llenó los pulmones de aire y tragó saliva. Metió la mano y sacó la primera bolsa. Frunció el ceño. Era su camisón blanco, salpicado de sangre. Lo dejó a un lado y sacó la segunda. Era su colgante preferido, el último regalo de sus padres antes de que

fallecieran en aquel accidente. Sonrió con tristeza y volvió a meter la mano. Pero solo se encontró con el tacto áspero del cartón. Miró dentro. No había nada más. Acarició el fondo mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

Tras unos segundos de incertidumbre, lo guardó todo y se levantó hastiada, creyendo que aquella enfermera, de la que no recordaba ni su cara ni su nombre, no había hecho bien su trabajo. Se apoyó sobre el mostrador, dejó allí la caja y le echó una de sus miradas penetrantes e inquisitivas. La joven trató de sonreírle y de ocultar su nerviosismo bajo la máscara de cordialidad que empleaba con los enfermos y familiares.

—Creo que no me has dado todos los objetos personales de la paciente —dijo Laura tamborileando con los dedos. La enfermera la miró extrañada, echó un vistazo a la pegatina de la caja y tecleó.

—No, eso es todo lo que llevaba —comentó con los ojos fijos en la pantalla mientras negaba con cada clic.

—Eso no es posible. —Laura había fruncido el ceño y había apoyado ambas manos sobre el mostrador en posición desafiante.

—Lo he comprobado dos veces, no hay nada más. —Le giró el monitor para que pudiese verlo por sí misma.

Laura leyó con el ceño todavía fruncido. Aquella mujer tenía razón. Volvió a marcharse sin darle las gracias, con la caja bajo el brazo. Regresó a la habitación y la miró, preguntándose qué habría llevado a su hermana a salir de casa, a aquellas horas de la noche, vistiendo tan solo un camisón blanco.

Capítulo 2

A primera hora de la mañana, Laura dejó atrás el hospital y se dirigió a la comisaría. Aparcó en la puerta, en el lugar reservado para los vehículos oficiales, y entró acompañada del sonido de las campanas de la catedral. El lugar estaba más lleno de lo que había esperado. Muchos de sus compañeros estaban ya en sus mesas repasando imágenes de seguridad y atendiendo llamadas de posibles testigos. Todos la miraron cuando atravesó el vestíbulo y apareció por el quicio de la puerta. Pero nadie fue a consolarla. Incluso los becarios la conocían lo suficiente como para saber que ni lo necesitaba, ni iba a agradecerlo. Si querían hacer algo por ella, debían resolver el caso cuanto antes.

Cosme la esperaba en su mesa, removiendo un café servido en un vaso de plástico. Laura dejó la chaqueta en su silla y se dirigió a la sala de interrogatorios sin intercambiar ni un saludo. Su jefe la miró y le entregó el informe, ella asintió mientras respiraba hondo. Debía controlarse. Él se quedó tras el cristal y ella pasó a la sala. Ahí estaba, el responsable de su dolor, esposado a la mesa, con una camiseta de propaganda y la cabeza sobre las manos. Al oírla, levantó la cabeza y la miró. Tenía los ojos vidriosos y una expresión aterrada en el rostro. Laura, desoyó a su instinto, que rara vez se equivocaba, y se sentó enfrente, dispuesta a lograr su confesión.

Lo observó sin decir nada y abrió el dosier. Estaba lleno de fotos que detallaban cada una de las heridas de su hermana. Las fue exponiendo sin inmutarse, pese a que su corazón estuviese encogido y temblara. El acusado aún no había encontrado las fuerzas para comenzar a defenderse, ni siquiera había pensado en llamar a un abogado. Toda aquella situación le superaba. Desvió la mirada sintiendo náuseas. Laura dio un golpe sobre la mesa que lo asustó.

—¡Míralas bien! Deberías estar orgulloso de tu obra. —Su tono acabó de espabilarlo.

—Yo no he hecho nada.

—No mientas —Laura sonrió con superioridad—, tenemos pruebas que te acusan.

—No, yo… no… —El acusado continuaba negando con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Calla! Al menos ten la decencia de admitirlo. —Se oyeron unos golpes tras el cristal. Laura frunció el ceño y suavizó su actitud—. Está bien. Empecemos de nuevo. Cuéntame lo que pasó anoche.

—Yo había salido de fiesta con unos amigos. —Su discurso era rápido y vacilante. Se retorcía las manos con nerviosismo—. No suelo beber, así que se me subieron las copas enseguida. Empecé a sentirme mal y salí a que me diera el aire. Caminé un poco y llegué a la plaza. Allí había una mujer con un vestido blanco. —Había bajado la mirada tratando de concentrarse; intentando rescatar cuanto pudiese—. Creo que me llamó por mi nombre. Era bellísima y tenía un brillo en los ojos que me atrajo. Me acerqué. —Se quedó en silencio un momento—. No sé qué pasó después. Lo siguiente que recuerdo es a usted apuntándome con una pistola.

Laura había intentado mantener la calma, pero a medida que aquel hombre avanzaba en su relato, la rabia había ido apoderándose de ella. Se levantó con un movimiento enfurecido y le dio la espalda. Contempló el cristal y se oyeron, de nuevo, unos golpecitos, algo más suaves esta vez. La inspectora inspiró y expiró un par de veces, antes de girarse.

—¿Así que no recuerdas lo que pasó? —El hombre bajó la cabeza y negó—. Vaya, ¡qué mala suerte! —dijo con sarcasmo. Se sentó y sacó otra foto del dosier. Se la mostró y él la miró mientras negaba con la cabeza—. ¿Cómo explicas estas manchas de sangre? —Su silencio la puso nerviosa—. ¿Alguien puede corroborar tu versión de los hechos? —El acusado bajó la cabeza y la enterró entre las manos —. ¡Responde! —Se había levantado y apoyado las manos en la mesa en un gesto amenazante.

La puerta se abrió y apareció Cosme con una expresión seria. Le indicó con un gesto que saliera. Laura recogió las fotos y obedeció a

regañadientes. Fue a su escritorio y se dejó caer en la silla. Le estallaba la cabeza. Su jefe no le dio tiempo para reponerse.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —Ella lo miró con los ojos llenos de rabia—. No me mires así. Que suelas tener razón con tus detenidos, no te da derecho a tratarlos mal. Además, por mucho que te disguste, todavía no tenemos nada sólido contra él.

—¿Y la sangre de su camisa? —casi escupió las palabras.

—¿Acaso puedes saber con un solo vistazo que es de Beth? —preguntó, apoyó las manos sobre la mesa y adoptó un aire autoritario.

—¿Y de quién más iba a ser?

—Del agresor, por ejemplo. Tú misma se lo dijiste a los agentes de la plaza. El que hizo la llamada podría estar implicado. —Laura quiso replicar, pero él siguió hablando, tratando de trasmitirle un poco de la sensatez perdida—. ¿Sinceramente crees que ese tipo, tan borracho como estaba, sería capaz de llamar a la policía manteniendo la calma? Y, si lo hizo, y no iba tan mal, ¿por qué no se alejó e intentó desaparecer? —Laura bajó la cabeza y torció el gesto —. Admítelo, hay demasiadas cosas que no cuadran. —Se sentó enfrente y apoyó una mano sobre las suyas—. Llegaremos al fondo de esto, te lo prometo. Pero no puedes dejar que tus emociones te controlen así. Para cerrar el caso, necesitamos que nuestra mejor inspectora esté en plena forma —acabó con una amplia sonrisa.

Toda la tensión que se había acumulado entre ellos se disipó con aquel gesto. Laura le sonrió de vuelta y asintió. Tenía que dejar de pensar con el corazón y empezar a utilizar su mente analítica. Se levantó con las fuerzas y el ánimo renovados. Cogió su chaqueta y le indicó a un par de agentes que la siguieran. Aquella regañina la había despejado. En los pocos pasos que separaban su escritorio de la puerta, montó todo un plan de acción. Haría lo que siempre le daba resultado: rehacer los últimos pasos de las víctimas. Si su hermana iba en camisón, solo podía haber salido de un lugar: su casa, situada a escasas calles de la plaza donde la encontraron. Ese era el punto desde el que debían comenzar a investigar. Laura estaba segura de que allí encontraría alguna pista.

Llegaron al edificio, una de las casonas de la calle Moncada, en pocos minutos. Laura sonrió, aquella calle solo estaba separada de la de la comisaría, la calle Ángel, por la plaza de la Trinidad. Se cruzaron con un hombre moreno de ojos azules, con la mirada hinchada y enrojecida, al que la inspectora no prestó atención. Subieron por la escalera hasta alcanzar el rellano más alto. Laura se dirigió a la puerta y, tras verificar que no estaba forzada, abrió con su propia llave. Necesitaba encontrar un hilo del que tirar. «Registraré cada centímetro si es necesario», pensó. Revisaron cada una de las habitaciones de forma metódica y minuciosa. Sin embargo, no encontraron nada.

Laura tuvo la sensación de que aquel lugar estaba demasiado limpio. Pero nada apoyaba su teoría. No había ningún indicio ni de pelea, ni de allanamiento. La puerta y las ventanas estaban intactas y cerradas por dentro, y todo estaba en el lugar exacto en el que ella misma lo había visto, algunos días atrás, en su última visita a su hermana.

Al cabo de unas pocas horas, tuvieron que abandonar el registro. Los agentes hacía mucho que se habían dado cuenta de que era una pérdida de tiempo, pero ninguno se pronunció. Esperaron hasta que la propia inspectora, tras cerrar una de las puertas de un golpe y gritar un sonoroso «Joder», se encaminó a la salida. Regresaron a la comisaría con el ánimo por los suelos. Laura por haberle fallado a su hermana y ellos por no haber sido capaz de ayudarla.

Se sentó en su escritorio y se quedó mirando a la pantalla del ordenador aún apagado. Aquel caso cada vez tenía más preguntas sin respuesta. Cosme no tardó en ir a verla. No necesitó preguntarle cómo le había ido. Se apoyó en la mesa y la observó de arriba abajo. Tenía muy mal aspecto. Tomó una decisión que sabía que no iba a gustarle.

—Vete a casa, Laura. —Ella reaccionó como movida por un resorte. Levantó la cabeza y fijó en los suyos sus ojos claros. Su expresión no admitía malos entendidos. Él no se dejó convencer—. Por ahora, no hay nada más que puedas hacer por Beth. —La inspectora se levantó y apoyó las manos en la mesa, tratando de contener su ira.

—¡No! —Su mirada severa la hizo cambiar de estrategia. Adoptó un aire triste con la intención de ablandarlo, pero que dejaba ver su dolor—. No me eches, por favor.

—No lo hago. Pero los dos sabemos que necesitas cambiarte y descansar un poco. —Ella iba a replicar, pero la acalló con un gesto de la mano—. Hasta que no tengamos los resultados de las muestras del detenido y de Beth, no podremos acusarlo formalmente. Y aún hay muchas horas de grabaciones por comprobar. En cuanto encuentren algo, podremos montar nuestra estrategia. Pero, si ya has registrado su piso y la escena, e interrogado al sospechoso, tu trabajo ha acabado. —Le sonrió al verla derrotada—. Va, a la calle a respirar y a recomponerte. —La acompañó fuera y no regresó dentro hasta que ella se subió a la moto y se alejó.

Laura condujo por las calles de la ciudad durante un rato, posponiendo al máximo el momento de volver a casa. Pero, pronto se dio cuenta de cuánta razón tenía su jefe. El cansancio acumulado empezaba a hacerse presente. Tenía todo el cuerpo entumecido y unos fuertes pinchazos en las sienes. Se dirigió a su casa, en la avenida Murta, aparcó y subió los dos pisos por la escalera. Metió la llave en la cerradura y deseó no encontrarlo. Pero allí estaba. Al oírla abrir, había salido del comedor a toda prisa. La abrazó sin darle tiempo ni a dejar el casco de la moto. No pudo corresponder al gesto. Al poco, él se separó y le cogió el rostro con las manos.

Ella lo miró un segundo a los ojos. Estaba preocupado de verdad, no fingía. Por un momento, quiso que las cosas entre ellos fueran distintas, que su relación no estuviese basada solo en el sexo y en la comodidad. Deseó poder corresponderle, amarlo de todo corazón. Sin embargo, ambos sabían que no podía. Su corazón estaba demasiado malherido. Ella se alejó de su contacto y echó a andar por el pasillo hasta el dormitorio. Él la siguió en silencio, creyendo que solo necesitaba un poco de tiempo y que, tras coger aire, se lo contaría todo. Pero no fue así. Laura solo había ido a la habitación a buscar una muda limpia. Dos minutos después, salía del cuarto con la intención de internarse en el baño. Él se interpuso en su camino. Ella no lo miró. No tenía fuerzas para fingir.

—¿Cómo está Beth? —Trató de sonar tan amable como pudo.

—¿Cómo crees que está? —Ahora sí que lo miró a los ojos, pero llena de rabia. Su rostro amable desapareció para dar paso a la imagen de su hermana malherida y de dos agresores divirtiéndose: uno era el hombre tembloroso de la sala de interrogatorios; el otro no tenía cara, solo era una voz, la clara y potente que los había avisado—. Anoche le dieron una paliza de muerte y ahora está sola en una fría cama de hospital.

—Lo siento, yo…

—Aitor, por favor —suplicó mientras desviaba la mirada y se masajeaba las sienes.

No podía seguir discutiendo. Todo a su alrededor daba vueltas. Su cuerpo le parecía ajeno. Las lágrimas luchaban por salir. Pero no quería que él lo viese porque sabía que intentaría consolarla y su tacto, lejos de reconfortarla, solo conseguiría agrandar el vacío y darle más poder a la soledad.

—Vale, ya hablaremos cuando estés más tranquila. —Le sonrió, intentando animarla, pero fue un gesto cargado de tristeza. Ella no lo miró, apenas podía escucharle—. Solo quiero que sepas que, si me necesitas para algo, aquí estoy.

Ella asintió, sin sonreírle, y se metió en el baño, cerrando la puerta tras de sí. Se apoyó en ella y esperó a que sus pasos se alejasen. Al oír la del comedor entornarse, suspiró y se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo. Descansó la frente sobre las rodillas y se las abrazó con fuerza. Comenzó a sollozar en silencio. Su mente estaba dominada por la imagen herida de su hermana. Se sentía frustrada e impotente, llena de rabia y de dolor. Tras llorar, se sintió mejor. Las lágrimas habían aliviado un poco el peso de su corazón. Se desnudó y se metió en la ducha. La tibieza del agua la reconfortó mucho más que los gestos amorosos de su novio.

Allí, dentro de la mampara de cristal, rodeada del vaho que producía la propia calidez de su cuerpo, se puso a pensar. Primero, intentó hacerlo sobre el caso, pero cada vez llegaba con más rapidez a un callejón sin salida. Sacudió la cabeza y cambió de tema. Pensó en Aitor y bajó la mirada. El agua se había llevado la rabia y ahora solo le quedaba el arrepentimiento. Lo había convertido sin querer

en una válvula de escape, en el recipiente de toda su frustración. Y no se lo merecía. Era demasiado bueno.

Recordó el día en el que lo había conocido. Hacía algún tiempo que se había aplicado la expresión «un clavo saca a otro clavo» y se pasaba los fines de semana ligando con todo tipo de desconocidos en los diferentes bares de la ciudad. Poco le importaban términos como «afinidad» o expresiones vacías de significado como «las mariposas en el estómago». Le bastaba con que fueran agradables y estuvieran dispuestos a compartir sus noches interminables. Desde su abandono, la oscuridad la aterraba porque se había convertido en el espejo en el que danzaban todos y cada uno de sus demonios.

En uno de los garitos que solía frecuentar, lo vio entrar un sábado noche. Le llamó la atención enseguida. Era un hombre apuesto; de unos treinta; con un cuerpo escultural; el cabello rubio, corto y algo revuelto; la barba recortada y bien cuidada; y unos profundos ojos grises. Aquel día, no dejó de echarle miradas, aunque ya estaba bebiendo con una desconocida de buenas curvas, con la que se acabó marchando a casa y de la que apenas recordaba algo más que la fragancia dulzona que desprendía su piel sudada sobre las sábanas blancas y el brillo exhausto de sus ojos oscuros que sonreían al otro lado de la almohada. Él, que había acudido con un grupo de amigos, también la miraba de reojo y sonreía al creer reconocer en ella a una seductora nata. No podía saber que aquello era tan solo una máscara con la que ocultar el dolor y la inseguridad, ni que había tenido que aprender cada gesto y cada nota melódica de la voz, tras recoger los pedazos de su corazón roto por un primer amor demasiado amargo.

Estuvieron tanteándose algunas semanas, siempre a la espera de encontrarse a solas. Pero uno de los dos siempre llegaba tarde, cuando el otro ya estaba ocupado con una nueva conquista. Una noche, cuando había pasado algo más de un mes desde que sus ojos se cruzaron por primera vez, ambos parecieron tener la misma idea. Acudieron al local algo antes de lo habitual. Eran los únicos clientes. Hablaron y rieron un rato. Ambos supieron de inmediato que no estaban hechos el uno para el otro. No obstante, la tensión sexual subía por momentos. Poco después, estaban en casa de la

inspectora comprobando lo compatibles que eran. Tras calmarse, siguieron hablando y acordaron volver a verse. Los dos estuvieron de acuerdo en mantener los sentimientos a un lado. Lo suyo sería solo carnal.

Trascurrieron varias semanas y decidieron volver su acuerdo algo más permanente. Empezaron a vivir juntos y crearon un ambiente cómodo y liberador. Las cosas se mantuvieron estables un par de años. Laura se sentía bien por primera vez desde que Emma la abandonó. Su trabajo le encantaba, su relación con su hermana era tan cálida como siempre y, al llegar a casa, había alguien con quien hablar que no le pedía explicaciones. No había espacio para el vacío ni la oscuridad.

Sin embargo, el tiempo hizo de las suyas. Esa calma sanadora se estaba resquebrajando con rapidez. Cada vez era más evidente que los sentimientos de Aitor se habían transformado. Ya no podía considerarla solo como una compañera de cama. Laura lo notó desde el primer día, pero quiso negarlo. Necesitaba negarlo; necesitaba que todo se mantuviera inalterable; necesitaba aferrarse a ese oasis de paz que tanto le había costado construir. Trató de mantener las distancias. A pesar de sus esfuerzos, él no pareció entenderlo. Seguía intentando acercársele para conocer su versión más íntima.

Por eso era tan difícil estar a su alrededor. Aunque lo apreciaba de verdad, no podía sentir nada más. Su corazón había sufrido demasiado. Se negaba a abrirse y arriesgarse a recibir un nuevo golpe. Decidió ocultar el miedo a un nuevo rechazo bajo una máscara de indiferencia; y sustituir el amor por el placer. Así nadie volvería a herirla.

El rostro de Aitor regresó. La inspectora suspiró. Aunque no quería hacerle daño, sabía que pronto tendrían que hablar de su futuro. La situación se estaba volviendo insostenible. Debían separarse antes de que el daño fuese irreparable. Lo último que deseaba era causarle el mismo dolor que ella aún seguía arrastrando. No era su corazón el único al que debía proteger. Llevaba mucho dándole vueltas y, a pesar de que esa era la conclusión a la que llegaba siempre, nunca encontraba el momento de expresarlo en voz alta.

Tembló un poco. Quiso convencerse de que era solo porque llevaba mucho bajo el agua. Salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Se sentó en la taza del váter y disfrutó de la sensación de frialdad que le erizaba la piel. Su sonrisa calmada se le desvaneció casi al instante. El sonido inconfundible de su móvil la puso en alerta. Unos golpecitos en la puerta y la voz de Aitor devolvieron la tensión a sus miembros.

—Es Cosme.

Laura abrió la puerta dejando que el vaho saliese a borbotones y llenase el pasillo. Le cogió el móvil que le tendía y descolgó. La voz de su jefe sonó mucho más seria de lo habitual.

—Los de la científica ya tienen los resultados. El caso se está complicando. Tienes que volver.

Capítulo 3

La inspectora llegó a la comisaría en menos de quince minutos con el pelo, aún húmedo, atado con una goma. Cosme la esperaba en la entrada y la acompañó a su despacho. Cerró la puerta tras de sí y le ofreció un café que ella rechazó. Lo miraba expectante, con la respiración entrecortada. Él intentaba no hacerlo y se paseó por la habitación tratando de encontrar las palabras adecuadas. Las suyas interrumpieron el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué han encontrado?

Cosme se llenó los pulmones de aire y se sentó en su silla acolchada. La acercó y ahora sí que buscó el contacto visual. Los ojos azules de la inspectora lo escrutaban con un brillo a medio camino entre la emoción y el ansia. Él sacó un dosier de uno de los cajones y lo dejó encima de la mesa. Cruzó los dedos y apoyó las manos sobre él.

—La sangre no es de Beth —lo dijo con un tono neutro que no sirvió para suavizar el golpe.

—¿QUÉ? —gritó. La mirada de su jefe le hizo bajar el tono—. Eso no es posible.

—La han analizado varias veces. No hay duda. Pero, eso no es todo. —Ella lo observó desesperada. «¿Qué podría ser peor?», pensó. No tardaría en descubrirlo—. La han cotejado con las muestras que le extrajimos al sospechoso y la coincidencia es del cien por cien.

—¿¡La sangre es suya!? —Laura se echó hacia atrás y se tapó el rostro con las manos—. ¿Cómo es posible? —Tardó un segundo en continuar, lo que le costó cruzar la línea que separaba a la hermana desesperada de la inspectora analítica—. Debe ser un error. Según el informe, no presentaba ninguna herida.

—No podemos saberlo con exactitud, él no recuerda casi nada de esa noche. —Laura chistó. Seguía creyendo que era el culpable. Su jefe lo pasó por alto y continuó—: Tenemos varias hipótesis. La que más cuadra es la que apunta a un derrame nasal. —Laura sonrió sarcástica—. Además, —Volvió a mirarlo a los ojos, con los suyos empañados por el brillo de la derrota y la impotencia—, no han encontrado nada en el cuerpo de Beth, ni fibras, ni cabellos, ni huellas… Nada. Es como si la hubiese atacado un fantasma. Es muy extraño. No hubo robo, ni violación —pronunció la última palabra observándola de reojo. Ella frunció el ceño con rabia—. Y si hubiese querido matarla, hay métodos mucho más sencillos que le habrían dado un mejor resultado.

—Joder.

Laura se levantó encolerizada. Caminó por el despacho con los puños y la mandíbula apretados. Su mente era un hervidero de reproches y pensamientos inconexos. Intentaba conectar las pocas piezas que tenían. Se detuvo de pronto. De entre esa maraña de sonidos, una nota había tomado fuerza y parecía elevarse. Se acercó a la mesa, apoyó las manos y dejó que sus labios la reprodujeran.

—Dame permiso para que vuelva a interrogar al sospechoso. Aunque la sangre no sea de Beth, admitió haberla visto.

—No puedo hacer eso. —Cosme suspiró. Se había preparado para hacer frente al torrente imparable e hiperactivo en que sabía que se convertiría. La miró con fijeza y trató de sonar serio y tajante—. Ahora que lo único que teníamos contra él se ha esfumado, tenemos que soltarle. —Ella se mordió el labio y controló la ira. No podía permitirse el lujo de perder el control.

—Dame cinco minutos.

—En tu estado, no. —Laura torció el gesto y dio un golpe sobre la mesa. Él la contempló con severidad y ella bajó la cabeza—. Puede que no sea el culpable, pero seguramente sea el último que vio a tu hermana antes del ataque. Es un testigo esencial. No permitiré que tus emociones lo echen todo a perder. —Sus palabras, como de costumbre, la hicieron entrar en razón. Volvió a sentarse y bajó aún más la cabeza.

—Es la única familia que me queda. —Tras una pequeña pausa, se corrigió a sí misma, en un tono cargado de dolor y miedo. Le ardían los ojos y no pudo impedir que un par de lágrimas le resbalaran por las mejillas—. Es todo lo que tengo.

—Lo sé. —Se levantó y se le acercó. Le puso una mano sobre el hombro y trató de reconfortarla—. Te prometí que atraparíamos al responsable; y lo haremos. Esto no es una derrota. Puede que el testimonio de ese chico nos dé la clave que necesitamos para reconducir el caso. Tú eres una experta en encontrar la salida cuando el resto de nosotros solo ve un muro infranqueable. —Ella asintió despacio y se limpió las lágrimas—. Por ahora, dejaremos que se vaya a casa. Mientras, nosotros volveremos a registrar la escena y acabaremos de revisar las imágenes.

—Quisiera verlas. —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Cosme sonrió enseñando los dientes. Allí estaba, entre los últimos retazos de pena, el brillo característico de su mejor inspectora.

—Sabía que dirías eso. Tengo preparado un archivo con las mejores tomas de los alrededores de la plaza sobre la hora en la que suponemos que sucedió todo. —Se sentó y conectó un USB a la torre de su ordenador. Tecleó un rato. Lo quitó y se lo tendió. Ella lo recogió con las manos temblorosas—. Ahora quiero que vuelvas a casa y lo revises allí con calma. Te quiero descansada para mañana. A primera hora tendremos una reunión. —Ella volvió a asentir, sin fuerzas para replicarle—. Y hazme el favor de dormir algunas horas, te hace falta —dijo señalándose bajo los ojos.

Se levantó y la acompañó a la salida, tal y como había hecho una hora antes. Esta vez, tampoco se movió hasta que se hubo asegurado de que la joven se subía a su moto y emprendía la marcha. Cuando perdió de vista el vehículo, suspiró y se acarició la calva. A pesar de los ánimos que acababa de darle, en el fondo no tenía muy claro que pudiese cumplir su promesa. Él ya había visto las imágenes y sabía que no servirían para encontrar al culpable. Se apretó el puente de la nariz con tres dedos de su mano derecha. Su jaqueca empezaba a ser más que un run-run molesto. Entró dispuesto a revisarlo todo por enésima vez, deseando con todo su

ser encontrar algún hilo del que tirar, una pista milagrosa que hubiesen pasado por alto.

Laura condujo despacio, pero no dio ningún rodeo. Ahora tenía un motivo para volver a casa. Aquel USB le quemaba en el bolsillo. Aparcó de forma descuidada y subió las escaleras en un suspiro. Entró y se encerró en su despacho, sin darle tiempo a Aitor a salir de su gimnasio para recibirla.

Se sentó en su escritorio, apartó los papeles que tenía encima de su viejo portátil y lo enchufó. Tamborileaba con los dedos ante su lentitud. Nunca antes había sido tan exasperante. Por fin, apareció el recuadro de la contraseña. Las prisas la hicieron equivocarse varias veces. Ahogó un grito de desesperación entre las manos. Varios minutos después, los más largos de su vida, pudo conectar el USB y acceder a las diferentes carpetas.

Al ver los archivos, toda su decisión desapareció de golpe. La velocidad de sus acciones se redujo de forma drástica. Bajó con las teclas, despacio, sin saber muy bien por dónde empezar. Empezaba a temer que aquellas imágenes no le dieran las respuestas que necesitaba; que solo fueran una pérdida de un tiempo valioso que el agresor podía emplear para huir lejos, fuera de su alcance. Miró el fondo de pantalla, el rostro de su hermana sonreía junto al suyo, y recuperó la energía. «No te fallaré. Lo encontraré cueste lo que cueste›», prometió.

Ordenó las carpetas por fecha de creación y empezó a mirar los vídeos. Estaba sentada en tensión, en el borde de la silla, con el cuerpo echado hacia delante. Creía que así no se le escaparía nada. Tardó menos de dos horas en reproducirlos todos. Cuando el último acabó y la pantalla se volvió negra, Laura se echó hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas. Le había vuelto a fallar. En su libreta, no había ninguna anotación. No había logrado dar con la clave del caso. Se sentía inútil, vacía y desesperada.

Miró al techo y se entretuvo observando las sombras. Sus ojos se acostumbraron pronto a la oscuridad y, entonces, al bajar la mirada pudo ver los diferentes muebles de su despacho. Se quedó con los ojos fijos en la estantería que tenía enfrente, abarrotada de libros, y algo dentro de sí, la hizo reaccionar.

Sus venas se llenaron de adrenalina. Fue a los ajustes de su ordenador y jugueteó con los valores del brillo. Los subió todos, hasta que fue casi hiriente, y clicó en uno de los vídeos. Mostraba un trozo de la plaza donde encontraron a su hermana, desde algunos minutos antes de que apareciese hasta que entraba por una de las calles, la atravesaba y se perdía por el lado derecho de la pantalla. La primera vez, solo se había fijado en la silueta pixelada de Beth, pero ahora revisaba cada rincón oscuro, esperando, anhelante.

De pronto, detuvo la grabación y se quedó con la mirada clavada en una esquina. Aunque solo parecía una pared oscura, su instinto le gritaba: «Hay algo más. Lo has visto por un segundo». Rebobinó y avanzó las imágenes varias veces antes de volver a percibir el leve movimiento que había encendido todas sus alarmas. Tras varios intentos, una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Lo había encontrado. Apuntó el segundo exacto y repasó el vídeo entero, paladeando su descubrimiento. Desde esa esquina, una silueta negra perseguía a su hermana con la mirada y desaparecía por otra calle en el mismo instante que ella.

Con la voluntad renovada, revisó el resto de las grabaciones en busca de la misteriosa silueta. Fracasó. Varió el brillo y el resto de los ajustes cientos de veces, pero fue en vano. Agotada y hastiada, volvió a echarse hacia atrás. Sus ojos regresaron al techo. Respiró hondo, llenándose los pulmones, y disfrutó del silencio con una sonrisa de satisfacción. Notó los párpados pesados. Estaba agotada. El sueño no encontró resistencia. Se quedó dormida, acurrucada en su silla acolchada, sin percatarse.

Un rato después, Aitor llamó a la puerta. Ella no despertó. Él entró sin permiso al no recibir respuesta en su segundo intento. Estaba preocupado por su novia. Llevaba varias horas allí encerrada. La conocía. Sabía que no habría comido ni descansado desde el aviso del ataque. Sonrió ante la escena. «Me he equivocado. Me alegro», se dijo. Salió para entrar de nuevo, segundos después, cargado con una manta. La tapó con delicadeza. Ella se revolvió en sueños y pronunció el nombre de su hermana. Él ensanchó su sonrisa y se marchó. Cerró la puerta con cuidado. No quería despertarla de un sueño que creía placentero.

Sin embargo, estaba equivocado. Laura no obtuvo placer aquella noche. En cuanto se quedó sola, comenzó a revolverse. Respiraba con jadeos rápidos. Su rostro se contrajo, atemorizado. Sus latidos perdieron el compás y se lanzaron a una carrera desenfrenada. Hacía mucho que no tenía aquel sueño. Su pequeña pesadilla había empezado poco después del accidente de sus padres y la había acosado durante todo un año. Las imágenes se repetían cada noche y, pese a su recurrencia, siempre conseguían aterrarla. Despertaba con un grito de terror y lágrimas en los ojos.

Sabía que no había escapatoria. Una vez que empezaba no podía pararlo. Las imágenes fueron levantándose a su alrededor, creando el escenario tantas veces recorrido. La sensación de desasosiego era idéntica a la de entonces. Las voces de sus padres se escucharon con claridad. La llamaban por su nombre y exigían su presencia. Comenzó a caminar por una calle desierta, oscura e interminable. Avanzaba con los ojos fijos en el resplandor que se veía al final. Anhelaba alcanzarlo, pero sabía que no dependía de ella. Por mucho que anduviese, por muy rápido que moviese sus pies, nunca conseguía cruzar el umbral. El corazón le latía con fuerza y el sudor le perlaba la frente. La respiración se le volvió entrecortada y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. El esfuerzo físico la estaba dejando sin aliento.

Cuando creyó desfallecer, la calle se acortó de repente y llegó al patio trasero de su antigua casa. Allí, la saludaron sus padres y su hermana, rejuvenecida y convertida en una adolescente de dieciséis años. La felicidad del reencuentro solo duró una fracción de segundo. Antes de alcanzarlos, oyó el crujir de las tejas y el gruñido ronco. Se resistió a mirar hacia arriba. Sabía bien lo que iba a encontrar. Quiso correr hacia ellos. Solo deseaba llegar a tiempo esa vez. Intentó dar un paso, pero no lo logró. Sus pies se habían clavado en tierra. Abrió la boca para gritar la advertencia, pero no encontró la voz. Los miró con los ojos llenos de lágrimas, impotente y con el corazón compungido. Se revolvió y forzó la garganta, pero ni se liberó, ni rompió el silencio.

Los ruidos del tejado aumentaron de intensidad. Aquello se acercaba despacio. Paladeaba cada segundo de los preliminares.

Laura cerró los ojos con fuerza y cogió aire. Levantó la cabeza y fijó la mirada en la criatura que descendía hacia el patio. Ella se la devolvió y sonrió enseñándole los colmillos. Un hilo de baba cayó sobre las tejas arañadas. Disfrutó de su visión, derrotada y furiosa, y ensanchó su sonrisa antes de saltar al patio. Allí, entre gritos de dolor, mordió, arañó y desgarró hasta convertir a sus padres en meros jirones de carne sangrienta. Su hermana temblaba en el suelo. Su camisón blanco se había teñido de rojo. La inspectora buscó su mirada. Lo que encontró le rompió el corazón. La criatura rio mientras Beth lloraba y señalaba a su hermana como única culpable.

Esa imagen marcaba el final de la pesadilla. Laura soltó el aire. «Debo estar a punto de despertar. Todo ha acabado», pensó. Sin embargo, estaba equivocada. El sueño solo había empezado. Una oscuridad pegajosa y asfixiante cubrió la escena y la envolvió. Laura empezó a sentirse mareada. Se encogió sobre sí misma y cerró los ojos con fuerza. Al abrirlos, segundos después, el escenario había cambiado. El patio sangriento se había tornado en una calle. La observó, analítica, y no le fue difícil reconocerla. Observó el final donde una tenue luz brillaba. Supo lo que encontraría al otro lado y dudó un segundo. Pero la escuchó llamarla y se puso en marcha. La recorrió con el corazón en un puño y con su voz como guía. Torció una esquina y se encontró con la plaza. En medio, apareció de la nada el cuerpo inmóvil de Beth, iluminado por una luz sin origen.

Se acercó despacio y se arrodilló a su lado. Beth parecía dormida. Respiraba de forma acompasada; su rostro estaba tranquilo. Se lo acarició y ella despertó. En sus ojos, encontró la misma expresión dominada por el odio que le había mostrado en el patio. Beth se incorporó despacio y torció el gesto con desdén. No tuvo que decir nada para que Laura sintiera todo el peso de la culpa asfixiándola. Su mirada se empañó por las lágrimas. Aunque deseó poder suplicar su perdón y jurarle que atraparía al culpable, el nudo en la garganta se lo impidió. Quiso abrazarla para encontrar la paz entre su calidez y suavidad. Pero antes de que sus brazos pudieran rodearla, su silueta se convirtió en una neblina blanquecina que se elevó y se desvaneció en el aire. Laura se quedó allí arrodillada, llorando y con

el corazón partido en dos. Se tapó el rostro con las manos e imploró poder despertar. Pero su deseo no se cumplió. La pesadilla no había acabado.

Tras unos segundos, oyó unos pasos tras de sí. Al girarse, vio una silueta negra torcer una esquina. Supo quién era. Se levantó, se limpió el rostro y echó a correr. La persecución no duró mucho. Con cada zancada, la distancia que las separaba se acortaba de forma significativa. Levantó el brazo y la agarró. Ambas rodaron por el suelo. Laura la obligó a darse la vuelta y fundió sus miradas. Sus ojos eran tan negros y profundos que la estaban hipnotizando. Sacudió la cabeza. Debía memorizar el resto de su rostro. Pero no pudo escapar de su influjo a tiempo. El timbre estridente de su móvil rompió el hechizo. Su silueta se desdibujó con rapidez. Lo último que vio, antes de despertarse, fueron esos dos ojos negros que parecían sonreírle, bellos y enigmáticos.

Capítulo 4

Tras despertarse sobresaltada, Laura se quedó unos segundos mirando al techo. Esos dos ojos oscuros aún estaban fijos en su memoria y creyó, por un instante, que la observaban desde allí. Su móvil seguía sonando. Alguien reclamaba su atención. Su sonido la ayudó a tranquilizarse y a dejar la pesadilla atrás. Sus latidos fueron disminuyendo en frecuencia e intensidad y el peso del pecho se fue atenuando hasta que desapareció cuando descolgó.

Improvisó un saludo y trató de concentrarse en la voz de su interlocutor. Su mente, medio adormilada todavía, se lo puso difícil. Solo consiguió retener unos retazos de la conversación. Cosme quería saber cómo estaba y si había logrado sacar algo en claro de las imágenes. Laura contestó con monosílabos, deseando colgar. Se levantó, sin darse cuenta de la manta, y deambuló por la habitación oyendo los consejos de su jefe sobre cuán malo era obsesionarse. De vez en cuando, soltaba una afirmación o un murmullo, fingiendo atención. Al cabo de un par de minutos, su jefe se despidió y Laura pudo apagar el móvil. No quería que nadie más la molestara aquella noche.

Volvió a sentarse frente al ordenador. Estuvo tentada de reproducir el vídeo y asegurarse de que la silueta seguía en su rincón oscuro. Pero, por primera vez desde que comenzó el caso, su sentido común se impuso a sus sentimientos y lo apagó. Aunque pensó en ir al dormitorio y tumbarse unas pocas horas en la comodidad de su cama, la imagen de Aitor y de sus posibles preguntas y muestras de afecto la disuadieron. Intentó volver a acurrucarse en la silla. Sin embargo, la amenaza de que su pesadilla se repitiese y de que esos ojos oscuros regresaran provocó que se levantase.

Miró a todas partes y, tras un par de segundos de indecisión, salió al pasillo. Observó la puerta del dormitorio. Las luces estaban apagadas y se escuchaban con claridad los leves ronquidos de Aitor. Saberlo al otro lado no trajo paz, solo una sensación de cansancio, casi de hastío. Suspiró y se encaminó a la puerta principal. Se puso su chaqueta de cuero y sus botas. Cogió su casco y salió del apartamento.

Bajó las escaleras sin encender las luces y llegó al portal. La calle estaba oscura y desierta. El contacto con el manillar y el sonido del motor al encenderse alejaron el desasosiego. La brisa fría de la noche alivió su dolor de cabeza y se llevó los últimos resquicios de su sueño.

Se enfundó el casco y emprendió la marcha. Al principio, vagabundeó por las calles. Conducir la calmaba. No tardó en percatarse de que su lugar no estaba entre los callejones del casco antiguo. Apretó el manillar y corrigió el rumbo. Pocos minutos después, atravesaba las puertas de cristal del hospital. Se cruzó con una joven monja que la saludó con un leve gesto de la cabeza. Laura la vio, pero no la miró. No pudo corresponder al saludo. Ni siquiera se percató de su peculiar hábito. Llevaba una falda blanca hasta la mitad de la espinilla. Bajo ella se distinguían a la perfección unos pantalones negros que le dibujan las piernas trabajadas. Unas botas negras de media caña con cierre lateral eran su calzado. Su torso estaba cubierto por una camisa blanca con cuello de poeta y mangas hasta la mitad del antebrazo; y sus manos, por unos guantes negros que le llegaban hasta el codo y que parecían de seda.

Laura recorrió los metros que las separaban con la mente en blanco. Tenía aquel camino tan interiorizado que no necesitó pensar para llegar a su destino. Antes de que se diera cuenta, estaba frente a la puerta de la habitación de su hermana. Se quedó allí, quieta, con la mirada fija en los números grabados en la madera, sin atreverse a girar el pomo y acceder a su interior. Desde fuera, ya se oían los pitidos de las máquinas. El olor a desinfectante hacía mucho que se le había pegado a cada centímetro de piel. Apoyó la frente sobre la puerta y lloró en silencio, solo acompañada por los

intermitentes haces de luz del tubo fluorescente estropeado del techo.

Llorar ayudó. Las lágrimas se llevaron consigo la tensión, la rabia y la impotencia que llevaba arrastrando desde la noche anterior. Más tranquila, pudo girar el pomo y entrar. La habitación era tan típica que sonrió. Se trataba de un cuarto individual con un gran ventanal, sellado, con vistas al aparcamiento. En medio, una cama con sábanas blancas con el símbolo de la Generalitat estampado en un color grisáceo, opaco y desgastado. Al lado, una butaca rojiza acolchada con una pequeña palanca que permitía reclinarla a voluntad; al otro, una mesita metálica con ruedas. En la pared opuesta, un armario también metálico y algo pequeño, de un color que pretendía ser blanco, pero que se acercaba más al gris ceniza. Sobre el armario, enganchada a la pared, una pequeña televisión rodeada de carteles que explicaban la forma de encenderla. Antes de llegar a la cama, había una puerta que daba a un baño impoluto, con ducha y bidé, donde el olor a desinfectante estaba lo bastante concentrado como para borrar cualquier otro aroma.

Se acercó a la cama y miró el rostro dormido de Beth. Aunque los moretones y cortes ya no estaban tan pronunciados, seguían visibles. El poco cuerpo que quedaba al descubierto bajo el camisón, estaba cubierto de vendas. De su brazo colgaba una vía conectada a un catéter donde varias bolsas iban dejando caer gotas para alimentarla y mantenerla hidratada; y, de su boca, salía un tubo que se aseguraba de que seguía respirando. Quiso acariciarle la frente, pero su mano se congeló a medio camino. Temía que al tocarla se desvaneciese. Apretó el puño y se sentó en la butaca, a su lado. La veló toda la noche sin dejar de mirarla ni un solo segundo.

Con los primeros rayos de sol, el hospital cobró vida. No tardaron en oírse los murmullos de las enfermeras que comenzaban sus rondas, el traqueteo de los carros que llevaban el desayuno a los enfermos y la megafonía que los iba repartiendo entre los médicos. Laura se levantó y se desperezó. A pesar de que tenía todo el cuerpo agarrotado y dolorido, se sentía mejor. Entró en el baño y se lavó la cara. Al contemplarse en el espejo, pudo ver con claridad los estragos que el cansancio y el sufrimiento estaban teniendo sobre su

salud. Las ojeras y bolsas le enmarcaban los ojos claros. Suspiró y volvió a empaparse el rostro. Había cosas más importantes que reclamaban su atención. Se ató su cabello rubio con una goma y se metió la camisa por dentro del pantalón.

Se despidió de Beth desde la distancia y se marchó. Mientras bajaba la escalera, enchufó su teléfono. Tuvo que detenerse ante el alud de mensajes de su jefe y de su novio. Llamó al primero. Cosme descolgó antes de que se detuviese el primer tono. No estaba enfadado, solo aliviado. Al parecer, Aitor, que se había despertado en mitad de la noche, se había preocupado al no poder encontrarla. Había intentado contactarla y al no obtener respuesta, se había puesto nervioso y había acudido a su jefe. Creía que habría vuelto al trabajo. Entró en pánico ante la negativa de Cosme. Él se contagió de su miedo y se puso en lo peor. Aquel caso los tenía a todos con los sentimientos a flor de piel.

Laura se disculpó y prometió pasar por casa, antes de ir a comisaría, para hablar con Aitor en persona. Estaba tan centrada en responder a sus quejas que se tropezó con alguien, igual que la primera vez que había atravesado las puertas del hospital. Sin embargo, esta vez, sus pies no reaccionaron a tiempo. Una mano desconocida la asió por el antebrazo y la sostuvo con fuerza. La inspectora estaba tan avergonzada que le dio las gracias sin apenas mirarla. Salió a la calle y colgó el móvil. Se masajeó las sienes y suspiró.

Se subió a la moto y observó la silueta del hospital. Cuando la voz de Cosme hubo desaparecido, su mente regresó a la mujer que la había salvado. Algo en ella le había resultado familiar, pero no acababa de entender el porqué. Intentó recordar sus facciones. Pero solo logró rescatar un borrón oscuro que pronunciaba un «Tranquila» con una voz dulce y melodiosa. Sacudió la cabeza. «Es inútil perder el tiempo con alguien a quien no voy a volver a ver», se dijo mientras ponía en marcha el motor.

Fue a casa para disculparse. Aitor la abrazó nada más verla entrar. Ella no pudo huir de su contacto. Al separarse, la miró a los ojos. Ella bajó la cabeza. No tenía energía para inventar una excusa y tampoco podía contarle la verdad. Él no la interrogó. Creía

comprender su dolor. No la culpaba por su desapego ni por su falta de tacto. Le bastaba con que hubiese vuelto. Le cogió las manos y se las besó. Ella estuvo tentada de apartarlas. Pero, al verle sonreír con la mirada brillante, se contuvo mientras le subía un regusto amargo.

La inspectora se aseó, se cambió de ropa y cogió el USB y sus notas. Se despidió, con una media sonrisa y una mirada huidiza, y se encaminó hacia la comisaría. En la puerta, la esperaba Cosme. Entraron juntos y se dirigieron a la sala de conferencias: una habitación amplia con una mesa larga en medio, rodeada de sillas, y con un estor blanco en la pared del fondo, al lado de una mesita con un ordenador conectado al proyector. Algunos de sus compañeros ya habían ocupado su lugar, armados con sus portátiles y sus dosieres.

Laura se sentó en una de las sillas vacías, algo alejada del resto, y Cosme se puso frente al estor. Resumió los detalles del caso y dio la palabra a los representantes de los diferentes departamentos que solo añadieron algunos detalles intrascendentes. «No tenemos nada», pensó la inspectora. Entrecerró los ojos y notó cómo la miraban todos. No les correspondió. Detestaba la lástima que transmitían.

Llegó su turno y la expectación sustituyó a la pena. Laura abrió los ojos y observó a Cosme. Ya no tenía tan claro que enseñar su descubrimiento fuese una buena idea. «Es muy vago, no nos sirve», se dijo. Los segundos pasaron y la tensión aumentó. «Pero no tenemos nada más», concluyó. Soltó todo el aire y se levantó con el USB muy prieto en el puño. Lo contó con la claridad y seguridad que le habían ganado el respeto y la admiración del cuerpo: alguien vigilaba a su hermana.

Recorrió la habitación con paso firme y proyectó el vídeo. Lo detuvo en el segundo exacto y señaló hacia la esquina. Todos entornaron los ojos y forzaron la vista. Anhelaban encontrar la silueta oculta entre las sombras del callejón. Tardaron mucho en entreverla y no hubo euforia, solo una sensación generalizada de fracaso. Laura casi podía oírlos pensar: «¿Qué vamos a hacer con esto?». Quitó el USB y bajó la cabeza. Cosme la contempló y se llenó los pulmones de aire. Ordenó al equipo técnico que ampliara y

limpiara la imagen y al resto que siguiera priorizando aquel caso. Debían revisarlo todo: los alrededores de la plaza, las declaraciones de los dueños de los locales, las imágenes, la pista de audio…

Y, tras un momento de silencio, dio por terminada la reunión. Laura tardó en reaccionar. Cosme la detuvo antes de que hubiese dado un paso. Ella pareció despertar ante su contacto y miró alrededor; se habían quedado solos.

—Laura… —No supo cómo continuar y buscó sus ojos. Ella conocía aquella expresión y chistó.

—Sois unos exagerados. Solo necesitaba un poco de aire.

—Estamos preocupados. Es evidente que no te estás cuidando. —Señaló bajo sus ojos. Laura los entrecerró, hastiada. Cosme se aclaró la garganta—. Hay algo más. —Laura frunció el ceño y lo contempló. Odiaba que le ocultasen información—. Es solo una suposición, pero ¿y si, en realidad, su objetivo eres tú? Porque no parece que nadie tuviese motivos para atacar a Beth.

—¿Qué estás diciendo? —pronunció las palabras llenas de rabia porque su subconsciente había llegado a la misma conclusión. Por eso, la culpa la estaba carcomiendo; por eso, las pesadillas habían revivido.

—Laura, no estoy diciendo que sea culpa tuya. —Intentó cogerle las manos, pero ella lo rehuyó—. Solo he expuesto una posibilidad. Como policías nos ganamos enemigos a diario. No sería la primera vez que, para hacerle daño a un agente, se ataca a su familia. ¿Ahora entiendes mi pánico? —Laura apretó la mandíbula. No podía encontrar fallos en su lógica—. Temía que el agresor hubiese llegado hasta ti.

—Sí tienes razón —los ojos le brillaban llenos de determinación y rabia. Su torrente sanguíneo estaba inundado de adrenalina—, aún tengo más motivos para encontrarlo. —Cosme sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda. Esta vez, Laura no se apartó—. Envíame todo lo que tengas: las imágenes, la pista de audios, los informes médicos… Daré con algo, estoy segura.

Con todo el material, regresó al hospital. A pesar del ruido, del calor asfixiante y del penetrante olor, se había convertido en su único refugio. En aquella habitación llena de pitidos, se sentía en

paz. No tenía que dar explicaciones, ni huir de las miradas cargadas de pena y lástima, ni rechazar muestras de afecto indeseadas. Allí podía concentrarse al máximo.

Enchufó el ordenador y se puso los cascos. Lo revisó todo hasta memorizar cada detalle, cada palabra, cada silencio. Sin embargo, no encontró lo que buscaba. No había hilo del que tirar, ni luz que indicara el camino. Cerró el portátil y se acarició las sienes. «Algo se me escapa», se repetía. Sabía por experiencia que por muy habilidoso que fuese un criminal, siempre cometía un error que les permitía cogerlo. «Este no es diferente. No puede serlo. Porque, si lo es, no podré encontrarlo. Y volveré a fallarte», pensó y la miró.

Repasó su contorno mientras su mente luchaba por encajar las piezas. Cerró los ojos y rememoró los hechos. La imaginó saliendo de su casa, descalza y en camisón. La vio recorriendo las calles y llegar a la plaza. Advirtió la sombra en su esquina, vigilante. Sufrió con cada golpe. Estudió a la sombra hasta que se diluyó sin dejar rastro. Escuchó la llamada. Y abrió los ojos.

Capítulo 5

Su corazón latía desbocado. «Solo es un pálpito, pero…», se dijo. Levantó la tapa del portátil y reprodujo el audio. Obvió la voz y se focalizó en el sonido de fondo. Y ahí estaba. Empezó a traspirar. Lo oyó de nuevo con la velocidad al mínimo y sonrió. No habían sido imaginaciones suyas. Al final de la llamada, en la fracción de segundo en la que tardó en colgar, el auricular captó algo: el sonido inconfundible de un par de petardos estallando no muy lejos.

Entró en internet y buscó un plano de la ciudad. La cabina, la plaza de Calixto III y el portal donde encontró a su primer sospecho estaban muy cerca. Ensanchó su sonrisa. No podía ser una casualidad. Aquel hombre era solo una víctima colateral de un sujeto mucho más peligroso. Su culpable era alguien inteligente y escurridizo. «Pero no te bastará para huir de mí. Te encontraré», pensó mientras escrutaba cada centímetro del mapa. Casi rio cuando encontró lo que buscaba: el origen de aquel sonido.

Era un pequeño bar colocado en una esquina estratégica en la ruta de huida del informante, lejos del perímetro y sin cámaras de seguridad. «Es aquí. Tuvo que haber una fiesta. Eso explicaría los petardos en estas fechas y a esas horas. Eso significa que tuvieron que tomarse fotos, puede que incluso vídeos. Tal vez, alguno lo captara por accidente», razonó, llorando de alivio.

No quiso escuchar a su instinto que le exigía prudencia y le gritaba que había demasiadas posibilidades: el culpable podía haber tomado otra ruta, los petardos podían ser solo una acción aislada de unos transeúntes aburridos… Y solo un milagro permitiría que unas imágenes parciales y desenfocadas redujesen la lista de sospechosos. Acalló las advertencias con un enérgico movimiento de cabeza y se aferró a la nueva pista porque era todo lo que tenía,

porque necesitaba que el caso avanzara, porque no quería volver a fallarle.

Salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras. Redujo su velocidad al llegar al vestíbulo. No quería tropezarse por tercera vez. Pensó en la desconocida sin rostro y notó un leve hormigueo cuando recordó su dulce voz. No pudo evitar buscarla. Creyó verla girar una esquina y estuvo tentada de ir tras ella. Se vio alcanzándola, obligándola a girarse y mirarla, perdiéndose en sus ojos. Negó varias veces, avergonzada. «Solo es una desconocida. No puedo abordarla así. Además, tengo trabajo», se autoconvenció, aunque no pudo evitar mirar una vez más.

Siguió su camino y condujo hasta la cabina. Estaba pintarrajeada y en un estado lamentable. Tuvo la sensación de que, salvo su sospechoso, nadie la había utilizado en mucho tiempo. La registró, aunque sabía que no encontraría nada. Sus compañeros de la científica habían hecho su trabajo y el agresor era muy hábil. Tras aquella comprobación, recorrió el resto de la calle y entró en el bar. Después de una breve conversación con el dueño, descubrió que la noche de la agresión de Beth se había celebrado una despedida de soltero. Llamó al número que le facilitó y le contestó un hombre joven que se presentó en comisaría poco después.

La inspectora le contó su descubrimiento a Cosme mientras el testigo avanzaba, nervioso. Su jefe se apartó y ella le indicó con un gesto que se sentase enfrente de su escritorio. Ella ocupó su lugar y lo estudió. Su único atractivo eran sus ojos verdes que le iluminaban la cara. Su brillo y tonalidad le recordaron a su ex y frunció el ceño. Respiró hondo y sonrió.

Le pidió con un tono profesional que le enseñara las fotos y vídeos de aquella fiesta. El hombre le entregó el móvil y ella lo conectó al portátil. Había más de cien. Tragó saliva y las fue pasando. Con cada clic su corazón se encogía y la paciencia se sustituía por un nerviosismo que le provocó un ligero temblor en una de las piernas. Entonces la encontró. En medio del grupo de jóvenes eufóricos, aparecía una silueta tras la cristalera.

Casi gritó de gozo. Se contuvo y anotó el número de la fotografía y la fecha y hora de la captura. Pasó a la siguiente y la silueta tomó

algo de nitidez. Clicó de nuevo algo más rápido. La silueta se transformó en un rostro masculino semioculto por la solapa de una gabardina. Lo vio apartarse del cristal al saberse descubierto, bajar la cabeza para esconderla de las cámaras y desaparecer por el lado derecho, unas fotos más adelante.

Retrocedió hasta que en la pantalla apareció la más nítida. Se quedó muy quieta con los ojos fijos en aquel rostro. «Este es nuestro hilo», pensó con la mirada humedecida. Sonrió a su testigo, giró el portátil y le señaló al desconocido. No se sorprendió cuando no lo reconoció. Le dio las gracias, copió todos los archivos de aquella noche y le pidió que le enviase a su correo las fotos y vídeos que sus amigos hubiesen tomado durante la fiesta. No importaba si estaban repetidos o desenfocados. Lo quería todo. Él asintió de nuevo y suspiró aliviado al marcharse.

Laura le enseñó las fotos impresas a Cosme, que compartió un efímero momento de optimismo con su subordinada. Verla sonreír lo alegró tanto que no tuvo valor para señalarle que, pese al éxito de sus pesquisas, aquellas imágenes, en realidad, no mostraban más que a un hombre que pasaba por allí. No había nada que lo vinculase ni con la escena, ni con Beth. Y, sin un rostro completo, las posibilidades de encontrarlo se reducían casi a la nada. Cosme forzó una sonrisa y la dejó soñar un poco. «Aunque no haya pruebas, sí que es mucha casualidad. Además, sus pálpitos suelen dar en la diana», pensó y se dejó llevar. Le dio unos golpecitos en la espalda. Ella no lo notó. Estaba centrada en la que creía que era la clave del caso: su misterioso hombre de ojos verde aceituna.

Capítulo 6

Laura no se movió de su escritorio en todo el día. Recibió el correo de su testigo poco después de su marcha. Revisó el material una y otra vez en busca de su hombre misterioso. Sin embargo, no volvió a aparecer. «No importa. Este ha sido tu error», se dijo con su fotografía en la mano. Esas imágenes, desenfocadas y parciales, eran la pista que necesitaba.

Estudió el mapa de la ciudad. Había marcado con chinchetas de colores los lugares más relevantes del caso: el piso de su hermana, la escena, la cabina, el bar y el portal. Lo recorrió con el dedo y sonrió al recordar las palabras de su jefe: «Seguramente sea el último que vio a tu hermana antes del ataque. Es un testigo esencial». Tenía razón. No pudo evitar que su corazón se acelerara mientras lo llamaba para citarlo esa misma tarde.

El hombre entró media hora después. Al verla, se asustó un poco. Recordaba su interrogatorio con claridad. Laura le sonrió y trató de sonar amable. Lo invitó a sentarse frente a su mesa y le ofreció un café que rechazó. Se disculpó por la dureza de su primer encuentro y quiso convencerlo de cuán necesario era su testimonio. Él se relajó un poco y juntos repasaron los sucesos de aquella noche. No había recordado nada nuevo. Laura mantuvo la calma y le enseñó las fotos del desconocido. Él se concentró en esos centímetros de piel y se forzó en rescatar algo de la neblina con la que seguían cubiertos sus recuerdos de esas horas. «Es extraño», pensó. No le era familiar, pero tampoco desconocido del todo.

A pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, no logró arañar ni una sola respuesta. La miró y negó con la cabeza. Ella apretó la mandíbula. Su negativa desplomó su ánimo. Había llegado a otro

callejón sin salida. «Si nuestro único testigo no lo recuerda, no tenemos nada que lo relacione», se dijo al borde del llanto.

Cosme, que no la había perdido de vista, se les acercó cuando el silencio se les alargó demasiado. Le agradeció su colaboración al testigo y lo acompañó a la salida. Laura ni siquiera lo había mirado. Seguía con la vista fija en la fotografía que ahora creía inservible. Su jefe se le sentó enfrente. Ella lo resumió en una sola palabra.

—Nada. —Apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre las manos—. No tenemos nada. Cada vez que parece que nos acercamos, se desvanece. No sé si vamos a poder encontrarlo. —Se le escapó una lágrima. Había llegado al límite de sus fuerzas—. He vuelto a fallarle —susurró con la voz rota.

Cosme no rompió el silencio, pero se levantó y la cogió del brazo. Ella se dejó arrastrar. Salieron fuera y dieron un paseo por los alrededores. El aire fresco no la alivió. Su jefe se le puso delante y le agarró los hombros.

—Te conozco y no eres de las que se rinden tan fácilmente. —Ella había bajado la cabeza y negó. No quería escuchar sus vacías palabras de ánimo—. No es el primer caso imposible al que te enfrentas. Sé que darás con la solución. Solo necesitas un poco de perspectiva.

—Esta vez no —dijo entre lágrimas. Cosme no se dio por vencido.

—Esta vez es diferente. Beth es tu hermana. Y eso tiene cosas buenas y malas. —Laura no reaccionó—. Por una parte, todo te afecta más y te es más difícil mantener la calma con la que acostumbras a llevar tus investigaciones. Pero, por otro, cuentas con mucha información de la víctima. —Le apretó los hombros. Ella lo miró al fin y él le sonrió—. La conoces mejor que nadie. Encontrarás las explicaciones que necesitamos. Lo sé. Tengo fe en ti.

Laura suspiró y se acarició las sienes. Sus palabras habían alejado a la desesperación. Los engranajes de su mente se activaron. Cosme, como de costumbre, tenía razón. Todavía podían luchar, la batalla no había acabado.

—Gracias, jefe —dijo con una media sonrisa y con la mirada brillante.

Cosme le sonrió enseñando los dientes y le dio unos golpecitos en la espalda. Regresaron a la comisaría, pero solo él entró. Laura había tenido una idea. Se subió a su moto y se dirigió al piso de su hermana, llena de adrenalina. Ella era quien mejor la conocía. Tuvo la sensación de que, si registraba su casa, encontraría la siguiente pieza del rompecabezas.

Subió las escaleras y entró con su propia llave. Encendió las luces y observó el piso desde el rellano. Comprobó las habitaciones y, aunque todo seguía en su lugar, algo parecía no encajar. Era solo una sensación, pero su instinto no se equivocaba.

Su vuelta de reconocimiento la llevó hasta su dormitorio. Se sentó en la cama y miró la foto de la mesita. Una versión más joven de sí misma se abrazaba a su hermana. Beth con su tez morena y su cabello oscuro ondulado, algo largo y atado con una cinta, sonreía con un brillo amoroso en sus ojos grises. Ella reía a su lado, con su pelo rubio recogido en dos trenzas y sus ojos azules entrecerrados. Acarició el cristal con una sonrisa triste, pensando en cuán inocentes parecían.

Salió al balcón y disfrutó de la calidez del sol. Aquel había sido el motivo por el que Beth había comprado el piso. Recordó cuando la acompañó a verlo. Nada en él parecía emocionarla hasta que salió al balcón. Entonces, todas sus dudas se despejaron. Tenía grabada su imagen asintiendo con una sonrisa y un brillo especial en sus ojos grises. Al volver dentro, se giró creyendo que la vería allí de pie. Pero solo se encontró con las cortinas que se mecían con la brisa.

Salió al pasillo y se detuvo un momento frente a la puerta de la única habitación que le quedaba por registrar a fondo: su estudio de pintura. Las leves punzadas que la habían acompañado en su investigación, se habían convertido en un peso asfixiante. Se acarició el pecho e intentó calmar su ansiedad, acompasando la respiración y contando despacio. Nunca había creído en aquella técnica. «Es una chorrada», recordó. Pero necesitaba que funcionase porque tenía que acabar; tenía que encontrar la pista; tenía que salvar a Beth.

El dolor, por un extraño milagro, se atenuó lo suficiente. Laura sonrió y se llenó los pulmones de aire. Lo soltó despacio mientras abría la puerta. La cruzó y cerró tras de sí. Aquel era el rincón más

íntimo, un santuario al que ni siquiera a ella le dejaba curiosear. Miró a su alrededor, sin atreverse a avanzar. Durante el primer registro, había observado a sus compañeros desde fuera y les había exigido, enérgica y firme, que extremasen las precauciones. Ahora era ella quien debía desentrañar sus secretos.

Laura examinó cada rincón sin encontrar nada fuera de lo normal. Avanzó hacia el centro, donde se alzaba un caballete tapado con una sábana blanca. Estuvo tentada de descorrerla. Se aferró a una de las esquinas e iba a tirar cuando oyó una voz que salía de sus recuerdos: «Ni se te ocurra. Aún no está terminado. Ya lo sabes, hermanita, hasta que no acabe nadie puede verlo, ni siquiera tú›».

Sonrió, con los ojos llenos de lágrimas, y se apartó del caballete. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la puerta, con la vista fija en la sábana. Echó la cabeza hacia atrás y se limpió las mejillas empapadas. Suspiró. No había encontrado nada. En aquel piso, todo parecía normal. Por primera vez, su instinto le había fallado. Se quedó allí sentada sin saber qué hacer. Tras su fracaso, el muro que la separaba del culpable se había redoblado y endurecido. No le quedaban hilos de los que tirar.

Sintió volver al peso, restablecido y encrudecido. Notó los primeros pinchazos en las sienes. Se acarició con una mano la frente y con la otra el pecho. Su piel le ardía y su corazón saltaba descontrolado. Aunque quiso dejar la mente en blanco, le fue imposible porque estaba llena con los fragmentos del caso. Comenzó a marearse. Un fuerte pitido se le instaló en los oídos. Sus miembros se tornaron blandos. Entrecerró los ojos e intentó centrarse en el silencio y la oscuridad que iban tiñendo la habitación. En aquel trance, una imagen nítida y cargada de dulzura la llenó. Era la misma que había recordado al salir al balcón. Su hermana le sonreía enmarcada e iluminada con la luz del crepúsculo. Sonrió y el dolor perdió intensidad. Las lágrimas recogieron el relevo mientras se zambullía en los recuerdos compartidos.

Capítulo 7

La relación entre Beth y Laura siempre había sido buena, pese a que se llevaban más de cinco años. Y, tras el accidente de sus padres, se habían vuelto inseparable. Beth, con tan solo dieciséis años, se dedicó a cuidar con devoción de su hermana. Se convirtió en su todo. Dejó los estudios y consiguió un trabajo como ayudante de la secretaria de un poderoso y rico inversor.

A las primeras semanas de dolor e incertidumbre, le sucedió un período de paz. Cuando Laura cumplió los 18, decidió convertirse en policía para poder protegerla. A medida que había pasado el tiempo, había entendido todo lo que había sacrificado Beth y quería devolverle parte de todo ese amor; dejar de ser una carga y volverse un apoyo.

Su relación se mantuvo intacta en los siguientes años. Se veían a diario, compartían confidencias, reían y lloraban juntas. Sin embargo, seis meses atrás, algo cambió. Beth se volvió un poco esquiva. Laura no le dio importancia. La conocía bien. Se había dado cuenta de que se había enamorado. Creía que su nerviosismo era el resultado de sus dudas sobre cómo presentarle a su pareja. Decidió darle algo de espacio. Pero, poco después, emprendió un largo viaje y no la contactó ni una sola vez. Y, cuando regresó, no la avisó.

Laura, que había tomado por costumbre pasar por su piso en su camino de vuelta a casa, se topó un día con las luces encendidas. Asustada, subió las escaleras arma en mano y aporreó la puerta. Temía descubrir a un ladrón. Pero solo se encontró con la voz de su hermana. Aunque Beth intentó que se marchase, Laura no se dejó convencer. «Algo no va bien», pensó. Sus sospechas se confirmaron cuando le abrió. Estaba pálida, ojerosa y muy delgada. Le sonrió y le aseguró que todo estaba bien.

—Es solo que he vuelto hace nada y quería descansar un poco. —A pesar de que Beth quiso ensanchar su sonrisa, solo consiguió una mueca.

—¿Por qué me mientes? —Su explicación habría funcionado con cualquier otro. Pero ella la conocía demasiado bien—. Nunca lo habías hecho. —Beth sonrió de nuevo. Laura la miró horrorizada. Aquella no era su sonrisa. Era una mueca cargada de falsedad; una mueca que jamás había visto en sus labios—. ¿Qué te pasa? Sabes que a mí me lo puedes contar todo. —Beth se alejó cuando intentó cogerla de la mano. Estaba temblando y apretaba con una de las suyas el colgante de sus padres. Laura supo que estaba luchando por contenerse. Aunque no entendía por qué—. Si te sientes mal, puedo acompañarte al hospital. —Beth cerró los puños y le dio la espalda. El temblor de su cuerpo había aumentado.

Laura la miraba sin saber cómo ayudarla. Parecía a punto de estallar. Se le acercó por un impulso y la abrazó por la espalda, en un gesto cargado de familiaridad. Su cuerpo estaba muy frío. El contacto asustó tanto a Beth que la apartó de un empujón. Laura cayó al suelo. Pensó que había tropezado porque no podía creer que hubiera sido Beth quien la había derribado. La observó. Beth se había cubierto los oídos con las manos, se había encogido un poco y negaba con la cabeza con cada centímetro de piel temblando. La inspectora se levantó con la intención de cogerla del brazo y girarla. Su hermana no le dio tiempo. Se dio la vuelta de golpe con los ojos enrojecidos de rabia.

—¡No me toques! —gritó con una voz ronca. Laura se asustó. Nunca la había visto así. Su expresión atemorizada pareció calmarla y suavizó el tono—. Lo… lo siento. —Su rostro se dulcificó e incluso sonrió—. Perdóname, no sé qué me ha pasado. Estoy muy cansada, solo necesito dormir un poco. —Volvió a darle la espalda—. Por favor, vete, hermanita. Ya hablaremos cuando me encuentre mejor.

Laura no tuvo el valor de discutir. Salió en silencio sin despedirse. Al cabo de un par de días, Beth la llamó para disculparse y para asegurarle que ya se encontraba algo mejor, aunque prefería no recibir visitas. Laura la creyó y se autoconvenció de que su reacción violenta y su mal aspecto solo eran consecuencia del cansancio.

Sabía, por propia experiencia, que la falta de sueño podía convertir a una persona calmada en un ser irascible.

Dos días después, cuando hacía menos de una semana que había vuelto, se produjo el ataque, sin que Laura hubiese vuelto a verla. Aquello le quemaba por dentro. Pensaba que, si hubiese insistido, si se hubiese plantado en su casa en busca de respuestas, ahora tendría una idea más clara de lo que la había empujado a salir en camisón en plena noche.

Tal vez, esa era la clave de todo aquel sinsentido. Tal vez, el hombre de ojos verdes era el causante de su malestar y el responsable de su huida improvisada. Tal vez, era el novio que no se había atrevido a presentarle, el que la había empujado a dejar el país durante tanto tiempo y el que, obsesionado con ella, la había acosado hasta encontrar la ocasión de agredirla.

Sacudió la cabeza. El ritmo acelerado de sus pensamientos la estaba mareando. Una parte de sí, la que mantenía cierta calma, no dejaba de insistirle en lo sencillo que era desmontar la mayoría de sus teorías. Habían registrado su portátil y su móvil, y habían revisado su registro de llamadas. Nada en aquellos datos mostraba a un posible acosador, ni un novio con el que hubiese mantenido un estrecho contacto. Y ninguno de sus conocidos, cuando se les preguntó, habían sacado aquella posibilidad a relucir. Ni siquiera le habían dado importancia a su supuesto cambio de actitud que tanto la estaba ahora torturando. Nada parecía predecir su comportamiento de aquella noche.

Apretó los párpados y consiguió acallar los recuerdos y las teorías. Se refugió en la paz que la oscuridad y el silencio le brindaban y, sin saber cómo, se sumió en un profundo sueño. Durante un par de horas pudo disfrutar de un merecido descanso, sin imágenes perturbadoras, ni monstruos acechantes. Pero aquel momento de respiro no duró mucho. El prado, sobre el que estaba echada tomando el sol, comenzó a teñirse de sombras sin previo aviso. La hierba fue sustituida por fríos adoquines y el cielo azul brillante, por la negrura de la noche. Dejó de oír el piar de los pájaros y el fluir del río para escuchar con claridad las voces de sus padres llamándola desde el final de la calle. Se encogió sobre sí misma, todavía

tumbada sobre el frío suelo del callejón. Las voces se intensificaron. Ella negó y apretó los párpados cerrados. No reviviría su pesadilla. Por primera vez, sus deseos se cumplieron y su nombre dejó de resonar.

Laura se incorporó, debatiéndose entre el miedo y el alivio. Se levantó con la mirada fija en el final de la calle. Sabía lo que la esperaba allí. Así que se dio la vuelta y se alejó. El callejón parecía igual de interminable por aquel lado. «Al menos no los veré morir», se decía. Tras doblar una esquina, la calle acabó de golpe.

Laura retrocedió incapaz de creer lo que veía. Estaba justo enfrente del piso de su hermana que se encontraba apoyada en la barandilla de su balcón. Hablaba con alguien cuya identidad escondía con su cuerpo. La inspectora echó a correr y las distancias se acortaron. Llegó ante la puerta, entreabierta, y pasó. Fue directa al dormitorio principal con el corazón a punto de estallar. Descorrió las cortinas, anhelante. Esperaba encontrarse con el rostro de Beth. Pero, allí apoyada, no la encontró a ella. Eran otros ojos los que la miraban; unos profundos ojos verdes.

Notó cómo la rabia se apoderaba de cada fibra de su cuerpo y se abalanzó sobre el hombre. Él sonrió y se desvaneció antes de que pudiese tocarlo. La violencia de su arrebato no la dejó detenerse y se precipitó al vacío. Cayó. El impacto era inminente. Se protegió el rostro con los brazos, en un gesto inútil. Cerró los ojos y se preparó. Sin embargo, el choque no llegó. Su cuerpo se detuvo en el aire y descendió los últimos dos metros con suavidad.

Se quedó sentada sobre la acera, sin moverse y sin entender, hasta que vio un destello blanco desaparecer por una esquina. No necesitó más para saber quién era. Se levantó con torpeza y corrió tras su hermana. Pese a que ella caminaba muy despacio, no fue capaz de alcanzarla. La distancia que las separaba se mantenía por mucho que forzase a sus miembros. Laura lo comprendió y se conformó con seguirla de cerca. Con cada paso, se le clavaba una nueva punzada. Tenía memorizado aquel recorrido y sabía cuál era su destino.

No tardaron mucho en rebasar la última calle. Frente a ellas, se extendió la plaza de Calixto III. En su esquina oscura, el misterioso

hombre de ojos verdes las observó pasar. Laura ni siquiera pensó en atacarle. Sabía que no podría tocarlo y no quería arriesgarse a perder el rastro de Beth. Cuando estaban a punto de alcanzar el punto exacto en el que habían encontrado su cuerpo, algo le aferró la mano y le impidió seguir adelante. Se giró dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa. Y allí estaba él, con el rostro medio tapado por la solapa de su gabardina. No pudo verlo, pero sabía que estaría sonriendo, satisfecho. Intentó apartarlo. A pesar de que lo empujó y golpeó con todas sus fuerzas, no consiguió huir de su agarre.

Se centró en escapar y se olvidó por un segundo de su hermana. Oyó su grito desgarrado y la rabia se convirtió en miedo. Se giró con el corazón encogido y la mirada humedecida. Beth yacía en el suelo y tenía algo grande y oscuro sobre ella. Laura gritó en un intento desesperado de llamar la atención de aquella silueta. Consiguió lo que pretendía. El borrón negro la miró. La distancia le impidió apreciar sus rasgos. Movió el brazo con violencia para soltarse del agarre y casi volvió a caerse. No se había percatado de que hacía ya unos segundos que nadie la estaba reteniendo. Aquella masa negruzca la había hipnotizado. Ni siquiera miró hacia atrás para comprobar que el hombre había desaparecido. Había dejado de importarle.

Dio la primera zancada. Las distancias no se hicieron infinitas y las siluetas no desaparecieron. Laura sonrió y aumentó la velocidad. Saltó sobre la figura sin mirarla siquiera y la apartó de su hermana. Rodaron por el suelo y quedó bajó ella. Se enfrentó a su rostro. Temía ver a un demonio, pero se encontró con algo muy diferente. Frente a ella brillaban unos profundos ojos negros. Le resultaron familiares. «Son los mismos que vi en mi última pesadilla», pensó. Pero negó para sí, «No, no es solo eso. Ya los he visto antes». Los suyos se abrieron al máximo al recordarlo. Huyó de su influjo hipnótico y escrutó el resto de su rostro.

Era hermoso, de facciones suaves, y con una expresión melancólica oculta tras su sonrisa socarrona. Tenía el pelo denso, tan suave y fino que parecía seda, y de un color castaño tan oscuro que se apreciaban destellos dorados. Lo llevaba corto, un poco por encima de los hombros, y recogido en una coleta que le dejaba la

frente despejada, salvo por un par de mechones rebeldes a los lados. Su piel no era tan morena como habría esperado, pero sí parecía tan suave como su cabello. Sus labios, finos y de un tono rojizo, le parecieron tan apetecibles que se avergonzó. Bajó la mirada y se encontró con un cuerpo torneado y bien proporcionado. Parecía algo más alta que ella y mucho más fuerte. Su cuerpo desprendía una calidez adormecedora; y su piel, un aroma dulce y único que la estaba llenando y borraba todo lo demás. Notaba cuán rápido empezaba a latirle el corazón y el aumento de la temperatura de su propio cuerpo.

Aunque se fijó en su ropa para intentar calmarse, no funcionó porque vestía con un pantalón ajustado de traje negro y una camisa blanca, holgada y con los primeros botones desabrochados que dejaban entrever su lencería, negra y sobria, pero cargada de voluptuosidad. La desconocida no se había movido ni un ápice. Aunque era muy consciente de sus miradas, aquel examen parecía divertirle. Cuando Laura levantó la vista, se encontró con el brillo burlón de sus ojos y ladeó la cabeza. La cercanía de sus pieles había desvanecido la sensación de peligro y la necesidad de proteger a su hermana. Ahora solo podía fijarse en ella quien entreabrió los labios, enseñándole unos dientes perfectos, y pronunció una sola palabra con una voz musical, cargada de sensualidad, que acabó de ablandarle los sentidos y la dejó a su merced: «Tranquila».

Era lo mismo que le dijo la segunda vez que se habían visto. Se sorprendió de no haberla recordado antes. No creía que a alguien así se la pudiese olvidar con tanta facilidad. Tragó saliva incapaz de seguir resistiéndose a su agarre. Ya no le importaba saber cuáles eran sus intenciones, ni cuál su papel en la tragedia. La mujer le soltó las muñecas, que había mantenido inmovilizadas a ambos lados de su cabeza, y le puso las manos sobre las mejillas. Laura casi soltó un gemido. Eran tan suaves y cálidas como había imaginado. La desconocida se inclinó sobre ella y repitió la palabra. A la inspectora el corazón le latía desbocado y se encontró deseando aferrarse a aquel cuerpo que destilaba deseo. Notó el cosquilleo y agradeció no poder moverse. Sabía que su voluntad no habría

bastado. Cerró los ojos. No logró huir de su influjo y se abandonó a él.

Una voz a escasos metros la devolvió a la realidad. Su hermana la llamaba por su nombre. Laura abrió los ojos y se fundieron con los de la desconocida: el azul chocó con el negro. Ella se le acercó un poco más. Sus rostros casi se rozaban. Beth suplicó en un susurro: «Ayúdame, por favor». Y sus palabras rompieron el hechizo.

La inspectora sintió la adrenalina inundarle el torrente sanguíneo. Cuando intentó apartarla para incorporarse, la mujer se volvió evanescente. Laura la vio desaparecer convertida en una neblina blanca. Solo sus ojos permanecieron intactos. La miraban desde el vacío y la acompañaron una fracción de segundo al despertar, reflejados en la tela blanca del caballete.

La inspectora estaba empapada en sudor y respiraba de forma entrecortada. Se levantó movida por una corazonada. Volvió a aferrarse a una esquina y, esta vez, hizo caso omiso a las advertencias de su hermana. Tiró con fuerza y la sábana fue cayendo al suelo, mostrando su último trabajo.

Retrocedió asustada porque allí estaban, frente a ella, tan claros y nítidos como los acababa de ver en su sueño; dentro de un rostro blanquecino sin perfilar, y rodeados de un fondo de la misma tonalidad oscura, pintado con trazos rápidos y anchos, superpuestos unos a otros como si fuesen el resultado de un delirio. Aquel no era el estilo cuidado y refinado de su hermana. Sin embargo, no tuvo ninguna duda de que era suyo. Casi podía verla con el pincel en la mano, empapado en líquido negro.

Respiró hondo y lo admiró. Le sacó una foto y se giró para marcharse. Creía que aquel era su hilo. Antes de cerrar la puerta del estudio, volvió a hundirse en la oscuridad de aquella mirada y recordó la suavidad y cercanía de su piel. Sintió como un escalofrío le recorría el vientre y como la temperatura de su cuerpo aumentaba.

Capítulo 8

El aire fresco de la calle le enfrió la piel y detuvo el cosquilleo. Se subió a la moto y se quedó quieta un momento. Su mente aún estaba llena con el recuerdo de la desconocida. Sus ojos negros parecían mirarla desde todas las esquinas. Se golpeó, con suavidad, ambas mejillas y consiguió despejarse y decidir dónde ir. Antes de girar la llave y poner en marcha el motor, le envió un mensaje a Aitor para explicarle que no iría a dormir. No quería que se repitiese la escena de pánico. Suspiró y pensó que tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Torció el gesto y se puso el casco, convencida de que su relación debía acabar. «Esperaré a resolver el caso y hablaré con él», se dijo.

Aceleró y se dirigió al hospital. Caminó por los pasillos desiertos y evitó al agente que aún rondaba por los alrededores de la habitación. No podía soportar ni un solo «Lo siento» más. Entró y se sentó en su silla. Su hermana permanecía en la misma posición que la noche anterior. «Como una bella durmiente moderna», pensó. Pero no se atrevió a besarla en la frente para comprobarlo.

Se quedó mirándola un rato. Necesitaba acallar la voz que repetía incesante el verdadero motivo de su visita. «Solo quiero comprobar cómo está Beth», se decía para autoconvencerse. Aunque era inútil. Sabía muy bien a quién quería ver en realidad. Negó con la cabeza para borrar su rostro y apretó los párpados en busca de un sueño que no llegó. Había demasiada adrenalina en sus venas, sus miembros seguían tensos y notaba su corazón martillearle en el pecho y en las sienes. Soltó un bufido, abrió los ojos y se preparó para una nueva noche de vigilia.

Sacó el ordenador y, a pesar de que sabía que no encontraría nada nuevo, repasó el material para matar el tiempo. Cuando

apenas había pasado media hora, cerró todas las pestañas de golpe con un clic brusco. Se levantó y se paseó por la habitación. Comenzaba a notar los primeros síntomas de la ansiedad abriéndose paso. Fue al baño y se empapó la cara. El choque entre su piel ardiente y el agua fría la alivió. Inspiró profundo y fue soltando el aire poco a poco. Suspiró. El peso había desaparecido. Regresó a su silla y sacó el móvil para entretenerse. El teléfono se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo con un ruido sordo. Desde la pantalla, sus dos ojos negros la contemplaban. Lo recogió con cuidado y sucumbió al impulso infantil de buscarlos en la red.

Sonrió, ninguna de las miradas se le parecía. Ninguna tenía aquel brillo seductor que la había hipnotizado. Se lo guardó en el bolsillo y echó la cabeza atrás. El recuerdo de aquella mujer la relajó. Creyó que podría dormir al fin. Acompasó la respiración y dejó la mente en blanco. Por un segundo, sintió la calidez que precedía al sueño. Sin embargo, una voz, la suya propia, pronunció unas palabras que provocaron que los abriera al máximo: «¿Crees que puedes dormir tan tranquila sin haber acabado el trabajo? ¿O es que quieres volver a fallarle?».

La inspectora se masajeó las sienes. Quería que la voz se callara. Pero fracasó. «¿Crees que vas a resolver el caso sentada en esa silla? Todavía quedan muchas preguntas por resolver. No sabes quién es esa desconocida, ni qué relación tiene con Beth. Aunque, tal vez, solo sea eso, una mujer atractiva y desconocida con la que has coincidido. Pero ¿entonces por qué pintó Beth esos ojos? Hay que reconocer que se le parecen. Y ¿qué tiene que ver el hombre de ojos verdes en todo esto? ¿Será el responsable del ataque o un mero transeúnte? ¿Es el mismo que hizo la llamada o tiene un cómplice? ¡Qué poco sabes en realidad! ¿Cómo puedes seguir sentada? ¿Es que no te quema verla en coma? ¿Tan poco te importa perderla? Te recuerdo que no te queda nadie más. Sin ella, estarás sola. ¿Cómo combatirás la oscuridad entonces? Sabes muy bien que no podrás. Por eso te aferras a ese novio tuyo al que no amas. Pero eso se acabará pronto. ¿No te has dado cuenta de lo mucho que te odia? Al final, será él quien te abandone. Algo muy malo debes tener para que todo el mundo se aleje. Ya te lo decía Emma. Debiste

hacerle caso. A ella tampoco pudiste retenerla. Pobrecita, lo único estable de tu vida es el trabajo. Y ahora ni siquiera eso sabes hacer bien. ¿Qué pasaría si no resuelves el caso? ¿Qué pasaría si te despidieran? ¿Qué razón tendrías para seguir viviendo?».

Las contradicciones y los ataques se multiplicaron sin descanso. Empezó a hiperventilar. «Basta, por favor», pensó. Su súplica no acalló al murmullo cruel. Un rumor amargo se le instaló en el pecho. Se levantó y salió al pasillo. Se ahogaba. Se quedó apoyada en la pared un par de segundos. Se acarició el pecho e intentó controlar la respiración. No logró aliviar los pinchazos en sus sienes, ni deshacer el nudo de su garganta. Echó a andar con la mirada entrecerrada y una mano sobre la frente. La distancia no detuvo la tortura. Llegó a la sala de espera con los ojos llenos de lágrimas sin derramar. «Si como algo, tal vez me sienta mejor», quiso creer. Miró dentro. La multitud aumentó el desasosiego y no encontró las fuerzas para entrar.

Se giró, sin saber cómo huir de aquella sensación de ahogo, de aquella mano invisible que se le hundía en el pecho, de esas palabras que avivaban sus demonios. «Por favor», suplicó. Deseó poder hundirse en el abrazo de su hermana. Recordarla entubada le encogió el corazón. Pensó en llamar a Aitor. Sacudió la cabeza. Estaba segura de que no acudiría a su llamada. Lo imaginó torciendo el gesto y sonriendo sarcástico. La voz había logrado su objetivo. La sensación de desamparo se volvió insoportable. Echó una mirada circular en busca de algo a lo que aferrarse, de alguien que pudiese oír su grito de auxilio. Entonces, la vio doblar una esquina y sus pies se movieron sin pensar.

Laura la seguía con el corazón acelerado. Ella siguió caminando sin percatarse de que su simple presencia había transformado la ansiedad en anhelo. No podía saber que acababa de salvar a la inspectora de sí misma. Laura memorizó cada gesto, cada detalle. Aquella mujer no solo era bella, sino que desprendía sensualidad por cada poro. Más que caminar, levitaba. Su mirada oscura estaba llena de audacia y determinación.

Bajaron a la primera planta por las escaleras y salieron a la calle. La desconocida se subió a una moto: una Kawasaki de color negro

con llantas de un rojo brillante y metalizado. Laura la imitó. Regresaron a la ciudad y aparcaron en una calle del casco antiguo. La mujer se perdió entre las callejuelas. Laura la persiguió tenaz sin decidirse a acercársele y encararla. Ella, ajena a su nueva acosadora, se detuvo en una parada de autobús y repasó el mapa con los dedos. Laura se ocultó en una esquina y la observó. Sus mejillas se encendieron al imaginar que era su piel lo que acariciaba.

Sacudió la cabeza e intentó buscar una excusa para justificar aquella persecución. No se dio cuenta de que sus pensamientos seguían empañados por la voz que la había llevado al borde del abismo. «Si Beth la ha pintado es porque la conoce. O, al menos, la ha visto de cerca. Esos trazos no eran su estilo. Tuvo que impactarla mucho», se convenció. «Además, es la tercera vez que aparece por el hospital. No puede ser una casualidad. Tiene que estar implicada. Puede que no en el ataque, pero sí en su cambio de humor. Quizás conozca al desconocido de ojos verdes. Si la sigo, me llevará hasta él», sentenció con una sonrisa.

La desconocida se metió por un callejón. Laura corrió tras ella. Pero cuando llegó, su figura había desaparecido. Un sudor frío le recorrió la espalda. No podía perderla ahora que la había ligado al caso. Comenzó a hiperventilar y llegó en un suspiro al final de la calle. Casi gritó al ver que daba paso a una bifurcación. Miró a ambos lados sin encontrarse con su silueta. Dudó un segundo y el rumor amargo regresó. Negó con la cabeza. No podía rendirse. Tenía que encontrarla. Echó a correr y comprobó los dos caminos. Pero la mujer se había evaporado.

Se apoyó contra una fachada. Las punzadas y el ahogo habían vuelto. El cansancio y la frustración los multiplicaron. Laura sintió el peso del fracaso y su mente reanudó la tortura. Se maldijo por haberla perdido. El vacío y la soledad la carcomían. Se tapó la cara con las manos y, aunque abrió la boca para gritar, no encontró la voz. Apretó la mandíbula. El peso en el pecho y el aumento de temperatura salieron a escena. Se escuchó reír y, a pesar de que negó con la cabeza, no evitó que la voz resonara con claridad: «Lo tienes bien merecido. ¿A quién se le ocurre meterse a perseguir a una desconocida solo por el color de sus ojos? ¿Y qué si se parecen

a los del cuadro? ¿En serio vas a tomar los sueños como pruebas? Si que has caído bajo, inspectora. Por mucho que te fíes de tu instinto, esto es demasiado. Aunque de todas formas da igual. La has perdido y con ella, la oportunidad de ver si tenías razón. ¿Te imaginas que sea la clave del caso y tú la has dejado escapar? Sería gracioso».

Las piernas le fallaron y se quedó sentada sobre la acera. Aunque se cubrió los oídos, la voz no se detuvo. Intentó recordar los ejercicios de respiración; no le sirvieron para calmarse. Trató de dejar la mente en blanco; sus ojos oscuros se lo impidieron. Tarareó para sí; no acabó la canción. Evocó el rostro de su hermana y se convenció de que no estaba todo perdido. Se lo repitió tanto que acabó por creérselo. «Así no puedo ayudarla. Necesito calmarme o no resolveré el caso. Puedo hacerlo, tengo que hacerlo. Por ella», sentenció. Sacudió la cabeza y concentró todas sus energías en una imagen amable de Beth. Poco a poco, la ansiedad fue desapareciendo. Soltó todo el aire y se puso en pie. Buscó su moto para volver al hospital. Necesitaba verla para aferrarse a su nueva convicción. Sonrió al percatarse de que la moto de la desconocida ya no estaba. Pensó que de haberla esperado allí, la habría atrapado. Juró que no volvería a pasarle. No permitiría que el miedo y la ansiedad la dominaran así nunca más. Atraparía al culpable y su hermana se recuperaría. La voz lo intentó. Sin embargo, ella no cedió ante las dudas.

Regresó al hospital. Al pasar por la sala de espera, se obligó a comer un poco. Precisaba de fuerzas para cumplir con sus objetivos. Se refugió en la habitación. El rostro dormido de Beth fue un bálsamo. Acercó la silla a la cama tanto como pudo y se acurrucó. Cerró los ojos y se concentró en su cercanía. Los pitidos de las máquinas se fueron acallando y la inspectora consiguió dormir unas cuantas horas sin pesadillas.

Muy temprano, entró en su casa sin hacer ruido. Se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Agradeció tener algunas prendas en la habitación de invitados, y que el sueño de Aitor fuese lo bastante profundo como para no oírla. El agua tibia, junto con la comida y el descanso, completó su recuperación. Se miró al espejo y sonrió. La

imagen que se reflejaba era la de la inspectora analítica. «Puedo hacerlo», se repitió.

Fue a comisaría y trabajó hasta entrada la noche. Pese a sus esfuerzos, fue un día improductivo. Al salir, avisó a Aitor de su ausencia y fue al hospital. Cenó algo de las máquinas expendedoras y descansó en su silla. Esa fue su vida durante una semana en la que no logró acortar ni un centímetro la distancia que la separaba del culpable.

Al octavo día, se dejó caer en su escritorio casi sin fuerzas. Su nueva rutina, sumada a sus continuos fracasos, la habían llevado al límite. Notó los primeros pinchazos y se echó a temblar. «Otra vez no», pensó. Sacudió la cabeza y se levantó. Buscó la forma de huir del abismo. Recordó la foto del cuadro y se movió sin pensar. Estaba tan desesperada que creyó que era buena idea entrar al despacho de Cosme, móvil en mano, para contárselo todo: sus sueños, su persecución de la desconocida, su visita a la casa de Beth, el descubrimiento del cuadro… Él la miraba extrañado, pero no interrumpió su discurso acelerado. Sin embargo, apenas la escuchó. Sus palabras poco tenían que ver con una investigación seria. «Son el resultado de un delirio», pensó. Apretó la mandíbula. Había querido obviar los síntomas: las bolsas y ojeras, la pérdida de peso, el mal humor, la palidez… Esperaba que a medida que avanzara el caso, ella se recuperaría. Pero ya no podía seguir negando la evidencia. La inspectora estaba a punto de desmoronase. Era el momento de actuar.

—Tal vez, si la encontramos, ella podría llevarnos hasta el sospechoso.

—Laura… —Ella no le dejó continuar. Lo detuvo con una nueva ráfaga frenética de palabras con la que intentó alcanzar al hilo desbocado de sus pensamientos.

—En el hospital hay cámaras de seguridad por todas partes. Si las comprobamos, estoy segura de que la encontraremos.

Cosme cogió aire y se le acercó. Le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos. Debía detenerla.

—Ya basta, inspectora. —Ella intentó protestar. Él la cortó en seco con un tono autoritario—. Laura, para. A mí también me duele, pero

no tenemos nada con que acusar a tu mujer del hospital. No podemos justificar el registro de esas imágenes. Y, aunque pudiésemos, no tenemos pruebas que la vinculen con el caso. Lo que propones es acosar a una desconocida.

Ella cerró los ojos para contener las lágrimas. Las palabras de su jefe se habían llevado la adrenalina y la habían dejado con una sensación de ridículo que no supo digerir. Bajó la cabeza. Sabía que tenía razón.

—No sé qué más hacer. —Sus hombros comenzaron a temblar un poco. Cosme que aún tenía una mano sobre ellos lo notó. Suspiró y dio el paso.

—Laura, voy a retirarte del caso. —Al oírlo, ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No, eso no, Cosme. No me hagas esto. No podré soportarlo —dijo, desesperada. Él apretó los labios. La conocía bien. Empezó a dudar y el temor de que la inacción fuera contraproducente se fue imponiendo.

—Al menos tómate un par de días de descanso. —Laura negó.

—Tienes razón, hoy no estoy bien. Reconozco que mi plan es una locura. Retiro todo lo que he dicho. Ha sido una semana difícil. Me voy a casa. Descansaré, me calmaré y volveré mañana. Te prometo que no me verás así otra vez. Ha sido algo puntual. Por favor, Cosme. —Lo observó implorante.

—Está bien. —Quiso confiar en su mejor inspectora, en la mujer que había ayudado a formar—. Pero que te quede claro: la próxima vez te sacaré del caso y si te opones, te suspenderé. No habrá nada que me haga cambiar de opinión, ¿estamos? Ahora, largo.

Ella asintió y salió de la comisaría. Aunque intentó con todas sus fuerzas cumplir con su promesa, fracasó. Nunca tenía hambre. Cuando se obligaba a comer, no encontraba el sabor. Daba igual lo mucho que Aitor se esforzara. Ella apenas conseguía tragar dos bocados antes de notar un regusto agrio subiéndole por la garganta. Su cuerpo cada vez estaba más débil y su hilo de pensamiento rozaba el delirio. Todas sus ideas eran descabelladas. Pero aún tenía el suficiente control como para guardárselas para sí. Mantenía la

ansiedad a raya, trabajando a todas horas. Investigaba sin descanso, aunque hacía mucho que había entrado en un callejón sin salida.

Se pasaba las noches en vela. Daba vueltas en la cama y se levantaba cada poco con un peso en el pecho que la ahogaba. Recorría la casa en silencio y trataba de regular la temperatura de su cuerpo y el ritmo de sus latidos. Con cada paso, sus miembros se iban tornando blandos. Acababa sentada en algún rincón. Se abrazaba a sí misma y notaba cómo la frialdad del suelo iba subiendo, erizándole la piel expuesta. A los pocos minutos, volvía a la cama. La tibieza de las sábanas no la reconfortaba lo más mínimo; tampoco verlo al otro lado. Lo contemplaba dormir y suspiraba. Su compañía había dejado de ser un bálsamo. Se acostaba y cerraba los ojos. El sueño no llegaba. Ahogaba las lágrimas con las palmas de sus manos y, poco después, reemprendía su viaje a las profundidades oscuras del pasillo.

Al cabo de tres días, Cosme la esperaba apoyado en su escritorio. Laura tuvo miedo de lo que significaba su gesto serio. Sacudió la cabeza e intentó fingir normalidad. A pesar de que le sonrió encantadora, su jefe no se dejó engañar. La prórroga había sido un error.

—Te lo advertí, Laura. Se acabó. —Le entregó una carpeta con un nuevo caso—. Vas a centrarte en resolver esto. —Le dio unos golpecitos a la carpeta con la punta de los dedos. Ella lo observó con los ojos llenos de rabia. Cosme siguió hablando, implacable—. Es una orden, inspectora. ¿O prefieres la suspensión? —Ella torció el gesto y se sentó. Él no se marchó hasta que abrió la carpeta y comenzó a leer.

Laura reprimió una carcajada nerviosa. Aquello no podía llamarse caso. El sospechoso estaba fichado, tenían sus huellas por toda la escena y las cámaras habían captado el momento exacto del crimen. Tenían su vehículo controlado y su casa vigilada. Lo único que debía hacer era ir a arrestarlo. Suspiró y toda la tensión desapareció. Se levantó para ponerse la chaqueta y se sintió mareada. Apoyó las manos sobre la mesa e intento despejarse. Ninguno de sus trucos funcionó; ninguna cuenta atrás ni ninguna melodía podrían salvarla.

Su temperatura corporal fue aumentando hasta hacerla sudar. Sus piernas perdieron la rigidez. Apenas podía mantenerse en pie. Un fuerte zumbido se le instaló en los oídos. Su intensidad borró el resto de los sonidos. Su visión se hizo borrosa. Primero se difuminaron los contornos, luego desaparecieron las formas y, al final, todo se volvió negro. Sus piernas fallaron. Sintió el golpe sobre el suelo y creyó distinguir un grito por encima del zumbido.

Capítulo 9

Cuando Laura abrió los ojos, sobresaltada, creyó que se vería rodeada por sus compañeros. Pero, al mirar en torno, no reconoció el espacio. Sus ojos se detuvieron en la vía que le perforaba uno de los antebrazos y la visión le erizó la piel. Aunque aguantaba bien el dolor y la sangre no la inmutaba, detestaba las agujas. Trató de olvidarse de ella y acabó la inspección. Estaba en una habitación blanca con un tubo fluorescente en el techo y una ventana con barrotes a uno de los lados. Al otro, en una silla, dormitaba Aitor con una de sus manos entre las suyas. Se incorporó un poco y él se despertó.

La miró, sonrió y la abrazó. Se puso a sollozar mientras se le aferraba. Ella, a pesar de que no lo apartó, tampoco le correspondió. Tan solo le puso una mano sobre uno de los brazos. Al poco, él se separó con los ojos enrojecidos, le cogió las manos y la examinó. Ensanchó su sonrisa, satisfecho, y salió de la habitación. Volvió, al cabo de un par de minutos, con Cosme, quien también la abrazó. Ella los contemplaba sin comprender. «¿Por qué se preocupan tanto por un simple desmayo?», pensó.

—¡No sabes el susto que nos has dado, Laura! —Aitor había vuelto a sentarse en la silla y se había inclinado para acercársele.

—No…, —Laura carraspeó. Le dolía la garganta al hablar—, no será para tanto.

—Laura —Cosme, que se había sentado a los pies de la cama, le puso una mano sobre una de las piernas—, llevas tres días durmiendo.

—¡QUÉ! —Intercambió miradas entre los dos hombres—. ¡Eso no es posible! —Observó a su alrededor en busca de algo a lo que aferrarse. No encontró nada. Con cada segundo, los engranajes de

su mente despertaban—. ¿Y Beth? —Su nombre activó a su cuerpo que había recuperado la energía. Intentó salir de la cama. Ellos se lo impidieron y se revolvió—. Tengo que ir a verla.

—Tranquilízate, Laura. —Aitor la agarró de los brazos—. Beth está bien, he ido a verla todos los días. Se mantiene estable. No te preocupes.

Laura buscó sus ojos y él asintió. Apretó la mandíbula y volvió a echarse. Debía calmarse. Tarareó para sí una vieja melodía de los ochenta.

—Gracias —dijo muy quedo mientras le cogía una mano y le sonreía. A él se le iluminó el semblante. Le envolvió la mano entre las suyas y la besó.

Laura quiso que su corazón se conmoviera, que se llenara de amor. Pero no lo hizo porque sus heridas seguían abiertas. A pesar de que era un buen hombre y habían compartido buenos momentos, no había atravesado la coraza. «En cuanto me recupere, hablaré con él. Esto debe acabar ya. No lo amo y nunca lo haré», pensó.

Ellos quisieron animarla y le contaron que todos la echaba de menos. Laura apenas los escuchaba. Sus voces se perdían entre la bruma de pensamientos. Los miraba sin verlos y asentía. Agradeció que la médico no tardase en llegar. Era una mujer de unos cincuenta años, atractiva, algo bajita y con el cuerpo lleno de curvas. Llevaba su pelo rojizo atado en un moño y centraba su mirada azulada en una carpeta llena de informes. La reconoció con cuidado.

—Ya estás mucho mejor. Pero es conveniente que esta noche te quedes en observación —dijo al mismo tiempo que apuntaba algo en uno de sus papeles—. Te voy a recetar una dieta y te aconsejo encarecidamente que descanses. No puedes seguir con ese ritmo de vida tan frenético.

—Doctora —Cosme, que se había mantenido en el fondo de la habitación, se acercó y se colocó frente a la médico—, ¿cree usted que debería estar de baja un tiempo?

—Cosme… —Laura deseó interrumpirlo.

Él la miró a los ojos. Ya había tomado una decisión. Era inevitable. Llevaba esos tres días pensando en cuál era la mejor solución. La conocía demasiado y sabía que, pese a que la apartara del caso,

seguiría rondando a los agentes que la sustituirían. Los ayudaría con la investigación, aunque fuese a escondidas, y al final, acabaría poniéndose al frente. No quería verla de nuevo desfallecida en una cama de hospital.

—A ver. —La doctora ojeó el informe. Observó a su paciente, que la contemplaba implorante, y asintió despacio—. Teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba cuando ingresó, el resultado de sus análisis y la naturaleza de su trabajo, creo que sería bueno que se tomara un descanso. —Laura apretó la mandíbula y se dejó caer en la cama. Al ladear la cabeza, su mirada acabó en la vía. Cerró los ojos y se giró hacia el otro lado antes de volver a abrirlos. La médico sonrió—. No es necesario que sea demasiado largo. ¿Un par de semanas quizás? —Se le acercó y le puso una mano sobre el hombro —. Laura, ¿verdad? —Ella asintió despacio—. Piensa en esto como unas vacaciones. Pasarán antes de lo que crees. Ánimo. —Volvió a sonreír, en un gesto cargado de profesionalidad.

Revisó las bolsas de suero y le quitó la vía. Una vez consciente, ya no era necesaria. Laura se sintió aliviada y suspiró. La doctora salió de la habitación, sin haber dicho nada más y dejando un ambiente cargado de tensión.

—Lo siento, Laura, yo…

—Cosme, no digas nada —hizo una breve pausa y susurró, desalentada—. Me gustaría estar sola un rato. —Vio por el rabillo del ojo cómo Aitor negaba y continuó antes de que pudiese intervenir—: Aitor, por favor, ve a casa y descansa. Solo necesito dormir un poco más. Si sé que estás aquí, pendiente de mí, no podré hacerlo. —Él frunció el ceño, pero asintió.

—Está bien, pero a cambio debes prometerme que, durante estas dos semanas, me harás caso. Y mañana por la mañana, a primera hora, vendré a recogerte. ¿De acuerdo? —Le sonrió. Ella solo asintió despacio y se acurrucó en la cama.

Se despidieron y salieron de la habitación. Laura se quedó con la vista fija en el tubo fluorescente apagado. La penumbra y el silencio eran agradables. Suspiró. Por mucho que le doliese admitirlo, tenían razón. Se había exigido demasiado y aquello era el precio a pagar. Pensó en Beth y sonrió con tristeza. Sabía que, si estuviese

consciente, sería la primera en reñirla. La imagen de su hermana siempre le caldeaba el corazón. «Me recuperaré y, después, encontraré a tu agresor. Me olvidaré de la mujer de ojos negros y de mis pesadillas, y resolveré este maldito rompecabezas», se dijo mientras cerraba los ojos.

Se durmió enseguida y tuvo un sueño agradable y profundo. Al despertar, solo recordaría el roce de una mano anciana sobre la mejilla y los retazos de una conversación a media voz: «Pobre, está desesperada»; «Por eso es mejor mantenerla al margen. No sé cuántas veces tengo que repetírtelo»; «Sí, puede que tengas razón, C. Aunque, al ser su hermana, podría sernos de ayuda»; «El riesgo no vale la pena. Ella no lo querría».

Se despertó con una sensación de plenitud. Se estiró en la cama y sonrió. Se encontraba bien por primera vez desde que comenzó el caso. Disfrutó de aquel oasis de paz, sin pensar en nada. Un par de horas después, Aitor apareció por la puerta cargado con un ramo de lirios blancos, sus preferidos. La llevó a casa en su Honda Civic azul y se dedicó a cuidarla durante toda una semana. Había pedido que le adelantasen las vacaciones para poder estar a su lado. Ella le dejó hacerlo. Había decidido que el final de la baja marcaría también el final de su relación. Convertiría aquellos días en el cierre perfecto para que, tras un tiempo de duelo, Aitor pudiese mirar atrás y sonreír. Creía que así le costaría menos superarla; que así evitaba romperle el corazón.

Durante seis días solo hubo risas. La inspectora recuperó la energía y la confianza. Las ojeras y bolsas desaparecieron. Sus horarios de sueño se restablecieron y sus miembros se desentumecieron. Su única conexión con el caso eran las visitas diarias al hospital. Su desconocida no había vuelto a aparecer. En su lugar, un hombre mayor vestido con un traje impecable, un sombrero y un bastón de madera con el mango y la punta de plata se paseaba por la planta de su hermana. Era un auténtico caballero que siempre la saludaba colocando una mano en el ala de su sombrero y sonriéndole afable.

Sin embargo, aquella paz no duraría para siempre. Al séptimo día, volvió a verla. Esa tarde había acudido al hospital algo más pronto

porque se iba al cine con Aitor. Subió las escaleras despacio, giró una esquina y se la encontró de cara. Se miraron y el tiempo pareció detenerse. Ninguna se esperaba el encuentro. La desconocida, tras el sobresalto, frunció el ceño en un movimiento leve, casi imperceptible. Laura lo notó porque había memorizado cada centímetro de su piel. Sus ojos oscuros bucearon en los suyos. Un cosquilleo acompañó a la descarga eléctrica que le recorrió la espina dorsal.

Tras un instante que le pareció interminable, la mujer siguió caminando sin dejar de mirarla y desapareció por el pasillo. Laura se quedó quieta, oyéndola alejarse. Aunque estuvo tentada de seguirla, apretó los puños, pensó en su hermana y pudo contenerse. Entró en la habitación y se acercó a la cama. Beth seguía dormida y estable. Suspiró. Su instinto le gritaba que aquella mujer salía de allí. Al entrar, incluso creyó descubrir su aroma en el aire. «Pero ¿qué motivo tendría para visitarla?», se preguntó.

Pese a sus esfuerzos por olvidar el encuentro, no pudo prestar atención a la película. Su mente lo revivía en bucle. Su rostro la perseguía. Llevaba su fragancia pegada al cuerpo y la intensidad de su mirada grabada a fuego. Nunca se había sentido así, ni siquiera con Emma. Solo podía pensar en su deseo de volver a verla.

Aquella noche, regresó el insomnio. Con la vista fija en el techo, esperó a un sueño que no llegó. A las cinco se rindió y se levantó con cuidado de no despertar a Aitor. Fue a su despacho y se dejó caer en la silla. Abrió un cajón y sacó un libro. Era una de las últimas recomendaciones de su hermana: *Carmilla* de Sheridan Le Fanu. Lo había comprado en una librería de viejo, en su última visita juntas a la capital. La edición era muy pobre. Miró la portada, nada en ella invitaba a la lectura. Solo el nombre, en letras rojas, resaltaba en un fondo negro.

A pesar de que lo abrió, convencida, no pudo pasar del primer párrafo. Las palabras bailaban y su significado huía. Su mente seguía hipnotizada por sus ojos. Otro cajón la llamó. Allí guardaba todo el material sobre el caso. Su mano rozó el pomo. Negó, lo soltó y se sumergió en la lectura. Su fuerza de voluntad cedió quince minutos después. *Carmilla* quedó abandonada en un rincón.

La mesa se llenó de informes, fotografías y memorándums. Laura los acarició, deseando que le dijesen cómo resolver el rompecabezas. Empezó a releer el material, despacio, como si fuese la primera vez. No se precipitaría de nuevo. Ahuyentó a la mujer y al desconocido de ojos verdes y se centró en los datos. Debía tomar distancia o acabaría en el mismo callejón sin salida.

Aunque nada en aquellos folios parecía contener la respuesta, no se desanimó. Repasó la cronología del caso y su mente iluminó un interrogante, el primero: ¿por qué había salido Beth aquella noche descalza y en camisón? Tras un momento de reflexión, supo que tenía que volver a su casa. Creía conocer bien a su hermana y estaba segura de que, si tenía problemas y avisarla no era una opción, habría escondido las pistas donde solo ella pudiese encontrarlas.

Se preparó un vaso de leche y le dejó una nota a Aitor. Salió de casa y condujo por las calles desiertas y oscuras. Entró con su propia llave, dejó su mochila en el suelo, al lado de la puerta principal, y volvió a registrar el piso. Nada más traspasar la puerta, su mente despejada le dio el primer hilo. Ya sabía lo que fallaba: el exceso de orden. Laura frunció el ceño. Ahora lo recordaba. Beth solía dejar sus libros en los sitios más curiosos. No era normal que ni uno solo estuviese fuera de lugar. La inspectora sonrió. «Alguien entró antes que nosotros», se dijo convencida. Solo esperaba que no hubiese encontrado lo que Beth escondía.

Cogió aire y comenzó. Palpó cada centímetro de suelo y comprobó cada pared y cada mueble en busca de algún escondite o doble fondo. Sonrió al encontrarlo. Uno de los armarios del vestidor era un poco más estrecho por dentro que por fuera. Dio golpecitos hasta que oyó un sonido hueco. Ensanchó su sonrisa y pasó las yemas hasta encontrar una pequeña hendidura. Hizo palanca y la madera saltó, descubriendo un pequeño compartimento. Metió la mano y palpó en la oscuridad. Sus dedos rozaron algo metálico. Sacó el brazo y vació un poco el armario. Metió medio cuerpo y se colocó una linterna en la boca. Se asomó y vio una caja fuerte, atornillada a las tablas. Necesitaba una combinación de seis dígitos y una llave para abrirla.

Salió del armario y se puso a buscar la llave. Miró por todas partes y reunió algunas. Las comprobó, a sabiendas de que ninguna encajaría. Su instinto acertó. «No podía ser tan fácil», pensó. Salió al balcón, el lugar preferido de Beth, y pensó en ella. Se preguntó dónde guardaría algo tan importante. La oyó desde sus recuerdos «Las cosas importantes hay que ponerlas a simple vista». Y entonces se acordó. Desde el primer registro, algo más le había llamado la atención. Aunque era tan ridículo que no le había dado importancia. Echó a correr y entró en el dormitorio de invitados. Se encaró con una librería y acarició los lomos reconociendo la mayoría. Eran grandes títulos de la literatura del XIX y principios del XX. «Tus preferidos. Y siempre los ordenas igual, por año de publicación», pensó.

En la primera balda, había uno que no estaba en su sitio. Estaba entre los autores decimonónicos, cuando era muy posterior. Lo sacó y leyó el título: *De monja a militar* de Armonía Rodríguez. Lo conocía a la perfección porque era el preferido de su hermana. Lo abrió y comprobó la fecha de impresión: 1982. Se arrodilló y buscó en la última balda. Fue pasando los dedos por los lomos, tratando de encontrar al intruso. Muchos no le sonaban y temió no ser capaz de identificarlo. Pero uno de los últimos volúmenes le resultó familiar. Se detuvo y leyó el título en voz alta: *Carmilla* de Sheridan Le Fanu. Sonrió porque no creía en las casualidades. «¿Y si me lo recomendaste por esto, hermanita?», quiso preguntarle. Lo sacó, lo miró y se le escurrió de entre las manos.

El volumen chocó contra el suelo. Ella sacudió la cabeza. «No puede ser. Es imposible», se dijo. Se agachó, lo recogió con cuidado y le dio la vuelta. Allí seguían; esos ojos oscuros, profundos e hipnóticos. La edición de su hermana no se parecía en nada a la suya. En su portada, no había ningún fondo negro. En su lugar, una joven morena miraba al lector con un brillo intenso y una leve sonrisa en los labios. A pesar de que todo en aquel rostro hermoso y sensual le recordaba a su desconocida, supo que no era ella. «Los suyos son mucho más bellos y tienen un brillo melancólico y triste, no vanidoso. Ni siquiera Beth ha sabido plasmarlos con exactitud.

Ahora lo sé. Los de su cuadro son malvados y producen terror», sentenció.

Acarició la imagen y notó un cosquilleo. Sacudió la cabeza y lo giró. Debía centrarse en su investigación. Miró el hueco que había dejado y no encontró nada. Puso *De monja a militar* en esa balda y se subió a una silla para hacer lo mismo con *Carmilla*. Aunque, antes de colocarlo, repitió el registro. No la vio a simple vista porque era negra y estaba apoyada sobre la madera, pero al meter la mano, la tocó. La sacó con cuidado. Era una pequeña llave con una L diminuta cincelada en uno de los lados. Guardó el libro, bajó de la silla y la probó. Entró con suavidad. La giró, se oyó un sonido metálico y un clic, y su cuerpo se llenó de adrenalina.

Se sentó en el suelo con su libretita en la mano. Durante la siguiente media hora, escribió fechas importantes para Beth: el día que murieron sus padres, el día que encontró trabajo, el día que ganó un premio de pintura en el colegio, su fecha de nacimiento… Sin embargo, ninguna dio resultado. Sacó la llave y la puso contra la luz. No había ninguna inscripción, salvo esa pequeña L. Tuvo un presentimiento. Volvió a meterse en el armario con la linterna en la boca, devolvió la llave a la cerradura y tecleó los seis dígitos de su propio cumpleaños: 081090. Se oyó un pitido de aceptación y la tapa se abrió.

Capítulo 10

Laura dirigió el haz de luz al interior de la caja fuerte. Dentro solo había algunos dosieres diferenciados por una pequeña inscripción con el año. Los cogió y se fue al estudio: la habitación con más luz natural. Se sentó en el sillón, los ordenó de más recientes a más antiguos y los fue abriendo. El primero tenía fecha de ese mismo año 2018 y estaba lleno de bocetos. Por un momento, pensó que eran tan solo un registro de su trabajo. Pero se negó a creer que su instinto le hubiese fallado. «Los ha escondido demasiado bien», se repetía.

Comprobó cada página y su perseverancia tuvo premio. Cuando llevaba casi la mitad, apareció una fotografía entre los bocetos. La sostuvo entre los dedos y la observó de cerca. Era su hermana, más sonriente que nunca, abrazada a un hombre al que no reconoció. Tenía la piel morena. El pelo, ondulado y muy abundante, le llegaba hasta los hombros. Llevaba el flequillo recogido en una coleta atada con una goma. Sus ojos eran grandes, azules y muy bellos. Era algo más alto que su hermana y vestía un pantalón vaquero y una camiseta de tirantes que dejaba ver sus brazos musculados y parte de su fuerte torso. Aunque le dio la vuelta, esperando encontrar alguna pista sobre su identidad, solo halló una fecha y una inicial, J.

Siguió revisando el dosier y aparecieron un par más: todas de su hermana con aquel hombre; todas con una fecha distinta y con la misma inicial. Pasó al siguiente, pero, esta vez, lo sostuvo en el aire boca abajo y pasó las páginas deprisa. De su interior, cayó una cascada de imágenes. Repitió el proceso con cada uno y las rodillas desaparecieron bajo la pila de fotografías y de cuartillas bien dobladas. Las inspeccionó y encontró los rostros de otras personas que no le eran del todo desconocidas.

Una versión algo más joven de su hermana aparecía sentada en unas escaleras junto a una muchacha pelirroja que parecía de su misma edad. Llevaba el cabello, ondulado y abundante, muy corto. Sus ojos eran verde esmeralda, grandes y brillantes. Tenía los miembros largos y parecía algo más alta que su hermana. Su cuerpo, cubierto por una camisa blanca holgada y una falda negra larga, parecía muy tonificado. Detrás, otra fecha y otra inicial: 2010 I.

Una Beth adolescente aparecía de pie en una biblioteca dándole la mano a un hombre corpulento de algo más de cincuenta. Vestía un traje de chaqueta impoluto. Llevaba su pelo gris muy corto, como un militar. Pese a ser algo bajo, tenía una espalda ancha y unos miembros fuertes que le llenaban el traje. Sus ojos marrones le parecieron amables. En la mano libre, llevaba un bastón de madera con el mango y la punta de plata. Tras ella, solo 2001 A. B. Laura se sorprendió, aquel era el año del accidente de sus padres.

Otra Beth, con las manos en los costados y una carcajada en los labios, aparecía frente a una mesa con una tarta con una vela en forma de 33. Estaba celebrando su último cumpleaños. A su lado, sonriendo y con uno de sus brazos rodeándole el cuello, había un hombre. Laura tuvo que reprimir un grito. Levantó la fotografía para que la luz le diera de lleno porque no podía creer lo que había visto. Pero aquel hombre seguía allí, con sus ojos verde aceituna mirándola de frente. Lo observó con cada fibra de su cuerpo temblando. Era un treintañero, alto, moreno y fuerte. Su sonrisa era encantadora y sus rasgos atractivos. Vestía una camisa blanca arremangada y con los primeros botones desabrochados, un pantalón vaquero y unas botas negras. Aunque no había ni rastro de la gabardina, no tuvo ninguna duda de su identidad. Aunque le dio la vuelta esperanzada, solo encontró otra fecha y otra inicial: 2018 J.

La inspectora se recostó sobre el sillón. Su corazón latía frenético. Por fin tenía la conexión que unía al desconocido de ojos verdes con su hermana. «Y ahora, con todo su rostro, será más fácil de encontrar», se dijo. Estuvo tentada de dar por finalizado el registro. Sin embargo, su instinto no la dejó levantarse. Le gritó incesante: «¡Aún no has acabado!». Soltó un bufido y continuó pasando

fotografías. Siempre aparecía Beth con alguna de esas cuatro personas. Colocó a un lado todas las del hombre de ojos verdes y las agrupó por fecha. Se conocían desde mucho antes de lo que pensaba. «Debe ser mayor de lo que creía y se aguanta muy bien para su edad», reflexionó.

Por último, revisó las cuartillas. Eran bocetos y dibujos de esas mismas cuatro personas con sus iniciales y el año en la parte posterior. No les prestó atención y pronto solo quedaron dos, las únicas con los bordes pegados con celo. Quiso desistir. «No habrá nada interesante. Serán bosquejos que se ha negado a tirar», se dijo. Pero su instinto aulló de nuevo. Se movió empujada por aquel grito. Sacó un cúter de uno de los cajones del escritorio y, con sumo cuidado, rompió el celo. Se colocó bajo la luz y las desdobló.

Se le escurrieron. Se había quedado petrificada, con la vista fija en sus manos vacías. No se atrevió a agacharse y recogerlas. Ni siquiera pudo bajar la mirada y comprobarlo. Notó cómo su corazón, que llevaba inquieto todo el registro, disminuía su ritmo un segundo, para multiplicarlo al siguiente. El resto de la habitación pareció desaparecer. Laura tuvo la sensación de que solo existían ella y los papeles del suelo.

Intentó tragar saliva. No pudo porque tenía la garganta seca. Comenzó a faltarle el aire. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Debía reponerse. Avanzó a ciegas por el estudio, con una melodía en los labios, y giró la manilla de la ventana. Asomó la cabeza y dejó que la brisa le meciera los cabellos. Abrió los ojos despacio y respiró. Soltó el aire de una bocanada y volvió a llenarse los pulmones. Hizo una cuenta atrás y la cerró.

Se giró decidida a enfrentárseles. Acortó las distancias con paso firme y se arrodilló. Cogió la primera hoja y se hundió en ella. Allí estaban, tan oscuros como en su sueño, tan profundos como en el cuadro, y tan vivos e hipnóticos como los recordaba. Llevaba el pelo algo más largo y su cuerpo solo estaba cubierto por una sábana. Parecía algo más joven y había algo diferente en su expresión. Pero era ella. Frunció el ceño. No era el dibujo original, solo una fotocopia; y los trazos, aunque tan delicados como los de Beth, no eran suyos. En una de las esquinas, pudo leer una inscripción con

una caligrafía exquisita que no reconoció: *Para mi C, de tu R. Para que puedas verte con mis ojos*.

Acarició las letras y repitió la inicial para sí. Recogió la segunda. Era una fotografía ampliada de una grabación de seguridad de una sala de reuniones. En el centro de una gran mesa estaba Beth y, a su alrededor, las cuatro personas de las fotografías. Su hermana tenía la mirada fija en una de las esquinas donde, apoyada con seriedad y con los brazos sobre el pecho, estaba ella, su desconocida del hospital. «C» el nombre resonó en su cabeza acompañado de un escalofrío placentero en el bajo vientre.

Suspiró y negó. No podía sucumbir al deseo. Necesitaba mantener la mente despejada. Se sentó en el suelo y extendió las fotografías y dibujos a su alrededor. Dejó sobre sus rodillas las únicas imágenes de la desconocida y unió las piezas. «No solo C y el hombre de ojos verdes conocen a Beth, sino que se conocen entre sí. Al final, tenía razón. No era una casualidad que anduviera por el hospital. Y ahora tenemos tres sospechosos más. No está mal para empezar, pero todavía no es suficiente. Cosme no lo aceptará. Quedan demasiados interrogantes. Si los detenemos sin pruebas de peso, podrían escapársenos», reflexionó. Había aprendido la lección, no se precipitaría.

Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa y su corazón latió con fuerza, llenándola de calidez. Había conseguido su propósito. Había descubierto una grieta en el callejón sin salida. Se levantó, recogió el resto de las fotografías y cuartillas y las metió en una carpeta vacía. Le sonrió con superioridad a la mirada oscura del cuadro que la observaba tras la sábana blanca. Tuvo la certeza de que no tardarían en estar cara a cara. «Y esta vez, no me dejaré dominar. Te haré frente y conseguiré tu confesión», le dijo sin atreverse a pronunciar su inicial.

Salió del piso, se subió a la moto y se dirigió al hospital. Quería contarle a su hermana lo que había descubierto. Llegó aún con los labios curvados. Saludó a las dos enfermeras de la recepción que le devolvieron el gesto sin mirarla. Estaban enfrascadas en una conversación sobre el caballero del sombrero y un bombón moreno de ojos azules con el que lo habían visto hablar. Laura no les prestó

atención hasta que la charla se desvió hacía una mujer en coma tras una paliza, renombrada como nieta del anciano.

Se les acercó y les enseñó la fotografía de la reunión para ver si reconocían a alguien. Ellas señalaron al hombre que aparecía abrazado a Beth en muchas otras y al del bastón con punta de plata.

Laura se llenó de tensión y corrió escaleras arriba. Se asomó al pasillo extremando las precauciones y lo encontró desierto. Abrió despacio la puerta, esperanzada. Pero solo su hermana la esperaba al otro lado. Suspiró y se sentó en su silla. Observó la fotografía y desvió la mirada al segundo. «¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Por qué no los reconocí antes?», se lamentó, llena de culpa. Se maldijo por haber perdido el enfoque crítico cuando más lo necesitaba.

Se echó hacia atrás y suspiró. Ahora podía verlos con claridad. Contempló el rostro dormido de Beth y se preguntó qué le había llevado a mantener en secreto su relación con esas personas. Su instinto le gritaba que, si se lo había ocultado y había tomado tantas precauciones para que no se encontraran esas fotografías, era porque estaban metidos en algo turbio. A pesar de que agitó la cabeza y trató de desecharla, la idea ya se había instalado en su mente. Se levantó, se acercó a la cama y se le encogió el corazón.

—No me importa en qué estás metida. Encontraré a los que te han hecho esto. Y los encerraré, por muy viejos amigos tuyos que sean. —Le mostró la fotografía—. Ellos me llevarán hasta el hombre de ojos verdes y hasta C —al pronunciar su nombre en voz alta, sintió de nuevo el cosquilleo en el bajo vientre.

Capítulo 11

Durante los siguientes tres días, Laura mantuvo la rutina que había adoptado tras su desmayo. Nada en su comportamiento parecía indicar que hubiese vuelto a pensar en el caso. No había llamado a Cosme ni una sola vez para interesarse por sus avances. Su jefe fue a verla y le complació su recuperación. Cuando le dijo que no había novedades, Laura se limitó a sonreír como queriendo decir «Ya las habrá». A él su cambio le extrañó. Pero verla tan llena de vida ahuyentó sus sospechas y regresó a comisaría sin haber descubierto sus verdaderas intenciones. Cuando se marchó, ella la ensanchó porque su sonrisa significaba algo muy distinto: «No te preocupes, jefe. Seré yo quien resuelva el caso y te sirva al culpable en bandeja de plata».

Tampoco Aitor se percató de que estaba inmersa en una ardua investigación. Cuando estaba en casa, Laura fingía que llevaba una vida tranquila y sosegada. Parecía que su único vínculo con el caso eran las visitas diarias al hospital. Sin embargo, incluso eso había adquirido un nuevo significado. Se habían convertido en la excusa perfecta para comprobar si los misteriosos personajes de las fotografías se dejaban ver. Y acertó de lleno.

El viejo caballero era el más atrevido. Se pasaba casi todo el día por allí, saludando a todos con su particular toque de sombrero. Al resto los vio de refilón varias veces. Cuando sus miradas se cruzaban siempre advertía cierta tensión. «Como si temieran delatarse», pensaba la inspectora. Ella les sonreía encantadora sin dejarse dominar por la rabia que le subía por la espina dorsal. Los únicos que no aparecieron fueron C y el hombre de ojos verde aceituna.

Cuando estaba en casa, Laura aprovechaba cada segundo de soledad para encerrarse en su despacho y enfrascarse en sus nuevas

pistas. Ese primer hilo había descubierto toda una madeja. Siempre comenzaba del mismo modo, miraba las fotografías, para asegurarse de que sus integrantes seguían allí, y revisaba sus apuntes sobre cuándo y dónde los había visto por primera vez: la mujer pelirroja era la monja que la había saludado la segunda noche; el hombre que le daba la mano a Beth era el caballero que pululaba a diario por el hospital; y el protagonista de la mayoría de las fotografías, a quien Beth parecía haber elegido como compañero, era el bombón de las enfermeras y el hombre con quien se habían cruzado cuando fueron a hacer el primer registro del piso.

Recordaba con claridad la primera vez que lo había hecho. Aquel día había escrutado cada detalle con ayuda de una lupa y halló un símbolo bordado en la ropa de la monja que aparecía llevase o no su peculiar hábito. Buceó en internet y, tras varias horas, encontró la orden a la que pertenecía. Era un grupo de conventos repartidos por todo el mundo, muy humildes y que, en principio, no destacaban en nada. Siguió buscando algún tipo de relación con el resto de los personajes. Tardó dos días en localizar un blog muy bien escondido que hablaba de los grandes hitos históricos de la orden. Una de las entradas iba acompañada de una vieja foto de periódico. Pese a su tamaño, su ausencia de color y el impacto del paso tiempo, Laura pudo reconocer al hombre que aparecía en ella dándole la mano a una madre superiora casi anciana. Ahí estaba su caballero, mucho más joven, pero con la misma sonrisa amable. Leyó acerca del origen de la fotografía. La tomaron para conmemorar un nuevo centenario de relación entre la orden y los Brumby.

Aunque buscó el apellido en la base de datos de la policía, no encontró nada porque no estaba fichado. Decidió rastrearlo por internet. Tuvo que sumergirse en las profundidades de la red para encontrar el siguiente hilo: una mención en un periódico local, fechada muchos años atrás, sobre la compraventa de una propiedad de la ciudad, uno de los mejores palacetes del casco antiguo. La noticia no habría tenido tanto impacto de no haber sido por las circunstancias de la venta. El comprador había ofrecido mucho más de lo que valía, lo había pagado al contado a través de una serie de empresas de las que no se especificaba el nombre y había insistido

en permanecer en el más estricto anonimato. El artículo, complaciente, solo mencionaba sus iniciales A. B. Laura no tuvo dudas de que se trataba de su hombre. Eran las mismas que aparecían en el blog sobre las monjas y en el reverso de las fotografías y cuartillas.

Estudió el plano del edificio. Era un palacete, considerado casa señorial, de finales del siglo XIII, con más de 1850 metros, situado en el número 15 de la calle Roca. Tenía cuatro plantas y una fachada plagada de grandes ventanales y pequeños balconcitos con barandillas de hierro forjado y bellas decoraciones cinceladas en la propia piedra. La planta baja estaba dominada por un amplio recibidor que acababa en unas grandes escaleras que comunicaban con las otras plantas. A ambos lados de la escalera había un pequeño pasillo que daba acceso al resto de las habitaciones y dos puertas que daban a las estancias más amplias de aquella planta.

Aquella tarde, en cuanto Aitor se marchase a entrenar, iba a comprobar si sus pesquisas estaban en lo cierto. La inspectora fingió leer mientras su novio se preparaba. Cuando cerró la puerta, se levantó del sofá de un salto y cambió su pijama por una camisa, unos vaqueros y su chupa de cuero. Abrió su caja fuerte y cogió la pistola con silenciador no registrada que guardaba para emergencias. Se aseguró de que estuviese cargada. Escribió una excusa y se marchó.

Tardó poco más de diez minutos en llegar. Miró la fachada y sonrió. Había pasado cientos de veces por delante. Nada en aquella típica construcción señorial del casco antiguo de su ciudad parecía sugerir que en su interior se escondía algo más que un magnate adinerado. Llamó a la puerta y esperó. Esos segundos fueron los más largos de su vida. El corazón le latía con fuerza. Casi podía rozar sus tan ansiadas respuestas. Volvió a llamar, esta vez, algo más fuerte. Se oyeron unos pasos y una voz desde el interior.

Abrieron la puerta. Laura simuló no reconocerlo, pero sonrió para sus adentros. Allí estaba el bombón. Le enseñó la placa y exigió hablar con el señor Brumby. Él la miró desconcertado. No la esperaba. Ella le sonrió con la certeza de que también la había

reconocido. Lo observó mientras buscaba una forma de echarla. No se lo permitiría. Escudada en su placa, entró sin invitación y repitió su orden.

—No se encuentra aquí en estos momentos —mintió. Ella no se dejó engañar.

—No me importa esperarle —dijo mientras se sentaba en una de las sillas del recibidor.

—Es que no sé cuánto va a tardar. Quizás no vuelva hasta mañana. —Aunque quiso sonar convincente, ella lo leyó con facilidad. Su lenguaje corporal lo delataba: estaba nervioso.

—Podría usted llamarle. —Laura le sonrió fingiendo inocencia y disfrutando de su frustración.

—Tiene razón. —Sacó el móvil, marcó un número y puso el altavoz. No hubo respuesta—. Lo siento, lo debe tener apagado. Será mejor que vuelva mañana.

—No voy a moverme de aquí, hasta que no hable con él. Sé que está. —Se levantó y se le encaró. Se había cansado de esperar—. ¿Por qué no dejamos de fingir?

—¿A qué se refiere? —Ella ensanchó su sonrisa y le enseñó una de las fotos en las que aparecía abrazado a su hermana. A él se le humedecieron los ojos. Los cerró un segundo y, al abrirlos, la miró con dureza. Con las cartas sobre la mesa, las máscaras ya no eran necesarias—. ¿De dónde has sacado esto?

—¿Tú qué crees? —Lo vio dudar—. ¿Dónde está? —Él no le contestó. Solo la contempló con una mezcla de ferocidad y dulzura que la desconcertó.

—Joel —Una voz desde lo alto de las escaleras provocó que se giraran. El caballero, con su habitual traje negro y rojo y su bastón, los observaba—, tranquilo, yo me ocuparé de nuestra invitada.

Él asintió y desapareció por el pasillo lateral izquierdo. El caballero bajó las escaleras con elegancia y la acompañó hasta la puerta a la derecha del recibidor. Era una sala repleta de grandes ventanales y librerías, con una chimenea con butacones alrededor, y un tablero de ajedrez con una partida empezada en una mesa cercana. Se sentaron uno frente al otro. Laura espero a que el hombre se acomodase sin dejar de mirarlo. No quería perderse ningún detalle

de su expresión. Aunque esperaba que algo le delatase, él parecía relajado.

—¿Qué la trae por aquí, inspectora? —Su expresión habló por sí misma. Él sonrió y suavizó el tono—. Por fin nos conocemos. Supongo que tendrás muchas preguntas. —Ella no contestó. Entornó los ojos. No esperaba que fuese tan fácil—. ¿Te parece que empecemos con una presentación? Me llamó Abraham Brumby. Y tú, eres Laura, la hermana pequeña de Beth.

—¿De qué la conoce? —Al oírle pronunciar su nombre, se había activado como movida por un resorte.

—Trabaja para mí, como Joel, a quien ya has conocido. —Su calma contrastaba con la tensión de la inspectora.

—¿Y este hombre también es empleado suyo? —Le enseñó una foto de su sospechoso de ojos verdes. Abraham asintió sin perder la sonrisa y sin sorprenderse del avance de sus pesquisas—. ¿Y C? —Le enseñó su dibujo. Él ensanchó la sonrisa.

—Ella es más bien una agente libre.

Se oyeron abrirse las puertas de la biblioteca. Laura, que estaba de espaldas, se giró a tiempo de verla entrar. Sus miradas se cruzaron un segundo. El corazón de la inspectora dio un vuelco. El rostro de la desconocida se ensombreció.

—Abraham, ¿qué estás haciendo? —Avanzó hasta colocarse frente al caballero, sin prestar atención a su invitada.

—Ya es hora de que sepa la verdad.

—¿La verdad? —Sonrió de forma irónica—. No se la creerá. Y no tenemos tiempo de iniciarla como es debido.

—Tiene tanto derecho como todos los que estamos aquí. —Jugueteaba con el bastón y apenas mantenía el contacto visual. Aun así, emanaba tanta autoridad que había acallado a Laura. C no se inmutó.

—No. —Su voz, aterciopelada y dulce, se elevó—. Solo es una civil. Ya viste lo que le pasó hace unos días. Te lo dije entonces y te lo repito ahora, es mejor dejarla al margen.

Laura recordó aquella noche en el hospital y su supuesto sueño. Tuvo claro que de aquella discusión dependía el destino de Beth y que, si se quedaba callada, podía perder su única oportunidad de

ayudarla. Se levantó y se le acercó. C se le apartó y desvió la mirada.

—Soy más fuerte de lo que crees, C. —Oírle pronunciar su nombre pareció irritarla. Miró al caballero que negó con la cabeza. Su reacción le dio fuerzas y continuó—. Sí, sé quién eres. —C no pudo contener una carcajada socarrona. Abraham la observó sorprendido. No era fácil oírla reír.

—No tienes ni idea —dijo fundiendo sus miradas.

Laura notó un escalofrío en el bajo vientre. Su cuerpo se paralizó y todo a su alrededor pareció desaparecer. Solo existían esos ojos. Respiró hondo y frunció el ceño. Debía mantenerse firme. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para escapar del fuerte influjo de su mirada. Las respuestas estaban a su alcance. No dejaría que se le escapasen.

—Claro que sí.

A pesar de que su voz fue apenas un murmullo, les devolvió la vida a sus miembros. El aire regresó a sus pulmones. Avanzó, le cogió su dibujo a Abraham y se lo mostró orgullosa. Las suaves facciones de C se transformaron. Su respiración se volvió entrecortada. Aunque apretó los puños e intentó calmarse, no pudo. Avanzó hacia la inspectora temblando, llena de una ira y una violencia de las que Laura no la creía capaz. Sus ojos brillaban más que nunca y un fulgor casi animal trataba de dominarlos.

Laura no pudo escapar de sus dos pozos sin fondo y antes de que se diera cuenta estaba arrinconada contra la pared con las manos de C a ambos lados de su cara. Sus pechos subían y bajaban con rapidez, casi al mismo ritmo. La cercanía había suavizado la expresión en el rostro de C y había enmudecido su discurso iracundo. La inspectora no se percató. Solo pensaba en cómo huir. Quiso apartarla o coger su pistola, pero los impulsos de su cerebro no conseguían llegar hasta sus miembros. Estaba paralizada, completamente a su merced. Recordó la primera vez que soñó con ella. Sintió el mismo hormigueo placentero y pudo comprobar que la sensualidad y voluptuosidad del original superaban con creces al reflejo onírico. Estaban tan inmersas en la mirada de la otra que no

se percataron de que Abraham se había puesto en pie y se les había acercado.

—C, ya basta. —Le había colocado la mano sobre uno de los hombros. Su toque la devolvió a la realidad. Cerró los ojos y respiró hondo. Al abrirlos ya no había rastro del brillo amenazante y casi animal que antes los dominaba y que había conseguido que Laura empequeñeciera y se sometiera a su voluntad—. Ella no podía saber lo importante que es.

C lo contempló y bajó los brazos. Dio un par de pasos para apartarse y para poder agacharse y recoger el dibujo que a Laura se le había escurrido de entre los dedos. Lo cogió y lo miró con aquella expresión melancólica y abatida. Aunque Laura quiso decir algo, no se encontró la voz. C apretó la mandíbula, lo arrugó y lo echó al fuego ante la mirada incrédula de la inspectora. Todo en aquella mujer la fascinaba y sorprendía. Nunca era capaz de adivinar en qué pesaba o cuál sería su siguiente movimiento. No solía pasarle. En su trabajo, había aprendido a calar rápido a la gente y pocas veces se equivocaba.

—No la involucres en esto, Abraham. —Con esas palabras, se marchó sin volver a mirarla.

Laura no había dejado de hacerlo. Seguía de pie, clavada en el mismo lugar en el que la había aprisionado, todavía con la respiración entrecortada y los latidos descontrolados; aún con sus ojos fijos en la puerta que acababa de cruzar y las palabras perdidas entre sus labios. Abraham le rodeó la muñeca con sus dedos con suavidad y la guio de vuelta al sillón. Ella se dejó llevar sin oponer resistencia, con la mente adormilada.

—No se lo tengas en cuenta. Es muy celosa de su intimidad y de su pasado. No sabía que Beth hubiese conseguido encontrar el dibujo. Es una caja de sorpresas —hablaba de su hermana con cariño y con un dejo de tristeza en la voz.

A medida que habían pasado los segundos, Laura había ido recuperando su serenidad. Se apretó el puente de la nariz y se llenó los pulmones de aire. Los ojos de C se diluyeron lo suficiente como para dejarla centrarse en lo que la había llevado hasta allí.

—Sabe lo que le pasó, ¿verdad? —Él asintió despacio con una sonrisa triste en los labios. Sabía que su respuesta no iba a gustarle —. Cuéntemelo, por favor.

—No es tan sencillo. —Ella lo observó sin comprender—. Si lo fuese, hace mucho que hubiésemos ido a comisaría, ¿no te parece?

—Eso no me importa. Solo quiero saber la verdad.

Laura se puso en pie y se le encaró. Ya no quedaba ni rastro del influjo del dulce veneno de su mirada. Abraham sonrió. Frente a él volvía a tener a la gran inspectora que había conseguido encontrarlos y a quien, pese a las objeciones de C, tanto necesitaban. Supo que no se había equivocado. A pesar de que había sucumbido ante el poder de sugestión de C, se había recuperado a gran velocidad. «Y no muchos pueden», se dijo y ratificó su decisión.

—¿Aunque esa verdad te ponga en peligro y cambie tu visión de la realidad para siempre?

—Beth es todo lo que tengo. Lo único que quiero es que su agresor pague. No me importa lo que me cueste. —Abraham la miró y ensanchó su sonrisa ante el brillo decidido de sus ojos.

—Sea pues. —Hizo una pausa y cogió aire—. ¿Sabes lo que son los upiros?

Capítulo 12

Laura salió del palacete dando un portazo. Fuera ya había anochecido. Notaba el corazón golpeándole con fuerza en las sienes y un fuego recorriéndole las venas. Tenía ganas de gritar. Apretó los puños hasta que los nudillos se le emblanquecieron. Deseaba regresar y golpear a aquel falso caballero. Pero se limitó a refunfuñar y a dar patadas al aire.

«Ha sido una absoluta pérdida de tiempo. En lugar de respuestas, el viejo me ha entretenido con un cuento de hadas», se dijo mientras se apretaba la mano y lo maldecía. Se la miró y chistó. El pañuelo se había teñido casi por completo de carmesí. Al intentar detenerla cuando se iba, la había cortado con su anticuado reloj de pulsera. A pesar de ser un corte pequeño, el dolor y el sangrado eran intensos.

Respiró hondo y comenzó una larga cuenta atrás que amenizó con las notas de un estribillo popular. Necesitaba calmarse. Echó a andar y se perdió entre las callejuelas desiertas y oscuras del casco antiguo. Pensaba en cómo contarle a su jefe todo lo que había averiguado y se odió por no haber acudido a él. «Al menos podemos acusarlos de entorpecer una investigación criminal. Eso nos daría derecho a un interrogatorio de todos los implicados y a un registro de la propiedad», sentenció con los latidos ya acompasados.

Entonces oyó unos pasos tras de sí, muy cerca. «Demasiado», pensó. Se dio la vuelta y vio a dos hombres. Se detuvo y fingió descolgar el móvil. Ellos pasaron de largo y se destensó. Negó con la cabeza. Las mentiras del caballero habían activado su paranoia. Respiró hondo. «Solo son los desvaríos de un pobre lunático», se dijo. Sonrió y reemprendió la marcha.

Sin embargo, no avanzó mucho. A los pocos pasos, los hombres se detuvieron. Ladearon la cabeza y olfatearon el aire. Laura vio sus cuerpos temblar. Se giraron y la miraron. Sus ojos estaban enrojecidos y jadeaban con los labios entreabiertos. Se le acercaron tambaleantes. La inspectora sacó la placa y les enseñó la pistola. Ellos no les prestaron atención y continuaron acortando las distancias. Ella retrocedió con la intención de llegar al final de la calle. Otros pasos interrumpieron su huida. Por la esquina del callejón, aparecieron una mujer joven cogida del brazo de otra algo mayor. Laura suspiró. Creía que su presencia disuadiría a los que creía borrachos. Pero se equivocaba. Ellas también parecían alteradas y sus ojos estaban igual de enrojecidos. Abrieron las bocas y un hilo de baba les recorrió la comisura de los labios. La inspectora tragó saliva. Por un segundo, tuvo miedo; por un segundo, creyó que las palabras del anciano eran algo más que simples desvaríos.

Sacudió la cabeza y alejó las dudas. «Es imposible», pensó. Se giró para tenerlos vigilados a los cuatro, levantó el brazo y apuntó al aire. Disparó una sola vez. En lugar de asustarse, todos echaron a correr hacia ella al unísono. La inspectora se aferró al mango de su arma y la manchó de sangre. Apretó la mandíbula y disparó por segunda vez. La bala atravesó el aire y dio en el blanco con precisión: la pierna de uno de los hombres. El grito detuvo el avance. Los perseguidores inclinaron la cabeza hacia atrás y aullaron. Entonces, algo les ocurrió.

Laura fue testigo del espectáculo con el corazón latiéndole rápido y con fuerza, y un sudor frío empapándole la espalda. Había retrocedido por puro instinto de supervivencia y se había apoyado contra la pared del callejón. Su mente racional no podía entender lo que sucedía ante sus ojos. Su incredulidad no la dejaba reaccionar. Estaba paralizada viéndolos retorcerse. A pesar de que sabía que lo más sensato era aprovechar esas décimas de segundo para alejarse al máximo, no era capaz de ordenar a sus piernas que se movieran.

Los cuerpos de sus cuatro atacantes se convulsionaron. En sus bocas, mezclada con regueros de baba, se formó una espuma blanca y espesa que les fue cayendo por el torso. Sus miembros crujieron y

se curvaron en ángulos imposibles, mientras ellos encadenaban alaridos de dolor y aullidos de placer.

Tras unos segundos, se quedaron rígidos y muy quietos. Laura creyó que era su oportunidad, pero no reaccionó a tiempo. Porque aquella calma apenas duró una milésima. Los cuerpos volvieron a la vida. Sus miembros se alargaron dotándoles de una altura excesiva que les obligó a arquear las espaldas y apoyar los dorsos de las manos en el suelo. Sus pies destrozaron los zapatos al ganar tamaño y se convirtieron en garras con uñas poderosas y afiladas. Sus manos cambiaron y se transformaron en zarpas de animal con uñas como agujas que, al rozar el suelo, lo arañaron con un sonido que erizaba la piel.

Sus rostros fueron lo último en perder la humanidad. La parte blanca de sus ojos se acabó de teñir de rojo; color que fue avanzando imparable penetrando en el iris, primero, y en la pupila, después. Sus bocas se ensancharon, perdieron los labios, y sus dientes crecieron y se afilaron. Sus cuatro colmillos sobresalían de las fauces cerradas. Sus lenguas se alargaron y se volvieron delgadas, afiladas y de un rojo brillante. Su piel se tornó negruzca. Empezó por la que rodeaba a los ojos y se extendió hasta las garras y zarpas en las que se apoyaban. Sus narices se encogieron y solo quedaron visibles dos pequeños orificios. Sus orejas perdieron su redondez y se tornaron puntiagudas, casi triangulares. El pelo les cayó y se consumió antes de tocar el suelo como si la temperatura de sus cuerpos hubiese bastado para hacerlo arder.

Los seres se desentumecieron y olfatearon el aire. La transformación había acabado. La miraron y la baba les llenó la boca y se les escapó entre los dientes. Esperaban darse un festín. Laura sacudió la cabeza y se forzó a olvidar el macabro espectáculo. Se aferró a la pistola y les apuntó. No estaba dispuesta a ponérselo tan fácil. Los cuatro, al unísono, emitieron un nuevo alarido que sirvió de pistoletazo de salida. Avanzaron a cuatro patas a gran velocidad. Ella se alejó de la pared. Su plan era ganar distancia y acribillarlos antes de que la alcanzaran. Pero aquellos seres eran demasiado rápidos. Tuvo que detenerse y disparar hasta casi vaciar el cargador. Sonrió al comprobar que todos sus impactos habían dado en el blanco. Los

seres se detuvieron y gruñeron frustrados. Ella ensanchó la sonrisa. «Los he detenido», pensó. Sin embargo, no podía estar más equivocada.

Tras un instante de silencio, oyó un sonido que le heló la sangre. Los casquillos se habían desprendido de sus cuerpos y caían al suelo con un tintineo. Vio, aterrada, cómo sus heridas se curaban y desaparecían. Tembló y retrocedió hiperventilando y con los ojos abiertos al máximo. Negó, se aferró a su arma con ambas manos y gastó la munición. Sus aciertos no bastaron para frenarlos. El sonido del cargador vacío provocó una nueva oleada de aullidos. Ante la inminente victoria, los seres avanzaron implacables y eufóricos. La acorralaron en cuestión de segundos.

Laura tragó saliva y pensó en su hermana. Saber que ya no podría encerrar a su agresor le provocó una fuerte punzada en el corazón y le humedeció la vista. Escuchó sus gruñidos anhelantes y sacudió la cabeza. «Si es mi final, al menos presentaré batalla», se dijo. Los miró y se preparó. Sabía que no tendría tiempo de recargar. Cogió la pistola por el cañón para poder asestar un último golpe al primero que se le acercara. Los cuatro se relamieron y se le abalanzaron. Pero se detuvieron antes de alcanzarla y levantaron los rostros.

Antes de que pudiera imitarlos, algo que había saltado desde el tejado cayó entre ella y los seres. Nada más tocar el suelo con los pies, se impulsó hacia el primero de ellos y, con un movimiento rápido y preciso de uno de sus brazos, le cortó la cabeza. Los tres restantes, ante la presencia de un nuevo contrincante, mucho más peligroso, se alejaron un poco, gruñendo.

Su salvadora se giró mientras se ponían en guardia con la espada goteando una sangre espesa y negruzca. Laura casi lloró cuando se topó con su mirada oscura. Sin saber por qué, tuvo la certeza de que ya no había nada que temer. Suspiró y se le escapó una media sonrisa. Ella huyó del gesto y le dio la espalda.

—Quédate atrás —le ordenó con la voz endurecida.

C se puso en posición y se lanzó al ataque. Laura solo podía mirarla sin encontrar la fuerza para intervenir. Su silueta la tenía tan cautivada que olvidó por un instante dónde estaba y lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Su rapidez era muy superior a la de

aquellas criaturas, que pronto comprendieron que no tenían nada que hacer. C mató a la segunda, tras esquivar con elegancia un par de zarpazos que no consiguieron rozarla. Le clavó la espada en el vientre y la subió hasta abrirlo en canal. Con un movimiento circular, le cortó la cabeza que salió despedida y acabó a los pies de Laura. La inspectora la vio consumirse ante un fuego invisible y convertirse en un montón de cenizas negras.

Aunque fueron tan solo dos segundos, bastaron para alterar el campo de batalla. Su voz llamándola por su nombre la devolvió a la realidad. Levantó la vista y observó horrorizada cómo uno de ellos, comprendiendo que no podría vencerla, avanzaba en su dirección. Laura recargó y trató de ganar tiempo. C se deshizo con fiereza del ser que se interponía en su camino. Le cortó un brazo cuando intentó arañarla y, mientras se retorcía de dolor, le cercenó una de las piernas. Cayó al suelo aullando y desangrándose. C la observó disparar con precisión. «No servirá de nada», se dijo y torció el gesto. Estaba muy lejos. Supo que no llegaría antes de que el ser la alcanzara.

Frunció el ceño y calculó con rapidez. Lanzó su espada que le impactó en el lomo y echó a correr. Sabía que la herida no lo mataría; que tan solo lo enfurecería y lo detendría una milésima. «Pero no necesito más», pensó y completó la carrera. El ser dio un zarpazo y la inspectora cerró los ojos sin siquiera poder levantar los brazos para protegerse. Sin embargo, su garra no la tocó.

Laura los abrió al oír el leve quejido. C había conseguido interponerse y fue su piel la lacerada. A pesar de que el dolor era intenso, su fiereza no disminuyó. Lo agarró por la muñeca para que no se moviese. Desenfundó un cuchillo que llevaba en la espalda y se lo clavó en la mandíbula antes de que la segunda zarpa la hiriera. Lo sacó al momento y un torrente de sangre negruzca salió a presión de la herida. La criatura retrocedió con un aullido y trató de parar la hemorragia con el dorso de su garra. C no le dio tiempo. Recuperó la espada de su lomo y le cortó la cabeza sin pestañear.

Cogió un poco de aire y, sin mirarla, se dirigió hacia el cuerpo mutilado del último ser que intentaba alejarse rasgando el suelo con las uñas. Acabó con su sufrimiento de un tajo certero. Solo cuando

el cuerpo se consumió, se giró y buscó sus ojos. Laura, que no había apartado la vista de su contorno, reaccionó y corrió hacia ella. Le puso las manos en el pecho sin pensar.

—Tenemos que detener la hemorragia —dijo con los ojos fijos en su camisa blanca manchada de negro y rojo mientras palpaba en busca de la herida. No la vio sonreír.

Oyeron un nuevo alarido. Ambas se giraron y entrevieron varias manchas oscuras al final del callejón. C frunció el ceño y enfundó sus armas.

—Nos vamos.

Antes de que Laura pudiese negarse, ella la sostuvo en brazos y, de un salto, llegó hasta el tejado por el que se había lanzado para salvarla. Avanzó a grandes zancadas, por los techos y azoteas. Laura solo pudo aferrársele para no caer. En unos pocos segundos, llegaron al palacete. C aterrizó en uno de los balcones y la dejó en el suelo. Entró y la inspectora la siguió. Dentro ya las esperaban Joel, Irene y Abraham. Joel las miró, respiró hondo y destensó los miembros. La joven monja sonrió y se les acercó.

—He acabado con cuatro al final de la calle Grau, pero he oído a más —le dijo C casi sin mirarla. Sus ojos oscuros observaron de reojo a la inspectora. La monja lo notó y contuvo una sonrisa—. Hay que limpiar la escena, está llena de casquillos de una 9 milímetros.

La monja asintió y salió de la habitación. El sonido de la puerta activó a Laura y la agarró del brazo. Aunque C se sorprendió ante el gesto, no se apartó. La inspectora volvió a palparla en busca de la herida. Ella sonrió y se quitó la camisa ensangrentada. Un anillo le colgaba del cuello. Laura acarició el torso trabajado. No había ni rastro del zarpazo. Solo una piel suave e inmaculada. Levantó la vista y se encontró con sus ojos oscuros. Estaban teñidos de dolor y melancolía. Dejó de respirar un segundo y sintió, de nuevo, el dulce cosquilleo en el bajo vientre que, esta vez, fue subiendo hasta alcanzarle el corazón que aumentó el ritmo de sus latidos.

Tuvo el impulso de abrazarla. Se contuvo a duras penas. Apretó la mandíbula e intentó tranquilizarse. No podía entender cómo era posible que aquella desconocida le provocara ese remolino de emociones. «Ni siquiera con Emma sentí nada parecido», pensó y,

por primera vez, recordarla no le dolió. Aunque no se dio cuenta. Estaba tan sumida en su mirada oscura que nada más le importaba.

—Ya te lo dije. —Una voz tras ellas las hizo girarse. Abraham, apoyado en su bastón, las observaba con una sonrisa.

—¡¿Por qué?! —El rostro tranquilo de C se había vuelto a transformar. Se apartó y avanzó temblando y con la respiración alterada. A pesar de que había apretado los puños para mantener el control, ya estaba fuera de sí. La cercanía con la inspectora la había afectado mucho más de lo que quería admitir. Llevaba su olor adherido a la piel. Levantó la voz—. ¡¿Cómo se te ocurre dejarla salir sangrando de esa manera?! —La mirada severa y divertida de Abraham la hastió. Intentó calmarse respirando hondo. No iba a darle la satisfacción de verla perder el control. Suavizó el tono—. ¿No sabías lo que iba a pasar? —Él, por toda respuesta, ensanchó su sonrisa. Aquel gesto diluyó los restos de autocontrol y sus buenas intenciones—. ¡LO SABÍAS!

—Era la única forma de que nos creyera —dijo él y el temblor de C aumentó. Su pecho subía y bajaba muy rápido. Le costaba respirar. Estaba al borde del abismo—. Además, sabía que no ibas a dejar que le ocurriera nada —comentó mientras entrecerraba los ojos al sonreír enseñando los dientes.

C cruzó la línea y fue hacia él a gran velocidad. Levantó el brazo para golpearlo. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero su puño no llegó a tocarlo. Alguien, que había irrumpido en la habitación a la misma velocidad, la sujetó con fuerza.

—¡SUÉLTAME, JONÁS! —gruñó C. Al verse retenida, su temblor aumentó y la adrenalina y la rabia acabaron de tomar el control. Aunque intentó zafarse, él la mantuvo sujeta.

—Sabes que no puedo hacerlo —contestó con un tono alegre y una media sonrisa.

—¡TÚ! —gritó Laura.

Todos se volvieron para mirarla. La discusión había borrado su presencia. Ella había avanzado y lo apuntaba con su arma. Había olvidado que el cargador seguía vacío. Por un segundo, incluso C dejó de importarle. Solo podía pensar en aquel hombre. No podía

creer que lo tuviera delante. Era el sospechoso de ojos verde aceituna y su voz coincidía con la de la llamada anónima.

—Hola —dijo el hombre.

—Vas a responder a mis preguntas —sentenció la inspectora moviendo su arma.

—Vale. —Su sonrisa despreocupada la confundió y diluyó la rabia que la había impulsado—. Pero tendrás que esperar un poco más. Primero tengo que calmarla.

Laura la contempló. Sus pupilas se habían ensanchado y cubrían casi todo el iris. Un escalofrío le recorrió la espalda y bajó la cabeza. Había recordado a los seres a los que acababa de enfrentarse. Temió que aquella mujer fuese uno de ellos. Bajó el arma y comenzó a hiperventilar. Revivió la batalla y lo supo. Volvió a mirarla. C le correspondió y, al ver reflejado cierto temor en sus ojos claros, se calmó de golpe. Pero los suyos siguieron teñidos de un azabache brillante y oscuro. Aún llevaba su olor demasiado dentro.

Jonás, testigo mudo de la escena, trató de llevársela. C ya no se resistió. La expresión de Laura le había arrebatado las fuerzas y había reconducido su rabia hacia sí misma. Jonás la soltó y la acompañó a la puerta. Salieron juntos de la habitación. Laura no trató de impedírselo. Su mente estaba demasiado llena y confusa como para acabar de procesar lo que pasaba a su alrededor.

—¿Una infusión, querida? —Abraham había avanzado hasta colocarle una mano sobre el hombro. Laura lo observó y, por un segundo, no fue capaz de verlo ni de entender sus palabras. Los sucesos de aquella noche se repetían en un torrente imparable y confuso que la llenaba de dolor. Se sintió mareada y se sentó en una de las sillas—. Tranquila, a todos nos pasa la primera vez. —Se le colocó delante y la contempló—. Aunque tengo que reconocer que has reaccionado mejor que la mayoría

—¿Qué está pasando?

La inspectora buscó sus ojos anhelando unas respuestas muy diferentes a las que la habían llevado hasta allí. Abraham volvió a sonreír. A pesar de la confusión, no había perdido la calma y podía pensar con cierta claridad. Su actitud confirmaba su teoría.

—Te lo dije, pero no me creíste —dijo sin perder la sonrisa.

—¿Cómo iba a hacerlo? —Se levantó de golpe. A pesar de que trató de encarársele, sus pies no le respondieron. No fue capaz de dar ni un paso. Tuvo que conformarse con mirarlo con fijeza.

—Lo sé. Por eso he permitido que pasase.

Laura se dejó caer en la silla. Se sentía cansada e impotente. Su mente estaba tan saturada que ni podía pensar, ni comprender sus explicaciones. Abraham se percató y se levantó. Ensanchó su sonrisa. No había prisa. Estaba convencido de que habían llegado a un punto de no retorno. «Esta mujer no se irá sin sus respuestas», se dijo. Sacó un botiquín y la curó sin intercambiar ni una sola palabra más. Ella se sumió en sus pensamientos. Intentaba montar un rompecabezas imposible. Él pensaba en la forma de cumplir sus planes y en la nueva pieza que había aparecido en el tablero.

—Ha sido una noche muy larga. Es mejor que te des una ducha caliente, te cambies de ropa y te eches un rato.

Abraham hizo un movimiento con la mano para que lo siguiera. Ella no tenía fuerzas para discutir. Lo siguió con la vista fija en su espalda, sin pensar. Sabía que no sería capaz de encontrar el camino de vuelta. El caballero la condujo a un dormitorio con baño incluido. Abrió el armario y le dejó encima de la cama una camiseta y un pantalón de deporte. Ella no se cuestionó por qué sabía cómo dormía.

—Mañana por la mañana, vendré a verte y te lo explicaré todo. Ahora trata de descansar. —Con esas palabras, salió de la habitación y la dejó sola.

Laura se echó sobre el colchón con la cabeza dándole vueltas. Miró al baño y decidió seguir sus instrucciones. Se quitó la ropa que dejó esparcida por el suelo y se metió en la ducha. El agua cálida la calmó un poco. Estuvo bajo ella mucho tiempo. Necesitaba recuperarse y empezar a pensar con claridad. Al salir, las dudas habían desaparecido.

Se secó y se vistió. Atrancó la puerta con una silla y se sentó en la cama. Observó, por primera vez, a su alrededor con ojos críticos. Era un dormitorio bastante básico. Una mesita al lado de la cama; un armario enfrente; un escritorio con una silla en uno de los laterales,

justo al lado de la ventana que daba a un pequeño balconcito; y el baño en el otro.

Comprobó que la ventana estuviese bien cerrada, echó la persiana y corrió las cortinas. Se metió en la cama con la pistola bajo la almohada y trató de que su cuerpo, destensado por el agua caliente, descansara un poco. Estaba segura de que le haría falta. Al igual que sabía que no podría dormir. Necesitaba repasar todo lo que le había contado Abraham y cotejarlo con lo que acababa de vivir. Debía estar preparada para el interrogatorio del día siguiente. Tenía que saber qué debía preguntar y a quién. De ello dependía que pudiese resolver aquel caso de una vez por todas. Comenzó por recordar las palabras del caballero: «¿Sabes lo que son los upiros?».

Capítulo 13

—¿Los qué?

—Upiros, aunque se les conoce por muchos otros nombres: quirópteros, Nosferatu, no muertos, vampiros.

Laura lo miró como si le estuviese tomando el pelo. Pero él no sonreía, sino que la contemplaba fijamente con una expresión seria y autoritaria. Decidió seguir escuchando, necesitaba respuestas.

—¿Qué tienen ellos que ver con mi hermana? —Le siguió el juego.

—Todo. —Laura levantó la ceja, incrédula. Él continuó—: ¿Acaso no recuerdas lo que pasó el 7 de junio del 2001? —El rostro de la inspectora se ensombreció. Sabía muy bien lo que había ocurrido aquel día. Era una fecha que llevaba tatuada en el alma.

—Claro que sí. —Calló un instante y desvió la mirada—. Esa noche mis padres murieron en un accidente de tráfico.

—Te equivocas. —Ella lo observó con el ceño fruncido y apretó la mandíbula. No quería sustituir la calma por rabia y echar a perder su única oportunidad de saber la verdad—. Sí, tus padres murieron aquel día. Pero no fue en ningún accidente.

—¡Miente! —No pudo evitar levantar un poco la voz—. Recuerdo cada palabra de los agentes que llevaron el caso. —Bajó la cabeza. El dolor de su pérdida le aguijoneó el corazón. La herida no se había cerrado—. Yo misma revisé su informe en cuanto entré en el cuerpo. Las pruebas hablaban por sí mismas. —Suspiró, incapaz de callar pese a las punzadas—. Incluso pude verlo. Una cámara de tráfico cercana lo registró todo.

Entrecerró los ojos un segundo. Esas imágenes aún perturbaban sus sueños. Todo el mundo le había aconsejado que no se torturara viéndolas. Sin embargo, ella se mantuvo firme. No se arrepentía de su decisión. Sabía que la incertidumbre habría sido mucho peor.

—¿Los agentes Sánchez y García? —Tras una breve pausa, el caballero volvió a la carga. Ella asintió complacida, con una media sonrisa en los labios—. Trabajan para mí. —La sonrisa se esfumó—. Lo falsearon todo. Es lo que se hace cuando se da un caso como el vuestro.

—¿Falsearlo? ¿Qué quiere decir?

—Mintieron, querida. —Ensanchó su sonrisa—. Nosotros les ayudamos a crear la escena del accidente. Incluso preparamos testigos que lo corroboraran y hackeamos las cámaras de tráfico para introducir la secuencia del choque.

—No, no es posible.

Se había hundido en el sillón. Se abrazaba a sí misma, con la mirada perdida. Negaba para frenar los engranajes de su mente que estaban incluyendo con rapidez la nueva información en el torrente de sus recuerdos. Por alguna extraña razón, no parecían desencajar del todo. Podían ser la explicación más sencilla al origen de sus pesadillas y a los monstruos que las poblaban.

—No, no es posible —repitió con un hilo de voz dirigido a sí misma.

—Con dinero y los contactos adecuados, hay pocas cosas imposibles. —El caballero había vuelto a esperar unos segundos antes de seguir. Sabía que ella los necesitaba para asimilarlo.

Laura cerró los ojos y se esforzó en dejar la mente en blanco. Su instinto le gritaba que atendiera a su discurso, por muy descabellado que le pareciese, porque en él estaban contenidas las respuestas que tanto había buscado. Se llenó los pulmones de aire y le obedeció. Lo escucharía todo. Por si, en efecto, había algo de verdad entre toda aquella locura.

—Entonces, ¿qué les pasó? —Había abierto los ojos y lo contempló con determinación. Él sonrió, complacido, y continuó.

—Eres tú quien mejor debería saberlo. Estabas allí. —Ella volvió a levantar la ceja. Se resistía a creerlo—. Veo que Beth tenía razón. Lo has olvidado todo. —Laura, al escuchar el nombre de su hermana, sintió el ardor de la rabia recorrerle las venas. Intentó controlar la respiración. Tarareó para sí una vieja melodía mientras él continuaba

con su discurso—: A tus padres les atacó un vampiro. Sé que es difícil de creer, pero es la verdad.

La inspectora sonrió. Creía que su intuición se había equivocado por primera vez. Sus miembros se destensaron y el peso de su corazón se aligeró. Sus miedos desaparecieron. Ni siquiera le importó que la conversación la devolviera a la casilla de salida. Aquello era mejor que aceptar que hubiese un ápice de verdad en su discurso.

—Seguro —comentó con sarcasmo—, y ahora me dirá que a mi hermana la atacó el hombre del saco. —Se levantó, dispuesta a irse, con una media sonrisa de alivio.

—No, a tu hermana tuvimos que detenerla nosotros —dijo mientras la seguía hasta la puerta.

—¿Lo confiesa? —Se giró hacia él y, esta vez, sí se le encaró. Había recuperado la seguridad. Volvía a ser la inspectora eficaz e implacable.

—No es lo que crees. —Él le mantuvo la mirada.

—Ya —chistó—. Esto ha sido una pérdida de tiempo. —Aunque apoyó la mano sobre el pomo, no abrió la puerta. Había algo que aclarar—. Pero no se preocupe, acabará dándome las respuestas que quiero. Veremos si cuando esté esposado en la comisaría, sigue con sus estúpidos cuentos de hadas.

—Espera, por favor. —La cogió del brazo—. Todo lo que te he dicho es verdad.

Ella también lo agarró. Forcejeó y consiguió soltarse, pero se hirió la palma con la esfera de su reloj. No le prestó atención a la herida y salió de la biblioteca. Abraham no fue tras ella. En el pasillo, se envolvió la mano con un pañuelo de tela y salió de allí enfurecida por su engaño. No podía saber que todo era verdad y que lo comprobaría por sí misma a escasos metros.

Laura se miró la mano vendada y suspiró. No quedaba mucho para que amaneciese. A pesar de que cerró los ojos, no pudo dormirse. Estaba demasiado nerviosa. Se incorporó. Tampoco podía seguir tumbada. Encendió la luz de la mesita y se sentó. Revivió la pelea con aquellos seres. Se focalizó en su transformación y en su aspecto monstruoso. Tuvo miedo. Sin embargo, no se detuvo. Nunca

había visto nada igual. Ni siquiera el ser de sus pesadillas se les parecía. Se negó a creer que lo hubiese olvidado. «De haberme enfrentado antes a esas cosas, lo sabría», se dijo. Comprobó la hora. Apenas habían pasado unos pocos minutos. La respiración descompasada y el desagradable peso en el pecho reclamaron su atención.

Reconoció los síntomas y se levantó de la cama. Salió al balcón, donde la brisa fresca la reconfortó. Permaneció allí hasta que su piel se enfrió y el aire pudo llegarles a los pulmones. Estaba a punto de regresar, cuando distinguió una silueta y oyó unas voces. Reconoció una al instante y se le erizó la piel. Se metió en la habitación, pero dejó la ventana abierta. C estaba apoyada en el quicio de la puerta principal y se dirigía a la joven monja que acababa de cruzar la calle.

—¿Cómo ha ido todo, Irene?

—Todo limpio. He colocado restos de una traca para confirmar la creencia de los vecinos sobre el origen del ruido. —Se apoyó a su lado—. No he visto a más siervos por la zona. Debieron marcharse al perderse el rastro. Hiciste bien en traerla por los tejados.

Se hizo un silencio que duró varios minutos y que a ninguna incomodó. Estaban acostumbradas a compartir momentos como esos. Al final, fue la monja quien lo rompió.

—¿Crees que se nos unirá?

—Espero que no. —Laura se arrodilló para no ser descubierta y escuchó con atención—. Solo es una civil sin preparación. Sería un lastre.

—Tienes razón, pero no creo que podamos mantenerla al margen —dijo Irene y observó a su compañera a la espera de su reacción. La conocía bien. Sabía cuál era el verdadero motivo de su negativa.

—Lo sé. No parece de las que se dan por vencidas. —Se le escapó una media sonrisa. Aunque trató de ocultarla al segundo, ya era tarde. La monja también sonrió. C continuó y huyó de sus ojos verdes que la leían con facilidad—. Además, parece que a Abraham le gusta.

—Ya, y es un incentivo que a ti no —dijo mientras ladeaba el cuerpo en busca de sus ojos oscuros.

C fundió sus miradas y rieron. Laura intuyó que su vínculo era fuerte y que tenía un origen antiguo. A pesar de que sabía que no debería estar oyéndolas, no pudo resistir la tentación. Quería saber qué opinaba aquella mujer sobre ella. Recordó sus ojos oscuros y penetrantes y sintió un escalofrío.

—Aunque siendo sincera —C había dejado de reír y habló con un tono serio—, no es que no me guste. Creo que tiene sus virtudes.

—Sí, es la primera que consigue encontrarnos —afirmó con una media sonrisa y una mirada cargada de intención que C evitó.

No le gustaba que pudiese leerla con tanta facilidad. Aunque no podía negar que su intimidad era agradable y que su cercanía la reconfortaba y la llenaba de calidez. Suspiró. Sabía que resistirse era inútil. Era poco lo que podía ocultarle a la monja. Le confesó la verdad.

—No es solo eso. —Calló un segundo—. Odio admitirlo, pero es especial. —Ante su halago el corazón de Laura intensificó el ritmo de sus latidos y su rostro se enrojeció. Aquella mujer la hacía volverse una adolescente hormonal incapaz de resistirse a sus impulsos. C, ajena a sus pensamientos, recordó algo y sonrió—. Incluso fue capaz de pillarme desprevenida una vez. Hay muy pocas personas que puedan decirlo.

—Sí, es todo un logro. —Irene ensanchó la sonrisa y buscó sus ojos. C rio y le puso una mano sobre el hombro en un gesto cargado de afecto.

Laura decidió que ya las había espiado lo suficiente. Se levantó y trató de cerrar la ventana. Pero se detuvo al oírla moverse. C había dado unos pasos y miraba hacia allí, buscándola. Laura se ocultó tras la cortina y se preguntó si sería capaz de presentirla y de oír sus rápidos latidos. Su cuerpo no se destensó hasta que C bajó la mirada, volvió a apoyarse en la pared y reanudó la conversación.

La inspectora no se movió durante unos minutos, pese a que creía que el peligro ya había pasado. El eco de sus voces le llegaba amortiguado por sus propios latidos descontrolados. Se llenó los pulmones de aire y quiso cerrar la ventana. Pero no pudo. C, que sí que la había presentido, saltó en cuanto salió de su escondite. Llegó

al balcón y se acuclilló en la barandilla metálica. La contempló con una sonrisa en los labios y un brillo divertido en sus ojos oscuros.

—¿No te han dicho nunca que es de mala educación espiar las conversaciones ajenas? —Laura no pudo contestarle. Su silueta, enmarcada y embellecida por las primeras luces, era más de lo que podía soportar—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

C bajó, con agilidad y elegancia, y se le acercó. Laura no se movió. El influjo que tenía sobre ella la había vuelto a paralizar. C le cogió la barbilla con los dedos sin apartar la vista de sus ojos. Laura tuvo que reprimir un gemido cuando su suave piel entró en contacto con la suya. C ensanchó su sonrisa y acercó su rostro al suyo hasta que sus narices casi se rozaron.

—Ahora que sabes lo que soy, deberías tener más cuidado. Podría devorarte aquí mismo.

—Sé que no lo harás. —Laura había encontrado la fuerza para hablar, pero lo hizo en un susurro y sin reconocerse—. Confío en ti. Nunca me harás daño.

C la soltó y se apartó como si su piel quemase. Laura la miró, sorprendida de sus propias palabras. Las había pronunciado sin pensar, pero con la sensación de que no era la primera vez que las decía. Ahora fue C quien tuvo que girarse para huir de sus ojos. Se dio la vuelta y saltó. Laura se asomó y la vio rehuir el contacto con la monja, quien observó a la inspectora y apretó la mandíbula. Se quedó allí un momento, aferrada a la barandilla, sin acabar de comprender su reacción y, pese a que le avergonzase admitirlo, esperando a que volviese. No lo hizo. Su desconocida desapareció por las calles.

Aunque esperó un poco más, su figura no volvió a aparecer. Incluso Irene había dejado de mirarla y había atravesado la puerta principal. Laura suspiró y entró en la habitación. Se quedó de pie con las manos sobre la manilla del balcón. Intentó entender qué había provocado su reacción. Nada en sus palabras le pareció suficiente para perturbarla. Ni siquiera había podido escapar de su influjo. Su mirada le había arrebatado la voluntad. Notó un par de pinchazos en las sienes y soltó la manilla. Repetir la escena no iba a

darle respuestas. Debía enfrentarse al grupo cara a cara. Quitó la silla y se sentó en la cama a esperar a Abraham.

Mientras ella aguardaba, C corría por las azoteas en busca de una paz que se le escapaba. Su corazón latía desbocado y casi no podía respirar. En su cabeza, resonaban sus palabras. La estaban arrastrando hacia un torbellino de recuerdos que no quería revivir. Deseó que el esfuerzo físico la ayudase. Sin embargo, por mucho que corriese no podía escapar de su pasado. Sus ojos y su sonrisa aparecían tras cada esquina. El sonido de su voz la envolvía por muy rápido que tratase de alejarse. La suavidad de su piel la hería en lo más profundo.

Al final, se detuvo en seco con el pecho a punto de estallarle y con los ojos anegados en lágrimas. Había llegado a la montañita que protegía a la ciudad. Observó la silueta del castillo que la coronaba. Su belleza no le sirvió de consuelo. Buscó un rincón apartado, se sentó y se apoyó en un árbol. Se abrazó las rodillas y hundió el rostro. Buscó el collar y acarició el anillo. Sus labios pronunciaron un nombre y la avalancha de imágenes comenzó.

1856

Carmilla creció junto a su mellizo Abel y su madre Marcilla en un pueblecito austríaco. Nunca conoció a su padre. Su madre les contó que era un noble importante que había muerto el mismo día de su nacimiento y que les había dejado una gran fortuna. Pasó sus primeros años encerrada en su casa, una gran mansión. Su madre no les dejaba ir más allá de los gruesos muros que la rodeaban. Cuando le preguntaban, su voz sonaba dura y sus ojos brillaban amenazantes. Era lo único que les negaba. La niña tardaría mucho en entender el porqué.

Sin embargo, los niños seguían deseando ver más allá. Carmilla convenció a su hermano para subir al tejado y observar la vida del pueblo desde allí. La niña quedó maravillada; él, no. Parecía decepcionado por la sencillez de las gentes. Durante un tiempo, siguieron compartiendo aquellos momentos. Se entretenían imaginado lo que decían los aldeanos y los vínculos que los unían.

Con el tiempo, a Abel dejó de parecerle divertido. Carmilla cada vez tenía que insistirle más para que la acompañara. Ninguno de ellos entendía la postura del otro y las diferencias no habían hecho más que empezar.

Poco después, a sus seis años, su madre les ofreció el mejor regalo de sus vidas: una amiga. La noche previa, no pudieron dormir. Ninguno podía saber que su madre tenía segundas intenciones; ni que vivía atemorizada; ni que nunca dejaba de vigilarlos; ni que cada noche, rezaba a un Dios en el que no creía para que pudiesen tener una vida pacífica y normal.

Marcilla había estudiado a conciencia a cada candidato porque todo tenía que ser perfecto. Eligió a una de las cinco hijas de uno de los granjeros más pobres. Habían tenido un invierno especialmente duro: las cosechas se habían echado a perder; los animales morían de frío o hambre, o debían servirles de alimento. Su situación era desesperada. Sabía que no rechazarían aquella oportunidad.

Una noche se presentó en su puerta con la oferta de trabajo. Se la explicó con su voz aterciopelada y con la mejor de las sonrisas: la niña iría a la mansión a diario para jugar con sus hijos. Las dudas se disiparon cuando puso las monedas sobre la mesa. Nadie preguntó nada. Poco les importaban los motivos de la joven viuda. No eran capaces de ver más allá del brillo de las monedas.

El padre y la niña se vistieron con la ropa de los domingos y se presentaron en la mansión mucho antes de la hora acordada. El hombre le apretaba la mano y le recordaba que, si intentaban hacerle daño o llevársela de allí a la fuerza, tenía que correr y gritar. La niña asentía con más emoción que miedo. Todos en el pueblo sentían curiosidad por aquella casa y sus habitantes. Corrían cientos de rumores desde que Marcilla había llegado con sus dos hijos recién nacidos y había comprado la casa y las tierras del mayor terrateniente de la zona que, contra todo pronóstico, se marchó del pueblo sin rechistar. Ese fue el último día que vieron a los niños. Su madre cuando salía, que era muy de vez en cuando, nunca contestaba a las preguntas de los aldeanos. Solo les sonreía y, con una facilidad asombrosa, desviaba la conversación hasta que la

pregunta se olvidaba. Esa noche, la niña tampoco pudo dormir. «Tendré la oportunidad de descubrir sus secretos», creía.

Marcilla les abrió la puerta y los invitó a entrar. La niña lo miraba todo asombrada. Al pie de la escalera del recibidor, los gemelos la esperaban, impacientes y muy juntos. Cuando la vieron, los dos sonrieron sin darse cuenta. Ya no podrían dejar de hacerlo. La niña era morena, bastante alta y delgada. Tenía el cabello castaño ondulado y unos grandes ojos grises. Sus facciones eran suaves y bellas. Tardó un poco en descubrirlos. Pero sus ojos acabaron encontrando sus miradas oscuras. Cuando les sonrió de vuelta, los gemelos sintieron una calidez nueva llenándoles el pecho.

Mientras su padre recibía instrucciones de Marcilla, se les acercó y les tendió la mano. Abel se la estrechó el primero. Le gustó su suavidad. Carmilla dudó y desvió la mirada. Aquella calidez no la dejaba pensar. La niña ensanchó su sonrisa y dio un paso adelante para cogérsela ella misma. No la soltó hasta que los ojos de Carmilla acabaron sobre los suyos provocando el primero de los cosquilleos. Aún no lo sabían, pero ya habían cruzado la línea. Se presentó, todavía con sus ojos grises fijos en los de Carmilla. Su voz dulce se le coló y se le grabó muy adentro. Su nombre era Rebeca.

Capítulo 14

Antes de que Laura pudiera recuperarse de la escena en el balcón, oyó unos suaves golpes en la puerta y una voz llamándola por su nombre. Abraham había ido a buscarla. Le abrió y le acompañó al comedor. Una habitación muy amplia dominada por una mesa de nogal, rodeada de sillas de estilo barroco, iluminada por dos lámparas de araña colocadas justo encima, y que descansaba sobre una alfombra de tonos rojizos con bellos y trabajados bordados. Las paredes laterales estaban repletas de cuadros. En una de ellas, una chimenea parecida a la de la biblioteca permanecía apagada y limpia y, en la otra, una puerta la conectaba con la cocina. Dos ventanas con vidrieras colocadas con precisión milimétrica y custodiadas por dos armaduras, las de la derecha medievales y las de la izquierda japonesas, ocupaban parte de la pared del fondo.

Allí, el resto del grupo ya la esperaba para desayunar. Los cubiertos y copas estaban preparados; varias jarras, una tetera y una cafetera, ambas con su juego de tazas respectivas, descansaban en el centro; y delante de todos esperaba una bandeja cubierta con una tapa redonda. C era la única ausente. Laura lo agradeció. No estaba preparada para volver a enfrentársele. Se sentó en la silla vacía y miró su bandeja. No tenía hambre y creía que aquella ceremoniosidad era una pérdida de tiempo, una forma de aplazar el interrogatorio.

Aún tardaría en entender que las comidas eran algo sagrado entre aquellas paredes. Eran los únicos momentos de paz que Abraham podía darles. Aquel hombre no era tan ingenuo como para creer que su comida aliviaría el peso que llevaban o que les haría recuperar a todos los que habían perdido. Sin embargo, era una de las pocas

cosas que podía hacer por ellos y la única forma que había encontrado para afrontar su propia impotencia.

Intentó abordarlos, pero Abraham negó con la cabeza y señaló a las bandejas. Desayunaron en silencio. Laura apenas comió. Jugueteaba con el tenedor sin dejar de observar a Jonás, quien le dirigía sonrisas amables cada vez que se cruzaba con su mirada. Con toda su atención fija en el hombre de ojos verdes, no se percató de que era a ella a quien el resto examinaba. Todos trataban de decidir cuál de los dos caminos debían tomar y todos llegaron a la misma conclusión porque, en realidad, no había ninguna otra opción. Si querían poner fin al dolor, la necesitaban. Solo había un impedimento. Fruncieron el ceño al pensar en ella. Era la única que se había opuesto desde el principio a que entrara a formar parte del juego. A pesar de que sabían que tenía buenas razones, no bastaban para borrar la esperanza de que la joven inspectora fuera la llave de su libertad. «La convenceremos, cueste lo que cueste», pensó Abraham.

Al acabar el desayuno, el caballero habló antes que ella y cortó con un gesto cualquier intento de resistencia por su parte. Laura aceptó a regañadientes las condiciones. «Está bien, caballero. Lo haremos a tu manera», se dijo.

—Antes de nada, deberíamos presentarnos como es debido. A mí y a Joel ya nos conoces. Esta de aquí —señaló a la monja, quien asintió sin mirarla—, es Irene, y este —apuntó al hombre de ojos verdes que sí la miró—, es…

—Jonás. —La inspectora no lo dejó continuar.

—Encantado. —Jonás, que no había perdido la sonrisa en ningún momento, la ensanchó al dirigírsele—. Y tú eres la hermanita de nuestra pequeña Beth. —Oírle pronunciar el nombre de su hermana la enfureció—. Siento mucho lo que tuve que hacerle, pero era la única forma de detenerla. —Aunque estuvo tentada de abalanzarse y devolverle la paliza, logró contenerse. Apretó tanto los dientes que empezaron a dolerle. «Las respuestas son más importantes que la venganza», se repetía—. No conseguimos que entrara en razón de ninguna otra forma. Pero al menos sigue viva.

Su última sonrisa acabó con su autocontrol. Se levantó y cogió el cuchillo de untar mantequilla, cegada por la rabia. No sabía qué quería hacer. Tan solo pensaba en borrar su gesto, que creía cargado de malicia. Sin embargo, no pudo dar ni un paso. C entró de improviso y con dos zancadas llegó hasta ella. La cogió por la muñeca del brazo levantado, la miró a los ojos y las fuerzas la abandonaron. El cuchillo se le escurrió y cayó al suelo con un estruendo metálico.

—Es que no has aprendido nada. —A pesar de que apretó un poco más el agarre, se aseguró de no hacerle daño—. Siéntate. —Laura la obedeció y C la soltó. Dejó de contemplarla y se dirigió al caballero —. Veo que las presentaciones van bien. —Abraham sonrió ante su sarcasmo—. Necesita la historia completa, no hacer nuevos amigos. Cuéntasela de una vez y acabemos con esto. Ahora que ya los ha visto, te creerá. No es necesario ir con cuidado. Nos guste o no, ya está metida en nuestro mundo.

—Creía que no la querías aquí —Joel habló mientras le sostenía la mirada. Laura pudo notar la tensión que existía entre ellos. Tardaría mucho en entender que compartían un mismo dolor que los unía y los enfrentaba a la vez.

—Mis deseos no son importantes. —Observó de reojo a Laura y entornó los ojos—. Necesita saberlo para poder protegerse.

—C tiene razón, Abraham —Irene, que no había dejado de mirar a C desde que había entrado por la puerta, intervino y se giró para encararse con el caballero—. Ya viste lo que pasó ayer. Debe estar preparada.

—Lo sé —dijo el caballero mientras suspiraba—. Y soy el primero que quiere que lo sepa todo. Solo pensaba que era mejor que nos conociera un poco antes. Pero veo que esta hermana es más impaciente. —Sonrió—. Está bien. —Se levantó—. Empecemos.

Echó a andar y el resto lo siguió. C solo reaccionó cuando se movió Laura. Se le colocó detrás y fijó los ojos en su espalda. La inspectora se estremeció al notar la intensidad de su mirada y tarareó para sí con la intención de calmarse. Salieron del comedor y llegaron al pasillo que conectaba las habitaciones de aquella planta con el recibidor y con la escalinata que llevaba a los dormitorios. Lo

recorrieron en silencio hasta llegar a la biblioteca. Abraham fue hacia una de las estanterías laterales, apartó un par de libros y tocó la pared que quedó al descubierto.

Se oyó un pitido y la estantería se movió a un lado mostrando un ascensor amplio, con las paredes recubiertas de un metal plateado muy brillante. A medida que bajaban, Laura empezó a sentirse nerviosa y observó de reojo a C que se le había colocado al lado. Recordó sus propias palabras del balcón y su seguridad de que ella la protegería le pareció asombrosa. «Apenas la conozco, ¿cómo puedo estar tan segura?», se preguntó. Las puertas se abrieron antes de que encontrara su respuesta. Pasaron a una pequeña sala con una bombilla colgando del techo y las paredes de hormigón descubiertas. Frente a ellos, resaltaba una pequeña pantalla incrustada en la pared.

Abraham intentó llegar hasta ella, pero C fue más rápida. El caballero sonrió y no se interpuso. C puso la mano sobre la pantalla y una luz rojiza le escaneó la palma. Al acabar, la pantalla se iluminó en verde y aparecieron dos cuadros, uno con el alfabeto y otro con los diez primeros números. Tecleó una combinación de 13 caracteres y la pantalla volvió a teñirse de verde, aunque los cuadros no se desvanecieron. Introdujo una nueva combinación mucho más larga y desaparecieron con un nuevo brillo verde.

En su lugar, apareció el símbolo de la clave de sol. La presionó tres segundos y pronunció su nombre. Otro destello y la clave se transformó en un círculo con el borde rojo. Puso la punta de sus dedos índice dentro y lo estiró hasta formar un rectángulo. Se acercó y sus ojos se reflejaron en el fondo negro. Un segundo después, la pantalla volvía a estar verde. Apareció una V y una voz en *off* le dio la bienvenida. Tras un segundo de calma, de las juntas de la pared salió un poco de aire. Se movió con lentitud y dejó al descubierto un complejo subterráneo. C se giró y atrapó la mirada de la inspectora que estaba presa por su contorno. Con una sonrisa seductora, señaló al interior y dijo:

—Bienvenida a la Organización V.

La inspectora avanzó y observó el espacio que se abría ante ella. Eran unas instalaciones de última generación. Había un amplio

recibidor que conducía al resto de las habitaciones. A la izquierda había una enfermería, una sala de operaciones y una morgue; a la derecha, los vestuarios, un despacho, el archivo y el taller; y, justo delante, la sala de reuniones, la armería, una sala acolchada, que Laura supuso que sería para C, un tatami y un campo de tiro.

—Vamos —dijo C y le indicó que entrase, sin perder la sonrisa.

Avanzaron y se dirigieron a la sala de reuniones: una habitación acristalada, con una mesa rodeada de sillas y un gran estor para las proyecciones. Se sentaron alrededor de la mesa, menos Abraham que se quedó al lado del ordenador. Apagó las luces y empezó a pasar las diapositivas que le abrirían las puertas de la verdad.

Eran miembros de la Organización V: un grupo secreto que se remontaba varios siglos, cuyo único objetivo era mantener bajo control a los seres conocidos como vampiros. Aquellas instalaciones eran la sede y ellos, la élite, los encargados de la caza y del exterminio de esas criaturas. A pesar de que tenían sucursales alrededor del mundo, su tarea se limitaba a la contención y a la vigilancia. Solo ellos contaban con los recursos, el personal y el entrenamiento necesarios para hacerles frente como iguales. Su localización no era casual. Aquella pequeña ciudad era perfecta. Nadie creería que bajo aquellas calles llenas de historia se estaba librando una lucha sobrenatural a muerte.

Abraham puso un diagrama piramidal con el que dio paso a una explicación detallada de los diferentes tipos de vampiros que existían. No se parecían a la imagen que Laura tenía de ellos. No dormían en ataúdes, ni eran sensibles al ajo ni a la luz del sol. Podían comer, dormir y ocultarse entre los humanos a la perfección. El dibujo proyectado era muy parecido a los seres que la habían atacado la noche anterior: los siervos, en el escalafón más bajo.

Se trataba de personas que, tras servir a los vampiros durante mucho tiempo, obtenían como recompensa unas gotas de su sangre. Estas no bastaban para convertirlos en sus iguales, pero sí para dotarles de habilidades físicas sobresalientes; sentidos muy desarrollados; longevidad; capacidad de regeneración; inmunidad al hambre, al sueño y a las enfermedades; y juventud eterna. A cambio, aparte de vivir atormentados por la sed de sangre, debían

obedecer a quien los había creado y acudir a su llamada. Eran los más débiles y los más fáciles de matar porque por muy antiguos que fuesen o por muy pura que fuese la sangre que los había transformado, nunca lograban una inmunidad real a todo cuanto podía herirlos: la plata, el agua bendita, la escritura sagrada bendecida, las estacas y ciertos amuletos. Tenían dos formas, la humana y la monstruosa. Podían pasar de una a otra sin problemas, excepto cuando perdían el control al entrar en contacto con grandes cantidades de sangre.

Abraham pasó otra diapositiva y apareció el ser que llenaba las pesadillas de la inspectora. Laura de forma inconsciente buscó la mano de C que estaba sentada a su lado. Ella se sorprendió y quiso apartarla. Sin embargo, al mirar su perfil y ver el dolor en sus ojos, no pudo. Sabía que le estaban dando demasiada información, pero también que no había otra forma. Creía que solo así se sentiría satisfecha y se alejaría. El caballero, que había detenido su explicación un momento, continuó e intentó sintetizar al máximo.

Justo por encima de los siervos, estaban los vampiros plenos. Eran humanos transformados por completo mediante la ingesta de grandes cantidades de sangre de otro vampiro y su posterior asesinato a sus manos. Su poder y fuerza variaban dependiendo de su antigüedad y de la cercanía de su conversor a su líder. Los más cercanos a este eran su guardia personal y su círculo de confianza. Esta élite era la más difícil de atrapar y matar porque su camuflaje era perfecto. Contaban con todas las habilidades de los siervos y, además, podían crearlos y convertir a otros en vampiros. Con entrenamiento, eran capaces de soportar la sed durante largos períodos y de dominar por completo su lado más monstruoso. Y, pese a que se les combatía con las mismas armas, su efecto era menor.

Abraham hizo una nueva pausa y cambió la imagen. Era un diagrama corporativo con nombres e interrogantes conectados entre sí y enlazados con una imagen pixelada de un hombre del que apenas se distinguía el contorno. Esta vez, fue C quien sin darse cuenta apretó la mano de Laura. La inspectora notó su calor y sintió un hormigueo.

El caballero se llenó los pulmones de aire. En la cúspide, había un solo hombre, el verdadero enemigo a abatir: Caín. El vampiro más antiguo, peligroso y poderoso que existía. Era uno de los originales y sus habilidades superaban con creces a las del resto. Podía controlar a algunos animales nocturnos como ratas o murciélagos; crear niebla y oscuridad a su alrededor para desaparecer sin dejar rastro; adormecer los sentidos de sus víctimas con su voz; transformarse en un gato y en un murciélago de grandes dimensiones; y entrar en habitaciones y casas cerradas. Las armas habituales no servían de nada contra él. Solo había una cosa que podía matarlo: una daga, todavía más antigua y poderosa, que habían perdido hacía mucho. La Organización V llevaba trabajando desde entonces en una alternativa.

—Porque acabar con él es el fin último de esta organización. Si él muere, todos aquellos a quienes ha convertido, todos los que le deben pleitesía y todos los que no han podido desvincularse, perecerán con él —sentenció Abraham—. Si lo matamos, esta pesadilla que empezó hace tanto acabará.

Capítulo 15

Con aquellas palabras finalizó la presentación. Abraham encendió las luces y se sentó en una de las sillas vacías. Laura y C se soltaron, sin atreverse a mirarse. La inspectora había intentado interiorizar tanta información como había podido. Se mantuvo en silencio mientras acababa de acoplar las piezas. No tardó en percatarse de que, aunque le habían dado una imagen bastante detallada de sus enemigos, en realidad, no le había revelado nada ni sobre ellos, ni sobre su hermana. Se levantó. No iba a darse por vencida.

—¿Y qué tiene que ver mi hermana con todo esto?

Todos, salvo C, sonrieron. Solo ella esperaba que aquella joven diera sus palabras por suficientes. Torció el gesto. La inspectora lo vio, pero no cejó en su empeño. Apoyó las manos sobre la mesa y adoptó una actitud llena de determinación y dureza. Era la misma que empleaba en sus interrogatorios y que le había granjeado su reputación.

—Ella trabaja con nosotros. —Abraham volvió a tomar la palabra —. Hace algo menos de un año hicimos un descubrimiento que podría ser la clave para acabar con esta guerra. Beth fue a investigarlo y sus esfuerzos dieron sus frutos. Confirmó que hay una forma de matarlo. —Hizo una breve pausa y apretó los labios. Su tono se cargó de dolor y culpa—. Pero, pagó cara esa información. Acabó convertida.

—¡¿QUÉ?! —Laura dejó de respirar un segundo. Se sintió mareada y agradeció estar apoyada. Porque supo que, de no estarlo, sus piernas no habrían podido sujetarla. Y no quería demostrarles debilidad.

—Aún no es tarde para ella. —Joel se había levantado y habló con cierta torpeza. Intentaba no mirar a C, que había clavado sus ojos

oscuros en él—. Para que la transformación se complete, el infectado debe beber sangre humana. Y Beth aún no lo ha hecho.

A pesar de que el cambio en su tono al pronunciar su nombre había sido casi imperceptible, Laura lo advirtió. Estaba acostumbrada a notar cualquier pequeño cambio en sus interlocutores. Demostraba un sentimiento muy profundo. En otras circunstancias, se hubiese alegrado de que alguien quisiese tanto a su hermana. Sin embargo, en aquella habitación, llena de los desconocidos que la habían condenado, apenas podía pensar. Tarareó para sí. No podía sucumbir al fuego que le quemaba en las venas.

—La noche del ataque —intervino Jonás. Quería ser él quien se lo contara. Buscó su mirada que ella le aguantó—, Beth salió movida por la sed. Por suerte, nos dimos cuenta de su cambio a tiempo y la estábamos vigilando. —Curvó los labios en una media sonrisa que no tardó en desaparecer—. Cuando trató de alimentarse de aquel chico, fui a su encuentro y la detuve. —Calló un segundo y entrecerró los ojos. Los recuerdos le dolían. Laura, que seguía culpándolo, sintió una oleada de satisfacción que la avergonzó—. Estaba fuera de sí. Peleamos y pude dejarla inconsciente.

—Tras el ataque —ahora fue Irene quien habló—, limpiamos la escena, le inyectamos un suero para mantenerla dormida y Jonás hizo la llamada anónima —habló mirando hacia la inspectora, pero no podía evitar que sus ojos se desviaran hacia C—. Abraham contactó con uno de los médicos del hospital, uno de nuestros colaboradores más antiguos, y lo convenció para que la mantuviera en un estado permanente de inconsciencia hasta que acabemos con esto. —Se obligó a fijar la mirada en los ojos azules de la inspectora. Quería que comprendiese la importancia de lo que hacían. Sabía cuánto la necesitaban—. Si él muere, ella volverá a la normalidad.

—Lo teníamos todo previsto y preparado. —Oír a C reavivó el cosquilleo en el vientre de la inspectora. No tuvo fuerzas para girarse y enfrentársele—. Todo —C cambió de posición para atraparla con el brillo seductor de sus ojos oscuros—, salvo tú. No esperábamos que fueses capaz de encontrarnos.

Pese a que Laura sintió cómo su voluntad se iba diluyendo y cómo su respiración se entrecortaba, no bajó la mirada. Tragó saliva y la

fijó en sus pozos sin fondo. Debía aprender a sobreponerse. Pensó en su hermana. Se la imaginó enfrentándose a Caín y se contagió de su valor. Frunció el ceño y redujo la poca distancia que las separaba. Notó cómo sus miembros se desentumecían. Su hechizo se estaba resquebrajado. Se concentró aún más. C entornó los ojos. No esperaba encontrarse con aquella resistencia. Se necesitaba mucho entrenamiento para resistirse a sus encantos. La inspectora notó su frustración y consiguió sonreírle satisfecha. Creía que la había vencido y un sentimiento de euforia la invadió.

Sin embargo, no tardó en abandonarla. C no se iba a dejar derrotar. No solo su orgullo estaba en juego. Sabía lo que debía hacer, aunque odiaba emplear aquellas artes. Se le acercó, buscó su mano con la suya y se la acarició con suavidad. Un calor conocido invadió a Laura. Quiso apartarse, pero fue demasiado lenta. C se la cogió con suavidad y enlazó sus dedos. La inspectora desvió la mirada para centrarla en sus manos. Fue un error porque, al levantarla, se encontró con la suya más cerca que nunca. Laura se quedó sin respiración. Aunque pensó en alejarse, ya era tarde. Su cuerpo dejó de responder cuando C le sonrió. Con aquel gesto, le encadenó la voluntad. Laura entreabrió los labios y, en lugar de palabras, emitió un leve gemido.

C ensanchó la sonrisa. Creía que lo había conseguido. Bajó la guardia y la soltó. A pesar de que le apoyó las manos sobre los hombros para obligarla a sentarse, la inspectora se mantuvo firme con los ojos claros sobre los suyos. C entornó la mirada y lo notó. «Todavía te quedan fuerzas. Es increíble. Sigues luchando para escapar de mí. Sé que eres capaz de huir de mi influjo. Pero no pienso darte tiempo. Debo acabar lo que he empezado. Aprovecharé este momento de debilidad y te convenceré. Te alejaré de toda esta locura. Es lo que desea Beth. Estoy segura», pensó C sin saber lo poco que sabía sobre los deseos de su compañera.

Porque Beth era la protectora de su hermana, pero también quien mejor la conocía. Sabía que no iba a rendirse y que la inacción y la incertidumbre eran mucho más peligrosas que cualquier batalla. En sus últimos momentos de claridad, había dejado un rastro para conducirla hasta allí. «Ellos sabrán guiarla. Colaborará desde la

retaguardia y me salvará», se decía mientras luchaba contra una sed que se abría paso con cada nuevo latido. Todos lo comprendían, menos C.

Ella, aterrada por la posibilidad de perder a alguien más, deseaba acabar con Caín por su cuenta y riesgo. Y desde su encuentro en el balcón, ese miedo la había obsesionado con la idea de mantenerla a salvo porque Laura era mucho más que la hermana pequeña de Beth. Se había colado por las grietas de su coraza y había revivido sentimientos que llevaban enterrados desde aquella primera noche de sangre y destrucción.

—Ahora que lo sabes todo —continuó C obviando las miradas del resto de los miembros que, pese a que reprobaban sus métodos, no habían osado interrumpirla—, ya puedes volver a casa. —Al dejar de mirarla, Laura se sintió libre y respiró hondo con la mente medio adormilada todavía—. Sigue con tu vida, como si no supieses la verdad. Cuando Caín esté muerto, nos pondremos en contacto. No te preocupes —le dedicó una sonrisa que no se parecía en nada a la que la había atrapado—, estarás en primera fila cuando Beth despierte. Olvídate de los vampiros y de esta organización, y recupera la rutina.

—¡No! —gritó Laura sorprendiéndoles a todos. Se acarició las sienes. Se sentía mareada, pero la había escuchado con claridad. Dio un vistazo circular en busca de apoyo. Aunque todos le sostuvieron la mirada, supo que ninguno intervendría. Esa batalla solo les pertenecía a ellas dos. Inspiró profundo y soltó el aire de golpe. Se giró, buscó sus ojos oscuros y repitió su negativa—. ¡No lo haré!

—¿Y qué quieres? —C levantó un poco la voz. Su resistencia la enervaba—. No tienes preparación y apenas sabes nada. Solo nos entorpecerías. —Sin darse cuenta, habían reducido la distancia que las separaba. Aunque la tensión era casi palpable, ninguna se percató. Estaban demasiado centradas la una en la otra—. Y no podemos permitirnos ese lujo. Ahora menos que nunca.

—Aprendo rápido, tengo buena puntería y hago ejercicio a diario. —La inspectora adoptó una postura que trasmitía seguridad. No se doblegaría—. Creo que encajaré mejor de lo que crees. —Sonrió, mientras el rostro de C se ensombrecía.

—Esto no es discutible, Laura. —Ella sintió un pequeño escalofrío cuando pronunció su nombre. Apretó la mandíbula y se mantuvo firme. C continuó; tampoco pensaba rendirse—: Accedimos a esto porque sabíamos que seguirías acosándonos hasta que supieses la verdad. —Cruzó los brazos ante el pecho. Sus ojos brillaron casi amenazantes. Laura torció el gesto—. Pero no te dejaremos formar parte.

—¿Y si demuestra ser apta? —cortó Abraham ganándose toda la atención. Había colocado las manos formando un triángulo y jugueteaba chocando las puntas de los dedos—. ¿Qué tal si pasa una prueba? —dijo fingiendo que se le acababa de ocurrir. A C no la engañó. Pocas cosas escapaban a su mirada y la del caballero brillaba con astucia—. La que tú elijas, C. —Le sonrió con falsa inocencia. Ambos sabían que poco podía decidir—. Si no lo consigue, Laura volverá a su vida. Pero si la pasa, se unirá a nosotros y tú serás la encargada de enseñárselo todo. —C suspiró y frunció el ceño. «Contradecirle no servirá de nada. He caído en su trampa», pensó.

—Está bien. — C sonrió. «Si es lo que quieres, jugaré a tu juego y ganaré», se dijo—. Haremos lo que dices. Pero sea cual sea el resultado, ambas deberemos aceptarlo; sin segundas oportunidades, ni quejas. —Respiró hondo y la miró. Laura asintió—. Será una pelea contra mí. Si consigues hacerme sangrar antes de que te deje inconsciente, ganas.

De reojo, C vio sonreír al caballero y sus sospechas se confirmaron. «Lo tenía planeado desde el principio», pensó y apretó la mandíbula. «Pero no importa, no hay nada que pueda hacer contra mí», concluyó. Laura, ajena a sus pensamientos, accedió con una sonrisa y un tono de falsa seguridad.

Cada fibra de su cuerpo temblaba. La había visto pelear y sabía que no se lo pondría fácil. Recordar la batalla en el callejón provocó que un sudor frío le recorriera la espalda. Su pistola no le iba a servir de nada. «Pero es mi última oportunidad. No puedo negarme», se dijo y se aferró al recuerdo de su hermana.

—Bien, pues no perdamos más tiempo —sentenció C mientras salía de la habitación acristalada.

No se giró para comprobar si la seguía. No era necesario porque podía sentirla. La condujo a una de las esquinas donde estaba el gran tatami rodeado por unos gruesos cristales blindados. Por fuera, en uno de los lados, había una mesa; en otro, unas sillas; y en otro, un soporte en el que descansaban armas blancas de diferente tipo con los filos brillantes y plateados, y varios arneses.

C fue directo a él y eligió un par de espadas cortas que movió con maestría para calentar los músculos. Se descalzó y entró en el tatami. Laura la contempló aterrada y C sonrió. En el fondo, deseaba que se echara atrás. No quería herirla. Su mirada decidida, pese al miedo, le confirmó que no lo haría. Ensanchó su sonrisa. No podía negar que era valiente.

La inspectora se acercó al soporte. Nunca había utilizado armas blancas, a excepción de un cuchillo Bowie con el que practicó en la academia. Cogió el que más se le parecía y se lo colocó en la cintura sujeto con uno de los arneses. Se quitó los zapatos e iba a entrar en el tatami, cuando Irene, que había desaparecido sin que ninguna se diese cuenta, volvió corriendo con dos maletas.

Las colocó en la mesa vacía y le indicó que se acercara con un gesto. Laura miró a C sin pensar, y esta asintió sin perder su sonrisa. La monja las abrió y para su alivio, dentro encontró varios tipos de pistolas y de cargadores diferenciados por pequeños símbolos.

—A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que las armas y balas normales no te servirán de mucho —dijo Irene. Ella no contestó. No era necesario—. No hay tiempo para explicártelo, pero prueba con una de estas de 9 milímetros, —Señaló un par de pistolas muy similares a las de la policía—, tienen un peso, retroceso y capacidad casi idénticos a la tuya. Y usa estas balas. —Cogió uno de los cargadores y se lo entregó. Laura cargó una de las pistolas y apuntó con ella. Era más cómoda de lo que había imaginado, aunque también algo más pesada—. Buena suerte. —Le tocó con timidez el hombro y se reunió con los demás, que ya se habían sentado para servir de público.

Laura observó el interior de las maletas y preparó otro cargador, a pesar de que no creía que pudiese recargar. Sostuvo el arma en las manos y buscó de reojo a C. Imaginarse lacerándole la piel le trajo

un regusto amargo. Negó con la cabeza. No podía ponerse a pensar. Aquello ya estaba decidido. «Si solo respeta la fuerza, eso es lo que le mostraré», sentenció.

Antes de acceder al tatami, se apretó la cinta del pelo bajo la atenta mirada de C, quien frunció el ceño ante el gesto. Bucearon unos segundos la una en los ojos de la otra y se apuntaron. No necesitaron que les marcaran la salida. Ambas se movieron al unísono. C se le echó encima con rapidez. Laura no permitió que las dudas le impidiesen reaccionar. Dirigió el cañón del arma a sus extremidades, asegurándose de no tocar ningún punto vital, y apretó el gatillo. Aunque las balas atravesaron el aire, no alcanzaron a su objetivo.

Laura disparó una y otra vez y logró mantenerla a cierta distancia. La inspectora tenía la frente perlada de sudor y C sonreía. Ambas sabían que, con aquella táctica, solo retrasaba lo inevitable. Pronto, el sonido del cargador vacío ensanchó su sonrisa. Aunque Laura intentó recargar a gran velocidad, C no se lo permitió. Se movió tan deprisa que la tenía al alcance antes de que el vacío tocase el suelo. Con un movimiento que parecía desesperado, Laura le lanzó la pistola y se aferró al mango del cuchillo. Pero no sirvió de nada. C la desvió con una de las espadas, las soltó y la arrolló haciéndola caer, antes de que pudiese desenfundar.

C le agarró las muñecas y se le acomodó encima, inmovilizándola. Sus miradas se encontraron. C estaba tranquila; Laura, no. Tenía la respiración entrecortada y el pecho le subía y bajaba con rapidez. C sonrió con alivio. Allí acababa todo. Sabía que Laura cumpliría su parte. Disfrutó un segundo más de su superioridad y observó su resistencia con cierta admiración. Por sus ojos claros pasó un destello de ira contenida y C dejó de sonreír. «Poco me importa si me odias, si estás a salvo, ajena a esta guerra y a su peligroso final», pensó y recordó cuando fue ella misma quien se negó a rendirse y alguien más había pronunciado unas palabras parecidas. No pudo sonreírle al recuerdo, pero tampoco quiso huir de él. Liberó sus muñecas para rodearle el cuello con las manos y apretó con suavidad. Debía acabar porque Laura no iba rendirse sin más.

—Lo siento, pero es mejor así. —Trató de que su voz sonase suave. Por toda respuesta, Laura se hundió aún más en sus pozos sin fondo y se quedó muy quieta, como si hubiese aceptado el desenlace. C suspiró aliviada y recuperó su media sonrisa—. Nosotros acabaremos con esto. Te devolveremos a tu hermana. Lo prometo.

El rostro de la inspectora comenzó a enrojecerse por la falta de aire. Estaba a punto de perder el conocimiento. C estaba tan centrada en no hacerle daño y en el brillo desafiante de sus ojos que, por primera vez, fue su mundo el que desapareció y ni siquiera lo oyó. Sintió el impacto sobre el estómago y la soltó, sin cambiar de posición, para buscar el origen del dolor. Su camisa blanca se estaba tiñendo de carmesí.

Laura se incorporó, lanzó lejos su segunda pistola que aún humeaba y le colocó las manos sobre la herida para taponar la hemorragia. C rio ante su mirada cargada de culpabilidad y arrepentimiento, su disculpa a media voz y su cuerpo tembloroso. Ese sonido armonioso aumentó los latidos de la inspectora y provocó una sonrisa en la monja. Ella mejor que nadie sabía lo difícil que era arrancarle una carcajada.

Laura se mordió los labios. Los ojos se le habían humedecido y seguían presos por el tono rojizo. Apretó con fuerza sin percatarse de que la herida ya había desaparecido. C dejó de reír y se aferró a sus hombros para que la mirara.

—Hace falta mucho más para matarme —susurró con delicadeza y afecto. Pero Laura negó mientras se mordía los labios un poco más —. Tranquila, pronto estaré bien.

Le atrapó el rostro con las manos y la obligó a prestarle atención. Cuando sus ojos se encontraron, C tuvo que reprimir el impulso de abrazarla. Allí estaba, sobre un fondo azul, un brillo muy familiar. Apretó la mandíbula y se convenció de que su deseo la engañaba. La soltó y desvió la mirada. Su calidez empezaba a quemar. Para no enfrentarse a los recuerdos que ese brillo traía consigo, se levantó y le dio la espalda.

—Enhorabuena. Ahora, para bien o para mal, eres una de nosotros. —Aunque su tono había cambiado, Laura no lo notó. Solo

podía pensar en lo cerca que habían estado sus cuerpos y en lo suaves que le parecían sus labios.

Capítulo 16

Laura se despertó antes del alba y salió de la habitación treinta minutos antes de la hora acordada. Bajó las escaleras y fue a la cocina. Allí, C ya la esperaba, como cada mañana desde los últimos cinco días, apoyada contra la pared y con la vista fija en la puerta. La inspectora suspiró. «Hoy tampoco he podido adelantarme», pensó.

Mientras ella desayunaba, C apenas se movía. Se dedicaba a observarla con la misma expresión indescifrable que le había mostrado al final del combate. Laura lo recordaba bien porque, desde entonces, C la rehuía. Sopló con delicadeza sobre su café y repasó, de nuevo, lo que ocurrió justo después de convertirse en miembro de la Organización V para encontrar el motivo que había llevado a la vampira a distanciarse. Aunque sabía que no hallaría ninguna respuesta. «Igual que con la escena del balcón», rememoró con el recuerdo del cosquilleo erizándole la piel. Sopló una vez más y la miró de reojo, deseando saber qué se escondía tras esos ojos oscuros que ya la habían hechizado.

Tras asegurarse de que su herida se había cerrado, C le había resumido deprisa el papel de cada parte de las instalaciones y se había marchado sin volver a mirarla. Laura hubiese querido seguirla. Pero Abraham se había interpuesto para darle los códigos de acceso y las llaves del palacete y de la habitación en la que había dormido y que ahora le pertenecía. Esa misma tarde, había regresado a casa para hacer la maleta. Había mentido a Aitor inventándose una escapada a un hotelito rural.

Él supo que aquello preludiaba su ruptura. Hacía mucho que vivía temiendo el momento en que oiría el «Tenemos que hablar». Sin embargo, se negaba a perder la esperanza de que algún día lograría

colarse en su corazón porque ella ocupaba el suyo por entero. La había contemplado de arriba abajo y se había alegrado de su recuperación. Le había sonreído y le había prometido que iría a ver a Beth a diario y que la mantendría informada. Ella había correspondido al gesto apretándole el brazo con cariño.

—Gracias —le había dicho, añadiendo para sí: «Aunque no es necesario. Abraham seguirá vigilando a su pupila».

Laura fregó la taza y C entrecerró los ojos. Para cuando la inspectora se le enfrentó, C sonreía seductora con los ojos brillándole llenos de determinación. Se pusieron en marcha sin mediar palabra y entraron al tatami. Laura calentó y se preparó para su sesión de entrenamiento cuerpo a cuerpo cuyo objetivo era atacarla con todas sus fuerzas para lograr golpearla. C siempre la esquivaba con agilidad y en cuanto la notaba exhausta, contraatacaba. Entonces ella retrocedía y se ponía en guardia. Pero C era más rápida. Sus dedos impactaban contra su frente y, antes del «Otra vez», le sonreía con un aire de superioridad que la exasperaba.

Al principio, creyó que aquello era una treta para mantenerla entretenida sin dejarla prepararse de verdad. Sin embargo, a medida que pasaban los días, se había ido acostumbrando a su velocidad. Al tercero, ya podía esquivarla de vez en cuando y aquel día esperaba ser capaz de detener uno de sus contraataques. Lo intentó un buen rato, pero su deseo de impresionarla la empujaba a precipitar sus movimientos y acababa con sus dedos sobre la frente y su «Otra vez» resonando entre las paredes de hormigón.

Laura soltó un bufido. «Se me acaba el tiempo», pensó. C negó y la leyó con facilidad.

—Si pierdes la calma, morirás —dijo mientras avanzaba en su dirección a toda velocidad.

Ella quiso evitarlo, pero no estaba preparada. Con una llave, C la tumbó y se le sentó sobre el estómago. Para sujetarle las muñecas, tuvo que inclinarse un tanto. Ninguna se percató hasta que Laura dejó de resistirse al notar el peso de su cuerpo. Fundieron sus miradas. Estaban tan cerca que era difícil no hacerlo. C la soltó sin darse cuenta. Laura se perdió en su negrura y entreabrió los labios.

Los ojos de C se pasearon sobre su semblante y le sonrió con tristeza.

Aquel gesto rompió el hechizo y la inspectora reaccionó. Se movió con fiereza y logró liberarse. Se puso de pie antes que C y le rozó la frente. La suavidad de su piel le provocó un escalofrío que se esfumó ante otra de sus sonrisas tristes. C se le acercó, pero mantuvo una cierta distancia. Laura buscó su mirada, pero ella le dio la espalda. Antes de marcharse, dijo muy quedo:

—Bien, novata. Si sigues así, pronto nuestra velocidad no será un problema. Con tu precisión, vas a ser una tiradora excelente.

Laura no supo qué contestar. «Así me mantiene alejada del peligro», pensó con el rumor de un cosquilleo en el bajo vientre, y el fuego de la rabia y la impotencia quemándole en el pecho. «No me ve como a su igual. Nunca lo hará. Solo soy la hermana pequeña de Beth. Alguien por quien solo se puede sentir lástima», se dijo y notó cómo aquella voz salía de sus entrañas para encadenarla y sumirla en la misma desesperación que la había llevado al hospital.

Para impedírselo, golpeó el tatami con los puños hasta que le dolieron. Cuando su respiración se calmó, se dirigió a la galería de tiro mientras mascullaba para sí: «Te equivocas, C, y voy a demostrártelo». Preparó una pistola y varios cargadores con los diferentes tipos de balas. La voz de Irene resonó desde su memoria. Durante el primer día, cuando C se hubo marchado, la monja se le acercó para acabar su explicación:

«—Es posible derrotar a los vampiros y siervos con estas balas que la Organización V ha creado y perfeccionado. Hay cuatro tipos, cada una con un peso y utilidad diferentes. De ahí que se marquen con estos símbolos, ¿ves? Las del triángulo tienen el interior de madera dura y afilada y funcionan como estacas. —Había disparado un par de veces para que Laura pudiera ver su efecto—. Estas, las del círculo, son explosivas y esparcen agua bendita. —Disparó de nuevo—. Las de la estrella son las más básicas, las de plata bendecida. Poco se diferencian de las que has usado hasta ahora. —Aun así, se las mostró—. Por último, están las de la cruz, que son de plomo y tienen grabados diferentes pasajes de las Escrituras. Han perdido algo de eficacia en los últimos años —concluyó con una

nueva ráfaga y se despidió con una sonrisa y unas palabras de ánimo».

Laura no la vio marcharse. Se había quedado con la mirada fija en los objetivos. La monja no había fallado ni un solo disparo. «Y ni siquiera parece haberse esforzado», se dijo y pensó en C. Creyó que Irene se había ganado su confianza demostrándole su valía. Desde entonces, dedicaba un par de horas a practicar para intentar parecérsele «Aunque solo sea un poco», deseó.

Apretó el botón que hacía aparecer los diferentes blancos fijos. Los fue abatiendo mientras aumentaba la distancia que la separaba de sus objetivos. Tras vaciar dos cargadores de cada tipo, pasó a los móviles. Subió la velocidad y la distancia al máximo. Pese a sus esfuerzos, ni siquiera logró rozarlos. Torció el gesto y las redujo hasta que recuperó la precisión. Vació otros dos de cada antes de comprobar sus resultados. Frunció el ceño. «Mejor que ayer, pero no es suficiente», pensó y recordó la exhibición de Irene.

Regresó a su habitación abatida. Se duchó, se cambió de ropa y bajó a la cocina para almorzar. Esperaba no encontrarse a nadie, pero a aquellas horas, la vida ya llenaba el palacete. El resto de los miembros pululaban por la casa, cada uno con su propia rutina. Abrió la puerta unos centímetros y echó una ojeada. No vio a nadie y entró con un suspiro de alivio. La monja esbozó una sonrisa que se ensanchó al ver sus mejillas enrojecidas. Irene había ido a buscar un poco de arroz para limpiar el polvo del interior de su violín.

Laura se centró en el instrumento colocado con cuidado sobre la mesa, en parte para huir de su mirada que parecía leerla y en parte porque la música le apasionaba. Como no tenía talento para ella, se había resignado a escucharla y a tararearla con torpeza. Si no le hubiese pesado tanto el recuerdo de su cercanía con C, le hubiese gustado preguntarle si podía oírla tocar. La monja entrevió su expresión y supo en quién estaba pensando. Se marchó con una sonrisa. Desde que C le contó su primer encuentro en el hospital, con los ojos brillantes, intuyó que la presencia de aquella mujer la obligaría a dejar la coraza a un lado. Y estaba impaciente por presenciarlo.

Laura esperó hasta que sus pasos se perdieron por el pasillo, para picar algo y bajar a los archivos donde se quedaría hasta el aviso para la comida. Cada vez que abría aquella puerta, recordaba la primera vez que había entrado. Fue Abraham quien le había enseñado cómo acceder a los ordenadores cuyos discos duros contenían gran parte de la información relativa a la Organización V y a los vampiros. Después, había señalado la puerta de la pared de enfrente:

—Esos son los archivos originales. Toda nuestra historia está ahí. Es el verdadero corazón de la Organización V.

Laura se había dejado llevar por la curiosidad, había abierto la puerta y las luces automáticas le habían dado la bienvenida. La habitación se parecía a una nave industrial con cientos de metros llenos de estanterías a rebosar de archivadores y cajas. Nunca creyó que hubiese tanto por ver. El primer día había desistido de internarse en aquellos interminables pasillos. «Me conformaré con el material digital›», se dijo.

Había cerrado la puerta y se había girado para darle las gracias. Pero Abraham ya no estaba. En el fondo le agradeció que la dejara sola. «Así podré buscar las respuestas por mí misma sin tener que darle explicaciones a nadie», pensó. Se había sentado frente a uno de los ordenadores y había introducido sus códigos. En la pantalla solo se había encontrado con una carpeta con una V mayúscula. Dentro, había otras tres con los números romanos para el diecinueve, veinte y veintiuno. Había accedido a una y había descubierto que contenía otras con los años como títulos.

Había retrocedido para entrar en la del siglo XXI y buscar la del 2001, el año del ataque a sus padres. En su interior, había un montón de documentos en un aparente caos. Los había seleccionado y se había enfrascado en su lectura. Contenían de todo, desde listados de bajas hasta bocetos de nuevas armas. Había continuado con la búsqueda manteniendo el cuerpo en tensión y pronto encontró el informe del ataque.

Se había puesto los cascos y lo había reproducido. Su voz la había envuelto: «22:13 El objetivo sale de su escondite. Su

comportamiento es errático. Lo sigo de cerca. A medida que avanza parece estar más nervioso. Se ha metido por una callejuela. Sube de un salto a los tejados. Lo sigo por las calles para no llamar su atención. 22:17 Ha descendido de golpe. Corro para alcanzarlo. En la calle no está. ¿Habrá sido tan temerario como para meterse en una casa? ¿Qué ha llevado a un vampiro pleno a comportarse como un siervo esclavizado por sus instintos? No sé en cuál está. No hay movimiento en ninguna. 22:18 Alguien grita. Voy a entrar».

Laura la había oído romper una ventana y había reconocido su propio grito. Una voz desconocida había gruñido y se había encarado con C: «Tenías que ser tú. Tranquila, en cuanto acabe con esta dulzura, te dedicaré toda mi atención». «Por favor, ayuda». No hubo respuesta, tras unos segundos de silencio, el desconocido había gritado de dolor. Otra pausa y, luego, un llanto, el suyo. Unos pasos habían subido desde la planta baja al corredor del primer piso. «¿Dónde está esa cosa? ¿Quién eres tú?», había preguntado su hermana. Aunque no había podido verla, sabía perfectamente qué expresión estaría poniendo. «Rebeca». C había pronunciado aquel nombre con una mezcla de anhelo y dolor que se le había quedado grabado. «¿Quién?». Un nuevo silencio. «Nada. Debéis salir de casa. Mis colegas vendrán a recoger todo esto». A pesar de que C había vuelto a su tono neutro, Laura había advertido un dejo de amargura. «¿Y mis padres?». Aunque C no había contestado, su silencio había bastado para que Beth lo entendiera entonces y Laura ahora. A su llanto se había sumado el de su hermana, quien tardó unos segundos en contestar: «Está bien». Un momento de silencio. Sus pasos alejándose y de nuevo el sonido de su voz: «22:22 No he podido evitar el ataque. Hay dos muertos y dos testigos. Pido refuerzos. Fin del informe».

El silencio la había golpeado con fuerza y se había quedado quieta un momento. Aquellos fragmentos fueron suficientes para que los recuerdos salieran de las profundidades donde los había enterrado para huir de la verdad. Las imágenes se habían sucedido imparables y el dolor había brotado de ellas. Laura iba a revivirlas con la crudeza de la primera vez.

Aquella noche, la había despertado el grito de su hermana que dormía a su lado. Al abrir los ojos, vio que tenía encima un hombre de mirada rojiza y colmillos afilados. También gritó y empezó a patalear. Él sonrió. Adoraba aquella resistencia. Beth se había levantado y le había golpeado con una de las sillas. Él se incorporó y con un simple roce la lanzó al otro lado de la habitación.

El alboroto despertó a sus padres que irrumpieron en el dormitorio poco después. Él gruñó y se levantó de la cama. Su padre armado con un paraguas fue directo hacia él, quien lo esquivó con facilidad y lo agarró del cuello. Lo levantó como si no fuese nada y se lo rompió. Aquel sonido quedó suspendido en el aire unos segundos. Su madre, que había cruzado la habitación para sacarla de la cama, la empujó fuera de la habitación, recogió el paraguas de su marido y se enfrentó al desconocido.

Beth la cogió de la mano e intentó aprovechar al máximo los segundos que su madre les iba a conseguir. La escondió dentro de un armario y bajó a la cocina para armarse con un cuchillo y llamar a la policía. Sin embargo, el sacrificio de su madre no fue suficiente. El hombre acabó con ella mucho más rápido de lo esperado y fue directo a por Laura. La encontró sin problema pese a que ella había dejado de respirar al oírle entrar en la habitación. La agarró, la miró y se relamió.

Entonces, apareció C rompiendo la ventana. Era la mujer más bella que había visto y estaba envuelta en un halo de seguridad que hizo que su joven corazón diese un vuelco. Se miraron un segundo y Laura supo que ya no había nada que temer, que ella la salvaría. Él le habló. Pero sus palabras ya no importaban. Toda su atención seguía fija en la desconocida que avanzaba con paso firme y un brillo amenazante en sus ojos oscuros. Él la dejó caer y se le encaró. Ella, sin inmutarse, desenfundó su espada. Lo hirió y él soltó un alarido.

Laura se creyó salvada. Quiso correr hacia su salvadora y refugiarse entre sus brazos, pero un gruñido gutural congeló sus movimientos. El hombre comenzó a temblar y se transformó en el ser de sus pesadillas, con los colmillos afilados, el pelo negro erizado y los ojos rojos. Ahora lo veía con claridad. No se trataba de ningún

sueño, sino de un recuerdo olvidado y manipulado por su propio miedo. «Y, por eso, al verla en el hospital me alteré tanto», reflexionó. No era la primera vez que se cruzaba con esos ojos oscuros. Lo que sintió al conocerla había brotado de nuevo con una intensidad renovada.

La transformación del intruso anuló sus sentidos. No fue consciente de lo que pasó a continuación. Para cuando su hermana volvió armada, poco después, todo había acabado. Beth la abrazó y ella, al sentirse segura, se desmayó. Al despertar en su habitación al día siguiente, apenas recordaba nada. Estaba mareada y débil. Todo el cuerpo le dolía y la cabeza estaba a punto de estallarle. Mirar a su alrededor no le dio las respuestas que buscaba porque todo estaba en su sitio. A pesar de ello, no se quitaba la sensación de que algo no estaba bien. Se levantó y echó un vistazo al resto de la casa. Estaba impecable. Las ventanas rotas habían sido arregladas, la sangre limpiada, los cuerpos retirados, y su hermana aleccionada.

Se convenció de que los pocos fragmentos que recordaba eran el resultado de una pesadilla y el monstruo que la acosaba cada noche un simple, pero persistente, terror nocturno. Se había creído sin dudar todo lo que la policía y su hermana le dijeron sobre el accidente. No insistió cuando no le dejaron ver los cuerpos de sus padres para despedirse. Hizo caso omiso a las dudas que le fueron surgiendo durante los días siguientes. Prefirió darle crédito a las explicaciones racionales y coherentes que le brindaban, antes incluso de que exteriorizara sus preguntas, y olvidarse de los monstruos. Eligió el camino más fácil y ahora estaba pagando las consecuencias.

«Todo es culpa mía. Era a mí a quien querían. Ella me protegió y yo la dejé sola. Me engañé para huir del dolor y cerré los ojos ante la verdad. Tuvo que enfrentarse a todo esto mientras cuidaba de mí. Su conversión, todos esos años de dolor y cada una de sus heridas son culpa mía. He sido yo quien la ha encadenado a esa cama de hospital. Y ahora ni siquiera soy capaz de tomar el relevo. No estoy a la altura. C nunca me dejará participar en ninguna misión. Estoy condenada a mirar impotente cómo todos se juegan la vida para salvarla. ¿Cómo puedo ser tan inútil?», se maldijo.

Se había quitado los cascos con un fuerte tirón y había apagado el ordenador con un clic desesperado. No sabía cuándo había comenzado a llorar. El cuerpo le ardía y los pinchazos la aguijoneaban con furia. La asfixia hizo acto de presencia. Se levantó y salió de aquella habitación que parecía empequeñecerse para atraparla. Corrió por los pasillos y llegó a la calle. La brisa fresca no detuvo a la culpa. Deambuló sin rumbo en busca de un aire que no bastaba. Apenas podía ver lo que la rodeaba. Solo el llanto de su hermana perdurada en sus oídos. Se estaba ahogando.

Vio el destello de una fuente y metió la cabeza sin pensar. El agua ayudó a regular la temperatura. Pero no acabó con la angustia ni mucho menos con la culpa. Al sacarla, se percató de que alguien se había apoyado a su lado y la miraba. Deseando encontrarse con sus ojos negros, levantó la cabeza con el cabello chorreante. Pero solo halló la sonrisa de Jonás.

—Buen baño —dijo con un tono divertido que la enfadó.

—¿Qué haces aquí? —Se pasó la mano por el pelo y se lo echó hacia atrás. Soltó la goma que lo sostenía y lo dejó suelto.

—C te ha visto marcharte y se ha preocupado. Aunque es tan cabezota que sabía que no iba a admitirlo. Así que me he ofrecido a echarte un ojo. Ella ha fingido indiferencia, pero la conozco desde hace mucho. —Ensanchó su sonrisa recordando su expresión de alivio.

—Pues no hacía falta. —Lo miró con cierto rencor. A pesar de que él se percató, no perdió su sonrisa. Comprendía su reacción. Era más fácil culparlo a él.

—Yo creo que sí. Has tenido que asimilar mucho en pocos días. Cualquiera estaría superado.

—Solo necesitaba un poco de aire. Ya estoy bien, así que puedes irte. —Él ni le contestó, ni se movió de su lado. Ella se enfureció ante su pasividad. Quiso volcar en él toda su ansiedad, todo el dolor, vaciarse por entero—. ¿No me has oído?

—Sí, pero no voy a dejarte sola. Podrían atacarte de nuevo y C me mataría si dejo que te pase algo. —Lo observó y apretó la mandíbula con el odio dominándola. Él la leyó—. Sé que me culpas del estado de tu hermana. Créeme, no tuve más remedio. La aprecio

muchísimo. Atacarla fue una de las cosas más duras que he tenido que hacer en toda mi vida. Y no ha sido corta precisamente —dijo con un tono lleno de amargura que Laura no pudo apreciar—. Sin embargo, lo volvería a hacer mil veces, si con ello la mantuviese a salvo. Puedes odiarme si eso te hace sentirte mejor, pero recuerda que ahora eres uno de los nuestros. Debes confiar en nosotros igual que nosotros lo hacemos en ti. De lo contrario, alguien acabará muerto. Créeme, ya lo he vivido. —Sus palabras, dichas como si llevase tiempo preparando el discurso, rebosaban verdad.

La inspectora buscó sus ojos y solo encontró sinceridad y dolor. Respiró hondo y contó para sí. Sus latidos se calmaron y el ardor de su cuerpo disminuyó. El odio quedó reducido a un susurro que alejó con un movimiento enérgico de cabeza. «Tiene razón. Yo soy la verdadera culpable. Soy la primera que le ha fallado. Culparlo solo es otra forma de huir. Y estoy cansada de ser tan cobarde», sentenció.

—Lo siento. —Su disculpa no era solo para Jonás. Él ladeó la cabeza y volvió a sonreír al intuirlo.

—No te preocupes. —Hizo una pausa—. ¿Empezamos de nuevo? —No le dio tiempo para contestar. Le cogió la mano y se la estrechó —. Soy Jonás, tu nuevo compañero de trabajo, encantado de conocerte —comentó con tanta naturalidad que Laura no pudo evitar sonreír.

Con el odio desterrado, pudo darse cuenta de que aquel hombre estaba rodeado de un aura de simpatía que contagiaba con facilidad. La sensación de ahogo y el peso asfixiante en el pecho, últimos resquicios de su ansiedad, desaparecieron. Decidió seguirle el juego.

—Encantada.

Jonás rio y ella se contagió con su buen humor. Regresaron entre risas. Laura no podía negar que se sentía a gusto a su lado. En la puerta de entrada, C vigilaba las calles mientras fingía leer un periódico. Al verlos, volvió a entrar sin haberles dirigido la palabra. Jonás le dio un golpecito en el hombro y, señalando a la puerta vacía, dijo:

—¿Ves? No puede evitar preocuparse. Pero preferiría morir antes que admitirlo.

Laura sonrió. Cada vez que la veía, su pecho se llenaba de calidez. Ahora que sabía la verdad, empezaba a entrever hasta qué punto era estrecho el vínculo que las unía. Aunque todavía le faltaba mucho por entender.

Por la tarde, aceptó el ofrecimiento de Jonás de convertirse en su mentor. La invitó a su habitación y le explicó todo cuanto quiso preguntarle sobre el pasado de su hermana junto a ellos, la Organización V, los vampiros y los siervos. Antes de despedirse, le enseñó el dormitorio de Beth. No le sorprendió que ella también se hubiese hecho su amiga. Convirtieron aquello en parte de su rutina diaria. Con su ayuda se integró con rapidez. Pese a ello, C seguía manteniéndola en un segundo plano, alejado de la acción.

La noche anterior, la del cuarto día, estaban planeado un ataque a un antro de las afueras de la ciudad donde esperaban encontrar a alguien que les diese información para poder localizar a su verdadero objetivo. Laura no dejó de insistir en que la dejaran formar parte, pero C se lo negó y nadie, ni siquiera Jonás o Abraham, se atrevió a contradecirla. Su negativa había provocado una discusión horas antes de que el convoy saliera del palacete. Irene y Jonás intervinieron y las separaron. Cada uno sacó de la sala de reuniones a una de ellas y se mantuvieron a su lado hasta que se calmaron. Las escucharon quejarse la una de la otra en silencio y con una sonrisa. Ambos conocían bien a sus interlocutoras. Veían a través de ellas y se percataron del cambio en sus corazones.

Aquella mañana, Laura creyó que se encontraría con retazos de su discusión. Sin embargo, C la había tratado con normalidad. Aunque no había dicho nada sobre la misión. La inspectora no le preguntó, sabía que no le contestaría. Se había centrado en su entrenamiento y se resignó a esperar a la reunión de aquella tarde para saber los detalles.

Sentada frente al ordenador, jugueteó con el ratón sin saber qué mirar. Aquel era el quinto día en el que se hundía en las profundidades sin resultado. Estaba cansada de encontrar tan solo migajas. Miró a la puerta lateral y se levantó decidida. «Tal vez aquí esté la clave para acercarme a ti», pensó. Con el recuerdo del brillo

seductor de sus ojos y de la calidez y suavidad de su piel, abrió las puertas y se metió de lleno en el corazón de la Organización V.

Capítulo 17

Las luces se encendieron en el momento en que traspasó las puertas. Suspiró, encontrar algo allí no iba ser tarea fácil. Avanzó por el pasillo central, sin decidirse por una estantería para comenzar. Al final, cuando ya había recorrido unos cien metros, torció a la derecha y se internó por uno de los corredores. Observó la estantería de arriba abajo y eligió uno de los archivadores al azar. Para su sorpresa, no estaban ordenados por año, sino que estaban clasificados con un código alfanumérico, que no supo descifrar, marcado tanto en el lomo de los archivadores y cajas como en las baldas de la estantería. Volvió a suspirar, aquello eternizaría la búsqueda. Se quedó mirando el pequeño papel identificador unos segundos en busca de una explicación para esa combinación tan arbitraria. «Creo que lo he visto antes», se dijo y entonces se acordó.

Lo devolvió a su lugar en la estantería y se dirigió a la habitación de su hermana, que había permanecido intacta desde que se fue de viaje. Había traspasado esa puerta incontables veces. Recordaba lo mucho que le había costado la primera vez. Tras su reconciliación, Jonás la había llevado y le había dado un pequeño empujoncito para hacerla entrar. La ayudó a revisar sus cosas y le contó cientos de pequeñas anécdotas. Sus risas convirtieron aquel cuarto en un buen refugio del que se había aprendido cada rincón.

Avanzó con paso firme y recogió la agenda del 2001, el primer año de Beth como miembro de la Organización V. Jonás había compartido con ella la rutina de su hermana. Beth, al igual que ella ahora, había pasado gran parte de sus primeros días encerrada en el archivo para entender aquel nuevo mundo que se había abierto ante

sus ojos. Hojeó el cuaderno despacio y encontró lo que estaba buscando.

Beth había registrado sus avances en la búsqueda de respuestas. Junto a cada día había un informe sobre sus mejoras en el entrenamiento y los códigos de los archivos comprobados. Fue pasando las páginas hasta que halló las primeras anotaciones juntos a ellos. Al principio solo le había interesado la historia de la Organización. Pero, poco a poco, había despertado cierta curiosidad por el resto de los miembros, sobre todo, por aquel más misterioso y celoso de su pasado.

Cogió un papel y anotó los códigos de C, que eran escasos y muy repartidos en el tiempo, y del resto del equipo. Quería conocerlos tan bien como ellos a ella y a su hermana. Necesitaba demostrarles que era capaz de apañárselas por sí misma; necesitaba que C la reconociera como su igual. De lo contrario, seguiría condenada al papel de espectadora.

Regresó al archivo y los buscó. Los llevó a la primera parte de la habitación y los ordenó en una de las mesas. Pasó las siguientes horas hojeándolos. A pesar de sus expectativas bajas, se decepcionó al encontrar en los de C solo menciones de su participación en algunas misiones. En ellos, reconoció los nombres de otros miembros. Volvió a caer en la tentación y leyó sus historias. Aunque estaba preparada para la tragedia, acabó con el corazón encogido y los ojos anegados de lágrimas. La culpa se había mezclado con la tristeza y el dolor porque sus vidas estaban teñidas de un horror inimaginable.

A la familia de Irene la habían atacado siendo ella un bebé. Aquel día, un pequeño grupo de vampiros había matado a su padre. Su madre la crio sola con la ayuda económica de la Organización V. En su décimo cumpleaños, en 1995, uno de esos vampiros atacó de nuevo. Quería acabar lo empezado aquella primera noche. Aquel demonio había esperado paciente el momento perfecto para causar el máximo dolor. Estaba obsesionado con la pureza de sangre de su objetivo, la joven Irene. La hirió y la obligó a ver cómo se divertía torturando a su madre. Cada vez que trataba de ir en su ayuda, obviando el dolor, el vampiro la tumbaba de un golpe. Al final, ya no

tuvo fuerzas para levantarse y tan solo pudo ser testigo de su calvario. Pasó más de una hora antes de que se decidiera a acabar con su sufrimiento clavándole los colmillos en el cuello.

Irene tenía grabada esa última mirada, llena de amor y empapada en lágrimas. La evocaba cada vez que asestaba un golpe mortal a alguno de esos seres. Cuando el cuerpo inerte de su madre cayó al suelo con un sonido sordo, Irene creyó que había llegado su hora. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se incorporó. Gateó hasta una pared cercana mientras el vampiro la dejaba hacer y la seguía de cerca con una sonrisa burlona en los labios. Apoyó la espalda en la pared y con un último esfuerzo se levantó. «Si voy a morir, lo haré de pie», pensó.

Miró el cadáver de su madre y se llenó de odio y rabia. Clavó sus ojos, verde esmeralda, en los del ser. El vampiro se pasó la lengua por los labios. Llevaba mucho esperando. Pensaba paladear cada segundo. «Voy a divertirme mucho. Los preliminares serán lentos e imaginativos. Cuando haya acabado con su cuerpo, me beberé su sangre. ¡Qué dulce y olorosa es!», se dijo y sintió temblar cada fibra de su cuerpo. Estiró los brazos y las uñas le crecieron hasta alcanzar los cinco centímetros. Olfateó el aire y gimió de placer. Se le acercó despacio mientras jugueteaba con sus uñas. Las levantó para clavárselas en el estómago.

Sin embargo, no llegó a tocarla. Una bala salida de la nada le impactó en uno de los hombros y manchó a Irene de sangre. Antes de que el vampiro pudiese reaccionar, C había tumbado la puerta de una patada y entraba espada en mano. Observó la escena un segundo, apretó la mandíbula llena de rabia y se lanzó contra su objetivo. El vampiro quiso arañarla. Pero no pudo ni mover la zarpa antes de que C se la cortara con un movimiento rápido y preciso. El vampiro gritó, asustado. Conocía a su oponente. Supo que todo era inútil. Aunque corrió hacia la ventana, solo pudo dar un par de zancadas antes de que otra bala le diera de lleno en el pecho. El impacto lo echó hacia atrás, donde C lo esperaba preparada. Su cabeza salió despedida antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Irene, aterrada, se había dejado caer y había observado la escena sin apenas respirar. Cuando el vampiro hubo muerto, C se arrodilló a

su lado y le tendió la mano. Irene nunca olvidaría la calidez que desprendió ese gesto. Sus ojos se encontraron. C esbozó una media sonrisa y la niña la abrazó. Se aferró a su calor y se dejó acunar por el ritmo musical de sus latidos. Comenzó a llorar. C la consoló con torpeza con suaves toques en la espalda y palabras susurradas cerca de su oído.

A Irene le costó mucho calmarse y aún más separarse del refugio que había encontrado entre sus brazos. Pero con el fin de las lágrimas también se había acabado la adrenalina. El dolor se abrió paso. La niña se observó en busca del origen y vio que su camiseta estaba manchada de sangre. C la asió del borde y la miró. Ella había abierto los labios y temblaba. La cogió del brazo, asustada. C se la levantó despacio y las consecuencias de su enfrentamiento quedaron al descubierto. Su piel estaba lacerada y la recorrían varias decenas de moretones y cortes. C rasgó su propia camisa y se la colocó sobre el que parecía más profundo. El temblor avivó el llanto. Irene alzó la cabeza y la miró a los ojos. C actuó por impulso. Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacía sí. Ella cerró los ojos y se aferró a su camisa.

Abraham apareció, poco después, cargado con el francotirador con el que la había cubierto. Se refugiaron en uno de sus pisos francos y uno de sus médicos colaboradores la atendió. Mientras la curaba, los oyó discutir sobre lo que debían hacer. Irene no tenía ningún familiar cercano y no podían arriesgarse a enviarla a un centro de acogida porque cabía la posibilidad de que alguno de los compañeros del vampiro quisiese vengarse. Pero era demasiado joven para entrar en la Organización V. Decidieron llevarla a uno de los colegios privados que controlaban para que viviera unos años de normalidad. Cuando cumpliera la mayoría de edad, sería ella misma quien decidiría qué quería hacer.

Irene se les encaró. No quería esperar. Ya lo había decidido. Les daría caza. Les imploró que la dejaran quedarse con ellos y prepararse para enfrentarse a esos monstruos. Su determinación los sorprendió. Los niños a los que salvaban solían desmayarse o se autoconvencían de que todo había sido una pesadilla. Incluso muchos adultos preferían borrarlos de su memoria. Abraham y C se

miraron. Quedaba otra posibilidad. Podía ingresar como novicia de un convento que llevaba entrenando cazadoras desde hacía mucho. Allí aprendería todo lo necesario para la batalla.

Irene no tuvo ni que pensarlo. Asintió con una sonrisa. Pero C insistió en que aplazara la decisión unas pocas horas. Si entraba en aquel mundo, no había vuelta atrás. Mientras limpiaban su casa y borraban las huellas del incidente, C se la llevó a pasear por la ciudad. La niña se mantenía muy cerca. Su presencia la tranquilizaba. C quería convencerla de que se alejara, de que huyese mientras pudiera. Ellos vengarían a sus padres. Sin embargo, no encontró las palabras. Buscó sus ojos y se vio reflejada en su mirada. Tenía el mismo brillo que descubrió en los suyos cuando todo empezó. Supo que no había nada que pudiese decir o hacer para disuadirla. «No puedo detenerla», se dijo con el rostro ensombrecido.

Irene entró en la orden de las Santas Doncellas al día siguiente. Antes de que C y Abraham se marcharan y la dejaran a cargo de una anciana madre superiora de brazos fuertes y cicatriz en la mejilla, la niña agarró la mano de C y tiró de ella con suavidad para poder mirarla a los ojos. De sus jóvenes labios, salió un «Gracias» susurrado. C desvió la suya. No podía sostenérsela. Sentía demasiada culpa. Había dejado que se condenase otra inocente. Irene entendió su reacción y la abrazó. Su cabeza apenas le llegaba al estómago, pero la calidez de su gesto la llenó. Como respuesta solo pudo ponerle una mano sobre la cabeza. Al separarse, la niña le prometió que se esforzaría y que se convertiría en alguien digno de formar parte de su equipo. C le sonrió. No tuvo dudas de que cumpliría su promesa. Se arrodilló para estar a su altura y volvió a hundir su mirada oscura en sus ojos esmeralda.

—Te estaré esperando.

Irene pasó los siguientes años preparándose y cumplió su promesa con creces. C iba a menudo al convento en secreto para comprobar sus progresos. Pese a sus temores, la niña se adaptó a aquella vida sin problemas. Aunque lloró las primeras noches, no tardó en transformar el dolor en rabia. La madre superiora dejó que aquel sentimiento creciera y la guiara durante un tiempo. Debía ser

ella quien comprendiese que con todo ese odio recorriéndole las venas no sería capaz de sobrevivir en una batalla real. En su primer entrenamiento físico, la provocó hasta que perdió la calma y la atacó sin pensar. La monja no se contuvo y la derribó de dos golpes. Aunque la niña sintió las punzadas, le dolió mucho más que reviviera el mismo sentimiento de impotencia de la noche del ataque. Lloró y las lágrimas se mezclaron con el hilo de sangre de su labio herido.

La madre superiora se sentó a su lado y dejó que aquel llanto diluyera la rabia acumulada. Cuando se calmó, la monja la ayudó a ponerse en pie y le mostró su verdadero propósito. Eran las protectoras de los inocentes, no unas simples vengadoras de sus propias desgracias. El mensaje caló con rapidez. La niña bebió de su filosofía y la hizo suya conectándola con la figura de C, su salvadora particular. Decidió que se convertiría en alguien como ella, en alguien que acudiera a las llamadas de auxilio e impartiera justicia.

El camino fue largo y difícil. La madre superiora había advertido su potencial desde el primer día y la entrenó a conciencia. Fortalecía su cuerpo con los mismos ejercicios físicos del resto de las novicias, varios años mayores. Ellas observaban, sin atreverse a cuestionar, cómo Irene era incapaz de seguirles el ritmo y cómo la madre superiora la reprendía mucho más que a cualquiera, a pesar de que era quien más se esforzaba. La niña no se quejaba porque era consciente de su propia debilidad y era ella misma quien más duro se criticaba.

Para su mente, la anciana le entregó un viejo violín y una partitura. Le advirtió que no le enseñaría a manejar ningún arma hasta que no fuese capaz de reproducir aquella pieza. La niña tembló. Ni siquiera sabía leer las notas. La madre superiora fingió dejarla a su suerte, pero le envió a una cazadora para que la ayudara: una profesora de música en la treintena cuya pareja había sido asesinada frente a sus ojos. Aquella mujer le enseñó lo básico y le dio unas pocas indicaciones.

Irene aprendió con rapidez y practicaba a diario con el deseo de avanzar, pero sin acabar de entender aquel desvío. Sin darse cuenta empezó a sentir aprecio por aquel instrumento que la acompañaba de noche y al que, poco a poco, empezaba a poder arrancar un

sonido agradable. Tardó cinco años en alcanzar el objetivo. Para entonces, el instrumento se había doblegado a su voluntad y la obedecía sin oponerse. Su música llenaba los pasillos y deleitaba a monjas y novicias. Para entonces, ya había comprendido lo que la madre superiora quería enseñarle. Aprender a tocar el violín conllevaba mucha disciplina, esfuerzo y dedicación. Cualidades imprescindibles para ser una buena cazadora.

El tiempo siguió pasando y la niña se convirtió en una mujer fuerte. C observó desde lejos cómo pulía sus habilidades y se volvía una cazadora inteligente y decidida, con autodisciplina, rectitud moral, y unas habilidades físicas y un manejo de las armas que poco tenían que envidiar a las suyas. A sus veintidós años se licenció, siendo la cazadora más joven de las últimas décadas en lograrlo. Participó en algunas misiones menores con otras monjas con resultados inmejorables y probó su valía en todos los campos.

El propio Abraham fue a buscarla un año después y la introdujo en la Organización V y fue C quien se encargó de completar su educación, aunque no tuvo mucho más que enseñarle. Irene continuaba venerando a su salvadora y la seguía a todas partes como cuando era niña. C se acostumbró a su presencia y ella pudo írsele acercando. C, contra su propia determinación de mantenerse a cierta distancia del resto, a su lado bajaba la guardia. Aquella joven mujer se coló por las grietas de su armadura y vio más allá.

Pronto, comenzó a poder leer sus reacciones y a comprenderla mejor que ella misma. Antes de que C se percatara, se había formado un vínculo muy estrecho entre ellas. Su amistad fue un bálsamo para su alma torturada. Juntas dieron caza al grupo de vampiros que la habían atacado siendo un bebé y que seguía dejando un rastro de muerte a su paso. Acabaron con todos antes de que Irene cumpliera los 25.

Laura se acarició las sienes. Era demasiada información. Se sintió avergonzada por sus celos injustificados. La monja compartía toda una vida con C y ella apenas la conocía. Pensó en Irene de niña y se sintió identificada con su dolor. No le costó comprender por qué estaba tan unida a Beth. Ambas habían perdido a sus padres a

manos de unos vampiros y habían tenido que madurar antes de tiempo para poder hacer frente a su nueva realidad.

Siguió con su búsqueda y otro nombre conocido apareció entre los informes: Joel. Dudó un momento antes de comenzar a leer. La historia de Irene todavía resonaba en su mente. Pero fue un último gesto inútil de su conciencia. En el fondo, hacía mucho que había decidido aprenderlo todo sobre él porque quería conocer al hombre del que su hermana se había enamorado y que ahora trataba de mantener las distancias con ella. Se aferró a la carpeta y comenzó a leer.

Capítulo 18

Laura devoraba las líneas y, pronto, se dio cuenta de las semejanzas que había entre su historia, la de Irene y la suya. Joel era un adolescente que vivía con sus padres y su hermana pequeña sin más preocupaciones que el acné y los primeros amores. Sin embargo, todo cambió durante las vacaciones de verano de 1999.

Joel acababa de cumplir dieciséis años. Habían ido a pasar unos días en una cabañita del bosque con un lago a escasos metros y a pocos kilómetros de la ciudad. Al tercer día, unos moteros habían irrumpido en el claro. Su padre les había pedido amablemente que se marchasen porque aquello era una propiedad privada. Contra todo pronóstico, los moteros obedecieron.

Pero, aquella noche, dos de ellos volvieron, rompieron una ventana y se colaron en la casa. La familia despertó con el estruendo. Su padre, que había salido al pasillo con la vieja escopeta de caza de su abuelo, le pidió que cuidara de su hermana y que se atrincherase en su habitación. Su madre no tardó en acompañar a su marido armada con uno de sus palos de golf y el móvil preparado para llamar a la policía en cuanto se encendiera. Aunque bajaron confiados, aquellos hombres, nada más verlos, dieron rienda suelta a su verdadera naturaleza y se les abalanzaron antes de que ninguno pudiese hacer nada. El móvil cayó al suelo con el 112 ya marcado.

Joel abrazaba a su hermana, que no había dejado de llorar, y trataba de pensar sobreponiéndose a su propio miedo. No tuvo mucho más que un par de minutos para debatir sus escasas opciones. Miró la ventana. «Tal vez podríamos salir por allí», pensó. Negó con la cabeza. Estaban en el segundo piso, su hermana era demasiado pequeña como para lograr saltar por sí misma y él no

podría hacerlo con ella a cuestas. «Puedo reforzar la entrada». Observó a su alrededor y nada le convenció. Todo parecía demasiado pesado como para que pudiera moverlo mientras sujetaba a su hermana con uno de sus brazos. Oyó el estruendo de unas pisadas irregulares subiendo por las escaleras y se mordió el labio para reprimir las lágrimas. Las de la niña habían llamado la atención de aquellos siervos que se precipitaron contra la puerta. Uno de ellos la atravesó de un puñetazo como si fuese una fina hoja de papel y no una gruesa tabla de madera.

Joel notó cómo un sudor frío le empapaba la espalda. Aunque quiso moverse, su cuerpo estaba paralizado. Un segundo brazo se unió al primero. De un fuerte tirón, sacaron la puerta de sus bisagras y la arrancaron con facilidad. Miraron dentro y sonrieron. Joel observó sus cuerpos monstruosos salpicados por la sangre de sus padres y un grito desgarrado le arañó la garganta.

Antes de que alguno de los hermanos pudiese reaccionar, aquellos seres entraron de un salto en la habitación y se les echaron encima. Joel en un desesperado intento por proteger a su hermana consiguió activar a sus músculos en el último momento. Se dio la vuelta para recibir el impacto sobre su espalda. Pero los siervos tenían otros planes. Uno de ellos saltó por encima del joven y se aferró a uno de los brazos de la niña mientras el otro lo agarraba a él del cuello. Al unísono tiraron con fuerza. Joel salió despedido contra la pared y su hermana acabó en sus manos.

El joven sintió en su cuerpo las consecuencias del impacto. Le dolían las costillas y tenía una pequeña herida en la cabeza que sangraba. Ponerse de pie le costó horrores. Los siervos olfateaban el pequeño cuerpo mientras de sus fauces emanaban torrentes de una baba espesa y pegajosa. La niña no había dejado de llorar y patalear desde que la separaron de su hermano. Sus lágrimas solo consiguieron aumentar su excitación. Antes de que Joel pudiese dar un paso en su dirección, oyó un crujido y el llanto cesó.

Sus latidos se detuvieron un segundo y se olvidó de respirar. Su propio dolor desapareció sustituido por el miedo. Avanzó a trompicones hasta alcanzar a los seres que se habían agachado sobre su cuerpo inerte. Su deseo de golpearles se desvaneció ante

aquella visión, que aún ahora le perseguía. Tuvo que reprimir una arcada. Estaban devorándola centímetro a centímetro. La mente se le nubló y actuó movido por la rabia y la desesperación. Golpeó a uno con sus manos desnudas. El siervo lo cogió por el brazo, se lo rompió, y lo estampó contra el suelo varias veces.

Sin embargo, Joel ya no podía sentir dolor. Cada fibra de su cuerpo estaba cargada de adrenalina. Solo podía pensar en los retazos sanguinolentos del cuerpo de su hermana. Se levantó a duras penas y con el brazo sano le asestó otro puñetazo en la espalda. El siervo, que por segunda vez había tenido que dejar de disfrutar de su suculento bocado, se incorporó decidido a acabar con aquel humano molesto. Se miraron. Era un auténtico monstruo.

Aunque el joven no se amedrantó y se le enfrentó, todo fue inútil. El ser le clavó una garra en el estómago y los dientes en el cuello. A pesar de que la sangre salió a borbotones, el demonio no bebió ni una gota. «No huele a nada. ¡No vale la pena adulterar la dulce de la niña con esta porquería! Lo someteré para que no vuelva a interferir», pensó la criatura. No lo soltó hasta notar que las fuerzas lo abandonaban. Cuando lo hizo, el cuerpo de Joel cayó al suelo como un saco.

Por primera vez, el dolor se evidenció. Pero la muerte no le pareció terrible. Miró una vez más el macabro espectáculo y se abandonó al cansancio y a la debilidad. Cerró los ojos y se preparó para el final. Solo lamentaba que sus últimos sonidos fueran esos seres devorándola. La melodía de un cristal hecho añicos y unos pasos apresurados y elegantes detuvieron el festín. Aunque no pudo abrir los ojos para verlo, sí que escuchó con claridad. Fue una sucesión rápida de disparos, golpes y alaridos.

Una mano palpó su cuello y una voz dulce y femenina anunció que todavía respiraba. Lo movieron y aquella mano suave y llena de firmeza siguió presionando para detener la hemorragia. Lo subieron a un coche y lo llevaron a algún lugar. Durante el trayecto logró entreabrir los ojos. Entre la neblina, distinguió el rostro joven de una mujer de ojos oscuros, y el de un hombre de ojos marrones. Fue apenas un instante. Sus salvadores hablaban entre sí y alentaban al conductor, que aceleró. Tras algunos minutos llegaron a su destino.

Joel consiguió abrirlos una vez más. Vio un techo blanco con tubos fluorescentes. «¿Estaré en algún hospital?», pensó, pero no tuvo tiempo de comprobarlo.

Se despertó dolorido en una habitación de gruesos y acolchados muros, sin ventanas. Fracasó al intentar levantarse porque estaba atado a la cama. Miró a su alrededor. Una cámara lo apuntaba. A pesar de que se revolvió con fuerza, no logró soltarse. Se dejó caer y se resignó a esperar. No pasó mucho antes de que el sonido de una llave rompiera el silencio. La puerta se abrió y aparecieron los tres ocupantes del coche. Se presentaron. C, Abraham y Jonás lo observaron de cerca y comprobaron su estado. Sonrieron al verificar que no lo habían convertido.

Joel exigió respuestas. Lo recordaba todo. La rabia se unió al llanto y acabó con un alarido final con el que llamó a la familia que sabía que había perdido. Los rostros de los tres se ensombrecieron. Se miraron entre ellos y lo pensaron al unísono: «No puede volver a su vida normal». C avanzó y buscó sus ojos. Él le sostuvo la mirada lleno de dolor y odio.

—¿Qué quieres? —dijo C sin romper el contacto visual. Él hiperventilaba y cada fibra de su cuerpo temblaba.

—Acabar con ellos.

—¿A cualquier precio? —siguió C. Abraham quiso intervenir. Ella lo detuvo con un movimiento de la mano.

—Ya no me queda nada que perder.

Decirlo en voz alta y sucumbir de nuevo al llanto fue todo uno. C asintió y observó a sus compañeros de reojo. Le contó la verdad de forma cruda. Abraham le explicó sus opciones. Jonás solo pudo ofrecerle una media sonrisa a modo de consuelo. Le dejaron a solas para reflexionar. El joven se durmió llorando. Al día siguiente, la decisión estaba tomada. Entraría en la Organización V. Nadie intentó disuadirlo. Se lo esperaban. En sus ojos habían descubierto el sentimiento que todos compartían, una mezcla única de culpa, impotencia y odio. Para protegerlo, debían ayudarlo a comprender y enseñarle a luchar.

Su recuperación fue muy lenta. Joel aprovechó cada segundo para leer tanto como pudo. Quería conocer a los asesinos de su familia.

En cuanto se mantuvo en pie, empezó a entrenar su cuerpo. Pero sus movimientos estaban controlados por una rabia que no le dejaba mejorar y que lo volvían un adversario poco deseable. Sus sesiones acababan con discusiones acaloradas con C. Jonás y Abraham se veían obligados a intervenir a menudo. A ella su rabia le recordaba el día en que todo empezó, sus propios pecados y el hombre al que llevaba tanto persiguiendo. La presencia del muchacho acabó bastando para enfurecerla. Para él tampoco era fácil tener a un vampiro tan cerca. Todo en ella le recordaba a aquella noche y a su propia debilidad. No era capaz de verla como a su salvadora. Ambos intentaron aparcar sus diferencias. Aunque se esforzaron, estaban condenados a no entenderse.

A los pocos meses del ingreso de Joel, las discusiones llegaron a su cénit. Joel por un impulso la había atacado por la espalda y había conseguido herirla de refilón. C perdió el control y lo golpeó. A pesar de que solo fue un movimiento brusco para apartarlo, olvidó contener su fuerza y Joel salió despedido. Chocó contra la pared y se rompió varios huesos. C lo socorrió de inmediato. Se había arrepentido de su gesto nada más ejecutarlo. Pero no llegó a tiempo de evitar sus consecuencias. Mientras lo curaba, decidió mantenerse alejada de aquel joven. No se arriesgaría a volver a perderse de aquel modo. Temía encontrarse de nuevo rodeada por un escenario de destrucción y muerte. Se miró las manos y por un segundo creyó verlas salpicadas de la sangre de esos inocentes. Apretó los puños. «Nunca más», se prometió.

El propio Abraham se vio forzado a convertirse en su mentor. Lo ayudó a mejorar sus habilidades físicas y a controlar y canalizar sus sentimientos para que no lo nublaran en el combate. El caballero se había visto reflejado en su determinación y en su dolor. Algo en aquel joven le había llamado la atención desde que lo rescataron. Lo había observado de cerca movido por aquel pálpito. Con su guía, Joel destacó enseguida. Su esfuerzo y constancia lo convirtieron muy pronto en un miembro destacado de la Organización V.

Abraham no se había equivocado con él. Joel demostró ser digno de sus atenciones. El caballero no se separó de su lado, ni siquiera cuando se convirtió en miembro oficial. Había decidido que sería su

sucesor. A sus veinticinco años, con una hoja de servicio impecable y unos resultados inmejorables, lo nombró segundo al mando, en una ceremonia a la que C no asistió.

La tensión entre ambos se mantuvo en el tiempo. Surgía en cuanto coincidían en la misma habitación. La distancia y la fuerza de voluntad no bastaban. Se miraban y notaban cómo la rabia les subía hasta asfixiarles. C era quien se alejaba asustada por el temblor de sus miembros. Cuando Beth se unió a la ecuación en 2001, la situación empeoró. Aquella joven avivó el fuego y les dio nuevos motivos para enfrentarse.

Joel era el único de su edad, solo los separaban dos años. Cuando se conocieron tuvieron la certeza de que se entenderían. Para ellos fue natural hacerse amigos. No tardaron en compartir sus historias. Sus semejanzas aún los unieron más. Joel pidió ser su mentor y Abraham aceptó sin oír las quejas de C. Joel la acompañó en su entrenamiento y mejoraron juntos. Y, cuando en el 2008 Irene entró en la Organización V y se conocieron, descubrieron en la joven monja a un alma afín, atormentada por su mismo dolor.

Se convirtieron en el escuadrón más mortífero y preciso. Su compenetración era envidiable. Se entendían con un solo vistazo. La relación amorosa, que surgió poco después, no resquebrajó el vínculo. En cambio, encrudeció la enemistad con C. Sus miradas podrían haberlo matado y sus intentos por acercarse a la joven revolvían el odio de Joel por los de su especie. Irene y Beth se convirtieron en intermediarias y calmaban el fuego antes de que provocaran un nuevo incidente.

Su pérdida, pese al temor del resto de los miembros, no fue el pistoletazo de salida de una lucha encarnizada. Por primera vez desde que se conocieron, parecían tener algo en común: su dolor al verla convertida y su deseo de matar a quien la había corrompido. Aprendieron a aparcar sus diferencias y a trabajar en equipo para avanzar en su búsqueda. El odio seguía allí, pero otro sentimiento, mucho más fuerte, se encargó de mantenerlo a raya.

La inspectora cerró el dosier y se acarició los ojos con las yemas de los dedos. Era una maniobra estudiada para evitar que las lágrimas que ya se le estaban formando corrieran libres por sus

mejillas. Aquello la estaba afectando mucho más de lo que había esperado. Tras bucear en su pasado, no tenía dudas de los motivos que habían llevado a Beth a enamorarse de aquel hombre. Tampoco le fue difícil entender por qué la evitaba. Su presencia era un recordatorio constante del dolor de haber perdido a su propia hermana pequeña y de saber que tampoco había sido capaz de salvar a Beth.

La lectura había revivido su propia experiencia y le había llenado la cabeza de tantos datos y fechas que no se percató de que se había perdido algunos detalles. Pequeños fragmentos sin valor por sí mismos, pero que juntos formaban toda una red que habría contestado a más de una pregunta sobre la misteriosa C. Miró el reloj. Había pasado la hora de la comida. Suspiró. Abraham volvería a regañarla porque las consideraba un momento sagrado para descansar y compartir. Pensó en dejarlo y acudir al postre. Sin embargo, sus miembros no se movieron porque todo lo que había averiguado no le bastaba. «Todavía no he encontrado nada sobre tu pasado», se dijo. Tamborileó con los dedos sobre los pocos dosieres que todavía no había comprobado, y una vez más, el deseo venció a la razón.

Capítulo 19

La inspectora abrió el primer dosier y empezó a hojearlo en busca de su nombre. Sus esfuerzos no se vieron recompensados. El desánimo empezó a hacerle mella. El silencio no fue su aliado. Comenzó a escuchar una voz en su cabeza que le recriminaba su actitud. Aunque negó con un movimiento enérgico, la voz no desapareció. «No está bien fisgar en el pasado de la gente, inspectora. ¿A ti te gustaría que todo el mundo tuviese acceso a tus secretos más íntimos? ¿Qué te da derecho a acosarla de esta manera?», decía. Soltó un bufido. «Es cierto. Quizás lo mejor sea preguntarle directamente», pensó y, acto seguido, sonrió. La conocía lo suficiente para predecir su reacción. Suspiró e hizo caso omiso a su conciencia. «Si quiero saber más, esta es la única manera», sentenció.

Siguió repasando en busca de algo que saciara su curiosidad. Cuando ya creía que no encontraría nada, abrió el último. En él no había informes ni recortes de periódicos, solo unas hojas plastificadas de un viejo diario escrito a mano con una caligrafía difícil de entender en un idioma que Laura desconocía. Se fijó en la fecha, otoño de 1848, y tragó saliva.

Lo hojeó con el corazón bombeando con fuerza, apenas apoyada en la silla. Casi soltó un gemido cuando se encontró con sus ojos. Allí estaba, otra fotocopia del dibujo que Beth tenía escondido en su armario, el mismo que C había quemado en la chimenea tras enfurecerse al verlo entre sus manos. La C de antaño le sonreía desde la pintura con una expresión suave y feliz que nunca le había visto. En una de las esquinas, la misteriosa dedicatoria. La leyó con un regusto amargo: *Para mi C, de tu R. Para que puedas verte con mis ojos*.

Por encima del deseo de encontrar información sobre la vampira, se impuso el ansia por saber más de esa R. Se preguntaba quién habría sido capaz de romper la coraza con la que C se protegía y de colarse en su corazón. Sintió una punzada, que reconoció sin tener que esforzarse, y negó. «No tengo derecho a sentirme celosa», se dijo apretando la mandíbula.

Infringiendo las normas, cogió ese último dosier y se dirigió a la habitación de Jonás. Creía que él podría descifrarle su contenido. En una de sus conversaciones, le había revelado lo que ella ya intuía. Era un vampiro como C y llevaba vagando por el mundo mucho tiempo. Cuando llegó, Jonás estaba sentado sobre un cojín en el suelo con un libro entre las manos y disfrutaba de la calidez que se filtraba por la ventana. Al verla, lo cerró y le sonrió. Ella entró sin pedir permiso y se sentó en la cama. Aún se sorprendía de lo rápido que se había ganado su confianza. Buscó sus ojos. Él volvió a leerla y ensanchó su sonrisa. Aquel gesto le envolvía con un aura que invitaba a la confidencia. Se levantó, dejó el libro y se sentó a su lado. Ella le mostró el dosier.

—¿Ya has encontrado el dibujo? —dijo con un brillo divertido en los ojos. Ella lo miró sorprendida. Ni siquiera lo había abierto. Él rio —. Al poco de llegar, Beth también vino a verme con ese dosier y tu misma expresión.

—Entonces, ¿sabes quién es R? —Su tono de voz delató la agitación que le provocaba aquella mujer de ojos oscuros. Carraspeó para recuperar la compostura y su talante serio. Pero ya era muy tarde. Jonás reía con los ojos humedecidos.

—Incluso preguntáis lo mismo. —La observó, todavía con una gran sonrisa en los labios—. Es increíble. —Inspiró hondo para reponerse—. Lo siento, pero ni siquiera yo sé quién es. Y te aseguro que no hay ninguna otra mención en nuestros registros. Tu hermana los estudió durante años, pero no pudo resolver el misterio de esa dedicatoria. Y preguntarle a C no es una opción. Es muy… —hizo una pausa para buscar la expresión adecuada. Laura recordó su propia experiencia y asintió antes de que completara la frase— celosa de su intimidad.

—Ya veo.

El rostro de la inspectora se ensombreció. No esperaba una negativa tan tajante. Abrió el dosier por la página del dibujo y sonrió con resignación. Creía que nunca sabría la verdad. Jonás le puso una mano sobre la cabeza y se la acarició. No era la primera vez que se le escapaba aquel gesto paternal. Ella entrecerró los ojos. Aquel hombre siempre conseguía reconfortarla.

—Lo que sí que puedo hacer es leerte lo que pone en el diario. Puede que sea uno de los primeros testimonios escritos de una caza de vampiros.

—Gracias —dijo y le dedicó una mirada de aprecio.

Jonás le correspondió con una nueva sonrisa, le cogió el dosier y leyó. El documento databa de 1848. Era el diario de un viejo general cuya ahijada había muerto unos meses atrás a causa del ataque de un ser en el que hasta entonces no había creído. Una vampira, la cruel condesa K, quien adoptó la identidad falsa de una joven de buena familia, se coló en sus vidas y llevó la desgracia a su casa. Con el cadáver aún tibio, había huido en busca de una nueva presa, la hija de un viejo amigo. La joven presentaba sus mismos síntomas: una languidez excesiva y una irascibilidad impropia; la desaparición del color de sus mejillas y del apetito; y la aparición de unas profundas ojeras y de dos puntos azules diminutos en su cuello. Las heridas no sangraban, pero su origen no estaba claro. Ella aseguraba no sentir dolor y casi parecía feliz de que le surcasen la piel.

Asustado, el viejo general había acudido a la llamada de auxilio de su amigo. Temía encontrarse con aquella criatura. La halló al lado de la joven que la veneraba. Su mera presencia avivó su dolor y se dejó llevar por la ira. Sin embargo, su ataque fue inútil. La diablesa desapareció de su vista antes de que pudiese herirla. Su joven víctima la llamó desesperada y le reprochó su violencia. Él sintió un escalofrío de terror y se aferró a sus manos. Le suplicó que le escuchase.

Aunque la joven trató de alejarse, su padre la obligó a oír el relato de las desgracias del viejo general. Ella bajó la cabeza y fingió someterse. Pero no creyó en sus palabras. La conocía. No era el monstruo que le habían descrito. Su padre unió la ira al miedo y

acordaron darle caza. A pesar de que la joven les suplicó de rodillas, intentó detenerlos y convencerlos de su inocencia, no la escucharon. Creían que sus palabras y los sentimientos profundos que trasmitían eran el resultado de su maléfico influjo. Ella no se rindió ni enmudeció ante sus gritos ni su violencia, pero su resistencia no podría salvarla. La dejaron atrás.

Esa noche, se reunieron con otros dos amigos: un barón, que tras sufrir un ataque había dedicado su vida a aprenderlo todo sobre la eliminación de aquellas criaturas; y un doctor que había cuidado de la joven y se lamentaba por su ignorancia. Descubrieron su tumba y tras comprobar que no era humana, se prepararon para matarla. Levantaron su joven cuerpo y le clavaron una estaca en el corazón. La bella criatura emitió un alarido que los estremeció. Sin embargo, no se detuvieron. Le cortaron la cabeza y de la herida brotó un torrente de sangre. Quemaron sus restos y esparcieron las cenizas en un río cercano.

Celebraron su asesinato con vítores y vino. Pensaban que la joven estaría a salvo. La encontraron hecha un ovillo sobre su cama con los ojos enrojecidos por el llanto. Cuando entraron, ella se incorporó y los miró suplicante. Su expresión de triunfo reavivó las lágrimas que ocultó tras sus manos. Su padre se sentó a su lado y alabó la actuación de todos sus amigos. Su hija negó con la cabeza y pronunció el nombre de su amiga en un susurro. Él se levantó furioso sin entender por qué seguía protegiéndola, por qué lloraba la pérdida de aquel demonio.

El diario se interrumpía casi dos años y se retomaba a finales de 1850 con el lamento del viejo general ante la muerte de la hija de su amigo. La joven, pese a que había recuperado la salud perdida, nunca volvió a ser la misma criatura alegre y risueña. Su padre se había desvivido por hacerla feliz: la llevó de viaje, celebró su boda por todo lo alto, le construyó una casa cercana a la suya para que tuviera acceso a los jardines… Sin embargo, nada logró devolverle la chispa a su vida. Ni siquiera reaccionó al oír la noticia de su embarazo. Su fragilidad y melancolía se agravaron al mismo tiempo que se acercaba el parto. Su padre se temía lo peor. Pero de pronto, algo cambió. Su hija recuperó la luz. Volvía a sonreír por

pequeñeces, el color regresó a sus mejillas y el brillo a sus ojos. Él bajó la guardia y ese fue su error.

Como era costumbre, mientras su hija daba a luz, se refugió con su yerno en el salón para beber y fumar. Cuando la comadrona apareció por la puerta, tratando de limpiarse la sangre de las manos, lo supo. La mirada de aquella mujer, llena de tristeza, lo acompañaría hasta el final. Su hija había muerto sin ser capaz de parir a sus gemelos. Corrió para verla. Su rostro inerte parecía sonreír. Estaba en paz. Pero eso no le sirvió de consuelo. La enterraron en el panteón de su padre siguiendo su última voluntad. Todos lloraron su muerte y se lamentaron de que sus esfuerzos por liberarla del influjo mortal de aquella *femme fatale* no hubiesen bastado para salvarla.

Unos golpes en el marco de la puerta entreabierta los sacó de la lectura. C había ido a buscarlos. Había llegado la hora de la reunión. Jonás escondió el dosier tras de sí mientras le sonreía. C no se dejó engañar y se lo quitó. Lo hojeó y su rostro se ensombreció. Tuvo que apretar la mandíbula al llegar a su dibujo. Laura se sorprendió ante su expresión, mezcla de dulzura y tristeza. La vampira lo cerró y, contra todo pronóstico, se lo tendió a la inspectora.

—No deberías creer todo lo que lees. —Su voz estaba cargada de dolor y resentimiento. Sus palabras no parecían acordes con su expresión, pero Laura no podía ver más allá del brillo hipnótico de sus ojos—. El retrato que hacen de ella es muy pobre. Esa condesa fue mucho más que una mera asesina de jovencitas. Además, la forma en que se enfrentaron a ella fue peligrosa y temeraria.

—C tiene razón —Jonás habló en un tono bajo. Había perdido la sonrisa y su rostro también estaba marcado por el dolor—. En todo el tiempo que llevamos luchando, nunca nos hemos encontrado en una situación semejante. —Pese a que intentó curvar los labios, el gesto no se consumó—. Nunca están durmiendo tranquilamente en su ataúd. Y las estacas obligan a una cercanía que acaba siendo mortal para quienes lo intentan.

Jonás calló y frunció el ceño. Sabía que aquel tema afectaba mucho a C. Lamentó no haberse percatado de su presencia. Preferiría haberle ahorrado aquellos recuerdos. Laura la miró. Ella

había ladeado la cabeza y entornado los ojos. Parecía encontrarse muy lejos. Su semblante transmitía tanto dolor que la inspectora estuvo tentada de levantarse y abrazarla. Se contuvo cerrando los puños con fuerza. «Apenas me conoce. No es mi consuelo el que necesita», se dijo mientras una punzada le atravesaba el corazón.

—C, lo siento —susurró Laura y tragó saliva. Al hablar, sus emociones le formaron un nudo en la garganta. Sintió cómo sus ojos empezaban a arderle. Estaba al borde del llanto—. No debería…

—No te disculpes. —Su voz suave y aterciopelada volvía a sonar neutra—. No eres la primera que trata de entendernos buscando en los archivos. —Suspiró y centró en ella sus ojos oscuros—. Supongo que está en vuestra naturaleza. Los humanos necesitáis controlarlo todo. Y la información os da esa sensación de seguridad que encontráis tan placentera. Poco importa si es falsa. —Se le acercó y tocó el dosier con la punta de uno de sus dedos—. Pero debes tener cuidado. No todos los testimonios son veraces. Cuanto más antiguos, más alejados de la verdad. Y si quieres sobrevivir en nuestro mundo, debes conocerla. —Hizo una pausa, temiendo que sus palabras la animaran a preguntar, y desvió la mirada. Laura no aprovechó esos segundos. Había vuelto a perderse en las profundidades oscuras—. Vamos, Abraham quiere que hablemos sobre lo de anoche.

Laura dejó el dosier en la cama de Jonás y bajaron a la sala de reuniones. Allí todos los esperaban. Abraham confirmó lo que la inspectora ya sospechaba. La misión había fracasado. Desde su incidente con aquellos siervos, los vampiros habían restringido sus movimientos y reinaba una paz que les dificultaba conseguir la información que necesitaban. Todos bajaron la cabeza. A la sensación de fracaso se había unido el miedo a que el tiempo de Beth se acabase. La inspectora se levantó y carraspeó. Llevaba desde esa mañana pensando las palabras exactas. Se había cansado de estar en la retaguardia.

—Sé que soy una civil sin experiencia —miró a C que la observaba preparada para cortarla—, pero quiero acabar con esto tanto como cualquiera. Sé que lo que voy a proponer es arriesgado y que habrá quien no esté de acuerdo. —Volvió a mirarla. Aunque C había

fruncido el ceño, no la detuvo. Sentía cierta curiosidad y todavía no se había librado del torrente de recuerdos que aquel dosier había traído consigo—. Pero se nos están acabando las opciones. —Respiró hondo y habló rápido, sin perder la elocuencia ni la seguridad—. Si mi sangre altera tanto a los siervos, puede que también tenga cierto efecto en los vampiros. Si me dejo caer por cualquiera de sus antros, quizás alguno revele su identidad.

—Creí que eso ya estaba aclarado. —C se levantó y se le acercó—. No estás lista. —El resto no se atrevió a intervenir.

—Lo sé. —Laura tragó saliva. Había imaginado aquella escena decenas de veces y, de todas las reacciones que había previsto, aquella era la que más se repetía. Estaba preparada para contraatacar. Respiró y la miró a los ojos sin perderse en su oscuridad—. Por eso, no iré sola. Irene o Joel vendrán conmigo, y tú y Jonás estaréis por los alrededores, cubriéndonos a cierta distancia. Así estaremos preparados por si tengo razón.

—Es demasiado peligroso —cortó C negando con la cabeza. Apenas había escuchado los detalles de su plan. El pasado y el presente se estaban mezclando. Estaba presa entre las diferentes escenas. El miedo a perderla le sirvió de guía—. No podremos predecir lo que os encontraréis. Podríais veros superados en un instante.

—Aun así, creo que debemos intentarlo. —Laura profundizó su mirada. Pensar en su hermana en aquella cama de hospital la animó a continuar—. Estaremos en contacto todo el tiempo y haré lo que tú me digas. —C no encontró las palabras para acallarla y Laura no le dio tiempo para pensar—. Si la cosa se complica, me retiraré sin discutir. —C seguía negando con la cabeza—. Y tú estarás allí, nos protegerás.

Jonás escondió una sonrisa con las manos. «Es buena. Está aprendiendo a manejarla», se dijo. Observó de reojo a la monja, que también sonreía. Ella había pensado algo similar.

—No es mal plan, C —Irene tomó la palabra. Fijó en la vampira sus ojos esmeralda, le sonrió y suavizó la expresión—. Sabes que no estoy a favor de inmiscuirla, pero tal vez sea la única opción. Beth depende de nosotros. —Hizo una pausa y le puso una mano sobre el

brazo. Sabía qué decir para convencerla—. Ya sabes cómo funciona esto. Cada vez será más difícil mantenerla sedada. Y si sucumbe a la sed…

—La perderé —susurró Joel.

Todos, salvo Irene y C, lo miraron de reojo. Había bajado la cabeza. En su interior, se debatía entre su deseo de salvarla y el miedo de ponerles en peligro. Aunque no quería ser el responsable de la muerte de alguno de sus compañeros, tampoco podía soportar imaginarla condenada.

—Debemos intentarlo, C —casi suplicó Laura.

C suspiró y se dejó caer en su silla. Cerró los ojos y se masajeó las sienes. No podía pensar con claridad. Desde aquella noche en el balcón, cada vez que estaban cerca, su memoria la llevaba muy lejos, a un tiempo feliz que nunca volvería. «Y esta vez es peor», se dijo recordando el viejo dosier. Ni siquiera podía pensar en una excusa para evitar el plan.

Dio un vistazo circular. Todos deseaban actuar pese al peligro. Sus ojos acabaron sobre la inspectora. El brillo y la fuerza que desprendía se la recordó y su mente se llenó de ella. Aunque quiso sonreír ante la calidez del recuerdo, se contuvo. Sabía que nunca volvía solo. Las escenas que iban a sucederle la herían en lo más hondo y la sumían en la tristeza y el odio. El aire comenzó a faltarle. Debía salir de aquella habitación antes de estallar en un alarido de rabia contenida.

—Abraham es quien tiene la última palabra. Pero, aunque esté en contra, si se monta la misión, participaré.

C había intentado que su voz sonase seria, incluso peligrosa. «Está preocupada por mí», quiso creer Laura y sonrió sin poder evitarlo. C frunció el ceño y se levantó. Notaba su sangre caliente recorrerle las venas con rapidez. Sus latidos estaban descontrolados. Temió la reacción de sus instintos. Sabía que no podría detenerlos. La contempló. Ella no parecía asustada. Sus ojos seguían brillando y su sonrisa no había desaparecido. La vio reflejada en su luz por un segundo. Le puso una mano en el hombro movida por el deseo de atesorarla. Sin embargo, al tocarla el hechizo se rompió. Los ojos

que la miraban ya no eran los suyos. La soltó como si quemase y ladeó la cabeza. Respiró hondo y enterró los recuerdos.

—Deberás obedecerme en todo; sin excepciones. —Su tono fue cortante. No la vio asentir.

—Sea —anunció Abraham con una sonrisa—. Nos vamos de caza.

1860

Rebeca acudía a la casa a diario. Su padre solo la acompañó durante la primera semana. Eran tantas las maravillas que contaba y los regalos que le daban que se convencieron de que no había nada que temer.

La niña se ganó el corazón de los gemelos en su primer encuentro y se volvieron inseparables muy rápido. Ella les contaba anécdotas de las fiestas del pueblo a las que nunca habían asistido y les enseñaba los juegos a los que nunca habían jugado. Ellos le mostraron cada centímetro de la casa: su dormitorio, la cocina, el cuarto de juegos… Rebeca creía que descubriría todos sus secretos. No podía saber que moriría sin saber la verdad.

Cuando llegaron a la biblioteca, su rostro se iluminó. Abel quiso regalarle alguno de los volúmenes que había acariciado. Ella lo rechazó con una mala excusa. Carmilla la vio revolverse el dobladillo de la falda. Supo lo que significaba su semblante triste, aunque no entendía cómo podía estar tan segura. Se ofreció a enseñarle a leer. Ella la miró sin creerse lo que había oído. Carmilla se lo repitió, dudando. Ella le sonrió y la abrazó con fuerza.

Desde aquel día, reservaban un rato para sus lecciones. Abel ayudó a su hermana durante un tiempo. Pero pronto se aburrió de las páginas llenas de garabatos y del silabeo con el que la niña se enfrentaba a sus novelas preferidas. Las dejaba a solas y se marchaba al cuarto de juegos en busca de nuevas diversiones y estímulos. Carmilla no lo entendía. Ella no se habría separado de su amiga por nada.

Rebeca se esforzaba mucho porque le encantaba oírla felicitándola. Carmilla siempre lo hacía con una sonrisa que le iluminaba los ojos. Ella, al verse reflejada en su negrura, se sentía

feliz. Esos pozos sin fondo que parecían brillar cuando la miraban la fascinaban. Para poder plasmarlos y llevarlos siempre consigo, empezó a dibujar. Tenía talento natural. Aprovechaba cada segundo en que su amiga no miraba para intercambiar las páginas llenas de letras por las cuartillas repletas de su contorno.

Carmilla no tardó en descubrirla. Rebeca le enseñó sus dibujos, con las mejillas enrojecidas. No hubo reproches ni burlas. Solo un abrazo. Carmilla nunca rechazaba sus muestras de afecto, pero jamás las empezaba. Sin embargo, al saberse especial, al tener entre sus manos una prueba tan clara del afecto de su amiga, su cuerpo se había movido por impulso. La envolvió en sus brazos con cierta torpeza y susurro un «Gracias» que Rebeca casi no escuchó porque sus latidos iban demasiado deprisa. Correspondió al gesto y lo alargó. Le encantaba su calidez que la hacía sentir segura.

Comenzaron a intercalar las sesiones de estudio con las de pintura. Carmilla posaba para ella, a pesar de su timidez. Se dejaba arrastrar hacia los haces de luz y no oponía ninguna resistencia cuando la palpaba para conseguir la pose perfecta. El tiempo parecía detenerse mientras Rebeca trazaba las líneas con habilidad. La emoción la invadía y el pincel bailaba entre sus dedos. Carmilla no podía dejar de contemplarla. Un cosquilleo le recorría el cuerpo al encontrarse con sus ojos llenos de vida.

Carmilla quiso enseñarle las vistas del pueblo desde el tejado porque quería compartir todo lo que la hacía feliz. Rebeca estaba encantada de que su amiga la dejara entrar en su corazón. Juntas convencieron a Abel para que se les uniera. El niño lo hizo un par de veces. Sin embargo, ni siquiera la presencia de Rebeca fue suficiente. No le interesaban sus cotilleos ni sus anécdotas. Volvió a dejarlas solas. Carmilla no intentó impedírselo. Lo conocía bien. Sabía que no lograría hacerle cambiar de opinión.

Cuando Abel se marchó, Carmilla le preguntó, con una voz temblorosa, si la aburría. Había entornado los ojos y se abrazaba las rodillas. Temía que pensase que era ridícula. Rebeca la observó y sintió la necesidad de abrazarla. Gateó a su encuentro y no la soltó hasta que anocheció. Abel no fue a despedirla, se había quedado dormido después de atiborrarse de pastel. Rebeca volvió a abrazarla

antes de irse. Esta vez, fue Carmilla quien alargó el contacto. Al separarse, ambas sonreían.

Al día siguiente, Rebeca la cogió de la mano y la arrastró al tejado con la excusa de que quería pintar las vistas. Carmilla no encontró las palabras para agradecérselo. Solo pudo aferrarse a su mano.

Lo convirtieron en parte de su rutina. Carmilla pronto perdió el interés en las calles. Se encontraba, cada vez con más frecuencia, mirándola con una sonrisa. Memorizó cada gesto. Empezaba atándose el pelo con una cinta. Fruncía el ceño cuando los trazos se le resistían; y sonreía con los ojos brillantes cuando el pincel se rendía a su voluntad y se deslizaba por el lienzo. Carmilla nunca se cansaba de contemplarla. Pasaría un tiempo hasta que comprendiese el motivo; algo más del que necesitaría Rebeca para entender la calidez que la embargaba cuando sentía sus pozos oscuros sobre ella.

El primer punto de inflexión llegó una noche cuando tenían diez años. Uno de los hermanos pequeños de Rebeca murió. El niño llevaba enfermo mucho tiempo. Aunque Marcilla les envió a los mejores médicos, ninguno pudo hacer nada. Rebeca no había perdido la esperanza y se había negado a ver la verdad. Cuando los latidos de su hermano cesaron, sintió cómo todo su mundo se venía abajo. Su corazón nunca le había dolido tanto. Empezó a faltarle el aire. No podía pensar. Necesitaba alejarse. Echó a correr, creyendo que conseguiría dejar atrás el dolor.

Sin darse cuenta, llegó frente a la mansión. Sabía cómo acceder sin ser vista. Llegó a la habitación de los mellizos y entró sin llamar. Ellos se despertaron al oírla y la miraron extrañados. Rebeca no dudó. Sus emociones habían tomado el control. Se echó en brazos de Carmilla, se le aferró con fuerza y comenzó a sollozar, amparada por su calidez. Carmilla no sabía muy bien qué debía hacer. Así que imitó a su madre. La abrazó y acunó con delicadeza. Ninguna de las dos prestó atención a Abel. El niño había fruncido el ceño y las observaba sintiendo unas punzadas que no entendió. Aunque lo intentó, solo consiguió saber que habían empezado cuando la niña no lo había escogido.

Rebeca tardó mucho en calmarse. Carmilla no la soltó. Necesitaba refugiarla. Sus lágrimas le dolían. A pesar de que solía consolar a Abel y ayudarlo con sus rabietas, nunca se había sentido de ese modo. La apretó contra sí, queriendo protegerla del dolor. Ella se le aferró aún más y se le acurrucó. Solo deseaba desaparecer y hundirse en la paz que le transmitía.

Desde aquella noche, el vínculo entre ellos cambió. Aunque ninguno se percató. Pese a que seguían pasando tiempo los tres juntos, de forma inconsciente, Rebeca y Carmilla se buscaban. Alargaban las lecciones y las sesiones de pintura, se resistían a alejarse y siempre sonreían al mirarse. Nunca apartaron a Abel. Siempre lo recibían con una sonrisa y le invitaban a unírseles. Él lo hacía de vez en cuando. Pero no entendía qué encontraban tan divertido. «Con la cantidad de juguetes que tenemos, ¿por qué se empeñan en mirar las calles? ¡Qué aburrido es esto de posar! ¿Cómo es que Carmilla no se cansa?», se preguntaba el niño. El incidente quedó olvidado. Ninguno podía saber que esa noche se convertiría en el principio del fin.

Capítulo 20

Desde la reunión, los entrenamientos de Laura se intensificaron. C no la dejaba respirar. Ahora incluso permanecía a su lado mientras practicaba los disparos. Su precisión se vio afectaba. Su mirada penetrante la ponía nerviosa y no la dejaba concentrarse.

A la mañana siguiente a la reunión, C le había pedido a Irene que la ayudase a familiarizarse con el material que usaban para las misiones. La monja accedió encantada. C las dejó solas para huir de sus ojos esmeralda y de su media sonrisa. Irene le enseñó a ponerse el equipo y la ayudó a elegir las armas. A sus dos pistolas, se le sumó un cuchillo Bowie de plata y una escopeta recortada. La monja no se limitó a una explicación teórica. Se ofreció a darle clases prácticas de armas blancas; aunque su tono y su mirada no admitían replica. Irene fue tan brutal como C. La inspectora apenas podía acercársele antes de caer a la lona. Ambas la presionaron al máximo. «Debe estar preparada», pensaban. Laura se esforzaba sin rechistar. Sin embargo, nada parecía ser suficiente para complacerlas.

Por las tardes, caía desfallecida en el sillón de la habitación de Jonás. Tras quejarse de Irene y C, beber la bebida caliente que él siempre le ofrecía y recuperar un poco el aliento, sacaba su libreta, preparada para escucharle. El vampiro conocía los riesgos porque los había sufrido en su propia piel. Aquella era su forma de protegerla. Le hablaba de todo cuanto pudiese serle útil, desde las diferentes habilidades de los siervos y vampiros, a la forma de predecir sus movimientos y de anticiparse a sus transformaciones y ataques. Su nerviosismo lo convertía en un mal orador. Hacía digresiones interminables y perdía de vista el tema con el que había comenzado.

Aunque Laura apreciaba su esfuerzo y su amabilidad, detestaba que todos dudasen de ella. «Les demostraré lo que valgo», se decía.

En esos cuatro días de calma, no regresó a los archivos. Recordaba con claridad el dolor que había visto en el rostro de C al encontrarse con el dibujo. «Es ella quien debe contármelo», se repetía para apartar la tentación. A pesar de que, en el fondo, empezaba a convencerse de que nunca llegaría a conocerla porque, desde la reunión, la vampira se mantenía alejada y la rehuía aún más que antes. Cuando entrenaban, reducía el contacto al mínimo. No la miraba y apenas le hablaba. La inspectora no supo cómo reducir la distancia que las iba separando cada vez más. Las dudas y el malestar regresaron.

Unas horas antes de empezar la misión, se reunieron para establecer el papel de cada uno y para recordar las caras y nombres de los sospechosos. C había insistido en ser quien organizara la misión y estableciera los roles. Nadie le discutió. Laura e Irene solo debían confirmar su presencia. Jonás y ella serían los encargados de seguirlos y atraparlos una vez fuera del local.

La inspectora asintió a regañadientes. Estaban repitiendo los mismos errores de la misión anterior. Si los vampiros tenían la más mínima sospecha, se esfumarían y cerrarían el antro. Observó las fotografías y no encontró la que estaba buscando, la del gerente. «Él tendría que ser nuestro objetivo, pero prefieres la cautela a la acción. De esa manera, si fallo, tendrás otra oportunidad y la razón para mantenerme al margen y a salvo. Pero así no salvaremos a Beth a tiempo», pensó mientras torcía el gesto y la miraba de reojo.

A pesar de todo, no discutió porque necesitaba que la dejaran entrar en el garito para poner en marcha su propio plan. Estaba convencida de que, tras su triunfo, no volverían a dejarla atrás. «C, te demostraré que te has equivocado conmigo. No soy ni una civil inexperta, ni un lastre», se dijo y la buscó. La vampira sintió sus ojos y ladeó la cabeza.

Irene y Laura se pusieron unos vestidos ajustados y escotados. Escondieron una pequeña pistola en sus bolsos y ocultaron en sus pendientes un diminuto trasmisor para que pudiesen estar en contacto. C comprobó varias veces que todo estuviese en orden y le

repitió el plan a Irene. La monja asentía con una media sonrisa. Laura les dio la espalda. Su cercanía le dolía más que nunca.

Jonás se colocó en la azotea de uno de los edificios cercanos. Su papel era controlar los movimientos de las dos mujeres a través de una mira de francotirador y disparar si lo necesitaban. Joel, que entró al local el primero, fingía beber copa tras copa mientras les daba apoyo indirecto. En su espalda, bien escondidos tras una gruesa chupa de cuero, dos cuchillos afilados les servirían de cobertura. C era la que se mantenía algo más alejada. Subida a un poste de la luz lo observaba todo con el cuerpo en tensión y sin dejar de hablar con la monja. Esta ocultaba la información entre su charla insustancial. Todavía no había ni rastro de ninguno de los sospechosos.

Las horas pasaron y seguían sin aparecer. Laura se sentía nerviosa cada vez que la puerta se abría. Temía que alguno hiciese acto de presencia y estropeara su plan. Irene advirtió su tensión y trató de entretenerla contándole anécdotas de su hermana. Entrada la madrugada el local se fue vaciando. Irene torció el gesto. «Hemos vuelto a fracasar», pensaba. C, desde su poste, respiró aliviada. «Todo ha salido bien. Ya lo has intentado, Laura, y tampoco has tenido éxito. Ríndete y déjanos a nosotros», se dijo. Ella ya sabía que los vampiros no iban a reunirse. Su último ataque fallido los había puesto en guardia y pasaría un tiempo hasta que el deseo venciera al miedo que le tenían.

Sin embargo, la inspectora no pensaba rendirse. Sabía lo suficiente sobre C para predecir el resultado de esa misión y tenía todo un plan de acción preparado. Tenía una carta de triunfo e iba a jugarla sin importar el riesgo. Esperó a que las manecillas de su reloj marcaran la hora prevista y se puso en marcha. Se levantó de la mesa, se sentó junto a Joel con la excusa de pagar y le susurró al oído su objetivo. Él negó y observó de reojo alrededor. Irene los vigilaba desde la mesa. Sus ojos parecían ver a través de las intenciones de Laura, pero para cuando se levantó ya era tarde.

La inspectora fue rápida y elocuente. Dio todos los golpes bajos que fueron necesarios y lo convenció. Joel abandonó el local con los ojos humedecidos. «Esto no está bien», se repetía incapaz de

detenerse. La imagen de Beth entre sus brazos revoloteaba con fuerza. Se quedó escondido en una esquina y deseó que su egoísmo no tuviese consecuencias.

Irene, intuyendo lo que Laura pretendía, se sentó a su lado y le dirigió una mirada de reproche. Quiso sacarla del local, ella negó mientras comprobaba que la puerta del reservado del gerente acababa de abrirse. Entre un grupo de gorilas de aspecto amenazante, apareció aquel hombre. Irene lo reconoció y frunció el ceño. Sus sospechas se confirmaron y lamentó no haberse percatado antes. «Ahora no puedo impedirlo», pensó mientras Laura escapaba de su agarre y se le acercaba contoneándose. La inspectora sabía qué decir. Conocía su punto débil. El hombre se dejó alabar. Irene evaluó la situación. Entrecerró los ojos y respiró hondo. Seguirle el juego se había convertido en su única oportunidad de escapar. Imitó a su compañera y deseó que C apareciese en el momento justo como de costumbre.

Laura lo sedujo con facilidad haciendo caso omiso a los gritos de C que le llegaban desde su pinganillo. No le costó que las invitara a una copa en su reservado. El gerente, eufórico y lleno de deseo, echó a sus guardaespaldas. «Solo son un par de humanas», les dijo en voz baja. Afuera, Jonás había dejado su puesto justo a tiempo de evitar que C interviniese. «Aún no», le repetía sosteniéndola con fuerza.

Ella se revolvió y maldijo a aquella cría estúpida. «Debemos acabar con los gorilas primero. De lo contrario…», Jonás dejó inacabada la frase. C se soltó y ahogó un grito. Se obligó a calmarse. «Debo cubrirlas. Ya me ocuparé de ella después», se dijo. Jonás se quedó a su lado y se preparó. Poco después, dos guardaespaldas salieron para comprobar el perímetro. Los abatieron en silencio. Se miraron y Jonás hizo un gesto con la mano. No habían acabado. C apretó la mandíbula con la impotencia arañándola por dentro. Cada segundo que perdían era un segundo más que pasaban a solas con aquel vampiro.

En el interior, ajenos a todo, el trío había entrado al reservado. Irene buscó una vía de escape. Tragó saliva al no encontrarla. Laura estaba centrada en el gerente. Era un hombre joven, atractivo, alto y

bien proporcionado. Vestía con un traje caro, con tirantes y sin corbata, y llevaba el cabello, negro y corto, engominado en exceso y peinado hacia atrás. Sus ojos marrones brillaban llenos de lujuria y gula. Se sentó entre las dos, en un sofá de cuero, se peinó el pequeño bigote con la punta de los dedos y se humedeció los labios con la lengua. Les sonrió con su dentadura perfecta y blanca.

Irene tomó la palabra e intentó ganar tiempo haciéndole hablar sobre sí mismo. Pero Laura tenía otros planes. Rompió su copa y se cortó. A pesar de que fue una herida pequeña de la que apenas salió sangre, bastó para paralizar al gerente, que empezó a hiperventilar. Su rostro se cubrió de sudor y su boca se llenó de una baba blanquecina y espesa. Su cuerpo temblaba. Irene se levantó. Tenían que salir de allí antes de que fuera tarde. Las mujeres intercambiaron una mirada. La monja entreabrió los labios. Pero no pudo detenerla. Laura lo tocó con su mano herida.

El olor de su sangre sobre su piel fue demasiado. El gerente empujó a Irene contra la pared con un movimiento brusco. Le agarró las muñecas a la inspectora y se le echó encima. Acabaron tumbados en el sofá. Laura lo observó. Sus ojos se habían teñido de negro y los colmillos le sobresalían. Sus uñas le habían crecido y su rostro se había deformado un tanto. No pudo soltarse de su agarre. Él la husmeó y su aroma le llenó. Su lado monstruoso tomó las riendas. «Mi sangre los altera. Pero no había previsto esta reacción tan virulenta. Así no podré derrotarle yo sola», pensó la inspectora con un sudor frío recorriéndole la espalda.

Echó un vistazo a su alrededor, Irene seguía en el suelo y su bolso estaba demasiado lejos. Supo que estaba a su merced. El miedo se apoderó de ella. Su anhelo de demostrarles lo que valía iba a costarle la vida. Pensó en su hermana, a la que ya no podría ayudar; en Cosme, cuyo consejo nunca volvería a escuchar; en Aitor, con quien no había cortado; en Jonás y el resto, a quienes había fallado; y en C a quien nunca conocería. Pronunció su nombre en un susurro y deseó que apareciese y la salvara de nuevo. El vampiro se inclinó sobre su yugular y se la humedeció con la lengua. Ella pensó en sus ojos y cerró los suyos.

Notó su aliento sobre la piel y esperó el mordisco. Podía imaginarse el avance de los colmillos. Dejó de respirar y apretó los dientes, arrepentida. Sin embargo, el dolor no llegó. Fue sustituido por el estruendo de la puerta al romperse. Laura supo a quién iba a encontrarse al otro lado y sonrió. El vampiro gruñó. C lo golpeó y lo lanzó lejos del sofá. Laura buscó su mirada. Su expresión habló por sí sola. La inspectora bajó la cabeza y asintió, culpable y atemorizada. Irene, al verla entrar, logró la fuerza para ponerse en pie y colocarse a su lado, tambaleante y pistola en mano. Apuntó al gerente y cuando se levantó, disparó dos veces. Las balas dieron justo en el blanco: un hombro y una pierna.

El hombre gruñó y trató de taponar las heridas con sus manos a medio transformar. Observó la puerta pensando en escapar, pero Jonás ya había ocupado su puesto y lo apuntaba con su arma. C avanzó llena de ira y miedo. Su respiración entrecortada y el ligero temblor de su cuerpo le daban un aspecto amenazador. El vampiro se había quedado muy quieto, alejado de la sangre olorosa y con aquellas balas contaminándole el torrente sanguíneo, no tenía fuerzas para enfrentárseles.

Aunque intentó razonar y pedir clemencia, C no podía escucharle. Volvió a golpearlo liberando todo lo reprimido. Irene la dejó desahogarse un poco, pero al quinto golpe pronunció su nombre y el sexto no llegó a completarse. Su mano se quedó suspendida en el aire. C apretó los puños cerrados y respiró hondo. Miró de reojo a la monja. Sus ojos verde esmeralda le sonreían. Expiró y se forzó a calmarse. Levantó al gerente del cuello. A pesar de que él pataleó y forcejeó, no bastó para soltarse.

Jonás le inyectó un tranquilizante y el cuerpo del vampiro se tensó. Su temperatura se desplomó de golpe y perdió la consciencia. Llamó a Joel por el pinganillo y le dio instrucciones para la extracción. C soltó a su prisionero y se les acercó. A pesar de que intentó parecer tranquila, Irene la leyó con facilidad. El leve temblor y el brillo amenazante se resistían a abandonarla. La retuvo del brazo y la miró a los ojos. El gesto acompañado de su media sonrisa la inundó de paz. C puso una de sus manos sobre la suya y entornó la mirada. La monja ensanchó la sonrisa y se reunió con Jonás.

C se sentó en el sofá y le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. La inspectora la aceptó. Era cálida y suave. Buscó sus ojos, pero ella la rehuyó y le agarró la mano herida. Presionó un poco y un hilo de sangre manchó el sofá. Su olor subió y se le enroscó como una serpiente. Se le coló muy dentro e intentó despertar aquello que dormía en su interior. Entrecerró los ojos. Su dulzura le adormecía los sentidos y aumentaba la tentación. Tragó el exceso de saliva y se concentró. Recordó las consecuencias y el deseo desapareció. Le envolvió la mano con un pañuelo. A pesar de que el nudo dolía, la inspectora no se atrevió a quejarse. C se levantó, Laura se movió por impulso y se aferró a su brazo. C no la apartó, pero el temblor regresó.

—Lo siento —susurró. C no pudo evitar observarla de reojo. Laura atrapó su mirada y bajó la cabeza ante la avalancha de dolor, miedo y rabia—. Yo…

—¡Calla! —C se soltó con un movimiento brusco. Ya no podía mantener la calma. Su olor jugueteando en su interior la acercaba al punto de no retorno y hacía retroceder el tiempo—. Nos has engañado y has puesto a Irene en peligro. —Se le encaró y Laura bajó la cabeza. Se había equivocado al calcular el riesgo. Debía aceptar las consecuencias de su falta de buen juicio—. Te pedí que no hicieras nada hasta que hubiésemos reducido al objetivo. Tu egoísmo podría haberos matado a las dos. —La ira se había adueñado de su tono y no la dejaba pensar—. ¿Ya estás satisfecha? —Hizo una brevísima pausa y su tono cambió. El miedo sustituyó a la rabia. La imagen de sus cadáveres dominaba sus pensamientos. Se oyó gritando sus nombres, impotente—. Y si no hubiésemos llegado a tiempo, ¿eh? ¿Qué habría pasado entonces? No te paraste a pensarlo, ¿verdad?

—C —llamó Irene. Se le había acercado y le había puesto una mano sobre el hombro—, ya está bien. Ahora no es el momento. Debemos salir de aquí. —C se giró y ella se hundió en su negrura con una sonrisa sin dejarse intimidar—. Ha sido una temeraria, pero sus acciones no han tenido consecuencias. Todos estamos bien. Además, nos ha conseguido a un informante. —C frunció el ceño y apretó la mandíbula. Quería seguir enfadada, pero su voz suave, su

cercanía y la calidez de su mano ya la habían calmado—. No es la primera que comete una locura movida por la desesperación. Tú mejor que nadie deberías comprenderla. —C desvió la mirada ante su sonrisa y el brillo pícaro de sus ojos—. ¿Cuántas veces te has saltado tú un plan?

—No es lo mismo, yo nunca…

—Lo sé. Nunca nos pones en peligro. Pero no te importa romper las reglas para protegernos. Aunque te hieran. —Ensanchó su sonrisa y subió la mano hasta su mejilla. Se la acarició. C buscó sus ojos. No les hicieron falta palabras—. Acabemos la misión y volvamos a casa. Después, puedes seguir con tu sermón el tiempo que quieras. Laura aceptará cualquier castigo, ¿cierto?

La inspectora asintió con los ojos fijos en sus pies. C respiró hondo y la cogió por el antebrazo para sacarla del local. Fuera los esperaba Joel con una ambulancia y un disfraz de enfermero. Tras comprobar el exterior, Jonás e Irene sacaron al gerente y lo colocaron en una camilla. Lo ataron, lo amordazaron y le pusieron una camisa de fuerza cosida con hilos de plata.

Subieron a la ambulancia, Joel y Jonás delante, ellas detrás vigilándolo. Irene se había colocado entre las dos y sonreía mientras le curaba la herida. La inspectora seguía con la vista fija en el suelo. Notó que no estaban volviendo al palacete. Supo adónde se dirigían y tragó saliva. Avanzaron por carreteras estrechas hasta llegar a su destino: un pequeño chalet en la sierra, muy apartado del resto de las viviendas. La inspectora sabía lo que ocurría entre aquellas paredes. Sin embargo, poco le importaban ya los límites que tuviera que cruzar para salvarla. «Si así Beth se recupera…», se justificaba.

Bajaron del vehículo y entraron. Un pequeño salón les daba la bienvenida y conectaba con un par de dormitorios, una amplia cocina, un baño y una habitación con el marco lleno de grabados extraños. Jonás y C sacaron al vampiro, que empezaba a despertase, y lo llevaron allí. Era la sala de interrogatorios, amplia e insonorizada; con un techo alto, iluminado por varias filas de luces led, y del que colgaba una cadena brillante y gruesa que acababa en dos argollas con algunos versículos grabados. Tenía anchas paredes de hormigón con varias capas de plata bendecida y una mesa, un

par de sillas y dos armaritos como único mobiliario. Le colocaron los tobillos en las argollas y lo dejaron allí colgado, bocabajo. Cerraron la puerta y los leds se apagaron.

Se sentaron alrededor de una mesa y se quedaron en silencio una media hora. Debían esperar a que el narcótico dejara de hacerle efecto. Laura no se atrevía a levantar la cabeza. C no había vuelto a hablarle, ni siquiera la había mirado. Irene había ocupado su lugar, entre ambas, y su presencia mediaba. La joven monja se esforzaba en no reír. «Es la primera vez que algo te altera tanto. Debes reconocerlo C, Laura no iba mal encaminada con su plan. Ha sido imprudente, pero lo tenía todo bastante medido. Tal vez si hubiese contado con nuestra colaboración, nos habríamos ahorrado el susto», pensó mientras miraba a su salvadora a los ojos.

Ella entornó los suyos. Casi podía oírla. Se levantó para huir y les dio la espalda. Laura alzó la cabeza y observó su silueta. Irene apreció cada detalle de su expresión y cada pequeño brillo de sus ojos claros. Recordó la discusión que habían mantenido y se mordió los labios para ocultar su sonrisa: «Y tú estarás allí, nos protegerás».

Sin embargo, otro recuerdo empañó su alegría. Escuchó sus palabras y sintió las punzadas: «Cuando esta guerra acabe…». Por debajo de la mesa, juntó las manos y entrelazó los dedos. Deseó que Laura pudiese romper esa promesa. C se giró.

—Ya es la hora.

La inspectora fue la primera en ponerse en pie. C fundió sus miradas un segundo. Bastó para que Laura comprobara que el rencor y la decepción seguían intactos. La inspectora volvió a sentarse y bajó la cabeza. Apretó la mandíbula para no llorar. C no desvió su mirada y habló decidida. No permitiría réplicas.

—Tú y Jonás os encargaréis de montar guardia, Irene y yo del interrogatorio y Joel de comprobar la información y de ir redactando el informe.

Contempló a la monja, ignoró el brillo desaprobatorio de sus ojos y se encaminó a la sala de interrogatorios. Laura oyó el portazo y se encogió. Jonás le puso una mano sobre la cabeza y con un gesto le indicó que lo siguiese. Al pasar junto a Joel, intercambiaron una mirada avergonzada. Fuera, la brisa de la madrugada les meció el

cabello. La inspectora la agradeció y se apoyó contra la valla del porche. Jonás, de nuevo, la leyó y empezó a reconfortarla.

—No te preocupes, ya sabes cómo es. En cuanto lo golpee un poco, se calmará.

—Tú me entiendes, ¿verdad? No podía soportarlo más. Tenía que hacerlo. —Lo observó con los ojos humedecidos. Él asintió y le acarició la cabeza. Ninguno estaba libre de culpa. Aquella guerra parecía eternizarse y todos, antes o después, habían caído en la tentación de pisar el acelerador a fondo, sin pensar en nada más—. Sabía que no dejaría que nos pasase nada. —La caricia se intensificó —. Esperaba que me regañara, pero no así. ¿Has visto cómo me ha mirado?

—No es tan grave como parece. Hazme caso, la conozco desde mucho antes de que tú nacieras. Aunque nadie diría que tengo más de ciento cincuenta años. ¡Estoy estupendo! —Su broma y su sonrisa no consiguieron nada—. Se preocupa mucho por ti. A todos nos asombra. Y eso hace que su carácter, ya de por sí difícil, sea aún más complicado. No quiere aceptar que le importas. Cree que, negándolo, los sentimientos desaparecerán. Aunque en el fondo sepa que no hay nada que hacer. Está intentando alejarse para no sufrir. Sabe que, de una forma u otra, te perderá. Y no solo a ti. Esa certeza es una carga con la que lleva luchando desde que su tiempo se detuvo. —Su rostro se ensombreció. Aquellas palabras no solo eran ciertas para C. Laura se dio cuenta y le cogió la mano. Él sonrió y se la apretó—. Vamos, echemos un vistazo a los alrededores.

Laura lo siguió de cerca. Sin embargo, por mucho que caminaran, sus últimas palabras seguían pesando. Aunque sentía curiosidad, no pensaba preguntar. Ya había comprobado lo doloroso que era el pasado de los miembros de la Organización V. No se lo haría revivir.

Al llegar al patio trasero, Jonás se desvió del camino y se adentró en el pequeño bosquecillo que rodeaba la finca por tres de sus cuatro costados. Avanzó despacio, sin perderla de vista. Llegaron al límite de la propiedad, una explanada de pocos metros que acababa en una valla de metal que impedía la caída hacia un acantilado. Apoyó los brazos sobre ella y paseó la mirada por la panorámica de la ciudad. Laura se colocó a su lado, lo observó un momento y

después admiró las vistas. Pensó en el increíble contraste entre su guerra y la ciudad dormida. Sonrió al recordar que, hasta hacía poco, ella pertenecía a los del otro lado, al de los felices ignorantes.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se percató de que Jonás la contemplaba. Sopesaba si advertirla del peligro y enseñarle las consecuencias de no temerle compensaba el dolor de sumirse en su pasado. Apretó la mandíbula. Su perfil le recordó a Beth. A ella no se lo había contado y ahora estaba postrada en una cama de hospital, con el cuerpo y el rostro lacerados por las heridas que él mismo había tenido que infligirle. No había logrado convencerse de que no había sido culpa suya. «Si hubiese sido más claro en cuanto al peligro que conlleva nuestra misión, si le hubiese contado mi historia y le hubiese mostrado que no solo nos estamos jugando la vida, tal vez…», se fustigaba. Sintió las mimas punzadas clavándosele en el corazón que cuando descubrió que Beth había dejado de ser humana y supo lo que debía hacer.

—Laura —ella ladeó la cabeza y lo miró. Él volvía a tener la vista fija en el horizonte—, tengo que contarte una historia. No es bonita, pero creo que debes saberla antes de que sea demasiado tarde. Comprendo por qué te has arriesgado esta noche. Pero necesito que entiendas el peligro que conlleva nuestro trabajo. Debes saber a quién nos enfrentamos.

—Lo sé, nuestro objetivo es un vampiro muy antiguo y poderoso.

—No, no lo sabes. No tienes ni idea de la magnitud de su poder. —Su tono de voz, severo y cortante, la sorprendió—. Hasta ahora solo has visto a un puñado de siervos y a un vampiro de la calaña más baja. Y este último ha conseguido someterte.

—No volverá a pasar. —Le echó un vistazo a su mano vendada y se la apretó—. Mi sangre se convertirá en mi arma. No me importa si es peligroso. No voy a abandonar. Beth me ha cuidado y protegido toda mi vida. Por una vez quiero ser yo quien la salve.

—¿Sin importar el precio que tengas que pagar? —Se había girado y ahora buceaba en sus ojos claros.

—Si he de morir para salvarla, lo haré. —También dejó de apoyarse y ladeó su cuerpo para encarársele.

—No estoy hablando solo de eso. —Le puso las manos sobre los hombros y se aferró con fuerza—. Podrías acabar convertida. No es tan divertido como muestran en las películas. La sed controlará cada minuto de tu vida. Estarás condenada a ver sufrir y morir a todos cuantos te rodean. Te verás sola en un mundo cambiante del que nunca formarás parte. Sin amigos, ni familia, ni amor. La eternidad es tu maldición. Para siempre.

Jonás cerró los ojos. Había sido una noche demasiado larga y los años le pesaban cada vez más. Laura le sostuvo las manos para reconfortarlo porque verlo tan derrotado le dolía.

—Está bien, cuéntame esa historia.

Él los abrió y la miró. Laura nunca había visto tanta tristeza humedeciéndoselos. A pesar de que supo que se había equivocado, no tuvo tiempo de detenerlo.

—Nací una calurosa noche de verano de 1848.

Capítulo 21

Jonás habló durante mucho tiempo. Laura no le interrumpió ni una sola vez. Tenía razón, su historia no era bonita.

Nació en el verano de 1848 en el seno de una familia de granjeros de una pequeña aldea de Francia. Su vida trascurrió con normalidad. Sobrevivió a varias plagas y hambrunas y consiguió llegar a la edad adulta. Se casó con una preciosa mujer, una de las hijas del granjero vecino, a la que siempre había querido. Su matrimonio fue feliz. Tuvo cuatro hijos, dos niños y dos niñas. Pese al trabajo duro y las estrecheces, Jonás se sentía satisfecho.

Sin embargo, todo cambió para siempre un día de otoño de 1882. Como cada año, Jonás se había ausentado tres días para vender unas pocas verduras excedentes en el mercado de una pequeña ciudad cercana. Volvía con el carro vacío y una buena bolsa por un camino de tierra delimitado con torpeza, cuando vio el humo. Detuvo a su burro y observó la columna negra. «No es temporada de quema», pensó y trató de no preocuparse, de acallar la voz de alarma. A medida que avanzaba, a la primera columna se fueron sumando otras. Se temió lo peor. La voz se convirtió en un grito desesperado. Su corazón dolía y apenas podía respirar. Alentó a su burro para ir más deprisa. El animal, como si supiese que algo iba mal, galopó sin descanso hasta alcanzar la entrada del pueblo.

Los gritos se elevaban por encima de las risas, el crepitar de las llamas y las puertas y ventanas rompiéndose en mil pedazos. Frenó en seco con la respiración entrecortada y el corazón desbocado. Nunca olvidaría las escenas de terror, iluminadas por la luz anaranjada del fuego, que vio en aquellos segundos. Se obligó a dejar de mirar, cogió las riendas con fuerza y se desvió. Atravesó los

campos colindantes, intactos, y golpeó por primera vez la grupa de su burro. El animal no se quejó, también quería llegar cuanto antes.

Vio su granja a lo lejos y sonrió. Allí no había fuego ni se oían gritos. Respiró aliviado y, en los escasos metros que lo separaban de su hogar, montó todo un plan de acción para poner a su familia a salvo. Al atravesar la valla, todo encajaba a la perfección. Bajó del carro y llamó a su mujer y a sus hijos. No recibió respuesta. Abrió la puerta y entró en su casa. Pese a la oscuridad, vio con claridad a la figura sentada en su silla.

—Ya era hora, Jonás. —El hombre, moreno y vestido con lujo, le sonrió.

—¡¿Quién eres tú?!

—Eso no es relevante, pero, como espero pasar algún tiempo contigo, te lo diré. Puedes llamarme Caín.

El hombre actuaba con una calma que contrastaba con sus movimientos nerviosos. Desde que había entrado, no había dejado de llamar a su familia y de caminar de arriba abajo, buscándolos.

—¡¿Dónde están?!

—Eso sí que es relevante. —Ensanchó su sonrisa, mostrando una dentadura perfecta con los incisivos sobresaliéndole ligeramente—. Ven conmigo. —Se levantó con agilidad y caminó con seguridad hacia el patio trasero. Jonás aprovechó que le había dado la espalda, para coger una de sus herramientas, una hoz afilada, y lo siguió—. Aquí los tienes.

Jonás se quedó congelado. Su familia estaba amordaza, arrodillada y con las manos y pies atados como si fuesen reses preparadas para el sacrificio. Lloraban y lo miraban aterrados, como si fuese la respuesta a sus plegarias. Intentó avanzar para liberarlos, olvidando al hombre que lo había llevado hasta allí. Pero él, que era mucho más consciente de lo que estaba pasando, le tocó el pecho y lo detuvo. El simple roce lo empujó con fuerza contra la pared de la casa.

—No tan deprisa, Jonás. Aún tenéis que divertirme mucho más. —Jonás se levantó con un gran esfuerzo de sus fuertes miembros. Apretó la empuñadura de su hoz y se lanzó contra él—. Mira que llegas a ser cabezota. Muy bien, por las malas, entonces.

Caín esquivó todas y cada una de sus estocadas sin apenas despeinarse. Parecía divertirle truncar sus esfuerzos con facilidad. Aquella farsa duró mucho. Aunque Jonás cada vez se sentía más cansado, no dejó de atacar. El sudor le empapaba la frente y la espalda. Había entreabierto los labios porque el aire no le llegaba. Caín sonreía con superioridad.

Sus ataques fueron perdiendo velocidad y precisión. Se detuvo un segundo para recuperar el aliento y Caín lo interpretó como el final del juego. Avanzó de un salto y volvió a rozarle el pecho. Esta vez, Jonás salió despedido de una forma mucho más violenta y cayó sobre la valla de madera que delimitaba un pequeño corral de gallinas. La destrozó con su cuerpo y los animales escaparon dando saltitos rápidos. Huyeron hacia los campos sin pararse a mirar a los que no habían tenido tanta suerte.

Jonás notó cómo cada fibra de su ser le dolía. Pero supo que, si se detenía, su familia moriría. Aquel ser, porque ahora sabía que no era ningún hombre, no iba a mostrar piedad. No podía saber que su destino ya estaba sellado; que, en verdad, hacía mucho que lo estaba. Caín y sus secuaces habían pasado por aquel pueblo hacía un mes y la visión de su familia perfecta lo había enfurecido. Había estado rondado por los alrededores esperando la oportunidad perfecta para cumplir sus macabros deseos. Y, por fin, había llegado. Caín volvió a sonreír y se pasó la lengua por los labios saboreando el inminente bocado. Aquello acababa de empezar y no iba a ser rápido.

Se le acercó y lo agarró del cuello de la camisa. A pesar de que intentó levantarlo, la prenda cedió y el cuerpo del granjero cayó al suelo. Caín miró el pedazo de tela y lo lanzó lejos con una mueca de repulsión. Dejó que las uñas le crecieran lo suficiente, se las clavó en el torso y las movió hasta tenerle bien sujeto. Aunque Jonás trató de resistirse, una patada suave, que le rompió el labio, una ceja y el tabique nasal, se lo impidió. La sangre le manchó la cara y detuvo los movimientos del ser un segundo que lo observó y volvió a pasarse la lengua por los labios. La cercanía permitió a Jonás ver agrandarse sus incisivos.

Jonás buscó sus ojos. Su iris negro se había ensanchado y ahora le dominaba toda la mirada. Se vio reflejado en aquella oscuridad y sintió cómo las pocas fuerzas que le quedaban le abandonaban de golpe. Supo que iba a dejarle hacer lo que quisiese. Caín acercó la boca a su cuello y aspiró su aroma. Sacó la lengua y la pasó por la yugular un par de veces, mezclando el sudor con su saliva pegajosa. Se lo acercó más y abrió las fauces. Sus colmillos habían crecido de forma exponencial. Se los clavó en el cuello y lo sujetó con fuerza mientras bebía su sangre.

Jonás creyó que iba a morir. Notó cómo la vida se le iba escapando por los cuatro orificios de su cuello; cómo aquel ser se la estaba robando sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Consiguió moverse un poco para contemplar a su familia. Creía que sería la última vez. Seguían aterrorizados y le miraban, impotentes, con los ojos bañados en lágrimas. Les sonrió intentado trasmitirles un «Todo está bien. Acabará pronto».

Sin embargo, volvió a equivocarse porque el ser se aseguró de no consumirlo del todo. Se apartó con las fauces llenas de su sangre y sonrió mostrándole su dentadura manchada. Lo levantó por encima de su cabeza y lo golpeó contra el suelo. Jonás oyó cómo se le partían varios huesos. El dolor fue insoportable. Caín se le sentó sobre el pecho y lo observó divertido mientras se limpiaba con parsimonia los labios con un pañuelo de seda con su nombre bordado en hilos de oro. Le acarició el rostro con una de sus manos hiriéndole la piel con las uñas. Jonás intentó hablar, pero no pudo. Así que lo miró desafiante creyendo que aquello sería su última acción. Él todavía ensanchó más su sonrisa y le meció los cabellos.

—Puedes estar tranquilo, Jonás. —Su tono divertido lo llenó de odio. Nunca lo había sentido con aquella intensidad. Supo que no habría dudado en matarlo—. No vas a morir. Al menos de momento. Tengo otros planes —pronunció las últimas palabras mientras se giraba hacia su familia. Jonás volvió a abrir la boca, pero en lugar de palabras, salió una bocanada de sangre que le salpicó. Caín se la limpió mientras perdía su sonrisa—. Lo que yo decía, un terco cabezota.

Le cogió la barbilla con una mano y le obligó a abrir la boca. Le metió la otra hasta rozarle la campanilla y se clavó una de sus uñas en la palma. Jonás sintió la sangre de aquel ser abriéndose paso desde su garganta hasta su corazón. La notó avanzar por sus venas, quemándole. No pudo gritar, ni siquiera moverse. Solo cerró los ojos con fuerza esperando que aquel dolor cesase. En unos segundos, que le parecieron horas, el ardor desapareció. Su cuerpo se destensó y Caín le sacó la mano de la boca. Él abrió los ojos y lo miró. No había rastro de la herida de su palma. Sus labios se curvaron en aquella sonrisa macabra.

—Has respondido bien, no esperaba menos.

Caín le agarró la cabeza con las manos y se la golpeó contra el suelo varias veces hasta dejarlo al borde de la muerte. Jonás supo que la vida, esta vez, sí se le estaba escapando de verdad. No pudo ni mirar a su familia. Lo último que vio fueron sus dos ojos oscuros; y su voz melodiosa, lo último que oyó.

—No tardes, te estaremos esperando. —Rio Caín con un sonido agradable que le erizó la piel.

Jonás no entendió sus palabras, pero creyó que poco importaban. Estaba muriendo. Ya no habría más dolor. Pensó en los suyos e intentó que ese último instante fuese para ellos. Sus latidos se detuvieron y una oleada de paz lo llenó. Sin embargo, aquella calma duró poco. Fue sustituida por un fuerte dolor en el pecho que lo devolvió a la conciencia. Abrió los ojos. Allí estaba Caín, de pie, mirándolo con su sonrisa burlona que ensanchó con la primera sacudida.

Todo el interior de Jonás comenzó a convulsionarse y sus órganos se comprimieron sobre sí mismos, produciéndole un dolor atroz. Tuvo la impresión de que iban a explotarle de un momento a otro. Abrió la boca e intentó respirar, pero el aire no les llegó a los pulmones. La sensación de ahogo era insoportable y continuó durante todo el proceso. Oyó sus huesos quebrarse. Pese a que sentirlos romperse fue doloroso, aún lo fue más notarlos recomponerse, milésimas después.

Algo espeso comenzó a recorrerle las venas partiendo de su corazón detenido hasta alcanzar la punta de sus dedos. Al llegar allí,

las calentó y emprendió el camino de vuelta. Al regresar, sacudió a su corazón con fuerza. Aquel dolor fue el más intenso. A pesar de que abrió los labios para gritar, no tenía voz. Se quedó con la boca entreabierta, paralizado. Su piel empezó a arderle. En un segundo, cada centímetro parecía acunar al mismo infierno. Un pitido agudo se instaló en sus oídos y se intensificó hasta llenarle la cabeza.

Su vista se cubrió con un velo negruzco que fue espesándose hasta dejarlo ciego. Aunque sintió miles de pequeñas agujas clavándosele en los ojos, no pudo cerrarlos. La claridad volvió de golpe y la luz lo inundó. Pero todo había cambiado. Sus ojos ya no eran los mismos. Veía el mundo de una forma diferente y compleja. Ahora podía apreciar con claridad los detalles que antes le pasaban desapercibidos. Todo parecía ir a cámara lenta y los colores se habían multiplicado embelleciendo el mundo a su alrededor.

Su piel se fue enfriando y el dolor se disipó. El fuerte pitido se acalló y lo sumió en el silencio. Pronto se dio cuenta de que la vista no era lo único que había cambiado. Podía oírlo todo: los latidos de su familia, sus leves sollozos amortiguados por las mordazas, el jugueteo de los zapatos de Caín con la tierra, el crepitar de un fuego lejano, y algún grito ahogado en las postremas luces del crepúsculo.

Una nueva punzada le atravesó el pecho. Su corazón se calentó y se comprimió al máximo. Una oleada de dolor, la última, lo sacudió. No duró mucho. La calma lo inundó todo poco después y sus latidos se reanudaron. El aire que antes no llegaba, ahora lo llenó. Aspiró con fuerza y regresó a la vida.

Se incorporó mareado, sintiéndose distinto. Se puso de pie y dio un par de pasos disfrutando del aire y de la ausencia de dolor. Estaba tan aliviado que no pudo pensar en nada más. Por un segundo, se había olvidado de Caín, del peligro que corría su familia y de su corazón detenido. Había muerto, pero respiraba. Se puso una mano sobre el pecho. Sus latidos golpeaban rítmicos.

Sin embargo, la calma acabó pronto. Una nueva sensación lo invadió con fuerza, quemándole la garganta. Cayó de rodillas. Se puso las manos alrededor del cuello y lo miró por instinto.

—Ya ha comenzado. —Su voz llenó la mente de Jonás, que tembló de miedo—. Veamos cuánto puedes aguantar —dijo y ensanchó su

sonrisa eterna. La diversión no había hecho más que empezar.

Capítulo 22

Jonás dejó de mirarlo e intentó tranquilizarse. Debía averiguar el origen de aquella desagradable sensación. No tardó en comprenderlo porque no era la primera vez que lo sentía. Aunque nunca se había manifestado con aquella necesidad y urgencia. Fue al pozo y de un fuerte tirón subió el cubo. Metió la cabeza dentro y abrió la boca. Tragó tanta agua como pudo. La sacó con el cabello empapado y notó cómo le bajaba por la garganta. Sin embargo, su frialdad no apagó el ardor. La necesidad cada vez era más apremiante. A pesar de que repitió el proceso varias veces, el resultado no cambió. Entonces lo comprendió. Su sed no se saciaría con agua. Destrozó el cubo con un manotazo desesperado.

Observó a su alrededor y se fijó en su familia. El corazón le dio un vuelco. Un pensamiento fatídico le golpeó y empezó a obsesionarlo. Se giró y se puso las manos sobre la cabeza mientras negaba. El ardor de su garganta no dejaba de crecer. La necesidad se volvió insoportable. Se agachó y se golpeó contra el pozo. Destrozó gran parte sin apenas herirse. Con los ojos cerrados, pudo notar cómo el pequeño corte de su frente se cerraba con rapidez.

—Cuanto más te resistas, peor será. —Caín se había cansado de esperar. Se le había acercado y se había arrodillado frente a él—. Pobre granjerito. —Le sostuvo las manos con las suyas y le obligó a quitarlas—. Ríndete ante lo inevitable.

—No lo haré —hablar con la boca seca fue un suplicio.

—Claro que sí. Solo es cuestión de tiempo, amigo mío. —Ensanchó su sonrisa. Sus colmillos seguían afilados—. Pronto estarás disfrutando de un festín —concluyó mientras miraba de reojo a su familia.

Aquello lo encolerizó. Jonás consiguió empujarle y echársele encima. Lo golpeó con fuerza. Su nueva naturaleza le permitió herirlo. Caín le dejó hacer mientras se reía. Jonás le cogió del cuello y trató de ahogarlo. Caín sin dejar de sonreír le agarró las muñecas y con un leve movimiento, lo detuvo y lo lanzó contra la casa. Jonás apareció entre los escombros sin un solo rasguño y volvió a la carga. Caín comenzó a impacientarse. Lo golpeó varias veces sin dejarse alcanzar. Lo estampó contra la casa y le clavó en el estómago un trozo de madera puntiaguda que antes formaba parte de la valla del porche. Jonás intentó quitárselo, pero Caín no le dejó. Le clavó su propia hoz en uno de los brazos y un trozo de cristal, en el otro.

—Como veo que eres más cabezota de lo que pensaba, tendré que darte un empujoncito.

Caín se peinó el cabello con los dedos y se repuso del esfuerzo. Se dirigió a su familia y cogió a la hija menor. No fue una elección casual. Mientras su padre se revolvía de dolor, él había puesto en marcha un experimento que, en aquel momento, le pareció divertido. No podía saber que iba a darle una ventaja sobre C y el resto de sus oponentes. Nunca antes lo había probado y ni siquiera sabía si funcionaría. Pero había leído sobre ello en un viejo diario y tenía curiosidad.

«El riesgo valdrá la pena. Este granjerito va a ser mi bufón mucho más tiempo del que se cree», se dijo ahogando una risotada porque no quería estropear la sorpresa. Se imaginó regresando un poco más tarde a la escena del crimen para recoger los frutos de su esfuerzo. Tuvo que morderse los labios para no reír. Observó a la niña que ajena a sus intenciones maquiavélicas, temblaba sin dejar de mirar a su padre. La llevó hacia él y se la mostró.

—¡DÉJALA! —gritó Jonás e intentó ir en su ayuda. Aunque forzó a su cuerpo, no logró liberarse.

—No. —Sonrió y le clavó los colmillos en su diminuto cuello.

La niña no dejó de mirar a su padre ni de llorar desconsolada en ningún momento. Jonás, impotente, tuvo que verla morir. Caín, cuando acabó de beberse su vida, la soltó y su cuerpo inerte cayó al suelo con un sonido sordo. Jonás estaba en *shock*. No podía apartar la vista de su figura de miembros doblados y ojos sin vida todavía

abiertos. Caín le agarró el rostro y lo obligó a mirarlo. Sus ojos se encontraron. El vampiro sonrió con la boca llena y el granjero gritó de dolor y rabia.

Caín le sostuvo la cara y le escupió parte de la sangre de su hija. El líquido rojizo y aún tibio le impactó de lleno. Su olor dulzón se abrió paso por sus fosas nasales y despertó un apetito voraz desconocido. Su garganta le ardía como nunca. Sin darse cuenta, había sacado la lengua y la dirigía hacia las manchas de sangre. Su parte racional le gritaba que se detuviese, pero su instinto pudo más. La tocó con la punta y el sabor de la sangre lo inundó. Jamás nada le había sabido tan dulce.

Ya no había vuelta atrás. Su autocontrol se esfumó con aquel primer bocado. Ahora se pasaba la lengua por la cara y engullía con avidez cada pequeño rastro. Cuando no quedó nada, lo contempló ansioso e insatisfecho. Caín le señaló al resto de su familia y Jonás ya no vio a sus seres queridos. Su maldición los había deshumanizado, había borrado el vínculo que los unía y los había convertido en meras presas a las que devorar. Se arrancó lo que le impedía avanzar y fue hacia ellos, tambaleante, fuera de sí. Ellos lo contemplaron incapaces de reconocer al hombre al que querían en aquel ser que los observaba con los ojos oscurecidos y golosos.

Acabó con su vida uno por uno, sin pensar. No escuchó sus gritos, ni vio sus lágrimas implorantes. Solo podía sentir cómo la sed se iba acallando con cada mordisco. Cuando acabó, dio un suspiro de alivio y miró a Caín, agradecido. Su mirada déspota y divertida le devolvió la conciencia y todo le sobrevino de golpe. Contempló su obra y gritó desconsolado. Estrechó sus cuerpos sin vida entre sus brazos y lloró sobre ellos. La pena no tardó en verse empañada por el odio.

Volvió a mirarlo, esta vez, lleno de rabia y convencido de que él era el verdadero culpable de su crimen. Se puso en pie, recogió a su hija pequeña, la única cuyo rostro no estaba desencajado por el terror más absoluto, y la dejó con delicadeza al lado de los otros cuerpos. Les acarició los rostros y les dio un último beso en la frente. Se levantó y se le encaró. Estaba decidido a matarlo y a acabar con su propia vida, después. «Así estaremos juntos de nuevo», pensó.

Caín lo esperaba ansioso. La lucha duró poco y fue muy desigual. Jonás, movido por el dolor y la furia, atacaba sin parar. Gruñía sin tener el más mínimo control sobre su cuerpo, cuyas partes se habían vuelto monstruosas. Sus manos y pies eran garras; sus dientes, piezas afiladas; sus ojos, dos bolas rojizas. Caín no perdió la sonrisa y su aspecto no se modificó. Seguía pareciendo un caballero adinerado y de modales refinados. Se movía con agilidad y suavidad. Lo esquivaba y lo hacía bailar a su son. Fue él quien alargó la pelea para disfrutar de su superioridad física y mental. Solo cuando se aburrió del juego, le asestó el primer golpe. Fue un puñetazo en el estómago que Jonás no pudo evitar y que lo lanzó al tejado, que atravesó. Cayó de espaldas sobre el pasillo del primer piso.

Aunque Jonás notó el dolor, sus heridas sanaron antes de que encontrara el camino de vuelta entre las ruinas de su hogar. Caín apareció y le dio una patada en el pecho que lo tumbó. Tres veces quiso ponerse en pie y tres veces se vio incrustado en el suelo con fuerza. Jonás trató de pensar. Miró a su alrededor y cogió un trozo de viga que le lanzó a Caín para poder levantarse. Él la detuvo con facilidad y se la arrebató de las manos. Lo golpeó con ella hasta romperla. Jonás intentó protegerse con los antebrazos, pero los golpes eran demasiado constantes y precisos. Impactaron donde Caín quería. El vampiro se aseguró de que produjeran un gran dolor sin ser mortales. Todavía no había acabado con su juguete nuevo.

Se alejó un poco para dejarlo respirar. Caminaba con ritmo como si siguiese los pasos de una melodía que solo él pudiese escuchar. Se repeinó el pelo engominado hacia atrás. Jonás estaba agotado. El ardor en su garganta estaba volviendo. Tragó saliva y respiró hondo. Sabía que, si aquello duraba mucho más, perdería el control de nuevo. Lo observó y supo que era eso lo que pretendía. No le había bastado con obligarle a acabar con sus seres queridos. Quería divertirse un poco más arrancándole la poca humanidad que no sabía si le quedaba. Echó un vistazo a cuanto le rodeaba buscando una salida. Su mente trabajó deprisa y trazó un plan desesperado que no creía que funcionara. «Pero es lo único que puedo hacer», se repetía. Se levantó, se llenó los pulmones de aire y se concentró al máximo.

Se había ido acostumbrando a su nueva percepción del mundo y a la forma de moverse de su oponente. Lo miró y ejecutó su plan. Dejó que lo golpeara un poco más sin ofrecer demasiada resistencia. Caín debía estar convencido de su sumisión. El vampiro intercalaba golpes con carcajadas y acabó bajando la guardia. Entonces Jonás actuó con rapidez porque no podía darle tiempo para reaccionar. Esquivó uno de sus ataques, le ganó la espalda y lo cogió de una pierna. Lo golpeó varias veces contra el suelo y, después, lo soltó. Antes de que Caín pudiese recuperarse, Jonás tomó carrerilla y se abalanzó hacia él. Lo agarró de la cintura y se lanzó hacia el pozo. Creía que, si caían allí y destrozaba las paredes, se quedarían atrapados para siempre. Jonás avanzaba veloz. Con cada zancada la distancia con el pozo se reducía. Sonrió eufórico. Casi podía rozarlo.

Sin embargo, una risotada que preludió a un fuerte golpe le demostró que aquello formaba parte de su juego. Supo que no lo alcanzaría jamás, que su salvación se le había escapado. Caín, sorprendido de su arrojo, iba a asegurarse de convertir su patético intento de resistencia en una nueva forma de tortura. «Te dejaré creer por un segundo que me has vencido. Te arrebataré el triunfo cuando estés a punto de tocarlo», había pensado.

El vampiro le clavó las uñas en la espalda y se la abrió sin miramientos. Pero el dolor no lo hizo soltarlo. Jonás avanzaba, aunque su caminar se había tornado lento y torpe. Caín dejó de sonreír. Se estaba cansando de su perseverancia. Le golpeó sobre la herida abierta y le rompió las costillas. Jonás cayó de rodillas aún con él sujeto. Caín, enfurecido al verse atrapado por aquel granjero, le clavó las uñas en uno de los hombros y presionó con violencia. Jonás no podía moverse. Pese a que el dolor y la pérdida de sangre lo habían debilitado, se negó a soltarlo. «Lo conseguiré», se engañaba.

Caín apretó la mandíbula y, por segunda vez, mostró su verdadera naturaleza. Echó la cabeza atrás y dejó que sus ojos se ennegrecieran. El aumento de potencia física no se hizo esperar. Consiguió deshacerse de su agarre con facilidad y lo lanzó contra los escombros. Jonás había perdido su oportunidad. Ya no pudo levantarse. Sus heridas seguían abiertas y la sangre consumida solo

había podido mantenerle activo durante un tiempo limitado. El ardor había regresado y le arañaba la garganta. Desde el suelo, negó con la cabeza. «No volveré a probarla», se prometió.

El vampiro respiraba con dificultad. Aquel juguete había dejado de divertirle. Había llegado el momento de acabar con él. Recogió la hoz todavía manchada con su sangre y fue hacia él. Apartó varios trozos de madera y lo cogió de uno de sus brazos. Lo arrastró como un peso muerto hasta el patio. Jonás trató de moverse, pero solo consiguió que una bocanada de sangre se le escapase de los labios. Lo observó con odio. Aunque el vampiro le golpeó el rostro con el pie, no logró que apartase la mirada. Caín gruñó y desistió en su afán de doblegarlo. Quería acabar cuanto antes para abandonar aquel pueblucho y buscar un nuevo entretenimiento. Imaginar a su siguiente víctima le devolvió la sonrisa.

Le clavó la hoz en el estómago y fue subiendo hasta llegar al pecho. A pesar de que el tajo era profundo, Jonás no gritó. «No le daré ese gusto», pensó. Caín le abrió la carne y disfrutó del espectáculo. Acarició su corazón palpitante y se lo apretó. A Jonás se le escapó un leve gemido. Él sonrió y lo soltó. Se agachó sobre él y le acarició el rostro con las manos manchadas con la tibieza de su sangre.

—Disfruta de la vida eterna, querido —le susurró al oído, aspirando su aroma.

—¡Vete al infierno! —Aunque Jonás no supo cómo había conseguido reunir las fuerzas para contestarle, su grito se elevó.

Caín rio y le clavó los colmillos en el cuello. El granjero creyó que iba a matarlo, que su infierno llegaba a su fin. Pero no fue así. Se detuvo justo antes de su último aliento. Se separó de él, se levantó y se limpió la sangre del rostro y las manos con su pañuelo de seda. Contempló su alrededor, satisfecho, y emprendió el camino hacia el pueblo. Jonás se quedó solo, incapaz de moverse. Cerró los ojos y se abandonó. Aún creía que la muerte lo liberaría. Ni siquiera pensó en ir tras el vampiro, estaba demasiado cansado y dolorido. La venganza no le devolvería a los suyos. Pensó en ellos y lloró.

No supo cuánto tiempo pasó. Pero las lágrimas seguían surcándole las mejillas, cuando oyó a alguien correr en su dirección. Escuchó

voces que no supo descifrar y sintió unas manos frías que le sostenían la cabeza y le abrían los labios. Alguien le estaba dando un líquido espeso y dulce. No tardó en darse cuenta de lo que era y abrió los ojos, asustado. No quería volver a convertirse en un monstruo asesino e irracional. A su lado, distinguió a un hombre fornido y a una muchacha de apenas dieciséis años, con sendas ballestas apuntándole, y una mujer joven arrodillada con una botella entre las manos. Negó y trató de impedir que siguiera vertiéndole aquel veneno. Sin embargo, una cuarta persona lo sujetaba con fuerza por detrás. Mientras la joven le acercaba la botella, la otra lo obligó a abrir la boca.

—Tranquilo —le susurró al oído una voz de mujer—, está bastante aguada. Solo bastará para que la hemorragia se detenga y las heridas más profundas se cierren un poco. No dejaremos que te descontroles. —Jonás la escuchó sorprendido de que fuese capaz de controlarlo con aquella firmeza y se rindió—. Intenta respirar y tragar poco a poco. Piensa en lo que más te importa y céntrate en esa imagen cuando notes que vas a perder el control.

La dulzura de su voz y la exactitud de sus consejos revelaron su verdadera naturaleza. Jonás no supo si alegrarse de no estar solo o lamentarse de que hubiese alguien más condenado. Cuando acabó de beber, ella lo soltó y se levantó. Se reunió con los ballesteros y la otra mujer y lo observó para vigilar su reacción. Él le devolvió la mirada. Era una mujer solo algo mayor que la que llevaba la botella, con un rostro bello y de piel suave, el cabello negro cortado de mala manera y con unos profundos ojos negros llenos de amargura. Esos dos pozos le recordaron a los de Caín y tembló. Ella pareció adivinar sus pensamientos y le sonrió con tristeza.

Sus heridas empezaron a cerrarse. Se observó y pudo comprobar que iba a ser un proceso lento y doloroso. No le importó. «Si de esa forma no vuelvo a hacerle daño a nadie, la sanación puede eternizarse», pensó. La mujer de la botella le recolocó la carne lacerada y lo vendó con precisión. Parecía acostumbrada. El granjero no podía saber cuántas veces había curado a la mujer morena que la acompañaba, ni los vínculos que ambas compartían con aquel demonio.

Jonás, en cuanto se recuperó un poco, se puso de pie. Los ballesteros modificaron su posición para seguir apuntado a sus puntos vitales. No se lo reprochó.

—¿Por qué me habéis ayudado? —Agachó la cabeza—. Soy un monstruo.

—Lo sabemos. —La mujer de ojos negros volvió a sonreírle—. Pero hay monstruos peores.

—Caín.

—Exacto. Está fuera de control. Tenemos que detenerlo —la mujer de la botella intervino por primera vez.

Jonás la miró. Se parecía a la de ojos negros. Su pelo y sus ojos eran tan oscuros como los suyos y desprendían la misma sensación de dolor y amargura. Era igual de bella, pero su cuerpo era más esbelto y sus movimientos más lánguidos. Aunque todavía tardaría un poco en conocer sus nombres, ya nunca los olvidaría.

—Te hemos salvado para que puedas ayudarnos. Es evidente que te han convertido a la fuerza y te han obligado a hacerle daño a los que quieres —dijo la mujer de ojos negros mientras fruncía el ceño y observaba de reojo a los cuerpos sin vida—. Le encanta dañarte acabando con los que significan algo para ti. Es su especialidad.

—Car… —Marcilla, la mujer de la botella, había querido intervenir. Pero C la contempló con fijeza. La joven se corrigió. «Aquel nombre ya no es el suyo», recordó—. C. —Le cogió la mano y C no tuvo valor para apartarse.

—No importa —habló con suavidad, casi con ternura. Le sonrió con tristeza y se soltó—. ¿Quieres venganza? —Su tono de voz había vuelto a endurecerse—. Únete a nosotros. Te enseñaré a controlar la sed para que no vuelvas a perder el control, y a aprovechar al máximo tu nueva condición para que no vuelvas a sentirte impotente ante él. —Jonás asintió y le tendió la mano. C la estrechó con fuerza —. Bienvenido —concluyó con una sonrisa.

Jonás la miró a los ojos y supo que compartían un mismo dolor. Se preguntó qué le habría hecho Caín. Aunque creyó que algún día lo descubriría, no fue así. Tras compartir más de un siglo, seguía sin saber nada de su pasado. Había aprendido a conocerla por sus actos. Tenía un gran corazón y un carácter difícil. Aunque se había

ganado su confianza, no era suficiente para hundirse en un pasado tan lleno de horror. Solo dos cosas se le habían escapado de entre los labios: una promesa dolorosa y un nombre de mujer.

En una noche en la que sus heridas casi la mataron, lo susurró entre lágrimas: «Rebeca». Su expresión rota se le había quedado grabada. No encontró el valor para preguntarle ni para revelárselo a nadie más. «Ni siquiera a ti, inspectora», pensó y la miró de reojo. Ella lo observaba con una mezcla de expectación, miedo y dolor. Él se centró en el paisaje mientras el recuerdo de C le encogía el corazón.

Capítulo 23

Cuando Jonás calló, Laura tardó unos segundos en reaccionar. Lo cogió de la camisa y lo abrazó. Su historia había sido mucho más dura de lo que había previsto. Lloró sobre su pecho, maldiciéndose por su debilidad. Mientras ella sufría porque C se había enfadado y se arriesgaba para ganarse su respeto, el resto soportaba en silencio el peso de un pasado lleno de horror y pérdidas. Se sentía inmadura e impotente. Jonás sonrió y le pasó una mano por el pelo para tranquilizarla. Era el mismo gesto que empleaba con sus hijos. Notó una punzada entre la calidez de sus buenos recuerdos. La inspectora se obligó a calmarse y se limpió las lágrimas. Se disculpó y Jonás rio. Ella lo contempló admirada y se preguntó cómo podía sonreír y reír así. Él volvió a leerla con facilidad.

—No dejaré que ese hombre me quite nada más. No le daré ese gusto.

—Caín.

Sintió un escalofrío al pronunciar aquel nombre en voz alta porque personificaba a su enemigo y al culpable de todas sus desgracias. Hubo un momento de silencio que Jonás rompió para contar el final de su historia:

—C me ayudó a enterrar a mi familia y me uní a su grupo. Tras nuestro primer encuentro, estuve un tiempo entrenando mi cuerpo y mi mente para no sucumbir ante la sed. No fue fácil, pero lo conseguí. Aunque sigo necesitándola, ya no domina mi vida. C cumplió su promesa, me enseñó todo lo que necesité. —Hizo una pequeña pausa y la observó de reojo. Laura había sonreído al pensar en la vampira y en cuánto se esforzaba por cuidarlos—. En ese tiempo, Caín siguió cometiendo atrocidades y sus seguidores se multiplicaron. Pero también aumentaron los que lo veían como un

monstruo y un peligro para ambas razas. Muchas de sus creaciones se unieron a los humanos supervivientes con el objetivo común de acabar con él. Ese fue el origen de la Organización V y de la Nobleza vampírica.

—¿Nobleza vampírica?

Jonás volvió a reír. C tenía razón, había muchas cosas que aquella inspectora desconocía. Aunque también lo era que aprendía rápido y no temía preguntar. A él le gustaba enseñarle porque le recordaba a sus hijos. Le explicó que cuando Caín se convirtió en un enemigo común, los vampiros aliados decidieron organizarse para prepararse para la batalla. Los doce vampiros más antiguos y poderosos, convertidos por el propio Caín, fueron los escogidos como las cabezas de las familias. Por encima, estaba la reina vampira, «La reina de los renegados», como ella misma se llamaba. Fue la primera que decidió unirse a C en contra de su creador y que ayudó a convencer a muchos de los que todavía dudaban. Cada familia contaba con un pequeño consejo, jerarquizado de acuerdo con la antigüedad de los miembros, del que salía un representante que servía de portavoz para su comunidad. Cada cierto tiempo, acudían a la corte para revisar las leyes y renovar su voto de lealtad hacia su reina. Algunos como Jonás habían preferido entrar en la Organización V, aunque eso no los eximía de acatar las leyes y la autoridad de la monarca.

Una vez coronada, la reina y los doce cabezas de familia redactaron una Carta Magna. Aquellas palabras se convirtieron en mandamientos inquebrantables cuyo objetivo era mantener la paz entre humanos y vampiros y evitar que su existencia fuese conocida por los no iniciados.

—Tras perseguirlo durante algún tiempo, logramos acorralarlo —prosiguió Jonás—. Con C a la cabeza, nos enfrentamos a él en un ataque directo. Fue una batalla atroz con muchas bajas en ambos bandos, pero al final, C consiguió herirle con una daga especial cuya punta sigue clavada en su corazón. Ese es el motivo por el que se esconde y por el que ya no puede seguir con sus matanzas de inocentes. Está débil, pero mientras viva sigue siendo un peligro. —Hizo una nueva pausa y tragó saliva. Había hablado mucho. No lo

lamentaba. Contarle su pasado le había hecho bien. Su corazón estaba más ligero que cuando empezó—. La perdimos durante el combate y llevamos buscándola desde entonces. Creíamos que era la única forma de acabar lo que C empezó. Sin embargo, gracias a Beth, descubrimos que no es así. Ahora contamos con una nueva arma con la que matarlo. Solo tenemos que dar con él y todo habrá acabado.

Los ojos de Jonás brillaron. Tras tanto tiempo, la venganza estaba a su alcance. A Laura le pareció entrever un dejo de tristeza tras la euforia en el que no quiso pensar. Al terminar su monólogo, ambos se quedaron en silencio. A Jonás no se le ocurría qué más contarle y a Laura nada que preguntar. Le había dado mucha información. Debía procesarla bien. No tuvo mucho tiempo. Irene apareció por entre los árboles y los llevó de vuelta: el interrogatorio había acabado. La monja la miró para asegurarse de que se había recuperado del ataque en el local y de su discusión con C. La inspectora parecía relajada. Ella sonrió. «Aunque aún dude de sí misma, es tan fuerte como tú, Beth», pensó.

Para cuando regresaron, C y Joel ya habían recogido y habían borrado sus huellas. La vampira, al oírlos, la buscó y sus ojos se encontraron. A pesar de que la inspectora temió enfrentarse con su reproche o su ira, solo halló una expresión suave y una media sonrisa que le produjo un cosquilleo en el bajo vientre. El tiempo y las palabras de la monja la habían calmado. «No soy la más indicada para criticar su imprudencia», recordó. Laura le dio la espalda porque no quería que descubriera el leve sonrojo de sus mejillas y fue a ayudar a Irene a tapar la ambulancia con una lona negra. La monja intercambió una mirada de reojo entre las dos. «Tal para cual», pensó mientras sonreía.

Subieron en otro coche, un Ford Fiesta blindado y con los cristales tintados, y emprendieron el camino de vuelta al cuartel general de la Organización V. Laura fue la última en subir y tuvo que ocupar el único lugar vacío: el asiento central trasero, justo entre C e Irene. Observó a la monja y le indicó con un gesto que se acercara a C. Sin embargo, ella fingió no entenderla y, con una sonrisa, se encogió para que pudiera pasar por encima.

Fue un viaje largo, Joel conducía despacio por carreteras estrechas y llenas de baches. La inspectora mantenía el cuerpo en tensión y se aferraba al borde del asiento para no chocar con C, quien se había girado y observaba distraída por la ventana. Laura estaba tan concentrada que no se percató de que en aquellos cristales solo se veía reflejado su rostro. Irene no perdía detalle de la escena mientras se mordía los labios para no reír y pensaba: «¡Qué monas!».

Sus ojos acabaron sobre el contorno de la vampira, que sonreía al reflejo sonrojado del cristal. Recordó cuán fácil había sido calmarla y su pecho se llenó de calidez. Era la única que conseguía aplacar su ira y hacerla escuchar. Esa habilidad las había unido mucho. Tras la primera sesión de golpes, salieron para tomar aire. Se la quedó mirando con una media sonrisa. C conocía bien aquella expresión y frunció el ceño. «Ni siquiera ha dicho nada y ya me tiene donde quiere», pensó. Suspiró y no intentó resistirse. «Con ella es imposible», concluyó.

—Ya lo sé. —Se acarició la frente—. Pero es que es una temeraria. No es consciente del poder de su sangre. Va a conseguir que la maten. —La monja enarcó una ceja. El gesto se llevó consigo toda la adrenalina y la hundió en una extraña calma que la dejó a su merced—. No estaré siempre ahí para protegerla. —Irene la enarcó más, ensanchó la sonrisa y ladeó un poco la cabeza—. No me mires así. Ya sé que llevo vigilando desde el ataque de 2001, pero… —la monja se le acercó, le cogió las manos y se las acarició.

—Precisamente porque llevas todos estos años velando por ella, tú mejor que nadie sabes que no va a detenerse. ¿Crees que le importa el riesgo cuando es la vida de su hermana lo que está en juego? —Repitió la caricia y la miró a los ojos—. Sois igual de cabezotas. ¿Quieres que te recuerde la cantidad de discusiones que has tenido con Abraham por no ceñirte a los planes y actuar en solitario? —C torció el gesto. Aquella mujer la conocía demasiado—. ¿O prefieres que te refresque los apelativos tan cariñosos que te suele dedicar?, ¿eh?, kamikaze.

—Es distinto. Yo no puedo morir —lo dijo sin pensar y se arrepintió en cuanto la última sílaba se le escapó de entre los labios.

La contempló.

Irene sonreía con tristeza y con los ojos un poco humedecidos. C quiso añadir algo para corregirse, pero no encontró las palabras. Tampoco el valor para estrecharla entre sus brazos y consolar el corazón que ella misma había herido.

—Créeme, todos lo tenemos muy presente. —Le apretó las manos y se hundió en sus pozos sin fondo—. Pero también hemos visto los límites de tu cuerpo. —Hizo una breve pausa, se llenó los pulmones de aire y continuó—: Tú los conoces mejor que nosotros y, pese a todo, te lanzas de cabeza al peligro sin importar el riesgo, si con eso nos proteges —Sonrió ya sin rastro de tristeza—. Lo que te molesta de Laura es que te recuerda a ti. Por eso te enfada. Porque sabes que no hay forma de hacerla cambiar. Yo no lo he conseguido contigo.

Irene le dedicó una última sonrisa y la soltó para reanudar la misión. C reaccionó y la cogió por la muñeca. La monja apoyó su mano encima y se la acarició.

—Gracias —dijo C sin mirarla y sin dejarla ir.

Irene ensanchó la sonrisa. C solía mantener las distancias, pero, en algunos momentos, su coraza parecía resquebrajarse. Y, por entre las grietas, se escapaba un poco de la ternura perdida. La monja pensó en Laura y sonrió. Confiaba en que la inspectora acabase lo que ella había empezado. Había sido la primera en adivinar la química que las unía y veía gozosa cómo la tensión iba encrudeciéndose, cómo el brillo del deseo inundaba sus miradas, cómo sus pechos buscaban desesperados un aire que no encontraban. Esperaba que alguna diera el primer paso, pero ninguna parecía decidirse. «Son demasiado orgullosas. Pero ya me encargaré yo de darles el empujoncito que les falta», había decidido. Las contempló por el reflejo de su cristal tintado y disfrutó del espectáculo. «No falta mucho», pensó.

Tras casi media hora de conducción lenta, alcanzaron la carretera asfaltada que conectaba la zona de los chalets con la ciudad. La suavidad con la que los neumáticos se deslizaban, las alivió a las dos. Laura pudo soltar su agarre y C relajarse. La vampira había temido que uno de aquellos baches le echase encima el cuerpo de la

inspectora. Sabía que no habría podido resistir la tentación de aferrarse a la calidez que desprendía.

Frunció el ceño y suspiró agotada. Llevaba luchando contra aquel sentimiento mucho tiempo porque tenía miedo del dolor. No sabía si podría volver a soportarlo, ni si podría frenar lo que despertaría. Recordaba con claridad cada segundo de aquella noche y lo que juró. No volvería a dejar salir a la bestia. Tragó saliva y observó sus manos. Todavía veía la sangre; todavía oía sus gritos. Respiró despacio y apretó los puños. Al abrirlos, solo encontró sus palmas vacías. Centró de nuevo la vista en el cristal, pero ya no se fijó en su reflejo. Su mente aún no había regresado; seguía reviviendo aquella noche. Volvió a oírse pronunciando su promesa. Acabaría con Caín, se aseguraría de que aquella pesadilla hubiese acabado, y después… Las luces del palacete interrumpieron el flujo de sus pensamientos. Por fin habían vuelto a casa.

1865

El tiempo siguió pasando y los tres amigos continuaron compartiendo alegrías y tristezas. A medida que crecían, Rebeca se iba convirtiendo en una muchacha bellísima. Los hermanos siempre la habían admirado. Sin embargo, ahora era cuando comenzaron a buscar un nombre para el sentimiento que siempre había estado allí. No tardaron mucho en encontrarlo. Era la misma calidez que invadía a los protagonistas de sus novelas preferidas.

Su reacción ante el descubrimiento fue muy diferente. Abel estaba eufórico. Planeaba la forma de declarársele y repasaba todo lo que podía ofrecerle. Carmilla se asustó. No sabía qué hacer. Ninguna de sus historias la había preparado; ninguna tenía como protagonistas a dos mujeres. Intentó acudir a su madre. Pero cuando la vio, la invadió el miedo. Pensaba que la despreciaría, aunque su madre siempre había estado ahí para ella. Se encerró en sí misma y encarceló a sus sentimientos. Decidió que no dejaría que nadie la descubriese, ni su madre, ni su hermano, ni mucho menos Rebeca. Sabía que no podría soportar ver el asco y la rabia en su semblante.

Se puso una coraza y los alejó. Temía que sus ojos la delatasen; que sus manos, al tocarla, se negasen a soltarla; que pudiese oír el bombeo acelerado de su corazón. Acabó con las lecciones; ya no eran necesarias. La convenció de dejar de subir al tejado con una burda mentira. Y, cada vez con más frecuencia, se ausentaba con cualquier excusa y la dejaba a solas con su hermano, quien la colmaba de atenciones. Rebeca no la comprendía. Pero no acortó la distancia. También tenía miedo.

Carmilla se conformó con observarla de lejos y memorizarla. Sabía que buscaba la ventana con más luz, que se sentaba con los ojos entrecerrados para disfrutar de la calidez y que sonreía, arrugando la nariz. Sabía que siempre tenía una canción en los labios y la había descubierto, más de una vez, dando unos tímidos pasos al creerse a solas. Sabía descifrar cada expresión y sabía qué decir para consolarla. La conocía mejor que nadie. Y eso avivaba el dolor. «Nadie la amará como yo», se decía. Cada noche, en la habitación que ya no compartía con su hermano, lloraba de impotencia y de dolor. Se dormía odiándose a sí misma, convencida de que no podía retenerla a su lado, de que nunca sería correspondida.

Una noche, poco después de cumplir los 15, Rebeca volvió a colarse en la casa; volvió a subir a hurtadillas; y volvió a entrar en su habitación sin llamar. Ella se sorprendió al verla. Pensó que se había equivocado. Creía que era a Abel a quien quería ver. Aunque intentó explicárselo, no tuvo tiempo. Ella rompió a llorar mientras se fundían sus miradas. Carmilla sintió el impulso de abrazarla. Sus lágrimas le seguían doliendo. Pero el miedo ganó. Apretó la mandíbula y cerró los puños. «No es a mí a quien necesita», se dijo y se levantó para ir en busca de su hermano y poder huir de nuevo.

Rebeca la cogió por el borde de la camisa y la retuvo. Carmilla se llenó los pulmones de aire y trató de soltarse. Su cercanía era insoportable. Ella no la dejó, la abrazó por detrás y se le aferró con todas sus fuerzas. Carmilla dejó de respirar. Hacía mucho que no sentía el contacto de su cuerpo contra el suyo. Se le encendió el rostro; las piernas se le tornaron blandas; y se le descontrolaron los latidos. Intentó separarse. Temía ser descubierta. Rebeca negó contra su espalda. Aunque cada fibra le temblaba, estaba decidida.

No iba a soltarla, no dejaría que el miedo les quitara ni un segundo más.

—¿Qué pasa? —Carmilla consiguió hablar con un hilo de voz. Tuvo que esforzarse para que el torrente de emociones no tomara el control.

—¿Por qué? —dijo mientras se apretaba contra ella. Carmilla no le contestó, no sabía a qué se refería. Su cabeza se negaba a pensar. Todos sus sentidos estaban presos por la calidez y la fragancia que desprendía su piel—. ¿Por qué te alejas?

—Iba a buscar a Abel. —Carmilla no había comprendido el verdadero significado de sus palabras. Seguía repitiéndose incansable: «No soy yo, nunca seré yo»—. Te has confundido de cuarto. —Notó cómo volvía a negar y cómo sus sollozos aumentaban. Una punzada esperanzadora le golpeó el corazón. Apretó más la mandíbula y la acalló. Aquello tenía que acabar. La cogió por las muñecas y rompió el abrazo. Se giró, todavía con sus muñecas entre las manos, y la contempló con seriedad—. ¿Por qué has venido?

Rebeca le devolvió la mirada y Carmilla se vio reflejada en sus ojos. La soltó y bajó la cabeza. No podía sostenérsela. Temía lo que podía encontrar si seguía mirándola; temía descubrirla llena de amor por su hermano. No podía pensar. Su mente seguía llena con sus palabras: «Es a él a quien quiere. No a mí. Nunca será a mí. No puede corresponderme».

—No quiero perderte.

La voz de Rebeca no bastó para sacarla del trance. Las palabras se repetían en bucle y se le clavaban. Rebeca se le acercó y le sostuvo el rostro con las manos. La obligó a fundirse con su mirada. Por primera vez en mucho tiempo, Carmilla no la desvió. Ella sonrió y Carmilla supo que iba a descubrirla. Pero ya no podía más. Su cercanía, el brillo de sus ojos y la suavidad de su piel habían fundido la coraza. La máscara cayó. Estaba cansada de intentar ser quien no era. Necesitaba dejar de sentirse miserable; necesitaba dejar de mentirse a sí misma. Se preparó para encontrarse con su odio; con su asco. Los segundos pasaron y Rebeca no se apartó ni se esfumó su expresión cariñosa.

—Por fin me miras a los ojos. —Rebeca ensanchó su sonrisa y le acarició el rostro—. Te he echado tanto de menos.

—Lo siento. —Carmilla no sabía muy bien por qué se estaba disculpando. Lo había dicho sin pensar. Solo le importaban sus manos que la acariciaban con ternura y sus ojos que la habían atrapado. Temía que fuese la última vez.

—No es suficiente. Prométeme que no me alejarás. —Volvió a acariciarla con los ojos brillantes y una media sonrisa—. Quiero seguir formando parte de tu vida. Llevo tanto tiempo contigo, que me cuesta imaginarme un futuro en el que no estés tú.

—No voy a desaparecer —Carmilla desvió la mirada y pronunció las palabras en un susurro triste. Creía conocer el lugar que ocupaba en su corazón—. Cuando te cases con Abel, seremos hermanas.

—¿Hermanas? —Rebeca rio y acortó la poca distancia que las separaba—. ¡Qué tonta eres! Tú, quien mejor me conoce, ¿aún no te has dado cuenta?

Carmilla la miró sin comprender. Ni siquiera lo había intentado. La cercanía de sus cuerpos la estaba mareando. Solo alcanzó a negar con la cabeza, antes de notar sus manos en la nuca, acercando sus rostros, y la suavidad de sus labios contra los suyos. El contacto fue breve, pero Carmilla creyó que su corazón explotaría. Una oleada de calor la recorrió y un sentimiento de euforia la hizo sonreír. Rebeca la contemplaba llena de un amor que siempre había estado allí. Le soltó el rostro, entrelazó sus dedos y le besó las manos.

—Ahora, ¿ya lo tienes claro? —Se sentó en el suelo con la espalda contra la cama. Carmilla tuvo que imitarla porque todavía no la había soltado. Rebeca se apoyó en ella y se aferró a su brazo—. Siempre te elegiré a ti. —Volvió a sonreír. Carmilla la miraba con los ojos brillantes y los labios entreabiertos, sin acabar de creerse sus palabras—. En realidad, nadie ha tenido nunca ninguna posibilidad. Me di cuenta hace tiempo. Creo que empecé a sentirme así la noche en que murió mi hermano. Supe que solo había una persona que podía ayudarme a alejar el dolor. Ni siquiera tuve que pensarlo, solo dejé que mis sentimientos me llevaran. Dejé que me trajeran hasta ti.

Carmilla levantó el brazo y, en un gesto cargado de timidez, le recolocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja. La suavidad de su piel le encendió las mejillas y el corazón; su sonrisa y el brillo intenso de su mirada le curvaron los labios.

—Cuando me percaté de que sentías lo mismo, no pude estar más feliz. Pero —Rebeca entornó los ojos y le apretó el brazo. Recordar su ausencia dolía—, después, comenzaste a evitarme y a dejarme a solas con Abel. Creí que me había equivocado; que no me amabas. Me dolió tanto como perder a mi hermano. Me resigné porque no habría soportado perderte del todo. Me mantuve a distancia. Pero, cuando me mirabas, veía tanto amor, que ya no sabía qué pensar. No podía más. Necesitaba saber lo que sentías. —Rebeca la soltó y gateó para colocársele entre los brazos con la cabeza apoyada en su pecho. Oyó el ritmo acelerado de su corazón y ensanchó su sonrisa —. Has sido una cobarde y me has hecho daño. —Carmilla la rodeó con los brazos y se la acercó. No le salían las palabras. Rebeca puso sus manos sobre las suyas y se le acurrucó. Suspiró y aspiró su aroma—. Vas a tener que hacerme muy feliz. —Carmilla la besó en la mejilla con el rostro enrojecido. Ella rio—. No es un mal comienzo.

Rebeca se incorporó y se giró. La miró a los ojos y se vio reflejada en su brillo oscuro. Ensanchó su sonrisa y se inclinó un poco. Su mirada acabó sobre sus labios. Carmilla la besó, temblando y con cierta torpeza. Se separó casi de inmediato y buscó sus ojos. Rebeca volvió a reír ante su expresión asustada. Se sentó a ahorcajadas sobre sus piernas y le pasó los brazos por el cuello. Le acarició el pelo. Habían perdido demasiado tiempo. No la dejaría escapar. Se inclinó y unió sus labios con los de ella. Carmilla le correspondió y alargó el contacto al rodearle la cintura con los brazos. Se separaron y juntaron sus frentes. Se contemplaron jadeantes, con una sonrisa y los ojos brillantes.

Se besarían muchas veces aquella noche. El resto del mundo había desaparecido. Solo existían ellas dos. Ninguna notó que las espiaban tras la puerta cerrada. Marcilla, al oír a la joven entrar en la mansión, había seguido sus pasos temiendo que Abel, invadido por la euforia del amor, se dejara dominar por sus impulsos más primarios. Al verla entrar en la habitación de Carmilla, sus temores

se diluyeron. Con ella, estaba a salvo. Su hija no perdería el control. La adolescencia no había cambiado su carácter. No había rastro de violencia ni de ira. Ella no sucumbiría a sus instintos; no se dejaría llevar por su verdadera naturaleza. Sonrió al recordarla. Se le parecía mucho. Su sonrisa se apagó al pensar en Abel. Él había heredado lo peor de sí misma. Lo único que deseaba era poder conducirlo, ayudarlo a convertirse en un adulto bueno y recuperar al niño que una vez fue. Pero cada vez era más difícil.

Se apoyó sobre la madera. Verlas juntas la trasportó al pasado. Escuchó su confesión y sonrió con tristeza. Se había visto reflejada en ellas. Deseó que su destino no fuera el mismo; deseó equivocarse; deseó que Abel no reaccionara con rabia. Cerró los ojos. No podía engañarse. Debía estar preparada. Tomó una decisión. Las mantendría a salvo a cualquier precio. Se marchó con la mente llena de recuerdos y un nombre acariciándole los labios: «Laura».

Capítulo 24

Abraham los esperaba en el patio interior. Se les acercó nada más bajar del coche. Se encaró con C y la miró expectante. Ella le sostuvo la mirada unos segundos antes de contestar a su pregunta implícita.

—Toda ha ido bien. —Su tono monótono era el propio de un informe—. Hemos borrado el rastro y nos hemos desecho de las cenizas. Tenemos algunas respuestas. No tantas como nos hubiera gustado, pero sí las suficientes para poder continuar.

—Excelente. —El caballero les indicó con un gesto que entraran.

Se ofreció a prepararles un desayuno, pero ninguno tenía hambre. Se observaron y todos parecieron estar de acuerdo. Necesitaban descansar. Abraham asintió y les hizo pasar al comedor para que C e Irene compartieran sus resultados. C se dejó caer en uno de los sillones con los ojos entrecerrados. Irene sonrió y tomó la palabra.

—El gerente del local resultó ser uno los hombres de confianza de Judas. Tras una charla larga y profunda —comentó con sarcasmo—, nos reveló la ruta que sigue para comprobar que todos sus locales están en orden. —Sacó un papel con una línea recta y varios puntos que representaban los pueblos y carreteras y se lo entregó a Jonás, a quien tenía cerca. Se lo fueron pasando mientras la monja seguía con la explicación—. Nos hemos asegurado de que avise de su ausencia. Nadie lo espera esta noche. Eso nos deja bastante margen de maniobra. Si actuamos deprisa, podemos coger a Judas desprevenido justo aquí. —Señaló un punto del mapa que había vuelto a sus manos—. Es una vía de servicio, alejada de la carretera principal, sin cámaras ni radares cercanos, su escondite para sus encuentros sexuales y sus aperitivos.

—Bien —dijo Abraham. Su voz sonó más autoritaria que nunca. Nadie, ni siquiera C, le interrumpió—, todo el mundo a descansar hasta la hora de comer. —Dio una palmada para que empezaran a moverse—. Esta tarde puliremos los detalles del plan de ataque. Con un poco de suerte, esta misión nos dará la pieza que nos falta.

Todos asintieron y fueron saliendo del comedor para dirigirse a sus dormitorios. C se quedó en su sillón. Laura, antes de marcharse, vio a Irene acercársele para susurrarle algo al oído. Desde la puerta entreabierta de su dormitorio, las vio subir juntas las escaleras y las oyó reír.

Cerró con llave y negó con la cabeza. Estaba demasiado cansada. Necesitaba dormir, aunque solo fuese un poco, para poder enfrentarse a la misión de aquella noche. Contempló la cama e intentó no pensar en lo que podría estar pasando unas puertas más allá. Su mente la traicionó y le volvió a mostrar su imagen subiendo las escaleras. Negó con la cabeza y se metió en la ducha. Esperaba que el agua la aliviase. Sin embargo, el sonido de sus risas le retumbaba en los oídos. Se agachó y se los tapó con las manos. No consiguió alejarlos. Apretó los párpados cerrados. Cuando la oyó, sonrió aliviada. Nunca la melodía de un violín le había parecido tan dulce. Su cuerpo se relajó. Salió de la ducha y se ocupó de su herida. Se puso el pijama y comprobó que la persiana estuviese bien cerrada. Puso varias alarmas en el móvil y se acostó. No tardó en notar los párpados pesados. La ansiedad se rindió al cansancio. La melodía del violín la acunó hasta dormirla.

Se despertó con su primera alarma. Se desperezó, llena de energía, con los miembros fuertes y la cabeza despejada. Abrió la ventana y salió al balcón. Se apoyó en la barandilla y se llenó los pulmones de aire. Suspiró y se acarició las sienes. Pese a sus esfuerzos, ella ya había llenado su mente. Sus ojos negros la miraban fijo, inescrutables y llenos de sensualidad. Un nuevo pitido, su segunda alarma, la puso en guardia. Regresó dentro. «No puedo llegar tarde», pensó.

Se vistió e iba a cambiarse el vendaje cuando oyó unos golpes en la puerta. Supuso que sería Jonás y le abrió con una sonrisa que se le congeló en los labios al encontrarse con la suya. Le dijo algo que

no pudo escuchar porque en sus oídos resonaban sus propios latidos con demasiada fuerza.

La sonrisa de C se ensanchó y repitió su pregunta mientras señalaba al interior. La inspectora tampoco le contestó, pero se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella entró y dio un vistazo circular. Agradeció que la ventana estuviese abierta. «Toda la habitación huele a ella», pensó. Esa fragancia dulzona se le estaba adhiriendo a la ropa y a la piel. Tragó saliva. Era difícil resistirse. Se sentó sobre la cama con el botiquín entre las manos. «Acabaré rápido y saldré de aquí cuanto antes», decidió. Dio un par de palmadas a su lado. Laura reaccionó, cerró la puerta y obedeció. C le agarró el brazo y tembló. Su suavidad le recordaba a Rebeca. Apretó la mandíbula y cogió aire. Pero solo consiguió llenarse más de ella. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos que desprendían un brillo muy conocido. Tuvo que desviarla. Las había confundido por un momento. Se concentró en el vendaje. Sus latidos ganaron intensidad con cada roce.

La inspectora se dejó hacer, sin dejar de mirarla. Tuvo que esforzarse para resistir el impulso de acortar la distancia que las separaba. Cerró con fuerza la mano libre. «No es el momento. Ni siquiera hemos hablado desde la discusión», se dijo. Sabía que debía disculparse, pero no lograba encontrar las palabras. Apenas podía pensar en nada más que en la cercanía de su piel, su olor y la profundidad de sus ojos. Se olvidó de la misión y de Beth. Solo deseaba que aquel momento se eternizase.

C acarició su antebrazo y retiró la venda. Su herida aún sangraba un poco. La apretó y un hilo rojo le descendió hacia el codo. Aquel líquido avivó el fuego. Necesitó de todo su autocontrol para no lamerlo. Se pasó la lengua por los dientes y se pinchó con sus colmillos. Se movió rápido. Se lo limpió antes de que manchara la alfombra. Cerró la boca con fuerza e ignoró el hormigueo en su garganta. Aceleró sus acciones. Desinfectó el corte con cuidado sin levantar la mirada y notando sus ojos azules sobre su rostro. Le puso una gasa y la vendó con minuciosidad, manchándola de sangre mientras lo hacía.

La soltó y se miró las manos. Tenía los dedos enrojecidos. Un nuevo impulso, más fuerte que el anterior, la obligó a levantarse y alejarse un par de pasos. Se metió en el baño, las puso bajo el grifo y no las quitó hasta haber eliminado la tentación. Se contempló en el espejo y le alivió ver que sus ojos no habían cambiado. No le costó entender la reacción enloquecida del gerente. Aquella sangre era especial. Había algo distinto en su olor, en su calidez, en su tonalidad y en su textura. La de Beth también era apetecible, pero no podía comparársele. Le había curado heridas mucho más graves sin pestañear. Se acordó de la última vez que se había sentido así y tembló. Seguía doliendo. Una nueva punzada le ayudó a calmar a su corazón. Sonrió a su reflejo con tristeza. «Queda tan poco de esa joven», pensó y se la imaginó a su lado, abrazándola por la cintura. Su sonrisa en el cristal la golpeó con fuerza.

Suspiró y se mojó la cara. No podía permitirse el lujo de echarla de menos. Debía acabar y salir de aquella habitación. Aunque quiso centrarse en su discurso preparado, al girarse la vio apoyada en el quicio de la puerta, con un brillo en los ojos y una expresión en el rostro que no eran suyos. No pudo soportarlo más. Dio un par de pasos en su dirección. No quería pensar. Solo deseaba hundirse en ella, olvidarse de aquella guerra que las había separado y volver a ser solo una joven enamorada.

Ella le sonrió desde el quicio de la puerta. El corazón de la vampira dio un vuelco. «Es ella, está aquí», quiso engañarse. Acortó las distancias con la intención de estrecharla entre sus brazos para no volver a perderla. Pero los labios de la inspectora se abrieron y pronunciaron un nombre que no era el suyo. C la miró y vio cómo desaparecía. El hechizo se había roto.

—Gracias, C —repitió Laura, embelesada por su cercanía y ajena al dolor que su mera presencia le estaba causando.

C no le contestó. Tan solo le sonrió con tristeza y desvió la mirada. Le dolía el pecho y le costaba respirar. Los ojos le ardían. «No es ella», volvió a la realidad. Los cerró. Sabía que no podría soportar volver a verla en su mirada. Sus esfuerzos por recordar el motivo de su visita fracasaron. Su mente ya no estaba allí, había viajado al momento en el que se conocieron; al momento en el que su luz se le

coló en el corazón. El resto dejó de importar. Todo su ser había vuelto a llenarse de la calidez de su recuerdo. Notó cómo sus ojos se humedecían. Quiso salir de allí. Echó a andar, pero Laura la retuvo cogiéndola por el borde de la camisa.

Su corazón se encogió. Como aquella noche en el balcón, la inspectora, movida por un impulso, había actuado sin pensar y se la había traído de vuelta. C se mordió los labios. Estaba al borde del llanto. No quiso girarse a mirarla porque sabía a quién vería reflejada en sus ojos. Sin embargo, tampoco pudo apartarla y se odió por ello.

Cuando conoció a las hermanas, creyó adivinarla en el rostro de Beth. Aunque intentó acercársele y ganarse su corazón, ella le entregó su amor a otro. El dolor la ayudó a despertar. Aquellas palabras no podían ser verdad. Eran un último deseo inútil que solo había servido para avivar el dolor tantos años dormido. La perdió por segunda vez. Se resignó a no volver a verla y, entonces, la inspectora entró en su vida.

Quiso obviarlo y negar la evidencia. Pero ya no podía más. Con cada pequeño gesto, con cada palabra, se la traía de vuelta. Tenía su sentido de la justicia y el deber; reía con las mismas notas; sus ojos brillaban con su misma luz; incluso dormía en su misma posición; tarareaba de forma inconsciente; arrugaba la nariz al sentarse buscando el sol; y su rostro se iluminaba al verla.

Laura apretó su agarre y C sonrió con tristeza. «Otro de sus gestos», pensó y su mente se llenó con el recuerdo de una voz susurrada en una habitación en penumbra. La inspectora, ignorante, encontró las palabras para acabar con el silencio.

—Siento no haberte hecho caso. Sé que fue temerario. Pero tenía que hacerlo. Necesitaba que vieras que puedo luchar a vuestro lado como una igual. No volveré a desviarme del plan. —C asintió casi sin escucharla. No se había movido. Todavía deseaba hundirse en los ecos del pasado. Ella la soltó al percatarse de lo pueril del gesto. Tenía las mejillas enrojecidas y el corazón desbocado—. Deberíamos bajar.

Se encaminó hacia la puerta, pero solo pudo dar un par de pasos. C, al verla alejarse, sucumbió a la tentación y la agarró por la muñeca. La suavidad y calidez de su piel bajo su palma le produjo

un hormigueo en el bajo vientre. Tragó saliva y se aferró a las palabras ensayadas.

—Laura —aquel nombre le pareció ajeno e impropio, pero al pronunciarlo sus latidos se calmaron. «No es ella», se recordó—, yo también debería disculparme. —La inspectora se giró y fundió sus miradas. El brillo de sus ojos claros volvió a encender la mecha, a confundir la realidad con el deseo, y a multiplicar la tensión. C tragó saliva antes de continuar. Las palabras se le escapaban. Corrió tras ellas porque eran lo único que la separaba del vacío—. Fui demasiado dura contigo. No eres la primera que se emociona demasiado durante una misión. —C no logró sonreírle; ella sí. Y el gesto provocó un nuevo cosquilleo. La vampira apretó la mandíbula y continuó—: Pero debes comprender que tus acciones tienen consecuencias que no solo te afectan a ti. Tienes que tener más cuidado y entender lo peligrosos que son nuestros enemigos. —Desvió la mirada. Sus iris azules estaban encendiendo un fuego que iba a escapar a su control—. Deberías temerlos un poco más.

—Lo sé, pero… —Hizo una breve pausa. Las palabras se le amontonaban en la garganta. No tuvo que pensarlas. Las sintió crecer en su interior y salir. Supo, aunque no lo entendió, que, como aquella vez en su balcón, no era la primera vez que las pronunciaba —. Sabía que estando tú no iba a pasarme nada malo.

C tembló y entreabrió los labios. El aire había dejado de llegarle. Ladeó la cabeza para huir de sus ojos. Aunque Laura quiso imitarla, algo dentro de sí se negó a obedecerla. Dio un paso, le cogió la mano y entrelazó sus dedos movida por un impulso que no era solo suyo. C no pudo soportarlo. La miró y se encontró con ese brillo. Avanzó sin pensar. Solo quería volver a sentirla. Le sostuvo la cara con las manos y se hundió en la calidez familiar que desprendía. Oyó a su corazón desbocarse y acompasarse con el suyo. Sus respiraciones entrecortadas subieron aún más la temperatura de sus cuerpos.

Ninguna podía detenerse. Ya no había vuelta atrás. C se inclinó sobre ella y Laura se aferró a sus antebrazos para que no se separase. Sus labios entreabiertos casi se tocaban. Laura dejó de respirar y C se abandonó a sus impulsos. Le acarició las mejillas con

los dedos y acortó las distancias todavía más. Casi podían saborearse. Pero unos golpes en la puerta las despertaron.

—Laura —era la voz de Jonás—, espero que no se te hayan pegado las sábanas. —Se rio de su propia broma. C quiso golpearlo —. ¿Laura? —volvió a llamar.

—Ahora voy —la inspectora consiguió responderle con un hilo de voz. C aún no la había soltado—. Ve bajando tú. Tengo que acabar de vestirme.

—¿Estás bien? Pareces nerviosa. —El rostro de Laura se enrojeció.

—No te preocupes. Me he despertado sobresaltada, eso es todo.

—Vale, te veo abajo.

Sus pasos se alejaron hasta desaparecer y se quedaron de nuevo a solas. Volvieron a mirarse, pero la tensión había desaparecido. C la soltó y huyó de sus ojos. Laura dio un paso atrás. El momento había pasado.

—Deberíamos bajar —dijo la inspectora, con un hilo de voz, no del todo convencida.

Aunque C logró asentir, no se movió. Su corazón no se había calmado lo suficiente. Laura miró a la puerta e intentó abrirla. Pero ella la detuvo al cogerla por la muñeca. La inspectora dejó que le pasase un brazo por la cintura y otro por el cuello y se la acercara. Tuvo que reprimir un gemido cuando se vio envuelta por sus brazos. C aspiró su aroma y le apoyó la mejilla sobre la coronilla. Laura le pasó los suyos por la espalda y se le aferró. No quería que se separara. C la estrechó unos segundos más y disfrutó de la calidez que desprendía. Antes de dejarla marchar, necesitaba aferrarse a su recuerdo y llenarse de él.

—Tienes razón. —C se separó y se alejó un poco—. Tenemos trabajo.

Laura la miró y la vio llegar al balcón y subirse a la barandilla en un suspiro. Sus ojos se encontraron una última vez antes de que ella saltara al vacío.

1867

Marcilla no se equivocó. El carácter de Abel empeoró con el paso del tiempo. Se convirtió en un muchacho egoísta, caprichoso y violento. Había mucho de su antiguo yo en él. «Os he fallado», se repetía pensando en ella. Vivía atemorizada de que su hijo se descontrolara, de que provocara a su hermana y de que Rebeca se viera envuelta en una disputa con efectos fatales. Sabía que el momento llegaría más pronto que tarde; que tendría que convertirse en la villana; que tendría que romperles el corazón para que pudieran conservarlo.

Se alegró de que Carmilla y Rebeca mantuviesen su romance en secreto. Ellas también conocían bien a Abel. Esperaban a quedarse a solas de noche para dar rienda suelta a su amor; para fundirse en un abrazo que se alargaba hasta el amanecer y para besarse hasta que les dolían los labios.

Una tarde, cuando acababan de cumplir los 17, Marcilla encontró a sus hijos discutiendo. Lo hacían a menudo desde hacía tiempo y siempre por la misma razón. Abel quería que Carmilla siguiera dejándolo solo con Rebeca y ella se negaba. Rebeca debía intervenir para rebajar la tensión entre los hermanos. La buscaba con disimulo y la acariciaba. Carmilla soltaba todo el aire y se calmaba. Juntas conseguían apaciguarlo. La paz volvía, pero era tan frágil que estallaba al menor roce. Aunque Rebeca redujo sus visitas diurnas, solo consiguió que la violencia del muchacho aumentara. A pesar de que nadie quería verlo, la situación ya era insostenible y aquella tarde iba a quedar demostrado.

Los gritos de Abel contagiaron a su hermana. Rebeca la cogió de la mano. Ella apretó la mandíbula e intentó controlar su corazón. Él no se lo puso fácil. Carmilla sentía el fuego avanzar por sus venas y llenarla de una rabia peligrosa. Rebeca la acarició y la miró de reojo. Ella se centró en el brillo de sus ojos y en la calidez de su mano acoplada en la suya, y calló. Dejó que siguiera gritándole y esperó a que se calmara. Sin embargo, su silencio solo sirvió para envalentonarlo. Rebeca la notaba temblar y veía la ira en sus ojos. Sabía que no podría soportarlo mucho más y que se arrepentiría si reaccionaba con violencia. La soltó y trató de hacerle entrar en razón, cogiéndole del brazo. Pero Abel estaba demasiado enfurecido.

Solo quería seguir peleando; quería seguir sintiéndose superior a su hermana. Todo lo demás no le importaba. La empujó y Rebeca cayó al suelo. Se hirió la mano y la miró de forma inconsciente para alejar el miedo. Aunque la desvió en cuanto se percató de lo que había provocado, ya era tarde.

El dolor en su rostro había encendido a Carmilla. Llena de una rabia desconocida, casi animal, se lanzó contra él y lo estampó contra la pared. Abel no se esperaba su reacción y no pudo esquivarla. A pesar de que forcejeó e intentó liberarse, sus fuerzas no podían compararse. Marcilla estaba a punto de intervenir. Temía que su hija hubiese perdido el control. Observó su rostro y sonrió con los ojos llenos de lágrimas. «Sigue siendo ella. No me necesita», se dijo. Tenerlo reducido y verla temblar en el suelo la habían calmado. Sus latidos se acompasaron y su expresión se suavizó.

Le exigió que se disculpara. Él lo hizo, titubeando. Ella asintió y lo soltó. Se arrodilló junto a Rebeca, que se había quedado paralizada, y le tendió la mano. El brillo amable de sus ojos oscuros y su media sonrisa la tranquilizaron. La aceptó y se marcharon juntas, sin soltarse. Carmilla la llevó a su dormitorio y la sentó sobre la cama. Le limpió la herida con sumo cuidado.

—¿Estás bien? —Rebeca asintió con una sonrisa. Verla tan preocupada le producía un cosquilleo en el bajo vientre—. No sé lo que ha pasado —Carmilla desvió la mirada—. Perdona, te habremos asustado.

—No. —Carmilla levantó la cara y la contempló. Rebeca le sonrió —. Estabas ahí. —Entrelazó sus dedos—. Sabía que estando tú no iba a pasarme nada malo.

Carmilla sonrió y la besó. Rebeca la abrazó y tiró de ella. Rodaron por la cama, riendo. Abel seguía en el suelo. Se había quedado inmóvil, con la cabeza gacha, sintiéndose humillado. Al oírlas reír, golpeó la pared y dejó una marca. Se marchó y se encerró en su habitación. Marcilla se colocó en su puerta y se dedicó a vigilarlo. «Ya ha llegado el momento», lamentó.

Al día siguiente, llamó a Rebeca a su despacho y le ofreció la posibilidad de estudiar pintura con uno de los mejores maestros de París con todos los gastos pagados. La joven no supo qué contestar.

Amaba dibujar, pero no quería pasar tanto tiempo separada de Carmilla. Marcilla sonrió. No le costó adivinar sus pensamientos. Aunque le dio unos días para pensarlo, la decisión ya estaba tomada. «Por el bien de todos, debe marcharse. La presionaré hasta que acepte. Si es preciso, usaré los dones que tanto odio», se repetía.

Esa noche, Rebeca se lo contó a Carmilla. Ella sintió el impulso de suplicarle que no se marchara, que no permitiera que las separasen. Pero la conocía mejor que nadie. Sabía cuánto amaba dibujar, sabía que tenía talento y que aquella era una oportunidad única. No podía interponerse. Pese a que fingió alegrarse, sus ojos la traicionaron. Rebeca también la conocía bien. La abrazó con una sonrisa y le susurró al oído:

—Te quiero.

Era la primera vez que lo decía. Carmilla no pudo contestarle; solo quería volver a oírlo. Se separó y la contempló. Estaba sonrojada, pero sus labios sonreían y sus ojos estaban henchidos de amor. Carmilla le puso las manos en las mejillas y fundió sus miradas.

—Yo también te quiero. Y mis sentimientos no cambiarán por mucho que nos separen, por mucho tiempo que pase hasta que pueda volver a besarte. —La besó en los labios con suavidad. Rebeca le estrechó las manos que todavía tenía sobre sus mejillas—. Si digo que quiero que te marches, te estaría mintiendo. Pero no quiero cortarte las alas. Si decides irte, te apoyaré. —Esta vez fue Rebeca quien la besó. Al separarse, se colocó entre sus piernas, apoyó la espalda en su pecho y se dejó estrechar entre sus brazos—. Ojalá fuéramos libres para marcharnos juntas. Cualquier lugar me valdría.

Rebeca no durmió aquella noche. En su mente, las ideas iban y venían. «Debe haber una forma de permanecer juntas sin renunciar al viaje», se decía. Encontró la respuesta cuando amanecía. Fue a hablar con Marcilla y le pidió que dejara que Carmilla la acompañara. Se ofreció a trabajar, de por vida si era necesario, para devolverle hasta la última moneda invertida. Ella le sonrió. Se lo esperaba y deseó poder dejarlas marchar con su bendición. «Pero no puedo. Si os vais juntas, Abel enloquecerá. Debo mantenerte lejos hasta que la adolescencia pase. Después, ya no habrá nada que temer. Será

duro, pero lo soportaréis. Carmilla me odiará, pero es un precio pequeño para manteneros a las dos a salvo», pensó con el corazón encogido. Habría querido poder explicárselo, contarle el verdadero motivo de su insistencia. Sin embargo, la verdad era demasiado aterradora.

Se llenó los pulmones de aire y se colocó frente a la joven. La miró a los ojos e intentó dominar su voluntad. Rebeca notó un escalofrío en el bajo vientre y su cuerpo paralizarse. Esos ojos habían borrado todo lo demás. Escuchó su voz, melodiosa e hipnótica, resonar en su interior. Le ordenaba partir y, por un segundo, casi la convenció. Tuvo miedo de que lo consiguiera. Pensó en Carmilla, en su sonrisa, en la forma en la que la miraba, en la calidez que sentía a su lado, y el hechizo se rompió. Marcilla retrocedió y se dejó caer en su sillón, exhausta. La joven la observó sin comprender. Ella la dejó marchar con una media sonrisa y los ojos humedecidos. Rebeca salió del despacho mareada y con un dolor punzante en las sienes. Regresó a casa con la voz de Marcilla aún resonando en su cabeza, adormeciéndole los sentidos.

No encontró paz en su hogar. Su familia intentó convencerla por todos los medios. No entendían su negativa porque creían que no había nada que la retuviera en el pueblo. Rebeca deseó contárselo, gritar que amaba a Carmilla con todo su corazón, que no quería separársele. Pero sabía lo que les pasaba a los diferentes en aquel pequeño lugar. Se mordió la lengua y aguantó. Aquella noche, cuando Carmilla le abrió la puerta, la abrazó con fuerza. Llevaba todo el día deseando hundirse en su calidez y en su paz. Todavía entre sus brazos, se lo contó con un hilo de voz que se le iba quebrando a cada poco. Tenía miedo de que su voluntad no bastase para impedir que las alejaran.

Carmilla estrechó el abrazo. Ella también había estado pensando. Le susurró su plan. La acompañaría en secreto. Tenía algo de dinero ahorrado y sabía dónde lo guardaba su madre. Se escaparía y se reunirían en el tren. Para cuando se dieran cuenta de su ausencia, estarían ya muy lejos. Rebeca la besó. Con unas pocas palabras, había conseguido alejar sus temores. Se contemplaron y volvieron a

besarse, convencidas de que su amor bastaría. Ignoraban que Marcilla, tras la puerta, se preparaba para impedírselo.

La noche anterior a su partida, Rebeca también se echó en sus brazos en cuanto le abrió. Se aferró a su espalda y no la soltó en mucho tiempo. Empezaba a tener miedo. Tenía un mal presentimiento. «Todo es demasiado fácil», se decía. Carmilla la notó temblar e intentó reconfortarla. Nada funcionó. «Iba a dártelo en el tren. Pero no importa», pensó. Se separó un poco y le sonrió con una expresión a medio camino entre la picardía y la timidez. Rebeca, curiosa, la dejó marchar y la observó rebuscar en su escritorio, guardar algo en su puño y volver a ella con un aire solemne. Rebeca no pudo evitar reír. El temor por fin se había marchado.

Carmilla la hizo sentarse en el borde de la cama. Respiró hondo y se arrodilló frente a ella. Abrió el puño con las mejillas encendidas. Rebeca ahogó un gemido. Carmilla tragó saliva y pronunció el discurso que tanto le había costado preparar. Rebeca se contuvo a duras penas, mientras sus palabras le encendían el corazón. Cuando calló, se le echó al cuello y comenzó a besarle la cara. Cayeron al suelo. Rebeca estaba sobre ella. El anillo rodó. No les importó. Se besaron en los labios sin dejar de sonreír. Carmilla se incorporó y se lo puso. Se despidieron, entre besos, casi al amanecer. Querían arañar hasta el último segundo.

Poco después, Rebeca regresó a la casa para despedirse de los mellizos. Abel parecía contrariado e iracundo. Había olvidado el incidente y no entendía el porqué de su marcha. Ella lo abrazó y él quiso retenerla. Pero su madre se lo impidió antes de que pudiese intentarlo. Él la miró lleno de rabia y se retiró a su habitación. Aunque Carmilla trató de ocultar su sonrisa al ver su anillo colgándole del cuello, no pudo engañar a su madre. Ella le estrechó la mano a la joven y le deseó suerte. «Apenas os queda tiempo», se dijo mientras las dejaba solas. Ellas se fundieron en un abrazo que alargaron ajenas al estruendo que provenía de la habitación del joven. Rebeca se separó un poco, pero entrelazó sus dedos con los de Carmilla. No quería despegarse del todo. Sacó una hoja doblada con cuidado y se la entregó con las mejillas encendidas. Carmilla la

desplegó y sonrió. Era un retrato, el mejor que le había hecho. Leyó la dedicatoria en voz alta: *Para mi C, de tu R. Para que puedas verte con mis ojos*.

—Llevo tiempo trabajando en él —dijo sin mirarla—. Quería darte algo. No es un anillo, pero… —Carmilla no la dejó continuar. La abrazó y la besó en la mejilla.

—Te quiero.

Rebeca buscó sus labios y la besó. Carmilla la sostuvo por la cintura y lo profundizó. No podían saber que era el último que iban a darse en mucho tiempo. Oyeron a Marcilla acercarse y se separaron.

Ambas la acompañaron a la puerta. Ella se giró a medio camino y las saludó con la mano. Pese a que Carmilla quiso ir a su encuentro para volver a besarla y para decirle «Te quiero» una vez más, se contuvo. Había descubierto a su madre observándola de reojo. En cuanto la silueta de Rebeca desapareció, trató de retirarse a su habitación para preparar su huida. Pero Marcilla la agarró por la muñeca. Ella no lo entendió e intentó zafarse. Su madre no la soltó. Ella la miró y se encontró con su rostro ensombrecido, su mandíbula apretada y sus ojos entornados.

Carmilla empezó a asustarse. Debía darse prisa o no llegaría a la estación. Lo intentó de nuevo varias veces y falló.

—Madre, por favor, suélteme.

Marcilla, por toda respuesta, le dedicó una mirada y ella lo supo. Las había descubierto. Un sudor frío le empapó la espalda y las lágrimas le empañaron los ojos. Se lo imploró con un hilo de voz entrecortado. Ella solo sonrió con tristeza y dijo, rota de dolor:

—Perdóname, hija.

Se le colocó detrás con un movimiento rápido y la cogió del cuello. Carmilla no pudo evitarlo. Su madre era fuerte y estaba decidida. Apretó hasta que se desmayó. Marcilla respiró aliviada. «Todo ha acabado», pensó. Pero estaba equivocada. Su hija también era fuerte y también estaba decidida. Consiguió despertarse un par de minutos después. Estaba encerrada en su dormitorio. Apretó la mandíbula y notó una oleada de odio arañándola por dentro. Negó con la cabeza y no la dejó poseerla. «No tengo tiempo», se repetía. Recogió su bolsa y observó la puerta. La derribó al primer intento. El

ruido hizo acudir a Marcilla y salir a Abel, que al ver la escena comenzó a hiperventilar. Los tres se contemplaron. Marcilla tuvo que escoger: abrazó a su hijo para calmarlo y detenerlo. Carmilla lo aprovechó y bajó las escaleras en un suspiro.

Salió de la mansión y avanzó a toda velocidad guiada por su aroma que podía adivinar en el aire. Su corazón estaba desbocado. Llegó a la estación sin cansarse. La buscó. Estaba sentada en el tren vigilando por la ventanilla, preocupada. Sus ojos se encontraron y sonrieron. Carmilla quiso correr a su encuentro. Pero alguien la agarró por la muñeca. Al girarse, halló a su madre. La mujer intercambió varias miradas entre las jóvenes y pronunció un «Lo siento» que solo Carmilla pudo oír. El revisor dio el último aviso. Aunque Carmilla la empujó con fuerza para zafarse, Marcilla no se movió. Fijó sus ojos en los suyos y le clavó una aguja en el corazón. El efecto del narcótico fue inmediato. Carmilla perdió sus fuerzas. Marcilla tuvo que sostenerla para que no cayera.

—¿Por qué me hace esto? —susurró.

—Es lo que debo hacer para protegeros. —Su hija negó con la cabeza—. Lo entenderás cuando llegue el momento.

Carmilla no replicó. No había tiempo. Gastó sus últimas energías en levantar la cabeza para mirarla. Rebeca intentaba apearse. No se iría sin ella. A pesar de que solo le quedaban dos escalones, no llegó a bajarlos. Marcilla la atrapó con la mirada y la paralizó. La joven apenas podía respirar. Los impulsos de su cerebro no activaron sus miembros. Ya no era dueña de sí misma. Los ojos se le llenaron de lágrimas. «No lo conseguiré», adivinó y buscó sus ojos. Carmilla se llenó los pulmones de aire.

—¡Rebeca! —gritó.

Ella se fundió en su mirada oscura y la vida volvió a su cuerpo. Sin embargo, ya era demasiado tarde. El tren se había puesto en marcha con un pitido y se alejó antes de que pudiera descender.

Marcilla esperó a que el tren estuviera muy lejos para levantarla y emprender el camino de vuelta a casa. Carmilla se negaba a rendirse. La empujó sin fuerza y su madre la soltó. Dio un par de pasos con la vista fija en el tren que se fundía con el horizonte. Aunque sus piernas no sostuvieron su peso y cayó de bruces, avanzó

a gatas. Sus brazos temblaban; se golpeó varias veces contra el suelo antes de detenerse. Se quedó sentada en la estación desierta, con el corazón roto y la mirada humedecida. Marcilla se arrodilló a su lado y la vio llorar. Deseó rodearla con sus brazos y consolarla. Pero resistió el impulso. Era la causa de su dolor. Su vínculo se había roto. Era el precio que debía pagar para protegerlas. Le puso una mano sobre el hombro.

—Volvamos a casa.

Carmilla la observó. Ya no lloraba. En sus ojos, había un odio profundo. Su madre dejó de tocarla. Se reconoció en aquel sentimiento tan visceral. Pensó en ella y bajó la cabeza. Esperaba no haber vuelto a fallarle.

Carmilla consiguió levantarse. A pesar de que Marcilla quiso ayudarla, se quedó muy quieta cuando ella volvió a mirarla. Salió de la estación arrastrando los pies y con cada centímetro del cuerpo dolorido. Su madre la siguió de cerca, preparada. Carmilla se detuvo de improviso. Había dejado de ver. Su cuerpo se caldeó y un zumbido se le instaló en los oídos. Su determinación no sirvió para mantenerla en pie. Se encontró entre los brazos de su madre sin haberse percatado de su desmayo.

—Lo siento, hija.

Marcilla había empezado a llorar. Era la primera vez que lo hacía desde su muerte. Carmilla se contagió de sus lágrimas. Habría deseado gritarle y apartarla. Aunque levantó las manos, no la empujó, sino que se le aferró y le confesó lo que su madre siempre había sabido.

—La quiero.

Un grito desgarrado se le escapó de los labios. Su madre la estrechó. Pero no fue suficiente.

Capítulo 25

La inspectora se sentó sobre la cama. Necesitaba calmarse. Se puso las manos sobre el pecho y notó el bombeo rápido de su corazón. Sonrió y se mordió los labios. Se acarició las mejillas y sintió el tacto de la piel de C. Se dejó caer y miró al techo. Su cabeza estaba llena de ella, del brillo de sus ojos, de su olor, del ligero temblor de sus manos y de la cercanía de sus labios, sobre todo, de la cercanía de sus labios y lo que significaba.

Se llenó los pulmones de aire y se dispuso a bajar. Se sentía ligera. En el pasillo se encontró con Irene, quien la contempló y le sonrió. Se había dado cuenta de su euforia y no tuvo que pensar mucho para encontrar a la responsable. Bajaron juntas en silencio. En el rellano las esperaba Jonás que caminaba nervioso. Su escusa no lo había convencido del todo. Creía que había estado llorando.

—Laura, ¿seguro que estás bien? —interrogó nada más verla—. Parecía que te costaba respirar.

Ella asintió, le sonrió y siguió caminando. Él negó con la cabeza. Irene le tocó la espalda y lo observó. También le sonrió y enarcó una ceja. Jonás no lo entendió. Ella ensanchó su sonrisa y le susurró al oído: «Me parece que no estaba sola». Él solo pudo pensar en un nombre. Sus sospechas se confirmaron cuando C entró desde la calle y buscó su mirada azul de forma inconsciente. Cuando la encontró, buscándola, sonrió.

Irene le dio una palmadita a Jonás y él contuvo una risa. Entraron, tras C y Laura, al comedor donde Joel y Abraham ya los esperaban. Comieron en silencio, como de costumbre. Aunque C y Laura se sentaron alejadas, no consiguieron engañarlos. Jonás e Irene intercambiaban miradas cómplices y sonrisas divertidas, pero ninguno dijo nada. Conocían demasiado bien el carácter de la

vampira. Cualquier paso en falso podía significar su alejamiento de la inspectora.

Tras comer, bajaron a las instalaciones subterráneas y se encerraron durante varias horas en la sala de reuniones. Había mucho por discutir. Al final, tras un agotador debate, consiguieron trazar un plan. Esta vez no optarían por la sutileza, sino por un ataque frontal. Se prepararon. Irene ayudó a Laura a ponerse las protecciones. La inspectora agradeció que ya se las hubiesen explicado. Se colocó, por encima de su camisa, el chaleco con refuerzos metálicos. Se puso los guantes reforzados que llegaban hasta medio antebrazo y de los que salía una cuchilla lateral si cerraba la mano de un modo especial; y las botas de media caña, también reforzadas, con las puntas de acero, un pequeño cuchillo escondido en un lateral y una hoja en la punta que salía al chocar ambos talones. Se acomodó los auriculares inalámbricos y las gafas de visión nocturna. Y se envolvió el cuello con una braga negra fabricada con una tela dura y cosida con hilo de plata con la que se podía tapar el medio rostro que quedaba al descubierto. Se ató el pelo con varias gomas y se ciñó el arnés con sus dos pistolas ya cargadas, su cuchillo Bowie y algunos cargadores extra.

Se reunieron en el patio interior, donde C y Jonás, los únicos del equipo que seguían vistiendo con normalidad, ya habían sacado dos motos negras, con la carrocería a prueba de balas, y un todoterreno con los cristales tintados. Esperaron a oír las campanas de la iglesia, sincronizaron los relojes y asintieron. Joel y Abraham se subieron al coche y fueron los primeros en salir. El resto esperó los cinco minutos acordados y se montaron en las motos. Irene y Laura las conducían, mientras C y Jonás iban detrás. Laura hubiese preferido que fueran los brazos de la vampira los que se ciñeran a su cintura. Negó con la cabeza y arrancó la moto. Tenían una presa que cazar.

Los vehículos avanzaron juntos, salieron de la ciudad y se internaron por el entramado de carreteras y caminos secundarios que poco antes había recorrido su objetivo. Joel no tardó mucho en ponerse en contacto. Ya habían establecido contacto visual con el coche. C y Jonás se lo indicaron a sus conductoras, quienes torcieron el manillar en direcciones opuestas y se separaron. Condujeron

algunos metros con las luces apagadas. Y, entonces, lo vieron. Era un modelo familiar de un color apagado que iba despacio y respetaba todas las normas de circulación. «Si no supiésemos quién va en el asiento trasero, nunca nos habríamos fijado en él», pensó Laura y se colocó detrás. Encendió las luces cuando escuchó la voz de C por el pinganillo. Milésimas después, la moto de Irene salía de la nada y se les ponía delante. El coche frenó, pero no se detuvo. Dio un volantazo para desviar su trayectoria y escapar de aquella encerrona.

Aquel gesto, rápido y preciso, los descubrió. Dos disparos impactaron contra el motor, lo dejaron seco e interrumpieron la maniobra. Joel y Abraham, con sus francotiradores colocados a la distancia justa, habían cumplido con su cometido. Una columna de humo salió del capó y se oyó un gruñido frustrado. Antes de que Irene y Laura detuvieran las motos, el conductor y el copiloto salieron del coche con la intención de abalanzárseles. Jonás y C se movieron a gran velocidad, desenfundaron la hoz y la espada y se les enfrentaron.

La monja y la inspectora se miraron y asintieron. Era su turno. Se acercaron al coche cada una desde un lado, Irene armada con una escopeta y Laura con una de las pistolas. La monja abrió la puerta trasera mientras la inspectora apuntaba al ocupante desde una de las delanteras. Se mantuvieron a cierta distancia para poder eludir un ataque, pero el hombre que encontraron se limitó a observarlas con una sonrisa.

No podía negarse que era atractivo. Parecía rondar los cuarenta, aunque sabían que era mucho mayor. Llevaba un traje de tres piezas caro y negro, sin chaqueta ni corbata, y con los primeros botones de su camisa roja desabrochados, mostrando un cuello moreno y parte del pecho bien trabajado y adornado con varios tirabuzones de vello castaño. Acababan el conjunto unos zapatos de cuero negro, unos gemelos de oro, un sello con una C grabada en el dedo anular de la mano derecha y, en el bolsillo del chaleco, un reloj con una cadena que le cruzaba el pecho. Tenía el pelo de un castaño cobrizo, algo largo, atado en un moño, y la barba espesa, bien cuidada. Sus ojos de un marrón claro con matices anaranjados eran un poco rasgados

y estaban enmarcados por una cejas arregladas y recortadas. Había colocado los brazos sobre los asientos de al lado y había separado las piernas.

El hombre aspiró profundo y ensanchó su sonrisa al confirmar la humanidad de las atacantes. Planeaba divertirse mucho con aquellas dos. Echó la cabeza hacia atrás, entrecerró los ojos y esperó paciente a que sus esbirros acabaran con el resto del comando. Serían ellos quienes las reducirían y las meterían en el maletero. Él solo disfrutaría de las vistas, paladeando los preliminares.

La batalla fue muy corta. C y Jonás se deshicieron de sus adversarios con un par de tajos certeros y rápidos. Ellos ni si quiera pudieron gritar antes de caer al suelo convertidos en cenizas. Eran vampiros muy jóvenes, de apenas unas décadas de inmortalidad. Sus disparos con las ametralladoras TMP no habían conseguido rozarles ni una sola vez.

Se reunieron con Irene y Laura y observaron el interior. Judas aún no se había movido. De pronto, abrió los ojos y los centró en los recién llegados. Al verla, su cuerpo se tensó y su rostro se contrajo en una mueca de desprecio con la que trató de ocultar su terror. Notó unas gotas de sudor frío en la frente y un ligero temblor. Aquello no iba a ser el festín que había planeado. Miró de reojo a la inspectora, cuyo olor había logrado enmascarar el de la vampira. Aunque actuó con rapidez, no fue suficiente. Trató de abalanzarse sobre Irene, pero ella estaba tan acostumbrada a su velocidad que sonrió mientras retrocedía con un salto, ágil y elegante, y disparaba un solo cartucho. El impacto sobre el pecho lo hizo chocar contra la carrocería.

La observó, mientras la camisa se le empapaba de sangre, y le gruñó. Irene recargó y el resto lo rodearon. El gruñido se repitió. «Echar a correr no me salvará. Ella me alcanzará y me cazará sin piedad», pensó. Los repasó y sonrió para sí al encontrar el eslabón débil. Se movió para apresarla, pero la había subestimado. Ella disparó por inercia y no falló. El vampiro retrocedió los pasos avanzados y se apoyó contra el coche. Empezaba a costarle respirar. La plata de su torso se le estaba extendiendo con rapidez. Abrió las fauces, desesperado, en busca de un poco de aire para continuar

resistiendo. Sus ojos acabaron sobre la inspectora. «Es la única posibilidad de escapar de ella», se dijo. Reunió las fuerzas que le quedaban y lo intentó de nuevo.

Sin embargo, el movimiento, rápido y violento, no bastó. C y Jonás fueron mucho más veloces. Ella se interpuso en su camino y lo detuvo de una patada; Jonás se le colocó detrás y le clavó la hoz en la espalda. Judas gritó de dolor y se revolvió. C avanzó y le atravesó el pecho con su espada. Él se quedó muy quieto.

—Sois una vergüenza para nuestra especie —dijo con un hilo de voz—. ¿Cómo podéis aliaros con esos seres inferiores? —C le golpeó en el rostro y lo acalló.

Irene se colgó la escopeta y sacó, de una de las motos, una jeringuilla con una aguja gruesa de varios centímetros. Judas la observó con la boca entreabierta y los ojos enrojecidos. Un nuevo golpe de C disuadió cualquier resistencia. La monja se la clavó con fuerza en el corazón. El calmante inundó su torrente sanguíneo en cuestión de segundos. El vampiro solo pudo mirarlas con odio antes de desmayarse. El grupo destensó los músculos. «Ya está», pensaron al unísono.

Acto seguido, Joel y Abraham llegaron con el todoterreno. El caballero le lanzó las llaves a Laura. Ella y C serían las encargadas de interrogar a Judas, mientras ellos limpiaban la escena. No podían dejar ningún rastro de su enfrentamiento si querían tener alguna posibilidad de utilizar la información que pudiesen sacarle. En cuando acabasen, se reunirían con ellas.

Jonás metió al prisionero en el doble fondo del maletero del todoterreno. Era un compartimento forrado de plata y con un palmo de agua bendita. Aquello, junto al calmante, les daría el tiempo que necesitaban para llegar e inmovilizarlo. Mientras, Joel y Abraham ya habían sacado el material de limpieza del asiento trasero: varias bolsas de deporte con productos desinfectantes para borrar todos los rastros de sangre; bolsas de plástico para las balas y las cenizas; y herramientas y piezas para arreglar el coche y hacerlo desaparecer.

Laura y C emprendieron la marcha sin despedirse. La inspectora se quitó las gafas y se bajó la braga para poder respirar. Ninguna habló hasta que se hubieron alejado lo suficiente. C se había

limitado a observar por su ventana y ella a seguir la ruta pactada y a ir vigilándola de reojo, como si fuese un espejo retrovisor más que tuviera que tener controlado. Su cercanía había reavivado al cosquilleo.

—Lo has hecho bien. Te has ceñido al plan —comentó C con una sonrisa mientras ladeaba la cabeza para poder contemplarla.

—Te prometí que lo haría.

Aunque Laura sonrió para aparentar seguridad, cada fibra de su cuerpo temblaba. Era la primera vez que estaban las dos a solas desde su encuentro en la habitación y la tensión había vuelto. C no podía dejar de mirarla. Estuvo tentada de recolocarle un mechón suelto. Pero se contuvo. «Debemos completar la misión», se repetía. Sabía que no podría controlarse si la tocaba. Apretó los puños, le sonrió y se centró en la ventanilla. Laura había notado el brillo de deseo en sus ojos. Tragó saliva y aceleró con el corazón latiéndole con fuerza y la piel ardiendo.

Pero la carretera se extendía larga y oscura. La inspectora suspiró e hizo una mueca que provocó la risa de C. Laura tuvo que aferrarse al volante para controlar la dirección del vehículo. El sonido de su risa la había atravesado como una corriente eléctrica. Las mejillas se le encendieron y los latidos aumentaron de intensidad. Aceleró de nuevo y rozó el límite de velocidad.

No volvieron a hablar hasta llegar al chalet. C bajó primero, abrió el maletero y sacó a Judas, que todavía estaba inconsciente. Lo arrastró hasta la sala de interrogatorios donde, con la ayuda de Laura, lo colgó de las cadenas. La inspectora se pinchó en un dedo y el olor de su sangre llenó la habitación. Judas se despertó sobresaltado, con los ojos enrojecidos y la ansiedad dominando cada centímetro. Buscó la fuente de aquel aroma y, en cuanto la vio, trató de alcanzarla. Pero las cadenas se lo impidieron y, a pesar de que le quemaban la piel con cada movimiento, él no sintió dolor. El deseo por aquella sangre lo estaba consumiendo.

Laura retrocedió un poco y C se interpuso entre ellos. Los dos vampiros se observaron. Sus pozos oscuros le devolvieron a la realidad. Él gruñó y le enseñó los colmillos. Ella sonrió y lo agarró

del cuello. Lo miró a los ojos y Judas tembló al confirmar la diferencia de poder. Bajó la cabeza y C lo soltó.

—Sabes por qué estás aquí —le dijo mientras caminaba a su alrededor. El vampiro no contestó—. No vamos a dejarte escapar, así que solo tienes dos opciones. Colaborar y ahorrarte el dolor; o ponernos las cosas difíciles y obligarnos a hacerte tanto daño que suplicarás que te matemos.

—¿Crees que lo traicionaré? —Torció el gesto con superioridad—. Yo no soy como tú. —C sonrió y lo golpeó en el estómago. Judas tosió y escupió un poco de sangre.

—¿Podrías repetirlo? —Le cogió del pelo y le levantó la cabeza—. No te he escuchado bien.

—¡Vete al infierno!

—Tengo una plaza reservada desde hace mucho, pero tú te irás primero —concluyó con un nuevo golpe, esta vez en el rostro, que le partió el labio.

La herida sanó enseguida. C se apartó de él y fue hacia uno de los armarios. Accedió a un doble fondo y extrajo un par de maletines que dejó sobre la mesa. Los abrió y la inspectora pudo ver su contenido. Estaban llenos de material para la tortura. Se miraron. «Esta también es mi guerra. No volveré a huir por muy feo que se ponga», se prometió y le sostuvo la mirada. C sonrió. «No esperaba menos, inspectora», pensó.

Aunque el vampiro aguantaba bien el dolor, C era hábil y tenía mucha experiencia. Pronto, sus gritos llenaron la sala. Sin embargo, tras más de una hora en la que C no dejó de golpear, cortar y lacerar, no obtuvo ni una sola respuesta. «Conseguir que delate a su amo será más difícil de lo que creía», se dijo y la buscó con los ojos.

Laura se había limitado a observarlos apoyada en la pared de enfrente. Pese a su determinación, temía no ser capaz de aguantar. No era la primera vez que la veía envuelta en sangre y violencia, pero aquello era distinto. Le horrorizaba la posibilidad de verla sonreír, disfrutar de la tortura y convertirse en uno de los monstruos que perseguían. Desde que Jonás le había contado su historia, temía encontrar cualquier similitud entre Caín y C. Se negaba a creer que ella y Jonás compartieran raza con alguien como él. Los conocía y su

humanidad parecía incompatible con la imagen que se había formado de ese ser despiadado.

Cuando C se le acercó, sus miedos desaparecieron. Ni sus ojos ni sus facciones habían cambiado. «Sigue siendo ella», pensó y le sonrió con una calidez reconfortante en el pecho. C ni siquiera intentó entender el gesto. El brillo que desprendía su mirada se la había traído de vuelta; habían regresado a la habitación. Los cosquilleos se abrieron camino. Dejaron de observarse, pero la tentación no se alejó. La tensión se multiplicaba con cada aliento, con cada segundo que no daban rienda suelta al deseo. C sintió la falta de aire y propuso una pausa. Salió sin esperarla y buscó la forma de mantener el control.

A pesar de que se lavó las manos y se echó agua en el rostro, solo consiguió borrar el rastro de la tortura. Laura no había dejado de contemplarla. Con sus latidos desbocados como banda sonora, su mente se debatía entre un posible plan de acción y el impulso de abrazarla. C se giró y fijó en ella sus ojos oscuros. Tenía el cabello algo mojado, la camisa sin abrochar y algunas gotas perlándole la piel expuesta. Se había apoyado en el banco de la cocina y su expresión mostraba tanta sensualidad que Laura tuvo que desviar la mirada con cada poro de su cuerpo ardiendo.

C había llegado a su límite. Ya no podía resistirlo más. Necesitaba fundirse en la calidez que desprendía. Se le acercó y la inspectora tembló. El debate entre deseo y deber había acabado. C le acarició la mejilla y tragó saliva ante su suavidad. Esta vez, sí le recolocó el mechón de pelo rebelde y la corriente eléctrica se volvió insoportable.

Los miembros de la inspectora se tensaron. La miró y se vio reflejada en sus ojos oscuros. También cruzó el punto de no retorno. Se acercó para acortar la poca distancia que las separaba y le pasó los brazos por el cuello. No la dejaría escapar. C sonrió y le rodeó la cintura. Se inclinó y unió sus labios un segundo. Fue un simple roce. Alejó su rostro un par de centímetros, esperando un rechazo que no llegó. Laura le acarició la nuca, anhelante. Compartieron un segundo beso, suave y casto, y volvieron a separarse.

Sin embargo, esta vez solo querían coger aire. Las dudas y titubeos habían quedado atrás. El tercero no fue ni casto ni suave. Su pasión e intensidad aumentaban con cada milésima. Ninguna parecía tener suficiente. Laura se le aferró aún más. La suavidad de su piel en contacto directo con la suya; su calidez que se mezclaba con la de su propio cuerpo y la aumentaba; y su aroma que ahora llevaba pegado, la estaban derritiendo. Nada más importaba. C también la apretó entre sus brazos.

Pero sus motivos eran bien distintos. Para la vampira, aquel beso se había vuelto agridulce porque no sabía quién había provocado el deseo. Su corazón seguía dividido entre la joven con quien se había criado y la valiente policía que había conseguido ver más allá de la máscara. Llevaba tanto tiempo esperándola, que temía haberla convertido en una mera sustituta. Pero, aunque sus sentimientos no estaban claros, no era capaz de separarse de la calidez que desprendía y que llenaba el vacío de su corazón.

Desde que había pronunciado esas palabras en el balcón, cada vez que la veía, no podía evitar recordarla. Todo en ella se la devolvía por un instante. A pesar de que el dolor por su pérdida se reavivó, no despertó solo. Una sensación dulce y familiar se había ido abriendo camino. La misma tensión que las reunió en el pasado, parecía empujarla hacia la inspectora. No tardó en descubrirse deseándola. Su corazón, que empezó debatiéndose entre ambas, las había ido confundiendo. Y ahora temía ser incapaz de separar la realidad del pasado. Sabía quién sufriría; sabía que no era justo, y se contuvo con todas sus fuerzas.

Pero aquella noche cuando se le aferró, su autocontrol desapareció. Al girarse y mirarla, su cuerpo se movió impulsado por la necesidad de acabar con la tortura probando esos labios que se abrían para ella. Ya no le importaba si Laura no se lo merecía; ni si con aquella unión solo aumentaba el dolor y la certeza de que no volvería a tocarla. Necesitaba olvidarse de todo por un momento y llenarse de la calidez que le ofrecía. Apretó los párpados cerrados, se le aferró y se abandonó a su suavidad.

1872

Carmilla tardó unos días en recuperarse del efecto de la droga. Su madre estuvo a su lado mientras se debatía entre sueños febriles. En cuanto pudo ponerse en pie, intentó ir en su busca. Marcilla la detuvo y la arrastró a su despacho. Se sentó y esperó a su estallido de ira. Carmilla intentaba mantener el control, pero al verla recordaba su rostro cubierto de lágrimas alejándose. No podía soportarlo. Su cuerpo ardía. Entreabrió la boca. El aire no fue suficiente. Sus latidos aumentaron de intensidad. Puso las manos sobre el escritorio, con cada fibra temblándole. Se hundió en su mirada con la mandíbula apretada y Marcilla supo que no iba a calmarse.

—Hice lo que tenía que hacer —le dijo y Carmilla torció el gesto y cerró los puños sin creerla. Bajó la cabeza e intentó dominar la rabia animal que le quemaba en las venas—. Si no os hubiera separado, habría podido ocurrir una desgracia. —El temblor de su hija aumentó. Hiperventilaba y negaba con la cabeza. Marcilla sonrió, sabía qué debía decir—. ¿Acaso no recuerdas lo que pasó la última vez que Abel y tú os peleasteis?

—¿Nos ha separado por una pequeña discusión?

Carmilla levantó la cara. Los bordes de los ojos se le habían ennegrecido. Su voz había cambiado. Se había vuelto más grave, más ronca, casi animal. El incendio en su interior empezaba a despertar algo que llevaba adormecido toda su vida. Marcilla frunció el ceño. «Debo contarle parte de la verdad o no se calmará», pensó.

—Soy tu madre y debes obedecerme. —Le sonrió con soberbia, con una mueca que hacía mucho que no utilizaba y que nunca les había mostrado a sus hijos—. Si es lo que he decidido, debes asentir y resignarte. —Miró a su hija con un brillo divertido mientras ensanchaba la sonrisa. La máscara funcionaba. Carmilla estaba al borde del abismo. Marcilla imploró su perdón, y dio el último paso. Se levantó, apoyó las manos sobre el escritorio y se le acercó—. Además, os he hecho un favor. ¿En serio crees que habría funcionado esa relación vuestra tan antinatural? —Carmilla abrió la boca, pero no le salieron las palabras. No podía pensar—. ¿Qué puedes ofrecerle? ¿Una vida de renuncias, de insultos, en la que

deba esconderse? —Carmilla empezó a llorar. Sus lágrimas ardían. Marcilla no se detuvo. Debía aumentar la crueldad de su discurso para provocar su reacción—. ¡Ojalá nunca os hubiese presentado! Sin ti, ella sería normal. ¡La has corrompido! Lo mejor que puede pasarle es que encuentre un buen partido en París y se aleje para siempre de ti y de tu maléfica influencia. —Carmilla no pudo aguantarlo más y estalló en un arrebato iracundo.

—¡CALLE!

Acompañó su grito con un fuerte puñetazo sobre el escritorio. Aquel golpe albergaba toda su rabia. Partió el mueble y agrietó el suelo. Al contemplar su obra, la rabia se convirtió en miedo, el cuerpo se le enfrió de golpe y sus ojos volvieron a la normalidad. Miró a su madre que le sonreía con todo su amor.

—Perdóname. Debías verlo por ti misma. —Rodeó los escombros y le cogió las manos. Su hija seguía temblando—. Todavía no puedo contarte toda la verdad. No podrías soportarla. Tus emociones son demasiado inestables. —Observó de reojo el mueble. Carmilla también y bajó la cabeza—. Esta es la razón por la que Rebeca debía marcharse. Si Abel y tú os enfrentáis; si perdéis el control, podríais matarla. —Su hija la miró aterrada. Se había imaginado su cuerpo ensangrentado y hecho pedazos—. Sé bien lo mucho que duele. Yo también tuve que separarme de alguien a quien amaba. —Su rostro se entristeció—. Algún día, te hablaré de… —ensanchó su sonrisa con los ojos ardientes. Recordarla dolía— ella. —Aunque Carmilla abrió los labios, no encontró palabras de consuelo para su madre. La herida era demasiado reciente. Pero no pudo evitar apretarle las manos. Marcilla buscó su mirada y ella la desvió—. Te juró que volveréis a estar juntas. Pero, por ahora, por su bien, debes esperar.

Carmilla cerró los ojos y asintió. Debía confiar en su madre. Le soltó las manos y la observó. Marcilla sonrió. Lo había visto en sus ojos. A pesar de que aceptaba su decisión, no podía perdonarla. Lo aceptó. «Es el precio», recordó y volvió a sentarse. Le prometió hacerle llegar sus cartas, entregarle las suyas y no leerlas. Pero le aseguró que nunca sabría de dónde procedían porque sabía que no resistiría la tentación de ir en su busca. Carmilla la escuchó con la cabeza gacha y salió de allí en cuanto pudo. Se encerró en su

habitación y se tumbó en la cama. Se aferró a su retrato y lloró, desconsolada.

A partir de entonces, Carmilla se aisló. Evitaba a su madre y a su hermano porque no soportaba tenerlos cerca. Cada vez que los veía, la rabia le llenaba las venas y le envenenaba el juicio. Tenía miedo de que tomara el control y la sumiera en la oscuridad. Por su parte, Abel no dejaba de buscarla. Le divertía provocarla. Había descubierto que verla sufrir lo llenaba de calidez y euforia. Su dolor no le importaba; solo buscaba su propio placer. Con el paso del tiempo, su carácter seguiría empeorando y lo convertiría en un ser corrupto y egoísta. Cuando recibía alguna contestación de Rebeca, se pavoneaba convencido de que era el elegido. Leía sus líneas en voz alta, eufórico, con los ojos fijos en los de su hermana. Su ceño fruncido, sus puños apretados y su rápida huida aumentaban la sensación de triunfo y lo sumían en un oasis de placer.

Aunque Marcilla lo intentó, no pudo pararlo. Hacía mucho que no la obedecía. Creía que el enfrentamiento era inevitable. A menudo iba a la habitación de su hija para suplicarle que fuera mejor que él; que no le enseñara sus largas cartas de amor; y que mantuviera la calma. Ella deseaba negarse y devolverles un poco de dolor. Pero la imagen del escritorio destrozado siempre acababa imponiéndose. Le aterraba no poder detener lo que llevaba dentro, si lo liberaba.

Las semanas se convirtieron en meses, y los meses en años. Su control comenzó a tambalearse. El dolor de su ausencia la hería cada vez más; ni las cartas ni los recuerdos bastaban ya para adormecerlo. Aún puso más distancia. Pasaba los días encerrada en su habitación escribiéndole largas cartas; leyendo sus respuestas; y estudiando las cuentas de su familia y los planos de sus terrenos. Había encontrado una casa lejos de allí, a las afueras de un pueblo del que poseían vastas tierras de cultivo. Soñaba con convertirla en un hogar para las dos.

El día en que los mellizos cumplieron los 22, su madre los llamó a su despacho. Carmilla no había vuelto a entrar desde el incidente. Se apoyó en una pared. Quería mantenerse tan alejada de ellos como pudiese. Marcilla les dio la oportunidad de independizarse, de ver lo que les ofrecía la vida adulta. A Abel le entregó las llaves de una

casa señorial de una ciudad cercana y le concedió una asignación generosa. Él reaccionó con euforia y la abrazó riendo. Llevaba mucho deseando aquella libertad. Salió del despacho para prepararse. No quería perder ni un minuto. Las dos mujeres se quedaron en silencio, mirándose.

Marcilla abrió un cajón y sacó una nueva carta, un sobre con indicaciones, un manojo de llaves y un plano. Carmilla lo reconoció y frunció el ceño. Se preguntó cómo lo había descubierto y se acercó a recogerlo sin sentir nada. Poco le importaba la libertad, si no podía compartirla con ella.

—Madre —la observó y supo lo que iba a responderle. Suspiró antes de continuar—: ¿cuándo…? —su madre la interrumpió.

—Todavía no. —Carmilla ladeó la cabeza. Allí estaban de nuevo aquellas dos palabras. Se le clavaron en el pecho en la herida que llevaba abierta—. Lo siento.

—Ya.

Carmilla asintió y se mordió el labio. Su disculpa estaba vacía. Se marchó sin mirarla, y se preparó para dejar atrás aquella casa y sus recuerdos. Esperó a que su hermano se marchara. Cuando el silencio y la calma volvieron, salió de su habitación con sus cosas. Su madre la esperaba en la puerta. Le sonrió y quiso abrazarla. Ella eludió la caricia. Marcilla asintió y dio un paso atrás. La observó subir al carro que la llevaría a la propiedad, sin dejar de sonreírle. La despidió con la mano y no la bajó hasta que el carro se convirtió en un punto negruzco en el horizonte. Se llenó los pulmones de aire y entró. También tenía que preparase. Debía seguir vigilando a Abel. Viajaría de incógnito y se instalaría cerca.

Alrededor de Carmilla comenzaron a extenderse hectáreas y hectáreas de campos con los más diversos cultivos y con pequeñas granjas salpicadas allí y allá. Sus pulmones se llenaron del aire limpio y del aroma de la tierra mojada y las verduras frescas. Le llegaban cientos de sonidos nuevos y de colores cálidos y alegres. Se giró de forma inconsciente en su busca. Pero solo una nube de polvo le devolvió la mirada. Tuvo que cerrar los ojos. El dolor era insoportable. Aunque se abrazó a sí misma e intentó no pensar, su

imagen siguió persiguiéndola hasta que llegaron a la valla de acceso, varias horas después.

El conductor bajó sus cosas y se ofreció a ayudarla a instalarse. Ella se negó, tajante. Necesitaba estar sola. A pesar de que intentó sonreír para suavizar el tono, solo consiguió una mueca triste. Esperó a que desapareciera de su vista para moverse. Caminó por el sendero, despacio, hasta el patio y echó un vistazo. Había un pequeño pozo, un cobertizo donde se oía a los animales y un pequeño campo con verduras y hortalizas. La casa de dos plantas era de madera y tenía un tejado a dos aguas y un porche. Justo delante había un pequeño jardín lleno de lirios blancos. «Sus flores preferidas», pensó.

Metió la llave, la giró con un ruido metálico y entró. Dejó las maletas en la puerta y curioseó por la planta baja compuesta por un pequeño comedor con chimenea, una cocina con acceso al patio trasero, un baño, una pequeña biblioteca y las escaleras de acceso al piso superior. Subió un par de peldaños y se detuvo. Había oído a alguien salir de una de las habitaciones. Antes de que pudiera subir más, una figura apareció en lo alto de la escalera armada con un pincel.

Se miraron un segundo, el pincel cayó al suelo y un sollozo contenido precedió al abrazo. Rebeca había bajado los escalones que las separaban en un suspiro y se le había echado al cuello. Carmilla la sostuvo con fuerza y también comenzó a sollozar. Al cabo de unos segundos, Rebeca se separó y le acarició el rostro para comprobar que no se trataba de ningún sueño. Carmilla le besó las manos y sonrió al comprobar que llevaba su anillo. Rebeca la besó en los labios y los años separadas se diluyeron al mismo tiempo que la temperatura de sus cuerpos aumentaba. Carmilla la acercó más y comenzó a recorrerle el cuello con pequeños besos. Rebeca reía y le acariciaba el pelo, deshaciéndoselo. Se miraron con las respiraciones entrecortadas y los pechos subiendo y bajando con rapidez. Se había instalado cierta tensión entre ellas y los besos no bastaban para combatirla. Rebeca la guio hacia su dormitorio. Cerraron la puerta y se amaron por primera vez.

Capítulo 26

Laura y C se separaron jadeantes. Laura no pudo reprimir una sonrisa que le iluminó el rostro. C también sonrió, pero con un dejo de tristeza que ella no vio. En cuanto había dejado de saborearla, el arrepentimiento la había golpeado con dureza. «No es ella. No puedo hacerle esto», pensó. Ladeó la cabeza para evitar su mirada azul y la centró en la puerta de la sala de interrogatorios.

—Deberíamos volver con Judas. Aún no hemos acabado.

La inspectora ensanchó su sonrisa. Creía que su cambio de actitud se debía a la timidez. No podía saber cuán equivocada estaba. Eran vergüenza y arrepentimiento lo que no la dejaban mirarla. C solo podía pensar en que la había utilizado y la había cargado con un peso que no era suyo. Laura, sumergida en su burbuja de euforia, pensaba que, pese a su frialdad, la coraza había caído. No quiso presionarla y se centró en la misión. Contempló la puerta metálica y su idea regresó. No tuvo que pensar demasiado para expresarla. La intimidad que ahora creía que compartían le allanaba el camino.

—Creo que podemos usar mi sangre para tentarlo. —C tenía la cabeza llena de recuerdos y tardó unos segundos en reaccionar. Eso le dio tiempo para montar todo un razonamiento lógico difícil de rebatir—. Es evidente que no responde a la fuerza bruta. Podríamos estar torturándole días sin conseguir lo que queremos. Y no tenemos tanto tiempo. Pronto lo echarán en falta. Recuerda el plan: necesitamos que colabore para que todos crean que se ha tomado unos días de vacaciones. De lo contrario, aunque podamos doblegarle, Caín se dará cuenta de que algo va mal y cambiará de escondite. Tendríamos que volver a empezar desde cero. Está atado y débil. Además —Laura le cogió la mano, le sonrió y dulcificó su

tono—, tú estarás conmigo. Sé que estando tú no va a pasarme nada malo.

C tuvo que apretar la mandíbula. Allí estaban de nuevo. Aquellas palabras sacadas de su pasado y pronunciadas con la misma suavidad. La observó y la culpabilidad le encogió el corazón porque había deseado reencontrarse con sus ojos grises y solo se encontró con una mirada azul llena de un amor que no se merecía. Apenas pudo escucharla. Sus palabras le llegaban amortiguadas, enmudecidas por los recuerdos y el eco de su propia confusión. No tuvo valor para negarse a su plan y asintió tratando de contener las lágrimas.

Se soltó de su agarre y empezó a caminar. Antes de entrar en la sala de interrogatorios, le pidió que tuviera cuidado sin girarse a mirarla. Judas levantó la cabeza y torció el gesto al verlas. Laura y C intercambiaron sus papeles. La vampira se apoyó en la pared con el cuerpo en tensión, preparada para saltar sobre su prisionero; Laura se dirigió a la mesa y escogió una de las armas que permanecían intactas: un cuchillo con la hoja curvada de plata bendecida y llena de versículos. Se paseó alrededor de Judas en silencio mientras se daba golpecitos en la palma.

Se le colocó delante y le pasó la punta por el torso desnudo. Judas la observó con desprecio, pero no osó moverse. Notaba la mirada intimidadora de C sobre él. Sabía lo que le esperaba si hacía un movimiento en falso. Apretó la mandíbula y se dejó hacer. Nunca nadie lo había humillado tanto como aquellas dos. «Que una mísera humana pueda tratarme así…», pensó para sí, enfurecido. Echó un rápido vistazo a las cadenas y deseó ser capaz de soltarse. Se imaginó acabando con su vida mientras bebía hasta la última gota de su sangre y tembló de placer.

—Judas —Oír su nombre de aquellos labios fue un nuevo golpe para su orgullo—, creo que hemos empezado con mal pie. —El vampiro chistó—. Es evidente que eres mucho más antiguo y fuerte de lo que habíamos supuesto y que estos métodos no se ajustan a tu poder. —Sus alabanzas surtieron un poco de efecto. Ambas pudieron ver cómo se hinchaba lleno de amor propio—. Por eso, te

pido disculpas —hizo un pequeño gesto cortés y consiguió una sonrisa—, y me gustaría proponerte un trato.

—¿Un trato?

Era la primera vez que emitía algo más que gemidos de dolor o amenazas. Laura le dio la espalda sin darle importancia y aprovechó para sonreír a C, que fingió corresponderle.

—Tengo algo que deseas.

—¿En serio? —El vampiro rio con superioridad y desprecio—. Una simple humana cree que tiene algo que ofrecerme. ¡Qué gracioso!

—¿Entonces no te interesa esto?

Laura se pinchó, un hilillo de sangre le salió de la punta del dedo y fue cayendo hacia la palma extendida hacia él. Su olor lo golpeó en oleadas. Notó el ardor en la garganta, el aumento del ritmo cardíaco y el crecimiento de los colmillos. Aunque quiso evitarlo y recuperar el control, olfateó casi sin darse cuenta y se convirtió en adicto. Laura paseó la mano cerca de su rostro y se aseguró de que no podría alcanzarla por mucho que se esforzase.

—¿Estás seguro de que no quieres un poquito? —continuó la inspectora.

Judas negó con la cabeza, pero la cercanía de su sangre lo estaba volviendo loco. Su autocontrol no tardó en llegar a su fin. Dejó que sus ojos se tornaran rojos y dio un alarido animal. Su cuerpo tembló un poco. Iba a transformarse pese a la falta de alimento y el dolor de las cadenas. C se movió con rapidez y le golpeó en el estómago. Él dejó de temblar y la miró lleno de rabia.

—Ni lo pienses. —Lo golpeó de nuevo, alterada. Ella tampoco era inmune a su fragancia—. No dejaré que cambies. Destrozaré cada centímetro de tu cuerpo si es necesario.

Judas le enseñó los colmillos, amenazante. Ella sonrió ante la inutilidad del gesto y le apretó el cuello con fuerza. Solo lo soltó cuando sus ojos volvieron a su color original. Regresó a su puesto contra la pared. Respiró hondo, agradecida por la distancia, y controló la rabia que intentaba abrirse camino. Laura reemprendió su paseo a su alrededor con la herida todavía abierta y sangrando. Judas tuvo que ceder.

—Humana, ¿qué es lo que quieres? —gruñó.

—Para empezar, queremos todos tus usuarios y contraseñas.

El vampiro frunció el ceño. Aquella petición le había pillado por sorpresa. «Si quieren a Caín, ¿para qué me piden mis datos?», se preguntó. Contestó con una voz temblorosa, víctima del deseo. C los anotó y Laura fue a su encuentro. Se miraron y asintieron. La inspectora le susurró algo al oído antes de empuñar su arma y colocarse en el punto más lejano como medida de precaución.

C salió y comprobó la información. «No nos ha mentido. Eres buena, inspectora», pensó con una sonrisa. Se apresuró a escribir varios correos y mensajes en su nombre. Informaba a sus colaboradores más cercanos de que había encontrado una nueva diversión; y que iba a tomarse unos días para poder disfrutarla. Las respuestas no se hicieron esperar. Todos le felicitaban y mostraban su envidia. A ninguno le pareció sospechoso. Suspiró y contempló la puerta metálica. Por un segundo, deseó quedarse allí lejos del olor de su sangre y de sus recuerdos. Cerró los puños con fuerza y maldijo su cobardía. «No puedo dejarla sola con él», se dijo y notó un escalofrío al recordar la escena del antro.

Entró. Ninguno de los dos se había movido. Los observó: Laura pistola en mano y rodeada de un aura de autoridad y seguridad; Judas, colgado, lleno de desprecio y deseo. Se acercó a la inspectora y le susurró: «Ya está». Su aroma la golpeó. Apretó la mandíbula y contuvo el bombeo desenfrenado. Le entregó la cuchara que le había pedido y ocupó su lugar mientras ella avanzaba.

Laura puso la cuchara en horizontal y se apretó el dedo para que cayeran unas cuantas gotas. No hicieron falta muchas para llenarla. Se la acercó a Judas que apenas podía contenerse y se la introdujo en la boca. En el momento en que la sangre entró en contacto con su lengua, tembló de placer. Sus ojos se le pusieron en blanco y echó la cabeza hacia atrás disfrutando al máximo de las sensaciones que le producía. Notó cómo iba bajándole por la garganta, espesa y dulce, y llegaba a su estómago con una explosión de sabor casi orgásmica. Su rostro se había perlado de sudor, su respiración era entrecortada y sus latidos estaban descontrolados.

Laura se alejó y se acercó a C. No esperaba que unas pocas gotas tuvieran aquel efecto. No quiso admitirlo, pero se asustó un poco.

Todavía llevaba grabado el incidente en el bar. Tararear para sí no logró calmarla. C notó el leve temblor y adivinó sus temores. No tuvo que pensar. Su mano se movió por impulso y se colocó sobre su hombro. La inspectora se la cogió un momento. Su calidez fue un bálsamo. La soltó de inmediato, cuando Judas la miró, ansioso por un nuevo chute. Su plan estaba saliendo a la perfección. El vampiro no podía pensar en nada más que en volver a saborearla. «Debemos aprovecharlo», pensó Laura y se llenó los pulmones de aire, preparada para volver a la carga.

—¿Te ha gustado? —Empleó un tono irónico que lo hubiese enfurecido unos minutos atrás, pero que ahora le pasó inadvertido. El vampiro asintió con los labios entreabiertos y la boca rezumando saliva—. Supongo que ya no querrás más.

—¡TE EQUIVOCAS! —gritó alterado. Estaba empapado en sudor e hiperventilaba.

—Entonces, ¿quieres que hagamos un trato? —Él volvió a asentir con movimientos rápidos y nerviosos—. Volveré a dejártela probar. —Movió el dedo a escasos centímetros de sus fauces. Judas lo olisqueó y gruñó, lastimero—. Estoy dispuesta a darte medio litro de esta sangre que tanto te gusta. Pero, a cambio… —Dejó la frase en el aire, inacabada, y fingió pensar qué pedir.

—Humana, ¡pide lo que quieras! Pero ¡DÁMELA YA! —gritó. Laura sonrió. Ya lo tenían.

—Lo único que quiero a cambio es que me digas dónde puedo encontrar a Caín. —Apretó de nuevo el dedo y dejó que unas pocas gotas le cayeran por el torso—. ¿Hay trato?

— ¡Sí! —afirmó con un nuevo alarido desesperado.

—Si me mientes, lo sabré y no volverás a saborearla. —Unas nuevas gotas, esta vez, sobre su barbilla. Judas sacó la lengua, pero no pudo alcanzarlas.

— ¡No lo haré! —Volvió a intentarlo. Tampoco lo logró. La ansiedad llegó a su punto álgido—. ¡LO JURO!

—Te creo, habla.

—Caín se esconde en una finca de Estiria en Austria.

Ese nombre provocó que el rostro de C se ensombreciera. Conocía muy bien el lugar. Aunque no necesitaba mucho más para adivinar la

localización exacta, dejó que acabara su explicación. Él les dio las coordenadas y una descripción precisa del lugar con un hilo de voz suplicante. Poco quedaba ya del vampiro prepotente que habían capturado.

Laura se giró para mirarla y C le indicó con un gesto que salieran. Debían asegurarse. Estaban empezando a comprobar la información cuando oyeron acercarse a varios vehículos. El resto del equipo había llegado. Irene y Jonás entraron con muestras de cansancio, pero con los rostros iluminados. Esperaban que aquella misión fuese el preludio de la batalla final. Joel y Abraham habían vuelto a la base.

Laura y C les contaron sus avances y juntos confirmaron lo que la vampira en el fondo ya sabía: Caín parecía encontrarse en una pequeña finca a las afueras de Estiria que se levantaba sobre una ligera elevación en un bosque extenso. Este se abría en un claro poco regular y muy bello. En uno de los lados, sobrevivía un empinado puente gótico que salvaba un riachuelo ya seco.

El acceso a la puerta principal, custodiada por un puente levadizo, se hacía a través de un camino estrecho y envejecido. El foso, de varios pies de profundidad, estaba poblado de nenúfares. La fachada de innumerables ventanas, antaño majestuosa, ahora mostraba su decadencia. Ya no quedaba ni rastro de los hermosos ventanales, los habían sustituido por tablones corroídos. Y de sus cuatro torres solo una quedaba en pie. Su capilla gótica era lo único que parecía permanecer inmune al paso del tiempo.

Era un lugar perfecto para esconderse. Un frondoso bosque se extendía a ambos lados de la propiedad y a su alrededor solo quedaban ruinas: las de un pueblo abandonado siglos atrás, con una iglesia desvencijada y un castillo decadente; y las de una finca perteneciente a una familia de militares.

C observó el mapa. Reconoció el lugar y apretó la mandíbula. No pudo evitar que sus ojos se desviaran y se fijaran en un punto impreciso a muchos kilómetros de distancia. Era un lugar lleno de secretos, donde la muerte y la destrucción habían campado a sus anchas, y donde solo unas cuantas vigas de madera ennegrecida y calcinada eran testimonios mudos de su pérdida de control.

Irene no había dejado de contemplarla con preocupación. Adivinaba su dolor, oculto bajo su rostro ensombrecido. Conocía parte de la historia que escondía aquel lugar y, aunque intuía que había mucho más que contar, no le preguntó. «No serán mis palabras las que le hagan revivir su calvario. Ya ha sufrido bastante», sentenció para sí. Nunca sabría que Caín no lo había elegido al azar, ni que aquel era el lugar donde todo comenzó, el hogar de su madre, cuya historia se había tergiversado y corrompido con el paso del tiempo. Tampoco llegaría a conocer nunca los sucesos que se vivieron mucho más allá, ni cuánto había amado y perdido allí, ni que aquel punto impreciso iba a acabar convertido en el escenario de la verdadera batalla final.

Jonás observaba a Laura. La nueva luz que desprendían sus ojos y las leves sonrisas que se le iban escapando cada vez que su mirada se posaba en el perfil de la vampira le indicaron que algo había cambiado. Sonrió. Las piezas encajaron con rapidez. Buscó a Irene, pero la monja estaba demasiado pendiente de C y no vio su gesto cómplice.

Tras las comprobaciones, C y Laura volvieron a la sala de interrogatorios con el equipo médico para cumplir su promesa y de paso intentar sacarle algún dato más que los ayudara a preparar la misión. Irene y Jonás salieron para asegurar el perímetro. La monja continuaba algo preocupada. Él la leyó, le comentó sus sospechas y logró que sonriera. «Nuestro plan ha sido todo un éxito. Nunca he tenido ninguna duda», dijo a media voz y con un tono cómico. Ella se tapó la boca con las manos para acallar una risa. Temía que C pudiese escucharla y los avances se echaran a perder. Había olvidado que la sala estaba insonorizada y que ningún sonido podía colarse ni salir.

Judas, al verlas entrar, sonrió nervioso. Ellas cogieron un par de sillas, las colocaron frente a la mesa y se sentaron. La inspectora se arremangó y trató de no pensar. Se concentró en su canción preferida y la repitió en bucle. C empezó. Le puso la goma elástica y le desinfectó la piel con un algodón empapado en alcohol. Le indicó que cerrara el puño mientras sacaba la bolsa de plástico vacía con el tubo y la aguja, el recipiente de trasfusión y la pinza. Laura cerró los

ojos para no ver cómo le introducía la aguja en una de sus venas, la más gruesa y azul. Notó cómo le penetraba la piel y se quejó.

C le acarició el puño cerrado y se lo abrió. La sangre fluyó por el conducto y fue llenando la bolsa. Por debajo de la mesa, Laura le puso la mano libre sobre una de las rodillas y se la apretó. Necesitaba sentirla. Su simple contacto la relajó y casi le hizo olvidar la aguja que aún llevaba dentro. C no intentó alejarla. Su expresión angustiada, su mirada entornada y el leve temblor de sus hombros la disuadieron. Observó cómo se suavizaba su rostro y cómo se le escapaba un suspiro de alivio, y su recuerdo volvió. Ella también la buscaba y se le aferraba para poder enfrentarse a aquello que la aterraba. La miró y la vio reflejada en su rostro. Apretó la mandíbula con una sensación agridulce en el pecho y el corazón dividido.

Judas las observaba con avidez y se relamía. La bolsa acabó de llenarse. C le quitó la aguja y le curó la minúscula herida con un algodoncillo y un poco de esparadrapo. La contempló algo preocupada y la inspectora le sonrió con un brillo en los ojos que C reconoció. Había tanta sinceridad y calidez en su mirada que no pudo reprimir la tentación y le cogió la mano. Se la acarició entre las suyas, ocultando el gesto bajo la mesa. Judas gruñó y exigió su premio.

La inspectora se levantó decidida, pero se mareó. C evitó que cayera sosteniéndola entre sus brazos. Laura se apoyó en su pecho y aprovechó la cercanía para aspirar su aroma y llenarse de él. La vampira la ayudó a sentarse, agarró la bolsa y se acercó al prisionero. Judas se movía ansioso por alcanzar aquella sustancia rojiza todavía tibia. C abrió un pequeño orificio y la dejó caer en su boca. Él la abrió al máximo y sacó la lengua para que fuese la primera en entrar en contacto con aquel elixir. Bebió con avidez sin desperdiciar ni una sola gota.

La reacción fue violenta y rápida. Todo su cuerpo tembló descontrolado, sus colmillos crecieron y sus ojos se tiñeron de rojo. C se movió por instinto y se colocó entre él y la inspectora. Sabía que los golpes no ayudarían esta vez. Lo observó convulsionarse y antes de que pudiese gritar una advertencia, su transformación se completó. Judas rompió sus cadenas con un arrebato desesperado.

De su garganta, salió un alarido animal, una auténtica llamada a la caza.

Capítulo 27

C fue hacia él para detenerlo, pero el vampiro fue más rápido. La esquivó y la golpeó con fuerza con las cadenas. C consiguió protegerse con los brazos. Tras el impacto, las sujetó y tiró de ellas. Se las arrebató y le devolvió el ataque. Judas gruñó y retrocedió un poco para salir de su alcance. Ella sonrió. Era lo que pretendía.

—¡Laura, sal de aquí! —gritó.

Judas reaccionó antes que ella y trató de acortar las distancias. C no se lo permitió. Movió las cadenas con violencia y cortó sus movimientos. Él gruñó y se alejó de un salto, incapaz de pensar en una alternativa.

—No pienso dejarte sola. —Laura se había puesto en pie y había sacado la pistola. Se le colocó al lado y se centró en su objetivo—. Lo afrontaremos juntas —sentenció y disparó con precisión pese a la debilidad de sus miembros.

Todas las balas dieron en el blanco, pero no sirvieron de nada. Judas estaba fuera de sí. La sangre de la inspectora que corría por sus venas multiplicaba su fuerza y ahogaba su cordura. El vampiro pleno, el hábil manipulador, se había convertido en un mero esclavo de sus instintos.

—Eres una cabezota —dijo C mientras desenfundaba. Laura no le contestó, ni siquiera la miró. Estaba concentrada en vaciar el cargador.

Judas sacudió la cabeza y se golpeó contra la pared. Quería huir del dolor ardiente que le provocaba la plata de su interior. Se arañó el pecho con las garras e intentó extraerse las balas. C aprovechó esas milésimas para coger a la inspectora en brazos y llevarla a la puerta. Solo podía pensar en sacarla de allí. Pero no tuvo tiempo.

Judas se les echó encima. C la empujó para apartarla de su trayectoria y lo apuntó con la espada.

—¡Quédate atrás y dame fuego de cobertura! —ordenó.

Judas esquivó todas las estocadas y cortes, y todas las balas que surcaban la sala. Sus movimientos ganaron velocidad. C temió no ser capaz de detenerlo y, de forma inconsciente, miró de reojo a la inspectora. Él aprovechó la brecha en su defensa y le clavó las garras en los costados. El dolor la devolvió a la realidad. Cambió la forma en la que sostenía la espada e intentó darle una estocada. Pero Judas fue más rápido. Sacó una de las garras y la detuvo. No le importó herirse la palma al cogerla por el filo. Separó los dedos de la que aún tenía dentro y observó con sumo placer cómo el rostro de C se contraía de dolor. Aunque C trató de soportarlo, sus brazos se quedaron sin fuerza. Judas le arrebató la espada y la sostuvo en alto, triunfante. Pese a que vio el ataque, no reaccionó a tiempo. El vampiro se la clavó en el pecho y partió la hoja. Soltó el mango y la liberó. Ella cayó de rodillas.

La inspectora, que había encadenado disparos en un inútil intento de ayudarla, se mordió el labio para contener las lágrimas. Recargó sin dejar de mirarla. El corazón le dolía. Era la primera vez que la veía derrotada y a merced de su enemigo. Se sintió culpable e impotente. Judas se relamió y disfrutó de su triunfo un segundo. Al siguiente, levantó la vista y se centró en el objeto de su deseo. Laura lo apuntó y él rio con un sonido gutural. Su resistencia lo excitaba y avivaba su apetito voraz.

Dio un par de pasos y C lo agarró de una de sus muñecas para retenerlo. Él la observó con desprecio. Ella le devolvió la mirada. Le costaba respirar y el cuerpo le ardía. Los contornos se habían difuminado y sus heridas no se cerraban. «Tengo que protegerla», se decía como un mantra, como una forma de mantenerse despierta. Él se liberó con facilidad con un movimiento brusco y le dio una patada que la tumbó. Ya no le permitió levantarse. Juntó sus garras y las descargó contra su cuerpo, una y otra vez, hasta que dejó de moverse.

Recuperó el aliento sin dejar de contemplar su obra. Asintió ante su inmovilidad y sonrió con un gesto macabro al charco de sangre

que aumentaba bajo ella. «Ya nada se interpondrá», pensó. Avanzó despacio para alargar los preliminares y multiplicar el goce. La inspectora vació otro cargador. Él no esquivó los disparos. Acortó las distancias mientras la saliva le inundaba la boca y el corazón le saltaba en el pecho. Ella retrocedió todavía apuntándole con la pistola descargada. Notó las gotas de sudor frío y la buscó con la mirada. Pero C no se había movido. «No podrá salvarme esta vez», se percató y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Su respiración se volvió desacompasada y regresó al callejón. Sintió el mismo miedo y la misma parálisis. Sacudió la cabeza y se obligó a reaccionar. «Seré yo quien la proteja», se dijo. Tiró la pistola y sacó un cuchillo.

Judas la alcanzó y ella lo amenazó con el filo plateado. Él rio y levantó las garras teñidas de sangre para corresponder a su amenaza. Ella no se dejó amedrantar y dio un par de tajos. Pero solo cortó aire. Él la desarmó con facilidad, la agarró del cuello y la levantó para dejarla a su altura. La obligó a ladear la cabeza y le pasó una uña por encima de la yugular. Apenas le laceró la piel; quería tomarse su tiempo. De la herida, salió un fino hilo de sangre. Judas aulló gozoso y la olfateó. Abrió las fauces y mostró los colmillos afilados y la lengua larga. Ella notó su aliento cálido y fétido sobre la garganta. Cerró los ojos y esperó el mordisco. Unas gotas de saliva se mezclaron con su sangre. Apretó los párpados, pero no llegó a tocarla. Algo había impactado sobre su espalda y lo había detenido.

Judas temblaba de ira. Se giró y buscó el origen del ataque. Al verla, de pie y con la cabeza gacha, torció el gesto, aburrido de su resistencia. No se percató del cambio, ni previó el peligro. Soltó a Laura, que cayó al suelo, y se le encaró, seguro y altivo. Sin embargo, no pudo dar ni un paso. C cruzó la estancia en un suspiro y lo golpeó. El vampiro se vio despedido contra una de las paredes, sin poder reaccionar, sin siquiera verla. Ella lo observó con las pupilas dilatadas y la respiración acelerada.

C había sido testigo de la derrota de la inspectora. Falló todas las veces que intentó levantarse para socorrerla. No le quedaban fuerzas ni para gritar. Estaba aterrada. Creía que tendría que volver

a verla morir. Pero, cuando Judas la hirió, algo cambió en su interior. Sus latidos se detuvieron un segundo. Su calor corporal aumentó de forma exponencial. Sus heridas dejaron de dolerle y de sangrar. Supo lo que pasaba. Tembló y negó con la cabeza en un inútil intento de detener el proceso, de huir del olor dulce de su sangre. Pero con cada latido perdía un poco más de control. Pronto se encontró frente al abismo. Miró a la inspectora. Judas estaba a punto de morderla. Cerró los ojos y tomó una decisión. Dejó de resistirse y se abandonó a sus instintos. «Si es la única forma de salvarla, que así sea», pensó. La adrenalina le recorrió las venas, libre y rápida, explotó en su corazón y la llenó de energía. Se incorporó. No sintió dolor cuando se sacó la hoja del pecho.

C observó a Judas, que seguía en el suelo, mientras hiperventilaba con los latidos desbocados y una sed antigua y ardiente en la garganta. «No me queda mucho tiempo», se recordó y se aferró a los últimos resquicios de autocontrol que se desvanecían con rapidez. La inspectora no notó el cambio porque estaba demasiado feliz. Corrió a su lado con la intención de abrazarla. C la vio y se apartó a tiempo. «Debo alejarla, protegerla de mí misma», se dijo. Supo cómo. Se acercó a la línea que la separaba del monstruo ávido de su sangre y la miró.

Por primera vez, Laura fue verdaderamente consciente de su naturaleza. Sus ojos se habían teñido de negro. Su brillo, peligroso y animal, se parecía mucho a la pintura de Beth. Sus uñas le habían crecido, y la piel de sus manos y de parte de sus antebrazos se había oscurecido. Sus colmillos le asomaban por entre los labios entreabiertos. La inspectora intentó sobreponerse, controlar el temblor de su cuerpo y el miedo que se le había instalado en el pecho. Pero su mirada la traicionó. C sonrió para sus adentros con el corazón encogido. Su plan había funcionado. «Aléjate de mí, por favor», deseó para sí. Se giró y le dio la espalda. Necesitaba huir de su expresión, mezcla de desconsuelo y terror.

Se centró en su enemigo, que había conseguido levantarse, y canalizó todo su dolor e ira. Usaría la batalla para calmar la sed de sangre de su verdadero yo. Judas la observó y tembló. Se encogió sobre sí mismo, consciente de que no tenía ninguna posibilidad.

Echó un vistazo a su alrededor: no había salida. C dio el primer paso, él la miró a los ojos y supo que aquel iba a ser su final. C avanzó, algo encorvada y con la mandíbula apretada. Intentaba aferrarse a las últimas gotas de humanidad y no sucumbir a la bestia que luchaba por tomar el control. Judas adoptó una posición defensiva y se preparó. Pero aquello no fue una batalla. C era muy superior en todo. Sus golpes y arañazos se sucedían rápidos y contundentes. Él apenas podía protegerse.

Pronto volvió a caerse y ya no se levantaría. C le puso un pie sobre el pecho y lo inmovilizó. Entreabrió la boca para llenarse los pulmones de aire y enfriar su cuerpo. Judas, aterrado, quiso apartarla. Los labios de C se curvaron por sí mismos en una sonrisa maliciosa. Se estaba convirtiendo en quien más odiaba. Se agachó y Judas se vio reflejado en sus pozos sin fondo y, entonces, comprendió el significado del verdadero terror. C le cogió las muñecas y, con un fuerte tirón, le arrancó los brazos de cuajo. Judas dio un alarido mientras ella lanzaba, hacia atrás, sus miembros que se convirtieron en una nube de ceniza que enturbió el aire antes de tocar el suelo.

C se sentó sobre él. Un olor rancio, sacado de una vida anterior, le llenó las fosas nasales. Aspiró profundo, se regodeó en su odio y cruzó la línea. Antes de que pudiera pensar, su mano se movió y se le hundió en el pecho. No pudo detenerse. Su mano penetró más y más. Le laceró la piel, le rompió los músculos y llegó al corazón. Lo agarró y se lo sacó. Lo observó bombear mientras el vampiro gemía de dolor y de rabia. Sonrió con su misma expresión y Judas tembló. C lo atravesó con sus uñas y lo vio morir sin perder la sonrisa. Su cuerpo no tardó en consumirse.

C se quedó muy quieta, de rodillas sobre aquel montón de cenizas. Aunque la batalla ya había acabado, no conseguía calmarse. Cerró los ojos. Su mente estaba invadida por los recuerdos de aquella noche. Se puso las manos negruzcas sobre los oídos. Aún oía sus gritos. Temía agregar los suyos a la colección. Las lágrimas le recorrieron las mejillas. Había roto su juramento, había liberado al monstruo que dormía en su interior. Le atemorizaba pensar en hacerles daño. Sabía que no podría soportarlo. Negó con la cabeza,

con los ojos y la piel ardiendo. Sus latidos se intensificaron y el aire dejó de llegarle. Creyó que no podría recuperar el control, que aquello era el preludio de una nueva noche de sangre y muerte. El miedo no le dejó notar que los olores se habían desvanecido.

Deseó que la inspectora se hubiese marchado. No quería que la viera así. Oyó rumor tras ella y se encogió. No resistiría su imagen monstruosa reflejada en sus pupilas azules, ni su rostro transfigurado por el terror, ni sus ojos llenos de la misma mezcla de tristeza, dolor y miedo que sus víctimas le devolvían desde el pasado.

Laura no había dejado de mirarla mientras luchaba y no había podido reconocerla en aquel ser. Los ojos le ardían, tenía un peso asfixiante sobre el pecho y le dolía el corazón. Quería llorar, pero se contuvo. «Todo es por mi culpa. Si me hubiese ido cuando me lo dijo, no habría tenido que abandonarse a sus instintos. Solo le causo dolor», se lamentó, incapaz de moverse. Cuando la pelea acabó, se golpeó las mejillas. Debía actuar y enmendar su error. Se rasgó la camisa y la usó para taparse la herida.

C seguía arrodillada. Temblaba y sollozaba. Laura echó a andar. Una voz en su interior le advirtió de que saldría herida, de que C era una vampira antigua y poderosa, y de que no había ninguna posibilidad de que su relación acabase bien. La acalló con un movimiento enérgico e hizo caso omiso a las advertencias. Su imagen rota de dolor y arrepentimiento era lo único que veía, lo único en lo que quería centrarse.

Se le acercó; necesitaba ampararla. Se arrodilló, le pasó los brazos por el cuello y la abrazó por detrás. La notó temblar e intentar alejarse. No la dejó. Se aferró a su cuerpo con firmeza y se olvidó de su aspecto amenazador y de la oscuridad que desprendía su mirada. Recordó las palabras del balcón, las que lo habían empezado todo, y se las susurró: «Nunca me harás daño». C se estremeció y negó con la cabeza. Laura movió uno de sus brazos para cogerle la barbilla y obligarla a mirarla. C se resistió sin fuerzas. Tenía los ojos cerrados y las manos sobre los oídos. Sus labios temblaban; las lágrimas no habían cesado. La inspectora actuó por instinto. Se separó y se le colocó delante. Le agarró las manos y se las apartó. Le asió el rostro

y le limpió las lágrimas con las yemas de los dedos. Le acarició los párpados con suavidad y C abrió los ojos. Seguían negros. Laura se hundió en ellos sin miedo.

Aunque C, avergonzada y temerosa, trató de apartarse, ella juntó sus frentes y todavía se le acercó más. Su mirada dulce y amable la atrapó, la suavidad de su piel acabó con el temblor y la calidez de su sonrisa avivó el llanto. C levantó los brazos y acercó las manos a las suyas. Estaba segura de que se alejaría, pero ella solo ensanchó su sonrisa y la acarició. Se las cogió con cuidado para no herirla y se las besó. Laura se liberó de su agarre y la abrazó. C ya no intentó apartarla. Se le aferró con desespero. Laura supo lo que tenía que decir para calmarla. Le acercó los labios al oído y empleó un tono de voz, dulce y suave, que desconocía poseer.

—C, no te pareces en nada a ellos. Tú ayudas a la gente, la salvas y proteges. —Hizo una breve pausa y se separó un poco para mirarla —. No eres ningún monstruo. —C negó con la cabeza y le apretó los hombros.

—Sí que lo soy —dijo entre sollozos y con la cabeza gacha. Laura volvió a abrazarla. La acunó con suavidad y siguió encadenando palabras.

—Si lo fueras, me habrías dejado morir. No te habrías arriesgado a perder el control para salvar a una humana. Y, si te parecieses en algo a ellos, habrías sido tú misma la que me hubiese abierto la garganta. —C dejó de sollozar y temblar—. C, mi herida sigue abierta. Sigo sangrando. —C levantó la cabeza y buscó sus ojos—. La tienes a escasos centímetros y ni siquiera has intentado acercarte para probarla. —Sus palabras encerraron a la bestia. Laura atrapó su rostro y sonrió ante el cambio. «Vuelve a ser mi C», pensó—. ¿Lo ves? No eres uno de ellos.

C sintió tanta paz que sus ojos se le humedecieron. Aunque esta vez no lloró. Le devolvió la sonrisa y apretó el rostro contra sus palmas para intensificar la caricia. Por una vez, no dudó sobre de quién quería que fuesen las manos que la acariciaban. Sintió cómo el pecho se le llenaba de calidez y se le acercó. Laura ensanchó su sonrisa y buceó en sus ojos. El beso la pilló por sorpresa. Empezó con tanta castidad como el primero que habían compartido, pero se

transformó con rapidez. La inspectora le rodeó el cuello y le hundió las manos en el cabello. C la estrechó contra sí. No pensaba dejarla ir.

Tardaron mucho en separarse. Un beso no había bastado. Se miraron y unieron de nuevo los labios aún con las respiraciones entrecortadas. Alargaron el contacto tanto como pudieron. Laura le puso las manos sobre el pecho y sonrió al notar que su corazón latía tan rápido como el suyo. C la abrazó y aspiró su aroma. Le acercó los labios al oído.

—Gracias —le susurró y le dio un suave beso en la mejilla antes de soltarla y levantarse.

Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Laura le sonrió y entrelazó sus dedos. Se soltaron antes de salir de la sala de interrogatorios. En el comedor, las esperaban Irene y Jonás que hablaban animados, ajenos a todo cuanto había pasado en aquella habitación insonorizada. Al verlas, sus risas se congelaron. Fueron a su encuentro, Irene corrió hacia C y Jonás hacia Laura. Ellas se miraron y no pudieron evitar sonreír. Mientras Irene se ocupaba del corte de la inspectora, les contaron la batalla con Judas. C omitió su pérdida de control y Laura no la corrigió. Irene la observaba preocupada. Podía ver a través de su mirada oscura que no les estaba contando toda la verdad.

—Deberías haber salido a por mí, Laura —regañó Jonás, que se había sentado junto a la inspectora y la revisaba en busca de más heridas. Ella le sonrió. Su preocupación le recordaba a su padre. «Este hombre tampoco se parece en nada a ese monstruo», corroboró.

—No tuve tiempo de reaccionar. En cuanto bebió mi sangre, enloqueció y fue a por nosotras. —Jonás frunció el ceño—. Pero estaba con C. Ella me ha protegido.

Laura la buscó y ambas sonrieron. Irene descubrió lo que escondían sus ojos y sonrió algo más tranquila. «Sea lo que sea, ha acabado bien. Está claro que C no le haría daño a su querida inspectora», pensó. Decidió dejarlo correr y no preguntarles.

—Es verdad, Jonás. Con C a su lado, a nuestra Laura no le va a pasar nada malo.

Irene había pronunciado el posesivo mientras fundía con C su mirada. Esta ladeó la cabeza para huir de sus ojos y lamentó que aquella mujer pudiera leerla con tanta facilidad. La sonrisa de la monja se ensanchó ante su expresión.

—Volvamos a casa —C tomó la palabra y se encaminó a la sala de interrogatorios. Temía que Irene acabase descubriendo lo que había pasado en realidad. No podía saber que ya lo sabía.

Irene fue tras ella para ayudarla a limpiar. Jonás se llevó a Laura afuera para preparar el coche y mantenerla vigilada. La inspectora se sentó en el porche y se limitó a observarle con una sonrisa. «No me dejará ayudarlo por mucho que le insista», se dijo. Su carácter protector le hacía gracia y la llevaba de vuelta a su infancia. Pensó en su familia y notó una punzada que alejó con el recuerdo de sus labios.

Aunque C intentó mantener las distancias y no mirarla, Irene no dejó de acercarse y de sonreírle con picardía. C temía sus preguntas. «Lo sabe», se repetía. No sabía cómo contarle su pérdida de control, ni su avance con la inspectora, ni todo el dolor de su pasado. Pero ella no la acosó con preguntas, ni siquiera rompió el silencio. Al acabar, Irene se le colocó delante, le acarició el brazo y la miró a los ojos. C pudo ver que su confianza rozaba la devoción. Tragó saliva y le apretó la mano. Aunque deseó sincerarse con ella, el miedo se impuso. «No quiero perderla», se sorprendió pensando y estrechó el agarre. La monja, la leyó de nuevo.

—Tranquila, no me voy a ir a ningún lado. No hemos acabado el trabajo.

C suspiró y sonrió. «Siempre sabe qué decir», pensó. Irene se puso en marcha y ella la siguió. Salieron. Afuera amanecía. Se reunieron con el resto y subieron al coche. Todos pensaban en cuán cerca estaban del final. Aquella iba a ser una carrera a contrarreloj. Debían encontrarle antes de que la ausencia de Judas le hiciese huir. C recordó el rostro de Caín y notó cómo la rabia le llenaba las venas. Supo que no volvería a dudar. Observó de reojo a la inspectora con el corazón encogido. Sabía lo que pasaría después de matarlo. Tenía una promesa que cumplir. Ella notó su mirada y le sonrió, ajena al dolor que le esperaba. C no pudo sostenérsela y volvió a centrarse

en la carretera. El paisaje cambiante le devolvió el rostro de su enemigo. Frunció el ceño y apretó la mandíbula. «Todo acabará muy pronto», se aseguró.

Capítulo 28

Laura aparcó la moto delante de su casa. Se quedó sentada sobre ella unos minutos para practicar el discurso. Sabía que era lo correcto y se arrepentía de no haber dado aquel paso antes. Subió por las escaleras y abrió con su llave. Aitor, al oírla, fue a su encuentro. Se miraron y lo supo. No intentó abrazarla, solo le sonrió desde el pasillo.

—Tenemos que hablar. —Laura intentó sonar amable pero firme.

Aitor ensanchó su sonrisa que se cargó de tristeza. Llevaba tiempo esperando oír aquellas palabras. Aunque sabía que era inevitable, el dolor golpeó sin piedad. Respiró hondo y mantuvo la calma. Se había preparado para aquel momento. Hacía mucho que había notado el deterioro de su relación, la distancia que se abría entre ellos como un abismo y el aumento de los secretos y las medias verdades. Solo la costumbre y la cobardía los unían ya. Estaban condenados.

Pasaron al comedor. Cada uno ocupó su lugar. Laura entrecruzó los dedos y se llenó los pulmones de aire. Lo observó y habló tratando de recordar su discurso que se le escapaba por momentos.

—Eres una persona maravillosa, y estos años me has hecho muy feliz, pero… —Su pausa le dijo mucho más. Él tragó saliva, apretó la mandíbula y dio el paso.

—Pero —recogió la palabra que había quedado en el aire y acabó la frase—, no estás enamorada de mí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y él la bajó. Las punzadas fueron casi insoportables. Entreabrió los labios para soltar el aire. No logró evitar que sus ojos se humedecieran. Se los limpió con disimuló.

—Cuando nos conocimos te lo dije, te aseguré que no quería empezar ningún tipo de relación. —Aitor levantó la cabeza. Ella

había desviado la mirada. Se esforzaba en suavizar la ruptura, en darle unas explicaciones que no había pedido—. Solo necesitaba a alguien con quien llenar las noches. Ambos estuvimos de acuerdo con ello.

—Lo sé, pero me he enamorado de ti. —Ella levantó la cara, sin saber qué contestar. Él la contempló con los ojos tristes, pero el semblante calmado—. Deseaba que me correspondieses.

—Lo siento. —Hizo una pausa. No encontraba las palabras—. De verdad. Pero no puedo. Tenemos que acabar con esto. No sería justo seguir. Sé que mis sentimientos no van a cambiar, lo he intentado. —Él se mordió los labios, pero no la interrumpió. Tenía razón—. Cuanto más alarguemos esta situación, más doloroso será.

—Dices que tus sentimientos no han cambiado, pero no es verdad. —Laura negó con la cabeza—. Te conozco. Esta decisión no la tomas solo para evitar hacerme daño. Hay algo más.

—Aitor, yo… —Él la detuvo con un gesto de la mano.

—No quiero saberlo. Solo quiero una respuesta sincera. Has conocido a alguien, ¿verdad?

—Sí.

Su afirmación rotunda y directa le atravesó el pecho. Por un momento, creyó que no podría reprimir el llanto. Aunque intentó alegrarse de que alguien hubiese atravesado su coraza, no lo logró. No era tan fuerte. No pudo evitar que el regusto del odio y los celos le subiera por la garganta. Se mordió la lengua para no dar rienda suelta a toda la bilis que se le empezaba a atragantar. No quería acabar así. La quería demasiado. Echó la cabeza hacia atrás y la ladeó para huir de sus ojos claros.

Laura observó su reacción en silencio. Deseó poder contárselo todo. Decirle que debía alejarse para protegerlo porque iba a luchar contra un vampiro. Pero no podía. No solo porque había jurado mantenerlo en secreto, sino porque, en el fondo, sabía que su ruptura tenía nombre propio. Recordarla trajo de vuelta al cosquilleo. Se mordió los labios para ocultar su sonrisa.

Ninguno de los dos habló durante un rato. No tenían nada más que decirse. Aitor la miró de reojo. La vio tratando de ocultarle cuán feliz era y una nueva punzada le atravesó. «No hay nada que

hacer», pensó. Quiso acabar con un buen recuerdo. Consiguió tragarse su rencor y armó un discurso fingido. Se levantó, se le acercó y le puso una mano sobre el hombro. Tocarla y notar su calidez le encogió el corazón. «No volveré a disfrutar de su suavidad», se lamentó. Tragó saliva y se aferró a su determinación. Apretó un poco, ella fue incapaz de mirarlo, aunque no le rehuyó. Él sonrió con lágrimas en los ojos.

—Espero que la persona que has elegido te haga feliz. —El nudo en la garganta amenazó con no dejarle terminar. La soltó y aceleró el ritmo—. Yo no he podido hacerlo.

Se giró y se fue. Laura, al quedarse sola, no pudo evitar llorar un poco. Había compartido mucho con aquel buen hombre y sabía el daño que le había hecho. Lo conocía. Pese a la entereza que le había mostrado, sabía que estaría en su gimnasio llorando, desconsolado, maldiciendo a quien se la hubiese arrebatado. Sin embargo, no podía hacer nada para consolarlo. «Todo ha acabado», se dijo.

Se levantó, echó un vistazo circular y dio una vuelta por la casa. Recordó los buenos momentos compartidos y se despidió del que había sido su hogar. Fue a la cocina y dejó una nota en la nevera. La había escrito tras volver a la base esa misma madrugada. En ella le explicaba que se iba de viaje un tiempo y que cuando volviese ya arreglarían el papeleo del alquiler del piso, se repartirían los muebles comprados a medias y acabaría de recoger sus cosas.

Se metió en el dormitorio, sacó una pequeña maleta del armario y la dejó encima de la cama. Se quedó de pie sin saber qué meter. Se percató de que no había nada que necesitase. Lo más imprescindible ya se lo había llevado. Volvió a guardarla y se marchó sin despedirse.

Se subió a su moto y se encaminó a la comisaría: su segunda parada. Entró y sus compañeros la saludaron afectuosos. Ella les sonrió y fingió normalidad. Cosme, al verla, salió a su encuentro y la abrazó. La observó y asintió satisfecho. La llevó a su despacho para hablar en privado. Creía que pretendía reincorporarse.

Su negativa le extrañó. Su mejor inspectora quería aumentar el tiempo de descanso. Cosme frunció el ceño y comprobó su ficha. «Apenas ha gastado sus días libres. Es algo muy propio de ella», se

dijo con una sonrisa. Por eso su cambio era tan sorprendente. Sin embargo, no se atrevió a cuestionarla. La conocía y sabía que no hacía nada al azar. Arreglaron el papeleo y la acompañó a la salida. Antes de que se subiera a la moto, volvió a abrazarla y le pidió que disfrutara de sus vacaciones. Ella le dedicó una media sonrisa, se puso el casco y se alejó sin mirar atrás.

Se dirigió al hospital. Allí acababa su viaje. Al entrar, como siempre, el olor a desinfectante y la calidez asfixiante la golpearon. Pero, esa vez, no notó el nudo en la garganta, ni el peso en el pecho. «Han cambiado tantas cosas desde la primera vez que entré», reconoció y sonrió al pensar en la causante. Pasó por recepción, donde las dos enfermeras hablaban animadas sobre el hermano de uno de sus pacientes: su nuevo bombón moreno. Ensanchó su sonrisa y subió por las escaleras. Entró en la habitación de Beth y se sentó en su silla. La contempló, el tiempo había borrado las huellas de su combate con Jonás. Ahora parecía dormir con placidez, ajena a la guerra. Laura se alegró de que se hubiesen intercambiado los papeles y de compartir el peso.

—Gracias por cuidar siempre de mí. —Se levantó y se acercó a la cama—. Siento haber estado tan ciega. Me habría gustado poder ayudarte. Ahora tengo la oportunidad. —Le acarició el cabello y le sonrió. No obtuvo respuesta—. No fue fácil, pero encontré a tus amigos. Se han portado muy bien conmigo. Voy a irme con ellos… —Hizo una pequeña pausa. No podía decirlo en voz alta. No sabía si habría alguien escuchando— de viaje. Espero que cuando vuelva, ya hayas despertado. —Se agachó y le dio un beso en la frente como despedida—. Todos te mandan saludos, sobre todo Joel. ¡Qué escondido te lo tenías!

Observó el rostro de su hermana y se grabó cada detalle. Tenía miedo de no regresar. Temía no volver a verla. Pero se alegraba de ser quien participase en la batalla final. Le debía la protección que ella le había brindado durante toda la vida. No se arrepentía de haber recorrido aquel camino. «Acabe como acabe», pensó. Volvió a sentarse y arañó unos minutos más. Se sentía en paz. Pensó en C y sus mejillas se le enrojecieron. Se imaginó la reacción de Beth cuando se lo contara.

La contempló una vez más antes de marcharse. Condujo despacio, con el corazón ligero. C la esperaba apoyada en la puerta del palacete con los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro serio y la mirada preocupada. La inspectora quiso correr y besarla, pero ella entró en cuanto la vio. Laura ensanchó la sonrisa y recordó las palabras de Jonás. Era una cabezota de gran corazón.

Entró y, aunque la buscó con los ojos, no la encontró. Suspiró y subió las escaleras para encerrarse en su habitación. Debía descansar. En unas pocas horas, tendría la reunión más importante de su vida. Desde el fondo del pasillo, le llegó una melodía suave. Irene tocaba con maestría. No quiso averiguar si se encontraba sentada a su lado. Se tumbó en la cama. El dormitorio estaba en penumbra y solo el sonido del violín rompía el silencio. Observó el techo y su oscuridad se la trajo. Se acarició los labios. Recordaba cada segundo: su sabor, su olor, la calidez que desprendía… Se durmió con una sonrisa, deseando volver a sentirla; volver a fundirse.

Unos golpes en la puerta la despertaron un par de minutos antes que su alarma. Se levantó, descansada y llena de energía, pese a no haber dormido mucho. Tras la puerta, la esperaban dos ojos oscuros. La invitó a entrar, pero ella permaneció en el umbral. Estar allí también le traía recuerdos. Ladeó la cabeza para rehuir su mirada pícara. No bastó para acabar con la tensión que crecía entre ellas.

—Solo he venido para asegurarme de que no llegas tarde a la reunión —dijo C sin mirarla. Había fallado en su intento de que su voz sonara firme y neutra—. Sé que no has podido dormir mucho. Te marchaste nada más asearte un poco tras la misión de anoche. —Respiró hondo y fundió sus miradas. No podía dejar que sus sentimientos interfirieran y lo echaran todo a perder—. Te necesitamos despejada.

—Estás muy mona cuando finges indiferencia —pronunció las palabras con suavidad y acortó la poca distancia que las separaba. C huyó de sus ojos. Ambas tenían los latidos desbocados y la piel encendida. Laura le acarició el brazo y la notó temblar. Endulzó el tono—. ¿Estás segura de que no quieres entrar un momento?

Sus ojos oscuros buscaron los suyos, pero acabaron sobre sus labios. El recuerdo de su suavidad encendió el fuego. C apretó la mandíbula para mantener la calma. Sin embargo, la tensión crecía imparable. Notó cómo su respiración empezaba a entrecortarse al oír sus latidos descontrolados. El deseo la estaba ahogando. Dejó de resistirse. La cogió del antebrazo y se la acercó. Estaban frente a frente con los cuerpos muy cerca, casi rozándose. El pitido de la alarma las sobresaltó. Laura desvió la mirada hacia el interior. Cuando se giró, C bajaba las escaleras. Salió de la habitación, se quedó en mitad del pasillo y la observó descender. C lo notó y se giró. La tensión no había desaparecido del todo.

—No llegues tarde —dijo con una sonrisa. La distancia había resquebrajado el hechizo y había calmado su corazón lo suficiente como para poder alejarse de la dulzura de sus labios y la suavidad de su piel—. Ya acabaremos nuestra conversación en otro momento. —Le guiñó un ojo y se marchó.

Laura retrocedió y se apoyó en el quicio de la puerta con las manos sobre el pecho. El corazón le golpeaba las palmas con fuerza. Soltó un suspiro, se preparó y bajó cinco minutos después. En la habitación acristalada, solo la esperaba C. Aunque sonrieron al verse, se mantuvieron alejadas. De aquella reunión dependía el final de la guerra. Pero la distancia no bastó para rebajar la tensión. Por suerte, el resto no tardó en llegar. Discutieron durante horas, sospesaron todas las posibilidades y trataron de predecir los peores escenarios. C y Abraham chocaban con frecuencia. Él quería aprovechar al máximo las capacidades de la inspectora, ella no. La vampira quería depender del arma de Beth; arma que se empeñaban en ocultarle.

—Ya sabes el motivo, C. —Irene buscaba la forma de mantener la paz. «Necesitamos calmarnos y trazar un buen plan. O todo será en vano», se dijo.

—¿A estas alturas todavía crees que me iría yo sola a por Caín? —La miró a los ojos. Los de la monja desprendían tanta paz que se llevaron parte de su rabia.

—No, no lo creo. Pero es mejor prevenir. Sé cuánto deseas su muerte. La tentación podría vencerte. —Le cogió la mano—. Cuando

llegue el momento te la entregaré. —Había empleado un tono de voz suave y cariñoso, como el de una madre. C pensó en la suya y sonrió. Ella lo había empezado todo. Irene volvió a acariciarle el dorso. Sonó más seria. No iba a admitir réplicas—. Pero es mejor que la lleve yo. Soy una humana desconocida. Nadie se fijará en mí. Y eso es lo que queremos, ¿no? —C asintió y no insistió. Sabía que no serviría de nada—. Confía en mí. No te arrebataré el placer de matarlo.

Su intervención fue un bálsamo. Consiguieron trazar un plan lo bastante flexible como para tener un buen margen de maniobra. Creían estar preparados para enfrentarse a cualquier resistencia de Caín y los suyos. Se dividirían en tres grupos y viajarían hasta una ciudad austríaca cercana a la frontera de Estiria. En su ruta, C haría una parada extra para presentar sus respetos a una vieja amiga, Morgana, quien les ayudaría en su último tramo y le entregaría las armas que antaño usó contra Caín. Una vez todos reunidos, atacarían.

Joel compró los billetes aquella misma tarde y los repartió. Él e Irene saldrían esa noche en un autobús; C y Laura a la mañana siguiente, en tren; y Jonás al mediodía, en moto. Abraham se quedaría en la base y cuidaría a Beth. Nadie cuestionó los grupos. Aunque C fingió enfurruñarse al oír su nombre junto al de la inspectora, nadie la creyó. Todos advirtieron su mirada de alivio y la sonrisa en los labios de Laura.

Cenaron en silencio. Nadie iba a decirlo en voz alta; ninguno quería pensar en ello. Se negaban a admitir aquella posibilidad, pero la idea volvía una y otra vez. Aquella podía ser su última cena. Intercambiaban miradas, sonriendo con timidez o bajando la cabeza. La euforia había desaparecido. El ambiente se había enrarecido y pesaba un cierto aire de temor. Jonás fue el responsable de subir los ánimos. Si aquel era el final, no permitiría que fuese un recuerdo amargo. «Ya tenemos demasiados», se dijo. Se levantó decidido y puso música.

El vampiro le cogió la mano a Laura y la arrastró a la pista. No la escuchó cuando intentó negarse. La obligó a moverse a su ritmo. La melodía sonaba animada. Ella se resistió un poco, pero sus pies

empezaron a reaccionar. No podía evitarlo y Jonás lo sabía. La había visto muchas veces bailando y canturreando cuando nadie la veía. Tras unos pocos compases, su cuerpo se sincronizó con sus pies.

Irene también se levantó. Se acercó a C y le tendió la mano. Ella negó con la cabeza. La monja se la acercó más y levantó una ceja mientras le sonreía. C tampoco pudo resistirse a su influencia. La aceptó y se dejó llevar. Irene la obligó a pasarle los brazos por la cintura y a seguir sus pasos. Desde la pista, la monja y el vampiro tendieron sendas manos a Joel. Él se levantó y avanzó. Pero se detuvo antes de alcanzarlos y observó a C. Ella le dedicó una media sonrisa y asintió. Ya no había motivos para mantener su disputa. Beth le había elegido; y ella no era quien C llevaba tanto tiempo esperando. Joel se colocó al lado de Jonás y les mostró sus pasos de baile. Su torpeza provocó una carcajada en C y la tensión se esfumó.

Durante un par de horas, consiguieron olvidarse de la guerra. Sus risas fueron silenciando los acordes. Eran tan solo un grupo de jóvenes divirtiéndose, ajenos al horror que los esperaba. Abraham los contemplaba desde su asiento, aferrado a su bastón y siguiendo el ritmo con la cabeza. Las parejas de baile cambiaron. Laura pasó de los brazos de Jonás a las manos de Irene que bailaba desenvuelta. La monja aprovechó su cercanía para susurrarle algo al oído: «Cuídamela bien». Le sonrió y, con un movimiento que parecía inocente, cambió de posición y la dejó cara a cara con C. La vampira miró a Irene con una expresión a medio camino entre el enfado y el agradecimiento. Aunque lo deseaba, nunca se habría atrevido. No había olvidado las escenas de la noche anterior y el miedo aún le recorría cada fibra. La monja sonrió e hizo un gesto con la cabeza que solo C pudo entender.

Laura y C se miraron. Los ojos de la inspectora desprendían paz y amor. C apretó la mandíbula para reprimir un gemido. Una oleada de calidez le había atravesado la piel y el hormigueo se le había instalado en lo más hondo. Solo otra persona había conseguido provocar aquel remolino de emociones. Por primera vez, su recuerdo no dolió. Laura, que se había quedado quieta hundida en su negrura, empezó a moverse al ritmo de la música. C se le acercó un poco y trató de seguirla. Pero había dejado de oír la melodía; solo

podía escuchar el bombeo irregular y frenético de su corazón. Notó el cosquilleo avanzar libre, erizándole la piel. Tuvo el impulso de agarrarla fuerte, empujarla hacia sí y besarla hasta saciarse. Se contuvo a duras penas.

Irene sonreía, un poco más allá. Observó de reojo a Jonás y guio su mirada hacia la pareja. Él no tardó en comprenderlo. Cambió la música mientras esbozaba una sonrisa. El ritmo festivo se detuvo y dio paso a una balada. Jonás e Irene empezaron a bailar para no darles opción. Joel se sentó al lado de Abraham, consciente de lo que la monja pretendía. Deseó que Beth estuviese allí; deseó poder estrecharla entre sus brazos. C y Laura intercambiaron una mirada. C quiso dar un paso atrás. «Si la toco, perderé el control», pensó. Pero la inspectora reaccionó antes. Avanzó, le cogió las manos y se las pasó por la cintura. La vampira tuvo que cerrar los ojos. La inspectora le rodeó el cuello con los brazos y se meció al nuevo ritmo. C se rindió y se le aferró.

Bailaban con los cuerpos muy pegados. C podía notar su respiración acariciarle el cuello, la suavidad de su mejilla contra la suya y la temperatura de su cuerpo aumentar con cada nota. Su fragancia la había envuelto y sus latidos eran todo lo que podía oír. La acercó más para huir de su mirada. Sabía lo que iba a encontrarse reflejado y temió no poder resistirse. El aire comenzó a faltarle y el cosquilleo se volvió insoportable. La tentación crecía a cada paso. Laura le rozó la nuca y le manoseó el cabello. Ella también temblaba, también estaba consumida por el deseo. C se separó un poco y la miró a los ojos. Su brillo desdibujó la línea roja. C se inclinó y Laura entrecerró los suyos.

Pero la canción terminó y el hechizo se rompió. Se separaron con los corazones agitados, los rostros enrojecidos y las respiraciones entrecortadas. El sonido del reloj del comedor acabó de despertarlas. El tiempo se había acabado. Jonás paró la música. El ambiente había vuelto a cambiar. Ya no quedaba rastro de las risas y el buen humor que habían llenado la estancia. Todos contemplaron a Irene y Joel. Sus rostros se habían ensombrecido. Salieron del comedor para prepararse. El resto se sentó a esperarlos, muy

separados entre sí. Ninguno quería hablar; ninguno quería pensar; pero ninguno encontró la paz en el silencio.

Aunque pasaron poco más de veinte minutos, el tiempo se había espesado y todos tuvieron demasiado. En sus cabezas, se formaron cientos de pequeñas tragedias. Su entrada los activó. Desde la puerta, la pareja les sonrió. Ellos no pudieron corresponderles. Llevaban una maleta grande y una bolsa de mano cada uno, y vestían ropa informal. Laura supuso que todo el material comprometido estaría escondido tras algún doble fondo.

Irene y Joel avanzaron por el pasillo. El resto los siguió sin hablar. Cuando llegaron a la entrada, Jonás los rodeó a ambos con sus poderosos brazos, los apretó contra sí y les suplicó que tuvieran cuidado. Abraham les estrechó las manos con fuerza, los observó orgulloso y les deseó suerte. Laura no sabía qué debía hacer y los miró, perdida. La monja ensanchó su sonrisa y acabó con el suspense. Avanzó y la envolvió en un abrazo cálido que le recordó a su hermana. Mientras la acunaba, le susurró al oído: «Ten cuidado y haz caso a C. Será peligroso. Pero con ella estarás bien. No dejará que te pase nada. Ya has comprobado lo sobreprotectora que es. Cuídamela, ¿quieres? Dentro de esa coraza, hay un alma sensible, llena de dolor. Y detrás de esa apariencia dura y decidida, se esconde una jovencita aterrada ante la posibilidad de perder a alguien más».

Irene se separó, le sostuvo el rostro con las manos, se lo acarició con las yemas de los dedos y la contempló con cariño. Fue bajándolas a lo largo de sus brazos hasta llegar a las suyas. Se las apretó con fuerza y dio un paso atrás para cederle su sitio a Joel. Él no la tocó, no habría soportado que su piel se la trajera de vuelta, ni le dijo nada. Tan solo la miró y deseó que le entendiera. La inspectora buceó en sus ojos. En ellos, encontró la verdad. Vio su amor hacia su hermana, su culpa por no haber podido ayudarla, su vergüenza ante su propia debilidad y su cobardía, y la alegría de saberla ajena a esa misión. Le sonrió y asintió despacio. Él le devolvió una sonrisa triste y desvió la mirada que se le había humedecido.

Solo quedaba C por despedirse. Irene no se contuvo. Se le echó encima, la abrazó y se le aferró tanto como pudo. En sus brazos siempre encontraba el valor para enfrentarse al peligro sin dudar. Y ahora lo necesitaba más que nunca. Era ella quien llevaba el arma; se convertiría en el objetivo principal si alguien se daba cuenta. La vampira también lo sabía y la estrechó fuerte. Deseó poder protegerla. Ambas cerraron los ojos y se dejaron llevar por la paz y la calidez del gesto. El abrazo duró mucho. Al separarse, la monja sonreía. C le sostuvo el rostro con las manos y la contempló fijo. Irene ensanchó su sonrisa, sostuvo su mirada y entrelazó los dedos con los suyos. C dio un paso y la besó en la frente. No necesitaron palabras.

Laura había desviado la mirada. No le gustaba el nudo que se le había formado en el estómago. Aunque quiso alejar los celos, una vocecilla molesta le picoteaba las sienes. La reconoció y un regusto amargo le subió por la garganta. Ese discurso no era suyo. Emma se lo había enseñado y se había encargado de dejárselo grabado. Su imagen le llegó con claridad. La devoción había desaparecido. Pero todavía no era consciente del cambio que había experimentado su corazón. Ya no había vacío, ni inseguridad, ni noches de insomnio con su nombre en los labios y el recuerdo de su ausencia arañándole la piel. Se había curado sin darse cuenta. Las cadenas, con las que la retuvo en la sombra durante tanto tiempo, habían caído. Por fin era libre.

Irene retrocedió y volvió a cederle el sitio a Joel. Él observó a C sin atreverse a acercársele. Laura los contempló. A pesar de que la animosidad que había entre ellos no le había pasado desapercibida, nunca preguntó el motivo. Aún tardaría un poco en conocerlo y en darse cuenta de que las piezas siempre habían estado allí. No le gustaría y el dolor sería intenso. C suspiró, avanzó hacia él y le ofreció su mano. Él tragó saliva y dudó. No se lo esperaba. Se miraron fijo y, por primera vez en mucho tiempo, sin asomo de ira o resentimiento. Todo había quedado atrás. Ella sonrió y él suavizó el semblante. Se la estrechó y ambos asintieron. Aquel gesto marcaba la paz.

La pareja se reunió y emprendió la marcha sin mirar atrás. El resto esperó en la puerta hasta que desaparecieron tras una esquina. Se observaron con seriedad y regresaron dentro. Ellos también debían prepararse. Laura vio cómo C se dirigía a la biblioteca y sonrió. Supuso que iría a entrenar para calmarse y alejar el malestar de la despedida. Pese a la tentación, subió a su dormitorio. Sabía que no podía permitirse el lujo de no dormir aquella noche. Preparó las maletas de la Organización V que encontró en el fondo del armario. Las examinó; eran a prueba de balas, con un doble fondo y algunos compartimentos secretos. No tardó mucho en llenarlas.

Se metió en la cama en cuanto terminó. Cerró los ojos e intentó dormir, pero su sueño fue intranquilo, lleno de imágenes de Caín que la perseguía implacable. Huir de él era inútil. Antes de que la mordiera, con una sonrisa sádica en el rostro, oía la voz de C que la llamaba, desesperada, por un nombre que no era el suyo.

Capítulo 29

Laura se despertó todavía de noche. Se levantó con el cuerpo entumecido y algo aturdida. Comprobó el reloj y suspiró. Apenas habían pasado un par de horas. Salió al balcón y se recostó en la barandilla. La brisa nocturna la alivió, pero no hizo desaparecer los últimos retazos de su pesadilla. En su mente, medio adormilada, seguía viva la sonrisa sádica de su enemigo. Sintió un escalofrío. Miró a su alrededor temiendo encontrarse con su par de ojos oscuros. Aunque no los encontró, tampoco se desvaneció el desasosiego. Pensó en los de la vampira. El recuerdo de su risa la calmó. Se mordió el labio. Iban a pasar varios días las dos solas. Sabía que no debía pensar en ello, que la misión era prioritaria y el peligro las acechaba en cada esquina. Sin embargo, no podía evitarlo. Esperaba que durante el viaje cayesen sus últimas defensas y le abriese el corazón.

Entró y observó la cama. Supo que no podría volver a dormirse. Repasó el contenido de sus maletas y abandonó la habitación. Recorrió el pasillo en silencio y a oscuras. Pese a que creyó que sería la única alma noctámbula, se equivocaba. Al llegar al comedor, vio luz por debajo de la puerta cerrada. Se acercó y oyó voces. Eran C y Jonás. Puso la mano en la manilla, pero no llegó a abrir. La había escuchado pronunciar su nombre. La tentación venció de nuevo. Pegó el oído a la madera y escuchó.

—¿Crees que está preparada? —La voz de Jonás sonó preocupada.

—Deberá estarlo. Estamos más cerca que nunca de ponerle fin. Ya no hay vuelta atrás. No podemos dudar.

—Y tú, ¿estás lista para volver a verlo? —Hizo una pausa—. ¿Podrás acabar con él sin vacilar?

—Tú mejor que nadie sabes de lo que es capaz. Tiene demasiada sangre en las manos. No hay redención posible para él. Debí matarlo cuando tuve la oportunidad.

—Habrías muerto. —Laura contuvo la respiración y siguió escuchando. Se arrepentiría.

—Lo sé. Y no me habría importado, si me lo hubiese llevado conmigo.

—Aún no podíamos dejarte ir. —C le sonrió y le puso una mano sobre el hombro. Compartían un mismo dolor.

—Gracias. —Hubo una nueva pausa. Ambos habían bajado la cabeza.

—¿Cumplirás tu promesa? —Fijó en ella sus ojos verdes. Su rostro se había endurecido. Temía la respuesta.

—Yo también soy culpable, Jonás. Soy un monstruo, igual que él. Debemos compartir el mismo destino. —Se llenó los pulmones de aire y, ajena a la mujer que los escuchaba, reveló su secreto—. Cuando todo esto termine, cuando consiga atravesar el corazón de mi hermano, me quitaré la vida.

La conversación se detuvo cuando oyeron un sollozo. Solo entonces C la notó. Se maldijo y, con un movimiento rápido, abrió la puerta. Se encontró cara a cara con su mirada azul empapada en lágrimas. Aunque quiso pronunciar su nombre, no le salió la voz. Bajó la cabeza y apretó la mandíbula.

—¿Por qué? —dijo Laura entre sollozos.

C no pudo contestarle. Jonás se levantó y se les acercó. Puso una mano en el hombro de la vampira.

—Cuéntaselo.

Las dos le observaron. Él sonrió con tristeza y salió del comedor. C se dejó caer en uno de los sillones. Laura se sentó justo enfrente. No había dejado de mirarla, la vampira todavía no lo había hecho. Mantenía la cabeza baja y pensaba cuánto debía contar. Los recuerdos se le estaban amontonando sin orden. Estaba mareada y le dolían la cabeza y el corazón. La inspectora no soportó mucho aquel silencio y repitió su pregunta, con un tono más incisivo. La rabia se había llevado las lágrimas. Se sentía usada y manipulada. Creía que para ella solo había sido un juego, un mero

entretenimiento para llenar las horas que la separaban del suicidio. C siguió sin contestar. Laura dio un fuerte pisotón y alzó la voz:

—¡¿Si pensabas acabar con tu vida, por qué me besaste?!

C levantó la cabeza y la miró por primera vez. Al ver su expresión, sus ojos se humedecieron. Entreabrió los labios y contestó con un hilo de voz:

—No quería hacerte daño. Tomé esta decisión mucho antes de conocerte.

—Eso no contesta a mi pregunta. —Laura había fruncido el ceño. Su expresión seguía dominada por el dolor y la ira. Notaba la sangre ardiente, quemándola. Le dolía respirar.

—Te besé porque te deseo —decirlo en voz alta acalló los recuerdos. Habían dejado de importar. Solo importaba la mujer que la miraba anhelando unas respuestas que no podía darle—. Desde que te conozco, no he dejado de desear que las cosas fueran diferentes; que yo no fuese quien soy. Pero desearlo no basta. No puedo cambiar mi naturaleza. No puedo borrar todo el dolor que he traído a este mundo. —Hizo una pausa. Seguía con los ojos fijos en los suyos—. Lo único que puedo hacer es matar a Caín y desaparecer.

La inspectora, que no había dejado de contemplarla, intentaba ver a través de sus ojos oscuros. No encontró la malicia y el sarcasmo, que tan bien conocía; solo dolor y amor. Otra punzada la atravesó. Desvió la mirada. No podía soportarlo. C se levantó y se arrodilló a su lado. Le cogió las manos entre las suyas. Laura pensó en apartarla, pero no pudo. Temía no volver a sentir su piel. Necesitaba grabarse su suavidad en lo más hondo. La vampira siguió contemplándola sin soltarla. Laura sucumbió y se hundió en sus ojos. Aunque tenía un nudo en la garganta y sentía el corazón pesado, no lloró.

—Perdóname, no quería que te enterases así. —Su voz le temblaba—. Iba a contártelo con calma cuanto todo hubiese acabado. Nunca quise que sufrieras. —Sus ojos se le estaban humedeciendo—. Solo quería estar contigo un poco más.

Pese a que C intentó sonreír, solo le salió una mueca triste que avivó el dolor. También tenía un nudo atenazándole la garganta y un

peso oprimiéndole el corazón. No contuvo las lágrimas. Laura no pudo soportarlo. Se olvidó de sus respuestas por un momento. Se soltó, le sostuvo el rostro con las manos y se lo acarició. C se apretó contra sus palmas y siguió llorando en silencio, sin perder su triste sonrisa.

—No sé qué hiciste en el pasado, pero te conozco. Lo habrás pagado con creces. —Hizo una pausa y le apretó el rostro—. Tampoco sé a quién se lo prometiste. Pero nadie a quien le importes desearía tu muerte. Por favor. —Su nudo y su peso también ganaron. Las lágrimas comenzaron a recorrerle las mejillas—. No lo hagas.

—Si supieras la verdad… —No pudo acabar la frase. Laura la besó de improviso para acallarla.

—No cambiará lo que siento.

—Ojalá fuese cierto. Pero sé que el horror te haría odiarme. —Laura la soltó y ladeó la cabeza—. Te necesito, no puedo contártelo y arriesgarme a perderte. Lo siento.

—El pasado no me importa. —Volvió a cogerle el rostro—. Solo quiero que jures que no morirás. —C apretó la mandíbula.

—No puedo hacerlo —dijo sin conseguir explicarse.

Laura cerró los ojos y la soltó como si quemase. Se levantó y se acercó a uno de los ventanales. C la siguió e intentó agarrarle la mano para que la mirara. Ella rehuyó el contacto. La vampira probó de nuevo. Laura se giró llena de rabia y frustración. Aunque había apretado la mandíbula y los puños, no bastó para calmarse. Ella dio un paso y acortó las distancias. La inspectora se dejó llevar y la empujó. Quería que se alejara porque no podía soportar que volviera a tocarla. C asintió con el semblante triste y le dio la espalda, dispuesta a marcharse. Laura notó cómo le ardían los ojos.

—¡Eres una cobarde y una egoísta! —gritó la inspectora. Sabía que no era la más indicada para acusarla, pero no podía pensar. El dolor había tomado el control y no podía detenerlo—. ¿Ni siquiera vas a pensarlo? ¿Tan poco te importo?

C se giró. La miró y tuvo que apoyarse en la pared, derrotada. Tatuada en sus ojos claros había encontrado la misma expresión que ella le había dedicado cuando dudó de sus sentimientos. Recordó el

tacto de su piel y el sabor de sus labios. Los confundió con los de la inspectora. El llanto regresó. Se encogió, tembló y se dio la vuelta. Laura quiso mantenerse firme, pero su mirada rota fue más de lo que pudo soportar. Se le acercó y le puso una mano sobre la espalda. El temblor aumentó. La vio negar con la cabeza.

—Por favor, quédate conmigo. —La acarició—. Vive.

—No puedo. Si supieras la verdad… —No acabó la frase. No tuvo valor. Temía que hablarle de Rebeca significara perderla. Laura tenía razón. Era una cobarde.

—No te insistiré. Cuéntamela cuando estés preparada. —Laura había encontrado la forma de retenerla—. Si no puedes jurarme que no morirás, al menos prométeme que primero me lo contarás todo. —La abrazó por detrás y sintió su respiración acompasarse—. Dame la oportunidad de compartir tu dolor. Deja que sea yo quien juzgue si puedo seguir amándote. —Se separó y le puso una mano en el hombro para girarla. C no se resistió. Se hundió en sus pozos sin fondo antes de seguir. Supo qué palabras debía pronunciar. Poco le importó que no fueran suyas—. Déjame enseñarte a verte con mis ojos.

C abrió los suyos al máximo y separó los labios, pero no dijo nada. Laura le sonrió. C las vio superpuestas en su rostro amable y en su mirada enamorada. Una oleada de calidez la llenó. Quiso creer que su amor bastaría para borrar el pasado. Se dejó engañar. Dejó de pensar y enterró los recuerdos.

—Sí —dijo firme y claro mientras pensaba: «Es la única forma de mantenerla a mi lado».

Su afirmación le iluminó el rostro y la abrazó. C correspondió a su abrazo con una punzada en el corazón. Se sentía culpable. Aunque se le aferró para apartar las imágenes que no se habían rendido, no consiguió doblegarlas. Lo veía y oía con claridad, sus gritos y sollozos, sus rostros contraídos por el dolor y el terror, y sus manos empapadas en su sangre inocente. La inspectora solo había conseguido retrasar lo inevitable. «Cuando Caín sea un montón de cenizas, le contaré la verdad y le mostraré mi verdadera naturaleza. Huirá aterrada y podré cumplir mi promesa», sentenció.

C se separó un poco para mirarla. Ella la besó; necesitaba sentirla. C le correspondió. Laura sonrió mientras la vampira prolongaba el contacto con la misma avidez con la que ella le había buscado la boca. La inspectora se le aferró, aliviada. Creía que había conseguido retenerla a su lado. Pero solo había ganado un poco de tiempo y no sería suficiente. Fracasaría en su intento de salvarla. No podría evitar ni su muerte, ni la tragedia.

Al separarse, jadeantes, Laura la miró a los ojos y sonrió satisfecha. Apoyó la cabeza sobre su pecho y escuchó sus latidos. La tensión desapareció, sustituida por una sensación de paz. C la rodeó con sus brazos y deseó que aquel momento no acabase nunca. Se quedaron abrazadas en silencio, quietas, hasta que el reloj dio la hora. C la apartó un poco, la inspectora se quejó, se había adormilado.

—Deberías volver a la cama, aún nos quedan un par de horas.

La cogió de la mano y la acompañó a su habitación. Intentó despedirse, pero Laura la retuvo por el borde de la camisa.

—No te vayas.

Su voz susurrada, sus ojos entrecerrados y su mano asiéndola con fuerza la trasportaron. No tuvo valor para negarse. Entró y se metieron en la cama. Laura se apoyó en su costado derecho, se le acurrucó, la abrazó por la cintura y se durmió con una sonrisa. C la contempló con el corazón dividido entre la calidez y las punzadas. Le acarició la mejilla; ella suspiró en sueños. La besó en la frente. Aunque no supo a quién. Apoyó la mejilla sobre su coronilla y fijó la vista en el techo. Las sombras fueron el telón de fondo para sus recuerdos.

1878

Rebeca y Carmilla vivieron despreocupadas y felices en aquella casa varios años. Durante las primeras semanas, apenas salieron del dormitorio. Necesitaban recuperar todo el tiempo que les habían arrebatado.

Poco a poco, la rutina se fue imponiendo. Cada mañana, Rebeca era la primera en despertar. La besaba hasta que abría los ojos. Lo

primero que veía Carmilla era su sonrisa pícara. Desayunaban y Rebeca la peinaba. Le gustaba hacerlo, su cabello a pesar de ser denso, era muy suave. Se ocupaban del huerto y de los animales. Los días de mercado iban al pueblo para comprar. Les gustaba pasear por las calles bulliciosas. Por las tardes, se acurrucaban cerca de la chimenea, Carmilla leía mientras Rebeca dibujaba. La lectura quedaba olvidada con rapidez. Carmilla solía quedársela mirando mientras sus dedos hábiles recorrían el papel.

A veces, de noche, Carmilla se despertaba empapada en sudor tras su pesadilla recurrente. Se había contagiado con los temores de su madre. Era tan feliz que no podía evitar sentir cierto miedo a que todo acabase. Las imágenes se repetían una y otra vez. La encadenaban y no la dejaban despertar. Veía a Abel en la casa donde habían crecido. Él la miraba y ella se percataba de que ya no quedaba nada de su hermano. Era una sombra aterradora e inhumana que se abalanzaba sobre ella. Peleaban, pero él era mucho más fuerte. La dejaba malherida e incapaz de moverse. Entonces aparecía Rebeca para intentar ayudarla y Abel la destrozaba sin piedad, mientras reía con una voz animal.

Carmilla se sentaba en el borde de la cama, temblando, con el corazón desbocado y un regusto amargo en la garganta. Buscaba su rostro en la oscuridad. Dormía plácidamente, apoyada en su costado derecho, muy cerca de ella. Rebeca siempre despertaba al no notarla a su lado. Abría uno de sus ojos, le sonreía y el miedo desaparecía. Daba un par de palmadas sobre el colchón, con una expresión muy suya, y conseguía que volviese a acostarse. Entonces ensanchaba su sonrisa, se le acurrucaba y la abrazaba por la cintura. Se dormía al instante sin perder la sonrisa. Carmilla se quedaba observándola y se dejaba llevar por su calidez.

Rebeca visitaba a sus padres varias veces al año. Siempre le insistían en que debía buscar marido. Ella asentía y disimulaba su sonrisa. No podían saber qué hacía mucho que había encontrado alguien con quien compartir su vida.

Marcilla les escribía a menudo. Carmilla le contestaba con un par de líneas por insistencia de Rebeca. Iba a verlas cada año, poco antes de Navidad, para invitarlas a celebrarla las tres juntas. La

primera vez, Carmilla huyó de la casa y no regresó hasta que se hubo marchado. Aunque les hubiese brindado aquella vida, no podía perdonarla. Con el paso del tiempo, la calidez de Rebeca ahuyentó el rencor. Consiguió que madre e hija fueran reconectando y las visitas se multiplicaron.

Abel no había vuelto a ponerse en contacto con Rebeca. Carmilla se alegraba, pero temía lo que podía significar. A pesar de que nunca preguntó, la mirada cansada y triste de su madre bastaba para confirmar sus sospechas. La degeneración de su hermano se había completado ahora que gozaba de plena libertad. No renunciaba a ningún placer. En su mundo, solo existían la diversión, el exceso y el vicio.

A sus veintiocho años, Carmilla aceptó la invitación de su madre. Hacía seis años que no volvía a casa. Rebeca había conseguido convencerla, tenía una habilidad innata para ello. Ninguna podía saber las consecuencias que tendría aquella decisión.

Capítulo 30

Ninguna de las dos habló durante la primera parte del viaje: un tren que las llevaba a Valencia donde cogerían un AVE. A pesar de su nueva promesa y de la dulzura del último momento, la confesión de C todavía pesaba entre ambas. Al pronunciarla, había abierto una grieta que las separaba y creado una tensión muy diferente de la que las había unido. Aunque al mirarse solo pudiesen recordarlo, no podían dejar de hacerlo. La sensación de que el tiempo se les escapaba era más poderosa que el dolor y los secretos. Ambas deseaban acortar la distancia que las separaba, pero ninguna encontró el valor.

Cambiar de tren no las ayudó. Durante todo el trayecto, jugaron a buscarse de reojo, sin que ni una sola vez sus miradas se encontraran. A mediodía, el tren se detuvo e hicieron el primer trasbordo. Laura se había cansado de esperar. Fijó sus ojos claros en su silueta. C no le correspondió. Temía encontrarse con una mirada cargada de miedo, asco y rabia. No habría podido soportarlo. Su corazón estaba lleno de vergüenza y arrepentimiento, y su mente la torturaba al devolverla, una y otra vez, a la noche en la que todo comenzó. Sumida en su dolor creía saber lo que la inspectora pensaba. Le aterraba la idea de levantar la vista y hallar a una inquisidora que la señalaba como al monstruo que era.

Subieron a otro tren. C aún no la había mirado. Buscó un libro con el que huir. Laura carraspeó para llamar su atención. Ella fingió no escucharla y pasó páginas que no había leído. La inspectora se levantó y se sentó a su lado. Ladeó el cuerpo para tenerla de frente y le sostuvo las manos. C cerró el libro, pero siguió con la vista fija en su portada. Laura le puso una mano sobre la mejilla y se la acarició. Aunque C notó el cosquilleo, no se movió. Sus manos frías

y delicadas le recorrieron el contorno varias veces, aumentando el hormigueo, antes de levantarle el rostro. Sus ojos se encontraron. Ella le sonrió. C no pudo corresponderle. Ella ensanchó su sonrisa y respiró hondo. Llevaba un rato pensando cómo sincerarse. Creía que así sería más fácil para ella hacerlo.

—No mueras. —Eran las palabras con las que se le había aferrado esa madrugada. Las pronunció con el mismo hilo de voz suave, cargado de tristeza y anhelo—. Por favor, no quiero perderte a ti también. No creo que pudiese soportarlo. —Hizo una breve pausa y volvió a acariciarla. C no la interrumpió. Solo deseaba que siguiera tocándola, que siguiera mirándola tan llena de paz y que el cosquilleo se llevara el dolor.

»Cuando estoy contigo me siento en paz. ¡Hacía tanto que no me sentía así! Puede que desde la muerte de mis padres; cuando todo cambió para siempre. No era consciente de cuánto necesitaba esa sensación hasta que conocí a Emma, mi ex. —C notó la amargura con la que dijo su nombre y odió a aquella mujer—. Ella iluminó mi mundo, pero a un alto precio. Su toxicidad me convirtió en una sumisa patética. Cuando se marchó, creí que me moriría. Pero no fue así. Solo sentí el peso de la soledad. No es una sensación recomendable. —Sonrió con tristeza, pero no calló.

»No tardé mucho en darme cuenta de que no podía cargar con ella yo sola. Necesitaba que alguien llenara mis noches y me trasmitiera un poco de calidez. —Tragó saliva, recordarlo todavía dolía un poco—. Intenté encontrar esa paz en muchos brazos. Con Aitor casi lo conseguí. Pero no era real. Solo era una ilusión alimentada por mi propio deseo. —Una nueva pausa, una nueva caricia y una nueva sonrisa.

»Entonces, volví a encontrarte. —C se apretó contra su mano—. La primera vez que me abrazaste, al llevarme por los tejados, la noté. Era tan cálida y familiar que estuve a punto de echarme a llorar. Desde entonces, no he sido capaz de alejarme. Al principio, solo quería hundirme en tu calidez. Pero, a medida que conocía más de ti y de la verdad que ocultáis los de la Organización V, mis sentimientos cambiaron. Me encontré deseando volverme alguien capaz de compartir el peso, de ayudaros, de apoyarte. —Se puso

seria. Había recordado su confesión. Las punzadas regresaron. Bajó la mano rompiendo el contacto. C no se lo impidió.

»Pero da igual cuánto me esfuerce, sigo siendo la misma humana ignorante. Estaba tan asustada de la verdad que no pude proteger a mi hermana. Soy tan cabezota y temeraria que no dejo de poneros en peligro. Digo que entiendo por lo que habéis pasado, pero no es cierto. Ahora que estamos a un paso de acabar con Caín, solo puedo pensar en mí misma y en mi deseo de quedarme a tu lado; de que cures con tu calidez el vacío de mi corazón. —Un par de lágrimas calientes le recorrieron las mejillas. Aunque C estuvo tentada de limpiárselas, solo apretó la mandíbula.

»Te conozco lo suficiente para saber que no habrás tomado esta decisión a la ligera. Sé que tu vida habrá sido muy difícil; que habrá estado llena de pérdidas y de dolor. —Se mordió los labios. No quería echarse a llorar. Pero el peso se estaba volviendo insoportable —. Lo sé y, aun así, solo quiero retenerte. No quiero sufrir más. —Una nueva pausa. Bajó la cabeza; no podía seguir sosteniéndole la mirada. Cerró los ojos y respiró hondo un par de veces. La levantó y se hundió decidida en sus profundidades. Debía acabar.

»Ojalá fuera como Irene, seguro que ella sabe cómo apoyarte. Ojalá fuera así de fuerte. Pero no lo soy. Soy tan egoísta y cobarde como tú. —Volvió a cogerle el rostro. No dejaría que apartara la mirada—. Haré todo lo que pueda para no perderte. Pienso aferrarme a ti y conseguiré que vivas un poco más. Conseguiré convencerte de que aún no ha llegado tu momento. No importa lo que me cueste. No pienso rendirme.

Laura la soltó y se le acercó. C ladeó la cabeza y no la vio sonreír con tristeza. Solo notó sus labios en la mejilla. Una oleada de calidez le recorrió el cuerpo y se multiplicó con las dos palabras con las que Laura rompió el silencio y que pronunció con el mismo tono cargado de sensibilidad:

—Te quiero.

C dejó de respirar, incapaz de pensar. No sabía a quién quería ver a su lado, confesando un amor que creía no merecer. Temía mirarla y descubrirlo porque iba a traicionar a una de las dos. Pensó en su Rebeca. Todo el discurso estaba impregnado de su esencia. Ella

tampoco se lo habría permitido. Casi podía escucharla. Notó su mirada expectante. No pudo contestarle porque no sabía a quién iba a decirle esas palabras. Bajó la cabeza, sin valor para enfrentársele.

Laura le sonrió y le apretó las manos. Aunque sabía que no la escucharía correspondiéndole, sintió las punzadas. Pero no se arrepentía. Necesitaba decírselas. Se levantó y se sentó en frente. C la siguió con la mirada y deseó acallar sus dudas y abrazarla. Entreabrió los labios, pero las palabras habían huido. Solo podía mirarla. Ella le sonrió. La tristeza del gesto le dolió y bajó la cabeza con el corazón dividido, sin saber cuál era el lugar que ocupaba la inspectora.

Negó con la cabeza. Los recuerdos no se lo estaban poniendo fácil. Cerró los ojos y se abandonó a ellos. Pensó que, si se les enfrentaba, tal vez hallaría su respuesta. Sin embargo, solo encontró dolor y dudas. Levantó la cabeza. Laura había dejado de mirarla, rebuscaba en su maleta algo que la mantuviese ocupada, algo que llenara el silencio. Sacó un libro, se acurrucó y se escondió en sus páginas.

C se rindió y ladeó la cabeza. Observó por la ventanilla, incapaz de abrirle el corazón. Deseó levantarse y aferrársele, confesarle que la quería cerca, que le bastaba con eso, que estaba dispuesta a compartir el dolor de su pasado. Pero su cuerpo no se movió. El paisaje cambiante le humedeció los ojos. El arrepentimiento estaba devorando la calidez con la que la había llenado. El nudo en la garganta se atenazó. Entreabrió los labios. No fue suficiente. Notó cómo caía la primera lágrima. Ocultó el rostro. Aunque no hizo falta. Laura no había vuelto a mirarla. Le dolía demasiado.

C apretó los puños y reprimió un sollozo. Se sintió tan cobarde como aquella vez. Con ella, había cometido el mismo error. No había sido capaz de correr a su lado, aunque fuese lo único que le importaba. La vio alejarse y dejó que el miedo les robara un tiempo que no regresaría. Sonrió llena de amargura. Había jurado tantas veces que no volvería a pasarle. Pero allí estaba. Incapaz de encontrar el valor para reaccionar mientras ella le entregaba el corazón.

No hablaron ni se movieron hasta que llegaron a su destino: París. El aviso de la voz en *off* la hizo reaccionar. Se giró y la buscó. Laura seguía acurrucada y enfrascada en la lectura. A C no le importó el título. Sus ojos solo la querían a ella. Paseó por su contorno hasta que lo levantó y fundió sus miradas. La tristeza que reflejaban los suyos atravesó el pecho de la vampira, que apretó la mandíbula sin saber qué decir. Laura sonrió. El gesto era algo forzado, pero lo mantuvo. «No permitiré que la tristeza nos robe ni un segundo más», se dijo. Recogió sus cosas y esperó a que la imitara, todavía con aquella sonrisa curvándole los labios.

Bajaron del tren y se internaron en las bulliciosas calles de la ciudad. Laura siempre había deseado visitarla. Lo había planeado miles de veces junto a Emma. Al final, Emma fue, pero no la llevó consigo. En cuanto salió de la estación, sus ojos se iluminaron. La belleza de la ciudad se llevó todo lo demás. Por un momento, dejó de ser una agente secreta que iba a arriesgar la vida para acabar con un vampiro centenario. Por un momento, olvidó las tendencias suicidas de C.

Se sentía como una turista más, enamorada de cada detalle, impregnada de la luz de la ciudad, llena de euforia. Se giró para observarla con una amplia sonrisa. Se encontró con una expresión suave y cariñosa, y no pudo evitarlo. Le cogió la mano y la besó en la mejilla. Fue un roce suave y rápido que le encendió las mejillas. Desvió la mirada, sin soltarla. C se la apretó y correspondió a su gesto. Se la levantó y le besó el dorso. Las mejillas de la inspectora aún se encendieron más.

Se perdieron por las calles, durante un rato, agarradas de la mano. Laura lo contemplaba todo, emocionada, con una sonrisa eterna. Parecía un sueño. Quiso grabarse cada pequeño detalle, cada fragancia, cada sonido. A C no le importaba la ciudad. Nada de lo que ofrecía podía competir con el rostro de la inspectora.

Llegaron a una plaza, algo alejada, y se sentaron en un banco. Se soltaron. El momento había acabado. Debían despertar. Fingieron observar un callejero. C echaba vistazos alrededor con disimulo, para comprobar que no había ningún siervo merodeando.

—Estamos aquí. —C señaló un pequeño rectángulo con su dedo índice. Había vuelto a recubrirse con el halo de seguridad con el que la conoció. Laura la contempló. No parecía la misma mujer que se había deshecho en lágrimas entre sus brazos. Notó la tentación, pero se contuvo—. Y nuestra pensión, aquí. —C recorrió con la yema un par de calles y dio unos golpecitos—. Está cerca de la Santa Capilla, no tiene pérdida. Tenemos una habitación *twin* reservada a tu nombre. Ve allí, regístranos y deja nuestras cosas en la habitación. Espera quince minutos y dirígete a este restaurante cercano. —Movió el dedo y se detuvo en una callejuela cercana a su hotel. Su tono no admitía réplica. Laura ni lo intentó—. Lo reconocerás por el logo en la esquina: un gato negro. —Se levantó sin mirarla, con sus ojos vagando por las calles—. Me reuniré contigo en cuanto me cerciore de que es seguro. No creo que tarde mucho. —Entonces, la miró. Laura asentía mientras memorizaba el recorrido y se recolocaba nerviosa un mechón de pelo que se le resistía. C recordó su viaje en coche y sonrió. Detuvo la mano cuando estaba a punto de tocarla. La dulzura se había empañado. Su mente la había hecho saltar del coche y aterrizar en la sala de interrogatorios. Apretó el puño y le dio la espalda—. Ponte el auricular —concluyó y desapareció entre las calles.

La inspectora colocó las bolsas de mano sobre las maletas y empezó a arrastrarlas. Tardó menos de lo que esperaba en llegar al hotel. Estaba tan centrada en no perderse que no pudo disfrutar del paseo. Entró y un recepcionista le sonrió desde detrás del mostrador. Era un hombrecito bajo con una espesa mata de pelo grisáceo, gafas de pasta, ojos castaños y unas manos grandes que había unido en actitud servil. Laura había hecho unos cursos de francés en su instituto. Así que se aclaró la garganta e intentó entonar lo mejor que pudo. La amplitud de la nueva sonrisa del hombre fue mucho más elocuente que su *Très bien.* Laura le entregó los pasaportes, él los comprobó mientras asentía. Le dio la llave y la ayudó con las maletas.

A solas, en la inmensa habitación, volvió a sentirse ligera. La registró. Era una sala amplia con dos camas con doseles y varios cojines a juego con las colchas. A ambos lados, unas mesitas de

noche de estilo barroco con unas lámparas decoradas con pequeños cristales de colores. En medio de la habitación, una pequeña mesita de café alrededor de la cual había un par de butacones estilo Luis XIV y un par de divanes. En la pared de enfrente, un armario y una estantería completaban el conjunto. A su lado, una puerta daba al baño.

Este tenía un tocador con un precioso espejo de medio cuerpo y una bañera en la que podrían caber sin problema dos personas. Sus mejillas se le enrojecieron un poco. No había podido evitar imaginárselo. Encerró la tentación. Dejó las maletas sin deshacer dentro del armario y salió al balcón. No era muy grande, pero no le importó. Las vistas eran espléndidas.

Comprobó la hora. Ya no le quedaba tiempo. Escondió una pequeña navaja de plata en el interior de su chaqueta y salió. Encontró el restaurante sin problemas. Entró y se quedó un momento en la puerta. El ambiente era cálido y estaba cargado de un aroma dulzón muy agradable. Se sentó en la barra y echó un vistazo. Era un local pequeño, algo apartado y con decoración austera. «Perfecto para pasar desapercibidas», pensó. Pidió un refresco y se entretuvo jugueteando con el móvil. No la vio acercarse. Solo sintió una mano sobre el hombro. Se giró con una sonrisa y tuvo que apoyarse para no caer. Un sudor frío le recorrió la espalda y el corazón se le comprimió sobre sí mismo. Intentó hablar, pero las palabras morían antes de llegar a sus labios. Sus ojos eran los únicos responsables.

Capítulo 31

—Sabía que eras tú. Me ha parecido verte cerca de la Santa Capilla y no he podido resistirme a seguirte. Ha pasado tanto tiempo, Laura.

El sonido de su voz intensificó el ritmo de sus latidos. Pero no fue una sensación agradable. Tragó saliva y su boca se llenó con un regusto amargo. Ella se sentó a su lado sin perder la sonrisa, como si el tiempo no hubiese pasado, como si no llevasen seis años separadas. Aunque Laura quiso levantarse y marcharse, tardó demasiado en reaccionar. La tentación de observarla había vencido. Llevaba un vestido muy corto de tirantes de seda azul con un gran escote y media espalda descubierta. Su pelo castaño cobrizo le había crecido. Lo había trenzado en una sola trenza que le caía por encima de uno de sus hombros. Sus ojos verdes brillaban con los mismos destellos azulados. La sensualidad de su cuerpo y la belleza de sus facciones se habían intensificado. Contó los pendientes de su oreja izquierda y recorrió con la mirada los tatuajes de su hombro y su espalda, y se trasportó. Se vio acariciándolos. Recordaba su suavidad y su sabor.

Ella había ensanchado su sonrisa. Le encantaba que la contemplaran. Se inclinó provocativa y le dedicó una mirada sensual. Notó cómo tragaba saliva y se mordió el labio. Conocía sus debilidades. La inspectora apretó la mandíbula y trató de centrarse en C y en su misión. Sus latidos se calmaron y recuperó la voz.

—Hola, Emma. —La saludó cortés, pero rehuyó el contacto. Ella rio enseñándole los dientes blancos y alineados. A pesar de que el sonido de su risa le erizó la piel, le mantuvo la mirada. Ya no era una niña ingenua—. Al final te quedaste en París y muy cerca de la Santa Capilla, uno de tus lugares preferidos.

—¡Qué guapa estás con ese aire maduro! —Laura sonrió. No había cambiado. Seguía evitando abrírsele. Emma se le acercó un poco—. Aunque para mí, siempre serás mi pequeña Laura. —Le acarició la mano y subió hacia su muñeca. Laura se apartó y se levantó para marcharse. No volvería a caer. Pero Emma no había acabado de divertirse. La abrazó antes de que pudiese dar dos pasos—. No irás a marcharte ya, ¿verdad? ¿No quieres que nos divirtamos un rato juntas, como hacíamos antes? Todavía recuerdo dónde te gusta.

Acabó la frase mientras le subía las manos por la espalda y se detenía para acariciarla en uno de sus puntos erógenos. La inspectora sintió un escalofrío. Emma tenía razón, aún sabía cómo hacerla temblar. Se obligó a negar con la cabeza y a separarse con firmeza. Ella la observó divertida. Su negativa lo hacía más interesante. Entrelazó sus dedos y acarició cada centímetro de piel.

—Ven conmigo. —Su ofrecimiento era tentador, pero llegaba tarde.

Hubo un tiempo en el que habría corrido a su lado sin dudar. Emma había conseguido engañarla bien y la había atado tanto que Laura obviaba el daño que le hacía. No escuchó a Beth cuando la advirtió. Se había cegado a sí misma para no ver que era tan solo un juguete entre sus manos porque creía que el desamor la mataría. Durante años, salía a la calle deseando encontrarla para sentirla de nuevo. Buscó desesperada a alguien que la hiciera olvidarla. Pero nadie lo había conseguido. Nadie podía compararse con lo que ella le hacía sentir con un simple gesto y un susurro de su voz, aterciopelada y voluptuosa. Sin embargo, estar con C la había curado. Había conseguido arrancarla y ahora veía cómo era en realidad. No volvería a caer en su espiral tóxica de dependencia y autodestrucción, ni permitiría que aquella *femme fatale* la usara de nuevo.

Las manos de Emma escalaron hasta su brazo y su cuerpo se acercó al suyo. Sus ojos brillaron y sus labios se entreabrieron. Aunque Laura recordaba cada detalle de su textura y de su sabor, ya no deseaba fundirse con ellos. La agarró de los antebrazos y se separó. Intercambiaron una mirada y Emma supo que había perdido. El juego había acabado. Se había equivocado al juzgarla. Su expresión cambió. La sensualidad dejó pasó a la altivez. Laura

sonrió. La máscara había caído. Allí estaba el verdadero rostro de Emma. La soltó y dio un paso hacia atrás.

—Sí que has cambiado —dijo Emma y la contempló, llena de vanidad y desprecio. Laura ensanchó su sonrisa. Su luz de gas no iba funcionarle.

—Ha pasado mucho tiempo. —Laura supo cómo continuar—: Te agradezco que me ayudarás a madurar al abandonarme sin explicaciones. Aprendí mucho de aquello.

Su intención era que aquellas palabras, hijas de un resentimiento que se había diluido con cada sílaba, fuesen su despedida definitiva. Sin embargo, Emma tenía otros planes. Torció el gesto. Ahora le importaba menos que entonces. Su indiferencia fue una provocación.

—¿No vas a decir nada?

—¿Para qué? No vale la pena. —Emma sonrió cruel. Disfrutaba de su dolor—. Solo quería divertirme un poco con una vieja amiga. Pero, para variar, tenías que complicarlo todo.

Aquello encendió a la inspectora. Apretó los puños para controlar la rabia. Recordó cuántas veces se había repetido aquella escena; cuántas veces la había culpado y rebajado cuando se quejaba de sus malos tratos. No pudo evitar que el odio se adueñase de su voz.

—No voy a caer otra vez, Emma. Ya no soy ninguna niña. —Aunque Emma intentó marcharse, ella la retuvo cogiéndola por la muñeca. No la dejaría huir—. Lamento no haberme dado cuenta antes del tipo de persona que eres. Te entregué mi corazón y tú jugaste con él. Me usaste a voluntad y, cuando dejé de divertirte, me desechaste. ¿Cómo pudiese hacerme eso? Te amaba. Compartí contigo todas mis primeras veces. Y para ti no significó nada. —Laura la soltó. Su tacto le quemaba y su suavidad le dolía—. ¿Alguna vez me quisiste? —Sabía la respuesta. Pero no había podido evitar preguntárselo. Emma sonrió con altivez. Laura asintió con una sonrisa, sorprendida del tiempo que había tardado en superarla.

—¡Qué intensidad! —Emma rio como solo ella sabía.

Laura sintió cómo la rabia la invadía y nublaba su juicio. Quiso golpearla y devolverle un ápice de dolor. Apretó los puños y la mandíbula. «Es lo que pretende», se repetía. La observó. Sus ojos verdes brillaban divertidos. Sabía provocarla. La inspectora desvió la

mirada. Temía dar rienda suelta a sus sentimientos y no ser capaz de detenerse. Una nueva carcajada la obligó a mirarla. El cuerpo le ardía, le faltaba el aire y le dolía el pecho. Estaba a punto de cruzar la línea.

Entonces, una mano buscó la suya. No necesitó girarse para saber quién era. Aquel gesto se llevó toda la rabia. C había sido testigo del final de la escena y había avanzado entre las mesas. Se colocó a su lado, la sostuvo por la cintura y fingió ignorancia. Había vivido mucho. No era la primera Emma a la que se enfrentaba. Sabía lo que debía hacer.

—Cariño, no me habías dicho que conocieras a nadie en la ciudad. —Sonrió encantadora y le depositó un beso en la mejilla.

El apelativo resonó en los oídos de la inspectora varias veces. Se centró en el contorno de su rostro, con el calor de sus labios todavía tatuado en la mejilla. Sonrió y se olvidó de Emma. Ella pareció contrariada ante la presencia de C. La evaluó de arriba abajo. La vampira fingió no darse cuenta y ensanchó su sonrisa. Emma frunció el ceño. Pero aún no iba a darse por vencida.

—¿No vas a presentarnos? —Emma había vuelto a sonreír. Ya tenía planeado su contraataque; la forma de dejarla en evidencia. Laura tardó un segundo en contestar, ni siquiera la había oído—. ¿Laura? —insistió.

— Ella es C. —La señaló.

—Encantada, yo soy Emma, su… —C no la dejó acabar. Había adivinado sus intenciones.

—Así que tú eres su ex.

—¿Te ha hablado de mí? —Ensanchó su sonrisa. C también; había advertido el cambio en el tono y la sombra en sus ojos. Emma estaba contrariada porque su plan no funcionaba.

—En realidad no, solo te nombró una vez en nuestra primera cita. Pero soy buena con los nombres. —C sonrió con seguridad sin apartar sus penetrantes ojos oscuros de los suyos.

Aunque Emma intentó ocultar un escalofrío, no pudo. C ensanchó su sonrisa. Emma miró a Laura, que ya no le prestaba atención, y se arrepintió de habérsele acercado. «Se me ha escapado», se lamentó.

—Ya veo. —Sonrió e intentó recuperar el aplomo perdido. Sus ojos oscuros no la dejaron pensar en una buena réplica.

—Aunque eres bastante normalita —continuó C y Emma frunció el ceño, pero no perdió la sonrisa—. Conociendo a Laura, esperaba a alguien, no sé, más… —Hizo un gesto ambiguo con la mano que borró su sonrisa. «Ya he tenido suficiente», pensó Emma.

—Me ha gustado verte —dijo para acabar la conversación y poder huir de su mirada oscura. «Ya encontraré a otra con quien divertirme», se dijo—. Espero que lo paséis bien.

—Adiós, Emma —Laura supo qué debía decir para despedirse, para cerrar aquel capítulo de una vez por todas—, espero no volver a verte.

Emma trató de sonreírle y ella la observó con seriedad. Por fin había acabado. Emma salió sin girarse ni una sola vez. C había seguido sus movimientos con una expresión de fastidio en el rostro. A Laura había dejado de importarle. Solo podía mirarla a ella.

—Gracias —le dijo con una sonrisa. C la contempló y encontró un brillo nuevo en sus ojos. Por una vez, no se vio trasportada. Le sonrió de vuelta.

—No me las des. Solo le he dado la última estocada. El mérito es todo tuyo. —Ensanchó su sonrisa y echó un vistazo a la puerta—. Aunque me alegra haber colaborado en echar a ese mal bicho. —Laura la abrazó y se vio correspondida.

Tras cenar, dieron un paseo. C la obligó a cerrar los ojos mientras callejeaban. Quería enseñarle su lugar favorito de la ciudad. A la mañana siguiente, muy temprano, debían seguir el viaje. Solo tenían esa noche. La vampira quería hacer algo por ella, algo para alejar el dolor de su confesión y la sensación agridulce que le había dejado el reencuentro con Emma. En un callejón aislado, la sostuvo en brazos. A pesar de que ella quiso abrir los ojos, C se lo impidió entre risas. La inspectora sonrió y la dejó hacer.

C saltó y empezó a avanzar por los tejados a gran velocidad. Laura se le aferró y reprimió una carcajada. La sensación era agradable. C aterrizó con suavidad y la soltó. Le puso las manos sobre los hombros y la colocó. Le susurró al oído que ya había llegado el momento. Ahora fue un gemido lo que tuvo que reprimir.

Justo frente a ella, se alzaba orgulloso el rosetón occidental de la Santa Capilla. Avanzó temblando y se asomó. Desde allí, podía contemplar todas y cada una de sus bellezas: las quince vidrieras y su historia de la humanidad; los capiteles decorados con motivos vegetales, las estatuas de los apóstoles…

Laura deseó tener una cámara; deseó poder dibujar. Aunque, en el fondo, sabía que no había forma de captar el esplendor de lo que veía. Se giró y la miró. C le sonreía. La inspectora se perdió en sus ojos que brillaban mucho más que las vidrieras. El cosquilleo regresó. Dio un paso, ella no se apartó, pero tampoco avanzó. Laura se detuvo. El cosquilleo no era suficiente. No podían sucumbir al deseo antes de acabar de cerrar sus heridas, antes de que los secretos fueran rebelados. Salieron de allí para evitar que la tensión las dominara y borrara las buenas intenciones.

Se bañaron por turnos. Laura fue la primera. Necesitaba alejar al fuego. Cuando salió con el pijama, una toalla sobre los hombros y el pelo húmedo, pudo notar los ojos de C sobre su cuerpo. Sintió el mismo escalofrío que preludió a su primer beso. Ambas bajaron la mirada; ambas lo habían revivido. «Si empezamos, no podremos detenernos», se repetían. El deseo era intenso, pero la tentación no ganó. C se encerró en el baño y soltó todo el aire. Solo una fina lámina de madera las separaba. Laura se sentó en su cama y, al escuchar el sonido del agua, se la imaginó en aquella bañera con sus brazos alrededor. La visión de sus cuerpos desnudos le provocó un hormigueo en el bajo vientre.

Inspiró hondo, tarareó para sí, pensó en su hermana y en la misión. Sin embargo, nada logró enfriarle la piel y acallar el deseo. Se puso una mano sobre el pecho para calmar su corazón. Lo notó bombear bajo su palma a toda velocidad. Se puso en pie con la intención de salir al balcón para despejarse, pero sus pies la traicionaron. Antes de darse cuenta, estaba frente a la puerta del baño con la mano sobre el pomo.

Se mordió el labio y, por un segundo, la tentación pareció ganar. Oía su cuerpo mecerse en el agua y sus suspiros de alivio. El pomo comenzó a calentarse por el contacto con su piel y un nuevo hormigueo zigzagueó en su vientre y se le instaló un poco más

abajo. Abrió la boca para coger aire y evocó la imagen de Caín que se había formado tras la historia de Jonás. La visión de aquel monstruo le erizó la piel y convirtió el fuego en una sensación helada. Logró calmarse a duras penas.

Soltó el pomo, se alejó de la puerta y fue directa al balcón. Se apoyó en la barandilla. Dejó que el aire fresco ralentizara el ritmo de sus latidos y acompasara su respiración. Solo cuando su piel se enfrió y el hormigueo desapareció, entró. Echó una nueva mirada a la puerta del baño, pero negó con la cabeza. No lograría alejarse por segunda vez. Rebuscó en su maleta y sacó su libro. Observó la portada y sonrió al rostro de la protagonista.

Se enfrascó en la lectura y se olvidó por un instante de C y de la bañera. No podía saber que la vampira sumergida en el agua también trataba de controlar su corazón. La tentación la había hecho incorporarse varias veces. Se alegró de haber pasado el pestillo. Mantenía los ojos cerrados, pero la calidez del agua le recordaba a sus labios, y su caricia sobre su cuerpo a la suavidad de su piel. Tardó más de media hora en salir. Temía no ser capaz de contenerse. No quería dejarse llevar; no quería que fuese así. Necesitaba poner en orden sus sentimientos antes de fundirse.

Se secó con esmero su espesa cabellera negra y se puso un pantalón de pijama largo con una camiseta blanca de tirantes. Avanzó descalza hasta la puerta y entró en la habitación con la cabeza cubierta por la toalla y el corazón todavía alterado. La buscó con la mirada. Estaba acurrucada en una de las camas, la más cercana a las ventanas, enfrascada en la lectura. C sonrió ante su expresión concentrada, sin darle importancia al título.

Se sentó en su cama y esperó a que se diera cuenta de su presencia. No tardó mucho. Al acabar un capítulo y echar un vistazo a la puerta del baño, se encontró con sus ojos oscuros. Le sonrió y dejó el libro sobre la mesita. Ninguna habló. Solo se contemplaban. Ambas lo sintieron. La tensión eléctrica revivió y volvió a atraparlas. Sus latidos aumentaron de frecuencia e intensidad. Sus cuerpos ardían. El aire no era suficiente. Se ahogaban de deseo.

C intentó controlar sus impulsos y desvió la mirada. Necesitaba encontrar algo a lo que aferrarse. Lo halló en la mesilla de noche. Se

fijó por primera vez en la portada. Desearía no haberlo hecho. Sus ojos se ensancharon y se humedecieron. La calidez dio paso a una frialdad que le recorrió la espina dorsal. Su sonrisa se transformó en una mueca de terror. Laura no entendió el cambio. Pero lo cogió para alejárselo.

—Es de mi hermana —creyó que su explicación las calmaría—, me lo recomendó muchas veces. Pero nunca me había interesado. La lectora era ella. —Hizo una pausa—. Tras conocerte, volví a verlo y te reconocí en la chica de la portada. —Bajó la voz—. Aunque tú eres mucho más guapa. —Desvió la mirada. El cosquilleo pasó fugaz —. Me dieron ganas de darle una oportunidad. —Sonrió ajena—. Una de las protagonistas se llama Laura. ¿Sabes? ¡Qué curioso! —Ensanchó su sonrisa. C seguía con el rostro ensombrecido y la mandíbula apretada—. ¿Lo has leído? —C no le contestó, seguía observándolo con fijeza—. ¿Estás bien? —Laura se inclinó buscando sus manos y se las acarició—. Parece que hayas visto a un fantasma.

Ella se hundió en sus ojos y respiró hondo. Sabía que, si pronunciaba aquellas palabras, no habría vuelta atrás. «Pero ha llegado el momento. Debo contárselo», se convenció.

—A un fantasma no, a mi madre. —Laura la observó sorprendida, sin atreverse a preguntar—. ¿Quieres escuchar su historia? —Laura asintió sin romper el contacto visual. Le apretó las manos y se le acercó un poco. C le sonrió y cogió aire—. Todo comenzó con una joven aristócrata, cruel y déspota, obsesionada con la juventud y la belleza. Su nombre era Mircalla Karnstein, pero todos la conocerían como Carmilla.

Capítulo 32

La joven condesa era conocida por su belleza sin par. Tenía unos ojos oscuros, profundos y apasionados. Su pelo era denso, fino y suave, y de un castaño oscuro brillante con destellos dorados. Solía llevarlo larguísimo y recogido. Tenía hoyuelos en sus mejillas y sus labios eran finos. Al sonreír, mostraba una sonrisa alineada y perfecta. Sus facciones eran hermosas, delicadas y pequeñas; su piel, suave, blanca y sin ninguna imperfección. Su voz, dulce y melodiosa, tenía un efecto narcótico. Era tan alta que sobresalía entre el resto de las damas. Sus miembros eran delgados y delicados. Se movía con cierta languidez y melancolía.

Mircalla se interesó, desde muy joven, por las artes oscuras y la magia negra. Su mayor deseo era conservar su belleza juvenil por siempre. Con su posición y su dinero consiguió acceso a los manuscritos más perversos y secretos. Tras estudiarlos durante algún tiempo, se convirtió en una experta de las artes demoníacas. Una noche, cuando tenía poco más de veinte años, probó un ritual. Atrancó las ventanas y la puerta de su habitación. La llenó de velas negras, colocadas de dos en dos, y dibujó con la sangre de un cordero, sacrificado poco antes, un gran círculo. Con los dedos tiznados de esa sangre aún tibia, trazó los símbolos de la criatura a la que se amparaba en los cuatro puntos cardinales. Entró, se arrodilló en su centro y entonó el cántico aprendido.

Aunque se sorprendió cuando las líneas se iluminaron, sus latidos se mantuvieron acompasados. El suelo bajo ella tembló. No se movió ni dejó de recitar. Sonrió cuando se formó un pequeño remolino negro. Lo observó crecer hasta que alcanzó los dos metros de diámetro. Lo que vio emerger de aquel portal la perturbaría hasta el día de su muerte.

Unas garras, tan negras como las profundidades del agujero, salieron de él y se clavaron en el suelo de madera. Mircalla se asustó. Notaba un sudor frío empapándole la espalda, pero ni siquiera entonces interrumpió su canto. Las garras cada vez se le acercaban más. Iban acompañadas de unos brazos musculados de la misma tonalidad negruzca, carentes de vello y parecidos a los de un humano. Un nuevo zarpazo a la madera descubrió una cabeza monstruosa. Ya no había vuelta atrás. El ser, que empezaba a sacar su cuerpo del portal, era un auténtico demonio. Tenía la nariz aplastada. Su boca era una grieta deforme de la que sobresalían unos dientes afiladísimos entre los que destacaban cuatro enormes colmillos. Sus orejas eran triangulares y muy parecidas a las de un murciélago. Sus ojos eran dos pequeños puntos rojos dentro de unas cuencas vacías. Y, de su frente, salían cuatro cuernos, dos muy pequeños y dos de varios centímetros. Todos de un color azul oscuro; todos retorcidos y puntiagudos.

La criatura acabó de sacar el cuerpo con cierta dificultad. Se puso de pie frente a Mircalla. Ella lo contempló. Era un humanoide musculado de casi tres metros de alto. Su torso negro y desnudo estaba lleno de tatuajes rojos. Desde su ombligo hasta la mitad de los muslos tenía una espesa mata de pelo ensortijado y tan azul como sus cuernos. Sus piernas acababan en dos patas de cabra con los cascos dorados.

Ella no dudó. Sabía lo que quería. Le hizo una reverencia y pidió. El demonio sonrió con un gesto macabro y se le acercó. Se arrodilló para estar a su altura y le clavó la mirada. Ella empezó a adormecerse. Nunca sabría lo que pasó después. Lo último que recordaba era el sonido de su risa y la cercanía de la frialdad que desprendía su piel.

Se despertó mucho después y lo notó de inmediato. Algo había cambiado en su interior. Observó a su alrededor y tembló. Estaba metida en un ataúd. Gritó, pero nadie acudió a la llamada. Golpeó la tapa con los puños con toda su fuerza. Aunque creyó que sería inútil, sus manos no encontraron resistencia y atravesaron la madera. Sorprendida siguió golpeando hasta que tocó la piedra. Consiguió mover la losa con facilidad como si fuese una fina hoja de

papel. Buscó al dueño de aquella tumba y retrocedió asustada cuando leyó su propio nombre, al lado de la fecha, separada tan solo dos días de la noche de la invocación: 15 de noviembre de 1698.

Mircalla Karnstein cambió varias veces de nombre en los años que siguieron. Se dedicó a aprender los límites de sus habilidades. No le importó que sus experimentos dejaran una fila de cadáveres. Por aquel entonces, entendía la sed como un pequeño precio a pagar para mantener su tan deseada juventud eterna. No le afectaba arrebatar cuantas vidas fueran necesarias. Sus ataques eran rápidos y certeros, sin testigos. Pero, con el paso del tiempo, aquello comenzó a aburrirla. Ese fue el error que la condujo hasta Laura.

Calculó los riesgos y no le importaron. Necesitaba la emoción de la caza. No escatimó en esfuerzos ni recursos para poner en marcha su tapadera. Se hacía pasar por la hija de una familia noble empobrecida y empleaba todo tipo de artimañas para conseguir que se apiadaran de ella y la invitaran a pasar una temporada en sus mansiones y casas de campo. Siempre elegía las más alejadas de los núcleos urbanos y todos sus objetivos tenían algo en común: vivían con una joven ingenua y hermosa. Mircalla conseguía ganárselas con rapidez. Se divertía con ellas hasta que les daba el mordisco definitivo. Cuando la tragedia se consumaba, se deshacía en lágrimas y huía mientras los cadáveres seguían calientes. Nadie osó nunca culparla.

Aquella diversión llenó el vacío durante algunas décadas. Sin embargo, su corazón corrompido pronto anheló algo más. La poderosa Mircalla quería conectar con alguien. En 1848, tras segar la vida de la ahijada de un viejo general, paseaba en carruaje por unos parajes de Estiria, el destino del siguiente viaje de su última víctima, cuando la vio, riendo despreocupada en su jardín. Era una joven hermosa de piel tostada, largo pelo rubio y preciosos ojos azules. Su cuerpo, delgado y esbelto, rebosaba energía.

La reconoció de inmediato. No era la primera vez que veía a aquella criatura. Su corazón le dio un vuelco. Con un golpe, ordenó que se alejaran de allí. Su mente se llenó de imágenes. La conoció cuando era apenas una niña. Estaba devorando a un granjero fornido en los alrededores cuando la vislumbró a través del cristal de

su ventana. Su silueta parecía llamarla. Desoyó a su instinto y olvidó todas las precauciones. Se dejó llevar por la tentación y se coló en el dormitorio. Aquella era una de sus habilidades preferidas. Si quería, podía entrar donde fuese, sin importar cuántos cerrojos y cadenas tratasen de impedírselo.

La observó dormir sin que la sed la dominara. Algo en aquella niña la había perturbado. No se reconocía. Se acercó al cabecero de su cama y le acarició las mejillas rollizas. Notó cómo se movía y tuvo miedo de que despertara. Se alejó de inmediato, pero ya era tarde. Laura se despertó y la miró. Se asustó y gritó. Mircalla se envolvió en un manto de oscuridad y desapareció. Huyó lejos de allí, incapaz de entender lo que le había pasado.

Aunque se juró no volver a bajar la guardia, al verla otra vez, convertida en una joven bellísima, no pudo resistirse. Lo intentó durante días. Pero la necesidad de conocerla, superaba a la sed. Nunca se había sentido así. Urdió un plan, mucho más elaborado que de costumbre, y consiguió que le dieran cobijo. Ahora era Carmilla, una pobre joven que debía esperar el regreso de su madre que había partido en una misión de vital importancia.

La noche en la que se reencontraron, Laura le confesó que le recordaba a un antiguo sueño que tenía desde niña. Mircalla sintió cómo su pecho se llenaba de calidez por primera vez desde su conversión y mintió sobre lo que había pasado en realidad aquel día. La convenció de que también la había soñado desde su más tierna infancia. Laura la creyó sin dudar porque se sentía conectada a la joven extranjera.

El vínculo que compartían creció imparable a medida que pasaban las semanas. Laura le hablaba sin parar de lo que le gustaba, de lo que hacía cuando era niña, de su deseo de viajar más allá de su finca… Mircalla, convertida en Carmilla, la escuchaba con atención, maravillada. Empezó a temer que descubriera lo que era en verdad, un monstruo asesino sediento de sangre. Por primera vez, se arrepentía de haber llevado a cabo su pacto de sangre. Verla reír a su alrededor la hacía desear ser como ella, una simple joven despreocupada.

Intentó controlar la sed, pero su cuerpo estaba acostumbrado a los excesos. La abstinencia se hizo insoportable. Como le aterraba hacerle daño, tuvo que volver a matar. Salía a escondidas mientras todos dormían. Lloraba sobre los cadáveres con el regusto amargo de su sangre en los labios. Se descubrió odiándose.

Cuanto más tiempo compartían, más cambiaba. Los remordimientos y el arrepentimiento, que no tuvo siendo humana, la golpearon cuando le habló de la muerte de Bertha, la sobrina del viejo general. Saberse responsable de su dolor la sacudió. Verla llorar le devolvió parte de la humanidad perdida. Sintió las punzadas en su propio corazón. La rodeó con sus brazos y se aferró a la calidez de su cuerpo. Dos lágrimas se le escaparon. Laura se separó y se las besó amorosa. Mircalla no pudo reprimir el llanto y se le acurrucó. Los roles se habían invertido. Laura la consoló. Le susurraba palabras dulces al oído y le acariciaba el pelo. Mircalla lloró durante horas, acunada y amparada por sus brazos.

Al separarse, Mircalla buscó sus ojos. Quería contárselo todo. En su mirada trasparente, solo pudo encontrar un amor que no se merecía. Supo que ya era tarde; que ella ya no la creería. Le sonrió con tristeza. Su fatídica influencia ya la había encadenado. Se convenció de que el lazo que las unía era tan falso como su identidad y supo lo que debía hacer.

Corrompió sus veladas para apartarla de su lado. Se mostraba iracunda y violenta. Le hablaba de la muerte. Se burlaba del dolor de los campesinos acosados por una plaga cuya virulencia no dejaba de aumentar. Sin embargo, todo fue en vano. Laura no se le separaba. Cuando exponía esos ápices de su verdadero yo, ella se limitaba a sonreírle y la miraba con una expresión casi divertida. Creía conocerla y pensaba que aquellos arrebatos no eran naturales, que respondían a algún trauma que todavía no le había revelado. Siempre se mostraba comprensiva y amable, y trataba de ayudarla.

Mircalla estaba desesperada. Ya no sabía qué hacer para protegerla. Cada vez se acercaba más. Nunca había conocido a nadie como ella. Nadie le había hecho sentir tantas cosas diferentes con aquella intensidad. Aunque dolía, su calidez era tan agradable que sus convicciones comenzaron a tambalearse. Solo deseaba

quedarse a su lado. Pero cada noche que debía matar para seguir con vida era un recordatorio de lo que debía hacer. Pronto se armó de valor para dar el siguiente paso. Sería ella quien se alejase. Saldría de su vida antes de que fuera demasiado tarde. No podía saber que ya lo era.

Habló con el padre de Laura y, con su voz hipnótica, lo convenció de que debía partir, a pesar de que su madre no hubiese vuelto. Al salir del despacho, se encontró con Laura que había estado escuchando tras la puerta. La miró con los ojos empañados.

—¿Por qué? —pronunció aquellas palabras en un susurro entrecortado.

Mircalla no pudo contestar, solo bajó la cabeza. Laura echó a correr hacia el jardín, deshecha en lágrimas. Aunque la vampira quiso ir tras ella, se contuvo. Sabía que debía liberarla. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Nunca nada le había dolido tanto. Cogió aire y se convenció: se marcharía al alba.

El padre de Laura encargó una gran cena de despedida a la que Laura no asistió. Pese a que Mircalla se resistió, no pudo evitar llamar a su puerta. Deseaba verla por última vez. Ella no le abrió. La vampira se encerró en su dormitorio con una sensación agridulce. Sentada en el borde de la cama, esperó al amanecer. Con cada aliento, la tentación aumentaba. Ansiaba colarse en su habitación y hundirse en su calidez. «No puedo. No me arriesgaré a hacerle daño», se repetía. Se centró en el reloj. Cada tic-tac era una pequeña victoria; cada segundo, un paso hacia su salvación.

Unos suaves golpes en la puerta la hicieron temblar. No necesitó preguntar. Podía sentirla. No se movió. Apenas respiraba. Los golpes se repitieron. Mircalla cerró los ojos y se tapó los oídos. Un breve silencio dio paso a unos sollozos ahogados. La vampira se levantó y dio un par de pasos. Necesitó de todo su autocontrol para detenerse. Pero era tarde, ella la había oído. Se acercó a la puerta y pronunció un «Por favor» a media voz. Mircalla no pudo soportarlo. Giró la manilla sin pensar. Se miraron un segundo. Laura se aferró a su pecho y hundió el rostro. Mircalla la abrazó y se contagió de su temblor.

Laura susurró un «No te vayas» entre lágrimas que le atravesó el corazón. Mircalla apretó la mandíbula. Sabía qué debía hacer. No la convertiría en su nueva víctima. La acompañó dentro y la sentó sobre la cama. Se colocó a su lado y la miró a los ojos. Intentaba adormecer sus sentidos para convencerla con sus mentiras. Sin embargo, ella escapó a su influjo. Mircalla se asustó. Era la primera vez que alguien lo conseguía. Torció el gesto. Se le acababan las opciones. Se llenó los pulmones de aire. Necesitaba valor. Se levantó y se arrodilló. Le puso las manos sobre las rodillas y notó la calidez de su piel por debajo de la fina tela del camisón.

—No soy quien tú crees. —Laura trató de responder, pero ella se lo impidió con un gesto. Sabía que, si se detenía, no podría terminar —. Soy malvada. Soy la razón por la que los granjeros enferman y mueren. Soy quien te arrebató a Bertha. —Tenía un nudo en la garganta que crecía con cada palabra—. Soy lo que aquel religioso tanto temía y llamaba upiro. Soy un monstruo aterrado por la posibilidad de hacerte daño. —Laura la observó contrariada y sin creerla. Mircalla volvió a coger aire. Aún no había acabado—. Te lo demostraré.

Se puso de pie y llenó la habitación de una oscuridad que salió de su cuerpo. Se agachó y se transformó en un enorme y monstruoso gato negro de ojos brillantes y más de cuatro pies de largo. Se paseó con agilidad unos segundos y regresó a su forma humana. Disipó la oscuridad y se le acercó con la boca entreabierta para mostrarle los colmillos afilados que le crecían con cada paso.

Laura no gritó. Ni siquiera se había movido. Estaba paralizada. No podía dejar de mirarla con la mente llena de pensamientos inconexos y confusos. Las piezas de un rompecabezas, que ni siquiera sabía que existía, empezaron a encajar. Aunque supo que todo cuanto le había dicho era cierto, no podía creer que su Carmilla fuese malvada. Esa certeza calmó a su corazón.

—Debo alejarme de ti.

Mircalla se dio la vuelta para marcharse a través de la ventana. No quería ver el miedo en su rostro cuando comprendiese lo que acababa de presenciar. Pero no llegó a moverse porque Laura fue

más rápida y la abrazó por detrás. Ahora fue la vampira quien se paralizó.

—No te vayas. —Aunque su voz y su cuerpo temblaban, su agarre era firme. Estaba decidida a no dejarla marchar—. No acabo de entenderlo. Pero te conozco. No eres un monstruo.

—Sí lo soy. —A pesar de que Mircalla intentó que su voz sonase dura, también había comenzado a temblar—. He hecho cosas horribles. Mi propia naturaleza es diabólica. —Se giró, se le encaró y la agarró por los hombros. Necesitaba convencerla—. No puedo existir sin arrebatar vidas. Hace mucho tiempo, hice un pacto con un demonio. Le di mi alma a cambio de permanecer siempre joven y bella. —Le apretó los hombros—. Era una cría malcriada y presumida. Lo recibí como un don. Ahora sé que es una maldición. —La soltó—. No dejaré que pagues por mi error.

—Yo —Laura no había dejado de mirarla. Buscó sus manos— no sabría vivir sin ti.

Aquellas palabras llevaban ocultas en un rincón de su corazón mucho tiempo. No tuvo que pensarlas, se le escaparon al fundirse en sus ojos oscuros. Enmudeció al pronunciarlas. Sabía lo que significaban. Pero no se arrepentía. Sonrió y sintió un cosquilleo agradable y nuevo en el bajo vientre. Pensó en cuándo había empezado y se sorprendió al encontrar la respuesta. «Parece mentira lo ciega que he estado», se dijo.

El nuevo sentimiento, al que acababa de poner nombre, no entró en conflicto con sus convicciones religiosas. Se convenció de que su Dios, tan lleno de amor y perdón, las apoyaría y la ayudaría a encontrar la fuerza para devolverla a la luz de la que se había alejado. Había decidido que la salvaría de sí misma.

—No sabes lo que dices, Laura. —Oír su nombre de sus labios detuvo sus pensamientos—. Tus sentimientos no son reales. —Mircalla había bajado la cabeza y su voz había comenzado a entrecortarse—. Los he provocado yo. Puedo influir en las personas y conseguir que hagan lo que yo quiera. —Calló un segundo y tragó saliva para diluir el nudo de su garganta—. El afecto que sientes por mí es parte de mi trampa. Iba a doblegar tu voluntad y acabar con tu vida.

—Eso no es verdad. —Laura no lloraba, ni había dejado de contemplarla ni de apretarle las manos. Se aferró a su nuevo sentimiento, que crecía imparable en su interior y la llenaba de calidez—. Yo sé lo que siento. Empecé a sentirlo al reencontrarnos. —Se le acercó y sonrió—. Puede que incluso antes. —Soltó una de sus manos y se la colocó sobre la mejilla. No consiguió levantarle el rostro—. Cuando te conocí de niña, algo cambió en mí. —La acarició con suavidad—. Dime, ¿eso también es cosa de tus poderes? —Mircalla negó con la cabeza. Laura le sostuvo el rostro con las dos manos y, esta vez, sí pudo encontrar sus ojos. Ensanchó su sonrisa. Estaban humedecidos y sus labios entreabiertos temblaban—. Sé que sientes lo mismo. —La vio apretar la mandíbula y ella apretó su agarre—. Mírame a los ojos y dime que deseas marcharte; que no quieres volver a verme. —Mircalla no pudo contestarle—. Eso solo nos hará desgraciadas a las dos.

Aunque Mircalla intentó bajar la cabeza para huir de su mirada, Laura no se lo permitió. Quería que viera que en sus ojos no había miedo. La vampira respiró hondo al encontrar valor y afecto en su brillo. Nada estaba saliendo de acuerdo al plan. Su rostro no se había desencajado de terror al verla transformarse. No hubo gritos ni acusaciones. No había tenido que huir para salvarse. «¿Por qué?», se preguntaba. Todavía no lo había entendido. Su mente estaba demasiado preocupada por la visión de su cuerpo destrozado por sus garras, de su garganta abierta y sus colmillos ensangrentados. Quiso volver a asustarla y supo bien cómo.

—¿Acaso sabes cuál es la naturaleza de mis sentimientos? —Le sonrió con una perversión fingida y la agarró por la cintura—. Si lo supieses, te repugnaría.

Laura no tuvo tiempo de contestar. Mircalla la levantó como si fuera una pluma y la echó sobre la cama. Se le colocó encima y le sujetó las muñecas. No dejaría que se escapase. No se percató de que ni siquiera lo intentaba. Fundieron sus miradas. Laura sonreía. La vampira para amedrentarla se inclinó y la besó en el cuello varias veces de forma suave y pausada, llenándose de su aroma y disfrutando de la calidez y del sabor de su piel.

—¿Lo entiendes ahora? —le dijo mientras aún tenía el rostro junto a su cuello.

Laura asintió y Mircalla buscó sus ojos. La había soltado sin darse cuenta. Laura aprovechó su libertad para pasarle las manos por el cuello. Mircalla no pudo reaccionar. Laura la besó en los labios. Fue apenas un segundo, un leve roce, pero les encendió el corazón y las mejillas.

—Lo entiendo perfectamente —susurró y ensanchó su sonrisa. Se le acercó y la besó con suavidad por segunda vez.

Mircalla se separó y la contempló. No había ni rastro de la criatura cándida e ingenua que se había imaginado. Frente a ella, había una mujer segura y decidida a conseguir lo que deseaba. Su rol activo la había descolocado y no encontraba las palabras. Laura le pasó las manos por el pelo, se lo soltó y le acarició la nuca. El roce con su piel la devolvió a la realidad. La vampira se soltó y se sentó a los pies de la cama sin dejar de observarla, incapaz de pensar. Laura gateó para acortar las distancias. Mircalla desvió la mirada y ella la abrazó.

—No te vayas —repitió su súplica con el mismo tono de voz suave.

Mircalla se repuso y se separó. Le puso las manos sobre las mejillas y la miró. Ella se apretó contra sus palmas sin dejar de sonreír. En sus ojos claros, había un nuevo brillo. Mircalla necesitaba comprobarlo. Acercó sus rostros muy despacio con el corazón desbocado y sin dejar de contemplarla. Temía que se apartase y que la rechazase. Todavía creía que lo había malinterpretado. Laura no se movió. También lo deseaba. Mircalla la besó.

Apenas había rozado sus labios, cuando se separó con el rostro encendido y la respiración entrecortada. Era el primer beso que daba. Cada centímetro de su cuerpo temblaba, le dolía el corazón y el aire no le llegaba a los pulmones. Pero era lo más agradable que había sentido en su larga vida. Quiso probar sus labios otra vez. Laura sonrió ante su mirada de deseo, le pasó las manos por el cuello para mantenerla junto a ella y se le acercó. Mircalla obedeció. Se separaron jadeantes. Ambas sonreían. Laura la abrazó y suplicó sobre su cuello que se quedara a su lado. Mircalla no pudo negarse.

No podía saber que habían dado el primer paso hacia el abismo; que acababa de firmar su sentencia.

Capítulo 33

Los días posteriores a su primer beso estuvieron cargados de dulzura. Aprovechaban cada segundo a solas para besarse, acariciarse y estrecharse. Mircalla creía que moriría de felicidad. Sin embargo, la sed la empañó pronto. Aunque se esforzó en combatirla, nada parecía bastar. El ardor en la garganta se acrecentaba con cada noche que se negaba a salir de caza. Su cuerpo no tardó en llegar al límite. Una tarde, al bajar las escaleras, una neblina le empañó la vista. Sus piernas temblaron y le fallaron. Cayó y rodó hasta abajo acompañada por los gritos de Laura que se impusieron al pitido de sus oídos. Se despertó horas más tarde. Estaba tumbada en su cama, en camisón, con Laura a su lado. La joven le pasaba un paño húmedo por el rostro, el cuello y los brazos desnudos. Al encontrarse con sus ojos oscuros, sollozó y la abrazó.

Esa noche, Mircalla salió a hurtadillas. «Tengo que alimentarme», se lamentaba. Encontró a su presa en una granja cercana. Era un hombre joven y fornido. Se le acercó con sigilo, lo adormeció con una sola mirada y le clavó los colmillos. No quería matarlo, pero cuando la calidez de su sangre le rozó los labios, perdió el control. Bebió hasta que su corazón se detuvo. Al sentirlo morir, huyó con el camisón manchado y lágrimas en los ojos. El odio, la vergüenza y el miedo no la dejaron regresar a la mansión.

A la mañana siguiente, Laura salió a buscarla y la encontró en su rincón del bosque. Mircalla intentó alejarla y esconderle sus acciones. No podía ni mirarla. Ella se arrodilló a su lado y la abrazó. La vampira se hundió en su calidez y rompió a llorar. La joven apretó la mandíbula. Sabía lo que había pasado. No pudo evitar que una punzada le atravesara el pecho.

A partir de aquel día, pasaban juntas cada segundo del que disponían. Se buscaban con la mirada cuando no podían tocarse. A solas, de noche, se abrazaban y se negaban a soltarse. No obstante, nada bastó para aliviar el peso en sus corazones. Habían comprendido lo que implicaba la naturaleza de Mircalla. El tiempo se convirtió en su enemigo. Sería él quien las separaría, quien mataría a Laura y dejaría a Mircalla sola por toda la eternidad. Una noche, con la joven dormida entre sus brazos, la vampira tomó una decisión: «Volveré a ser humana».

Reunió los ingredientes, se encerró en su alcoba y repitió su llamada. El demonio apareció tan monstruoso y aterrador como recordaba. Sin embargo, Mircalla ya no era la misma joven caprichosa y egoísta. El ser, ante su altivez, sonrió y mostró los colmillos. Era la primera que lo llamaba por segunda vez. Supo que no se había equivocado; que iba a divertirle mucho. Mircalla se le encaró llena de coraje y pidió. La criatura rio con un sonido gutural. La agarró del cuello y la levantó para poder mirarla a los ojos. Ella le mantuvo la mirada.

—¿Crees que esto es un juego? —Se pasó la lengua por los labios —. Chiquilla tonta. Tu alma me pertenece. Estás condenada sin remedio. No hay nada que tú puedas hacer para cambiar tu naturaleza.

La soltó y Mircalla cayó al suelo. Pero se puso de pie de un salto y se le encaró de nuevo. Él ensanchó su sonrisa; ella lo contempló desafiante y exigió:

—Algo podrás ofrecerme.

El demonio sabía bien qué hacer. Llevaba anhelando ese momento desde que presenció el primer encuentro entre las dos mujeres. Juntó sus manos y un resplandor, rojizo y azulado, salió de su piel e iluminó la estancia. Las abrió y le mostró las palmas. Una daga con la hoja negra y un mango en forma de calavera se había formado de la nada. Se la ofreció y ella la cogió sin entender.

—Si tu existencia es insoportable, esto te ayudará a acabar con tu sufrimiento. Si te atraviesas el corazón, todo habrá acabado.

—Esto no es lo que te he pedido —dijo y lo observó aterrada.

El ser ensanchó su sonrisa y habló en una lengua antigua y poderosa, desconocida para Mircalla, que le erizó la piel. Su tono de voz amenazante estaba impregnado de un sarcasmo con el que ocultó su deseo de que la daga cumpliera su cometido:

—Añin ay ol sah odidnetne o se euq sameda ed atnot sere adros. Is sereiuq revlov a res anamuh ol ocinu euq sebed recah se recnevnoc a ase a neiuq secerap rereuq otnat arap euq et eseivarta le nozaroc noc al agad. Is ortseuv roma se laer y on anu arem aicneucesnoc ed ut ojulfni sardop rilpmuc ut oesed. Ed ol oirartnoc sarirom aditrevnoc ne sazinec. Euq ares añin roma o asraf noicavlas o anednoc adiv o etreum. Erarepse etneicapmi le odatluser.

Mircalla no comprendió sus palabras. Para cuando descubriese su verdadero significado, todo habría acabado. Lo miró y supo que preguntarle era inútil. Bajó la cabeza y apretó la daga entre las manos. Él rio y saltó al abismo. «Empieza el espectáculo», se regodeó.

Ella contempló el arma, pasó el dedo por su filo y se hirió. El dolor la sacudió con fuerza y el corte no sanó. Observó el hilo de sangre avanzar y mancharle la palma. Cerró los ojos. Su última esperanza había desaparecido. El remolino negro se consumió con un estallido de viento gélido que apagó todas las velas y la hundió en la oscuridad. Una lágrima le recorrió la mejilla. Apretó la daga contra su corazón y se consoló al pensar que al menos podría acompañar a su Laura a la tumba.

Al día siguiente, le reveló su fracaso. Se arrodilló, le sostuvo las manos y entre sollozos le preguntó si aún quería tenerla a su lado. Ella le sonrió y le acarició el rostro. También había tomado una decisión. Sabía que existía una forma de permanecer juntas y ser libres: convertirse. La vampira negó horrorizada y se apartó de su contacto.

—Eso no —susurró atemorizada—. No sabes lo que dices. No te condenaré.

—Así nadie podrá separarnos. ¿No te das cuenta? Podremos viajar y conocer el mundo más allá de esta finca. Sabes que ese siempre ha sido mi sueño. Y qué mejor forma de cumplirlo que a tu lado.

Mircalla apretó la mandíbula y buceó en su mirada. «Debo convencerla», se dijo. Le narró con detalle todos los horrores de su pasado, el efecto de la sed y las crónicas de sus asesinatos. Sin embargo, no bastó. Laura nunca había estado tan segura de nada. La vampira le imploró que le diera un poco de tiempo para buscar una alternativa. La joven no pudo desoír sus suplicas y aceptó.

Aunque Mircalla estudió sus viejos libros durante semanas, no encontró las respuestas. La determinación de Laura creció en ese tiempo a causa de los planes de su padre de buscarle un buen marido en la capital el invierno próximo. Laura le pidió que desistiera, pero solo consiguió que él mostrara todo su paternalismo. Su insistencia provocó sus gritos; y su amenaza de huir, una bofetada que le enrojeció el rostro y la hirió en lo más profundo. A solas, esa noche, aferrada al cálido cuerpo de la vampira, lloró de impotencia y lo maldijo.

—Solo deseo desaparecer contigo.

Mircalla la estrechó entre sus brazos y aspiró su aroma. Habría deseado que fuese de otra manera, pero no iba a renunciar a ella.

—Está bien —dijo a media voz—. Lo haré.

La joven se incorporó para mirarla. Ella asintió con una sonrisa triste y le acarició el contorno del rostro. El corazón le dolía. Iba a condenarla. Los ojos de Laura se iluminaron. Le pasó los brazos por el cuello y la cubrió de besos, llena de una euforia que la vampira no podía compartir.

El día siguiente Mircalla lo dedicó a revisar sus notas. Todo debía ser perfecto. Al principio de su nueva vida, mientras aprendía sobre sus poderes, quiso crear criaturas que pudiesen servirla por siempre. Le costó mucho perfeccionar la técnica y comprender los límites. Las personas enfermas, las embarazadas y los ancianos no solían responder bien. Se transformaban en seres deformes sin voluntad a los que les cortaba la cabeza y veía convertirse en cenizas, sin pestañear. Los niños debían ser muy fuertes para soportar el cambio. Los pocos que lo lograron, tardaron mucho en despertar, no crecían y su mente se quedaba anclada en el pasado, sin madurar jamás. Se deshizo de ellos; no le servían de nada.

Los jóvenes adultos eran la mejor opción. Con ellos, tuvo éxito todas las veces. No obstante, sus siervos no eran los seres dóciles y serviciales que había imaginado. Aunque podía dominarlos con una mirada, veía crecer el odio en sus ojos. Sabía que, si averiguaban cómo cortar el lazo de sangre que los unía, la matarían sin dudar. Acabó con ellos y dio por terminado el experimento. «El riesgo no vale la pena. Puedo usar a los humanos. A ellos sí que los controlo sin problema», sentenció.

Mircalla le explicó el proceso con el rostro serio y sus manos entre las suyas. Debía darle su sangre y matarla. Laura estaba nerviosa, pero asintió sin dudar. La vampira se cortó en la palma y se la acercó a los labios. Ella los apoyó sobre su piel y dio un par de sorbos. Mircalla le limpió el rastro de su veneno y apretó el mango del cuchillo. Lo levantó, pero se le escurrió entre los dedos. Cayó arrodillada. No tenía valor para quitarle la vida. Laura la abrazó y acunó.

—Tranquila. No tenemos prisa. Podemos hacerlo poco a poco. Tal y como planeabas —acabó con una risita que las calmó.

La vampira asintió y acercó el rostro a su cuello. Aspiró su aroma, la besó varias veces y la notó temblar. Ella la asió y cerró los ojos. Mircalla le clavó los colmillos. Ella se mordió los labios para ahogar el dolor y todavía se le aferró más. La sangre inundó la boca de la vampira. Era dulce y su calidez la reconfortó. Contó los segundos y saboreó cada gota. Le pasó la lengua enrojecida por los pequeños orificios hasta que dejaron de sangrar. Laura suspiró y le acarició el pelo y la espalda. Se miraron. Laura buscó sus labios. Acortaron las distancias. Sus cuerpos ardían. Sus latidos resonaban con fuerza. Acabaron tumbadas sobre la cama y ninguna quiso detenerse.

Aquella fue su rutina nocturna durante algún tiempo. Los efectos del drenaje no tardaron en aparecer. La piel de Laura palideció, sus ojos se dilataron y florecieron las ojeras. Sus movimientos se cargaron de languidez y sus miembros se impregnaron de un cansancio crónico. Sin embargo, nunca perdió la sonrisa. A pesar del deterioro físico, no sentía dolor, solo una paz y una felicidad hasta entonces desconocidas. Cada sesión la acercaba a su ansiada libertad, a su nueva vida con Mircalla. Solo la vampira compartía su

felicidad. El resto permanecía aterrado. Los síntomas coincidían con los de la enfermedad que había segado ya tantas vidas. Ninguno de los remedios caseros, consejos médicos y rosarios encadenados con plegarias y llanto, sirvieron. Las amantes estaban a un paso de conseguirlo. Pero apareció el viejo general.

La visita de aquel hombre truncó sus planes. Con un solo vistazo, comprendió la verdadera naturaleza de su dolencia. Era la misma que había conducido a la tumba a su ahijada Bertha. En su obsesiva búsqueda de respuestas, conoció a un barón que había gastado su tiempo y su dinero en estudiar la enfermedad. Su conclusión parecía increíble. No se trataba de ninguna plaga, sino de una serie de asesinatos perpetrados por un ser monstruoso y antiguo: una vampira.

A pesar de que, al principio, el general no quiso creerlo, las evidencias eran claras y pronto el escepticismo quedó atrás. El barón lo convirtió en su discípulo. Cuando recibió la carta del padre de Laura, acudió a la llamada raudo y veloz. Ninguna de las dos lo esperaba y no pudieron evitar el encuentro. Él reconoció a Mircalla al instante e intentó acabar con su vida al grito de «¡Asesina!». Ella miró a Laura, se envolvió en oscuridad y huyó. Su verdadera naturaleza había quedado al descubierto.

El general les contó todo cuanto sabía de Mircalla. Laura apenas le escuchó. Solo podía pensar en si estaría a salvo. Aquellos hombres planearon su muerte y ella no pudo convencerlos de su inocencia. Esa misma noche, mientras ellos buscaban su tumba, la vampira regresó a la casa. Adormeció a las criadas que la velaban, oscureció la habitación y apareció de entre las tinieblas. Laura se le echó al cuello y la besó entre lágrimas. Le sostuvo el rostro y lo inspeccionó para asegurarse de que estaba bien.

Mircalla unió su frente a la de Laura. Ambas lo pensaron al unísono: «Ya no tenemos tiempo». Tenían que separarse sin saber si volverían a verse. La vampira debía huir para salvarse. Si esos hombres no la veían morir, no dejarían de perseguirlas. La transformación no se había completado y no podían forzarla. Fundieron las miradas, se grabaron cada detalle y se besaron. Mircalla la acarició por última vez y desapareció mientras la luz

regresaba a la estancia. Laura cayó arrodillada. No dejó de llorar hasta el alba. Las criadas trataron de ayudarla, pero no había consuelo.

Mircalla puso en marcha su plan. Raptó a una joven mendiga a la que nadie echaría de menos. La miró fijamente con sus ojos hipnóticos y la convenció de que era ella a quien buscaban: la vampira Carmilla. La obligó a arrodillarse, se mordió las muñecas y dejó que su sangre le empapara el rostro. Colocó las manos encima y la acarició. Cuando las retiró, los rasgos de la mendiga habían desaparecido. Vio su imagen y sonrió. La máscara daría resultado. La condujo a la capilla y la tumbó en el ataúd. Cerró la tumba y espero a que aparecieran. No tardaron.

El grupo desenterró a su marioneta y cumplió el ritual. Sacaron el cuerpo y le clavaron una estaca en el corazón. Aunque aquella infeliz profirió un grito que heló la sangre de los presentes, no se detuvieron. Le cortaron la cabeza y el torrente de sangre los salpicó. Quemaron sus despojos mientras se santiguaban. Esparcieron sus cenizas en un río cercano con una sonrisa triunfal. El viejo general lloró agradecido. Le vio escribir sus hazañas en un diario. No había ni una pizca de verdad en sus palabras. Era una alabanza a los valientes hombres que en 1848 habían librado al mundo de un ser demoníaco.

Mircalla no se movió hasta que estuvieron muy lejos. Echó un último vistazo al paraje que había compartido con Laura y se alejó de allí para no volver en casi dos años. Debía dejar que todo se calmase. Sin embargo, para entonces, ya sería tarde. El padre de Laura vivía aterrado de que se repitiesen los ataques. Se enfrascó en las lecturas que el viejo general le entregó de la biblioteca del barón. En todas se repetía la misma historia. Las víctimas eran muchachas jóvenes y virginales. Supo lo que debía hacer. Tras su viaje, la casó con el primer pretendiente que llamó a la puerta.

El matrimonio vivía en la misma finca. Su padre había insistido en construirles una casa en un terreno cercano. El hombre había recuperado la paz. La creía a salvo y no advirtió el cambio en su hija. Ya no quedaba nada de la joven alegre y risueña. Su belleza se había consumido devorada por la pena. Su marido no era un mal

hombre. Pero las noches en las que compartían lecho eran una tortura. El embarazo solo empeoró las cosas. Laura cada vez se sentía más sola y desgraciada. Se dormía llorando con el nombre de Carmilla en los labios.

La vampira había tenido que huir lejos porque temía que alguien la reconociera. Su historia se había esparcido y ahora todos conocían su nombre. Cuando regresó, la encontró casada y embarazada. La observó desde lejos, impotente. Compartió su dolor y odió a los responsables de haberla enterrado en vida. Vigiló durante días. Necesitaba verla; ayudarla. Pero no podía permitirse ningún error. Dedicó cada segundo a pensar en sus opciones. En su estado, no podían huir ni podía convertirla. Debía encontrar una alternativa y rápido porque Laura cada vez estaba más débil. Apenas salía de la habitación. Pasaba las horas mirando por la ventana. Observaba el jardín con los ojos llenos de lágrimas. El médico la visitaba a menudo. Siempre recomendaba lo mismo: reposo y dieta. Sus consejos no le sirvieron ni una sola vez.

Mircalla no pudo soportarlo mucho más. Pese al peligro, una noche abandonó su escondite y entró en el dormitorio por la ventana. La contempló y sintió cómo se le rompía el corazón en mil pedazos. Laura estaba hecha un ovillo. Se debatía en un sueño intranquilo, con las mejillas empapadas. Se le acercó y agradeció que el matrimonio durmiera en cuartos separados desde el embarazo. Se sentó en la cama con suavidad y le limpió el rastro de las lágrimas. No quería que la viese. Creía que solo le traería dolor porque aún no sabía cómo liberarla. Le había fallado. Pensaba que la culparía. Ella era la causante de sus desgracias. «Si no hubiese entrado en su vida…», se lamentó. Pero el deseo de verla, de sentir el tacto de su piel, de respirar su mismo aire, aunque fuese por unos pocos segundos, fue más poderoso que el miedo al rechazo.

Laura despertó con la caricia. La había reconocido. Creyó que era otro de sus sueños y entreabrió los ojos humedecidos. El llanto se avivó en cuanto vio su perfil recortado contra la oscuridad. No osó tocarla; temía que se evaporase. Ella repitió la caricia. Laura tembló, negó con la cabeza y la abrazó. Mircalla la acunó hasta que se calmó. Se quedaron juntas hasta el amanecer. Laura le hizo jurar

que volvería la noche siguiente. La vampira no pudo negárselo. Al despedirse, le acarició la cara y la besó mientras repetía su promesa, incansable.

El rostro de la joven se iluminaba en cuanto la veía aparecer con las últimas luces del crepúsculo. Se llenaba de vida, saltaba de la cama y se hundía en sus brazos. Durante esas horas, volvía a ser una joven risueña y alegre, y recuperaba la parte de sí misma que había perdido cuando se separaron. Ninguna podía saber que el sufrimiento se había llevado algo más que su alegría. No tardarían en averiguar la verdad. El día del parto se convertiría en su final y en un nuevo principio.

Laura se encontró sin fuerzas para traer nueva vida al mundo. La partera no podía contener la hemorragia. Se empezó a temer lo peor. La joven no dejaba de mirar por la ventana, buscándola. Estaba pálida; tenía los ojos humedecidos; la frente perlada de sudor; y los labios agrietados. Mircalla, que lo observaba todo a distancia, no pudo mantenerse al margen. Aunque conocía el riesgo, no le importó. Sabía que la necesitaba a su lado. «No volveré a fallarte», se dijo. Consumió a una familia entera para llenarse de poder y lograr cumplir su promesa. Con la sangre de esos inocentes en sus venas, pudo disfrazarse de ayudante de la partera, colarse en la habitación y convencer a las presentes de que llevaba allí desde el comienzo y de que, a pesar de que su rostro coincidía con el de la vampira asesina, no era ella.

Echó un vistazo a su alrededor. En el fondo de la habitación, rezando, reconoció a sus antiguas nodrizas e institutriz. También habían acudido en su ayuda. Mircalla torció el gesto. Las oraciones no la salvarían. Agradeció que ni su padre ni su marido estuviesen cerca. No sabía si habría podido contener su odio. La vampira se arrodilló a su lado, pero no se atrevió a tocarla. Laura sonrió al verla y la luz regresó a sus ojos claros. Tenerla allí era suficiente para llenarla de energía. Aunque no bastaría. Podía sentir cómo las fuerzas se le escapaban con rapidez. Supo que no lo conseguiría, pero no dejó de intentarlo. En su mente, llevaba tatuada la imagen, nítida y cálida, de su hija no nata en brazos de Mircalla. Ambas le sonreían y la llamaban a su lado.

El esfuerzo la agotó. Se mordió el labio. Sabía lo que le esperaba. Buscó su mano. Mircalla se la sostuvo. Las ayudantes habían desaparecido; buscaban desesperadas más paños limpios y agua caliente. El murmullo religioso se había apagado. Los rosarios se les habían escurrido de las faldas. Las mujeres sollozaban con los ojos cerrados. La comadrona ya no le pedía que empujara. Se observaba las manos ensangrentadas, convencida de que no podría salvarlos.

Laura le indicó con un gesto que se agachara, le sonrió con tristeza y fundió sus miradas. Quería recordar cada detalle. Levantó la mano libre y le acarició el rostro. Mircalla quería mantenerse fuerte, pero las lágrimas vencieron. Laura intentó limpiárselas. La caricia se interrumpió apenas comenzada porque no tenía fuerzas. Mircalla le sostuvo la mano sobre su mejilla y se la apretó. Ella ensanchó su sonrisa y le pidió, con apenas un hilo de voz, que salvara a su hija, que la criase, la hiciera feliz y le diera la vida que habían planeado juntas para sí. Mircalla supo lo que le pedía y negó. Laura buscó sus ojos y la vampira al hundirse en ellos, vio el brillo de la muerte. Sollozó, los cerró y negó de nuevo. «Voy a perderla. Todo mi poder no sirve de nada», se lamentó.

—Por favor —su voz dulce y tenue le hizo abrirlos—, Carmilla. —El sonido de su nombre en sus labios la sacudió. El corazón nunca le había dolido tanto. Creía que se ahogaría. Notó la rabia llenarle las venas. El odio quiso empañar al amor, pero no lo conseguiría. Laura había aprendido a conocerla. Movió sus dedos para acariciarla—. No es culpa tuya. Yo te elegí. Y volvería a hacerlo sin dudar. Me has hecho muy feliz. —Calló un momento. Las punzadas cada vez eran más fuertes. Sintió la sangre salir. Debía darse prisa—. Cuida de ella. Te necesitará. Y tú a ella. Si estáis juntas, será como si yo siguiera con vosotras. Por favor, Carmilla, sálvala.

La vampira asintió. Laura sonrió y suspiró. Ya podía descansar. Mircalla se mordió un dedo. Laura lo besó y se bañó la lengua con unas pocas gotas. No bastarían para transformarla, pero sí para salvar a su hija. Mircalla se arrodilló a su lado y le sostuvo las manos. No dejó de mirarla; Laura tampoco. Sus latidos iban perdiendo intensidad. Susurró un «Te quiero» y no llegó a oír la respuesta. Mircalla se quedó con su mano inerte entre las suyas. Se

enfrió con rapidez. La vampira no podía moverse, ni pensar. Se había quedado con la boca entreabierta con su «Te quiero» inacabado. Su corazón también se había detenido. Murió un poco aquel día.

Unos pasos fuertes acercándose a la habitación la devolvieron a la realidad. Le besó las manos. Nadie se había percatado aún de su muerte. Tuvo tiempo de huir. Debía cumplir su promesa. El dolor acrecentó su poder. Se aseguró de que nadie la recordara. Desde la distancia, oyó los primeros alaridos desgarrados. Todos la lloraban. Mircalla tardaría mucho en volver a hacerlo.

El entierro fue una gran ceremonia. Mucha gente presentó sus respetos. Ella no pudo acercarse. Tuvo que presenciarlo desde lejos. Encontró algunas caras conocidas: la institutriz y la nodriza lloraban desconsoladas; el viejo general que parecía haber envejecido cien años trataba de mantenerse en pie con todas sus fuerzas apoyado en un bastón; el barón y el médico, culpables de su separación, tenían el rostro ensombrecido, se lamentaban de que su esfuerzo hubiese sido en vano; el marido no tenía consuelo, tenía los ojos enrojecidos, apretaba los puños llenos de una rabia que no sabía contra quien descargar; el padre, el más afectado, estaba pálido y en sus ojos no había ya rastro de vida, no tardaría mucho en seguirla a la tumba. Fue el último en marcharse de la cripta familiar. Ya había anochecido cuando uno de sus sirvientes lo acompañó de vuelta a la propiedad. Solo cuando su carruaje se hubo alejado lo suficiente, pudo acercarse Mircalla.

Se quedó un momento frente a la reja de hierro que la separaba del cuerpo de su amada. Aunque trató de recordar alguna oración, no encontró ninguna. Recitó un viejo poema de amor, su preferido. Recordar las noches en las que se lo susurraba al oído entre besos y caricias espoleó las punzadas de dolor. Sus manos temblaban cuando abrió la reja. Sus pasos resonaron por la cripta. Miró atrás temiendo que alguien los hubiese escuchado. Pero, afuera, solo la noche era testigo. Apretó la mandíbula. Debía empezar. Tiñó el interior de oscuridad; no quería interrupciones.

Laura descansaba bajo una losa de piedra justo en el centro de la cripta. En la cubierta, un habilidoso artesano había tallado su silueta. Mircalla acarició la piedra. No tardó en apartar la mano. El tacto frío

la hirió. Tuvo que apoyarse. Tragó saliva y deshizo el nudo en la garganta. El tiempo de llorar había pasado. La abrió con cuidado y se encontró con su ataúd. Respiró hondo. No tenía dudas. Nada evitaría que cumpliera su promesa.

Apartó la tapa. Allí estaba, con la misma expresión serena y feliz que tan bien conocía. Su palidez dolió. Mircalla se agachó sobre ella y la besó en los labios. La miró y, por un segundo, creyó que la vería abrir los ojos y sonreírle, en una escena que habían repetido tantas madrugadas. Sin embargo, sus ojos no se abrieron; sus labios permanecieron cerrados; su piel no volvería a caldearse con el roce de la suya. Mircalla cerró los suyos y entreabrió los labios, con el corazón encogido por el deseo truncado.

Se llenó los pulmones de aire. Volvió a jurarle que cuidaría de su hija. La besó en la frente y comenzó. Le levantó el camisón, con el que la habían enterrado, y le hizo una incisión precisa en el vientre que apenas sangró. La limpió con cuidado. No debía dejar rastro. En su interior, se encontró dos bolsas amnióticas. Se quedó contemplándolas. No se lo esperaba. Las rajó. Eran un niño y una niña. Estaban tan fríos y pálidos como su madre. Cortó los cordones umbilicales y sonrió porque salió una sangre rojiza y viva. Había funcionado. Su veneno les había llegado. Tenían una oportunidad.

Se hirió las puntas de los dedos índice y se los introdujo en la boca para amamantarlos. Tardaron en reaccionar. Mircalla no se preocupó. La sangre debía llenarlos. En el silencio del cementerio, pudo oír con claridad el sonido de sus latidos. Regresaron a la vida. Les apartó los dedos y los niños movieron las manos, en su busca. La vampira ensanchó su sonrisa y se los enseñó a su madre. Sabía qué nombre debía ponerle a la niña. Recordó una de sus últimas conversaciones. Laura siempre creyó que el bebé era una niña. Deseaba que se llamara como ella, la persona a la que más amaba.

—Laura, esta es tu hija —sonrió con la mirada humedecida antes de continuar—, Carmilla. Y este, tu hijo, ¿qué te parece Abel? Así se llamaba mi padre.

Laura no podía contestarle. Ella bajó la mirada y los envolvió en un par de mantas. Ocultó su paso por la cripta, la besó en los labios por última vez y desapareció con los niños entre los brazos.

Capítulo 34

La inspectora no había dejado de mirarla ni un solo segundo. C había mantenido la cabeza baja. Cuando calló, se formó un silencio que ninguna tuvo el valor de romper. Laura tenía la mente llena con las imágenes de su pasado. Pensó en su tocaya. Sus historias se parecían. Temía que la suya también acabase en tragedia. C buscó sus ojos. No creía que acabaría contándole tanto. Laura la contempló y vio su temor. Le sonrió y suavizó el ambiente sin percatarse de cuán poco le había revelado, en realidad, sobre sí misma.

—Así que, Carmilla —dijo con una sonrisa. C la imitó.

—Nadie más lo sabe, así que no puedes usarlo. —Aunque ese no era el verdadero motivo, tampoco era una mentira. Pero no estaba preparada para revelarle la verdad.

—¿Por qué te lo cambiaste? Es muy bonito. —El rostro de C se ensombreció. Laura no insistió—. Gracias por confiar en mí. —Ella negó. Laura pudo entrever cuánto dolor quedaba por descubrir. Se tumbó en la cama y suspiró. Toda la tensión había desaparecido. El cosquilleo había enmudecido. Se habían olvidado de la bañera—. Ha sido un día muy largo y nuestro tren sale pronto. Deberíamos descansar.

C asintió y también se echó. Apagaron la luz. Ambas tardaron en dormirse. El cansancio no fue suficiente para borrar las implicaciones de su historia. C se había girado y le había dado la espalda. Notaba sus ojos claros fijos en su silueta. Temió despertar y no encontrarla a su lado. No habría podido soportarlo por segunda vez. Laura daba vueltas a sus memorias. Intentaba juntar todas las piezas. Creía que así encontraría la forma de retenerla a su lado. No supo cuándo se durmió. La despertó una suave caricia sobre el hombro. C, vestida y

preparada, la contemplaba con una sonrisa en los labios y un brillo tranquilo en los ojos. La inspectora reaccionó y se puso en marcha.

No perdieron el tren. El ambiente era relajado. Durante unas horas no pensaron en la misión, ni en su suicidio. No hubo grandes confesiones, solo una charla trivial. Laura no volvió a coger su libro. Ya no le interesaba. Imaginó cómo sería contarle a su hermana la verdad que se ocultaba tras aquella novela, y que C se la había confiado solo a ella. Se sentía especial y más unida a la vampira que nunca.

Llegaron a su destino tras muchos trasbordos. Era de madrugada cuando recogieron el coche de su contacto para continuar el viaje. Laura conducía despacio atenta a las indicaciones de C. El rostro de la vampira se fue endureciendo a medida que se alejaban de la ciudad y se internaban por caminos secundarios mal indicados. La inspectora intercambiaba miradas entre el camino de tierra y su contorno. Creía que se habían perdido. Pero, tras llegar a una intersección, se encontraron frente a una gran verja metálica y un muro de piedra de más de tres metros de alto y dos de ancho.

Laura lo contempló asombrada. No esperaba encontrarse con algo así en mitad de la nada. Las puertas se abrieron de forma automática. No habían tenido que llamar; las esperaban. Recorrieron el camino de grava que se abrió ante ellas durante unos cuantos metros. A ambos lados, se extendía un frondoso bosque. La finca apareció como un punto lejano. Sus luces las guiaron. Era una enorme mansión con una gran explanada delante.

La fachada era imponente y estaba llena de ventanas impolutas. Tenía tres pisos que acababan en un tejado a dos aguas de tejas azules con varias chimeneas separadas de forma simétrica. Dos torreones se elevaban majestuosos. En el centro, la puerta principal y unos ventanales más grandes y bellamente decorados. Unos rosales decoraban el camino que llevaba a la entrada; a los lados, dos pequeños jardines de flores olorosas.

Giraron en la fuente y aparcaron en uno de los laterales. Un joven acudió a su encuentro. C le dio las llaves sin mirarlo. Solo parecía interesarle la puerta de entrada. Laura la siguió, contemplando maravillada su alrededor. Creía que se dirigían a un piso franco,

pobre y práctico. Esa propiedad llena de lujo no encajaba con el carácter secreto de la misión. El joven cogió su equipaje y desapareció por un lateral.

C no llamó. Igual que la verja, la puerta se abrió en cuanto estuvieron lo bastante cerca. Un mayordomo, algo mayor, las recibió. C lo saludó por su nombre. Al verla, él se inclinó lleno de respeto. Si el exterior era impresionante, el interior deslumbró a la inspectora. Era una auténtica mansión sacada de otra época. Todo a su alrededor era belleza y lujo.

C avanzaba por los pasillos con seguridad. No era la primera vez que estaba allí. Llegaron ante una hermosa puerta de madera con bellos relieves y acabados. C la empujó y entraron. Era una sala amplia y diáfana, con grandes cristaleras y sin muebles. El espacio solo estaba cortado por columnas colocadas a ambos lados en simetría perfecta. Al fondo, sobre una tarima, había un trono dorado. Desde él, alguien las observaba.

Era una mujer de algo más de treinta años, altísima, con un cuerpo voluptuoso y la tez morena. Tenía el pelo, oscuro y ondulado, trenzado. Aunque sus ojos, pequeños y rasgados, eran grises, brillaban con resplandores rojizos. Sus labios finos estaban curvados en una sonrisa seductora. Llevaba un vestido de seda negro que imitaba el estilo decimonónico, pero con un corte mucho más provocativo. Sus dedos largos no llevaban anillos; ni sus orejas redondeadas, pendientes; ni su largo cuello, una gargantilla; ni su frente, corona. Sin embargo, cada poro de su cuerpo emanaba sensualidad y autoridad a partes iguales.

Laura se sintió intimidada ante su presencia. Buscó de reojo a C, quien le mantenía la mirada a la desconocida. Avanzaron por la alfombra que se extendía desde la puerta hasta la tarima, mientras la mujer seguía sus movimientos con atención. Cuando llegaron ante ella, C se inclinó un poco y le hizo una reverencia. Laura la imitó y notó sus ojos grises fijos sobre ella. La mujer rio, se levantó y bajó de la tarima. Se colocó a la altura de C y la abrazó. Laura pudo escuchar lo que le decía al oído.

—Tú eres la única que no debe arrodillarse.

Se separó y se giró hacia la inspectora. La rodeó para verla desde todos los ángulos. Laura se había quedado petrificada. Solo podía mirar a C que las observaba con una sonrisa.

—Así que esta es la mujer que ha revolucionado a la Organización V. —C asintió. Laura permaneció inmóvil—. Cuando contactaste conmigo y me pediste permiso para venir con una humana, sabía que no sería una cualquiera. Veo que tenía razón. Su sangre es muy especial. —Olfateó el aire a su alrededor y Laura reaccionó. Se alejó de ella y, de forma instintiva, se acercó a C. Buscó en su costado y frunció el ceño al recordar que no iba armada—. Tranquila, no voy a hacerte daño. Los amigos de C son mis amigos. —Con esas palabras, se le acercó y la abrazó. También le habló al oído—: Sobre todo, si han logrado colarse en su corazón de esa forma. —Se separó con una sonrisa al ver su sonrojo.

—Morgana, hemos venido… —La reina no la dejó continuar. La detuvo con un gesto de su mano.

—Sé muy bien por qué estáis aquí. —Había vuelto a sentarse en su trono y había adoptado un aire solemne—. Queréis mi permiso para actuar tan cerca de mi casa y para recuperar las armas que empuñaste el día de la liberación. —C asintió—. Os lo concedo con una sola condición. —C entornó los ojos, pero no la contrarió—. Quiero que os quedéis aquí hasta mañana por la mañana y que asistáis al baile que celebraremos esta noche. Así tendré tiempo para conocer al nuevo miembro de la Organización V y para ponerme al día contigo.

—Morgana, no tenemos… —Ella volvió a acallarla con un gesto.

—Una sola noche no desbaratará vuestros planes. Y, teniendo en cuenta lo que vais a hacer, debo aprovechar esta oportunidad. Podría ser la última. Además, si sale mal, seré yo quien deba arreglarlo. Me debes una noche. —Se levantó del trono, pero no perdió el tono regio—. Yo, Morgana, la reina de los renegados, lo ordeno.

C asintió despacio y aprovechó el gesto para hacerle una nueva reverencia. Morgana movió la mano y se sentó. La audiencia había acabado. Salieron de la sala del trono. Fuera las esperaba el

mayordomo, que las condujo a su habitación y les indicó que podían descansar hasta el atardecer.

Laura echó un vistazo rápido alrededor. El dormitorio estaba decorado con el mismo estilo barroco. Había dos camas con doseles, una chimenea, un gran armario y varias estanterías. Al lado de las camas, dos puertas daban al baño y a un vestidor. C se dejó caer en una cama y descansó la cabeza sobre las manos apoyadas sobre las rodillas. Parecía contrariada por la decisión de Morgana. Laura no necesitaba preguntarle. Su reacción había hablado por sí misma. Se sorprendió de que hubiese dejado que sus sentimientos se entreviesen con tanta claridad. Desde que le confió parte de su pasado, se había reducido la distancia que la separaba de su corazón.

Laura abrió su maleta, que alguien había colocado al lado del armario, para decidir qué se pondría aquella noche. Sabía que nada de lo que llevaba era adecuado para la fiesta que se imaginaba, pero quería darle algo de tiempo a C para calmarse. No tardó en hacerlo. La conocía. No tenía sentido contrariar a la reina. Su deseo era ley. «Tiene razón. Una noche no cambiará nada. Además, nadie ha llegado todavía al punto de encuentro», pensó.

En realidad, no era eso lo que le molestaba. Desde que habían atravesado la verja, una idea se repetía en su mente. Las palabras de Morgana habían acentuado la necesidad de obedecerla. El final de todo se acercaba inexorable. Se les acababa el tiempo. Y aún había mucho que revelar. Debía hacerlo antes de poder cumplir sus promesas. Había empezado por lo más fácil, un principio que escapaba de su control. Sabía que el final, la guerra —«el día de la liberación» como lo había bautizado Morgana—, ya se lo había relatado Jonás. Lo que faltaba era lo más difícil, lo que más terror le daba compartir y lo que más dolor les traería a las dos. Aunque sabía que la verdad podía destruir el vínculo que compartían, también era la puerta hacia la libertad. Su corazón dividido dudaba.

Se pasó la mano por el pelo y la contempló. Recordó cada segundo a su lado. Ella la sintió y notó el cosquilleo en el vientre. Ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos oscuros. No pudo evitar sonreírle. Su gesto estaba cargado de significado. C tomó su

decisión: «Debe saberlo». Se levantó con energía y la invitó a recorrer la que una vez fue su casa. La inspectora aceptó sin perder la sonrisa. No podía saber el dolor que le estaba reservado.

C le enseñó cada rincón de la mansión. Demoró tanto como pudo el momento de llevarla frente a la puerta cerrada. Era la única que tenía candado. Daba acceso a un pequeño torreón. C sacó la llave, larga y antigua, y la introdujo. Chirrió al abrirse. Se encontraron al pie de una escalera de caracol. Subieron y llegaron al dormitorio que lo coronaba. C, que iba delante, apoyó la mano en la manilla. Dudó y la miró de reojo. Laura le puso una mano sobre el hombro y C tembló.

—No necesito verlo —lo había dicho en un susurro, mientras le acariciaba el hombro. C negó con la cabeza. «Sí que lo necesitas», pensó.

C cogió aire y la abrió. La oscuridad las recibió. Las contraventanas seguían cerradas. La vampira avanzó con seguridad, conocía cada centímetro, y dejó que la luz la iluminara. Laura no entró. Se quedó quieta en el umbral y observó cada detalle. Ya se había dado cuenta de dónde estaban. Era la habitación de C. Era bastante sencilla, la pared en la que se encontraba la puerta estaba atestada de estanterías; la cama ocupaba una de las esquinas; a su lado, un escritorio apoyado en el ventanal, el único punto de luz natural, y un sillón; la otra pared la llenaba un armario y una cómoda. Aunque nadie había entrado desde que C se marchó, no había ni una sola mota de polvo. Morgana había ordenado cerrarla de forma hermética para conservarla tal y como ella la dejó.

C buscó sus ojos desde el interior y le tendió la mano. Ella entró casi de puntillas y sin dejar de mirarla. Era la primera vez que estaba en su dormitorio. C se sentó en la cama y echó un vistazo circular. Lo reconoció todo y se llenó con las memorias que se escondían entre esas paredes. Solo había un motivo para haberla llevado hasta allí. Había llegado el momento de presentarlas. La observó vagar pensando cómo hacerlo.

Laura se dirigió a las estanterías y acarició las tapas de los libros con una sonrisa. Leyó los títulos y la imaginó con ellos entre las manos. Se sentó en el escritorio y admiró las vistas. Los rayos del sol

caían sobre la mesa. Laura cerró los ojos y arrugó la nariz al sentir la calidez. El gesto provocó una punzada en el corazón de la vampira. No había encontrado las palabras. Pero no esperaría más. Se le colocó detrás y le puso las manos sobre los hombros. Laura apoyó la cabeza sobre ella. Notó su tensión y se giró. Su rostro se había ensombrecido y tenía la mandíbula apretada. A pesar de que la inspectora quiso hablar, ella se le adelantó.

—Viví aquí un tiempo, tras derrotar a Caín.

C se agachó y abrió uno de los cajones. Sacó un marco, lo contempló un segundo y se lo tendió. «Así no harán falta palabras», se dijo. Laura lo cogió. C se sentó en la cama y bajó la mirada. La inspectora reconoció el rostro del retrato con un solo vistazo.

—¿Por qué tienes aquí un dibujo de mi hermana? —C no le contestó. Ni siquiera levantó la vista. No quería ver el dolor en sus ojos cuando se diese cuenta.

Tras un segundo de confusión, Laura volvió a fijarse en la imagen y entonces lo vio. Sintió un escalofrío. El parecido era asombroso. Pero no era Beth. Las piezas encajaron de golpe. Supo quién era. Se aferró al marco y apretó la mandíbula.

—Rebeca —pronunció la inspectora en un susurro bajo que llenó la habitación. El nombre quedó suspendido en el aire unos segundos. C cerró los ojos. «Ya está», pensó—. Así que esta es tu R. —Laura sonrió con tristeza. Su mente iba demasiado deprisa. Empezó a dolerle. Todo le pareció claro. Se odió por dejarse engañar otra vez. Notó crecer el nudo en la garganta y el peso en el pecho. Sus ojos ardían y una lágrima le recorrió la mejilla. Se la limpió llena de rabia—. Solo soy su sustituta. Y ni siquiera soy la primera opción. —Calló un segundo. Otra pieza había ocupado su lugar—. Por eso hay tanta tensión entre tú y Joel. Ella lo eligió. —Torció el gesto. C no reaccionó—. Menos mal que había otra tonta a la que seducir. ¿Te divertiste jugando conmigo, haciendo que me enamorara de ti? —Dejó el marco sobre la mesa. Rebeca las observaba con una sonrisa franca y un brillo cálido en la mirada—. Por eso quieres morir. Así te reunirás con ella. —Se mordió el labio. No quería llorar. No podría evitarlo—. Los sentimientos de una marioneta no importan. —Un par de lágrimas escaparon—. Era verdad, saberlo me ha hecho

entenderlo todo. —C se levantó de la cama y trató de cogerle las manos. Laura la apartó y la contempló enfurecida—. No me toques. —La ira anuló todo lo demás. No pudo detenerse—. Eres un monstruo.

Aunque se arrepintió en cuanto las pronunció, ya era tarde. C se dejó caer en la cama. Ninguna habló, pero no dejaron de mirarse. C sabía que debía contárselo todo. Ambas lo necesitaban. Entrelazó los dedos y apretó las manos. Recordó cada momento compartido con la inspectora. Su mente se detuvo en la batalla con Judas. Entonces lo supo y ya no dudó sobre por dónde empezar.

—No eres su sustituta. —La vio fruncir el ceño y respiró hondo—. Al principio, me atrajiste porque hay mucho de ella en ti. —Laura chistó y desvió la mirada—. Durante algún tiempo, deseé que fueses ella. —Laura apretó la mandíbula y cerró los ojos. Le dolía el corazón —. Pero, desde que me salvaste de mí misma cuando perdí el control frente a Judas, algo cambió. Ahora al mirarte no quiero ver a Rebeca. Y cuando te beso no son sus labios los que deseo. —Hizo una breve pausa y sonrió—. Me he enamorado de ti —fue fácil decirlo. Laura la contempló. Se había olvidado del dolor y la rabia. Solo quería que volviese a pronunciar esas palabras—. Cuando ella murió, cerré mi corazón. Solo quería acabar con Caín y abandonar este mundo en el que ella ya no estaba. No podía soportar seguir viviendo sin ella. Creía que acabaría mis días con ese sentimiento pudriéndome por dentro. Pero entonces, apareciste en mi vida. No sé lo que me has hecho. Pero no puedo seguir negándolo. —Ensanchó su sonrisa. Se sentía ligera por primera vez en mucho tiempo. No quiso parar—. Has conseguido colarte en mi corazón. No creí que nadie fuese capaz. Y ahora, solo quiero estar contigo. Intenté alejarte porque sé cuál es el riesgo. No soportaría perder a nadie más. Ya lo sabes. Pero, sé que sería mucho peor vivir alejada de ti. No quiero malgastar ni un segundo. No cometeré el mismo error.

Laura se levantó de la silla y se encaminó a la cama. Le sostuvo el rostro con las manos y buceó en sus ojos. Necesitaba comprobar que no mentía. C solo sonrió. No había nada más que decir. Laura se vio reflejada en su negrura. Sonrió y sintió el cosquilleo más fuerte

que nunca. Esa era la mirada que Rebeca había conseguido plasmar y con la que tanto había deseado encontrarse. Le acarició las mejillas. El tacto de su piel avivó el cosquilleo. Ella se apretó contra sus palmas y siguió observándola, pero no redujo la distancia. La inspectora ensanchó su sonrisa. Era su turno. Se inclinó un poco. Su respiración había comenzado a desacompasarse. C entrecerró los ojos y Laura unió sus labios a los de ella. Quiso probar a separarse tras apenas rozarlos, pero C la sostuvo por la cintura. No había tenido suficiente. Laura sonrió y le pasó las manos por el cuello. Ella también necesitaba fundirse en su calidez.

El silencio se llenó de pequeños gemidos. Laura notó las mejillas húmedas y se separó. No era ella quien lloraba. La limpió con las yemas de los dedos. C la sostuvo por las muñecas y la miró. Laura nunca había visto una expresión tan rota. Volvió a acariciarla.

—¿Quieres oír nuestra historia? —Su voz estaba llena de amargura.

Laura hubiese preferido no saber nada, pero supo que ella necesitaba contársela. «Solo así se liberará; solo así podrá volver a comenzar», pensó. Se sentó a su lado. C se llenó los pulmones de aire y fijó los ojos en la imagen de Rebeca. Laura la vio temblar y entrelazó sus dedos. C suspiró y le apretó la mano. Los recuerdos se amontonaron. Su mente se llenó con su luz. Comenzaría por el principio, por el día en el que esa luz entró en su vida para cambiarla para siempre.

24 de diciembre de 1878

Aquella mañana, Rebeca despertó primero, como de costumbre. Se tumbó sobre ella y fue besándole el rostro. Carmilla no abrió los ojos, pero la abrazó por la cintura. Rebeca sonrió. Sabía lo que significaba aquel gesto. La besó en los labios con suavidad. La oyó renegar y rio antes de volver a unir sus labios. El beso no tardó en profundizarse. Al separarse, Carmilla ya tenía los ojos abiertos. Con una sonrisa socarrona, giró con ella todavía sujeta y se le colocó encima. Le llenó el cuello de besos. Su risa la encendió y acompañó los besos de pequeños mordisquitos.

—Deberías empezar a asustarte, ¡voy a devorarte! —Un nuevo mordisco; una nueva risa, acompañada de un gemido.

—Sé que no lo harás. —Carmilla dejó su cuello y se apoyó sobre las manos para poder mirarla a los ojos. Rebeca le puso las suyas sobre las mejillas y la besó antes de continuar—. Confío en ti. Nunca me harás daño.

—¡Mira que eres cursi! —Fingió una mueca de desprecio.

—Puede, pero te encanta. —Esta vez fue Carmilla quien rio.

—Eres tú la que me encanta. —Volvió a besarla y acercó su cuerpo al suyo. Tardaron mucho en bajar a desayunar.

Salieron aquella nochebuena de 1878 sin saber que ya no volverían juntas a casa. Llegaron, pasado el mediodía, a la mansión de Marcilla, que las esperaba ansiosa en la puerta. Hizo todo lo posible para que se sintieran cómodas y felices. Carmilla creyó que aquellas serían unas buenas navidades. Sin embargo, a primera hora del 24, Abel regresó. Carmilla inspeccionó a su madre creyendo que era algún tipo de encerrona. Ella le devolvió una mirada atemorizada.

Abel al ver a Rebeca fue directo hacia ella y la abrazó. Le cogió las manos y exigió saber por qué no le había avisado de su regreso. Rebeca buscó los ojos de Carmilla que no había dejado de observar a su hermano. Aunque una rabia antigua quiso dominarla, no lo consiguió. Su control había mejorado con los años. Su madre interrumpió el interrogatorio y le hizo hablar de sí mismo. Él mintió acerca del motivo de su visita. Dijo que echaba de menos a la familia. Sus palabras no engañaron a su madre; lo conocía demasiado bien. Sabía cuál era su único propósito: engatusarla para que le subiera la renta.

Se sentó a desayunar con ellas. Se dedicó a presumir y a beber, mientras intentaba monopolizar a Rebeca. Carmilla no le prestó atención, estaba cansada de su forma de ser y quería mantenerlo lejos de su amada que la observaba sin saber cómo quitárselo de encima. Carmilla le sonrió. No la dejaría a su merced. Ambas habían advertido lo mucho que había cambiado.

Cuando acabaron de comer, Carmilla intentó marcharse con Rebeca. Abel gritó y dio un golpe sobre la mesa que hizo temblar las

copas. Rebeca retrocedió asustada e intentó poner distancia. Abel se quitó uno de sus anillos, se arrodilló y le pidió matrimonio. Rebeca la miró. Carmilla respiraba hondo. No dejaría que se repitiese aquella pelea. Asintió y le sonrió. Era ella quien debía contestarle.

—Tus sentimientos me halagan —le sonrió—, pero mi corazón pertenece a otra persona.

—¿QUIÉN ES? —Abel estaba colérico—. ¿QUIÉN ES EL BASTARDO? —Sus ojos se habían ennegrecido. Rebeca se alejó de él, temblando, y la buscó. Carmilla reaccionó y se colocó en medio. Rebeca se aferró a su brazo, de forma inconsciente, con la respiración entrecortada y un sudor frío perlándole la frente. Abel las observó y las piezas encajaron—. ¡TÚ! —La señaló lleno de rabia—. ¿CÓMO HE PODIDO ESTAR TAN CIEGO?

—Abel, cálmate —dijo su madre con su voz hipnótica.

Marcilla trató de refrenarlo, pero él la empujó con fuerza. Su cuerpo chocó contra una pared, que se agrietó, y cayó al suelo inconsciente. Aunque Carmilla sintió el impulso de ir en su ayuda, no se movió. Debía protegerla de su ira.

Abel avanzó. Había liberado a la bestia. A pesar de que Carmilla le habló, él no la escuchó; estaba fuera de sí. Ella adoptó una torpe posición defensiva que no sirvió de nada. El movimiento fue rápido y preciso. El golpe la tiró al suelo. Sus intentos por levantarse fueron inútiles. Él acompañó cada uno con una patada. Cuando ya no pudo moverse, Abel se dirigió hacia Rebeca que estaba paralizada. Solo había podido gritar y suplicarle que la dejara. Él la agarró del cuello y comenzó a estrangularla. Ella la llamó con un hilo de voz.

Carmilla se acercó a la línea y permitió que un poco de rabia corriera libre por su torrente sanguíneo. Consiguió ponerse en pie y coger un cuchillo de la mesa. Se lanzó a por Abel y se lo clavó en la espalda. Él gritó de dolor y la soltó. Se giró y fijó en su hermana sus ojos que se habían teñido de un negro profundo, lo que le daba un aspecto amenazador. Se sacó el cuchillo y lo dejó caer. Se abalanzó sobre ella con un gruñido. Ella no pudo protegerse. Rebeca reaccionó y recogió el cuchillo. Avanzó con la firme intención de defenderla. Él, al verla, rio despótico y detuvo la paliza. Fue hacia

ella, esquivó su ataque, la agarró y la estampó contra la mesa que se partió en dos.

Carmilla lo observó impotente. Lo había intentado, pero no había podido levantarse. Abel volvió a reír, se le acercó y la alzó del pelo. La arrastró y la dejó junto a Rebeca. Quería que lo viera. Fue implacable. Carmilla apretó la mandíbula para no gritar y lo miró desafiante. Solo consiguió avivar su furia. Los golpes se sucedieron. Rebeca, dolorida en el suelo a pocos centímetros, solo podía llorar. Fueron los segundos más largos de sus vidas. Cuando Abel se hubo asegurado de que no podría volver a interponerse, la soltó. Su cuerpo, quebrado y ensangrentado, cayó al suelo como un peso muerto.

Abel recogió el cuchillo y se lo enseñó a su hermana que se mantenía consciente a base de fuerza de voluntad. Levantó a Rebeca por el cuello y le pasó el cuchillo por el rostro. La joven estaba aterrorizada.

—¿Te casarás conmigo? —Su pregunta estaba fuera de lugar. Ella no lo entendió. El rostro de Abel se endureció y sus ojos brillaron, amenazantes. Repitió su demanda con un tono de voz grave y ronco —. Si no me complaces, te mataré. —Rebeca la buscó y fundió sus miradas. Carmilla se esforzaba en moverse. Pero solo conseguía aumentar el dolor. Rebeca negó con la cabeza. Abel torció el gesto —. Tú lo has querido.

La cogió en brazos y se puso delante de Carmilla. Apretó el mango del cuchillo y lo levantó.

—¡ESPERA! —Carmilla se había incorporado. Se apoyaba en sus manos que temblaban. No tenía mucho tiempo—. Rebeca, acepta — lo dijo con un quejido y la mirada humedecida. Ella negó de nuevo —. Te matará.

—No renunciaré a ti. —Rebeca había encontrado su voz. Se hundió en sus ojos y le sonrió—. Te quiero.

Aquellas palabras fueron su sentencia. Abel frunció el ceño y dio un alarido enrabiado. Carmilla no pudo detenerlo. Le clavó el cuchillo varias veces en el estómago. La sangre manó a borbotones y llenó la estancia de un olor metálico. Carmilla gritó mientras la veía caer.

Rebeca se puso las manos sobre las heridas y notó cómo la vida se le escapaba. No podría detener la hemorragia.

Abel había dejado de observarla. El líquido rojizo que había empapado el filo del cuchillo lo mantenía hipnotizado. Algo dentro de él estaba despertando. Sacó la lengua y la pasó por la hoja sin pensar. La sangre penetró con facilidad. En cuanto lo hizo, Abel entró en trance. Dejó caer el cuchillo y echó la cabeza atrás. Notaba cómo avanzaba por su sistema circulatorio y lo inundaba de placer. Ninguna droga había conseguido llevarlo a aquel éxtasis. Comenzó a hiperventilar, mientras un sudor cálido le empapaba la frente. Su temperatura corporal se había disparado, pero notaba el cuerpo ligero. Antes de que fuera consciente de lo que hacía, se había arrodillado junto a Rebeca, le había rasgado la ropa y bebía de su herida. Aunque Rebeca quiso apartarlo, estaba demasiado débil. Él la sujetó con fuerza y sació su nueva sed.

Estaba tan centrado en satisfacer su nuevo deseo que ni la escuchó moverse, ni la notó acercarse, hasta que lo asió por el cuello de la camisa y, con un solo movimiento, tiró de él hacia atrás. Marcilla había recuperado la consciencia. Solo habían sido tres minutos, pero habían bastado para que todo saltase por los aires. Marcilla contempló a su hija, luego a Rebeca y después la puerta. Se giró y se puso frente a Abel. Carmilla lo entendió. Su madre lo detendría. Él se había levantado de un salto y observaba a su madre con la boca llena de baba y sangre, y los ojos completamente negros.

Carmilla reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se arrastró hasta alcanzarla. La cogió en brazos, apretó la mandíbula e, ignorando su propio dolor, se levantó y salió de la casa. Pese a su determinación, no pudo avanzar mucho. Solo consiguió llegar al patio trasero. Cayó de rodillas y ya no pudo levantarse. Rebeca le sostuvo el rostro y la miró a los ojos. Carmilla negó y lo intentó de nuevo. Fue en vano. La contempló. No había dejado de sangrar. Le puso las manos sobre las heridas y empezó a llorar. Rebeca le acarició el rostro. Debía aprovechar cada segundo de los que les quedaban.

—Carmilla, te quiero—. La acarició por última vez y dejó caer los brazos, ya no podía moverlos—. Sé que tú no crees en estas cosas, pero sé que volveré a ti. Será en otra vida y con otro aspecto, pero volveremos a encontrarnos. —Tosió y una bocanada de sangre salió de entre sus labios. Era un deseo inútil. Ambas lo sabían, pero las dos quisieron creerlo—. Tendremos otra oportunidad de amarnos.

Le sonrió y, aunque quiso acercársele, ya no le quedaban fuerzas. Carmilla se inclinó y se besaron varias veces. Al separarse, se miraron y su luz se extinguió. Su cabeza cayó sobre su pecho. Aún sonreía. Carmilla gritó de dolor. Creyó que ella también moriría, pero su corazón no se detuvo. Volvió a besarla, empapándole el rostro inerte de lágrimas y manchándose los labios con su sangre. Se los mordió en un intento desesperado de alejar el dolor y el líquido rojizo se le introdujo en la boca. A pesar de que fueron tan solo unas gotas bastaron para acelerar su corazón y provocar el estallido de poder.

Abel había conseguido zafarse de su madre y salió al patio en busca de su nueva droga. Las vio y soltó un gemido. Marcilla consiguió retenerlo justo cuando iba a abalanzársele. Lo estampó contra la casa y se le puso delante. Echó un vistazo a su hija y sintió su dolor. Carmilla había oído los gruñidos de su hermano y notó cómo toda la rabia acumulada intentaba adueñársele. Esta vez, no se lo impidió. Se apoderó de ella en cuestión de milésimas. Colocó su cuerpo sin vida en el suelo, con cuidado, y le puso las manos sobre el vientre. La besó en la frente y se incorporó. Su cuerpo ya no le dolía, sus heridas se habían curado y sus ojos se habían teñido de negro. Había cruzado al otro lado. Los hermanos se observaron y se abandonaron a su instinto. No había vuelta atrás. Abel consiguió apartar a su madre. Marcilla había dejado de prestarle atención. Solo podía mirar a su hija, con el corazón encogido. Su peor pesadilla se había cumplido. Su maldición había despertado. La sangre de Rebeca los había convertido.

Los hermanos se lanzaron uno contra otro. Se golpearon, se mordieron y se arañaron. Solo existían ellos y su deseo de destruirse. Poco tardaron en salir de la propiedad. Aquel patio no era suficiente. No les importó herir y matar a los pueblerinos que

encontraron en las calles. Tan solo eran obstáculos que se interponían en su venganza. Llevaron la destrucción y la muerte a aquel tranquilo lugar.

Marcilla se había quedado arrodillada. Le costaba respirar. Aquello era culpa suya. Era su sangre, que corría por sus venas junto a la de aquella joven inocente, la que los envenenaba. Pensó en su Laura y no pudo evitar llorar. «Si pudieses ver en lo que se han convertido tus hijos, me odiarías», le dijo. Suplicó su perdón mientras escuchaba elevarse los gritos de terror y los gemidos de dolor. Sin embargo, ni siquiera entonces pudo reaccionar.

Los hermanos no los escuchaban. Solo podían notar el ritmo acelerado de sus latidos y el sonido de sus respiraciones entrecortadas. Aunque los ataques se sucedían llenos de violencia, sus heridas se curaban deprisa. Se detuvieron y se miraron. A su alrededor, las casas se habían convertido en escombros devorados por las llamas; y las calles estaban teñidas de sangre y llenas de cuerpos sin vida, hechos girones. En la mente de Carmilla, se repetía incesante la imagen de Rebeca muriendo entre sus brazos. No la dejaba pensar. La empujaba a actuar.

Corrió hacia su hermano, que también había comenzado a avanzar empujado por el recuerdo de la dulzura de su sangre. Pero no llegaron a chocar. Su madre había saltado en medio, los agarró de un brazo y los empujó a un lado. Abel cayó sobre uno de los tejados; Carmilla, sobre el camino. Marcilla aprovechó las décimas que tardó su hijo en salir de entre los escombros para llegar hasta ella y ponerle las manos sobre las mejillas. Debía despertarla.

—Ella no querría verte convertida en esto. —Carmilla frunció el ceño, no la había escuchado. Los sonidos le llegaban amortiguados. Pero el tacto de su piel y la suavidad de su tono empezaron a calmarla—. Rebeca. —La mención de su nombre centró su atención —. Tú la conocías mejor que nadie. ¿Qué crees que pensaría al ver lo que habéis hecho?

Carmilla echó un vistazo a su alrededor. La niebla se estaba diluyendo. La rabia desapareció sustituida por el horror y la culpa. Mirara adonde mirara, todo era dolor y muerte. Algunos aldeanos,

que se abrazaban a los cadáveres de sus seres queridos, se la devolvieron. Nunca olvidaría lo que vio reflejado en sus ojos.

—Madre —susurró con el corazón encogido y los ojos, que ya habían vuelto a su tono normal, humedecidos—. Madre —repitió al borde del llanto sin saber qué hacer.

—Vete y escóndete. —Le acarició el rostro—. Iré a buscarte y te lo explicaré todo. —La soltó y se giró para observar a Abel, ya libre—. Ahora debo ocuparme de tu hermano.

Carmilla obedeció. Se levantó y echó a correr sin mirar atrás. Ahora oía con claridad lo que su arrebato había provocado. Los gritos y el llanto que se extendían por todo el pueblo ya nunca la abandonarían. No se detuvo hasta que dejó de ver el pueblo. Encontró un pequeño molino abandonado. Se metió dentro y atrincheró la puerta. Se sentó entre el polvo y las telarañas. Se puso las manos sobre los oídos y cerró los ojos en un intento inútil de alejar el horror de sus crímenes. Entonces, la notó por primera vez. La tortura todavía no había acabado.

Empezó como un leve resquemor en la garganta. Intentó ignorarlo; pero no podría huir. La quemazón aumentó de intensidad y se tornó en un ardor punzante. Aunque tragó saliva, no bastó para apagar el fuego. Lo intentó de nuevo con la boca seca. La sed se le apoderó y borró el recuerdo de los gritos, de las miradas y de la muerte. Salió y olfateó el aire. Notó un aroma a humedad y lo siguió hasta un río cercano. A pesar de que metió la cabeza en las frías aguas, no logró disminuir la temperatura de su cuerpo. Bebió tanto como pudo, pero no aplacó la sed.

Unos cazadores se detuvieron al verla. Ella los oyó acercarse y su corazón intensificó el ritmo de sus latidos. Se levantó llevada por un impulso primario, incontrolable, y se les encaró. Todo su cuerpo temblaba y ardía. Dio un paso, pero se detuvo cuando la miraron aterrados. Sus ojos trajeron de vuelta al horror. La culpa controló a la sed y le dio unas milésimas que aprovechó para encerrarse en el molino. Aunque no lo comprendía, sabía que era peligrosa. Se aferró al recuerdo de Rebeca y juró no salir. «No le haré daño a nadie más», se repetía.

La sed no tardó en regresar, multiplicada por su intento fallido de alimentarse. Carmilla le hizo frente y aguantó el malestar que, pronto, se tornó en dolor. Se tumbó en el suelo y se abrazó a sí misma. Intentó dominar sus impulsos. Llenarse con la visión de los aldeanos aterrorizados no fue suficiente. El aire le faltaba. Pensó en Rebeca y en cada segundo feliz a su lado, y su luz la salvó. La sed no se rindió. Se mantenía a la espera. Sabía que encontraría una grieta por la que colarse.

Alguien se acercó. Carmilla sintió terror y rezó para ser lo bastante fuerte. Apretó su abrazo y deseó que no lograra entrar. Al oír su voz, una oleada de alivio provocó su llanto. Se levantó, la miró y sus labios comenzaron a temblar. Corrió a sus brazos y cayó de rodillas, sollozando. Su madre, que había conseguido abrir la puerta atrancada con facilidad, la envolvió y la consoló. Carmilla se le aferró con fuerza y balbuceó palabras inconexas. Su madre no necesitó más porque la perseguían las mismas imágenes y compartían el mismo dolor.

Cuando Carmilla se hubo calmado, Marcilla le entregó una botella opaca. La abrió y un olor dulzón las envolvió. Ella tragó saliva y buscó los ojos de su madre, quien asintió. Ella los cerró y bebió un poco. En el momento en el que la sangre le rozó los labios, sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal. Agarró la botella con ambas manos. Las dudas habían quedado atrás. Su corazón se aceleró y su temperatura corporal aumentó. Notó cómo le iban creciendo los colmillos y cómo el ardor de su garganta desaparecía. No le gustó la sensación que vino después y paró. Le devolvió la botella sin terminar. Se limpió la boca con las manos de forma frenética. Quería borrar todo rastro.

Su madre se apartó un poco y caminó sin rumbo. Buscaba las palabras adecuadas. No sabía por dónde empezar. La miró y sonrió triste ante la devastación que encontró en sus ojos. «Debo mostrárselo», se convenció. Se le acercó y le puso las manos sobre las mejillas. Cerró los ojos y dejó caer la máscara. Carmilla gritó mientras el rostro de su madre cambiaba. Ella los abrió y le sonrió.

—Sigo siendo yo, mi niña. —Le acarició las mejillas y ensanchó su sonrisa.

Carmilla le palpó la cara sin acabar de comprender. Su madre se había convertido en una muchacha de poco más de veinte años, atractiva y morena, con unos rasgos muy parecidos a los suyos.

—¿Cómo es posible?

Su madre se sentó a su lado, se llenó los pulmones de aire y comenzó su relato. Le contó cómo conoció a su verdadera madre y cómo los convirtió siguiendo sus deseos. Le explicó en qué se había convertido y lo que implicaba. Carmilla no la interrumpió. Apenas podía pensar. En su cabeza había demasiada información tratando de conectarse. Marcilla se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que le puso en la palma. Ella sintió una punzada, se lo llevó a los labios y lo besó. Aquel anillo era lo único que le quedaba de su amada.

—Creí que querrías tenerlo. —Carmilla asintió y lloró—. Lo siento.

Carmilla negó con la cabeza y se colgó el anillo del cuello. Lo acarició y respiró hondo. Debía calmarse. No tardó en conseguirlo. El anillo había traído algo más de vuelta: la imagen de su hermano.

—¿Dónde está Abel? —dijo y miró a su madre. Había tomado una decisión. Marcilla la adivinó y negó. Ella insistió—. Madre.

—No estás en condiciones de enfrentarte a él —dijo contemplándola aterrada—. Es mucho más fuerte que tú. Ha heredado lo peor de mí. Se ha convertido en un monstruo. No dudará en matarte.

—Yo tampoco. —Su madre sonrió y la observó de soslayo.

—Claro que sí. Tú nunca has sido como él. Te pareces mucho a Laura, tu madre. Si consigues atraparlo, no podrás matarlo. Vacilarás, aunque solo sea un segundo, y te matará.

—Aun así, debo encontrarlo. Debo pararlo. No permitiré que arruine más vidas. —Su madre negaba una y otra vez—. Si consigo matarlo, no me importa morir. Sin Rebeca ya no hay nada para mí en este mundo.

—Hija, por favor, no digas esas cosas. —Le sostuvo las manos y la miró desesperada. El brillo decidido en sus ojos le recordó a Laura. Bajó la cabeza. Sabía que no podría detenerla—. Te matará —dijo, a media voz, para sí.

—Madre, se lo suplico. Ayúdeme a volverme más fuerte, a controlar la sed. —Hizo una pausa—. Sabe mejor que nadie que no podemos dejarlo libre. —Su madre la contempló. Sabía que tenía razón, pero dolía demasiado—. Encontraremos la forma de matarlo.

Marcilla le apretó las manos. No le dijo que sabía perfectamente cómo hacerlo. La imaginó empuñando aquella daga y sintió cómo se le rompía el corazón. Levantó la cabeza y la miró a los ojos. No había nada que pudiese hacer para impedírselo. Asintió despacio y su hija la abrazó.

Madre e hija salieron del molino y se encaminaron a la casa de Carmilla. Todo había cambiado. Aquel lugar tan lleno de vida se había convertido en una sombra. Atravesó la valla y recorrió el camino de tierra que le pareció ajeno. Miró la casa y no la reconoció. Ya no era su hogar. Llegó a la puerta y supo que no volvería.

Se cambió de ropa y recogió algunas cosas. Llenó una maleta con los retazos de su pasado. Liberó a los animales y paseó por el huerto. Solo encontró dolor. Cerró la puerta e hizo una promesa, con el corazón destrozado y las lágrimas surcándole las mejillas: mataría a Abel y, después, se quitaría la vida. Creía que sería la única forma de recuperarla porque sabía que su deseo de reencontrarse nunca se cumpliría. Aquel día, decidió renunciar a su nombre. La Carmilla que Rebeca había amado murió con ella.

En los meses siguientes, se dedicó a prepararse en cuerpo y alma para cumplir con su propósito. Su madre alternaba sus enseñanzas con la vigilancia a Abel, quien también se había rebautizado porque su nombre no se ajustaba a su nueva naturaleza. Él tampoco era ya el mismo. No había tardado en aprender el alcance de sus nuevos dones y los usaba para lograr todo cuanto deseaba. Llevaba el horror adonde quiera que fuese. Convertía de forma indiscriminada y dejaba un reguero de criaturas incontroladas del que ella debía ocuparse. Sus adeptos crecían con rapidez. Aunque pronto contó con un ejército para protegerlo, ellas no se detuvieron.

La persecución fue dura y larga. Sin embargo, al final, consiguieron acorralarlo. C empuñaba la daga de su madre. Marcilla no pudo soportarlo e intentó razonar con su hijo. Él la decapitó con un movimiento rápido y violento de una de sus garras. La rabia se

apoderó de C y dejó de pensar. Solo logró herirlo. Caín consiguió escapar con la daga y sus huestes le impidieron perseguirlo. Desapareció y se mantuvo oculto mientras buscaba la forma de recuperar la fuerza perdida y de acabar con su hermana.

Había pasado más de un siglo y las piezas, por fin, estaban colocadas. Había llegado el momento de cumplir las promesas y las venganzas. Estaban a punto de interpretar los últimos compases del pacto de sangre.

Capítulo 35

C acabó su historia con la garganta seca y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Había temido no ser capaz de terminar, pero, en el momento en el que pronunció su nombre, no pudo parar. El dolor salió a borbotones de su corazón. Recordarla ya no sería una agonía. Laura no se movió, seguía con su mano entre las suyas. Sus memorias le habían dejado una sensación extraña a medio camino entre el dolor y los celos, la culpa y el amor. No creía que ninguna palabra suya bastase. Solo podía mantenerse a su lado, aferrada a ella, oyendo cada retazo de su pasado.

C suspiró y se limpió las lágrimas. Se giró hacia Laura y sonrió. En sus ojos no encontró miedo. La verdad no había cambiado nada. Se inclinó un poco y miró sus labios. Aunque los deseaba, no los unió a los suyos. Temía su rechazo. Laura le sonrió y la atrajo hacia sí. Tardaron mucho en separarse. Habrían deseado quedarse en aquella habitación. Pero aún había algo que hacer antes de empezar a prepararse para la fiesta.

C se puso en pie y le tendió la mano. Ella se quejó. C le sonrió, se la cogió y tiró de ella. Laura cayó entre sus brazos. C volvió a besarla y la abrazó. Laura le acarició el torso y se separó. Salió de la habitación con cada centímetro de piel ardiendo. C cerró con llave y acarició la puerta antes de alejarse. Con aquel gesto, dejaba marchar a Rebeca. Con la mano sobre la madera, pensó que tal vez ya no era necesario morir, que podía esperar un poco. Se prometió a sí misma que intentaría ser feliz con Laura. Cuando el tiempo las separara, cumpliría su promesa con Rebeca. Laura la esperaba unos peldaños más abajo. La vampira le agarró la mano y echó a andar. La inspectora sonrió y se la apretó.

Avanzaron por los pasillos hasta llegar a una pequeña sala, en el último rincón de una de las alas. Era un despacho decorado con el mismo estilo barroco que imperaba en toda la propiedad. C se dirigió a la chimenea que dominaba uno de los laterales. En los costados, habían cincelado dos pequeños grifos y en el dintel, relieves mitológicos de gran calidad. Palpó el pecho de uno de los grifos. Una de las escamas cedió y se metió hacia dentro. Escucharon el sonido de la piedra al moverse. Se abrió una pequeña abertura en el interior que dejó al descubierto una segunda pared con una cerradura. C se agachó e introdujo la misma llave de su habitación. La piedra se movió y mostró un hueco en el que descansaban dos catanas. Las sacó, las desenfundó y el metal cantó. No les había afectado el paso del tiempo. Laura las admiró. Eran bellísimas. C le tendió una y ella la sostuvo con dificultad. C le contó su historia.

Su persecución las había llevado a Japón. En aquella tierra tan lejana de Europa, Caín se creía a salvo. Tardaron mucho en localizarlo. Para entonces, sus matanzas lo habían convertido en un ser de leyenda, en un *yokai.* Allí no fueron bien recibidas. Nadie confiaba en las habilidades de dos mujeres extranjeras. Pronto les demostraron cuán equivocados estaban. Salvaron muchas vidas y alejaron al demonio. En agradecimiento, el mejor armero del país les forjó aquellas espadas con una aleación de plata de una pureza y dureza sin igual.

C creía que las necesitaría para enfrentarse a su hermano. Sin la daga, esas espadas eran su mejor opción. Frunció el ceño. Todavía no sabía cuál era el arma de Beth. Recordó las palabras de Irene y suavizó el semblante. Era la persona en quien más confiaba. Pensó en su oportunidad perdida y apretó la empuñadura. Dio un par de tajos al aire. «No volveré a fallar», se prometió.

Oyeron un reloj y se miraron. Debían prepararse. En su habitación encontraron sendas cajas con sus nombres grabados. Dentro estaba la ropa y los complementos que debían llevar. Una se encerró en el vestidor y la otra, en el baño. Se vistieron sin pensar en sus cuerpos desnudos separados por una fina pared. No podían enfadar a la reina. C fue la primera en salir. Morgana había escogido un conjunto sencillo: un traje oscuro, sin corbata, con camisa blanca, zapatos

Oxford y una máscara negra. Se observó en el espejo. Parecía sacada de una de las fantasías de la reina. En el fondo de su caja encontró una cinta negra. C la observó y sonrió. Llevaba algo muy parecido el día en que conoció a Morgana. Se ató el pelo y esperó a Laura sentada en su cama, jugueteando con la máscara.

Cuando salió, C tuvo que tragar saliva y respirar hondo. La reina había elegido un vestido rojo con unos finos tirantes, un gran escote y un corte que se extendía hasta la mitad de uno de sus muslos; unos zapatos de tacón negros con la suela roja; unos pendientes y un collar negros a juego; una máscara veneciana de fino encaje negro; y un bello adorno con el que recogerse el pelo. La inspectora se le acercó y le pidió ayuda para acabar de subir la cremallera. No había segundas intenciones, pero la tensión no las dejaba respirar. El corazón les latía con fuerza y tenían un hormigueo muy conocido instalado en el bajo vientre.

C trató de dominar el temblor de sus manos. Cuando su piel entró en contacto con su espalda, Laura tuvo que apretar la mandíbula para retener un gemido. Verla tan elegante había elevado la temperatura de su cuerpo. La máscara ocultó el deseo. C no pudo evitar besarle la nuca desnuda. Se contemplaron un segundo y sus labios se encontraron. Necesitaron de todo su autocontrol para detenerse. Dieron un paso atrás y se miraron a los ojos. Tenían los labios entreabiertos. El aire no bastaba para enfriarlas; ni la distancia para interrumpir el bombeo acelerado de sus corazones. La inspectora no pudo soportarlo y avanzó. Una nueva campanada la detuvo.

C inspiró hondo, se puso su máscara y se dirigió a la puerta sin volverse. Fuera de la habitación, le tendió el brazo. Ella lo entrelazó con el suyo. Caminaron hacia el salón de baile sin hablar ni mirarse. La tensión no había desaparecido. En la puerta se encontraron con el mismo mayordomo que las había guiado hasta Morgana. Les hizo una reverencia y las anunció. Todos se giraron para ver a la gran C. Laura notó que ninguno de los asistentes era humano y se aferró a su brazo. Sin sus armas se sentía vulnerable. Deseó no acabar de vuelta en el callejón donde todo comenzó.

Echó un vistazo alrededor para huir de las miradas curiosas que ahora tenía sobre ella. El salón se parecía a la sala del trono. Era un espacio diáfano, ovalado, con adoquines rojizos y marrones. El techo alto parecía sujeto solo por la fila de columnas que empezaba en la entrada y daba la vuelta. En cada una, un candelabro con tres velas rojas iluminaba y daba calor. El techo estaba decorado con nubes y otros motivos evanescentes, en tonos azules y dorados. De él colgaban tres lámparas de araña, una mucho más grande que las otras dos. Una orquesta tocaba con maestría al fondo, justo entre los cuatro ventanales que daban a sendos balcones con vistas a los jardines. Poco a poco las conversaciones se reanudaron y la pareja quedó olvidada.

Morgana estaba sentada en un trono al fondo de la sala. Se levantó y se les acercó con movimientos elegantes, cargados de voluptuosidad. Llevaba un vestido negro de encaje bastante sencillo, pero con un gran escote y un corte, parecido al de Laura, recorriéndole una de las piernas. Unos zapatos de tacón negros y una máscara dorada acababan el conjunto. Le tendió la mano a C y la observó de soslayo. Ella le sonrió, soltó a Laura y se la sostuvo.

La música comenzó a sonar en el segundo en el que sus pieles se tocaron. La inspectora se alejó y observó el espectáculo con el resto de los invitados. Las dos vampiras bailaban con gran complicidad, sin dejar de mirarse a los ojos. Morgana aprovechó la cercanía para hablarle al oído.

—Te he echado de menos. —La mano que tenía sobre su hombro acabó en la nuca. Se la acarició despacio, haciendo círculos con las yemas.

—Morgana, ya sabes que aquello… —No supo cómo continuar. Morgana le sonrió y detuvo la caricia.

—Lo sé, ya me lo advertiste entonces. En tu corazón solo había sitio para una persona, y no era yo. —Una nueva vuelta la interrumpió. Continuó cuando regresó a sus brazos—. Sabía que no tenía tu amor, solo tu cuerpo. Pero eso no cambia mis sentimientos.

—Lo siento. No debí involucrarte. Pero contigo podía huir del dolor. —Acercó su cuerpo y mantuvo el suyo bien sujeto mientras lo ladeaba—. Fui una egoísta y te pido perdón.

—No lo hagas. —Volvió a cogerla del cuello. Quería acortar aún más las distancias—. Siempre fuiste sincera conmigo. Sabía lo que me ofrecías. Lo acepté con todas sus consecuencias… —Un cambio de posición dejó la frase inacabada—. Y no me arrepiento. Volvería a hacerlo sin dudar. Yo también te necesitaba. Me salvaste y me diste un calor que me devolvió a la vida. Sin ti, no sería quien soy hoy: la poderosa reina de los vampiros renegados. —C le sonrió mientras el baile acababa—. Me alegra saber que te equivocaste. —C la observó sin comprender. Morgana le puso las manos sobre el corazón. La acarició al sentir sus latidos—. Había sitio para alguien más. —Sonrió con cierta tristeza—. Me alegro por ti. Aunque preferiría haber sido yo. —Se separó, ensanchó su sonrisa y fundió sus miradas. C no encontró tristeza, sino cariño—. Cuídala bien y déjate querer. —Respiró hondo y adoptó su tono regio—. Yo, la reina de los renegados, te lo ordeno.

C sonrió y le hizo una reverencia. Le sostuvo una de las manos y le besó el dorso. La reina asintió con aire solemne antes de echarse a reír, cogerla del brazo y avanzar hacia Laura. Ella no había dejado de observarlas con un regusto amargo. Morgana la soltó y se encaró con la inspectora. La contempló sin perder su sonrisa. Laura no bajó la mirada. La reina asintió despacio, satisfecha. Le indicó con un gesto que la siguiera y se encaminó a uno de los balcones. Laura dudó un segundo y buscó a C de forma inconsciente. C le sonrió y asintió. La inspectora se llenó los pulmones y se reunió con ella. La encontró apoyada en la barandilla, con los ojos perdidos en los jardines.

Se quedó detrás sin saber qué hacer. Ella se giró y la observó. Ensanchó su sonrisa y señaló a su lado. Laura avanzó y también se apoyó en la barandilla. Se quedaron un instante en silencio. Morgana recorría con la vista cada centímetro del paisaje. Laura empezó a sentirse incómoda, abrumada por su presencia majestuosa.

—Así que no solo eres la responsable de haber revolucionado a la Organización V —dijo la reina mientras la contemplaba de reojo—, sino que también eres quien me ha quitado a mi C. —Laura tragó saliva. Estuvo tentada de bajar la cabeza sumisa, pero una voz en su interior gritó. Se giró y la miró a los ojos, muy seria. La vampira rio y

le puso una mano sobre el hombro—. Tranquila, lo nuestro es agua pasada. No tengo ninguna intención de entrometerme. Solo quería ver tu reacción. —Laura entornó la mirada. Aunque intentó comprenderla, la calidez de su palma sobre su piel se lo impidió—. La quiero mucho. —La soltó. Los jardines exigieron de nuevo su atención—. Le debo la vida, en muchos sentidos. Necesitaba asegurarme de que la persona que ha elegido merece su amor. —La observó de reojo—. Si su corazón vuelve a romperse, no lo soportará.

—No voy a hacerle daño. —Su voz sonó firme. La miró fijo—. También la quiero mucho. —La reina rio. Le había gustado oírlo—. También me ha salvado más de una vez. Y sé cuánto ha sufrido. Solo quiero hacerla feliz.

—Me alegro. —La reina perdió la sonrisa y su rostro se ensombreció—. Tendrás que esforzarte porque se te acaba el tiempo. Lo sabes, ¿verdad? —Laura asintió. No le sorprendió que conociese su promesa. La reina suspiró—. Cuando veas a Caín, recuerda que es un monstruo sin escrúpulos. No se parece en nada a nosotros. —Se giró para mirarla de frente y le puso las manos sobre los hombros—. No te dejes engañar por sus rasgos serenos. No dejes que sus ojos te atrapen. Si dudas, te matará antes de que seas consciente de lo que pasa.

Laura advirtió su amargura y su rencor. Supo que no debía preguntar. La historia de Morgana solo la sabía una persona: C. Se la había revelado para liberarse y porque ella había formado parte del final. Estaban unidas por el odio y el dolor. La reina deseó que la joven inspectora pudiese salvarla de sí misma. No podía saber que ya lo había hecho. Notó a C acercarse. La soltó, le sonrió y le indicó con un gesto que ya podía marcharse. C inclinó la cabeza y también sonrió. La reina negó y observó cómo se reunían, cómo la distancia entre sus cuerpos desaparecía. Se sintió feliz por un segundo. Al siguiente, unos ojos oscuros le arrancaron la calidez.

Se llenó los pulmones de aire y se refugió en sus jardines. Pronunciar el nombre de su demonio había avivado los recuerdos dormidos. Sabía que no se marcharían. Entornó la mirada. Debía enfrentárseles una vez más.

Morgana no nació como reina. Nació en 1845 en un pequeño pueblo portuario en el seno de una familia de pescadores. Empezó muy joven como lavandera. Iba a diario con su madre y su hermana mayor al río. Allí se reunían con otras jóvenes del pueblo. El trabajo era pesado, pero el ambiente, agradable. Siempre había canciones que cantar o cotilleos que contar. Con los años, se convirtió en una mujer hermosa. Sus facciones suaves y sus hermosos ojos grises no dejaron indiferente a ningún joven. Tenía veinte años cuando escogió al hijo del panadero, un muchacho bueno y amable. Se casaron poco después.

Vivieron felices durante mucho tiempo. Solo les entristecía no haber tenido hijos. Su marido nunca la culpó, ni dejó que nadie lo hiciera. Sin embargo, todo cambió en 1880 con la visita a su pueblo de un noble adinerado y su grupo de amigos. Se hacía llamar Caín y estaba interesado en comprar algunas embarcaciones. En cuanto sus ojos se cruzaron, Morgana sintió un escalofrío. Le pareció que encontraba a otra persona en sus rasgos.

Morgana sustituyó a los barcos. Caín iba a su tienda a diario y alargaba su estancia con todo tipo de excusas. No tardó en insinuársele. Ella lo apartó y se escondió en la trastienda. Su marido ocupó su lugar y le amenazó. Caín le sonrió con desprecio y superioridad. «Así será más divertido», pensó.

Esa misma tarde, cuando regresó, Morgana se alejó de nuevo del mostrador. Sin embargo, esta vez no tendría tiempo de esconderse. El vampiro tiró una estantería al suelo y la usó para atrancar la puerta. Aunque el panadero cogió un rodillo, Caín le atravesó el pecho con la mano desnuda, antes de que pudiese pensar en utilizarlo. El hombre se vio reflejado en la negrura que dominaba sus ojos y sintió verdadero terror. El vampiro lo empujó y se limpió la mano con un pañuelo. El cuerpo chocó con la pared y resbaló dejando un rastro de sangre. Morgana se arrodilló a su lado, lo abrazó y gimoteó de dolor e impotencia. Su marido la miró, le sonrió y murió entre convulsiones. Ni siquiera había podido despedirse.

Caín se apoyó en el mostrador y contempló la escena con su imperturbable sonrisa macabra. Morgana se había olvidado de él, solo podía pensar en su marido. Abrazó, desesperada, su cadáver.

Quería devolverlo a la vida con su calor. El vampiro empezó a aburrirse. Martilleó nervioso sobre la madera. El sonido erizó la piel de Morgana y levantó la vista. Se encontró con sus ojos oscuros y un escalofrío de pánico le recorrió la espina dorsal. Buscó de forma inconsciente el rodillo. Caín ensanchó la sonrisa y se pasó la lengua por los labios, saboreando los preliminares.

Morgana se levantó y lo apuntó. Cada fibra de su cuerpo temblaba. Caín saltó el mostrador y se le acercó con la respiración agitada. Ella gritó y golpeó. Pero solo atravesó el aire. Caín se le había colocado detrás. La agarró de las muñecas y apretó hasta que el rodillo cayó al suelo con un sonido sordo. Morgana no pudo defenderse. El vampiro la violó salvajemente. Con cada embestida repetía un nombre que no era el suyo: «Rebeca». Cuando se sintió satisfecho, la soltó.

Se alejó con intención de unirse a la juerga de sus compañeros. Ella temblaba y se abrazaba a sí misma. Él se detuvo con la estantería a medio levantar. Se giró y la contempló. Ella se encogió más. Deseaba desaparecer. Él rio. Había tenido una idea. Le cogió la cara y la obligó a abrir la boca. Se cortó la palma y la alimentó con su sangre. A pesar de que Morgana quiso escupir y apartarlo de sí, Caín no se lo permitió. Le golpeó la cabeza contra el suelo hasta que dejó de resistirse. El líquido cálido le bajó por la garganta y le dejó un regusto metálico. Sintió náuseas, pero tragó, llorando.

Caín sonrió complacido. La agarró del cuello y apretó, lleno de euforia. Ella pataleó y le cogió las muñecas. Supo que su resistencia no la salvaría. Aunque quiso desviar la mirada y fijarla en el cuerpo de su marido, Caín la sostuvo firme. Morgana cerró los ojos y se abandonó. Creer que todo acabaría rápido la llenó de paz. No podía saber el infierno que aquel demonio le tenía preparado.

Volvió a la vida con dolor. Caín se había sentado sobre el mostrador y contempló entretenido cómo sus miembros se retorcían y sus huesos se quebraban. La transformación acabó con una sacudida. Morgana se llenó los pulmones de aire y observó a su alrededor consciente de cuánto había cambiado. Se levantó tambaleante mientras Caín se le acercaba. Ella lo empujó. Él rio. Planeaba divertirse mucho. La golpeó hasta que perdió el sentido.

Morgana despertó en una habitación con las ventanas tapiadas. Aunque había pequeñas aberturas entre las tablas por las que entraba algo de luz, no las necesitaba. Era capaz de verlo todo con claridad. Se levantó y dio un par de pasos hacia la puerta. Una gruesa cadena asida a uno de sus tobillos la interrumpió. Se giró y se acercó a una ventana. Quería mirar al exterior para trazar un plan de huida. Sin embargo, cayó de rodillas antes de alcanzarla. Un fuego hasta entonces desconocido le había atravesado la garganta y se extendió a gran velocidad. Pronto, cada centímetro de piel le ardía. Buscó desesperada algo alrededor con lo que saciarse. Encontró un cubo lleno de agua. A pesar de que se lo acabó, solo logró aumentar la sensación de necesidad y de ahogo.

Cuando ya no podía soportarlo más, oyó a alguien acercarse a la puerta. Su captor descorrió varios cerrojos y giró una llave tres veces. Su sombra llenó toda la estancia. Llevaba un candil y una botella. Entró con su habitual sonrisa macabra. Sus movimientos rítmicos parecían responder a una sintonía que solo él podía escuchar. La destapó y un olor dulzón llenó la pequeña habitación.

Morgana nunca había sentido un deseo semejante. Pero apartó la tentación con un enérgico movimiento de cabeza y se pegó a la pared. Él rio y esperó. El ansia crecía con cada aliento. La boca se le entreabrió y empezó a hiperventilar. Se estaba perdiendo. Él inclinó la botella y vertió un hilo rojo. El aroma dulzón multiplicó su intensidad y la envolvió. Había impregnado cada centímetro. Aunque quiso gritarle que se marchara, de sus labios solo se escapó un gemido. Al abrir la boca el olor se le coló y ya no pudo seguir combatiendo. Avanzó tambaleante y se arrodilló, rendida y humillada. Caín la llamó Rebeca y ella asintió.

Con aquel gesto de sumisión, dio comienzo su calvario. Las violaciones, abusos y vejaciones se intercalaban con horas de soledad a oscuras. Caín dejaba que la sed la torturara durante días y, cuando estaba al borde de la muerte, la sacaba de su celda y la obligaba a matar. Al principio se aferró a su humanidad, pero su resistencia solo servía para alargar el tormento de las víctimas y divertirlo. Cada vez que se alimentaba, por un instante, el dolor

desaparecía y se hundía en un lago de placer. Pronto se volvió adicta a aquella sensación de paz, y los inocentes dejaron de importar.

Un día, su rutina se interrumpió. Caín apareció más elegante que de costumbre y algo nervioso. La sacó de la celda, pero no la llevó de caza, sino que la condujo a una habitación donde la limpiaron y vistieron con suma elegancia. Luego la arrastraron a la entrada. Morgana se dejaba llevar; se había convertido en una muñeca hueca. Ni siquiera pensó en que era la oportunidad de escapar. Caín sonrió satisfecho al verla. Estaba rodeado por un grupo de vampiros armados. La agarró del brazo y la acercó. Había dejado de mirarla. Sus ojos oscuros estaban fijos en las dos mujeres que, al otro lado del patio delantero, parecían esperar con todos los músculos en tensión. Morgana las observó por inercia.

Eran dos bellezas morenas a las que pronto conocería por sus nombres. La más joven llevaba un vestido negro discreto y un sombrero con velo de viuda. En su rostro cansado se apreciaban las marcas del dolor. La mayor llevaba un traje oscuro con una camisa blanca y se había atado el pelo con una cinta negra. Sus ojos mostraban una ira profunda. La más joven la mantenía sujeta por la muñeca. Morgana se preguntó si una mano tan pequeña podría evitar que se abalanzara sobre ellos.

Ante las miradas de desprecio de la mayor, Caín ensanchó su sonrisa y apretó a su víctima contra sí. La desconocida entendió el significado del gesto y rio. Él tembló de rabia, torció el gesto y se aferró a su premio. Morgana ya no le prestaba atención. La valentía de aquella mujer le devolvió la energía. El fuego de sus ojos aumentó el ritmo de sus latidos.

—Si vas a buscarle una sustituta, mejor elige a alguien que se le parezca —dijo la desconocida sin dejar de reír. Su voz suave y musical erizó la piel de Morgana—. Está claro que no la conocías si crees que esa pobre mujer puede remplazarla. —La señaló y sus ojos se cruzaron. Morgana encontró lástima en sus pozos sin fondo y desvió la mirada. Se avergonzaba de su sumisión por primera vez desde que comenzó su calvario—. Mírala bien. Es apenas una sombra. ¡Qué bajo has caído, hermanito!

—¡CALLA! —gruñó. La máscara de serenidad cayó y su verdadero ser salió a la luz—. ¡Solo dices eso porque me ha elegido a mí! ¡A MÍ!

—¿Elegirte? —dijo con sarcasmo—. La has sometido a tu voluntad. La has convertido en tu esclava, no en tu compañera.

Rio de nuevo. Caín cruzó la línea y gruñó. Soltó a su presa y dio un par de pasos. La desconocida no dejaba de observarle. Él se preparó para abalanzársele. Pero el vampiro que tenía a su lado, su mano derecha, se lo impidió.

—¡Suéltame, Judas! —Se revolvió, pero él no lo soltó—. ¡Déjame matarla!

—Señor, es una trampa —intentó razonar—. Quiere que se aleje de aquí para poder enfrentársele a solas.

—¡No me importa! —gritó enfurecido.

—A mí sí. Si muere, todos pereceremos.

Movió la mano y dos vampiros lo ayudaron a meterlo en la casa. Caín se revolvía y gruñía fuera de sí. Las dos mujeres permanecieron inmóviles. La mayor había fruncido el ceño. La joven la cogió de la mano y la consoló maternal. Morgana no había apartado la vista. La mayor lo notó y sus ojos se cruzaron. Aunque Morgana creyó verla sonreírle, no pudo comprobarlo. Judas regresó a la entrada para aumentar la seguridad y devolverla a su celda. Desde allí, pudo oír cómo se preparaban para trasladarse. Mientras Caín destrozaba un mueble tras otro, Judas ordenaba. Conocía a sus enemigas y el peligro que representaban. «Si nos atacan con un grupo, podría alcanzarlo y matarlo. No correré ese riesgo por su capricho infantil», se dijo.

Aquella misma noche, Judas la condujo fuera y la presentó ante Caín, quien la contempló hastiado. Su hermana le había estropeado la diversión, le había arrebatado el juguete. Le dio la espalda y subió al carruaje. Aunque Morgana quiso imitarle, Judas la retuvo y sonrió con sorna.

—Lo siento, preciosa, pero no tenemos sitio para ti.

Morgana no pudo contestarle, ni reaccionar, solo observar cómo se alejaban. Cuando se quedó sola, intentó pensar, pero su mente seguía adormilada. Deambuló por el patio sin saber qué hacer. Se

sentía perdida y desamparada, y comenzaba a tener sed. Registró la propiedad en busca de alimento. Solo halló paredes desnudas y el rastro de la destrucción de su captor. «Debo irme», se convenció. Sin embargo, sus pies la devolvieron a su celda. Se sentó en la oscuridad unos minutos y buscó la paz en su encierro. Por un segundo, deseó que Caín entrara por la puerta con su sonrisa macabra.

La quemazón aumentó de intensidad. «No puedo quedarme», pensó entre lágrimas mientras salía. En la reja de entrada, se encontró con un camino que se extendía hacia el horizonte en ambas direcciones. Lo observó sin saber qué habría más allá. No logró decidir hacia dónde dirigir sus pasos. Los latidos se volvieron irregulares, el aire comenzó a faltarle y las piernas le temblaron. Se acuclilló y ocultó el rostro entre las manos. Había comenzado a sollozar. Al sentir una mano sobre su hombro, se asustó. Cayó al suelo al intentar apartarse.

Levantó la vista, atemorizada. Las dos desconocidas la miraban. La más joven estaba arrodillada a su lado y le hablaba con voz cariñosa. Morgana no entendió sus palabras, se había perdido en los ojos de su compañera que le tendió una botella. Ella la cogió y la joven la destapó. Un olor dulzón y familiar le llenó los pulmones. Gimió de alivio y bebió tanto como la dejaron. Su corazón recuperó el ritmo y, cuando la niebla de su mente se disipó, las inspeccionó. No sabía si debía temerlas. Quiso ponerse en pie, pero apenas tenía fuerzas. La mayor le tendió la mano y le dedicó una media sonrisa. La suavidad de su palma le erizó la piel y el brillo de sus ojos la llenó de calidez.

—Tranquila, solo queremos ayudarte —susurró la joven—. Me llamo Marcilla y esta es mi hija, C. —Morgana intercambió una mirada asombrada entre la pareja. Marcilla sonrió—. Somos como tú. Podemos enseñarte a controlar la sed y a llevar una vida pacífica.

Su voz era tan dulce, su sonrisa tan cálida y su expresión tan maternal que Morgana asintió despacio y se dejó llevar. Recuperar su antiguo yo no fue sencillo. Vivía con miedo y lloraba de noche. La abstinencia trajo consigo el peso de sus crímenes y las pesadillas

comenzaron. C estuvo a su lado durante todo el proceso. La ayudó a no rendirse. Su odio por Caín las unió.

Morgana quiso ayudarla a combatirlo. Se sentía atraída por la vampira sin poder explicarlo. Nunca le había pasado con una mujer. Sin embargo, la dulzura del sentimiento pronto acalló las dudas y dio un paso adelante. Aunque C quiso alejarla, la tentación fue demasiado grande. Al igual que su hermano, encontraba en ella retazos de su Rebeca. Comenzaron una relación que llenó sus noches y las reconfortó. A pesar de que ambas sabían que nunca habría nada más que necesidad y deseo, ninguna tenía fuerzas para enfrentarse sola a sus demonios.

Persiguieron a Caín por medio mundo. Morgana descubrió que las víctimas la seguían. Ella entendía su sufrimiento y sus palabras tenían el poder de sanar. Se convirtió en el símbolo de la lucha, en una figura a quien venerar. Cuando la guerra acabó, la coronaron como su reina. Desde su trono, juró mantenerlos a todos a salvo. Marcilla le había enseñado el proceso, largo y doloroso, para romper los vínculos que los unían a su enemigo. Su primer acto como reina fue devolverles la libertad a los suyos. A partir de entonces, vivió en paz, con Caín reducido a un mero recuerdo.

La reina suspiró y echó un nuevo vistazo a sus jardines. La visita de C había avivado sus temores. La amenaza seguía allí fuera. Respiró hondo y recuperó la serenidad antes de regresar al salón. Las observó charlar animadas y bailó una última vez con la vampira antes de dejarlas marchar. Ellas se prepararon y se despidieron de la reina en la sala del trono. Morgana abrazó a C con fuerza. Temía no volver a verla. Ella le hizo una reverencia y le besó el dorso de la mano.

Contempló cómo se marchaban con un nudo en el estómago. Aunque deseaba que tuviesen éxito, sabía que la victoria no estaba asegurada. Su deber como reina era proteger a su gente. «Si ellas fallan, Caín será libre. No permitiré que nos destruya», decidió. Oyó el sonido del motor de su coche. Cerró los ojos y echó la cabeza atrás. Por un segundo, quiso creer que aquella sería la última batalla.

Capítulo 36

C condujo sin parar con Laura dormida a su lado. La vampira la vigilaba de reojo sin dejar de sonreír. Tardaron varias horas en llegar al punto de encuentro, un pequeño refugio de montaña, alejado de la ciudad. Aparcó al lado de otro coche de alquiler y le acarició el hombro con suavidad para despertarla. La inspectora abrió los ojos y bostezó. Buscó su mano y entrelazó sus dedos. Seguía adormilada. C no pudo evitarlo. Se le acercó, se inclinó y la besó en la frente. Ella rio y le pasó los brazos por el cuello. Se miraron. «Un beso no es suficiente», pensaron. Laura juntó sus labios con los de ella y la apretó contra sí. Tardaron en separarse.

Irene las observaba con una sonrisa desde el porche y entró antes de que saliesen del coche. Las recibió sin perder su sonrisa pícara y las abrazó. Joel las saludó desde una mesa llena de mapas y papeles. C guardó sus cosas mientras Irene acompañaba a Laura a la cocina.

—¿Qué tal el viaje? Espero que compartir habitación no fuese un problema —lo dijo con su primer sorbo de agua. Laura tosió y ella rio—. Así que todo bien, ¿eh? —Le dio unos golpecitos en el brazo—. Me alegro.

Salió de la cocina y se dirigió al comedor. C y Joel hablaban de las posibles rutas. La monja ensanchó su sonrisa. La tensión entre ambos se había diluido. Supo quién había sido la responsable y se mordió el labio para no reír. Dedicaron las siguientes horas a discutir el plan y comprobar que las armas estaban a punto. Cuando acabaron, ninguno quiso irse a descansar. Sabían que no podrían dormir. Jonás todavía no había llegado y se acercaba el amanecer. Empezaron a ponerse nerviosos. Irene se refugió en su violín. Pero, por primera vez en mucho tiempo, el instrumento se le resistió.

Suspiró y lo guardó en su estuche. Acarició la madera antes de cerrarlo.

Abrió su maleta y sacó una guadaña. Salió al patio y dio unos tajos al aire para calmarse. C no tardó en seguirla armada con sus dos catanas. La inspectora sintió el impulso de unírseles, pero se contuvo. Aquel momento le pertenecía a la monja. Durante un rato, el ruido del metal al chocar fue lo único que perturbó el silencio. Laura repasaba los mapas y Joel la observaba de reojo, sin encontrar las palabras.

—Beth… —Su nombre les erizó la piel. Joel calló con un nudo en la garganta y una punzada en el corazón— estaría orgullosa de todo lo que has logrado. —Aunque sonrió, el gesto fue una mueca triste. Ella lo miró a los ojos y se vio reflejada en su dolor. Negó.

—Sigue atada a esa cama de hospital. Aún no la he salvado. —Ella también sintió las punzadas. Él le puso una mano temblorosa sobre el hombro. Ella apretó los puños y continuó decidida—: Lo haremos. Mataremos a Caín y la recuperaremos.

—Sí.

Ninguno encontró nada más que decirse. Joel se centró en sus papeles y Laura en la limpieza de sus pistolas. Afuera, las dos mujeres intercambiaban golpes sin parar. Irene atacaba con precisión. A C le encantaba no tener que contenerse con ella. La monja se detuvo y cogió aire. La ansiedad y los nervios no desaparecían. Se sentó en los escalones del porche y se aferró a su arma. C se colocó a su lado, le pasó una mano por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella sonrió y se le acurrucó.

—¿Y si fallamos? —susurró contra su pecho. C estrechó el abrazo —. Sé qué no quieres pensarlo, pero…

—Irene —interrumpió con firmeza—, no podemos dudar. Debemos ser fuertes. Él aprovechará cualquier fisura. Ya lo sabes.

—Sí, perdona. —Suspiró—. Es solo que tengo un mal presentimiento. —C buscó sus ojos y la monja ladeó la cabeza. La vampira la sostuvo por los hombros. Por una vez, fue ella quien la leyó. «Me está ocultando algo», descubrió.

—Irene, sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

—Lo sé —dijo y se fundió en su negrura—. No pasa nada, tranquila. —Le acarició las mejillas—. Todo acabará pronto. Seremos libres. ¿Te lo imaginas, C? No habrá más luchas, ni más muerte.

La monja la abrazó y aspiró su aroma. Necesitaba fundirse en su calidez y en su fuerza para enfrentarse a lo que venía. C la acunó y quiso creerla. Pero temía que hubiese algún problema con el arma de Beth, que fallase en el último momento y los dejara a merced de su hermano. Se aferró al cuerpo de la monja. «No dejaré que les pase nada. Con o sin su arma, lo mataré», se prometió. No podía saber que todo estaba ya decidido, que no podría evitarlo y que vería cumplirse sus peores pesadillas.

Escucharon el rugido de una moto y se separaron. Se les había acabado el tiempo. Laura salió de la casa. Jonás se quitó el casco y les sonrió. Solo la inspectora se percató de que había algo diferente. Aunque su instinto encendió todas las alarmas, sacudió la cabeza y las acalló. «Solo está nervioso. Como todos», se convenció.

Jonás los abrazó a todos. El de Laura duró un poco más. El vampiro se negaba a soltarla. Ella le notó temblar. Cuando se separaron, buscó sus ojos verde aceituna. Los encontró cargados de dolor. Él sonrió, pero fue una mueca forzada que desapareció enseguida. Su alegría se había consumido. Aunque le acarició la cabeza paternal, apartó la mano casi al instante. Ella se la sostuvo entre las suyas.

—No fallaremos —afirmó la inspectora. Él asintió sin mirarla. Laura no podía saber lo inútiles que habían sonado sus palabras; no podía saber que todo estaba a punto de saltar por los aires.

Entraron para ultimar los detalles. Jonás observó las rutas y los escuchó con atención. Señaló uno de los caminos y enumeró sus virtudes. Organizaron el plan y contemplaron todo un mundo de posibles contratiempos. Pronto no quedó nada que discutir.

—Recorreremos el camino hasta estar cerca de la propiedad. Desde esta explanada, la observaremos y localizaremos a los guardias —resumió Irene—. Nos colaremos dentro y los eliminaremos. Solo entonces entraremos a por Caín. Entre todos lo reduciremos y C le asestará el golpe final con el arma de Beth.

—Muéstrala —cortó C mientras miraba a la monja con fijeza y preocupación—. Debemos estar preparados por si el plan se tuerce y es otro el que debe empuñarla.

—No puedo C, lo he jurado. —La vampira frunció el ceño y entornó los ojos. Irene se hundió en ellos—. Sé que te enfadarás, pero Beth me pidió que no te la enseñara hasta estar frente a Caín.

—¿Por qué te pediría algo así? —intervino Laura.

—No lo sé. Pero nunca he roto mi palabra —le contestó sin apartar la vista de la vampira.

—Está bien. —C apretó la mandíbula. Sabía que era inútil discutir con ella—. Pero al menos enséñasela al resto.

—Ya saben lo que es, C. —Irene le acarició el brazo—. Lo sabemos desde que Beth volvió. Todos juramos lo mismo. —Sonrió con tristeza—. Creo que fue una de las últimas cosas que nos dijo.

—Vaya. —C pareció herida, pero no perdió la calma.

—Lo siento. —Volvió a acariciarla—. Sabes que si dependiera de mí…

—No te disculpes, Irene. Conozco a Beth. No os lo pediría sin una buena razón. Aunque no pueda comprenderla. —Se levantó y le puso las manos sobre los hombros—. Deseo ser yo quien acabe con él, pero —respiró hondo— solo importa matarle. Si acabas siendo tú quien la empuñe, te cubriré. Tienes mi palabra. —Irene le sostuvo el rostro con las manos.

—Cuando llegue el momento —Juntó su frente con la de ella No habían dejado de mirarse—, todo dependerá de ti. Te lo juro.

Se soltaron. Debían ponerse en marcha. Se colocaron el equipo y se armaron. Escondieron en una caja fuerte, bien oculta, todo lo relacionado con su identidad y con la Organización V. Irene guardó su violín. «Aquí estará a salvo», pensó. C se quitó la cadena que siempre llevaba. Acarició el anillo y lo besó. Lo guardó con cuidado y cerró la caja. Era la primera vez que se separaba de él. Sentía que le faltaba algo, pero no quería arriesgarse a perderlo.

Subieron a los coches, ellas en uno, ellos en el otro, y condujeron despacio. Observaban a su alrededor en busca de cualquier señal de peligro. El silencio aumentaba la tensión de sus cuerpos. Llegaron a la explanada y bajaron. A lo lejos se distinguía la finca. C lo entrevió

en una de las ventanas y notó cómo la rabia le subía por el espinazo. Creyó notar que le devolvía la mirada y torció el gesto. «Es imposible», se dijo.

Aunque oyó el disparo, no pudo llegar a tiempo. La visión de su hermano había borrado todo lo demás. La bala impactó sobre el pecho de la monja. C corrió y la alcanzó antes de que cayese. Se pusieron a cubierto tras los coches mientras los acribillaban. Irene gruñó de dolor y de rabia. Laura comprobó su chaleco. La bala solo había dejado una pequeña marca. No le había tocado la piel. La monja apretó la mandíbula, enfurecida. Nunca la habían pillado tan desprevenida. Agarró su rifle y disparó un par de veces. Aunque no acertó, le sirvió para calmarse.

—Tenemos que localizar a los tiradores —dijo y señaló un montículo de tierra.

C asintió y les hizo un gesto a Jonás y Joel, que las observaban ocultos tras el otro coche. Ellos comenzaron con el fuego de cobertura. Irene le cedió el rifle y C echó a correr. Solo tardó unas pocas milésimas en llegar, pero consiguieron herirla. Notó el ardor punzante mientras las balas salían de su cuerpo. La plata era de máxima calidad. Respiró hondo y apuntó. Abatió a dos antes de que se replegaran. «Son buenos», se dijo con el ceño fruncido. Supo a quienes se enfrentaban: la guardia personal de Caín, los vampiros más antiguos con los que contaba.

Cuando los disparos cesaron, C se giró. Aquella emboscada solo tenía una explicación. Alguien los había traicionado. Los observó con el temor de encontrar una mirada culpable. No pudo acabar su examen. Del único punto ciego de la ruta, salió una tropa de vampiros bien armados. Ellos se pusieron en posición. Laura y Joel se subieron al capó de uno de los coches y dispararon a discreción con sus rifles. La inspectora falló varias veces. Aquellos vampiros eran mucho más rápidos que todos a los que se había enfrentado. La turba se acercaba imparable. Un sudor frío le mojó la nuca. Tuvo miedo de que todo acabase allí. Miró a sus compañeros y en sus rostros solo vio determinación. Se sintió débil e inferior. Su mente la devolvió al callejón y le mostró su impotencia. «Debo centrarme», se ordenó y sacudió la cabeza. Forzó la vista y disparó.

En la explanada, formando un triángulo, C, Jonás e Irene, armados con sus catanas, su hoz y su hacha, y su guadaña, permanecían inmóviles a la espera de la embestida que no tardó en llegar. Comenzó una batalla atroz. Los tres se movían sincronizados y a gran velocidad. Los tajos y cortes se sucedían. Pronto, las cenizas los rodearon. Joel y Laura habían cambiado los rifles por pistolas y seguían con el fuego de cobertura.

Aunque los vampiros los superaban en número, ni siquiera habían podido rozarlos. C les sonrió como si pudiese ver su miedo. Sus ojos negros brillaban. Los vampiros retrocedieron de forma inconsciente y el trío echó a correr. Era el momento de pasar a la ofensiva. Ellos no reaccionaron a tiempo. Perdieron a muchos antes de cambiar de posición e intentar rodearlos. El trío fue más rápido. Se echaron atrás, antes de que lo lograran, y volvieron a la formación en punta de flecha. Escucharon sus gruñidos de frustración y a la sonrisa de C se unió la del resto de los miembros.

Por un momento, todos creyeron en la victoria. Sin embargo, no lo lograrían. C vio la hoja atravesarle el pecho antes de sentir el dolor. La observó extrañada. Ninguno de aquellos vampiros se le había acercado. Giró el rostro y entreabrió los labios. Negó con la cabeza. «No es posible», pensó. Alguien gritó. No reconoció la voz porque solo existían sus ojos. Él sacó la hoja con un movimiento brusco. La sangre salió a borbotones y C cayó de rodillas. No pudo evitar la segunda estocada que le perforó el abdomen. Aunque intentó pronunciar su nombre, de sus labios solo salió una bocanada de sangre.

Irene solo tardó un segundo en reaccionar. Fue en su ayuda y lo atacó con fiereza. Él la esquivó con facilidad. La agarró de un brazo y la elevó. El choque fue brutal. La monja se quedó en el suelo retorciéndose de dolor. Joel había bajado del capó y corría hacía ella. A pesar de que todas las balas impactaron, no bastaron para detenerle. Él lo alcanzó antes de que pudiera recargar. Lo cogió del cuello y lo lanzó contra el otro coche. El impacto le abrió una brecha en la cabeza.

Laura se había quedado paralizada. El arma le temblaba en las manos. Solo podía contemplar, impotente, cómo los hería. Cuando

subió de un salto y se le colocó al lado, lo encañonó. Pero fue incapaz de dispararle. Él sonrió con un gesto triste. Los ojos de la inspectora se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué? —Él ensanchó su sonrisa y la golpeó en el vientre con fuerza.

—Lo siento, Laura —dijo y no dejó que su cuerpo cayese.

Ella fundió sus miradas antes de perder el conocimiento. Sus ojos verde aceituna se humedecieron.

Capítulo 37

Laura despertó con todo el cuerpo entumecido. No pudo incorporarse porque estaba dentro de una jaula de poco más de un metro de alto. Observó a su alrededor y encontró otras dos. «Falta una», pensó con el corazón encogido. «Debo escapar», se convenció. Se inspeccionó. No estaba herida, pero le habían quitado las armas y el equipo. Palpó los barrotes y el cerrojo. No encontró ninguna fisura. Chistó. Solo podía esperar. Al poco, oyó pasos y un tintineo metálico. Dos vampiros, armados con metralletas y con los rostros semicubiertos con capuchas, entraron. Ella fue a la última a la que liberaron. Salió a gatas y se incorporó. A su lado Joel, con la cabeza vendada, e Irene intercambiaban miradas con los rostros serios.

Los sacaron de la habitación. Avanzaron por un pasillo iluminado por velas y decorado con el gusto decimonónico. Los tres intentaron ubicarse y crear un mapa mental del lugar. Se percataron enseguida. Ni la distribución ni el tamaño de las estancias se parecían a los de los planos. «No estamos en la mansión de Estiria», pensaron.

Llegaron a una sala amplia con el techo alto, llena de velas negras colocadas de dos en dos, y sin muebles. Las ventanas estaban tapiadas y, del techo, colgaban tres lámparas de araña. En el centro, C se hallaba de rodillas y en ropa interior. Sus muñecas estaban atadas a dos gruesas cadenas, plateadas y con diferentes inscripciones, enganchadas a dos columnas muy distantes entre sí. Tenía la cabeza gacha y el pelo suelto. Respiraba con dificultad. Su cuerpo estaba lleno de heridas y cardenales que no se le curaban.

Laura quiso ir a su encuentro. Pero Irene la agarró de la muñeca y la detuvo. Ella no se había cegado por su visión. Señaló con un gesto a la pared del fondo. Había alguien sentado en un trono

barroco colocado en una tarima. Los miraba con una sonrisa sádica y un brillo divertido en sus ojos oscuros. Cada poro de su cuerpo infundía terror y emanaba maldad. Un escalofrío recorrió la espalda de la inspectora. «No pueden ser mellizos», se dijo. A su lado, sin atreverse a alzar la vista, encontró a Jonás.

Caín se puso en pie y cruzó la habitación. En su cinturón portaba una daga, con la hoja negra y una calavera en el mango, a la que le faltaba la punta. Se acercó a su hermana y la cogió del pelo para levantarle la cabeza. C entreabrió los ojos y, al verlo, le escupió. Él no perdió la sonrisa. Su resistencia le divertía. Le recordaba lo patética que siempre había sido. Se limpió el rostro y la golpeó sin soltarla. Aunque le partió el labio, ella no se quejó. Apretó los dientes y aguantó el dolor. «No le daré esa satisfacción», se repetía.

Aún no se había percatado de su presencia. Caín era todo lo que podía ver. Él le dirigió la cabeza hacia el rincón del que todavía no se habían atrevido a moverse. Ella entreabrió los labios y quiso ir hacia ellos para sacarlos de aquel infierno. Pero ni siquiera pudo levantarse. Caín le dio un rodillazo que la hubiese tumbado de no haber estado encadenada. Ella respiró hondo y ahogó el dolor. Alzó la cabeza, con un hilo de sangre escapándole de los labios cerrados, y lo miró llena de odio. Él ensanchó su sonrisa. Iba a disfrutar mucho.

Regresó a su trono y se dejó caer, fingiendo cansancio. Se giró hacia Jonás que seguía con la vista fija en el suelo. Le habló con su voz aterciopelada:

—¿No vas a saludar a tus amigos? —Su tono irónico y su énfasis en la última palabra fueron como una aguja en el corazón de Jonás, quien cerró los ojos y apretó los puños—. Venga, Jonás, estamos esperando.

Caín dio unos golpecitos con la punta de los dedos sobre uno de los reposabrazos. Jonás los contempló. No quedaba ni rastro de su alegría. Aquel monstruo había logrado robársela.

—Hola —pronunciar aquellas dos sílabas le costó mucho más que revivir su pasado con Laura. La voz se le quebró antes siquiera de acabar. Laura creyó que se echaría a llorar, pero logró aguantar.

—Muy bien. —Caín aplaudió mordaz. Centró su atención en los tres miembros de la Organización V. Los observó como si fuese la primera vez que los veía, como si fuesen los conocidos de un amigo común—. ¡Qué modales los míos! Si aún no nos hemos presentado. —Se levantó y se les acercó. Se dirigió a Joel, quien lo miró con desprecio—. Soy Caín, encantado.

Le tendió la mano; él no se la cogió. Deseaba degollarle. Caín rio y desvió la mirada hacia uno de los guardias que tenían detrás. El vampiro lo golpeó en la espalda y Joel cayó de rodillas. Caín le ofreció la mano por segunda vez. Irene reaccionó. Se tragó su orgullo y pensó en C encadenada a su merced. Avanzó y se la estrechó.

—Es un placer. Yo soy Irene, y estos son Joel y Laura —dijo con una sonrisa tan falsa como la suya.

Él asintió satisfecho y se colocó en medio de las dos mujeres. Les pasó los brazos por el cuello y observó gozoso a C. Los ojos de su hermana brillaban con rabia e impotencia. Avanzó con ellas y las colocó cerca de Jonás. Uno de los guardias agarró a Joel del brazo y lo arrastró hasta allí.

—Cuéntales por qué están aquí. —Jonás bajó la cabeza, lleno de culpa—. Vamos, Jonás, no te hagas de rogar.

—Os traicioné —lo dijo con un hilo de voz, apenas audible, y la vista aún sobre el suelo.

—¿Qué? —Caín había movido una mano y la había colocado en su oreja a modo de altavoz. Su tono seguía siendo burlesco.

—¡Os traicioné! —Su voz llenó la habitación. Había levantado la cabeza y fijó la mirada en los ojos de Laura. Ella ladeó la cabeza incapaz de sostenérsela—. Lo siento, no tuve otra opción.

—¿Por qué? —Irene había vuelto a tomar la iniciativa—. Íbamos a acabar con la guerra. Tú has sufrido mucho más que nosotros. ¿Qué te ha ofrecido? ¿Qué puede ser tan importante? —Jonás cerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Algo que creí que había perdido para siempre. —Los abrió de nuevo y los paseó por sus tres compañeros, sin atreverse a enfrentarse a los de C, que notaba clavados sobre él.

Irene lo contempló sin comprender, Laura huyó de su mirada y Joel tenía los ojos cerrados por el dolor. Solo Caín lo observaba con conocimiento de causa. Las soltó y dio un paso al frente. Aplaudió sin perder la sonrisa y con un gesto le indicó al guardia de la puerta que se marchase. Regresó en un par de minutos con una niña de poco más de cinco años, morena, con los ojos color verde aceituna y con un vestidito lleno de volantes. Caín le tendió la mano y la niña avanzó hacia él sin temor. Él la sostuvo en brazos, sonrió con su dentadura perfecta y no alargó el suspense.

—Saluda a tu papá, Claudia.

La niña ladeó la cabeza, extrañada, y solo se movió cuando señaló a Jonás, que tenía la mirada humedecida. Claudia lo observó unos segundos, concentrada. Intentaba que algún rasgo le resultase familiar. Pero no podía reconocerlo porque ni siquiera lo recordaba. El tiempo y la sangre maldita de Caín le habían arrebatado el pasado y la habían condenado a un presente eterno. Sin embargo, obedeció la orden y lo saludó con la mano. Jonás tuvo que tragar saliva para reprimir el llanto. Aunque Caín la bajó, no le soltó la mano y avanzó hasta llegar a Jonás. Él necesitó de todo su autocontrol para no golpearlo y arrebatarle a su hija. La mirada preocupada de Laura lo ayudó a centrarse. Caín le puso las manos sobre los hombros y la giró para que C la viera.

—Esto es lo que le ofrecí. Vuestro gran amigo os ha traicionado por una niña, su hija. La convertí el día en que nos conocimos. Creí que sería divertido, pero mira lo útil que me ha sido. —C gruñó y movió los brazos con furia. Las cadenas le quemaron la piel.

—Lo siento —se disculpó Jonás con los ojos fijos en la niña, que observaba a su alrededor, inocente, ajena a todo el dolor que había causado y a todo el que todavía estaba por llegar—. Caín, —no logró que su voz fuese neutra. El odio y el desprecio tiñeron la curva melódica—, cumple con lo que me juraste. Te los he entregado. Ahora, desvincúlala y devuélvemela.

—Está bien, está bien. —Rio—. ¡Mira que llegas a ser impaciente!

Se arrodilló junto a la niña, se mordió la muñeca y se la acercó. Ella no necesitó explicaciones. Acercó los labios a la herida abierta y bebió hasta que se la apartó. Caín le limpió las comisuras con el

dorso de la mano y le indicó con un gesto al guardia que la había traído que se la llevara. Se puso de pie y comprobó su herida que aún goteaba.

—¡Qué fastidio! —Miró a su hermana y se la enseñó—. Esto es culpa tuya, hermanita. —Ella escupió. Era el único gesto de resistencia que podía permitirse. Él rio y se centró en Jonás—. La desvinculación tardará un poco. En cuanto haya acabado, os marcharéis sanos y salvos como prometí. —Jonás asintió y apretó la mandíbula—. Eso te da tiempo para asistir al primer acto.

Se giró hacia C y ensanchó su sonrisa. Avanzó hasta llegar a ella y se quitó la chaqueta, el chaleco y la camisa para dejar el torso al descubierto. Parte de su piel estaba cubierta por una venda ensangrentada. Con un tirón, deshizo el nudo y la tela cayó. C sonrió y él se dio la vuelta para mostrarle al público el origen de su sonrisa: una herida sobre el corazón, supurante de sangre y de pus, cuyo olor nauseabundo no tardó en golpearles. La había provocado la misma daga que ahora llevaba colgada en el cinturón. Su punta era la responsable de que no se le hubiese curado. No había podido extraérsela por mucho que lo intentó. Temía que acabase su recorrido y le atravesase el corazón. Su efecto nocivo había mermado sus poderes y lo había condenado a la inacción y a una vida llena de renuncias.

—No sabes el tiempo que llevo deseando que llegue este momento.

Caín había avanzado mientras hablaba. C notó su respiración sobre su rostro. Él le acarició el cuello justo sobre la yugular y notó su pulso acelerado. Se apartó de ella y se quedó quieto un momento. La observó y se pasó la lengua por los labios. Saboreaba la victoria. El vampiro que se había llevado a Claudia regresó con un cubo lleno de sangre de cordero. Lo colocó al lado de Caín y se marchó. Él se llenó los pulmones de aire, eufórico y seguro de su triunfo. Se agachó y se tiznó las manos. Trazó un círculo alrededor de su hermana y marcó los cuatro puntos cardinales con extraños símbolos. Se arrodilló cerca del centro y entonó un cántico. Entre ambos, apareció un pequeño remolino negro. De él salieron unas garras afiladas que se clavaron en la dura piedra. Avanzaron hasta

sacar de las profundidades del abismo a un ser aterrador que sonrió al ver a los hermanos con la grieta deforme que era su boca. Su instinto había dado en el clavo. Aquella humana insolente lo estaba divirtiendo incluso después de muerta.

Caín le hizo una reverencia y pidió en una lengua arcana tan antigua como el propio demonio. El ser ensanchó la sonrisa y dejó al descubierto sus enormes y afilados dientes. Paseó la vista por la habitación. Reconoció al público que lo observaba aterrado e incapaz siquiera de gritar. Se fijó en la inspectora. Estaba tan paralizada que no pudo desviar la mirada. Se encontró poseída por sus ojos, dos pequeños puntos rojos dentro de unas cuencas vacías. Notó cómo la leía por dentro. Su respiración entrecortada se detuvo un segundo. Todo desapareció. Solo existían esos ojos. El ser rio con un sonido animal, ronco. Ella sería la clave de todo. Cuando el demonio se dio la vuelta, el aire volvió a sus pulmones y regresaron las formas a su alrededor.

El ser se centró en C. Ella le devolvió la mirada. Su cuerpo temblaba, pero sus ojos desprendían un fuego intenso que le recordó a la mujer que lo había empezado todo. Supo que le brindaría un buen espectáculo y decidió aceptar las condiciones. Contempló a su invocador y asintió despacio. Se acercó todavía más a C y le puso una de las garras sobre el pecho. Era tan grande que casi se lo cubrió por completo. No dejó de mirarla a los ojos mientras le clavaba las uñas y le laceraba la piel. Ella cerró los suyos y aguantó la tortura sin gritar. Aunque las heridas no eran grandes, el dolor fue el más intenso de su vida. Notó cómo algo salía de su corazón y le recorría las venas hasta llegar a la punta de sus garras.

Los segundos pasaron y el efecto de la tortura se manifestó con violencia. C comenzó a debilitarse. Sus miembros temblaron, al principio con sacudidas leves, luego con espasmos descontrolados. El dolor se extendió desde los cinco orificios y se apoderó de cada centímetro. Un grito se le escapó de los labios cuando el ser cerró un poco la garra y la sacó con un movimiento rápido. La tensión de su cuerpo desapareció y le dejó los miembros adormecidos. Habría caído de no haber estado encadenada. Bajó la cabeza y tosió. Escupió una bocanada de sangre. La herida de su pecho no se cerró.

De ella salían finísimos hilos de sangre que aumentaban su debilidad con cada nuevo latido.

Aunque el demonio se giró hacia Caín, fijó sus ojos en la inspectora y le sonrió. Ella no se dio cuenta. Solo podía contemplar a C. A pesar de que todo su ser deseaba ir a su encuentro, quitarle esas cadenas y salvarla, su cuerpo no le respondía. Los impulsos desesperados de su cerebro no bastaban para activarla. Tenía demasiado miedo. Se odió por su debilidad. Se mordió el labio, desvió la mirada y la centró en sus compañeros. No sintió alivio al descubrir la misma expresión de terror en sus semblantes.

La criatura, con la mano aún entrecerrada, alargó el brazo hacia el vampiro. Aunque él no entendió el gesto, fingió. El demonio sonrió. «Él no se le parece en nada», pensó. Antes de que pudiera reaccionar, le clavó la garra en el pecho y la abrió en su interior. Caín notó cómo lo que le había robado a C llenaba su organismo de calidez y fuerza. Echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la sensación de plenitud que le invadía. Cuando le sacó la garra, no sintió dolor, solo un placer voluptuoso. El ser señaló a C y ordenó:

—Aliméntate.

Caín sonrió y se le acercó. Le agarró el rostro y la obligó a mirarlo. Ella lo hizo con más odio que nunca. Él ensanchó su sonrisa e intentó ladeárselo. C se resistió cuanto pudo. No iba a ponérselo fácil. Caín bufó y le clavó la daga en el hombro. La reacción de su cuerpo al entrar en contacto con el arma fue devastadora. Una nueva oleada de dolor la sacudió con fuerza. Sintió cómo todo cuanto tocaba el filo se quemaba. Sus ojos se le llenaron de lágrimas y de sus labios entreabiertos se escaparon unos leves gemidos. Había llegado a su límite. Caín se la dejó clavada unos largos segundos en los que no dejó de observarla con satisfacción. Se le colocó detrás y ahora sí pudo ladearle la cabeza y dejarle la yugular al descubierto. Se aferró a la empuñadura y acercó el rostro a su cuello. Extrajo el filo al mismo tiempo que le hundía los colmillos. Un alarido de dolor e impotencia salió de sus labios.

Laura dio un paso adelante. Por un segundo, se olvidó de su miedo, de Caín y del demonio. «Me necesita», era lo único que podía pensar. Irene y Jonás reaccionaron a la vez y la retuvieron. Sin

embargo, su movimiento no pasó desapercibido. El ser avanzó hacia ellos, pero no atravesó el círculo. Se quedó pegado a la línea y la observó con los ojos brillantes. La inspectora no retrocedió, ni siquiera lo miró. Solo podía pensar en la mujer torturada. Quiso liberarse y entonces la oyó. Muy dentro de su mente, una voz gutural que le erizó la piel pronunció unas palabras proféticas que no supo entender: *Odnauc eugell le otnemom alatam is ortseuv roma se laer arevlov a it omoc anamuh*.

Caín se empachó enseguida. Se le apartó y regresó al centro del círculo. Sintió una fina punzada en la herida abierta y esta dejó de sangrar. Se puso una mano sobre ella y sus dedos rozaron algo metálico. La movió y se contempló. La punta de la daga salía de su organismo mientras el corte se cerraba de dentro afuera. El fragmento cayó al suelo en el momento en que la herida desaparecía. Se palpó el torso con una sonrisa y rio triunfal. El ritual había funcionado.

El demonio se dio la vuelta y centró su atención en Caín. La satisfacción en su rostro provocó que sonriese con una mueca aterradora. Se dirigió al remolino. Su trabajo había acabado. Ahora solo debía esperar a que el verdadero espectáculo comenzase. Antes de lanzarse a la negrura, echó un nuevo vistazo al desencadenante y ensanchó su mueca aterradora. Cuando el agujero se desvaneció, una corriente de aire recorrió la estancia y apagó las velas. Todo estaba a punto de acabar.

Capítulo 38

Con el paso de los segundos, Caín se llenaba del poder que le había robado a su hermana; poder con el que su madre Marcilla los había devuelto a la vida. Miró a C, que seguía con la cabeza gacha, derrotada por completo, y asintió complacido. Se giró para observar a su público. Jonás e Irene todavía no habían soltado a Laura. Temían que echara a correr para ayudarla. Joel había conseguido levantarse e inspeccionaba su alrededor en busca de una posible vía de escape. El guardia se mantenía vigilante a la espera de las órdenes de su amo. Caín lo despidió con un gesto y se les acercó. Con cada paso sus poderes se multiplicaban de forma exponencial. Iba a comenzar con su venganza y sabía muy bien por dónde.

Antes de que ninguno pudiese notarlo, Caín agarró a la inspectora del cuello y la levantó con un solo brazo. Irene de forma instintiva se lo cogió. El vampiro sonrió y con la mano libre también la agarró por el cuello. Sin embargo, no la levantó. Con un movimiento rápido, la lanzó contra la pared. Oyeron cómo varios de sus huesos se quebraban por el impacto. Joel detuvo su ataque antes incluso de ponerse en posición y fue a socorrerla. Laura trató de liberarse, pero el agarre era firme. Observó a su alrededor, desesperada. Supo que nadie podría salvarla. Con C encadenada y drenada, no quedaba nadie para enfrentarse a Caín.

El vampiro apretó un poco más, solo lo justo para mantenerla en tensión. Su muerte no iba a ser rápida. La inspectora contuvo sus ganas de llorar y se fijó en C. Deseó que levantase la cabeza y la mirase; deseó que recuperase las fuerzas, rompiese sus cadenas y se lanzase a su rescate como aquella primera vez. Pero ella ni siquiera podía moverse. Caín apretó un poco más, con el ceño

fruncido. Quería toda su atención. No soportaba que buscara a su hermana. «Ella no se lo merece. No se merece nada», se recordó.

Caín estaba convencido de que todo lo bueno que le había pasado a ella era porque se lo había robado a él. Sintió una oleada de celos y de odio que empañó su triunfo unos segundos. Bastaron para que decidiera cobrárselo todo de una sola vez. Su muerte iba a llegar ya, con un fuerte crujido de su cuello al partirse. Anticipó el sonido en su mente y rio. Se pasó la lengua por los labios y la cogió con la otra mano. Sus latidos se aceleraron y su respiración se entrecortó. «Solo tengo que apretar un poco más», se dijo. La inspectora se ahogaba entre sus dedos. La tenía a su merced con sus ojos sobre los suyos.

Entonces sintió una mano sobre el hombro y entró en pánico. Por un instante, creyó que su hermana se habría liberado de forma milagrosa y estaba a su lado, dispuesta a enfrentársele. Negó con la cabeza y miró de reojo. C seguía encadenada. Sonrió y recuperó el aplomo. Giró el rostro, enfurecido porque le habían arrebatado el clímax, y se encontró con unos ojos verde aceituna, decididos y con más odio que miedo.

—Lo prometiste —le recordó Jonás. Caín puso los suyos en blanco —. Solo quiero un momento de placer a solas. —Él asintió, pero se resistió a soltarla—. Seré rápido. Luego podrás seguir divirtiéndote con ella.

Caín abrió las manos y Laura cayó al suelo. Tosió y respiró hondo varias veces para llenarse los pulmones de aire, mientras se masajeaba el cuello marcado por los dedos del vampiro. Cuando Jonás la agarró del pelo, ella se defendió. Él aguantó sus golpes sin inmutarse, la levantó y se la colocó sobre el hombro. Aunque la inspectora no se dio por vencida, no consiguió detenerlo. Caín los acompañó hasta la salida.

Al pasar cerca de su hermana, no pudo resistir la tentación. Los obligó a acercársele. Le asió el rostro y le pegó varias veces para devolverla a la realidad. Un pequeño brillo se paseó por su mirada y consiguió centrarse. Observó la escena y su cuerpo se llenó de adrenalina: sus amigos estaban malheridos en un rincón, su hermano sonreía triunfal y el traidor se llevaba a su inspectora. Lo miró con tanto odio como a su hermano. Abrió los labios, pero no

llegó a decir nada. Caín la golpeó justo en la herida del hombro y una nueva bocanada de sangre salió de ellos.

—¿Aún crees que puedes salvarlos? —Rio con sorna mientras la forzaba a fundirse con la mirada de Jonás—. Dile lo que pretendes hacerle. —Él supo qué decir, llevaba mucho preparándose para aquel momento.

—La deseo —tragó saliva. Laura no había dejado de golpearlo. C intercambió miradas de odio entre los dos vampiros. Caín se la sostuvo gozoso, Jonás desvió la suya—. Deseo beber su sangre y poseer su cuerpo. Tú mejor que nadie deberías entenderlo.

—¡Te mataré! ¡Os mataré a los dos! —Caín acalló sus amenazas al golpearla de nuevo en el hombro.

—¡C! —gritó Laura, temblando.

C la buscó con los ojos humedecidos. No podía salvarla. Jonás se dirigió a la puerta sin esperar su permiso. El vampiro apenas se percató. Su hermana había absorbido toda su atención. Quería disfrutar al máximo de cada segundo de su calvario. La puerta se cerró tras la pareja. C trató de desatarse con otro movimiento desesperado de sus brazos. La oleada de dolor no se hizo esperar. Esta vez la recorrió multiplicada por la pérdida de fuerza y las punzadas de sus heridas abiertas. Caín rio y le peinó el pelo con los dedos en una actitud servicial llena de falsedad.

—No te preocupes hermanita, volverá de una pieza. —Le dio un golpecito en la cabeza cuando acabó de peinarla. C se había quedado con la vista fija en la puerta. Caín se le puso delante y ella lo observó. Deseó poder arrancarle el corazón y correr tras el traidor —. Jonás solo quiere disfrutar de su cuerpo un poquito. —Hizo un gesto con la mano y se rio. C quiso replicar, pero solo pudo articular un par de gruñidos ininteligibles. La imagen de Jonás sobre ella la llenó de rabia. «Se lo haré pagar. La ayudaré a vengarse», se prometió—. Seré yo el encargado de quitarle la vida, y tú… —Le sostuvo la barbilla con dos dedos y los presionó hasta que dejó de revolverse. A C le asqueaba cada roce de su piel. Notar su olor rancio tan cerca le producía náuseas y una rabia que le quemaba en las venas—, estarás en primera fila. Te la arrebataré cómo tú me

quitaste a Rebeca. —C entreabrió los labios y un poco de sangre se le escurrió por una de las comisuras.

—Yo no te quité nada. —Tragó saliva mezclada con sangre—. Ella me eligió. —Hizo una breve pausa y volvió a tragar—. Me amaba. —Recibió el puñetazo en el estómago con estoicidad. Apretó la mandíbula. Esta vez no se dejaría acallar—. Y tú la mataste por ello.

Le escupió y recibió un segundo golpe que la hizo sonreír. El vampiro frunció el ceño. C, atada y derrotada, le había vencido. Le dio la espalda y echó una mirada circular en busca de una nueva forma de torturarla. La encontró acurrucada en una esquina, con los ojos llenos de impotencia. Alcanzó a los miembros de la Organización V antes de que hubiesen tensado los músculos. Los agarró y los levantó con facilidad. Ellos no pudieron soltarse.

—¡Déjalos! ¡Esta lucha es entre tú y yo! —gritó C.

Sin embargo, su hermano no la escuchó. Su reacción había confirmado sus sospechas. Aquellos dos humanos le importaban. «Su dolor incrementará el tuyo», pensó. Se acercó a ellos y los husmeó para decidir el orden. El aroma de C estaba impregnado en la piel de la monja. Sonrió casi decidido. Pero cuando se acercó a Joel, la rabia borró la mueca sádica. Lo husmeó por segunda vez y torció el gesto al reconocer la fragancia adherida a su cuerpo. El odio le anuló los sentidos.

—Ella me pertenece —dijo, temblando—. ¡Solo a mí! ¡A MÍ!

Soltó a Irene, que cayó como un peso muerto, y rodeó el cuello de Joel con ambas manos. Él lo miró, aterrado. Sus ojos se habían ennegrecido; su cuerpo temblaba de rabia; sus labios abiertos dejaban entrever los colmillos. Caín estaba a un paso de hundirse en la oscuridad y liberar a la bestia.

—¡Basta! —aulló C.

La voz de su hermana lo calmó y su mente maquiavélica urdió un plan. «Matarlo no basta», se convenció. Lo golpeó contra la pared varias veces mientras esquivaba sus torpes contraataques y reía histérico. Paró justo antes de culminar el asesinato. Lo soltó y Joel cayó con un sonido sordo. Al verse libre, se arrastró para huir. Caín lo detuvo, lo giró y se le sentó encima. Le asió la barbilla e hizo palanca con sus dedos para abrirle la boca. Con una mano mantuvo

la presión, se mordió la muñeca de la otra y se la acercó. Joel no pudo evitar el avance del hilo rojo. Observó impotente cómo le ensuciaba el torso, los labios y los dientes. Alcanzó la boca y la llenó. Caín le tapó la nariz y Joel lloró cuando el veneno logró penetrar en su cuerpo.

El vampiro sonrió y se puso de pie. Joel escupió. Pero ya era tarde. Su ponzoña avanzaba libre por su torrente sanguíneo. Se incorporó y contempló su alrededor, en busca de un consuelo que nadie podía darle. «Ahora soy un monstruo», pensó entre lágrimas. Caín se agachó a su lado y le acarició la cabeza.

—Pobrecito —dijo con sorna.

Joel lo miró, lleno de odio y rabia, y se le echó encima. Pero solo encontró aire frente a él. Caín se le había colocado detrás y le había pasado un brazo por el cuello. Se lo rompió mientras fundía su mirada con C. La muerte inició su calvario.

Irene había gateado hasta una pared y la había usado para levantarse. Había observado el final de la escena con el corazón encogido. Habría querido lanzarse contra el vampiro, pero sus piernas no le respondían. Su llanto coincidió con el inicio de las convulsiones. Se las limpió cuando lo vio acercarse. «Soy la siguiente», supo.

Los pies del vampiro se movían rítmicos; más que caminar parecían bailar. C gritó; él ni siquiera la miró. Llegó frente a la monja que había levantado los brazos en posición defensiva. La observó con su sonrisa socarrona y negó con la cabeza, divertido. «Toda resistencia será inútil», pensó. La agarró y su cuerpo impactó contra el suelo. Irene notó el dolor de sus costillas al partirse. Apretó la mandíbula para reprimir un grito y cerró los ojos para enfrentarse a las punzadas que se extendían desde los huesos rotos. Lo oyó arrodillarse y los abrió. Aunque todo su ser deseó plantarle cara, no pudo moverse. Caín le colocó las manos bajo las axilas y la levantó como a un peso muerto. La hizo bailar como una muñeca durante unos segundos. Cuando el juego le cansó, la giró y la situó frente a C.

Las dos se contemplaron en silencio. Los ojos de la vampira estaban anegados de lágrimas reprimidas, los de la monja estaban

tranquilos. Irene le sonrió y, de sus labios cerrados, se escurrió un hilo de sangre. C tensó los músculos e intentó romper las cadenas. Sabía que sería inútil, que solo conseguiría dolor, pero debía intentarlo. La descarga llegó acompañada de una nueva carcajada.

Joel despertó y se encontró con el espectáculo. Se incorporó con el regusto metálico de su sangre en la boca. Escupió en un acto reflejo que no sirvió de nada. Se levantó y se esforzó en acostumbrarse a su nueva naturaleza. Dio sus primeros pasos como vampiro y tomó una decisión. «Si estoy condenado, me llevaré a Caín al infierno». Echó a correr y notó cómo se llenaba de poder con cada zancada. Alcanzó su espalda y cerró el puño. Sin embargo, su deseo le había nublado el juicio. Caín, que lo había percibido todo, lo esquivó con un leve movimiento. Joel acabó en el suelo.

Caín soltó a la monja, que cayó con los miembros doblados en ángulos extraños. Su compañero la miró. Su cuerpo hecho jirones le aumentó la rabia. Quiso volver a atacar, pero la sangre en las comisuras lo había hipnotizado. El olor dulce lo estaba rodeando, se le adhería a la piel y se apoderaba de sus sentidos. La garganta le ardía. De forma inconsciente, se pasó la lengua por los labios. Por encima de sus latidos descontrolados, pudo oírle reír. «No te cortes», dijo con su voz melodiosa. Aunque Joel negó, su cuerpo no le respondía. El aroma era irresistible; el ardor, apremiante. Avanzó con la boca entreabierta, un hilo de baba marcando el camino y un ligero temblor.

Con cada paso, sus colmillos crecían. Los tocó con la punta de la lengua y lloró, impotente. Los hermanos contemplaban la escena, Caín con una sonrisa, C presa del llanto. Ella gritó su nombre, desesperada, pero no bastó para detenerlo, solo para aumentar el temblor. C se concentró y encontró la forma de pararlo.

—¡BETH! —el grito recorrió la sala y lo cambió todo.

Caín dejó de sonreír e intercambió miradas iracundas entre los dos. «Ella es mía. ¡Mía! ¿Cómo se atreve a tocarla? Le arrancaré la piel para quitarle su olor. ¡Es mía!», pensó. La mente de Joel se despejó un segundo. Fue suficiente para que se aferrara a sus colmillos y tirara con todas sus fuerzas. No le importaron ni el dolor, ni la sangre, ni la sed. Se los arrancó sin que Caín pudiera impedirlo.

Los observó orgulloso antes de recibir el puñetazo que lo tumbó. El vampiro golpeó sin piedad. Sus ojos se habían teñido de una mezcla de negro y rojo, sus colmillos y sus uñas habían crecido, su piel quemaba. Estaba cruzando la línea.

—Es mía, ¡MÍA! —repetía incesantemente tras cada golpe.

La paliza duró poco. Joel quedó inconsciente. Caín observó su obra y respiró hondo. Se calmó y recuperó la compostura. Se limpió las manos con su pañuelo y se peinó con los dedos. Lo agarró de la camisa y lo arrastró hasta su trono. «Aún no he terminado contigo. No te daré la satisfacción de acabar con la agonía tan rápido», le susurró al oído. Llamó a uno de sus guardias y ordenó. El vampiro trajo consigo una gruesa cadena de plata con correas en ambos extremos. Acopló una al trono, le ofreció la otra a su amo y se marchó. Él la colocó alrededor del cuello de Joel y le escupió antes de avanzar hacia la monja.

Irene no había sido capaz de moverse. El vampiro no miró a su hermana. Creía que se encontraría con un brillo de superioridad y una sonrisa socarrona. Creía que se burlaría de él por haber perdido el control, por no haber sabido someter a Joel. Sin embargo, C solo tenía ojos para sus compañeros y su rostro solo reflejaba dolor e impotencia.

Caín la arrastró y la apoyó contra una pared. Cuando la soltó, sus piernas no la sostuvieron y acabó sentada. Su visión derrotada lo animó. Sus labios se curvaron y sus ojos recuperaron el brillo. Recordó que era él quien tenía todo el poder. El primer golpe en la mejilla la tumbó. Los gritos y amenazas de su hermana solo lo alentaron y ensancharon su sonrisa. C zarandeó las cadenas, pero no consiguió liberarse. Los golpes tiñeron sus manos de sangre.

C calló y se quedó muy quieta. «No puedo pararlo, no puedo salvarla», se repetía. Apretó la mandíbula y lloró mientras presenciaba impotente cómo destrozaba cada centímetro de su cuerpo. Irene intentó no gritar. Pero, a medida que la tortura avanzaba, se iba quedando sin fuerzas. Su orgullo de guerrera la abandonó y el dolor se le apoderó. Suplicó una muerte rápida y se odió por ello. El vampiro rio. Lo había conseguido, la había doblegado.

No tuvo piedad. Alargó su tormento. Irene ya no gritaba, ni lloraba. Era una muñeca vacía. Él solo se detuvo al oír unos pasos cerca de la puerta. «Ya han vuelto. Es hora del plato principal», pensó. La acercó un poco a C. Su rostro era una masa rojiza, hinchada y ensangrentada, en la que apenas se distinguían sus bellas facciones. C se mordió el labio y fundió sus miradas. La monja reaccionó. Solo pudo entornar los ojos. Pero fue suficiente. C logró sonreír. Aunque la luz desapareció de sus ojos, su mirada se inundó de paz. Había recuperado la fe en la victoria. C casi podía oírla: «Acabarás con él y nos liberarás».

Caín la soltó y su cuerpo inerte cayó al suelo. C gritó de rabia y frustración. Su hermano la observó lleno de gozo y rio. El grito y la risa atravesaron las paredes y llegaron a los oídos de los recién llegados. Jonás, que llevaba bien sujeta del brazo a la inspectora, se detuvo un instante. Laura tembló. Ninguno quiso pensar en lo que significaban. Jonás tragó saliva y la empujó con suavidad. Abrió la puerta con la mano libre y necesitó de todo su autocontrol para reprimir el impulso homicida. Apretó la mandíbula y recordó su propósito. Laura cerró los ojos para controlar las lágrimas. Notó una mirada oscura sobre su silueta y supo a quién pertenecía antes de abrir los ojos y hundirse en ella. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y un desasosiego muy familiar se le instaló en el pecho. Recordó cuándo sintió ese terror por primera vez y su mente rememoró un cuadro. Dio un paso atrás. «Eran los suyos», pensó.

Capítulo 39

Caín les indicó con un gesto que se acercaran. Laura sintió el segundo par de ojos oscuros sobre ella. Quiso sonreírle, pero ni siquiera pudo mantenerle la mirada porque había descubierto los cuerpos de sus compañeros. Se llenó los pulmones de aire. No podía sucumbir al terror y a la tristeza. «Tengo una misión que cumplir», se recordó.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Jonás la soltó y ella se abrazó a sí misma. C se fijó en el traidor, quien sí se la sostuvo, impasible ante su odio y su rabia.

—¿Te has divertido? —dijo Caín, alegre.

Jonás asintió, complacido, y sonrió con sorna. Caín miró de arriba abajo a la inspectora y rio. Tenía la piel cubierta de moratones y arañazos superficiales, el pelo deshecho y los ojos hinchados. Su ropa estaba llena de rasgaduras, le faltaban todos los botones de la camisa y una de las mangas, y la cintura del pantalón estaba dada de sí. C quiso abalanzarse sobre él, pero las cadenas no la dejaron. Por un segundo, las había olvidado. Caín observó a su hermana y rio de nuevo.

—¡Mi hija! —La voz de Jonás consiguió alzarse por encima de su risa.

Él asintió y llamó a uno de sus guardias que entró acompañado de Claudia. Se la entregó a su padre y desapareció. Jonás se arrodilló y la abrazó con fuerza. Los ojos se le llenaron de todas las lágrimas reprimidas. Los hermanos no las entendieron; Laura sí. Le vio dirigir miradas esquivas a sus amigos mientras se creía amparado por el cuerpo de su hija. Sintió su dolor y quiso abrazarlo. Pero refrenó su impulso. «Tengo que centrarme o todo será en vano», se convenció.

Jonás se limpió las lágrimas, se levantó y cogió la mano de Claudia. Contempló a Laura y a C. Aunque le dolió el odio en los ojos de la vampira, no se arrepentía. Se giró hacia Caín.

—Nos vamos —afirmó.

En otras circunstancias, Caín habría castigado su insolencia. Sin embargo, estaba tan borracho por el dolor de su hermana, que ni siquiera se percató. Su mente estaba llena de la promesa de una nueva dosis de dolor, mucho más dulce. Los acompañó a la salida y los despidió con un gesto. Jonás se aferró a la mano de su hija y atravesó con rapidez el pasillo que lo separaba de la libertad. Laura intercambiaba miradas entre los hermanos mientras intentaba mantener el control sobre sus latidos. Caín avanzó hacia ella con la respiración entrecortada y una sonrisa maquiavélica. La inspectora respiró hondo y retrocedió sin dejar de observarlo.

El vampiro se pasó la lengua por los colmillos. C estaba aterrada. «A ella no puedo perderla. Debo detenerlo. Pero apenas tengo fuerza. Ese ser me la ha arrebatado», pensó. Buscó a su alrededor y una idea desesperada le cruzó la mente. Apretó la mandíbula. No tenía muchas más opciones. Se aferró a las cadenas, quemándose las palmas en el proceso, y se puso en pie. Caín llegó a ella en un suspiro, le cogió la barbilla y sonrió con paternalismo. La golpeó en el pecho y en el brazo. Ella soltó las cadenas y se dobló sobre sí misma. Aguantó el dolor y usó el resto de su energía para darle un rodillazo en el estómago.

Caín se apartó y la contempló con la máscara de desprecio e ira con la que ocultaba el terror. «No deberían quedarle fuerzas», se dijo. La espalda se le empapó de sudor frío. C sonrió y lo miró a los ojos. Su fuego aumentó el desasosiego. Él retrocedió con los miembros temblando. Ella rio para provocarle. Caín se llenó de rabia y alejó el miedo. Se olvidó de la inspectora, que seguía quieta a medio camino entre la puerta y C, y se lanzó contra su hermana. Sus ojos se ennegrecieron y sus colmillos crecieron. Dejó de pensar y cruzó la línea de nuevo. C sonreía con cada impacto. «Lo he conseguido. Me matará y ya no tendrá motivos para torturar a Laura. Podrá escapar. Estará a salvo», se consolaba.

Caín golpeaba con fuerza. Tras unos segundos, C apenas podía mantener la cabeza erguida. Cerró los ojos para recibir un nuevo puñetazo. Sin embargo, Caín se detuvo con el brazo levantado. Ella los abrió y reconoció la reacción de su hermano: ojos desorbitados y enrojecidos, temblor de labios, corazón desbocado. Era idéntica a la del día en que todo comenzó. «Pero es imposible. Rebeca está muerta», pensó.

Caín le dio la espalda y husmeó. Profirió un gemido de placer al encontrar el rastro. Comenzó a babear mientras el temblor se extendía al resto de su cuerpo. C buscó el objeto de deseo y una parte de sí ansió encontrarse con unos ojos grises. Pero fueron azules los que le sostuvieron la mirada. Laura le sonreía con una pequeña navaja, empapada en sangre, en la mano. Un hilo finísimo, cuyo olor había llenado la habitación, caía desde su brazo al suelo y formaba un pequeño charco.

Caín se le acercó con movimientos erráticos. Para el vampiro no existía nada más que aquel líquido oloroso. Laura se mantuvo inmóvil. «Más cerca», pensó. Cuando solo los separaban un par de metros, soltó la navaja, se hizo un torniquete con un pedazo de camisa y se acercó a C sin perderlo de vista. Caín estaba dominado por la droga. Se arrodilló y chupó el filo. Cuando estuvo limpio, hizo una mueca y la lanzó lejos. Se agachó y lamió el charco como un animal hambriento.

Laura sonrió; tenía su tiempo. Llegó hasta C y la abrazó. La cercanía de su piel mezclada con el aroma de su sangre provocó que, por primera vez en mucho tiempo, sus colmillos crecieran descontrolados. Aunque estaba débil, intentó resistir la tentación. Negó con lentitud y trató de apartarse, pero la inspectora no la soltó. «Perdóname», pensaba mientras acariciaba su mejilla con la suya. El cuerpo de C reaccionó. Su temperatura corporal aumentó y sus miembros temblaron. Laura se separó y se hundió en sus pozos oscuros. Le acarició el rostro con una sonrisa. C abrió los labios para detenerla, pero fue un gemido lo que salió de ellos. Ella lo acalló con los suyos y le pasó los brazos por el cuello. El beso enseguida ganó intensidad.

La inspectora le tocó los colmillos con la lengua y la presionó contra ellos hasta herirse. El sabor de la sangre inundó la boca de la vampira que, asustada, quiso echar la cabeza atrás. Ella no se lo permitió y unas pocas gotas de sangre lograron abrirse paso por su garganta y llegar a su estómago, con una explosión de placer y adrenalina. Todo su cuerpo tembló; el corazón golpeaba con fuerza en el pecho; la bestia levantó la cabeza y sonrió desde las profundidades del abismo.

Laura separó los labios y observó de reojo a Caín, que seguía entretenido. Sonrió. Todo iba según el plan. C había cerrado los ojos; hiperventilaba; y su rostro se había contraído por el terror. La inspectora la abrazó y le susurró las palabras mágicas al oído: «Confío en ti. Nunca me harás daño». La suavidad y dulzura de su voz iluminaron la oscuridad en la que C estaba cayendo. La vampira recordó su entrenamiento. No volvería a perderse. Respiró hondo. El aire le llenó los pulmones y le enfrió la piel. Apretó la mandíbula. Sus latidos se acompasaron. El monstruo retrocedió, derrotado. C suspiró y, entonces, notó el efecto de su sangre. Las heridas más leves habían desaparecido y las más profundas ya no sangraban. Los miembros se le habían llenado de energía y el dolor era un mero recuerdo.

Abrió los ojos y se encontró con los suyos. Ella le sonrió y adivinó sus pensamientos. Miró las cadenas, luego a sus compañeros y, por último, a Caín. C se mordió los labios. «No tengo elección», lamentó. Laura la abrazó y repitió las palabras mágicas:

—No tengas miedo. Sé que no me harás daño.

Se apartó el pelo y dejó la yugular al descubierto. C asintió, aspiró su aroma y notó el cosquilleo en el bajo vientre. La besó antes de morderla. Laura reprimió un gemido y se le aferró. La calidez de su sangre llenó cada centímetro. Notó el rugir de la bestia y se le encaró. «No sucumbiré», le dijo. Se centró en el sonido del corazón de la inspectora, en la suavidad de sus manos sobre su piel, en su respiración entrecortada y el ligero temblor de su cuerpo. El monstruo retrocedió, vencido. Sacó los colmillos y le besó las heridas.

Laura suspiró y estrechó el abrazo. La vampira susurró su nombre y la inspectora fundió sus miradas. Pero sus ojos pronto acabaron sobre sus labios. C sonrió y se le acercó. Laura le acarició el cabello y se inclinó. Un gruñido detuvo el avance. Ambas buscaron el origen. A Caín no lo había saciado el entrante. Se contemplaron y no necesitaron palabras. Laura retrocedió y se preparó para el siguiente paso.

C se llenó los pulmones de aire y recordó a todos a los que su hermano le había arrebatado. Asió las cadenas y las arrancó de las columnas con un fuerte tirón. Con otro, rompió la conexión con sus muñecas. Dio el primer paso y lo notó. La sangre de Laura no había bastado para revertir el ritual. Aquel estado de euforia y poder no iba a durar mucho.

—Caín —llamó.

Él se incorporó y se observaron. Saberla libre le despejó. Por encima del miedo, sintió la adrenalina ante la posibilidad de volver a doblegarla.

—A ver de lo que eres capaz, hermanita.

Se movieron al unísono y a gran velocidad. Con las manos desnudas, se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. Sus ataques chocaban en el centro de la habitación y provocaron una onda expansiva que levantó el polvo.

Laura los miró unos segundos. Aunque deseaba quedarse y ayudarla, cerró los puños, recordó el plan y salió de la casa. Cruzó el patio sin temor. Los guardias que intentaron detenerla acabaron degollados por figuras ocultas entre las sombras. Alcanzó la verja y sonrió a los dos encapuchados. La mujer movió la mano y cientos de vampiros salieron de la nada y se lanzaron a la batalla. Aunque los gritos y disparos se multiplicaron, ninguno de los hermanos los escuchó. La mujer le puso una mano sobre el hombro a Laura, se lo apretó para infundirle valor y se reunió con su gente.

La inspectora y el hombre se quedaron rezagados. Él atendió sus heridas; ella contemplaba la propiedad; ambos contaban los segundos dominados por la ansiedad y la incertidumbre. Empezaron a caminar a la vez, con la voz de Irene resonando desde sus recuerdos. Él desenterró el arma final; ella pensó en su hermana.

«No puedo fallar», se recordó. Entre la tierra, apareció una pequeña caja de madera, con un cerrojo con combinación. Laura la recogió e introdujo los seis dígitos con una sonrisa: 081090. «¿Otra vez mi cumpleaños, Beth?», preguntó a la nada.

La abrió y sacó la bolsita negra. Deshizo el nudo y echó el contenido sobre su palma: tres balas. Parecían tan insignificantes que tuvo ganas de llorar. Las examinó una a una y el desasosiego aumentó. Buscó sus ojos. Los encontró sobre los trozos de metal.

—Es una locura —dijo ella.

—Lo sé, pero es muy tarde para arrepentirse —contestó él con una sonrisa—. Debemos confiar en Beth.

Le tendió un revolver y Laura colocó las balas en el tambor. Lo cerró y apuntó al cielo. El arma estaba lista. Ella suspiró y él le acarició la cabeza. Regresaron a la finca. Aunque la batalla era encarnizada, no se detuvieron. Entraron en la casa, donde los hermanos aún peleaban, ajenos a su presencia. Laura los observó y apretó el mango del revólver.

Capítulo 40

Laura y el hombre se miraron y asintieron. Ella echó un último vistazo a los hermanos y se escondió tras una columna. «Todavía no», pensó y se acercó el revólver al pecho. Él se quitó la gabardina y cogió aire. Se agachó y tomó impulso. Sus fuertes piernas lo llevaron al centro de la habitación de un salto. Con otro, se elevó y dejó salir toda la rabia en un golpe certero. Caín estaba tan centrado en su gemela que ni siquiera lo vio. El puñetazo le dio de lleno y lo empujó un par de metros.

C, sorprendida, se giró para ver quién acudía en su ayuda. Cuando sus ojos se encontraron, no quiso creerlo. La incertidumbre dio paso a la ira y lo golpeó. Él solo sonrió. Ella frunció el ceño, incapaz de unir las piezas. Oyó a su hermano levantarse y chistó. «Me estoy quedando sin fuerzas. Lo necesito para acabar con Caín. Matarlo es la prioridad», se dijo para convencerse mientras miraba de reojo el cadáver de la monja.

Caín gruñó, enloquecido, al reconocer al recién llegado. Transformó sus brazos en garras musculadas de un tono azulado muy oscuro, con unas uñas negras y afiladas, y se lanzó contra ellos. C se centró en su hermano y se colocó a su lado. Caín arañaba y ella esquivaba sin posibilidad de contraatacar. De pronto, Caín se detuvo y soltó un alarido. El filo curvado de una hoz le había lacerado la espalda. Se giró enrabiado y recibió el hachazo en el estómago. Aunque levantó la garra para ahogarlo, no pudo tocarlo. C lo envió lejos de una patada. Los compañeros se observaron. C no pudo evitar sonreírle y Jonás le lanzó sus espadas mientras correspondía al gesto. Se movieron a la vez.

La superioridad numérica les permitió asestarle algunos golpes y tajos. C consiguió estamparlo contra una de las paredes y clavarle

las espadas en el torso para atraparlo. Él la observó con rabia; ella sonrió, aferrada a sus armas. Quiso alcanzar la daga para asestarle el golpe final. Sin embargo, su risa congeló el movimiento y borró su sonrisa. Caín apoyó los pies y las manos en la piedra y se liberó sin que C pudiese detenerlo. Ambos cayeron al suelo. C se alejó desarmada y con el ceño fruncido. Caín se sacó las espadas con un gesto despreocupado, se las lanzó a los pies y se desentumeció.

—¿Ya estás cansada? —dijo entre risas—. Esto es solo el calentamiento.

Ensanchó su sonrisa al ver cómo sus heridas se curaban y desaparecían de su piel. El ritual lo había hecho invulnerable. «Ninguna de mis armas servirá», supo C y sintió frío. Jonás le tocó el hombro y la miró. Ella sacudió la cabeza, se centró en su odio y el miedo quedó atrás. Caín dejó de reír, pero no perdió su sonrisa.

—Tranquilos, no voy a decepcionaros. Ya os he dicho que solo estaba calentando. Ahora os mostraré de lo que soy capaz. —Se pasó las garras por el pelo para peinárselo y se sacó la daga del pantalón. La contempló y luego a C, que apretó la mandíbula. Él volvió a reír—. Y no necesitaré esto.

La lanzó al techo, donde se quedó clavada. Echó la cabeza atrás y se hundió en la oscuridad. Su cuerpo tembló y notó una oleada de placer. Sus adversarios tragaron saliva. Sus piernas se alargaron y sus pies destrozaron los zapatos al tornarse garras; su espalda se encorvó un poco y ganó altura; del final de su columna salió una ramificación, de pequeñas vértebras, que alcanzó algo más de un metro de largo y que se cubrió de músculos y piel; sus orejas se alargaron y se volvieron puntiagudas; sus ojos se agrandaron y, entre el negro, apareció una pupila, amarillo brillante, alargada y estrecha; su boca se agrandó; los colmillos se multiplicaron y afilaron; y su rostro se transformó en el de un gato sin pelo y terrorífico. Cuando la metamorfosis se completó, Caín se pasó la lengua por los dientes y movió la cola, fascinado. Los observó deseoso de empezar.

Laura temblaba desde su escondite. Joel estaba petrificado, demasiado asustado por el ardor de su garganta. C miró de reojo a su lado y pudo ver el miedo en sus ojos verde aceituna. Se llenó los

pulmones de aire y avanzó, llena de determinación: «No puedo parar. Debo matarlo antes de que descubra más poderes, antes de que la sangre de Laura desaparezca de mis venas». Caín la contempló con desprecio y rio. Ella le devolvió la sonrisa y lo observó en busca de un punto débil que no existía. Su hermano acortó la distancia que los separaba en un suspiro. C ni siquiera lo vio, solo sintió el dolor de una de sus garras sobre el torso. Antes de poder gritar, le clavó la segunda en el estómago, la levantó y la lanzó con todas sus fuerzas.

Jonás reaccionó y la recogió. Caín se les echó encima con las garras bien abiertas, dispuesto a acuchillarlos. Jonás apartó el cuerpo ensangrentado de C y levantó la hoz y el hacha para detenerlas. Aunque detuvo una, la otra lo alcanzó. Caín aumentó la presión mientras reía despótico.

C se levantó y avanzó a duras penas. Tragó saliva y respiró. A pesar de que no tenía muchas fuerzas a las que recurrir, rodeó la cintura de su gemelo con los brazos y tiró de él. Pero no consiguió moverlo. Caín sacó la garra y alejó a Jonás de una patada. A él también le repugnaba el simple roce de la piel de su hermana La arañó para separarla, la golpeó en los costados y le rompió las costillas. Sin embargo, solo logró que ella apretara su agarre. Jonás corrió en su ayuda, pero Caín paró las armas con el brazo. Las hojas se partieron al tocar su piel. Jonás miró los mangos con los ojos desorbitados. Caín rio y le arañó con la otra garra. La fuerza del gesto provocó que su cuerpo atravesara la pared y se quedara inmóvil en el pasillo.

C notó la debilidad de su cuerpo y se le aferró, desesperada. Observó a su alrededor. Una de las hojas rotas estaba muy cerca. Respiró hondo y se preparó. Lo soltó, se agachó y la recogió, quemándose la palma, antes de que Caín la agarrara por el cuello. Cuando la levantó, reunió toda la energía que le quedaba y se la clavó en el pecho. La punta consiguió atravesarle la piel. Pero se curaba tan deprisa que no pudo llegar al corazón. Caín rio y apretó. C dejó caer la hoja. No pudo ni levantar los brazos para intentar un último ataque. Apretó la mandíbula y notó la falta de aire. Él hiperventilaba lleno de gozo y reía, histérico. Ella le mantuvo la

mirada, desafiante, y le escupió. Caín encolerizó y se preparó para matarla.

Entonces se oyó el disparo y todo se precipitó. La bala le había atravesado el hombro. El alarido acompañó al torrente de sangre. Caín soltó a su presa y se giró, iracundo. Laura sostenía el revólver con ambas manos. El cañón humeante estaba dirigido a su pecho. «Más cerca», pensaba con todo el cuerpo en tensión. C observó a su hermano. La herida no se curaba y parecía quemarle. Miró a Laura y su arma y supo lo que tenía que hacer. Se mordió los labios y forzó los músculos para levantarse. Se acercó a su gemelo, cegado por la rabia, lo cogió por la espalda y le apresó los brazos. Él se revolvió. Pero no pudo apartarla porque la bala estaba mermando su poder con rapidez.

Laura martilleó el arma y acarició el gatillo. Contuvo la respiración y apuntó. Sin embargo, no pudo disparar. «Puede alcanzarla», temía. Caín liberó sus garras. Le clavó una en la espalda y arañó cada centímetro a su alcance con la otra. El agarre tembló. C hundió los ojos en los azules de la inspectora, quien negó. C le sonrió y dulcificó la mirada. Laura cerró los suyos. Era la misma expresión del retrato, la que tanto deseaba que le dedicase. Al abrirlos, C asintió y ella apretó el gatillo. El primer proyectil perforó el pulmón de Caín; el segundo le atravesó el corazón.

El silencio se adueñó de la estancia y el tiempo se detuvo. Laura no bajó el arma. No quería saber las consecuencias. Se concentró en el cañón humeante y en el tambor vacío. C todavía no lo había soltado. Había comenzado a temblar. Caín no gritaba, ni siquiera se había movido. Se había quedado con la boca y los ojos muy abiertos, y los músculos tensos.

De pronto, el cuerpo del vampiro empezó a convulsionarse. C lo agarró fuerte, cerró los ojos y deseó que el final estuviese cerca. El temblor se detuvo y la piel de Caín se enfrió de golpe. Las manos de C se hundieron en una masa arenosa. Abrió los ojos y apretó por impulso. «No lo dejaré escapar», pensó. Sus dedos atravesaron las cenizas. Dio un paso atrás y vio cómo la silueta de su hermano se desmoronaba y se convertía en un montón grisáceo que las hipnotizó a las dos.

Laura fue la primera en reaccionar. Soltó la pistola y corrió a su encuentro. La rodeó con sus brazos y se le aferró, al borde del llanto. Aunque C quiso corresponderle, no pudo. Un torrente ardiente le recorrió el pecho y todas sus fuerzas se esfumaron. Sus piernas fallaron y ambas acabaron sentadas. Buscaron el origen de la debilidad y lo encontraron sobre su torso: dos pequeños orificios cerca de su corazón. Laura los tapó con las manos. Pero su gesto no detuvo la hemorragia.

Las balas le quemaban y envenenaban su torrente sanguíneo. C supo lo que iba a pasar. «Somos gemelos», pensó mientras desviaba la mirada hacia las cenizas. Las punzadas aumentaron de intensidad. «No me queda mucho», lamentó. La buscó con los ojos. Ella seguía esforzándose por salvarla. Abrió los labios, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra. Una nueva oleada la obligó a tensar los músculos y a cerrar la mandíbula con fuerza. La inspectora la abrazó temblando de impotencia. Al pico de dolor le sucedió un instante de paz. C soltó todo el aire y fundió sus miradas. «Debo aprovechar cada segundo», se dijo. Forzó a sus brazos adormecidos y le sostuvo el rostro. Ella la contemplaba, llena de dolor y miedo. C le sonrió con amor. Ella sollozó, negó y se le acercó.

—Laura —al hablar, un poco de sangre le llenó la boca. Tuvo que detenerse y tragarla—, te quiero. —La inspectora se quedó muy quieta. Los labios le temblaron y su llanto llenó la habitación. C ensanchó su sonrisa y la acarició—. Te quiero —repitió a media voz. El dolor regresó, crudo y brutal. Supo que debía apresurarse. Recordó las palabras de su Rebeca; ese deseo inútil con el que quiso endulzar sus últimos momentos, y su pecho se llenó de calidez. Por una vez, sería ella quien la traería de vuelta—. Volveremos a vernos. No seremos las mismas. Pero volveremos a enamorarnos. Y, esta vez, no dudaré. —Se incorporó un poco, pero no pudo alcanzar sus labios. Laura se inclinó y los unió en un leve roce. C buceó en sus ojos y repitió el juramento—. Volveré a ti.

Laura la besó con pasión. Cuando se separaron, C tenía los ojos cerrados y una sonrisa le iluminaba el rostro. Laura esperó a que los abriera y la atrapara con sus pozos sin fondo. Pero los segundos pasaron y no se movió. Un sudor frío le recorrió la espalda. Se apoyó

sobre su pecho y no encontró sus latidos. Negó y la zarandeó para despertarla. La llamó por su nombre y la besó. Pero C no respondió. La recostó sobre el suelo e intentó reanimarla. Buscó el pulso en sus muñecas y solo le respondió el silencio. La observó con los ojos desorbitados, cada centímetro de piel temblando y el corazón encogido por el dolor y la culpa. Atrapó una de sus manos entre las suyas y la besó mientras lloraba.

Cerró los ojos para no verla convertirse en ceniza y desaparecer. El bombeo irregular de su corazón marcó el paso del tiempo. Aunque la mano de C se enfrió, siguió entre las suyas. La inspectora la observó, esperando un milagro. Su cuerpo estaba intacto. Le tocó una mejilla con temor y sus dedos no se hundieron en ceniza, sino que acariciaron piel tersa. Se los pasó por los labios. Su frialdad la hirió en lo más profundo. Las lágrimas se apoderaron de sus ojos; el dolor del resto.

Laura no supo lo que sucedió después. Los sonidos le llegaban amortiguados y las imágenes, borrosas. No podía pensar, ni moverse. Se había quedado con la vista fija en su cuerpo sin vida. Nada más importaba.

Las heridas de Jonás se habían curado y había conseguido levantarse y regresar a la habitación. Al ver la escena, echó a correr hacia Laura. Se arrodilló a su lado y la agarró por los hombros. Ella le devolvió una mirada vacía. Él apretó la mandíbula y cerró los ojos para reprimir las lágrimas. «Aún no hemos acabado. Todavía no podemos llorarlas», se convenció. Echó un último vistazo al rostro tranquilo de C y se alejó de la pareja. Liberó a Joel, que había recuperado su humanidad mientras Caín se deshacía, y lo abrazó. Juntos comprobaron que Irene había muerto. La paz de su rostro no los consoló. Jonás la recogió con cuidado y la colocó al lado de C. Esperaron en silencio a que las puertas se abrieran.

Morgana, majestuosa, entró con un grupo de sus seguidores. Con Caín muerto, un gran porcentaje de sus enemigos se había consumido. Acabar con el resto no había sido difícil. La reina avanzó sola y se arrodilló junto a Laura. Aunque le sostuvo la cara para consolarla, sabía que nada sería suficiente. Acarició el torso de C en busca de su corazón. Al no encontrar respuesta, asintió y notó cómo

el suyo se partía. Entrecerró los ojos y acalló las lágrimas. Al abrirlos, en su mirada solo había determinación. Se levantó y ordenó con voz firme. Sus soldados asintieron y le hicieron una reverencia antes de obedecer y comenzar a limpiar la escena. Acababa de convertirse en la vampira más longeva y poderosa. Su nuevo título no la satisfizo.

Fijó la vista en Jonás, el único que parecía centrado, y no necesitó palabras. El vampiro tocó el hombro de Joel, que tardó unos segundos en mirarlo. Su sonrisa triste lo activó. Llevaron a Irene a una de las furgonetas aparcadas en la entrada. Morgana sacó varios baúles frigoríficos y dejó solo dos. Abrió una de las tapas, colocaron a la monja dentro y lo cerraron.

Regresaron a la casa y todas las miradas acabaron sobre Laura, que aún no se había movido. Jonás se agachó y le habló. Pero sus palabras no le llegaron. Sonrió con tristeza, cogió el cuerpo de C y, entonces, ella despertó y lo agarró para impedírselo. Morgana la asió de la muñeca con suavidad y la retuvo. Ella la miró y la reina se vio reflejada en sus ojos suplicantes. La soltó y la inspectora corrió tras el cuerpo sin vida de C. Sabía que dejarla marchar significaba aceptar que se había ido para siempre, que la había perdido. Morgana la acompañó y se mantuvo cerca. Compartía su dolor.

En el exterior, una multitud de vampiros los esperaban. Todos querían despedir a la gran C, su salvadora. Todos bajaron la cabeza con respeto cuando su cuerpo les pasó por delante. Laura solo podía verla a ella. No notó la mano de Morgana aferrándose a la suya. Cruzaron el patio en un silencio solemne. Los dos hombres la metieron en el baúl frigorífico y lo cerraron. Aquello marcaba el verdadero final. Laura comenzó a llorar, desconsolada. La reina la abrazó y notó cómo se humedecía su propia mirada. Aunque la inspectora no la apartó, su cercanía no la calmó, ni la calidez de su piel alivió el frío que le había cubierto el corazón. La reina cerró los ojos y deseó poder dar rienda suelta a sus sentimientos. Apretó la mandíbula. «No puedo», se recordaba. Aquel momento solo le pertenecía a la inspectora. Consiguió respetarlo a duras penas.

Cuando dejo de sollozar, la soltó. Laura no le devolvió la mirada. Sus ojos seguían vacíos, sin vida. Morgana le sonrió llena de tristeza

y se alejó. Ella no lo notó. La reina se despidió de Joel con un gesto de la cabeza. Él le hizo una leve reverencia y subió a la furgoneta. Se dirigió a Jonás y le tendió la mano. Él se la estrechó y asintió. Esperaron juntos a Claudia. Al verla, el vampiro fue a su encuentro y la cogió en brazos. Sollozó y se apretó contra su pequeño cuerpo. La niña, ajena a todo, le dio unos golpecitos en la cabeza para consolarlo. Su padre no tardó en levantar la cabeza y limpiarse las lágrimas. Recuperó su sonrisa y la subió a la furgoneta.

Después, se dirigió hacia Laura, todavía inmóvil, la cogió de las manos y la condujo con suavidad. Ella se dejó llevar, sin mirarlo. Él la ayudó a subir a la parte de atrás. Ver los baúles avivó las lágrimas. La inspectora se arrodilló junto al de C y acarició la tapa. Jonás se agachó a su lado y le puso una mano sobre la cabeza. Ella pasó sus palmas, una y otra vez, por la superficie metálica. Aunque deseaba oír algún sonido, no hubo respuesta. Apretó los puños y la golpeó. Él se los agarró y la abrazó. Pero su gesto no sirvió de nada. Se separó, la sentó y le puso el cinturón. Le acarició las rodillas sin dejar de mirarla. Ella levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Sus labios temblaron y se le escaparon tres palabras rotas:

—Ya no está. —Emitió un quejido de dolor que erizó la piel de Jonás, quien la rodeó con sus brazos sin saber cómo consolarla—. Ha sido culpa mía. —La apretó contra sí, pero su calidez no le llegó —. La he matado.

Laura no pudo soportar su contacto y se soltó. Se tapó la cara con las palmas y reanudó el llanto. Jonás la miraba sin encontrar las palabras adecuadas. Sin embargo, sus lágrimas le dolían tanto que no pudo quedarse mucho tiempo callado.

—No ha sido culpa tuya. —Frunció el ceño. «Es demasiado genérico», pensó y continuó—: Caín no os dejó otra opción. —Laura negó—. Hiciste lo que debías para salvarnos a todos, para salvar a Beth. —Ella siguió negando. Él lo comprendió. Todas esas vidas no eran suficientes. Cambió de estrategia—. Por fin podrá descansar. Era lo que deseaba.

—Lo sé —dijo y bajó la cabeza—. Ha cumplido su promesa. Ahora está con Rebeca.

Dejó de llorar, pero la opresión en el pecho no desapareció. Imaginarlas juntas no fue agradable. Se sintió abandonada y engañada. No sabía que C había decidido aplazar su promesa; que quería vivir, por ella. Jonás le limpió el rastro de las lágrimas con la yema de los dedos. Aunque ella trató de sonreírle, sus labios solo mostraron una mueca indefinida. Él le acarició la cabeza con suavidad y la besó en la frente. Le sonrió una última vez antes de bajar, cerrar la puerta trasera y ocupar su lugar junto a Joel y su hija. Laura se quedó sola, a media luz. Notó cómo se ponían en marcha y echó la cabeza hacia atrás. La vuelta a casa no iba a ser feliz.

Morgana los observó marcharse. Cuando el vehículo desapareció tras una curva, dio un vistazo circular y todos los vampiros regresaron al trabajo. En muy poco, borraron las huellas de su paso por la propiedad. Solo los desperfectos serían testigos del final de la guerra. Morgana echó un último vistazo y cerró las puertas. Todo había acabado. La euforia se adueñó de su gente. Ya eran libres. Solo la reina permanecía cabizbaja, solo ella comprendía cuánto había costado aquella libertad.

Cuanto todo quedó en silencio, algo perturbó la calma de la casa. Un pequeño punto negro apareció en el suelo de la habitación, justo en el centro del círculo de sangre. Creció rápido y se transformó en un torbellino negro del que salió el demonio con una sonrisa macabra. El ser se paseó por la estancia, libre y satisfecho por el segundo acto, y aplaudió un par de veces a la nada. Recogió la punta metálica y ensanchó la sonrisa al ver que también se habían olvidado de la daga clavada en el techo. «Tal y como planeé», pensó mientras la alcanzaba de un salto. La miró y rio. «Ya era hora. Aunque la espera ha valido la pena. ¡Menudo espectáculo!», se dijo.

Avanzó hacia el torbellino y tiró la daga y la punta que se desintegraron al tocarlo. Recordó a la joven inspectora y sonrió. «Todavía no lo sabes, pero has triunfado donde la condesa, con su vasto conocimiento sobre magia negra, fracasó. Pienso vigilarte de cerca. No quiero perderme tu expresión», se prometió. Ensanchó su sonrisa, saboreando el acto final, y saltó a las profundidades.

La furgoneta avanzaba a buen ritmo. La pena y la culpa consumían a la inspectora. Sus ojos volvían, una y otra vez, al baúl y, con cada mirada, sentía una nueva punzada; el llanto se avivaba; y el nudo que le atenazaba la garganta la ahogaba un poco más. Sabía que era egoísta, pero deseó que Caín siguiese vivo y que la guerra continuase. «Si con ello recuperó a C, el dolor y la muerte no importan», fantaseó.

El vehículo se detuvo y alguien bajó. Se escucharon voces y la puerta trasera se abrió, deslumbrándola. Jonás llevaba en la mano el anillo de C. Ella lo observó y se mordió el labio. Habían regresado a la cabaña para recoger lo que dejaron en la caja fuerte. Él le sonrió y se lo tendió. Las manos de la inspectora temblaron al cogerlo. Lo besó y lloró sobre el metal frío. Cerró los ojos para concentrarse en su recuerdo, en la suavidad de su piel, el brillo de sus ojos y el sabor de sus labios. Echó la vista atrás y se sumió en sus ensoñaciones. Pasaría el resto del viaje buscando la fórmula para que siguiera viva.

Todo había comenzado con la emboscada. El golpe de Jonás la había tomado por sorpresa y había caído inconsciente. La despertó, poco después, alguien que la zarandeaba con sumo cuidado. Cuando abrió los ojos, se encontró con su mirada verde aceituna y se le abalanzó. Pero apenas pudo levantarse. Sus manos y pies estaban encadenados a la carrocería de una furgoneta con los cristales tintados. Fuera, todavía se oían los últimos resquicios de la batalla. Someter a C no había sido tarea fácil. A su lado, Irene y Joel, también presos, quisieron tranquilizarla.

—¿Por qué lo defendéis? Nos ha traicionado.

Jonás se arrodilló y le sostuvo la cara. Aunque ella luchó para alejarse, él no la soltó.

—Laura, escúchame, por favor.

—¡Traidor, no me toques! ¿Cómo has podido?

—No tenemos mucho tiempo, por favor. —Le tapó la boca. Debía escuchar—. Sé que ahora me odias, pero esto tenía que pasar. —Ella levantó la ceja, incrédula, e hizo una mueca de desprecio—. Este era el plan de Beth. —Ella frunció el ceño al escuchar su nombre. Él la liberó—. Todos accedimos. Todos menos C y tú. Vosotras no podíais saber nada hasta este momento. Beth temía que tu falta de

experiencia nos delatase. Y sabía que C no accedería a un plan tan arriesgado. Déjame contártelo todo.

Laura dio una mirada circular y, con la imagen de su hermana en mente, asintió.

Capítulo 41

Todo comenzó una noche en la que Beth y C fueron juntas a desalojar un local vampírico. Aunque parecía una misión rutinaria, en realidad, era una trampa. Unas semanas atrás, Beth había usado su sangre para darles ventaja en un enfrentamiento. Uno de los vampiros se les había escapado y, obsesionado con su olor, había esperado su oportunidad. Se vieron superadas enseguida. C sabía que no podría protegerla. La agarró de la cintura, la sacó y se encerró para acabar con ellos. Beth no pudo entrar para ayudarla. Llamó a sus compañeros. Pero estaban demasiado lejos de la base y no llegaron a tiempo. Beth tuvo que esperar sentada e impotente. Media hora después, la puerta se abrió y C salió, agotada. Le sonrió para tranquilizarla y echó a andar. Sin embargo, sus piernas le fallaron a los pocos pasos y cayó de bruces sin que Beth pudiese alcanzarla a tiempo. La incorporó y la inspeccionó. Tenía todo el cuerpo cubierto de heridas que no se le curaban. Su piel le ardía y apenas podía mantenerse despierta. «Ha llegado a su límite», supo.

Irene y Jonás se les unieron poco después y regresaron a la base. Le extrajeron los trozos de plata, pero ni la fiebre bajó, ni las heridas se cerraron. Beth no se separó de su lado por mucho que Joel le insistió. Ella se sentía culpable, a él le dolía verlas juntas. Empezaron a discutir y C se revolvió en sueños. Irene intervino.

—Ya está bien —les regañó—. Joel, no dejes que los celos te controlen. Beth solo está preocupada por una compañera. C la ha salvado. Deja que cuide de ella —sentenció mientras lo cogía del brazo y lo sacaba de la habitación—. No mueras, por favor —le dijo en un susurro lastimero antes de salir.

C respiraba con dificultad. Beth le enfrió el cuerpo y le sostuvo la mano. La veló toda la noche. De madrugada, C abrió los ojos, que

seguían febriles, le sonrió como nunca lo había hecho y pronunció un nombre que no era el suyo: Rebeca. Se llevó su mano a los labios y la besó. Beth no tuvo valor para impedírselo. C apretó el rostro contra su mano y volvió a dormirse.

Beth se quedó pensativa. Recordó que, la primera vez que se vieron, también la había llamado así y unió las piezas del rompecabezas. Esa Rebeca era la R de su retrato. En medio de su delirio, C farfullaba palabras inconexas que le dieron las respuestas que durante tanto tiempo buscó en los archivos. La muerte de Rebeca había sido el origen de la guerra; su sangre, el veneno que los convirtió. Se percató de que ella podía ser la clave, que con su rostro y su sangre podía doblegar a Caín. ‹«Conseguiré la daga y lo mataré», decidió.

Poco después, apareció Irene. Necesitaba estar cerca de C. Beth se lo confesó todo. La monja la escuchó en silencio, sin dejar de mirarla. Conocía el brillo decidido de sus ojos.

—¿Estás segura?

Beth asintió e Irene supo que no iba a cambiar de opinión. Planearon juntas los pasos a seguir. Decidieron escondérselo a C. Sabían que, si se enteraba, se embarcaría ella misma en aquella misión suicida porque no permitiría que se pusiera en peligro por su culpa.

Mientras la vampira dormía, fuera de peligro, tuvieron una reunión secreta con el resto. Joel y Jonás intentaron disuadirla. Pero ella no los escuchó y se dirigió a Abraham. El caballero tenía el rostro serio. Aunque no quería admitirlo en voz alta, estaba convencido de que era su mejor opción.

—En todos estos años, es la primera vez que hay una posibilidad real de poner fin a la guerra —dijo Beth mientras echaba un vistazo circular—. Es lo que todos deseamos, el motivo por el que arriesgamos nuestras vidas a diario. Debemos aprovecharlo.

Sus palabras pusieron fin a la discusión y se prepararon para su viaje. Beth quería marcharse antes de que C despertara. Sin embargo, C se recuperó antes de lo esperado y los descubrió. Montó en cólera y discutió con Abraham. Creía que había sido idea suya, como lo fue el usar su sangre en combate. Aunque Jonás detuvo el

golpe, no pudo controlarla. C estaba fuera de sí, temblaba y los ojos se le había ennegrecido un tanto. Irene se le colocó delante y fundió sus miradas. C se perdió en su brillo cálido y bajó el brazo. La monja sonrió, la cogió de la mano y se la llevó. Como siempre, acabó convenciéndola.

C solo puso una condición. Quería ser ella quien la preparase. Mientras el resto reducía el cerco sobre Caín, C le enseñó todo lo que pudo sobre su hermano y la preparó para mantener el control si la convertía. Beth nunca la había visto tan preocupada. Siempre supo que se sentía atraída hacia ella y ahora comprendía el porqué. Veía el dolor en su rostro y notaba su temblor cuando la rozaba. Habría querido consolarla. Pero no podía corresponderle. Las semanas pasaron y C no la dejaba marchar. Irene intervino de nuevo.

Su misión se torció desde el principio. Su gran parecido con Rebeca llamó la atención de Caín mucho antes de lo previsto. La abordó el primer día en su hotel y ella casi lo atacó por inercia. Le siguió el juego y se dejó seducir. El vampiro nunca supo que era él quien se estaba enredando en su tela de araña. La veía como una humana inofensiva que solo podía brindarle placer. Sin darse cuenta, se sometió a su voluntad y le brindó en bandeja de plata todo cuanto deseaba sin que tuviera que pedírselo. Beth necesitó de todo su autocontrol para reprimir el odio y el asco. «Voy a acabar contigo. La vanidad será tu perdición», quiso gritarle.

A los pocos días, Caín la invitó a su casa. Aquel era el punto crucial. Beth escondió la euforia entre falsas muestras de afecto. Judas, su hombre de confianza, la ayudó con los preparativos. Una vez en la mansión, interpretó su papel a la perfección. Caín no dudó ni un segundo. Estaba cegado con la idea de presentársela a C. Se moría por ver el horror en su rostro cuando la viese y comprendiese que Rebeca lo había vuelto a elegir. Beth aprovechaba cada momento a solas para buscar la daga. Registró cada rincón sin éxito. Pero consiguió mucha información sobre sus planes, su cadena de mando y sus escondites.

El riesgo aumentaba a diario. Su mera presencia enloquecía a Caín. El vampiro se estaba perdiendo consumido por el deseo. Sus

tímidas caricias se cargaron de intensidad y de violencia; sus ojos se oscurecían y sus colmillos se afilaban, cada vez con más frecuencia. Ya no la llamaba por su nombre. Ella fingía no darse cuenta y mantenía la fachada intacta, pero por dentro temblaba. Había comprendido el verdadero alcance de la obsesión de Caín. «No estoy segura a su lado», se repetía. Sabía que aquel monstruo no dudaría en transformarla para poseerla para siempre, que no se arriesgaría a perderla ni a ella ni la oportunidad de torturar a su hermana. Empezó a temer no ser capaz de huir a tiempo.

Pronto se quedó sin habitaciones que registrar. Intentó encontrar otra salida. Recordó a todos los que había dejado atrás. Casi podía oír a C y Joel gritar su negativa. «Lo siento. Pero no tengo otra opción. Si me voy sin la daga, sé que nunca la encontraremos. Solo así acabará esta pesadilla. El sacrificio valdrá la pena», se disculpó con su propio reflejo y deseó que su entrenamiento bastase.

Una noche, mientras cenaban, se cortó. Conocía el efecto que tendría porque entendía que, de alguna forma, estaba vinculada con la joven que lo empezó todo. Aunque nunca sabría que su familia descendía de la de ella y que, por sus venas, corría la misma sangre que había revelado la verdadera identidad de los gemelos y que había iniciado la guerra. Observó cómo Caín se esforzaba en controlarse. Por un segundo, temió que lo consiguiera. No creía que tuviese el valor para intentarlo por segunda vez. Sin embargo, el vampiro no se caracterizaba por su autocontrol y la atacó poco después. Ella fingió resistirse, pero, cuando sus colmillos le perforaron la piel, solo sintió alivio.

La transformación fue más dolorosa de lo que había imaginado y la sed, mucho más apremiante. Se aferró al recuerdo de todos a quienes quería y a las enseñanzas de C. Su voz la guio en la oscuridad y superó a la tentación. Con los latidos controlados y la bestia encerrada, se enfrentó a su enemigo.

—¡¿Qué me has hecho, monstruo?! —increpó. Él tembló y la miró con los ojos muy abiertos. Se arrodilló y buscó sus manos. Ella se las apartó y escondió la sonrisa—. ¡No me toques!

—Lo siento, yo… —no supo cómo continuar. Era la primera vez que se disculpaba de verdad—. Te daré todo lo que quieras. Solo

pide.

—¿Cómo puedo fiarme de ti? Me has mentido desde que nos conocimos. Eres un monstruo. Podrías matarme en cualquier momento.

—¡JAMÁS! —gritó, desesperado—. Créeme, por favor.

—No puedo —sentenció y dio un par de pasos atrás—. Ya no me siento segura a tu lado —retrocedió un poco más—. Debo irme, alejarme de ti.

—No te dejaré. ¡Eres mía! —dijo con ira y la agarró por el brazo. Beth no tuvo que esforzarse para que su rostro se contrajera por el terror. Él, al verla temblar, la soltó. Carraspeó y suavizó el tono—. Eres mi elegida. Serás mi reina y te colmaré de riquezas. Voy a darte una vida de placer y lujos. Quiero que todo vuelva a ser como antes. —Fundió sus miradas. Ella aún no se había recuperado—. Si tanto miedo tienes, te enseñaré algo con lo que puedes herirme.

Echó a andar y ella lo siguió. Abrió una pared falsa en su estudio privado y le enseñó la daga, protegida tan solo por una vitrina de cristal sin cerrojo. La sacó, se la entregó y le enseñó la herida de su pecho para demostrarle su efecto devastador. Beth no supo cómo resistió la tentación. Una voz en su interior exigía que se la clavara. La acalló y se la devolvió. «Ni siquiera convertida soy rival para él. Solo C puede plantarle cara. Debo seguir el plan», se repetía.

La siguiente vez que se quedó sola, fue a la sala vacía con sus herramientas y, con sumo cuidado, logró cortar un trozo. Era tan pequeño que nadie se daría cuenta de que la habían manipulado. Aun así, mantuvo su papel un par de días más para asegurarse de que no la habían descubierto. Los aprovechó para indagar sobre el conocimiento del vampiro sobre la Organización V. Se sorprendió de lo poco que sabía. Ocultó su alegría bajo una máscara de indignación y de solidaridad. Sus falsas palabras de aliento y de amor lo emocionaron y siguió hablando. Estaba dispuesto a desvelarle hasta el último de sus secretos.

—Voy a atraparla y drenaré su poder con la ayuda del demonio que convirtió a mi madre. Así, seré todopoderoso y ella caerá a mis pies, débil y patética. —Sonrió ante la visión derrotada de su hermana—. Tengo el cebo perfecto: una niña, hija de uno de sus

amiguitos. No podrá resistirse a salvarla y caerá en mi trampa. Me aseguraré de que su propio compañero la traicione. Me muero por verle la cara cuando se dé cuenta de lo poco que vale —sentenció con una risotada.

Beth se aferró a su máscara y fingió alegrarse. Su mente iba a toda velocidad. «Esto lo cambia todo. Debo asegurarme. Porque si es cierto y lo matamos sin desvincularla, la niña morirá», se dijo.

—¿Puedo verla? —preguntó con un tono de voz suave y tímido al que Caín no podía resistirse.

Él asintió conmovido por su preocupación. Beth la reconoció de inmediato; tenía los mismos ojos que su padre. En unos pocos segundos, montó un plan de contingencia cuyo objetivo era regresar a su hogar.

—Caín —pronunció su nombre con voluptuosidad mientras le acariciaba el brazo—. Quiero estar contigo para siempre. Pero primero debo volver a casa. Quiero despedirme para poder empezar nuestra nueva vida sin mirar atrás. ¿Me dejas, cariño? —acompañó el apelativo con una caída de ojos y una media sonrisa.

Caín no se lo negó. Lo tenía dominado por completo. En lugar de preocuparle, le enterneció su insistencia de no mantener el contacto. Beth se lo había pedido entre lágrimas, fingiendo temer que la malvada Organización V descubriera sus planes y les impidiera estar juntos.

Se despidieron en la estación. Beth lo había persuadido de que el transporte público era su mejor opción. Caín la besó en los labios. Ella se le separó enseguida y simuló sollozar entre sus brazos. Notó cómo él se henchía de amor propio mientras ella sentía un regusto amargo subirle por la garganta. No respiró tranquila hasta que la ciudad quedó muy atrás. Sin embargo, la calma no duró mucho. Reprimir la sed entre vampiros había sido sencillo. Pero ahora, rodeada de humanos olorosos y apetecibles, notaba el verdadero poder de sus nuevos instintos. Los consejos de C se diluían con rapidez; las imágenes de sus seres queridos no bastaban. «No voy a conseguirlo», supo.

Se bajó del tren en cuanto pudo y se encerró en una habitación de hotel. El ardor en la garganta la consumía y no la dejaba pensar.

Hecha en un ovillo en el rincón más oscuro luchó contra su nueva naturaleza. Se aferró a sus recuerdos, a las sonrisas de los suyos y a las palabras de C. Tras una noche de vigilia, consiguió calmarse lo suficiente como para alquilar un coche y continuar su viaje. Cambió de vehículo y de empresa varias veces y no se detuvo hasta llegar a su ciudad natal. Iba a contrarreloj. Sabía que la debilidad y el delirio no tardarían en sustituir a la sed. Temía transformarse en un animal irracional.

La silueta de su ciudad la reconfortó. Pero la paz duró poco. Al mirarla se percató de cuánto había cambiado y de todo lo que podía perder si cometía un error. El ardor aumentó de intensidad como si hubiese advertido el momento de debilidad y duda. La bestia se revolvió en su cárcel. La oyó reír, segura de su pronta libertad. Se encerró en su piso. No se atrevía a acercarse a la Organización V. Aunque se decía que era para protegerlos de los espías de Caín, la realidad era muy diferente. Le aterraba perder el control y convertirse en uno de los monstruos que cazaban. ‹‹No puedo esconderme para siempre. Cada vez estoy más débil. Tengo que moverme», se convenció. Escondió el fragmento de la daga en su caja fuerte y se puso en contacto con la única persona a la que no podría hacer daño.

Jonás se descolgó del tejado y entró por el balcón. Ella lo abrazó con fuerza y lloró sobre su pecho. El vampiro se le aferró. Le había bastado un segundo para darse cuenta de su nueva naturaleza. Sintió una punzada de culpa. «Le hemos fallado. La hemos cargado con todo el peso. Está pagando las consecuencias de nuestra debilidad», se lamentó. Cuando se calmó, se lo contó todo. Jonás la escuchó en silencio. Oír el nombre de su hija provocó una oleada de recuerdos. Su corazón se encogió. El reencuentro le parecía una quimera. Beth le enseñó el fragmento de la daga. Él inspeccionó el pedazo y sonrió. Todas sus esperanzas se reducían a un pequeño trozo de metal.

Aunque Jonás quiso avisar al resto del equipo para ponerse en marcha de inmediato, Beth se lo impidió. Tenía un plan.

—Si no tenemos cuidado, perderemos la oportunidad de rescatar a Claudia y matar a Caín. Ya te habrás dado cuenta de que un ataque

frontal no es una opción. Además, hay cierta persona que no puede enterarse del plan. —Le sonrió y Jonás le correspondió. Ambos la conocían bien—. Si C sabe que tenemos esta arma, ¿cuánto crees que tardará en cogerla y lanzarse contra su hermano? Pensará que así nos protege, pero lo único que conseguirá es echarlo todo a perder. No es bastante fuerte, ya viste lo que le pasó en el último enfrentamiento. La capturarán y Caín podrá completar su ritual. Se volverá imparable y nosotros perderemos a la única capaz de enfrentársele casi como una igual y al arma que puede matarlo.

Jonás asintió y escuchó su plan. Frunció el ceño. Era arriesgado y la supervivencia de todos no estaba asegurada. Pero podía funcionar. Dejarían a C al margen y con el resto convertirían el fragmento en munición. Ganarían tiempo con ataques a los hombres de Caín en busca de su escondite. Así, C estaría ocupada, ella podría acostumbrarse a la sed, y Judas podría ponerse en contacto con Jonás y proponerle el intercambio de la vida de Claudia por la de C. Entonces, Jonás les enseñaría fotos suyas, encadenada, y pondría sus propias condiciones. Caín no dudaría en obedecerlas con tal de recuperarla.

Trazaría un plan falso con C para atacar a su hermano con una misteriosa arma y se dejarían emboscar antes de llegar a su destino. Caín debía creer que ganaría, que obtendría a su hermana y a su amante con la misma jugada. Morgana y los suyos se encargarían de mantener a raya a su ejército, Jonás recuperaría a su hija y la liberarían de su influjo, y Beth aprovecharía su cercanía para matarlo. Con Caín muerto, las sucursales de la Organización V, repartidas por el mundo, solo tendrían que encontrar y dar caza a los pocos supervivientes.

El plan era arriesgado, pero sólido. Todo habría salido bien, si Laura no hubiese aparecido en su puerta. Su reencuentro lo cambió todo. Beth notó el poder de la fragancia de la sangre que compartían. Creía que al ser la misma podría soportarlo. Sin embargo, la de Laura poco tenía que ver con la suya. Su olor dulzón se apoderó del piso en cuestión de segundos. La alcanzó y se le adhirió a la piel. Se le enroscó en su interior y avivó al instinto dormido. Beth comprendió por qué su hermana se había convertido

en objetivo desde la muerte de sus padres. «Su aroma es irresistible», pensó y tragó el exceso de saliva.

A pesar de que respiró hondo, recordó las enseñanzas de C y se aferró a su humanidad con todas sus fuerzas, no logró calmarse. Sus latidos se descontrolaron y sus colmillos se afilaron. El aire no le llegaba y la piel le ardía. La bestia rugió en su interior y la sed borró el vínculo que las unía. Cuando Laura intentó tocarla, le gritó y la alejó con crueldad. Temía perder el control y hacerle daño. Aunque su mirada herida le partió el corazón, se mantuvo firme. «Debo protegerla. Todo acabará pronto», se consolaba.

Sin embargo, estaba equivocada. Su visita tuvo consecuencias. Su olor quedó suspendido en el aire, impregnado en cada objeto. Con cada respiración se llenaba de ella y su instinto inclinaba la balanza. No había rincón en el que esconderse. Pronto, se percató de que no iba a conseguirlo, de que la sed iba a vencerla. Mareada y temerosa se encerró en su estudio. Cogió un pincel y lo blandió como arma. Deseaba que la pintura la salvara una vez más; que su corazón se calmara a medida que llenaba el lienzo.

Desde su conversión, no había sido capaz de refugiarse en su arte. Su encuentro con Caín se lo había arrebatado porque lo único que podía ver, cuando cerraba los ojos frente al caballete, eran los suyos que la miraban llenos de deseo y maldad. El hastío y la rabia provocaban que lo tirara al suelo y cerrara con un portazo. «Ahora tiene que ser diferente. Debo lograrlo. Aunque solo sean unas pocas pinceladas», suplicó. Necesitaba sentir el tacto del pincel moviéndose en su mano y el sonido del mechón al deslizarse por el lienzo.

Cerró los ojos en busca de inspiración. En la oscuridad, brillaron sus pozos sin fondo. Tragó saliva con el calor de la ira recorriéndole la piel. Los abrió y no pensó. Empapó el pincel en pintura negra y dio la primera pincelada. Fue una línea larga y gruesa. Poco le importó que no fuese su estilo refinado. Debía sacarlo. Sus manos se movieron con violencia y rapidez y llenaron el cuadro con todo su dolor y su rabia.

Cuando acabó, estaba agotada y manchada, pero sus manos habían dejado de temblar. Observó su obra y sonrió, satisfecha. No

se parecía a ninguna de sus creaciones. Estaba llena de una fuerza nueva. Esos ojos erizaban la piel, estaban vivos. Tapó el cuadro con una tela blanca y salió del estudio. Supo que tardaría mucho en poder volver a entrar y que solo había ganado un poco de tiempo. «Debo aprovechar cada segundo», se dijo y preparó su nuevo plan de contingencia. Escondió algunas pistas para que su hermana pudiese localizar a la Organización V. «Ellos la ayudarán a entenderlo. No es lo ideal, pero si no encuentra sus respuestas, enloquecerá. Su obsesión puede acabar con el plan y con su vida», reflexionó. Llamó a Jonás. Él sería el encargado de detenerla antes de que cruzara la línea.

Esa misma noche, sucumbió. Salió al balcón para que la brisa fresca la enfriara. Notó un aroma dulzón y lo reconoció al instante. Su hermana había estado vigilándola, esperándola como un cachorro perdido. Sin darse cuenta, saltó a la calle. Avanzó adormecida, descalza y en camisón. Aunque perdió el rastro, ya no había vuelta atrás. Otras fragancias la llamaban. Su voluntad enmudeció y la sed tomó el control. Se había perdido. La bestia sonrió al romper las cadenas.

Cuando encontró a su presa, sus miembros se tensaron y sus venas se llenaron de adrenalina. Lo llamó con una voz suave en la que no se reconoció. Aquel hombre se emborrachó con su belleza y quedó atrapado por el nuevo brillo de sus ojos. Cayó a sus pies, sin voluntad. Su yugular daba pequeños saltitos. La acarició, excitada, y le cortó de forma casi imperceptible. Un hilo de sangre fue bajando y le manchó la camisa. Los colmillos crecieron; la bestia se animaba. Se los acercó, pero no llegó a tocarlo. Alguien la cogió por detrás y la separó. Jonás consiguió reducirla a base de fuerza bruta y le administró un suero que la durmió. No podría despertar hasta que todo hubiese acabado.

Aquel incidente se llevó sus esperanzas consigo. Su plan había fracasado antes de empezar porque habían perdido a la única capaz de llevarlo a cabo. O eso creían. Poco después, entró una nueva jugadora en el tablero. La inspectora estaba removiendo cielo y tierra para encontrar al agresor. Las precauciones no bastaron.

Aunque Joel limpió su piso y destruyó las pruebas, el rastro de Beth solo era visible para Laura.

Mientras la inspectora estrechaba el cerco, Caín se puso en marcha. La ausencia de Beth había aumentado sus ansias de venganza. Judas contactó con Jonás para chantajearlo. «Has acertado, Beth. No tendremos otra oportunidad. Debo seguir tu plan. Ya encontraremos a otro verdugo», pensó y jugó sus cartas con el recuerdo de su hija presionándole el corazón. Le enseñó una foto de Beth, encadenada, y el semblante del vampiro cambió. La superioridad quedó atrás, sustituida por el más puro terror. Conocía a su amo y no le costó predecir su rabia. Jonás le explicó sus condiciones.

—La tendréis, cuando recupere a mi hija. —Sonrió y ocultó el dolor que sabía que encontraría cuando tuviera que traicionarla—. Conduciré a C a vuestra trampa y os la bridaré en bandeja. Pero lo haré a su debido tiempo. Además, puede que le pida alguna cosita más a tu jefe. Supongo que, con tal de que esta jovencita vuelva a su lado, no le importará.

Judas asintió y los dos hombres intercambiaron números. Debian mantenerse en contacto hasta que todo estuviese en marcha.

En la sede, una pregunta revoloteaba: «¿Su sangre valdrá?». El equipo se dividió. Unos no dudaron en considerarla su sustituta. Creían que el riesgo valía la pena. Otros rechazaban la idea de usar a una civil. Pensaban que su inexperiencia era demasiado peligrosa. Fue Laura quien puso fin a las discusiones. Cuando se presentó en su puerta, Abraham tuvo que escoger. Provocó el incidente del callejón para comprobar si su sangre les serviría.

Todos se convencieron de que no había otra opción. Solo C seguía negando la evidencia. La impotencia, la ira y la culpa no la dejaban pensar. Irene no pudo convencerla. No la detuvo cuando se marchó. Aprovecharon su ausencia para reescribir el plan de Beth. Al colocar a su hermana en su lugar, el riesgo se multiplicaba. Sin embargo, ninguno quiso abandonar porque todos habían perdido demasiado. La imagen de Beth en el hospital les dio fuerzas.

—Esa es toda la verdad, Laura —concluyó Jonás. La inspectora notó las miradas del resto de los miembros sobre ella y bajó la

cabeza. Necesitaba un momento para asimilarlo. Intentó analizarlo con frialdad. Pero solo podía pensar en C. Jonás sonrió, leyéndola—. Ella no sabía nada. —Laura levantó la cabeza y buscó sus ojos—. Jamás lo habría permitido. Ya la conoces. —Le puso una mano en el hombro—. Sé que no es justo, pero te necesitamos. Estamos muy cerca. Podemos matarlo, podemos acabar con todo el dolor, podemos salvar a Beth.

Se quedaron en silencio. Todos seguían mirándola. Sabían que no le habían dejado opción. Laura sonrió al comprenderlo: «No puedo negarme. Estamos atrapados y C está en peligro».

—¿Qué tengo que hacer?

Capítulo 42

Si Laura hubiese sabido que con aquellas palabras condenaba a C, jamás las habría pronunciado. «Pero ahora ya es demasiado tarde», se lamentaba entre lágrimas, llena de arrepentimiento y culpa. La furgoneta se detuvo. Habían vuelto a casa. Pero ella no se movió porque ni tenía fuerzas, ni quería separarse de su cuerpo. Escuchó sus risas y su euforia y enterró la cara entre las manos. No podía compartir su alegría. Una nueva punzada provocó que echara la cabeza atrás y buscara el anillo que llevaba colgado.

Alguien abrió la puerta y un haz de luz llenó el compartimento y la deslumbró. Oyó una voz familiar que pronunciaba su nombre. Levantó la cabeza y, al ver su sonrisa, sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvía a ser una niña pequeña, perdida y desamparada. Se quitó el cinturón de seguridad con torpeza y salió a trompicones. Sus brazos abiertos la esperaban. Se hundió en ellos y lloró. Ella la acunó despacio. Su calidez y su voz la calmaron. Aunque tenía mucho que decirle, no podía pensar y las palabras se le ahogaban entre los sollozos. De sus labios temblorosos, solo consiguió escaparse un nombre. Ella no necesitó más. La conocía mejor que nadie y sabía que conectarían. «Aunque nunca creí que tanto», pensó.

Los hombres las dejaron alargar el reencuentro. Ya no había prisa. Abraham los observaba, apoyado en su bastón, lleno de orgullo y felicidad. Los abrazó y no contuvo las lágrimas. Saludó a la nueva integrante. Claudia los miraba sin entender nada, sin recordar todavía al hombre que la llevaba de la mano.

Las hermanas se separaron. Beth le limpió el rostro, pero las lágrimas seguían cayéndole. Le pasó un brazo por el cuello, se la acercó e intentó llevarla dentro. Sin embargo, ella no se movió. Jonás dejó a Claudia con Abraham, miró a Joel y bajaron los baúles

frigoríficos. Beth los contempló con el corazón encogido. Habían muerto por seguir su plan. El éxito no aliviaba el peso. Aunque no se arrepentía, sabía que el dolor nunca la abandonaría. Sin soltarla, se acercó y acarició las tapas con cariño. Sus ojos también se llenaron de lágrimas. Negó y se forzó a sonreír. Escuchó la voz de Irene y la imaginó a su lado, apretándole el rostro y riendo: «Basta ya de llorar, a los soldados se les despide con una fiesta. Te hemos salvado. Os hemos salvado a todos. Por fin ha acabado». Recordarla la llenó de calidez. Pero las punzadas no desaparecieron.

Jonás y Joel se llevaron los baúles a su morgue privada y Abraham le enseñó a la niña su nuevo hogar. Las hermanas los observaron desaparecer, sin moverse. Laura ya no lloraba. Las fuerzas la habían abandonado. Dejó que Beth la llevara a su habitación. No se resistió cuando la desnudó y la metió en la ducha; ni cuando la ayudó a vestirse y la tumbó en la cama. Beth se echó a su lado. Nada la haría moverse. La inspectora se giró incapaz de enfrentarse a su mirada. No quería pensar, ni sentir; solo desaparecer. Notó su brazo alrededor de la cintura y su cuerpo pegado a su espalda. Su calidez y el silencio vencieron. Se durmió con el recuerdo de su sonrisa y de sus ojos oscuros como único consuelo.

Se despertó sin saber cuánto tiempo había pasado. La buscó, pero ya no estaba a su lado. Leyó su nota. Había ido a ayudar con los preparativos de los funerales y de la fiesta de despedida. Se incorporó. Le dolía cada centímetro del cuerpo; le pesaba el alma. Suspiró. Necesitó varios minutos para salir de la cama. Caminó con las piernas adormecidas y una sensación gélida mordiéndole la piel. Se abrazó a sí misma. El frío no desapareció; el vacío no se llenó. Salió de la habitación para encontrarse con el pasillo, oscurecido y silencioso. No encendió la luz. Bajó las escaleras a tientas.

De la puerta del comedor, entreabierta, salía una luz cálida. Dentro, se escuchaban voces animadas. Laura se quedó en el pasillo, con la mano levantada, sin conseguir el valor para entrar. No estaba preparada para encontrarse con sus miradas; para oír sus palabras de consuelo. Observó por el resquicio. Beth estaba sentada junto a Joel que la tenía cogida por la cintura y no dejaba de sonreír. Jonás, frente a ellos, con una expresión amorosa en el rostro,

acariciaba el cabello de su hija que se había dormido, acurrucada contra él. En el centro, Abraham asía su bastón con fuerza. Parecía complacido y aliviado. Todos celebraban el final de la guerra.

Laura lo entendió. Todos habían ganado. Podían disfrutar de la paz con sus seres queridos. Solo ella había perdido. Solo ella se sentía vacía. La muerte de Caín se la había arrebatado. El recuerdo de su vida apagándosele entre los brazos le hizo bajar la mano. No podía entrar y fingir que se alegraba. Dio un paso atrás y contempló la escalinata. Pensó en regresar a su habitación y encerrarse en sí misma. Caminó despacio y, a pesar de que alcanzó el primer escalón, no siguió. Se quedó quieta y notó cómo el peso en el pecho aumentaba con cada respiración. Deseaba volver a verla, aunque solo fuese un momento. No podía pensar en nada más. Se encaminó a la biblioteca y bajó a las instalaciones. Las recorrió sintiéndolas ajenas. No tardó en encontrar el lugar.

Miró a la puerta y el resto desapareció. Sus latidos se descontrolaron mientras avanzaba. Cogió la manilla, pero no abrió. Su imagen cayendo, herida por su mano, había vuelto. Apoyó la frente sobre ella y cerró los ojos. Buscaba un consuelo, en la soledad y el silencio, que no llegó. El recuerdo golpeaba con fuerza: su sonrisa triste, su sangre manchándola, su cuerpo enfriándose, sus ojos cerrados. El frío y el vacío aumentaron. Volvió a llorar. Quiso huir para alejarse del dolor. Se giró, pero no pudo marcharse. Ella la esperaba al otro lado.

Cerró los ojos, mareada y con el corazón dividido. Se tapó los oídos con las manos en un intento inútil de olvidar el sonido de sus disparos. Escuchó su voz y recordó sus palabras. Con un movimiento rápido y aún con los ojos cerrados, entró y cerró tras de sí. Se quedó quieta, con la manilla todavía entre las manos. Notó el descenso de temperatura y soltó todo el aire. El frío se le coló muy dentro. Bajó la cabeza y abrió los ojos. El suelo blanco y adoquinado la recibió con el tenue resplandor de unos tubos fluorescentes automáticos. Levantó la vista y una oleada de dolor la sacudió. El corazón se le encogió y se olvidó de respirar. Allí estaban, a escasos pasos, tapadas con respeto con dos sábanas blancas.

Laura avanzó lenta y dubitativa. Toda ella temblaba. Llegó ante las camillas y asió una esquina de cada una de las sábanas . Cogió aire y las fue retirando. No pudo soportarlo y dio un par de pasos atrás. Sus caras blancas parecían sonreír. Soltó el aire en una bocanada de vapor blanquecino y apretó la mandíbula para no llorar. El frío la ayudó a conseguirlo.

Se acercó y las destapó un poco más. Solo las habían lavado y vestido. Junto a Irene, habían dejado su violín. Lo acarició y sonrió con tristeza. No volvería a oírlo. Su mirada llegó a C. Cerró los ojos un segundo para detener una lágrima. Le acarició el rostro y le hundió los dedos en el pelo. Buscó el anillo, lo besó y se lo quitó. No le pertenecía. Se lo ató alrededor del cuello y le palpó el pecho en busca de unos latidos que sabía que no encontraría. Por encima de la camisa, notó las heridas que le habían arrebatado la vida.

Apartó la mano. La frialdad de su piel la había herido en lo más hondo. Pensaba que tendría mucho que decir. Pero no encontró la voz. Se le había escondido en el fondo de la garganta y se negaba a obedecerla. Aunque tampoco habría servido de nada. Ella ya no podía escucharla; ya no le sonreiría con ese brillo seductor en sus pozos sin fondo; ni volvería a besarla con sus suaves labios. La visión de su rostro inerte se fue haciendo borrosa, desdibujada por el llanto. Sabía que debía salir de allí antes de que el dolor la arrastrara en una espiral de autodestrucción. Sin embargo, no se dio la vuelta ni se alejó. Aquellas punzadas que la atravesaban eran lo único que le quedaba de ella. Sin ellas, temía que el recuerdo se desvaneciese.

Sabía qué les pasaría a sus cuerpos. Iban a incinerarlas. La mujer que yacía a escasos centímetros, con la que tanto había compartido y a la que tanto amaba, se convertiría en cenizas, en nada. Los aguijonazos aumentaron su violencia y las piernas le temblaron. Tuvo que sentarse. No notó el frío del suelo porque el que se le había colocado dentro del corazón era mucho más gélido. Se abrazó las piernas y apoyó el rostro en las rodillas. Sus ojos seguían fijos en su semblante tranquilo que no servía de consuelo. Las lágrimas le herían el rostro.

Intentó pensar en los instantes de felicidad, en esos pequeños oasis de paz en medio del caos. Sin embargo, no logró encontrar la luz. La oscuridad la estaba atrapando y ahogaba todo lo demás. Su visión se había ligado, de forma irremediable, a su cruel final. Eso fue lo único que su mente recuperó. Su cuerpo cayendo una vez más, sus manos manchadas con la sangre que ella misma había derramado. Sus últimas palabras habían sido olvidadas, sustituidas por una risa, sarcástica y maquiavélica. Ni siquiera pensó en convertir al vampiro en culpable; bien sabía que no lo era. Entre sus crímenes, no se hallaba el fratricidio.

Quiso taparse el rostro con las manos. Se las miró y su mente le jugó otra mala pasada. Se las mostró aún empapadas en su sangre. Se levantó de un salto y las metió bajo el grifo. El agua salía congelada. No le importó; ni siquiera se había dado cuenta. Se las frotó, nerviosa, una contra la otra y se le fueron enrojeciendo. Aquello aumentó el desasosiego y el terror. Buscó a su alrededor algo con lo que deshacerse de la prueba de su crimen. Encontró un viejo estropajo metálico. Lo cogió y no dudó en pasárselo por la piel. En su mente, se repetían, incansables, las mismas imágenes que aumentaban de velocidad con cada nuevo latido. La realidad se había desdibujado.

Apretó y apretó el estropajo, sin sentir el dolor físico, sin percatarse de los pequeños cortes que le aparecían en las manos. Las escenas llegaron al punto crítico. La culpa les había dado un nuevo significado y se entretenía en reescribir la historia. Ya no quedaba ni rastro de las palabras dulces, ni de los últimos besos. Solo podía ver su rostro desencajado por el dolor y el terror; solo podía escuchar unas palabras de reproche que nunca habían salido de sus labios. El estropajo se le escurrió de entre las manos. El aire le faltaba; el corazón amenazaba con estallarle; y su mente torturaba, incesante.

El grito le arañó la garganta y rebotó entre las paredes blanquecinas. Se puso las manos sobre los oídos. El agua helada le recorrió los brazos y la empapó. Cerrar los ojos con fuerza y retroceder no sirvió de nada. No podía huir de sí misma. Chocó

contra una de las mesas y se apoyó para no caer. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con C.

Su rostro seguía imperturbable. Laura entreabrió los labios y se le escapó un gemido desesperado. Sus lágrimas encontraron el camino para llegar a sus mejillas inertes. Levantó una mano para acariciarle el rostro y limpiárselas, pero se detuvo sin haber llegado a tocarla. «No lo merezco. No puedo volver a tocarla. No después de haberla matado», se dijo. Cogió una de las puntas de la sábana y, asegurándose de que su piel no entraba en contacto con la suya, la tapó. El dolor se volvió más incisivo, las palabras más lacerantes, las imágenes más incriminatorias. Sacudir la cabeza solo lo empeoró.

Ya no podía permanecer entre esas cuatro paredes. Tenía la sensación de que se movían para aprisionarla. Miró a todas partes. Nada había cambiado, pero su percepción se había trastocado. Retrocedió con el corazón hecho un ovillo y la respiración convertida en un hilo de aire que no ayudaba a despejarle la mente, torturadora e inquisitiva. La frialdad cubrió cada centímetro de piel, las punzadas acompañaron cada latido. Temió que C se levantase y la señalase, acusadora. No habría podido soportarlo. Pese al terror, sus ojos no podían apartarse del cuerpo bajo la sábana. Su espalda chocó contra la puerta. Buscó con la mano, de forma desesperada, hasta encontrar la manilla La asió con ansia, salió de la habitación y cerró con un portazo que nadie más escuchó.

A pesar de que afuera el aire era más cálido y la luz menos lacerante, sus sentidos no percibieron el cambio. Seguían presos en aquella morgue. Toda ella temblaba. Apretó los puños y se los acercó al pecho. No logró alejar el desamparo ni mucho menos al miedo y al arrepentimiento. Dio el primer paso y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Sus piernas se habían vuelto blandas y el suelo había perdido la consistencia. Las imágenes continuaban con su danza macabra. Negó y negó con fuerza; pero solo logró aumentar el mareo. Avanzó a trompicones, sin atreverse a mirar atrás. Alcanzó el ascensor y regresó a la biblioteca. Desde allí, recorrió a la carrera el camino de vuelta a su dormitorio, perseguida por los recuerdos inventados.

Se encerró y permaneció, un instante, apoyada contra la puerta. Los latidos se acompasaron, la temperatura subió y el aire se abrió paso y la recorrió, libre. Aquella habitación se convirtió en todo su mundo. Era el único lugar que no estaba salpicado por el terror porque allí solo habían compartido dulzura y amor. Miró a todas partes. No le molestó que todo estuviese en penumbra. Sus ojos acabaron sobre la cama. Pensó en abandonarse al sueño para escapar de la realidad. Se movió, pero cayó de rodillas con el primer paso. La debilidad se había adueñado de cada centímetro. No podía moverse. Las lágrimas regresaron al igual que las punzadas. No pudo detenerlas. Los brazos cedieron y se doblaron. Se dejó caer. Hacía mucho que había perdido el dominio de sí misma. Se quedó en el suelo y se abrazó.

El tiempo perdió el significado. No supo cuándo dejó de llorar. Su mente era un lienzo en blanco; sus sentidos estaban adormecidos; sus ojos, vacíos. No oyó los pasos acercarse, ni los suaves toques en la puerta, ni su nombre pronunciado con suavidad. La voz insistió. Solo un pensamiento cruzó, fugaz, su mente: «No es ella».

Jonás, preocupado, repitió la llamada. Aunque no obtuvo respuesta, se negó a marcharse. Quiso consolarla a través de la puerta. Sin embargo, sus palabras no le llegaron. Se perdieron en algún punto entre la madera y el dolor. Repitió su nombre y solo el silencio le respondió. Esperó, pero la puerta no se abrió. Asintió y se marchó. «No puedo ayudarla», se dijo.

Beth lo esperaba al final de la escalera. Lo observó y él negó. Ella suspiró e intentó subir. Él la cogió por la muñeca y la retuvo. Quiso sonreírle, pero no pudo. Se sentía demasiado culpable. La soltó y la miró a los ojos.

—Debemos dejarla llorar. No hay nada que podamos decirle para aliviar su dolor. —Beth hizo una mueca. Sabía que tenía razón. Pero le dolía no poder consolarla. Jonás ahora sí consiguió sonreírle. «Ambas sois tan fáciles de leer», se dijo—. Mañana, a primera hora, entraremos a por ella. No me costará tirar la puerta abajo. —Aunque su broma la hizo sonreír, el gesto no duró mucho—. Pero, por ahora, debemos dejarla sola.

Bajó y le tendió la mano. Ella dudó y observó el pasillo que conducía al dormitorio. Cerró los ojos, asintió y se la cogió. Regresaron al salón donde los esperaban, expectantes. Les bastó una mirada. Todos entendían y compartían su dolor. Sin embargo, la fiesta no se detuvo porque todos tenían mucho que celebrar; a todos les quedaba algo que compensaba las pérdidas. La música y las risas cesaron un par de horas después.

Cuando Beth pasó por delante de su puerta, la llamó un par de veces. Tampoco obtuvo respuesta. Le deseó «Buenas noches» y le recordó que estaba allí para ella. Apoyó el oído sobre la puerta. Pero no oyó nada, ni siquiera un sollozo lejano. Se convenció de que dormía, de que Jonás tenía razón, como siempre, y de que por la mañana el dolor se habría despajado lo suficiente como para dejarla entrar y aliviarlo con su amor. Se besó la palma, la colocó sobre la puerta y la acarició como si fuese el rostro de su hermana.

Joel se le acercó por detrás y la abrazó por la cintura. Ella se dejó acunar y él la estrechó con fuerza. Llevaba mucho tiempo anhelando el contacto con su piel. Ella se giró y se perdieron en sus ojos. Ella le pasó los brazos por el cuello y lo besó. Tardaron en separarse. Las respiraciones se les habían entrecortado, sus corazones bailaban eufóricos y sus ojos solo podían mirarse. Ella le sostuvo la mano, entrelazó los dedos y lo condujo a la habitación. Él se dejó llevar y la besó mientras traspasaban el umbral. Ella se le aferró y rio ante su arrebato apasionando. La risa se convirtió rápido en suspiros y gemidos. Él cerró la puerta con el pie, mientras sus manos se perdían por su cuerpo.

En su habitación, Laura permanecía tumbada en el suelo. La voz de su hermana la había sacado del trance y, en cuanto se marchó, una pequeña chispa la recorrió y la llenó de la energía suficiente para incorporarse. Observó la cama y deseó abandonarse al vacío entre sus sábanas. Avanzó firme a pesar del dolor y temblor de sus miembros. Se sentó sobre el colchón y soltó todo el aire. Inspiró profundo y sus ojos acabaron sobre el escritorio, donde algo brillaba.

No supo cómo logró levantarse y llegar a la mesa. Pero se arrepintió en cuanto la vio. La agarró entre sus manos y la abrió. El filo de la navaja estaba limpio y parecía inofensivo. Sin embargo,

para ella fue devastador. Su cuerpo se precipitó de nuevo. Cayó de rodillas, con ella todavía entre los dedos. Aquella arma había provocado el final de Caín y «La muerte de C», dijo muy quedo. Una oleada de dolor la golpeó con fuerza. Las imágenes regresaron con violencia y a gran velocidad. Aunque cerró los ojos y la lanzó lejos, ya era tarde. El torrente de oscuridad no se detendría.

Bastaron unos segundos para doblegarla y devolver su cuerpo al suelo. El dolor era indescriptible. El corazón se le había encogido tanto que creyó que moriría. Abrió los ojos y buscó algo a lo que aferrarse, algo que le sirviese de consuelo. Sin embargo, solo encontró la navaja un poco más allá. Una idea se abrió paso. Sacudió la cabeza y negó. Pero las punzadas aumentaron de intensidad y las imágenes, de violencia. Escuchó su voz desde lo más profundo de sus recuerdos: «Volveré a ti». El pensamiento cobró fuerza. «Si ella no puede cumplir con nuestra promesa, lo haré yo», pensó. Gateó con torpeza y alcanzó la navaja. Las imágenes desaparecieron en cuanto la tuvo entre las manos. Su tacto frío se llevó parte del dolor y la sumió en una paz peligrosa. Todo le pareció claro.

Jugueteó con el filo y se olvidó de aquellos que la querían. Ni siquiera pensó en las consecuencias; en las lágrimas, el sufrimiento y la culpa que provocaría con sus acciones. Solo quería que el dolor desapareciese. Quiso creer en un más allá en el que pudiesen reencontrarse. Sin dudas que vencer, acercó la punta a su muñeca. «Un pequeño corte y volveré a verla», se dijo. Pero no llegó a lacerarse. La vista se le nubló de improviso, las fuerzas la abandonaron y una somnolencia inexplicable la dominó. Su cuerpo cayó de lado. Se había dormido. Pero aquel no iba a ser un sueño normal.

Capítulo 43

Laura se encontró rodeada de oscuridad. «No es mi primera pesadilla», se dijo y avanzó sin miedo entre aquella negrura que amenazaba con tragársela. Una pequeña luz, lejana y cálida, guio sus pasos hasta una puerta de madera suspendida en el aire. La rodeó despacio. No había paredes, ni cerradura, ni nada que explicara su luminosidad. La tocó y cedió bajo su mano. Una ráfaga de aire le golpeó el rostro y la obligó a cerrar los ojos. Cuando el viento ganó intensidad, se lo cubrió con los antebrazos.

Escuchó unos aplausos y temió encontrarse con Caín. Sin embargo, fue una voz de mujer la que le dio la bienvenida. Retiró los brazos y abrió los ojos. La oscuridad había desaparecido sustituida por un salón lujoso, de altos techos, paredes llenas de cristaleras y lámparas de araña con velas en lugar de bombillas. En medio, con un vestido de época que resaltaba su belleza natural, se encontró con una joven de poco más de veinte años. Ni sus ojos oscuros, ni la suavidad de sus rasgos la confundieron. «Se le parece, pero no es ella», pensó y, entonces, lo comprendió.

—Marcilla —dijo sin pensar.

La joven sonrió. De todos sus nombres, aquel era uno de los más queridos. Le hizo una reverencia y le indicó con un gesto que se acercara. La inspectora obedeció. La joven giró a su alrededor para observarla.

—Eres muy bella —concluyó mientras se le colocaba delante y le sostenía el rostro.

Aunque Laura se había perdido en el brillo de sus ojos, reaccionó ante el tacto de su piel. En su mente, se repetían las mismas palabras: «No es ella». Dio un paso atrás y la buscó: «Si Marcilla está aquí, es porque lo he consumado. ¿Dónde estás, C?», pensó.

—Ella no puede escucharte, Laura.

La inspectora retrocedió otro paso sin saber qué la sorprendía más, si que conociese su nombre o sus pensamientos. La condesa se sentó en uno de los sillones de terciopelo rojo sin dejar de mirarla. Laura negó y reaccionó. Recorrió el lugar en su búsqueda. «Tiene que estar aquí», se dijo. Registró cada centímetro, pero fue inútil. «C», llamó, desesperada.

—Te lo dije —comentó Mircalla con una sonrisa.

La inspectora avanzó, decidida, y se le encaró. «No tendré miedo de una muerta», pensó. La condesa ensanchó su sonrisa.

—¿Sabes dónde está? —Mircalla asintió despacio. Laura se arrodilló a su lado y suplicó—. Dímelo, por favor. Iré a buscarla.

—No puedes —se agachó para poder cogerle el rostro con ambas manos—, aún no.

—Por favor —imploró Laura entre lágrimas—, por favor. —Le puso las manos sobre las suyas—. Devuélvemela.

—No puedo… —Le apretó el rostro y sonrió enseñándole los dientes. Todo en aquella condesa era seductor y bello. Pero Laura apenas podía verla—, porque no la has perdido.

—¿Qué? —Laura tragó saliva para combatir el nudo de su garganta. La voz de la vampira le llegaba amortiguada y lejana; su semblante, a través del velo de las lágrimas.

—¿Verdad? —La condesa la soltó, giró la cabeza y dirigió la mirada a un punto oscuro del fondo de la habitación.

Laura la imitó y tuvo que ahogar un grito de terror cuando descubrió su figura. Estaba apoyado con los brazos en cruz, la boca torcida en una sonrisa macabra y los puntos rojizos que tenía por ojos brillando de puro gozo. La inspectora gateó hacia atrás para alejarse de aquella visión de pesadilla. Ahora no había círculo de protección con el que escudarse. No podía saber que aquellas líneas nunca bastaron para encerrar su poder. El demonio dio el primer paso. Laura se puso de pie, con un movimiento brusco y rápido, y buscó algo con lo que defenderse. No tuvo tiempo de encontrar nada porque el ser se le situó delante en un pestañeo.

La inspectora se quedó muy quieta, con la espalda empapada en sudor frío y los latidos descontrolados. La respiración se le

entrecortó, los músculos se le agarrotaron y los ojos cayeron presos por los suyos. La criatura asintió satisfecha y pronunció las mismas palabras que durante su enfrentamiento con Caín: *Odnauc eugell le otnemom alatam is ortseuv roma se laer arevlov a it omoc anamuh*. La inspectora negó, aún sin entenderlas. En un acto reflejo, buscó a la condesa y se encontró con su mirada triste.

—Yo tampoco lo comprendí. —Bajó la cabeza. El dolor por su pérdida seguía intacto—. Y esa fue mi perdición —hizo una breve pausa—, y la de mi Laura.

—Pero esta joven —el demonio tomó la palabra y Laura tembló—, ha logrado lo que tú no. Me ha brindado un buen espectáculo.

—Yo no… —Laura no pudo acabar, Mircalla la interrumpió.

—Por eso estamos aquí. —La condesa se puso de pie, se colocó al lado de la inspectora y se encaró con el demonio—. Te has divertido mucho a nuestra costa. Lo menos que puedes hacer es explicárselo todo. —La criatura sonrió de nuevo. A Mircalla los ojos le brillaron amenazantes. La negrura se había extendido un poco, lo justo para dotarla de un aura peligrosa—. No dejaré que arruines su vida. El precio ya ha sido pagado con creces. No te cobrarás más víctimas.

—Querida —el demonio rio—, siempre consigues sorprenderme. Tengo que reconocer que eres única. Ningún pacto había sido tan placentero. Pero te equivocas. Yo no he arruinado ninguna vida. Para eso, os bastáis vosotras solas. Piénsalo por un segundo. Me limité a cumplir tus deseos. Te di la vida y juventud eternas y, cuando te arrepentiste, te ofrecí una alternativa.

El ser juntó las manos, pronunció unas palabras en su idioma arcano y la daga apareció entre sus palmas. Laura se olvidó del demonio y quiso cogerla. Esa arma era la responsable de la muerte de C. A la criatura le bastó una mirada para impedírselo. Los miembros de la inspectora se quedaron congelados, el aire dejó de llegarle y unas manos invisibles le apretaron el corazón. El ser juntó las palmas y la daga desapareció.

—Déjala —Mircalla lo ordenó con un tono de voz sereno pero autoritario. El ser rio.

—Tranquila, Mircalla. Si la quisiera muerta, ya lo estaría. —Dejó de contemplarla y la vida y el aire regresaron. Laura se masajeó el

pecho que notaba caliente y dolorido—. Me habría bastado con no acudir a tu llamado.

—Me lo debías.

La condesa acortó las distancias con el demonio y lo miró a sus puntos rojos. Él ensanchó su mueca macabra y, con un movimiento inesperado y violento, la agarró por el cuello y la levantó. Ella no se resistió. Sabía que no era rival para él.

—No te equivoques, humana. Yo no te debo nada. Solo acudí porque me divertía. No creas que tienes algún poder sobre mí. —La soltó, pero los reflejos de Mircalla le permitieron caer de pie—. Y voy a revelarle la verdad porque creo que, si vive, podré seguir disfrutando del espectáculo.

La condesa chistó, observó de reojo a la inspectora, que continuaba paralizada, e hizo una reverencia. Él gruñó y buscó sus ojos. Se encontró con su brillo desafiante y sonrió. «¡Menudo fuego! Está claro que no me equivoqué al elegirte», confirmó para sí. Se agachó y dibujó sobre el suelo, con una de sus uñas, un círculo de invocación lleno de símbolos extraños. Laura lo observaba todavía incapaz de moverse. Las líneas del conjuro se iluminaron y se materializó un gran espejo ovalado, con los bordes dorados y ornamentados con figuras demoníacas y letras que ninguna de las dos mujeres conocía.

—¡Ven! —ordenó el demonio sin mirarla.

La inspectora no quería acercársele. Pero sus deseos poco importaban. El ser chasqueó los dedos y el cuerpo de Laura se elevó un par de centímetros y planeó hasta colocarse a su lado, frente al espejo. Ni siquiera había podido gritar. Buscó de reojo a Mircalla, que se le había situado detrás y le había puesto una mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—¿Quieres saber dónde está tu amada Carmilla? —El demonio se giró y la atrapó con sus dos puntos rojizos.

Ella, al oír su nombre, asintió sin darse cuenta. Él la invitó con un gesto a acercarse aún más a la superficie transparente. Ella tocó la mano que descansaba sobre su hombro y se soltó. Avanzó y buscó su mirada carmesí. El demonio le agarró la muñeca y le pinchó el dorso con una de sus uñas. Con su sangre, dibujó un círculo sobre el

cristal y, dentro, una estrella de cinco puntas. Le puso la palma sobre el símbolo y pronunció unas palabras en su lengua arcana. El vidrio tembló. El ser le apartó la mano, justo en el momento en que la superficie se convertía en una lámina acuosa.

Laura reconoció la imagen que apareció reflejada. Era la morgue de la Organización V. Los dos cuerpos seguían allí. Solo entonces se percató de que había olvidado tapar el de Irene. Sin embargo, la monja solo consiguió arañar un segundo de atención. Porque sus ojos acudieron, movidos por un imán, a la otra sábana blanca. El demonio se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—No pierdas detalle, humana. Te arrepentirás de tu cobardía.

El demonio le enseñó su puño cerrado. Ella no lo entendió e intercambió miradas entre la sábana y el puño. Él se impacientó, lo abrió y dejó caer dos pequeños trozos de metal que impactaron contra el suelo y llenaron la habitación con su sonido. A Laura le bastó un solo vistazo para reconocerlos. Abrió la boca, pero había dejado de respirar. Observó de nuevo la imagen del cristal con el corazón encogido. Aunque su mente racional le gritaba que era imposible, el deseo la hizo creer. El tiempo se eternizó y nada cambió. La inspectora creyó que se había equivocado y ladeó la cabeza para huir de lo que le mostraba aquel espejo. El dolor había vuelto, multiplicado por la esperanza. El demonio le sujetó la cara con sus dos garras.

—No apartes la vista. El espectáculo ni siquiera ha empezado.

Laura no osó ni pensar en desobedecerlo. Se mordió los labios y aguantó el llanto. La morgue seguía impasible a su dolor, sumida en una calma y un silencio antinaturales. Los segundos pasaban y, con cada uno, una punzada le atravesaba el corazón. Pronto, llegó a su límite y le agarró las muñecas para intentar soltarse.

—Eres una cobarde —dijo el demonio. Su voz detuvo el intento de escape. Laura se quedó muy quieta, con las manos todavía sobre su piel—. Qué poco te pareces a tu antepasada. No eres digna de la sangre que te corre por las venas. —La soltó y dio un paso atrás—. Adelante, huye de nuevo. Vuelve a tu habitación y acaba lo que has empezado. Pero, cuando te des cuenta de lo que vas a perder, no me eches la culpa.

Laura se giró y se le encaró. El dolor y la rabia la dominaban. Olvidó por un instante a quien se estaba enfrentando. En su mente, solo tenía cabida la imagen del cuerpo inerte de C. La culpa tomó el control de su voz y estalló en una réplica.

—¡¿LO QUE VOY A PERDER?! —gritó con los labios temblorosos—. ¡Ya lo he perdido todo! ¡Me has utilizado para que te divierta! ¡Solo por eso me la has arrebatado!

—No fui yo quien apretó el gatillo, querida —dijo el demonio con un tono de voz tranquilo y su sonrisa macabra intacta.

Laura cayó de rodillas. Una oleada devastadora la había sacudido de arriba abajo. Su corazón se detuvo por un segundo y se olvidó de respirar. «Tiene razón», pensó. Se puso las manos sobre el rostro y se sumió en el llanto. No se percató de que Mircalla había avanzado y había ocupado su lugar frente al espejo. La condesa acarició la superficie sin acabarse de creer lo que ahora mostraba. Aunque la escena apenas había cambiado, sus sentidos habían percibido con nitidez el ligero temblor de la sábana.

—Carmilla —susurró Mircalla.

La inspectora no reaccionó porque ni siquiera lo había oído. La condesa se giró y la cogió del cuello de la camisa. Intentó colocarla a su lado, pero ella se resistió. Mircalla fundió sus miradas y Laura notó cómo le abandonaban las fuerzas.

—¡Mira! —ordenó. Ella la obedeció—. ¿Aún no lo ves? —Laura negó y ella le sostuvo el rostro y se lo dirigió a un punto en concreto —. Fíjate bien.

Para Laura nada había cambiado. Bajó la cabeza, derrotada. El demonio chistó y golpeó el cristal con su zarpa. A la inspectora, el sonido se le coló muy dentro. Nunca había escuchada nada parecido. Le erizó la piel y la obligó a fijarse en un escenario que creía inalterable. Entonces, la sábana se hundió como si el cuerpo bajo ella hubiese inspirado con fuerza. La inspectora avanzó sin encontrar resistencia y negó sin creer lo que había visto. Los segundos se eternizaron. La sábana se movía rítmica, acunada por una respiración que no debería existir.

Entonces, el cuerpo se incorporó de golpe. Laura gritó y dio un paso atrás; Mircalla se echó a llorar mientras asentía; y el demonio

rio para sí mientras disfrutaba del último acto del espectáculo. C se quitó la sábana con un movimiento brusco y se incorporó. Se puso la mano sobre la cabeza, que parecía dolerle, y entrecerró los ojos. Después de haber estado sumida en la oscuridad, la luz de los tubos fluorescentes, que seguían encendidos de forma inexplicable, era demasiado brillante. Poco después, los abrió y observó a su alrededor. Reconoció el lugar y entreabrió los labios. No quería ni pensar en lo que significaba su presencia allí. Aunque un solo nombre se le escapó «Caín», las espectadoras la conocían bien y no necesitaron más para adivinar sus pensamientos: «¿Qué ha pasado? ¿He fallado? ¿Dónde está Caín? ¿Y los demás?».

Se quedó muy quieta y su rostro se contrajo de dolor. Acababa de descubrir que no estaba sola, que alguien más descansaba a su lado. Apretó la mandíbula, pero no consiguió controlar el llanto. La oyeron, pese a que lo dijo a media voz: «Lo siento, Irene. Lo siento mucho. No eras tú quien debía morir». Lloró aquella muerte sin comprenderla y sin saber que ya lo había hecho, que la monja había muerto frente a ella y que no había podido salvarla. Sus últimos recuerdos aún no habían regresado. Seguían sumidos en una neblina llena de sangre, dolor y muerte. Su mente creía que todavía no se había enfrentado a su hermano. Aunque no tardarían mucho en volver, nadie escucharía sus gritos. Iba a revivirlo todo en la más absoluta soledad. Y, cuando la oscuridad fuese insoportable, solo una persona acudiría a su mente. Su sonrisa la empujaría a forzar a sus miembros cansados y salir de la morgue, dejando a Irene atrás.

C quiso ponerse en pie, para acercársele. Se movió hasta que los pies le tocaron el suelo. Descargó el peso sobre ellos y cayó. Sacudió la cabeza sin entender lo que acababa de pasar. Se apoyó en sus brazos para levantarse, pero le fallaron y se golpeó contra los adoquines. Hizo un nuevo intento. Se concentró en sus músculos, los tensó tanto como pudo y consiguió incorporarse. Apretó los dientes y frunció el ceño. Se levantó con un nuevo esfuerzo. Sin embargo, al dar el primer paso, tropezó consigo misma y se desplomó. Se quedó tumbada, mirando el techo. Se puso una mano sobre la frente sin comprender su debilidad. Respiró despacio un par de veces y se palpó en busca de alguna herida que la explicase.

Aunque no notó nada, al rozarse el pecho, sus recuerdos le devolvieron dos punzadas. Arrugó la nariz e intentó desenmarañar las imágenes que le llegaban a ráfagas inconexas. Pero no consiguió resolver el misterio.

Miró a Irene y sonrió con tristeza. «Seguro que tú sabrías ayudarme. Siempre me has comprendido mejor que yo misma. Lamento no haberte contado toda mi historia. Te aseguro que tu muerte no será en vano. Juro que acabaré con Caín», le dijo a media voz. Se llenó los pulmones y se incorporó. Necesitaba llegar a ella; abrazarla, por última vez, y despedirse. Ni siquiera pensó en levantarse porque la debilidad se había acentuado. Se arrastró y logró alcanzar la mesa. Se aferró a las patas y usó todas sus fuerzas para obligar a sus miembros a obedecerla. Aunque consiguió ponerse en pie, tuvo que apoyarse para no caer. Sus piernas le temblaban y sus brazos apenas podían sostenerla.

C empezó a preocuparse. Apretó los puños y entrecerró los ojos. Las espectadoras volvieron a leerla: «Así, ¿cómo podré vencer a Caín? ¿Cómo podré acabar con esta guerra? ¿Cómo podré vengar su muerte?». Al abrirlos, a los pocos segundos, su expresión cambió. El dolor sustituyó a la rabia y el semblante se le suavizó. Acercó la mano, sin levantarla, al rostro durmiente y lo acarició despacio. Al notar su frialdad, las lágrimas se avivaron. Ni las contuvo ni interrumpió la caricia. Sabía que sería la última vez.

C levantó la cabeza un segundo y fijó sus pozos sin fondo en un punto indefinido del final de la habitación. Laura creyó que sus ojos se habían encontrado y quiso atravesar la superficie líquida para alcanzarla. Sin embargo, sus dedos se golpearon contra el cristal. Las ondas desaparecieron y la inspectora miró a su lado. El demonio chasqueó los dedos y la imagen reflejada se fue oscureciendo.

Capítulo 44

—¡No! —gritó Laura y palpó el espejo en busca de alguna forma de recuperar la imagen.

Sin embargo, la oscuridad ganó. En unos pocos segundos, el cristal se había ennegrecido por completo. Laura se le encaró. Su figura monstruosa le producía escalofríos, pero necesitaba confirmarlo.

—¿C está viva? —preguntó Laura con un ligero temblor en la voz. El ser se giró, la miró y sonrió.

—¿Acaso no la has visto? —dijo divertido.

—Dale un poco de tiempo, solo es una humana y apenas sabe nada —intervino Mircalla.

La condesa se había limpiado el rastro del llanto y había recuperado la altivez. No dudó en enfrentarse con el demonio. Él ensanchó la sonrisa. Le encantaba ver el fuego entre la negrura de sus ojos.

—Me he limitado a cumplir con vuestros deseos una vez más. Os la he enseñado, ¿no es lo que querías?

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan débil? —interrogó la inspectora.

—No te preocupes —el demonio movió una garra y le restó importancia—, pronto estará bien.

—Es verdad. —Mircalla sonrió con los ojos humedecidos—. Solo tiene que acostumbrarse a su nueva naturaleza humana.

—¡¿Humana?! —gritó Laura.

La inspectora se acercó a la condesa y le cogió las manos. Temblaba y apenas podía respirar. Buscó sus ojos. Necesitaba volver a escucharlo. En su cabeza, se repetía el eco de esa palabra como un mantra salvador. «Si es cierto, tenemos una oportunidad. Podemos tener una vida juntas», se dijo. Mircalla sonrió y se las

apretó. El futuro que estaba imaginando Laura, también había aparecido en su mente. Era lo único que deseaba. «Si puedo verla sonreír una vez más como antaño, sin preocupaciones y sin odio, podré sumirme sin vacilar en la oscuridad que me está reservada», pensó la condesa.

La mirada esperanzada de aquella joven le recordó el día en que conoció a su Laura. Pese a todo el dolor, no se arrepentía. Pensó en sus hijos. Le dolía el destino de Caín. A pesar de todos sus crímenes, siempre creyó que, al final, podría salvarse, que su alma podría redimirse. Se tocó el cuello. Esa mezcla de ingenuidad y amor le había costado la vida. Su última batalla llenó su mente. Había desoído a su instinto y había intentado razonar con él para detenerlo sin matarlo. Lo que vio en sus ojos la hirió mucho más que sus garras. Fue la prueba de su verdadera naturaleza. Se reconoció en su maldad y frialdad y lo comprendió. Ambos estaban condenados. Apenas vio el ataque, solo cuando escuchó a su hija gritar a escasos metros, se percató de lo que había pasado. Observó a su hijo que contemplaba sin arrepentimiento sus garras empapadas en sangre.

C se abrió camino hacia su hermano mientras lo maldecía y llamaba a su madre. Mircalla solo podía mirar a su hijo y negar. Era incapaz de creer que la hubiese atacado a sangre fría. Él dejó de prestarle atención, se fijó en su hermana y la llamó por su verdadero nombre. El brillo, dolido e iracundo de sus ojos, lo llenó de gozo y borró todo lo demás. Solo podía pensar en cómo provocarle más sufrimiento, cómo arrebatarle todo cuanto le importase, cómo borrar cualquier ápice de felicidad. Mucho antes de la muerte de Rebeca, su mente había pervertido su pasado y había convertido a C en la villana, en la fuente de todos y cada uno de sus fracasos y males, en el objeto de su odio visceral.

Su madre miró de reojo a C y aquello convenció a Caín. Llamó a su hermana por segunda vez y levantó a Mircalla. Se la encaró para asegurarse de que lo viera. C gritó y él rio mientras le arrancaba la cabeza. El dolor y la desesperación de Mircalla fueron indescriptibles, pero Caín ni siquiera le prestaba ya atención. Se convirtió en cenizas sin que él lo viese. Observaba lleno de gozo cómo C caía de rodillas, con los ojos muy abiertos y cada centímetro de su piel temblando.

Su grito de dolor y su aullido de rabia le produjeron un cosquilleo placentero.

Mircalla no supo qué pasó después, pero no era difícil de adivinar. C se habría acercado a la línea que la separaba del monstruo y lo habría atacado fuera de sí, con la daga que ella misma le había dado. Era más fuerte, más rápida, mejor. Siempre lo había sido. Habría desmontado su defensa y habría dejado el pecho al descubierto. La daga debería habérsele clavado de lleno, acabando con la guerra y con su hermano con el mismo movimiento.

Mircalla pestañeó un par de veces para contener el llanto. Conocía bien a su hija. Sabía el motivo de que Caín hubiese escapado con vida. Pese al dolor y el odio, habría dudado. Recordó sus palabras en el molino, convertidas en premonición: «Tú nunca has sido como él. Te pareces mucho a Laura, tu madre. Si consigues atraparlo, no podrás matarlo. Vacilarás, aunque solo sea un segundo, y te matará». C no se la habría clavado con la suficiente fuerza. El dolor habría devuelto la energía a Caín y habría forcejeado. Como resultado, la daga se partió y habría conseguido arrebatársela de algún modo. La condesa imaginaba que la guardia personal de Caín se lo habría llevado y habría utilizado a los aliados de su hija como forma de retenerla allí el tiempo suficiente para que su amo pudiese escapar.

—¿Marcilla? —Laura le apretó las manos que aún sostenía. La condesa regresó del pasado y la miró. Aquella inspectora los había liberado. Forzó una sonrisa.

—Sí, Laura, humana. —Le costó pronunciar aquel nombre.

Aquellas cinco letras solo habían salido de sus labios una sola vez desde su despedida en la cripta. En aquel molino, cuando le reveló la verdad a su hija. No pudo impedir la avalancha de recuerdos ni las punzadas que trajeron consigo. Seguía culpándose por haberle fallado con Caín. «Pero al menos protegeré el futuro de tu hija», se dijo y deseó que ella pudiese escucharla y liberarla de todo el dolor; deseó que le sonriera y la corrigiera: «Nuestra hija». Entornó los ojos. Aquel sueño no iba a cumplirse. Era parte del precio. Nunca volvería a verla.

—¿Cómo es posible?

—Ya te lo hemos dicho. Tú has triunfado donde yo fracasé. —Laura la observó sin comprender. Ella sonrió y le acarició el rostro. Buscó los puntos rojizos del demonio—. Muéstraselo.

Él asintió y el gesto se pareció a una reverencia. La condesa adoptó un aire solemne y no rompió el contacto visual. El ser sonrió, encantado, y se les acercó. Cogió a la inspectora de los hombros. Ella se asustó, pero Mircalla le apretó el rostro y la miró a los ojos. Sus pozos sin fondo la calmaron y se dejó arrastrar. El demonio la colocó frente al espejo, que sustituyó el negro por su propio reflejo. Se acercó a su oído y pronunció unas palabras, en lo que creían que era su lengua arcana: *Arevlov a it omoc anamuh*. El demonio sonrió para sí. Había omitido una parte, la que le hubiese dado las respuestas que necesitaba. «Aún planeo divertirme un poco más. ¿Cómo reaccionarás, Laura? ¿Serás capaz de desentrañar la verdad que llevas tanto buscando? Demuéstrame tu verdadero yo, demuéstrame que no me equivoqué al elegirte a ti en lugar de a tu hermana, demuéstrame que mereces esta última gracia», pensó.

Las palabras se materializaron al otro lado del espejo y se quedaron bailando sobre sus cabezas. Laura las leyó para sí sin comprenderlas. Frunció el ceño y apretó la mandíbula. Aunque se esforzó en entenderlas, no lo logró. Tras unos segundos, el demonio movió la mano en círculos y las letras cambiaron de orden, las últimas se convirtieron en las primeras. La inspectora abrió al máximo los ojos y dejó de respirar. Las repitió con un hilo de voz que temblaba:

—«Volverá a ti como humana».

Laura puso una mano sobre el cristal y acarició las palabras que seguían danzando. Se giró en busca de los ojos de Mircalla. Los encontró sobre las letras. Al leerlas, su mente retrocedió a la noche de su segunda invocación. Aunque recordaba cada detalle, la claridad con la que regresó el recuerdo no era natural. Observó de reojo al demonio. Su sonrisa lo delató. Aquellas imágenes no eran recuerdos. La voz del demonio repitió las palabras hasta que la condensa desentrañó su significado. Se mordió el labio y huyó de su sonrisa monstruosa. «¡Qué fácil podría haber sido! La respuesta siempre había estado ahí. ¿Cómo pude estar tan ciega? Si lo hubiese

sabido…», se lamentó. Su mirada se humedeció al imaginar la vida que habían perdido. La inspectora también lloró, casi por el mismo motivo. Mircalla la observó de reojo y sonrió entre lágrimas. «Vosotras sí que podréis vivir y amaros sin interrupciones. Me aseguraré de ello», prometió.

El ser chasqueó los dedos y el espejo perdió la consistencia y se convirtió en una masa informe que se derritió y cayó sobre el símbolo. Antes de que ninguna se percatase, había desaparecido sin dejar rastro. El tiempo se les estaba acabando. Laura no podía permanecer allí mucho más. «Al fin y al cabo, este no es lugar para los mortales», pensó el demonio.

El ser avanzó y puso una pata sobre el símbolo. Al levantarla, las líneas brillaron tenues y se desdibujaron. La voz de la inspectora lo sorprendió. Se giró para contemplarla. Las lágrimas se habían llevado la debilidad. La verdad había desarmado su mente que ya no tenía con qué torturarla. La culpa, el dolor y el arrepentimiento se habían desvanecido, sustituidas por una paz y una calidez que la llenaron de adrenalina y le devolvieron el papel de inspectora brillante. Las piezas que le faltaban encajaron con facilidad y trazaron el mapa de todas esas vidas entrelazadas. Las preguntas se agolparon en su garganta igual que cuando interrogaba a un sospechoso que sabía culpable. La emoción se apoderó de cada poro y el demonio dejó de aterrarle.

—¿Entonces la daga no sirve solo para matar? —dijo mientras se le encaraba. Él sonrió en una mueca terrible. Ella le aguantó la mirada. «Ahí está el fuego. Ahora sí que eres digna de tu sangre», pensó el ser.

—Exacto. Cuando tu amiguita —dijo y señaló a Mircalla con su cabeza monstruosa—, quiso echarse atrás, se la entregué y se lo dejé claro. —Rio y Mircalla entornó los ojos.

—Si hubiese estado tan claro, todo habría sido diferente. ¿No crees? —contestó la condesa y él ladeó la cabeza, disfrutando de aquel epílogo—. Pero no habrías podido divertirte tanto.

Mircalla sintió la rabia llenarle las venas y los ojos se le ennegrecieron un tanto. Habría deseado enzarzarse en una batalla contra aquel demonio que tanto dolor había provocado. Sin

embargo, se centró en la silueta de Laura y se quedó muy quieta. «Ella no debe ver otro espectáculo así. Además, el combate podría eternizarse y no tiene tiempo. Debe volver y vivir la vida que estaba reservada para mi Laura y su Rebeca. Carmilla aún puede ser feliz a su lado. No le arrebataré el futuro por una venganza. Tengo toda la eternidad para hacérselo pagar», se convenció. Soltó todo el aire y calmó a su corazón herido. Sus ojos regresaron a la normalidad. El demonio ensanchó la sonrisa. Aunque esperaba con ansias que aquella mujer perdiera el control para saber cuál sería el límite de sus poderes, su autocontrol y su entereza eran igual de deseables.

—Sé claro y contesta sin evasiones ni medias tintas —ordenó la condesa y él repitió el asentimiento. Estaba dispuesto a cumplir cada uno de sus deseos.

—Es verdad que el metal con el que está forjada es corrosivo para los upiros —aclaró e invocó a la daga. Jugueteó con el filo un poco antes de continuar—. Si se les atraviesa el corazón, los reduce a cenizas. Pero, si se dan las circunstancias adecuadas, el vampiro solo morirá.

—¿Y no es lo mismo? —Laura seguía frente a la criatura con los ojos resplandecientes. El demonio la observó de arriba abajo y sonrió, satisfecho.

—No exactamente. Piensa en el final de los hermanos. —Laura entornó la mirada. Llevaba ese instante grabado a fuego. Él lo sabía. Ninguna de sus palabras respondía al azar—. Él acabó consumido, pero ella no, ¿verdad?

—Así es. —La mente de Laura iba a mil por hora. Las piezas ocupaban su lugar, una tras otra. La imagen estaba casi completa. Supo qué decir—. ¿Por qué? —Él aplaudió.

—Esa, querida inspectora, es la pregunta del millón. ¿Por qué un hermano desapareció y la otra ha podido volver a la vida? —Chasqueó los dedos. Los casquillos, que habían sido olvidados en un rincón, se elevaron y regresaron a su palma libre. Le enseñó las dos: en una, la daga, en la otra, los trozos de metal que brillaban, insignificantes.

—Las balas fueron las mismas —Laura hablaba para sí con la vista fija en ellas. Los objetos habían borrado todo lo demás porque eran

la última pieza; los dueños de la verdad—, y la pistola, incluso quien apretó el gatillo. Tendrían que haber compartido el mismo destino. ¿Entonces por qué…? ¿Qué hubo diferente?

Calló y se concentró. Revivió aquellos segundos. Sintió el peso de la pistola en las manos, el cosquilleo en la punta de los dedos cuando jaló del gatillo por primera vez, y la euforia al ver que la herida de Caín no se curaba. Lo odiaba con toda su alma, deseaba su muerte. Notó una pequeña punzada. Aquel viaje al pasado también había traído de vuelta la muerte de C. Disparar por segunda y tercera vez había sido lo más difícil de su vida. Laura levantó la cabeza y buscó los ojos rojizos. Solo era una corazonada. Pero su instinto no solía equivocarse. El ser la leyó con facilidad. Conocía cada rincón de la mente de aquella humana.

—Brillante, inspectora. Bravo.

Laura buscó de reojo a Mircalla, que se había limitado a observarlos. La condesa le sonrió y avanzó hasta estar cerca de ellos. Aquella conversación debía llegar a su fin.

—Todo depende de quien empuñe la daga o, en tu caso, de quien dispare —Mircalla hablaba con la vista fija en el demonio. Él intercambiaba miradas entre las dos mujeres, eufórico—. Solo si se desea salvar al monstruo, solo si se le ama de todo corazón, es posible alcanzar su redención. —Acompañó las últimas palabras con un par de pasos con los que redujo la distancia con su creador. Él asintió despacio sin romper el contacto visual.

—Exacto, al fin y al cabo, la creé para que pudieses recuperar tu alma humana. Tal y como pediste.

Su tono fue provocador, pero solo consiguió que la condesa entornara los ojos. No caería en la tentación. Aunque ambos lo sabían, el demonio no había podido resistirse. Amaba sus reacciones y su fuego. Los dos habían dejado de prestar atención a la inspectora. Ella usó esos segundos para completar la historia. Su voz les sorprendió; sus palabras no.

—Todo ha sido obra tuya. —El demonio echó la cabeza atrás y rio. Sus carcajadas llenaron la habitación—. Lo tenías todo planeado desde el principio. —Laura lo miraba con los ojos desencajados. La verdad era terrible—. Hemos sido tus marionetas, meros peones

para tu disfrute. —El ser dejó de reír y la observó. Sus ojos rojos centelleaban y su boca seguía entreabierta. Laura lo contempló con detenimiento. Era un auténtico monstruo.

—Pero en mi juego, no todos erais peones. Tú y tu hermana sois especiales. ¿Por qué crees que una mera humana fue capaz de manipular una daga creada en las mismísimas entrañas del infierno? ¿No pensarás en serio que pudo romperla con facilidad porque sí? Estaba allí con ella, yo se lo permití. Al igual que dejé que esa monja creara sus balas. Sin mi toque final, estos pequeños trozos de metal —dijo mientras movía la mano y las hacía bailar y entrechocar entre sí—, no habrían servido de nada. Incluso me metí en tu mente para mostrarte lo que habías olvidado. ¿De dónde crees que salieron esos sueños tan extraños, esas pesadillas en la que tenías libertad de movimiento?

Laura retrocedió, aterrada. Le costaba respirar; sus latidos eran tan rápidos que dolían; su espalda estaba empapada en sudor frío. Mircalla lo miró con los ojos muy abiertos y el corazón encogido. Creía conocer su poder, pero no era verdad. La había engañado desde el principio. Su pacto de sangre había sido una treta, su forma de asegurarse un asiento en primera fila. Rememoró todo el dolor, y el odio se abrió paso. Sus ojos se ennegrecieron y su cuerpo tembló. Había comenzado a hiperventilar. El aire que salía de su cuerpo estaba tan caliente como su piel. El demonio la observó. Ella supo lo que pensaba y gruñó. «No le dejaré», se dijo. Se mordió el labio y los colmillos se lo laceraron. Un hilo de sangre le recorrió la comisura y el cuello. El temblor y el fuego de sus venas desaparecieron. Sin embargo, sus ojos seguían teñidos de una oscuridad en la que el ser se vio reflejado.

—Ya es suficiente. —La voz de la condesa sonó ronca. Su figura se había envuelto en un aura que emanaba peligro y poder—. Ya sabe la verdad, hazla regresar.

—Aún puedo contarle muchas cosas, Mircalla. No tengas tanta prisa.

—Se acabó. No la atraparás aquí. Ya me tienes a mí para divertirte por toda la eternidad. Déjala ir.

—¿Es una orden, condesa? —Su tono estaba a medio camino entre la burla y la autoridad. Ella supo cómo reaccionar. Se arrodilló y bajó la cabeza.

—Es una súplica.

Él chistó y ella sonrió para sí. Había conseguido molestarlo. Aquel demonio odiaba la sumisión. Era un coleccionista de almas rebeldes. «Así no le sirvo. Si no quiere perderme, debe liberarla. O, al menos, eso espero», pensó la condesa.

—¡Levántate!

El ser movió una mano y el cuerpo de Mircalla se puso en pie por su cuenta. Se miraron a los ojos. Laura, que todavía estaba paralizada, intercambió miradas entre los dos sin saber si debía intervenir.

—Está bien, tú ganas, Mircalla. —El demonio se colocó frente a Laura, en un suspiro, y le puso un dedo sobre la frente—. Despierta.

La inspectora lo contempló sin entender su orden. Cuando él bajó el brazo, la debilidad se adueñó de ella. Sus piernas dejaron de sostenerla y se precipitó. Pero no llegó a tocar el suelo. La condesa había reaccionado a tiempo y la había atrapado entre sus brazos. Ambas se observaron. Aunque Mircalla tenía mucho que decir, no encontró la voz. En el fondo de su corazón, sentía que no tenía derecho al perdón. Ella era quien le había abierto la puerta a aquel monstruo. La inspectora entrevió su dolor.

—Si tienes algún mensaje… —dijo a media voz y se ganó la sonrisa de la condesa.

—Gracias. Pero… —No pudo acabar la frase. Respiró hondo. Ella formaba parte de su pasado, un tiempo para la muerte y el dolor. C debía dejarlo atrás y avanzar hacia un futuro en el que no tendría que luchar, en el que no tendría que perder a nadie más. Era lo único que su madre deseaba—. Por favor, quédate a su lado. Apoyaos la una a la otra, sed felices juntas, y vivid. —Laura asintió y Mircalla ensanchó la sonrisa. La abrazó y empezó a sollozar—. Por favor, cuida de mi hija.

—Lo haré. —La inspectora correspondió al abrazo, sintiéndose cada vez más somnolienta—. Y le diré lo mucho que la quieres —susurró.

No escuchó ni el «Gracias» pronunciado entre lágrimas ni la risa de fondo del demonio. Se había quedado dormida sin percatarse.

Capítulo 45

La inspectora se despertó, sobresaltada, y miró a su alrededor. Estaba en su habitación, que seguía en penumbra. Le dolía la cabeza y tenía el cuerpo entumecido. Se peinó el cabello con los dedos, llenó los pulmones de aire y no sintió dolor. El frío, las punzadas y el ahogo habían desaparecido. Por un momento, quiso creer en lo que había visto y vivido en aquel sueño. Observó la puerta y deseó que ella la abriese. Los segundos pasaron, se convirtieron en minutos, y ella no apareció. La inspectora sonrió con tristeza. «¡Qué tonta! Solo ha sido un sueño. Nadie puede devolvérmela», pensó.

Cerró los ojos y soltó el aire. Los pinchazos regresaron y acallaron los restos de esperanza. Negó con fuerza y buscó, desesperada, algo a lo que aferrarse, algo que pudiese salvarla. «Otra vez no, por favor», se repetía. Su mirada acabó sobre la cama, que le pareció más mullida que nunca. «Si duermo, tal vez el dolor se vaya. O al menos, dejaré de pensar», se convenció. Puso las manos a los lados para intentar levantarse y sus dedos rozaron algo metálico. Giró el rostro y se encontró con la navaja y su filo brillante e impoluto.

Recordó lo que estaba a punto de hacer antes de dormirse y el terror regresó. La cogió con una mano temblorosa y con la otra ocultó el filo. Lo apretó para asegurarse de que se mantendría cerrada. Temía que el dolor y la desesperación, ahora que habían regresado, la condujesen de nuevo a aquel camino, a aquel final rápido y tentador. Apretó el puño y notó cómo el contorno del arma se le acoplaba en la palma y cómo su pecho se llenaba de una calidez agradable. Negó de nuevo, alejó la mano de sí y se puso en pie. La guardó en uno de los cajones con cerradura de su escritorio y escondió la llave entre los calcetines.

Suspiró y avanzó con torpeza hasta la cama. Se sentó en el borde y se dejó caer. Se acurrucó hecha un ovillo y suplicó para poder dormir. El silencio y la oscuridad la acunaron y la sumieron en un duermevela agradable. Aunque creyó que habían transcurrido varias horas, solo pasaron unos pocos minutos antes de que una voz ronca la llamara por su nombre. Abrió los ojos y se incorporó, agitada. Echó un vistazo circular con el corazón desbocado y los labios entreabiertos, pero no encontró ningún demonio acechando entre las sombras. Respiró hondo y se aferró a su creencia de que sus sueños eran falsos, meras respuestas a un anhelo imposible. Aunque sus latidos se calmaron, las punzadas regresaron. Los ojos se le humedecieron. Ya ni en sueños podía refugiarse.

Se abrazó a sí misma y sollozó. Por primera vez, deseó que llegara la mañana, que su hermana o Jonás acudieran en su ayuda y la rescataran del bucle de dolor en el que se hundía. El tiempo avanzó, pero ella había dejado de percibirlo. Su mente se había convertido en una galería de malas decisiones, de muerte y de sangre. Las escenas se sucedían implacables y avivaban la tentación que yacía en el escritorio. Buscó a tientas la lamparita de la mesilla y la encendió. Una luz tenue y cálida la golpeó. Tuvo que entornar los ojos para acostumbrarse a la claridad. Se negó a mirar el reloj. Temía encontrarse con una madrugada interminable. En su deseo de huir de él, sus ojos encontraron algo que no debería estar allí. Dos pequeños objetos se escondían en la penumbra del mueble. Gateó para alcanzarlos. Eran pequeños, metálicos y con una forma muy característica. Los encerró en su palma y la abrió frente a la luz.

Toda ella tembló y se le escapó un gemido ahogado. Dos balas danzaban sobre su piel y se la quemaban con su frialdad. Su mente no podía entenderlo; su corazón quiso creerlo. Cogió una y la observó. Nada en su estructura la diferenciaba de tantas como había disparado a lo largo de su vida y, sin embargo, supo que eran esas las que debían descansar en el pecho de C. Pensar en ella dolió. «Me la habéis arrebatado», les dijo. Quiso canalizar todo el odio, la rabia y el dolor en esos pequeños fragmentos de daga. Cerró el puño, pero no pudo lanzarlas lejos. Con los ojos anegados, abrió de nuevo la palma y las acarició. Eran todo lo que le quedaba de ella. Se las

acercó al pecho y juntó las manos. Lloró, desconsolada, mientras la llamaba con la absoluta certeza de que no obtendría respuesta.

Perdió la cuenta de sus sollozos y gemidos desesperados. La claridad se fue adueñando de la habitación. Cuando escuchó unos suaves golpes en la puerta, se creyó salvada. Se levantó y avanzó descalza. No había dejado de temblar ni de llorar. Los golpes se repitieron. Caminó más deprisa, anhelando el refugio que sabía que encontraría al otro lado.

Giró la manilla y se echó sobre su pecho sin mirar a quien pertenecía. Se aferró a su espalda, cerró los ojos y lloró. Unos brazos se envolvieron a su alrededor y la acunaron con cuidado. La calidez de su cuerpo se le contagió; sus latidos, pausados y rítmicos, aliviaron su corazón; su respiración, que sentía sobre la cabeza, acompasó a la suya. Se sumió en un oasis de paz y se olvidó del demonio, de las balas y de la morgue.

Pronto se quedó sin lágrimas y una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios. Se separó un poco y miró el rostro de su refugio. El rellano seguía en penumbra. La luz de la lamparilla la había confundido. Aún faltaba mucho para el amanecer. Sin embargo, la oscuridad no le impidió reconocer los ojos que la miraban llenos de ternura.

Los suyos se abrieron al máximo, al igual que sus labios. Miles de pensamientos revoloteaban en su mente y cientos de palabras se agolpaban en su garganta. No pudo pronunciar ninguna. Negó, sin creer lo que veía. Había dejado de respirar y sus latidos se habían detenido. La espalda se le cubrió de sudor y sus miembros se negaron a obedecer los impulsos de su cerebro que bombardeaban como descargas eléctricas. Miró de arriba abajo y el llanto regresó.

Sintió una mezcla extraña y poderosa de emociones. La visión se le nubló y las piernas dejaron de sostenerla. Ella la sujetó con fuerza, impidió que cayera y la llamó por su nombre. El sonido de su voz fue un bálsamo. Laura movió una mano y acarició el rostro con miedo. Pero no desapareció. Ella sonrió amable y sus ojos oscuros brillaron henchidos de amor.

Soltó un brazo y le limpió el rostro, acariciándola con las yemas y sin dejar de mirarla ni de pronunciar su nombre. «No ha sido un

sueño», pensó Laura. Esas palabras se llevaron la debilidad y acallaron las dudas. La inspectora le sostuvo la cara y sonrió. Ella ensanchó su sonrisa y se apretó contra sus palmas. Acercó el rostro y la besó en la frente. Cuando se separó y buceó en sus ojos, pronunció las palabras de un juramento que ambas creían imposible:

—Te prometí que volvería a ti.

A Laura se le escapó un suspiro y siguió acariciándola. El miedo quedó atrás y fue sustituido por los cosquilleos. La temperatura de sus cuerpos subió y el ritmo de sus latidos y de sus respiraciones cambió y se tornó rápido y entrecortado. La tensión se había abierto paso y las caricias no bastaban. C miró sus labios de reojo, pero no se atrevió a dar el primer paso. La inspectora le rodeó el cuello y la acercó. Se miraron y no hicieron falta palabras. C la besó. «No perderé ni un segundo más», se dijo. Laura lo profundizó, atrayéndola hacía sí. Quería fundirse en la calidez y suavidad de su piel. C la apretó entre sus brazos. También anhelaba la intimidad. Se separaron jadeantes y se buscaron con los ojos. No encontraron dudas que vencer. Volvieron a besarse y avanzaron con torpeza.

Lo último que se escuchó en la oscuridad del rellano fue el tintineo de un anillo y la puerta del dormitorio al cerrarse.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

